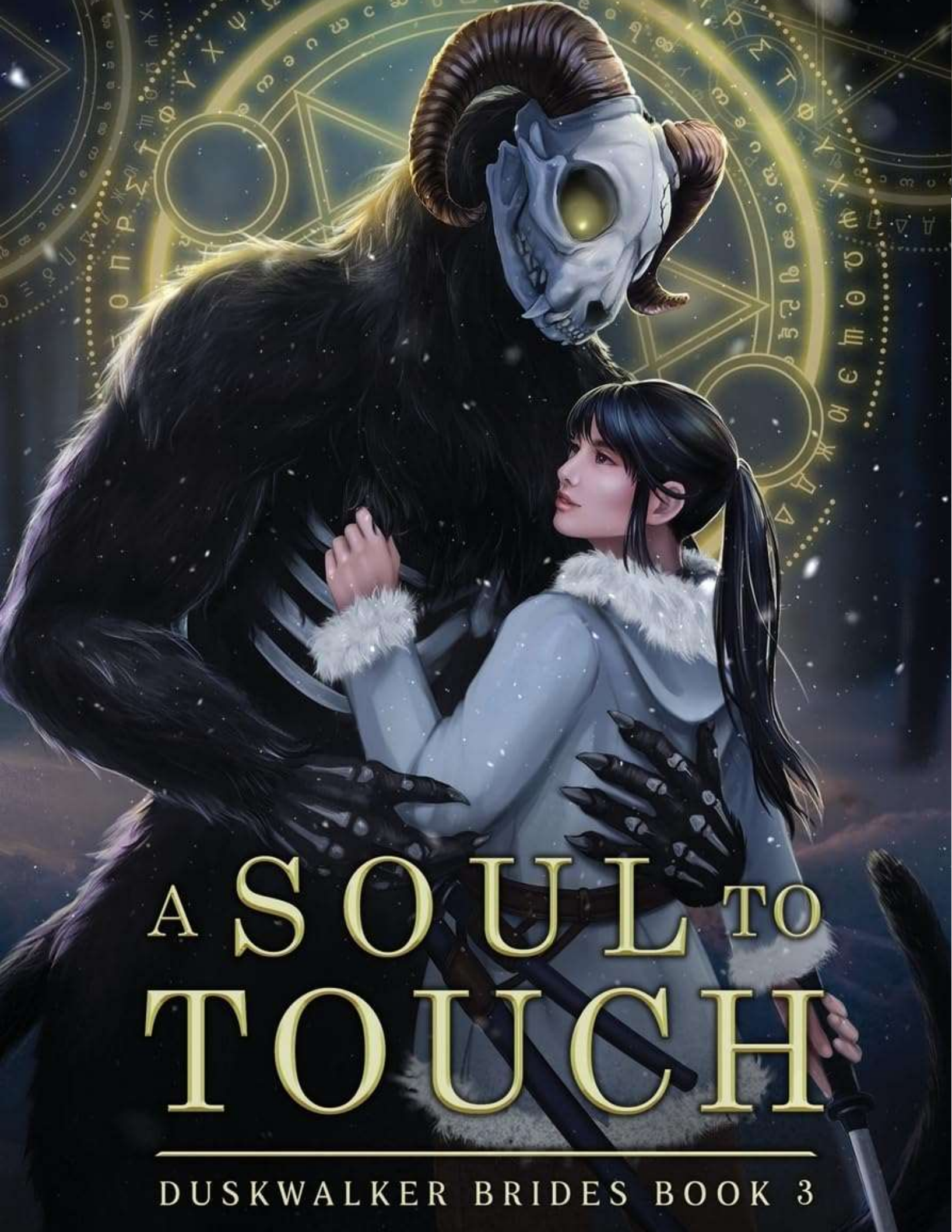

A SOUL TO TOUCH
DUSKWALKER BRIDES BOOK 3

A Soul to Touch

Duskwalker Brides

Libro 3

Opal Reyne

Spoiler importante a continuación

Por favor, sigue leyendo sólo si tienes factores que te provocan **ansiedad**, de lo contrario te estropearás el libro.

En primer lugar, voy a enumerar los desencadenantes que NO aparecen en el libro para que puedas dejar de leer y no estropearlo: No hay violación, no-con, daño intencional hecho al FMC por el MMC, tortura, suicidio/auto-daño, depresión, drama ow/om, aborto, abuso mental/emocional, incesto, abuso de drogas/alcohol, o daño infantil.

Por favor, considere detenerse aquí si su desencadenante ha sido detallado anteriormente, ya que el resto son spoilers importantes.

No hay embarazo en la historia principal, pero sí en el epílogo, que se puede saltar. Nos internamos en una amplia variedad de juegos eroticos en este libro, tales como, juegos menores con mordiscos/sangre, juegos menores con estrangulamiento, juegos con colas.

Este libro tiene descripciones detalladas de las heridas y el cuidado de las heridas, como la costura, la sangre, heridas abiertas. Como siempre, mis libros tienen sangre.

Hay descripciones de la muerte, el duelo antes de la muerte, las discusiones de una posible muerte próxima, y el dolor. En mis libros siempre hay un final feliz garantizado.

El FMC es una cazadora y Cazadora de Demonios que utiliza animales como cebo para los Demonios. Hay descripciones de muertes de animales salvajes, aunque no hay malicia ni tortura. Ella trata de hacerlo sin dolor.

Esta es una traducción hecha por y para fans. El Desván de Effy realiza esta actividad de manera altruista y sin ánimos de lucro, con el fin de dar a conocer las obras de autoras de habla inglesa, en países de habla hispana.

Pueden ayudarnos difundiendo nuestro trabajo con ***discreción*** para que podamos seguir ofreciéndoles más libros (no comenten sobre esta, o cualquier otra de nuestras traducciones, en los canales oficiales de las autoras). Si comparten esta traducción en otros canales o blogs, les pedimos no eliminen nuestros créditos.

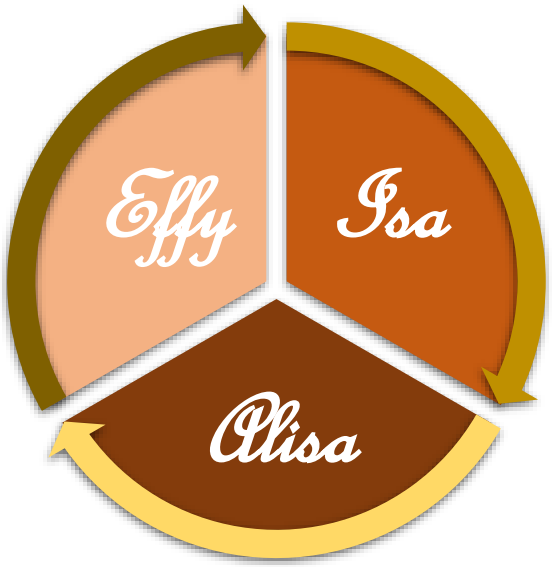
Si llegaran a publicarse estos libros en su idioma, por favor apoyen a la autora comprando su obra. Este material no pertenece a ninguna editorial, y al estar realizado por fans y amantes de la lectura, podría contener errores.

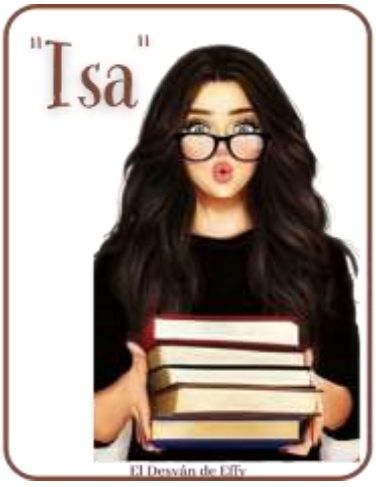
¡¡¡Esperamos de Corazón que disfruten la lectura!!!

TRADUCCIÓN, REVISIÓN, CORRECCIÓN, EDICIÓN

Y SUPERVICIÓN DE PROYECTOS

POR EL EQUIPO DEL DESVÁN DE EFFY





Para todos los MonsterFuckers calientes por ahí, este libro es para vosotros.

Para la gente a la que el monstruo te temería más a ti que tú a él. Donde agarrarías a ese gran malote por los cuernos y lo dirigirías entre tus muslos - no importa si es su cara de otro mundo, o su extraña y extravagante polla.

Abraza tu corazón de MonsterFucker, sabes que quieres hacerlo.

Me gustaría dar un gran aplauso a los maravillosos lectores sensibles que ayudaron a hacer de este libro un lugar seguro para aquellos que estoy tratando de representar positivamente. Como todos sabéis, la representación es una gran parte de lo que quiero hacer, pero quiero hacerlo de una manera que no sea perjudicial.

Gracias Amanda, Careen, Charna, Emily, Marcella, PollyAné, Sue, Susan, Tracy, y Veluz por su contribución en cuanto a la sensibilidad asiática.

También me gustaría dar las gracias a Crystal por su contribución hacia la sensibilidad POC.

Agradezco todo el tiempo y el esfuerzo que habéis dedicado a ayudarme con este libro. Siempre tendréis un lugar en mi corazón.

SINOPSIS

Todo lo que Mayumi siempre quiso fue cazar Demonios.

Tras ser expulsada del gremio de Cazadores de Demonios, Mayumi optó por aislarse en el bosque. El mejor lugar para cazar y matar Demonios. Pero, una noche, se ve sorprendida cuando un monstruo diferente es atraído por sus cebos.

Justo antes de soltar una flecha dirigida a matar, Mayumi se detiene. Se da cuenta de que ha visto antes ese rostro felino y calavérico, el cual una vez le salvó la vida.

Todo lo que Faunus quería era a ella.

Después de que el Rey Demonio le partiera el cráneo, Faunus vuelve para velar por la única humana que le ha importado. Sabe lo que le depara el futuro, ella nunca se convertiría en su novia, pero quiere pasar lo que le queda de vida protegiéndola.

Nunca esperó que ella llegara a entablar amistad con él, ni que lo deseara abiertamente. Ella es tan ardiente como su ardiente pasión, y él está desesperado por dejar que le consuma.

Pero su tiempo en este mundo se acorta, y Faunus no sabe cómo puede estar con Mayumi cuando sabe que nada le podrá salvar.

CAPITULO 1

La nieve le rozaba la piel, haciendo que se le pusiera de gallina y se le subiera por las piernas desnudas hasta la columna vertebral. Mayumi temblaba y sus piernecitas de cuatro años se hundían tanto en el polvo frío y seco que le llegaba hasta por encima de las rodillas.

No le quedaba mucho para terminar hundiéndose, y constantemente tenía que estabilizarse con las manos para poder seguir avanzando por el bosque.

Estaba oscuro.

Pero llevaba tanto tiempo marchando de noche que sus ojos se habían acostumbrado. Podía distinguir entre los sombríos troncos de los árboles, sus frondosas ramas y los arbustos del suelo. El cielo era negro azulado, lo que le ayudaba a saber dónde estaban los obstáculos más oscuros para poder evitarlos.

El resplandor de la luna se reflejaba en la nieve, ayudándola a ver mientras buscaba.

¿Debería ella, una niña, caminar sola por el peligroso bosque? Desde luego que no, sobre todo porque su familia vivía fuera de una aldea y sus imponentes murallas protectoras.

Eran una de las pocas familias que vivían en los bosques potencialmente llenos de Demonios, pero su padre les garantizaba que estaban a salvo, más aún cuando ella estaba asustada y necesitaba consuelo.

¿Sabían sus padres dónde estaba? Esperaba sinceramente que no, de lo contrario su padre le daría una buena reprimenda. Era reconfortante y a la vez daba mucho miedo. Era estricto; tenía que serlo con una niña tan curiosa como su hija.

Entonces, ¿qué hacía sola en el bosque en una de las noches más oscuras del invierno cuando sabía que se metería en problemas por ello?

Sus pequeñas respiraciones salían como resoplidos que se empañaban delante de su cara. Le hacían cosquillas en la nariz helada, dándole un momento de calor antes de desvanecerse. Le moqueaba la nariz y no paraba de sorbérsela.

Sentía los pies helados en sus botas de noche, y le dolían por el entumecimiento. Lo mismo le ocurría en las manos y los dedos. Con una mano tiraba de la chaqueta que se había echado por encima, mientras que con la otra se mantenía firme para poder, una vez más, salir de la nieve.

Por suerte, era pequeña y ligera. Había visto a sus padres esforzarse para caminar por una nieve tan espesa y fresca.

—¡Sombra!, —gritó, con el eco de su joven voz. —¡Sombra! ¡Aquí, gatito!

No obtuvo respuesta.

Su espeso pelo negro le caía sobre la frente mientras buscaba. Como tantas veces durante su obstinada marcha, las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos.

—¡Por favor! Siento haberte tirado de la cola.

Su gato, que era casi negro salvo por una máscara blanca que le cubría la cara, llevaba desaparecido casi todo el día. Normalmente, volvía a casa después de escaparse, pero no había regresado para la cena.

Se había ido y a Mayumi se le había roto el corazón.

Como Mayumi siempre se quedaba en casa con su madre, ya que era demasiado joven para viajar por el bosque con seguridad, no había conocido a ningún otro humano de su edad. Sombra era su único amigo. Se conocían de toda la vida.

Mayumi contuvo hábilmente sus lágrimas y arrugó el ceño con determinación. Incluso frunció los labios, más el izquierdo que el derecho: odiaba que su madre se burlara de su mohín.

Pero era la cara de niña grande y valiente de Mayumi.

Iba a encontrar a su gatito y volvería a casa antes de que ninguno de sus padres supiera que se había ido.

Sin embargo, a medida que la noche se hacía más oscura y, de algún modo, más fría -el viento era suave, pero mordía con sus dientes helados-, Mayumi empezó a ir más despacio. Aunque le crujían los dientes por el temblor de la mandíbula, al final empezó a sentir... calor.

Tanto, que se le llenó la frente de sudor.

Los árboles empezaron a partirse en dos, al igual que los arbustos. El suelo se volvió ondulado y tropezó.

—Aquí, G-gatito, G- gatito, G- gatito .

No importaba lo lejos que se alejara, Sombra nunca aparecía.

Mayumi no sabía lo lejos que estaba de casa, pero sabía que tenía que volver si no quería que nadie se diera cuenta de que había desaparecido.

Se dio la vuelta, creyendo tontamente que su casa estaba justo detrás de ella, demasiado joven para tener en cuenta que había estado sorteando árboles, arbustos y alguna que otra roca.

Un crujido le llamó la atención.

Su corazón se aceleró con una ilusionada esperanza y se dirigió directamente hacia el ruido. Es Sombra. Tiene que ser Sombra. Por supuesto, era su gato, no podía haber otra cosa acechando en la oscuridad.

Sin darse cuenta, Mayumi corrió directa hacia el peligro, con la mente nublada y la fiebre empeorando por momentos.

Una criatura, tan negra que era casi imposible ver su tamaño en la oscuridad, giró la cabeza hacia ella. Unos ojos amarillos llamaron su atención, grandes, como los de Sombra. Mayumi sonrió alegremente. Al igual que la máscara de Sombra, su rostro era blanco, y con lo borrosa que se había vuelto su visión, era fácil confundir lo que realmente era.

¡Hurra! ¡Lo he encontrado! Mayumi tropezó en la nieve emocionada. Eso la distrajo lo suficiente como para no darse cuenta de que el reflejo de la nieve revelaba que el resplandor amarillo se había vuelto rojo.

Sus fauces se estaban abriendo mientras resonaba un gruñido, pero ella lo interpretó como un ronroneo retumbante. La estaba saludando.

Una zarpa negra aterrizó justo delante de ella mientras se ponía en pie. Mayumi saltó a ciegas con las manos extendidas.

—¡Gatito!, —chilló alegremente, rodeando su grueso cuello con los brazos.

Todos los sonidos retumbantes se callaron de repente.

Mayumi empezó a frotar su cara contra el familiar y suave pelaje al que estaba acostumbrada. Era cálido, y ella se perdió en su calor, su cuerpo buscándolo.

—No, —empezó a decir, con voz ronca y cada vez más suave. —No vuelvas a dejarme. Te he echado de menos.

Mayumi se debilitó. Toda su determinación se desvaneció ahora que había encontrado a su mascota y, finalmente, sus brazos aflojaron el apretado abrazo. Cayó hacia un lado, chocando contra una mullida extremidad, como si la criatura hubiera estado a cuatro patas.

A la intemperie, pensando que estaba tumbada frente a su gato, Mayumi se desmayó cuando la fiebre se apoderó de ella...

—¡Joder! —Gritó Mayumi, cayéndosele la manta del pecho a las caderas mientras se incorporaba rápidamente en la cama.

Su larga melena negra se balanceó hacia delante. Las puntas se posaron sobre su pecho, mientras que el resto le enmarcaba la cara.

Jadeó, con la respiración entrecortada, mientras el sudor le cubría la frente. Miró a su alrededor, asegurándose de saber dónde estaba, antes de levantar las piernas.

Apoyó el codo izquierdo en las rodillas flexionadas para cubrirse la frente, ignorando el sudor mientras miraba la manta con los ojos muy abiertos.

Otra vez ese sueño. ¿Es un sueño... o un recuerdo?

En realidad, Mayumi no lo sabía. Era demasiado joven para recordar lo que había visto, estaba demasiado enferma para creer lo que sus ojos habían visto aquella noche.

Todo lo que sabía... todo lo que sabía era que en realidad nunca había encontrado a su gato. Sombra nunca regresó; nunca lo volvió a ver.

Pero fuera lo que fuera con lo que su yo de cuatro años se había tropezado... fuera lo que fuera, no se la había comido. Al menos, no creía que lo hubiera intentado.

Después de desmayarse en la nieve cuando tenía cuatro años, se despertó en la cama, con fiebre, y sus padres entraron en pánico, sobre todo su madre. Alguien o *algo* la había llevado a casa.

Nadie llamó a la puerta, ni gritó llamando a sus padres, ni se quedó para explicarles nada.

Sus padres la habían encontrado frente a los escalones del porche, tirada en la nieve, después de haberla estado *buscando*. Por supuesto, sus padres se habían dado cuenta de que había desaparecido en mitad de la noche.

Pensaron que estaba muerta, probablemente devorada por un Demonio que la atacó mientras paseaba estúpidamente. Uno de ellos habría tropezado con su cadáver congelado y se la habría comido.

Con la ayuda de los sacerdotes que acudieron a su casa para ayudarla, le curaron la fiebre en el transcurso de varios días.

La reprimenda y el castigo que recibió de su padre cuando se recuperó fueron tan brutales que no volvió a salir de casa al anochecer.

—*Joder,* —volvió a maldecir en voz baja. —¿Qué coño vi aquella noche?

Era una pregunta que se había hecho muchas veces a lo largo de su vida. A menudo había tenido ese sueño recurrente parecido a un recuerdo.

Sólo había dos opciones: un Demonio o un Duskwalker.

A ciegas, Mayumi extendió la mano junto a su futón-cama. Palmeó el suelo antes de que las yemas de sus dedos rozaran una fría botella de cerámica que intentaba alejarse rodando. La agarró.

—Tengo que dejar de beber, —murmuró, levantando la botella por encima de su cabeza para que las gotas de alcohol que quedaban le cubrieran la lengua. —Siempre tengo sueños raros y vívidos cuando bebo.

Esperaba que hubiera algo más que unas pocas gotas en la botella, pero al volver la mirada hacia un lado, se dio cuenta de que la había volcado y había

derramado su contenido. Antes o después de dormirse, no estaba segura. Al menos cayó hacia el otro lado y no estropeó su futón.

Dejó caer la botella a un lado y se puso a gatas para arrastrarse hasta el último tronco seco. Lo arrojó a la chimenea, sabiendo que las brasas restantes acabarían por prenderle fuego y volver a calentar la casa.

Total, y absolutamente desnuda, ya que no había nadie más en aquella casa vacía aparte de ella, arrastró su lamentable culo resacoso hasta la encimera de la cocina.

Desbloqueó las persianas de madera y las empujó hacia los lados para dejar al descubierto la larga y lisa ventana enrejada que había tras ellas. Nevaba ligeramente, el mundo era un mar de blanco. Con ojos somnolientos, no prestó atención al mundo exterior. En su casa hacía calor y eso era lo único que le importaba.

Extendió la mano por la encimera de madera en buen estado para coger el tarro de cerámica que quería, quitó la tapa e *inmediatamente* suspiró y puso los ojos en blanco.

—Olvidé que se me había acabado el té del desayuno.

Cogió otro tarro, uno que rara vez abría porque su contenido era valioso y muy difícil de conseguir, además de costoso. Lo abrió.

—¿Qué coño?, —gruñó, volcando la jarra vacía para ver cómo caían de ella unas cuantas motas marrones. —¿El café también?

Dio un pisotón, se inclinó sobre la encimera apoyando los codos en ella y gimió entre las manos. *¡Hoy no quiero ir a la ciudad!*

Llevaba tres días diciéndolo.

Sin embargo, ahora estaba oficialmente sin nada decente en esta casa. Ni té, ni café, y era consciente de que se había quedado sin alcohol.

No. No. No lo haré. Se echó hacia atrás para poder mantenerse erguida, echando los hombros hacia atrás desafiante ante nadie más que ella misma. *Puedo sobrevivir sin esa mierda. Llevo años haciéndolo.*

Sus ojos se desviaron hacia la puerta principal.

—Sólo me queda una opción.

CAPITULO 2

Mayumi emitió un grito ahogado en el momento en que su cuerpo completamente desnudo chocó contra la nieve. Se había tirado desde el porche a la espesa capa de nieve justo delante de sus escaleras.

Todo su aturdimiento se disipó en un instante.

—¡Guau!, —chilló, incorporándose y levantando los puños. Parpadeó ante la luminosidad que la rodeaba bajo el sol de última hora de la mañana, mientras los copos de nieve se acumulaban lentamente en su pelo. —Esto nunca deja de hacer efecto.

Su piel clara y blanquecina empezó a sonrosarse en algunas zonas, el aire era gélido y cruel con su cutis.

Se puso rápidamente en pie, hundiéndose hasta la pantorrilla en la nieve fresca para estabilizarse. Liberó el pie y cogió el cubo de metal que había traído para empezar a quitar la nieve.

Tenía los pezones tensos e incómodamente duros, hasta el punto de sentir punzadas. Estos le señalaron el camino mientras corría hacia el interior de su casa de campo para escapar de los elementos invernales, asegurándose de limpiarse los pies antes de entrar en su hogar.

Colocó el cubo de metal sobre la rejilla de la chimenea y se arrodilló frente a ella para calentarse el cuerpo y las puntas de los dedos enrojecidas.

No tardó en tener agua fresca, y utilizó un cucharón como taza para humedecerse la lengua. Luego dejó que el agua se calentara lo suficiente como para limpiarse el cuerpo con un paño húmedo.

No tenía mucho más en qué ocupar sus pensamientos y no pudo evitar echar un vistazo a su casa mientras esperaba.

La mayoría diría que era modesta. Sólo tenía una habitación más y estaba hecha principalmente de madera, pero era robusta y había resistido el paso del tiempo. Su familia había residido en esta casita de tamaño medio durante siglos.

En la pared izquierda, detrás de ella, había una amplia cocina con un estante encajado entre la encimera y la puerta. No había armarios encima de los mostradores, pero sí muchos debajo, y detrás de la puerta había un estante que escondía sus cada vez más escasas frutas y verduras. A la derecha de los mostradores había una mesa de comedor que se había arrimado mucho a la pared para ahorrar espacio, pero que podía desplegarse para sentar cómodamente a cuatro personas.

Sólo había una silla disponible. Las otras tres estaban guardadas fuera, en un cobertizo de madera.

Junto a la mesa, en el extremo izquierdo, había una puerta que daba a un trastero, donde Mayumi guardaba principalmente su ropa. Estaba diseñado para que todos los habitantes de la casa pudieran guardar sus objetos personales. Ropa, juguetes, *armas*.

Era donde estaba su futón. Lo había enrollado y guardado con toda su ropa de cama antes de salir. La mayoría de los que vivían fuera de las aldeas protegidas utilizaban futones para ahorrar espacio, sobre todo porque el número de personas dentro de la casa podía cambiar con frecuencia.

Ella solía dormir junto a la chimenea, ya que solía ser el espacio más libre; sus padres también lo habían hecho así. Además, en invierno hacía más calor.

A su izquierda, que también era la parte trasera de la casa, había una especie de zona para sentarse. Había dos sacos llenos de lana de oveja; por suerte, eran ligeros y fáciles de mover. Uno de ellos estaba en el suelo, ya que a menudo se sentaba en él, mientras que el otro descansaba en un sillón sin usar de cuero y madera.

El último asiento era una mecedora, y la miró, sabiendo que era la favorita de su madre antes de fallecer.

Suspiró, apartando los ojos de la mecedora con nostalgia antes de volver a posarlos en la chimenea. Estaba hecha completamente de ladrillo, y sobre la chimenea había varios ornamentos para protegerse de los Demonios que habían descubierto a lo largo de los siglos; no estaba segura de si realmente funcionaban.

La espada personal de su padre descansaba sobre ella como un recordatorio y una advertencia.

Por último, entre la chimenea y la puerta de la derecha, había un espejo de cuerpo entero que iba del suelo al techo, con un perchero al lado. El espejo estaba allí para que uno pudiera comprobar su atuendo antes de salir de casa.

Si a uno no le gustaba mirarse en su propio reflejo, era difícil evitar hacerlo debido a su colocación.

A menudo reflejaba la expresión aburrida y cansada de Mayumi.

A pesar de la falta de muebles, apoyados o clavados en cada pared había adornos personales coleccionados por su familia a lo largo de los siglos. Un viejo cuadro de un prado y un río dibujado con tinta negra sobre un lienzo de color crema. Un farol ornamentado que nunca se había utilizado porque era demasiado valioso. Un cuadro que había pintado un niño encima de la encimera de la cocina.

Había una cinta de flores que Mayumi había hecho clavada en la parte trasera de la puerta principal, que era un arco iris porque cada pétalo era de un color distinto.

Había tantos recuerdos acumulados aquí. Si alguien entrase aquí y la encontrase vacía, estaba segura de que se le partiría el corazón. Demasiadas veces en su vida, Mayumi había entrado en casa de un desconocido para encontrarla manchada de sangre, pero con la evidencia de un hogar humilde y feliz en su mayor parte.

A veces esos recuerdos perduraban, y ella se apartaba de sus oscuros pensamientos para concentrarse en su tarea.

No puedo cambiar el pasado.

Una vez hubo terminado de asearse, Mayumi se vistió con unos ajustados pantalones de cuero marrón y se abrochó los botones de la cadera derecha. Luego se puso una camiseta interior antes de colocarse una gruesa túnica de

algodón gris sobre el torso. Por último, se puso una chaqueta de piel de lobo blanco, algo muy valioso, ya que sólo los cazadores podían conseguir una piel de ese color.

Mayumi se colocó frente al espejo de cuerpo entero clavado en la pared. Tenía algunas manchas envejecidas, pero por lo demás estaba casi impoluto, a excepción de la esquina superior derecha.

Su mirada apenas registró su aspecto ceñudo. No se detuvo en sus ojos marrones, que parecían negros en la sombra, pero brillaban casi leonados a la luz. Tampoco se detuvo en su barbilla pequeña y puntiaguda, sus orejas o sus labios de cupido. Su cuerpo estaba oculto por la gruesa chaqueta, por lo que era fácil confundir su esbelta complexión, que engañaba a su fuerza.

Lo que realmente le interesaba era su espesa melena negra hasta la cintura. Después de debatirse entre cepillar o no aquel enredo que más parecía un nido de pájaros que pelo, se dio cuenta de que le importaba un bledo. Se limitó a recogérselo con su habitual coleta alta para que no le tapara la vista.

Metió el dedo entre los barrotes de la jaula de su paloma mensajera para rascarle la nuca. La paloma respondió con un graznido.

Antes de salir de casa, se ajustó el cinturón de la espada a la cintura y comprobó que la daga también estuviera bien sujeta. Luego se echó el carcaj y el arco a la espalda.

Mayumi había pasado muchas tardes haciendo a mano sus flechas. Las puntas las había forjado con acero en la pequeña y rudimentaria herrería que tenía en la parte trasera de su casa. Las plumas eran de colores extraños, ya que utilizaba cualquier ave que conseguía abatir para hacer las flechas.

Vestida para el tiempo y los peligros que pudieran acecharla, abrió la puerta y salió al porche de madera. La zona del porche abarcaba dos lados de la cabaña, rodeando la parte delantera y derecha desde la entrada de la puerta principal.

Se inclinó y sacudió las botas de piel y cuero para quitarles la nieve que se había acumulado durante la noche antes de calzárselas. Había muchos otros zapatos en el estante junto a la puerta principal, desde botas de trabajo hasta zapatillas planas.

Ahora que estaba lista con lo que llevaba casi todos los días, recorrió cada esquina del porche para comprobar el *omamori*[1]. Sus antepasados creían que el *omamori* les protegía de los demonios y los malos espíritus. Desde siglos antes de que se quedaran atrapados en esta parte del mundo tras la llegada de los Demonios a la Tierra, su familia había continuado con la tradición de colgarlos.

Junto a ellos había placas de madera con amuletos que le habían regalado los sacerdotes y sacerdotisas de la ciudad más cercana. No creaban ningún tipo de barrera, pero al parecer eran más bien un elemento disuasorio.

En su casa nunca habían entrado Demonios, y eso era lo único que realmente le importaba.

Al parecer, no tendré que comprar platos nuevos por el momento, pensó mientras los agarraba con brusquedad.

---

[1] Un popular amuleto japonés. Su objetivo fundamental es, como buen amuleto, proteger y dar fortuna a los que lo llevan.

Mayumi alargó entonces la mano para tocar la bolsa de seda brocada del omamori que tenía algún tipo de madera en su interior -nadie sabía de qué tipo, ya que era costumbre no abrirlas nunca-. Eran viejas y estaban tan deshilachadas que se aseguró de tocarlas con cuidado. *No durarán mucho más.*

Les quedaban pocos años antes de que se rompiera la cuerda de seda que los sujetaba. Ella creía que funcionaban, pero también sabía que podía ser una falsa esperanza, ya que no habían sido bendecidos desde hacía cientos de años.

A veces resultaba más sencillo tener fe.

Juntó las manos, inclinó la cabeza y rezó para que sus antepasados siguieran velando por ella. Luego dio un paso atrás, bajó las manos y les dirigió una pequeña mirada.

Más vale que me vigilen. Soy la última que queda. Al menos por parte de padre.

No tenía ni idea de los orígenes de su madre, ya que ésta tampoco lo sabía. Su familia había sido asesinada por Demonios cuando ella era joven, dejándola huérfana.

En cambio, Mayumi lo sabía todo sobre la familia de su padre.

Puso los ojos en blanco. *No voy a darme una lección de historia. Mi padre me dio muchas.*

No, tenía cosas mucho más importantes que hacer.

Se ajustó el arco para que le quedara mejor sobre su pecho casi plano y bajó los escalones del porche. En cuanto sus botas crujieron en la nieve, se dirigió a la derecha, hacia la parte trasera de su casa.

En la parte trasera de la casa había un cobertizo de madera. Empujó hacia arriba el largo y pesado pestillo de madera que lo cubría por completo para abrirlo. Cogió una cuerda larga y se la colgó del hombro antes de coger un hacha y enganchársela al cinturón.

Después de cerrar el cobertizo y asegurarlo, caminó bajo el toldo adosado a la pared trasera que le proporcionaba cobijo durante todo el trayecto. Allí estaba su puesto de herrería. Había un baño de manantial que había hecho alguien de su familia años atrás. Conectaba con el arroyo cercano, que podía manipularse mediante tuberías de terracota y presas para bloquear o liberar el flujo de agua directamente hacia él.

Pero un baño al aire libre en pleno invierno era una mierda. Tardaba demasiado en calentarse con la caldera exterior.

Una vez que lo atravesó, comenzó a descender por la montaña. Ni siquiera se molestó en mirar atrás; no tenía sentido.

El bosque que la rodeaba estaba lleno de árboles altos y enjutos, la mayoría cedros o abetos. Creaban la sombra suficiente para que cualquier humano se sintiera inquieto. Mayumi escudriñó cuidadosamente su entorno mientras caminaba.

La nieve era espesa en el suelo y caía más lentamente cada segundo, pero ella la atravesaba con facilidad. Estaba creando un rastro tras de sí, y sabía que podría seguirlo hasta casa.

Mayumi siempre sabía hacia dónde iba y siempre encontraría el camino de vuelta. Había crecido en este bosque. Lo conocía mejor que nadie. No importaba que hubiera ido creciendo en los pocos años que ella había estado lejos de él.

Un sonido en la distancia hizo que levantara la cabeza en su dirección, pero no se detuvo. Se limitó a poner una mano firmemente alrededor de su arco y la otra sobre su daga en señal de preparación.

Nada se acercó, y todo volvió a quedar en silencio, aparte de sus pisadas y su respiración constante.

Había un árbol caído que había empezado a cortar hacía unos días para hacer leña, y finalmente lo vio colina abajo. Sus reservas estaban vacías desde que había tirado el último trozo a la chimenea esa misma mañana. Si no quería congelarse durante las próximas noches, necesitaba más.

Además, una fuerte tormenta de nieve podía caer sobre ella en cualquier momento.

Razón de más para ir a la ciudad, supongo. Si me quedo tirada más de dos días, no tendré comida. Gimió en voz alta al encontrar el árbol que buscaba. *Tendré que ir mañana, sin falta.*

Soltó el hacha del enganche del cinturón y la giró en círculo para preparar la muñeca. También empezó a estirar los brazos, la espalda y el cuello mientras se acercaba.

Con el hacha sobre el hombro, observó la última rama larga que quedaba, pues ya había quitado el resto. Entonces agarró el mango del hacha con ambas manos y lo golpeó contra la gruesa base de la rama.

A su lado, en un arbusto, se oyó un resoplido, y el primer golpe de Mayumi asustó a lo que fuera que había en su interior. El arbusto, a sólo un árbol de distancia de ella, crujió salvajemente.

Inmediatamente soltó el hacha y se descolgó el arco de la espalda mientras cogía una flecha. Levantó ambas, tiró de la cuerda hasta que su cuerpo se bloqueó en posición y apuntó en dirección al arbusto. Algo pequeño, negro y peludo surgió de él.

¿Un Demonio? No.

¿Un señuelo demoníaco? Sí, y se lo iba a llevar a casa.

Con una habilidad que tardó años en perfeccionar, disparó la flecha al exhalar y ésta se clavó en un jabalí joven. El jabalí emitió un chillido de cerdo cuando el disparo le dio en el hombro, haciéndole tambalearse. Ella ya corría hacia él.

Justo cuando estaba a punto de levantarse y empezar a correr de nuevo, Mayumi saltó. Ejerciendo presión sobre él con su peso, le ató la boca para mantenerlo quieto antes de atarlo.

Mientras el jabalí se retorcía para liberarse, en vano, se lo echó a la espalda. Era pesado, ya que los jabalíes suelen ser bastante densos. Tuvo suerte de que fuera relativamente pequeño y de que ella fuera inusualmente fuerte.

Todo ese entrenamiento me vino de maravilla.

Lo dejó caer en el suelo junto al árbol. Lo necesitaba vivo para lo que quería hacer con él, lo necesitaba fresco, pero también necesitaba leña.

Se palpó la frente antes de apartarse unos mechones de pelo sueltos de la cara, incapaz de domar sus rizos alborotados, y se preguntó qué se suponía que iba a hacer.

Había utilizado la cuerda con la que pretendía transportar la leña. De algún modo, se sentía imposiblemente cansada a pesar de la adrenalina que la recorría.

Con su aliento caliente empañándose en el aire frío, el jabalí recibió una mirada fulminante.

—*Tú*. No podías estar en un arbusto cerca de la casa, ¿verdad? —Ella arrancó su hacha de la nieve y comenzó a cortar la rama de nuevo. —Ahora voy a tener que llevarte a ti y a esta rama de vuelta al mismo tiempo. ¡¿Sabes lo difícil que va a ser?! Y no tengo alcohol para recompensarme.

Originalmente había planeado cortar la rama en trozos y llevarla a la espalda como una mochila con la cuerda enrollada en los bordes. Ahora tendría que agarrar el extremo delgado de la rama y arrastrarlo por el suelo mientras cargaba con el animal a la espalda.

Sus palabras eran tensas, a menudo seguidas de un gruñido cuando usaba el hacha, cuando dijo: —Por otra parte, esto me dará algo que hacer esta noche.

Era mejor que beber y mirar las llamas, o por la ventana, o al maldito techo.

Necesito un novio o algo. Hizo una pausa y frunció la nariz. *Eww… Qué asco. No, no lo necesito. Los hombres son demasiado complicados.*

¿Novia entonces? Se lo pensó un buen rato, con los ojos escrutando el dosel de hojas de arriba... y luego sacudió la cabeza. *El mismo problema. Demasiado complicado.*

En cualquier caso, se sentía un poco sola. *Prefiero follar y olvidar su cara.*

Otra razón para ir a la ciudad, supuso.

Cuando terminó de cortar la rama del cedro que yacía semienterrado en la nieve, se subió el jabalí a la espalda. Luego dio la vuelta para agarrar la punta de la rama del árbol y tiró de ella para iniciar la traicionera escalada de vuelta a la montaña.

Dejó una huella evidente en la nieve, pero estaba más concentrada en no tropezar mientras llevaba su pesada carga. Su corazón se aceleraba con el esfuerzo, y su respiración se volvía más rápida a medida que pasaban los segundos con cada esfuerzo de sus piernas.

Esto va a ser eterno, pensó después de cinco minutos y de comprobar que apenas había avanzado nada. *Maldita sea.*

CAPITULO 3

Tras regresar a casa y esperar a que cayera la noche, Mayumi ató bien las patas traseras del jabalí y tiró de la larga cuerda conectada a él para poder colgarlo boca abajo. En medio del pequeño claro frente a su casa había una estaca de madera de nueve pies de altura. En la parte superior de la estaca había una hendidura tallada para pasar la cuerda sin que resbalara al tirar.

Cuando la cuerda quedó a la altura del pecho, la ató temporalmente a una estaca metálica clavada en el suelo.

El jabalí hizo ruidos de angustia. Estaba segura de que se sentía incómodo o dolorido, pero hacía tiempo que se había insensibilizado a este tipo de crueldad. Su sufrimiento terminaría pronto.

Eso no significaba que antes no hubiera atendido al jabalí herido. Había limpiado la herida causada por su flecha y la había vendado mientras le daba hierbas medicinales con la esperanza de aliviar su dolor.

Odiaba hacer esto a un animal indefenso, pero era una necesidad en la era demoníaca en la que se encontraba el mundo.

Mayumi se retiró la daga que tenía entre los dientes y, con una mueca que impedía que le cortara la cara, agarró con fuerza el mango con un puño. Luego clavó la hoja en las tripas del jabalí, justo debajo de la pelvis.

Retrocedió un poco mientras cortaba hacia abajo, dejando que la sangre y las vísceras cayeran al suelo para asegurarse de que muy poca, o con suerte ninguna, la tocara.

Sabiendo que debía deshacerse de él para no llevar consigo el olor a sangre fresca, dejó caer el cuchillo al suelo y miró al cielo.

El crepúsculo se estaba asentando y las sombras ya eran alargadas. Unos minutos más y el sol terminaría de ocultarse en el horizonte.

Mayumi agarró la cuerda y elevó el cadáver de jabalí por encima de la estaca de madera para dificultar su alcance. Sus movimientos fueron rápidos, apresurados, pero sin pánico.

Una vez atado permanentemente, esprintó hacia el interior.

No se quitó las botas, aunque normalmente lo hacía, para ser rápida. Tenía las manos manchadas de carmesí y se las lavó en un cuenco poco profundo.

El espejo fue su siguiente parada para comprobar que no tenía sangre en ninguna otra parte antes de echar un último vistazo a sus botas con sus propios ojos.

La ropa que llevaba era negra de pies a cabeza.

Sus botas parecían más bien calcetines, ya que eran flexibles y duraderas, y se amoldaban a los dedos gordos de sus pies para que pudiera usarlas con

destreza. Sus pantalones de cuero estaban empapados en tinte negro, al igual que su camisa ceñida y su chaqueta de cuero. Los guantes eran finos y no estaban diseñados para proteger del frío, sino para ocultar la piel.

Sobre la cabeza llevaba una capucha especial con un botón interior que le permitía engancharse una máscara que le ocultaba todo menos los ojos.

Y esos ojos, que antes habían estado aburridos y cansados, ahora la miraban desde el espejo con una nitidez distinta que sólo tenían cuando llevaba este atuendo.

El último detalle de su atuendo, por lo demás sencillo, era una insignia plateada prensada en la parte superior del pecho, en el esternón. Una espada atravesaba un círculo que se estrechaba al final antes de terminar de completarse.

Era el símbolo del gremio de Cazadores de Demonios.

Este atuendo era una réplica perfecta de los cientos que usaba el gremio, desde la capucha y los pantalones hasta los mismos zapatos.

Todo era uniforme, todo era igual, excepto por un detalle importante: el color de la insignia revelaba el estatus de la persona dentro del gremio de Cazadores de Demonios.

El color más alto era el dorado, el más bajo el negro.

La nariz se frunció ante la insignia plateada que llevaba en el pecho, la segunda de mayor rango en el gremio. Se apartó de su reflejo.

Mayumi abandonó la zona principal de su casa para entrar en la única otra habitación.

Ignoró el conjunto de objetos personales que pertenecieron a varios antepasados. Ropa cubierta de polvo, zapatos que no le servían porque no le quedaban bien, una muñeca que pertenecía a su bisabuela. El área estaba atestada hasta el techo de objetos que nadie se atrevía a desechar.

Ni siquiera ella.

Siempre notaba el olor a viejo y ligeramente mohoso de esta habitación, y de vez en cuando le provocaba una leve fiebre del heno si removía algo demasiado.

La máscara que cubría su rostro era fina. Sólo pretendía ocultar su piel, pero no hacer que su respiración se volviera más profunda y ruidosa, y hacía poco por protegerla del incómodo olor impregnado de historia.

Tiró de la cuerda atada al techo en el centro de la habitación para descorrer el pestillo de una puerta. Las escaleras se inclinaban hacia abajo y ella tiró de la cuerda que había debajo del primer tramo para desplegarla y poder subir.

Inclinó el cuerpo hacia delante, casi abrazando la escalera para evitar que su arco, su carcaj y sus flechas le impidieran el ascenso al desván.

La zona estaba polvorienta, pero mostraba indicios de un uso reciente y frecuente. Una vez arrodillada en el piso, encendió una cerilla que sabía que estaba junto a la abertura.

Aquí arriba apenas había nada almacenado.

Estaba casi vacío, aparte de algunas armas dispersas que permanecían allí a propósito, en caso de emergencia.

El ático permitía escapar en dos direcciones. Hacia arriba si los Demonios entraban desde el nivel inferior, o hacia abajo si era necesario salir del tejado, que era adonde ella se dirigía en ese momento.

En cuanto abrió la puerta que daba al exterior desde el ático, la asaltó el frío aire nocturno. Se agachó, colocándose rápidamente una capa marrón sobre el cuerpo que la camuflaría.

Mayumi salió al tejado, arrastrándose sobre manos y rodillas hasta llegar a donde quería. Se tumbó en el inclinado tejado. Observó el claro donde colgaba el jabalí mientras se quitaba el arco y el carcaj de los hombros.

Enganchó el extremo de una flecha a la cuerda del arco, la apoyó contra el tejado en una posición relajada y esperó.

Estaba acostumbrada a cazar en la oscuridad de la noche a los monstruos que a menudo la perseguían. Con sus ojos entrenados, podía verlo todo con claridad.

El jabalí era su cebo. Tuvo que esperar a que oscureciera para utilizarlo, ya que necesitaba su sangre recién derramada para atraer a los Demonios. La sangre seca sólo era útil cuando el animal era más grande, como un ciervo o un lobo.

Tuvo que matarlo donde lo hizo, de la forma en que lo hizo, para guiarlos a ese lugar específico. Lo último que pretendía era atraer a los Demonios a múltiples ubicaciones, lo que la desorientaría a la hora de cazar desde su puesto de

francotiradora. También significaba que no estarían husmeando en busca de más sangre, lo que podría revelarla a ella en su lugar.

La ropa de Mayumi estaba impregnada de hierbas de fuerte olor y su piel estaba cubierta de un aceite que ya había empezado a impregnarla. Esto era suficiente para diluir su olor humano, pero no para borrarlo.

La nieve fresca la cubría lentamente, pero estaba lo bastante abrigada bajo su capa. Estaba acostumbrada a las adversidades del clima gracias a su entrenamiento.

Como su casa estaba bien pensada en cuanto a ubicación, la espera se hizo larga.

Sus antepasados habían construido la casa entre dos grandes aldeas al norte del bosque del Velo, ambas llenas de cientos de personas. Las aldeas ocultaban la casa familiar de Mayumi bajo la abrumadora masa humana.

Las casas pequeñas como la suya solían estar a salvo porque los Demonios se sentían atraídos por las poblaciones más grandes.

Aunque las aldeas estaban lejos del hogar de los Demonios en el Velo, por desgracia estaban cerca de las montañas. A muchos Demonios les gustaba construir sus nidos fuera del Velo, en las oscuras cuevas y viejas minas de la ladera de la montaña.

Así era como todos los que vivían fuera de las aldeas se mantenían a salvo. Era raro que atacaran las casas del bosque, y generalmente ocurría cuando un Demonio errante captaba su presencia en la distancia.

Atraerlos era un juego de paciencia, que Mayumi había jugado muchas veces en su vida, no tanto aquí, sino para el gremio.

De una bolsa que llevaba en la cadera, sacaba pan o fruta para comer, sin abandonar su posición.

Poco después de medianoche, lo oyó: los primeros ecos de la horrible vida nocturna.

Las sombras que la engullían le dieron el refugio perfecto para ocultarse de la vista hasta que estuvo en el claro, pero los gruñidos que venían de la izquierda le notificaron dónde tenía que mirar.

Retiró la flecha, extendiendo la cuerda del arco hasta una posición media mientras la alineaba. Eventualmente tiraría más fuerte cuando supiera cuán grande era y dónde disparar. No tenía sentido cansar los brazos cuando no era necesario.

No hubo sonrisa de triunfo cuando el Demonio irrumpió en el claro y se dirigió directamente hacia el jabalí. Era de tamaño mediano, un oponente difícil de combatir por sí sola, pero si le disparaba en el punto correcto, podría matarlo casi al instante.

Como el cadáver estaba tan alto en el aire, el cuerpo negro y vacío del demonio saltó para alcanzarlo. Arañó la estaca mientras intentaba agarrarla para trepar, lo que se sumó a las numerosas marcas que ya había en la deteriorada madera.

Tenía forma de lagarto con una larga cola detrás de su delgado culo, y emitía gruñidos siseantes mientras luchaba por su presa.

—¡Ven aquí, ven aquí!, —siseaba con la boca llena de espuma.

Los ojos de Mayumi se entrecerraron, pues había oído hablar a muchos Demonios en el pasado. No soltó la flecha, ni siquiera cuando el Demonio detuvo sus frenéticos saltos para olfatear la base de la estaca y buscar otra forma de llegar al cadáver.

Sólo había una forma de subir, y era demasiado estúpido para darse cuenta de que cortar la cuerda atada a la estaca metálica en el suelo lo liberaría.

Vamos, pensó, preparándose aún más al llevar las plumas de su flecha hasta rozarle la mejilla. *¡Vamos!*

Por fin, logró agarrarse al palo y empezó a clavar sus garras para trepar. El demonio se movía con rapidez. Esperó a que agarrara al jabalí con los dientes y empezara a tirar antes de encauzar su disparo.

Te tengo.

Justo antes de soltar la flecha, un rugido estremecedor sonó desde la izquierda.

Mayumi se detuvo, sabiendo que ese rugido sólo podía ser creado por un Demonio más grande, y apuntó en su lugar en esa dirección.

Tendré que esperar. Los Demonios lucharían por su comida.

Para el Demonio más pequeño sería en vano, ya que el más grande probablemente ganaría, pero significaba que este último se debilitaría antes de que ella misma intentara matarlo.

Unas pisadas fuertes, sonoras y retumbantes llegaron desde la izquierda de la casa, ligeramente detrás de ella, lo que dificultó verle la cara. La velocidad a la

que corría era superior a la de cualquier cosa que hubiera visto, y la criatura no era más que un borrón negro ensombrecido por la oscuridad de la noche.

Lo que ella pensó que sería una batalla acabó siendo un aluvión de zarpazos cuando el Demonio más grande irrumpió en el claro. Masacró al pequeño antes incluso de que éste terminara de levantar la cabeza del jabalí que había conseguido derribar.

¡Qué velocidad! Por suerte, no dio un grito ahogado ni delató su escondite, pero se había sorpendido, y normalmente nada sorprendía a Mayumi.

El Demonio más pequeño quedó en el olvido, sin apenas moverse, mientras el más grande se comía lo que quedaba del pequeño jabalí. Era tan grande que lo lanzó al aire y se lo tragó entero.

Entonces su labio superior se torció con una mueca de asco cuando se volvió hacia el Demonio más pequeño. *Putos caníbales.*

El Demonio más grande le dio la espalda mientras se comía al más pequeño. Desde este ángulo, sólo pudo ver cómo movía la cabeza de un lado a otro hasta que lo partió por la mitad.

Sin dudarlo, preparó su disparo y esperó.

Tengo que darle entre los ojos.

Era... era enorme por lo que podía ver, más grande que cualquier otro Demonio al que se hubiera enfrentado. Uno de este tamaño sería una misión suicida para un Cazador de Demonios solitario, a menos que le disparara entre los ojos.

La parte posterior de la cabeza no era suficiente. La flecha podría atravesarle la garganta con el ángulo hacia abajo desde el que disparaba.

A cuatro patas, seguía comiendo desordenadamente, sin darse la vuelta para que ella pudiera disparar con claridad.

¡Gírate, maldita sea!

Mayumi era un blanco fácil así. En cuanto terminara de comer, probablemente empezaría a investigar el olor humano que salía de su casa. Ahora estaba buscando sangre fresca, una comida fácil, pero pronto se interesaría por *ella*.

El incienso que había encendido en la barandilla del porche no sería suficiente, no una vez que el cadáver se hubiera extinguido.

¡GÍRATE!

Entonces lo hizo. No había terminado de comerse a los suyos como un maldito salvaje, pero giró la cabeza hacia un lado para mirar hacia el bosque.

Unos brillantes orbes rojos aparecieron a la vista.

Ella esperaba ojos rojos, pero estos eran extraños. Los suyos se ensancharon cuando comprendió que no se trataba de un Demonio, y que la luna creciente iluminaba el lateral de una calavera blanca.

¡Mierda! Mayumi se agachó y puso los brazos en horizontal para ocultarse. *¿Un Duskwalker?*

Apretó los labios y frunció las cejas. Sus ojos recorrieron la nieve reflectante a su lado mientras pensaba.

No puedo luchar contra un Duskwalker yo sola.

Aun así, levantó un poco la cabeza para ver cómo se comía al último Demonio que había matado. Fue ahora cuando se dio cuenta de que había podido ver la parte posterior de un cráneo todo el tiempo.

Nunca había luchado contra un Duskwalker. ¿Qué tan diferente podría ser? Nada podría sobrevivir a una flecha entre los ojos, justo en la frente donde estaba su cerebro. Dudaba que un Duskwalker fuera diferente.

Hmm. Pero he oído que sus cráneos son básicamente impenetrables.

Un debate mental se libró en su interior.

No sabía cuántos Duskwalkers había en el mundo, pero el gremio sabía con certeza que había cinco.

Había uno con cuernos de antilope y un cráneo de lobo por cara, uno que muchos habían rastreado y por el que habían perdido la vida. Uno con cornamenta de ciervo y cráneo de zorro. Uno con cráneo de oso y cuernos de toro que sobresalían de su cabeza como el mismísimo diablo: era despiadado. A todos los Cazadores de Demonios del gremio se les había dicho que nunca se enfrentaran a él.

Había uno nuevo que sólo se había visto una vez en las últimas dos semanas. Había recibido un mensaje de una paloma sobre él, al igual que la mayoría de los pueblos y aldeas.

El nuevo Duskwalker tenía cornamenta en la cabeza y un cráneo de conejo. Era más grande que cualquiera de los que habían oído hablar y estaba rabioso, atacando a todo lo que estuviera a su alcance. Otra advertencia de 'no atacar'

había sido dada por Cazadores de Demonios ya muertos que habían soltado un pájaro mensajero antes de morir.

Se había avistado un quinto pájaro, pero nadie había conseguido verlo bien antes de ponerse a salvo.

Muchos miembros del gremio habían muerto a manos de Duskwalkers y Demonios. Estaba segura de que había muchos más de ambos. A menudo se perdía información debido a las constantes muertes.

Mayumi se incorporó y volvió a apuntar con su arma.

Pero si mato a un Duskwalker y obtengo su cráneo como prueba... Tiró de la cuerda del arco todo lo que pudo, esperando un golpe lo bastante potente como para atravesarle el cráneo. *Puede que me dejen volver al gremio*.

Mayumi había sido expulsada por violar una orden.

Era una orden que nunca cumpliría, aunque eso significara que nunca podría formar parte del gremio y que sólo podría cazar Demonios como lo hacía ahora, en su casa o en sus viajes.

Ya no se le permitía luchar junto a los miembros del gremio, cazar con ellos o estar a menos de diez millas de una fortaleza de Cazadores de Demonios. Ni siquiera podía llevar su uniforme, pese a que era lo más seguro. La ocultaba en las sombras, como los propios Demonios.

Lo mataré. Tengo que hacerlo.

Sintió que se le formaba una sonrisa maliciosa mientras se le movía el labio superior y sus ojos se inclinaban con ella. El Duskwalker empezó a darse la vuelta, por fin había terminado de comer.

Si no, moriré en el intento.

Encontró sus brillantes orbes rojos y vio de frente su rostro calavérico.

Todo el fuego de sus venas, todo el calor de su determinación, se desinfló instantáneamente. Hasta tal punto que soltó un grito de sorpresa.

Por suerte, no la oyó. Se limitó a sacudir la cabeza como si tratara de aclarar sus pensamientos antes de desviarla a la derecha, luego a la izquierda, antes de mirar fijamente la casa.

El color blanco difuminaba el rojo de sus orbes mientras su cuerpo estaba congelado, como presa del miedo. Era casi como si hubiera visto un fantasma.

El Duskwalker se alejó y desapareció en el bosque.

Al parecer, nunca vio a una Mayumi ahora conmocionada encima de del tejado, quien comenzó a encorvarse sobre sus piernas mientras se arrodillaba allí. Su arco y su flecha cayeron a ambos lados de ella y se apoyaron en el tejado cuando se dio cuenta de todo, despejando la niebla de sus recuerdos.

Un cráneo de gato... Tenía un cráneo de gato.

Dejó que sus ojos abiertos e incrédulos se posaran en el tejado cubierto de nieve. Nunca antes había dudado, nunca había rehuido a un enemigo una vez que se había decidido a matarlo, aunque fuera un riesgo. Incluso había

conseguido un tiro certero cuando el Duskwalker se había quedado quieto como una piedra en el porche.

En cambio, había perdido completamente la voluntad.

Esa noche vi un Duskwalker. Eso era lo que había visto cuando era pequeña. Eso era lo que la había traído a casa.

Era difícil confundir ese cráneo cuando lo había visto brevemente en el pasado. Llevaba años intentando despejar la borrosa niebla de su memoria, recomponerla, pero nunca había tenido nada real junto a lo que compararla. Hasta ahora.

Me salvó.

¿Por qué?

CAPITULO 4

Mayumi se sentó en la cama con las piernas cruzadas y apoyó los codos en los muslos. Encorvada hacia delante, con el grueso cabello cayendo a ambos lados de la cabeza y la manta enrollada alrededor de las caderas, parpadeó perezosamente.

Cerró un ojo antes que el otro y luego abrió ambos para encontrar su visión momentáneamente borrosa*. Estoy muy cansada.*

Después de que el Duskwalker de cráneo felino desapareciera entre los árboles, Mayumi esperó hasta que salió el sol y ni un solo Demonio se acercó al claro. Una vez que aquella luz brillante terminó de ahuyentarlo todo, se arrastró hacia el desván para entrar.

Aunque había desenrollado su futón, no recordaba cuánto tiempo llevaba sentada con las mantas sobre las piernas mientras miraba fijamente la chimenea.

Lo que antes eran visiones turbias de su pasado, ahora eran más claras.

Su pequeña mente había confundido el cráneo gatuno del Duskwalker con la máscara blanca de Sombra. Había sido demasiado ingenua y estaba

demasiado mareada para darse cuenta de que la cosa gigantesca que tenía delante no era normal.

Pero al verlo de nuevo, supo que era la verdad.

Mayumi tenía tantas preguntas, y esas preguntas que había tenido toda su vida resurgían ahora multiplicadas por diez, haciendo que conciliar el sueño fuera casi imposible. En lugar de eso, permaneció hipnotizada por las llamas.

Como de costumbre, se despertó a media mañana, aunque apenas había dormido dos o tres horas. Era un hábito muy arraigado de Cazadora de Demonios. La mayoría estaban de guardia durante la noche, cuando los Demonios solían merodear.

Ser Cazador de Demonios a menudo les hacía pasar la noche en vela.

Por supuesto, lo primero que pensó al despertarse fue en el Duskwalker.

Una pequeña sonrisa comenzó a curvar sus labios. *Ojalá hubiera venido a saludarme.* Mayumi echó la cabeza hacia atrás y soltó una profunda carcajada. *Qué tonta*. *Seguramente me comería en un santiamén.*

Pero no podía evitar sentirse así. Él le había salvado la vida, y ella nunca, jamás, lo olvidaría.

Quizás no era un bocado lo suficientemente tentador de niña.

Aunque si él intentaba matarla ahora, ella no le mostraría ni una pizca de piedad y le devolvería el sentimiento.

Sabiendo que se le había acabado el té y el café, Mayumi recogió su cubo metálico y lo sacó al exterior bajo el brazo. Desnuda bajo el aire gélido, se le puso la piel de gallina al instante.

Se zambulló como un salmón en la nieve para quitarse el cansancio a base de golpes de frío. Luego recogió la nieve en el cubo como el día anterior, la derritió en el fuego y se limpió el cuerpo antes de vestirse.

Como había llegado a casa más tarde de lo que quería el día anterior, no había cortado completamente la rama del árbol en troncos. Sólo había cortado lo suficiente para pasar la noche.

Se dirigió a la parte trasera de la casa, junto a la fuente, donde había dejado la rama. Mayumi tardó más de lo debido en darse cuenta de que sentía punzadas en el cuello. Antes de empezar a cortar, se detuvo y miró el bosque que la rodeaba.

Tuvo el extraño presentimiento de que estaba siendo... observada.

No oyó ni vio nada.

A pesar de ello, la sensación de ser observada nunca se disipó mientras continuaba con su tarea. Tal vez la persona que podría estar observándola no quería acercarse a ella mientras tuviera armas. Después de todo, llevaba su cinturón con su espada y blandía un hacha afilada como si nada.

Maldita sea. Hoy iba a ir a la ciudad.

Aunque Mayumi no era tonta.

Si alguien o *algo* -lo cual siempre era una posibilidad, ya que los Demonios merodeaban, incluso en la sombra- la estaba espiando, abandonar su entorno más seguro sólo serviría para ponerse en peligro a sí misma.

No iría paseando por el bosque para que algo la sorprendiera por la espalda. Aquí tenía armas. Aquí tenía amuletos de protección.

Sus ojos se alzaron para mirar el cielo casi despejado. *No parece que vaya a nevar pronto.* Podría pasar otro día sin salir.

También cabía la posibilidad de que estuviera inventando excusas otra vez. *Supongo que habrá patatas para cenar.* No tenía mucho más.

Estaba en silencio, aparte de sus propios gruñidos, que hacían aún más perceptible el sonido de un gran palo rompiéndose en la distancia.

Sentado en una rama fuerte y robusta, Gatito -su nombre autoproclamado- observaba a la pequeña Cazadora de Demonios. Sus orbes amarillos seguían todos sus movimientos, desde el balanceo del hacha por encima de su cabeza hasta la forma en que sus hombros se agitaban cuando movía la hoja hacia arriba y hacia abajo para liberarla. Incluso notó sus ocasionales temblores fríos.

Ya había cortado una docena de troncos de gran tamaño y, cuando terminó, llevó los más grandes a un tocón, donde los partió por la mitad con el hacha.

No parece que me haya visto.

Cuando Gatito se había arrastrado a cuatro patas por la ladera de la montaña en su forma monstruosa la noche anterior, no había esperado ser recibido por el olor de la sangre en el viento. Sangre de jabalí, para ser exactos.

Por mucho que había intentado no caer en la locura y cazarla, al final había perdido la batalla cuanto más se acercaba. Siempre le resultaba difícil recordar con claridad sus recuerdos confusos y desconcertantes cada vez que su mente cambiaba de lugar.

Sediento de sangre, descerebrado y siempre hambriento, recordaba vagamente haber exterminado a un Demonio que ya había caído sobre su presa, a la que había consumido después de comerse al jabalí.

Una vez que la amenaza y su carne desaparecieron, Gatito no tardó en volver en sí, frente a la misma casa que había estado buscando. Nunca había pensado que le conduciría hasta aquí.

Preocupado por ser visto por la ocupante femenina y tal vez por su familia, su primer pensamiento había sido huir y esconderse entre las sombras del bosque. Ahora se daba cuenta de que no tenía por qué haberse preocupado.

No esperaba que realmente estuviera aquí... ni que estuviera sola.

La última vez que Gatito se había sentido... obligado a venir a aquella misma casa, Mayumi, la humana a la que vigilaba, no se encontraba aquí. Sólo quedaba su padre.

Estaba curtido por el tiempo y muchos años de duro trabajo, sosteniéndose con un bastón por alguna herida que había recibido en el pasado.

A Gatito le había decepcionado comprobar la ausencia de Mayumi.

Ella había estado viviendo en esta casa casi todas las veces que Gatito había venido a ver a la pequeña humana que había salvado, y él la había visto convertirse en la mujer fuerte que era ahora.

No sé cuántos años han pasado. ¿Habían pasado veintitrés, tal vez incluso veinticinco años desde que la vio por primera vez?

Estaba terriblemente enferma cuando la rescató. Había llegado a preocuparse por su vida, pero una vez que mejoró, Gatito se quedó hasta que supo con certeza que estaba bien.

Él siempre regresaba.

La había visto de niña, mientras su padre la entrenaba para manejar una espada de madera y su madre le enseñaba a cocinar y a limpiar.

Había visto a Mayumi de adolescente, entrenándose sola en el bosque. A menudo parecía torpe, con el cuerpo en una extraña fase de crecimiento y todos esos puntos rojos en la cara que, según vio, poseían otros muchos humanos de edades similares. A algunos les regañaban por tocarlos, mientras que Mayumi siempre se había mostrado disciplinada.

Entonces le había parecido bonita, pero nada había preparado a Gatito para su impresionante primera visión de ella como adulta. Aunque era un Duskwalker, no había podido evitar pensar que era hermosa.

Por desgracia, su visita había sido breve ya que ella se marchaba.

La había seguido a ella y a su padre mientras ambos se dirigían a la fortaleza de los Cazadores de Demonios. Sólo sabía que se dirigían hacia allí porque llevaban sus uniformes negros. Había dejado de seguirlos en parte, sabiendo que la dirección en la que iban no era segura para él, pero se había quedado mirando el espacio en el que desaparecieron mucho después de que se hubieran ido.

No esperaba verla la siguiente vez que se sintió obligado a venir aquí, pero había aparecido mientras él vigilaba a sus padres. Por lo que había oído, su madre se estaba muriendo. Gatito había sido testigo de cómo esta mujer contenía sus emociones, al igual que su padre, hasta que la frágil mujer falleció, y se marchó orgullosa con su uniforme, dejando a su padre solo.

A casi medio día de camino de esta casa, Mayumi acabó dejándose llevar por sus emociones en el bosque.

Aunque ella no sabía que él estaba allí, él había actuado como sus ojos y oídos para asegurarse de que permaneciera ilesa hasta que se serenara. Era un recuerdo que atesoraba, ser testigo del dolor de esta mujer que sólo había sido para sí misma. Sobre todo porque había sido en plena primavera y ella había caído de rodillas en un mar de flores de colores para gritar y llorar su dolor.

A él le divirtió y le interesó la forma repentina en que ella enterró sus emociones y se dirigió a la fortaleza con la cabeza bien alta. Había estado dando pisotones durante todo el tiempo que él la siguió hasta que él no pudo ir más lejos.

Siempre había admirado esa parte de ella; la había visto levantar la barbilla con superioridad muchas veces.

Incluso ahora lo hacía mientras completaba su tarea.

Parece que no ha cambiado.

Gatito se recostó contra el tronco del árbol y cruzó los brazos detrás de la cabeza para apoyarse en ellos como si fueran una almohada. Hizo una mueca de dolor cuando superpuso sus patas felinas, que parecían zarpas, y rompió accidentalmente otro palo. Ya era la segunda vez.

Mayumi levantó la cabeza, pero sólo miraba hacia el horizonte, nunca a lo alto de los árboles. Detuvo el movimiento de su larga cola negra para no llamar su atención, y dejó que terminara de enroscarse cuando ella dejó de buscar.

Sus sentidos son más agudos que antes. El amarillo de sus orbes se iluminó. *Qué cosa tan pequeña y peligrosa*. Tenía una mirada que él pensó que podría convertir a un Demonio en llamas con suficiente concentración.

Pensó que le gustaría ver a un Demonio arder de repente, sería muy gracioso.

Una vez que terminó de cortar lo que él supuso que era su leña, se fue para adentro.

Eso le permitió tener tiempo para sí mismo. Gatito bajó cuidadosamente de su posición y rodeó toda la casa en un amplio radio para no ser visto desde las ventanas.

Se aseguró de que ningún Demonio se hubiera acercado utilizando las sombras para desplazarse durante el día. Incluso cuando confirmó que no

había ninguno, siguió caminando a cuatro patas en su forma más monstruosa mientras pensaba.

Se aseguraba dos, no, *tres* veces, ya que los orificios de su nariz estaban taponados por la suciedad. Se había taponado la nariz para eliminar su capacidad de oler cualquier cosa que le volviera a poner frenético, como la sangre o el olor del miedo.

Aunque Gatito no pensaba separarse nunca más del lado de Mayumi -a menos que fuera a la fortaleza del Cazador de Demonios-, tampoco tenía intención de delatarse.

Seré su guardián hasta que uno de los dos muera.

Era difícil saber si sería ella o él primero.

Gatito levantó una mano para rozar la grieta que se extendía por el lado izquierdo de su cráneo. El azul de la tristeza entró en su visión mientras su corazón se encogía en su pecho, pero finalmente sacudió la cabeza de cualquier pensamiento negativo.

Mientras sobreviva todos sus años, todo estará bien.

Esperaba que Mayumi llegara a un estado viejo y frágil, pero también estaba seguro de que pronto volvería a luchar contra más Demonios.

Y él estaría allí esperando fuera del alcance de su vista para protegerla. Eso o lo descubrirían y por fin tendrían a un Duskwalker matando bajo su grandioso gremio.

Intentó dejar escapar un bufido a través del taponado agujero de su nariz felina.

Dejaría que me mataran para no hacerle daño yo mismo.

Una parte de él esperaba que fuera Mayumi la que acabara con su vida. Era la única humana a la que consideraba digna de hacerlo.

Cuando volvió a salir de la casa, Gatito ya estaba subido al mismo árbol de antes. Le ofrecía la mejor posición para ver su casa desde arriba y, al mismo tiempo, tenía un manto de hojas que le cubría por debajo para que ella no pudiera verle.

La vio retirar la nieve acumulada en el porche.

Aunque Gatito se rascó la irritante tela que le cubría el hocico, agitado tanto por ella como por el barro seco que tenía en la nariz, sus orbes volvieron a brillar con su tono amarillo normal.

Espero que mañana salga desnuda como hoy. Completamente desnuda para el mundo, e involuntariamente para él, se había tirado a la nieve.

Gatito había sentido el cosquilleo de su polla detrás de la costura ante la visión que le había ofrecido el otro día. Y al igual que entonces, le produjo la misma sensación ahora, su polla dando una sacudida entusiasta detrás de su costura. Tuvo que reprimir el impulso de reírse, sobre todo porque los ojos de ella eran desconfiados al mirar a su alrededor.

Esta peligrosa mujer sería más rápida en apuñalarme en la costura que dejarme tocarla. Aun así, a Gatito no le importaban sus fantasías unilaterales y oscuras.

Había venido a protegerla y nada más.

Una agradable vibración comenzó a retumbar en su pecho, una que sólo experimentaba cuando ella estaba cerca. Su larga y fina cola se agitó bajo la rama en la que estaba sentado.

Aquiiiiiiiii, Mayumi, Mayumi, Mayumi, llamó mentalmente, igual que ella había llamado una vez a su precioso gatito.

CAPITULO 5

Mayumi sabía exactamente por qué sentía el impulso de cubrirse con una bata de seda antes de lanzarse hoy a la nieve. O la seguían vigilando un día después, o se estaba volviendo paranoica.

El fastidio empeoró cuando se tumbó panza arriba en el frío polvo blanco. Estiró la larga columna de la garganta e inclinó la cabeza hacia atrás para mirar el bosque.

Juró haber visto un destello amarillo entre los árboles, pero cuando volvió la vista hacia allí, ya no estaba presente.

Un humano ya se habría dado a conocer. Levantó la vista hacia el cielo azul, la nieve por fin había dejado de derramar sus suaves lágrimas heladas. *Y un Demonio ya habría atacado.*

Sabía que un Duskwalker no era mejor que un Demonio.

Pero esta sensación no desaparece.

Con un suspiro, se puso en pie y se quedó mirando el cubo de metal en la nieve. Su vida se había convertido en un aburrido y mundano bucle en el que se repetían las mismas rutinas.

Todas las mañanas era lo mismo: té, café o un baño de nieve, y luego un lavado corporal antes de decidirse por recoger leña o limpiar su casa, ya de por sí impecable. Lo que descubría en su excursión al bosque determinaba si colocaba o no una trampa para Demonios, dejando a menudo que el cebo viniera a ella y no al revés.

Y siempre pensamientos constantes e incesantes.

Su mente era como un parloteo incesante. Lo cual era a menudo irritante, ya que le gustaba el silencio total y absoluto, sólo para ser frustrada por ella misma.

Mira, Mayumi. Puede que te estén vigilando o puede que no, pero hoy tienes que ir a la ciudad como sea. Con un toque agresivo en sus movimientos bruscos, recogió su cubo. Se acabaron las excusas.

Se le ocurrieron muchas más excusas, pero menos de una hora después Mayumi ya estaba preparada y adentrándose en el bosque.

No oía ningún rastro de vida mientras viajaba hacia el Puesto Avanzado de Colt, uno de los pueblos más grandes al norte del cañón fronterizo del Velo. Recibió su nombre porque había sido un puesto militar antes de que el azote de los Demonios llegara a la Tierra a principios del siglo XVIII, y con el tiempo se convirtió en uno de los pueblos más superpoblados, pero más seguros.

También estaba relativamente cerca de la Fortaleza Hawthorne, la base principal del distrito Cazador de Demonios de Mayumi.

Tenía que andarse con cuidado, ya que no se le permitía acercarse a menos de diez millas de la Fortaleza Hawthorne como miembro del gremio dado de

baja a la fuerza, y el Puesto Avanzado de Colt estaba justo en el límite de esa distancia.

Vestía un traje de cazadora, el mismo que había llevado los últimos días, aunque lo había lavado. Agarró con fuerza la empuñadura de su espada mientras caminaba por el prado vacío que se extendía frente a ella.

Frente al puente levadizo de madera, dos soldados montaban guardia. Tenían los brazos y las piernas cubiertos con armaduras de cuero, pero sus torsos eran de acero pulido. Entornó los ojos hacia ellos, sabiendo exactamente quiénes eran y que probablemente la pondrían de los nervios.

—Abran la puerta, —exigió una vez ante ellos.

—Lo siento, —dijo uno de ellos antes de mirar al otro a través de su casco metálico. —Pero no permitimos que los trolls del bosque entren en nuestra ciudad.

—Yoshida, —refunfuñó Mayumi mientras se frotaba las sienes. —Te juro que si hoy me das problemas, treparé por el muro de la torre y volveré a dejarte caer estiércol de vaca encima.

Henry, el soldado de piel oscura que estaba junto a Yoshida, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada por dentro del casco.

—Te dije que no lo hicieras. Me di cuenta de que hoy estaba de mal humor por cómo caminaba por el prado. —Henry empezó a dar pisotones con movimientos exagerados, haciendo que la armadura que llevaba chasqueara y repicara. —Caminas como si fueras un oso enfadado cuando algo te molesta.

Yoshida, que tenía rasgos asiáticos parecidos a los suyos pero de distinto origen, entrecerró sus ojos castaño claro mirándola. —No es cierto.

—Sabía que me ibais a dar problemas sólo con veros al otro lado del prado. —Señaló hacia donde ella acababa de llegar. —Me doy cuenta de que sois vosotros dos, idiotas, porque siempre estáis apoyados contra la pared en lugar de estar atentos al peligro como se supone que debéis hacer.

—Es de día, —replicó rápidamente Yoshida. —Nunca ha habido un ataque de Demonios en pleno día.

—Apuesto a que habéis metido la pata en algo para que os vuelva a tocar este turno.

Ser asignado a vigilar la puerta durante el día era considerado un castigo. No importaba si estaban achicharrándose al calor del sol de verano o congelándose en medio de una tormenta de nieve, no podían abandonar su puesto. Siempre era aburrido y sin incidentes, excepto para algún que otro viajero como ella.

—Entra, —suspiró Yoshida, golpeando la parte inferior de su puño contra el puente levadizo para que los soldados del otro lado lo bajaran. —Sólo quería divertirme un poco y tú tenías que estar de un humor de mierda. Convertirte en un Cazador de Demonios de alto rango te convirtió en una arpía.

Tanto Henry como Yoshida se apartaron cuando oyeron el zumbido de los engranajes y el tintineo de las cadenas.

—Ya no somos niños, —respondió Mayumi con severidad. —No importa tu puesto; cada posición tiene su importancia. Que no haya Demonios durante todo el día no significa que no haya bandidos.

Henry levantó el guantelete para meter un dedo bajo el casco y rascarse el agujero de la oreja.

—Vamos a recibir otro tirón de orejas, y ya recibimos uno ayer. Nunca has tenido jurisdicción para decirnos lo que tenemos que hacer desde que somos Soldados Colt, y perdiste cualquier autoridad que tuvieras cuando te expulsaron del gremio.

—Yo escucharía a un Cazador de Demonios Novato antes que a ti, —replicó Yoshida. —No es que escuchara a uno de ellos de todos modos.

—Cualquiera que sea exiliado del gremio es considerado un traidor.

Bajó los párpados para aparentar despreocupación.

—Yo fui dada de baja honorablemente, —afirmó Mayumi con tono despreocupado, ladeando la nariz en sus direcciones. —Y los rangos mayores informaron de ello a todas las aldeas cercanas.

Henry hizo un gesto despectivo con la mano. —Sí, sí, eso nos han dicho.

Afortunadamente, salvándola de esta oscura conversación, la puerta terminó de bajar entre los dos Soldados Colt. El ruido de los engranajes y las cadenas cesó cuando la puerta golpeó contra el suelo.

Antes de que pudiera entrar, Yoshida le agarró la muñeca con su guantelete. —Nunca nos has contado qué pasó para que te expulsaran del gremio, Yumi.

Yumi. No había oído ese apodo desde que era una adolescente que salía con los chicos de este pueblo. Había entrenado con algunos de ellos que se convirtieron en soldados, como Yoshida y Henry, o Cazadores de Demonios, que ahora estaban todos muertos. Algunos se dedicaron a otros oficios, como la herrería o la carpintería.

Se retorció mientras se liberaba el brazo. —No te tengo que contar nada. Lo que pasó es asunto mío.

—Sólo los que son incapaces de luchar por una herida son dados de baja honorablemente. Tú, sin embargo, estás más fuerte que nunca.

Mayumi no apartó la mirada, ni siquiera cuando sintió el impulso de desviarla. En lugar de eso, la clavó en su casco, haciendo que Yoshida entrecerrara los ojos hacia ella con recelo.

—Tengo un juramento que me prohíbe hablar de ello. —Se frotó la muñeca con fastidio más que con dolor. Su abrigo de piel evitó que su agarre la rozara. —¿Es esa una respuesta lo suficientemente buena para ti, Yoshi?

—Lo que intenta decir...— Henry intervino, mirando a Yoshida de reojo, casi sacudiendo la cabeza con incredulidad por su comportamiento. —...es que nos preocupamos por ti. Antes éramos amigos.

—Todavía lo somos, —concedió Mayumi mientras rodaba los ojos hacia un lado. No podía creer que la solidez de su amistad fuera tan delgada como el papel. —Yo estoy bien. No necesito la ayuda de nadie.

—Nunca la has necesitado, —añadió Henry.

Yoshida soltó una risita: —¿Y nunca la necesitarás?

Mayumi soltó una leve carcajada, oyendo cómo se repetía su propia cantinela de adolescente.

Ya no era el caso de Mayumi. Aunque no solía necesitar ayuda, ni desearla, sólo un necio rechazaría una oferta de ayuda cuando la necesitara.

Como Cazador de Demonios, tenían que trabajar en equipo dentro de sus regimientos. La falta de trabajo en equipo causaba la muerte, y cualquiera que rechazara ayuda en estos tiempos difíciles era un imbécil arrogante.

—Sí, algo así, —refunfuñó.

Mayumi se dirigió al interior, no sin antes oír a Henry gritarle que les comprara una manzana a cada uno. Decidida a seguirles la corriente por aguantar su mal humor, les hizo un gesto con el dedo corazón sin mirar atrás.

No llegó a oír su respuesta, pero estaba segura de que había habido una.

El puesto avanzado de Colt era extraño en comparación con muchos otros pueblos de la Tierra. Estaba dividido en cuatro partes de vida humana, con una sección adicional al fondo que era una pequeña granja.

Lo que solía ser un castillo militar para entrenar a los soldados que se preparaban para invadir otra ciudad humana, era ahora el punto central de este refugio.

En el torreón del centro vivían todos los soldados y entrenaban ferozmente todos los días.

También permitían a los civiles entrar durante las horas asignadas a lo largo del día para recibir clases de defensa básica con el fin de protegerse de los

bandidos y los Demonios fuera de las murallas. Estos últimos eran a menudo un intento irrisorio de sobrevivir durante más tiempo antes de ser inevitablemente devorados.

A menos que se tratara de un soldado de alto rango o hubiera más de uno, matar a un Demonio en solitario era poco probable.

El torreón tenía forma rectangular y en el extremo más alejado se encontraban los dormitorios. El extremo más cercano era el punto de entrada, y la gente tenía que caminar a través de esa sección de la torre del homenaje del castillo para acceder a la zona de tierra abierta en su interior.

En el centro sólo había un campo de entrenamiento con diferentes armas. Había dianas para entrenar con arco y flechas y otras más grandes para lanzar lanzas. En un lado había maniquíes de paja para luchar con espadas, y en el otro más maniquíes para hachas.

El combate cuerpo a cuerpo era un requisito básico antes de que se permitiera a nadie manejar un arma de cualquier tipo. A menudo, a los civiles sólo se les enseñaba a manejar un hacha o una espada, según sus preferencias, y los oficiales les ayudaban a seleccionar su arma en función de su fuerza física y movilidad.

No tenía mucho sentido darle a un hombre alto pero delgado una claymore cuando sería mucho más hábil con una espada corta. Ella misma prefería la ligereza de un arma corta.

Muchas aldeas al norte del Velo instruían a sus propios soldados para que viajaran aquí y recibieran el mejor entrenamiento posible.

El torreón había estado aquí mucho antes de que llegaran los Demonios, y se convirtió en un refugio antes de que construyeran las zonas circundantes.

Cada zona estaba amurallada con piedra, y la gente necesitaba ciertos pases o cartas de invitación para adentrarse en el puesto avanzado de Colt sin ser acompañados por guardias. Había puertas con personal permanente, aunque se abrían libremente, a diferencia de la puerta de entrada a la gran ciudad.

Como la torre del homenaje era el punto central, sólo los soldados y sus invitados podían acceder libremente. Los civiles debían ser escoltados al interior por soldados para su adiestramiento.

La zona rectangular amurallada hacia el exterior de la torre del homenaje central se consideraba el sector noble. Era el más cercano a los soldados que los protegían y el más alejado de los peligros del anillo exterior.

Era una zona limpia, casi libre de ratas y espaciosa, ya que los ricos odiaban vivir unos encima de otros. La mayoría de los que vivían aquí trabajaban directamente en el mantenimiento de la funcionalidad del puestos avanzados de Colt, incluido el comercio con otros pueblos o la dirección de los soldados como comandante militar, o eran uno de sus parientes.

Para poder entrar libremente y sin vigilancia en el sector noble, una persona debía poseer una placa especial o una moneda de soldado. Ambas eran difíciles de reproducir.

El siguiente anillo era el distrito comercial al que cualquiera podía acceder. Se explicaba por sí mismo para qué había sido diseñado.

Por último, el anillo más alejado de la torre central era el sector campesino.

Aunque este sector era el más grande, estaba terriblemente superpoblado. Todos eran pobres, en su mayoría con dificultades, y trabajaban como peones o criadas para los sectores interiores.

A menudo tenían miedo. No sólo porque había más probabilidades de infectarse con enfermedades debido a la estrecha convivencia -las casas estaban llenas hasta los topes de gente que no estaba emparentada-, sino porque se habían visto Demonios en este sector.

Los muros de piedra se podían escalar o incluso sobrevolar para que los Demonios arrebataran su presa.

Era un suceso extremadamente raro, pero casi todas las aldeas se enfrentaban a este mismo problema, sin importar lo fuerte o numeroso que fuera su ejército.

Mayumi sabía demasiado bien que los Demonios podían ser astutos.

Odio venir aquí, pensó mientras miraba a su alrededor.

La triste realidad de la sociedad siempre le recordaba por qué prefería vivir en la Fortaleza Hawthorne o en su cabaña del bosque.

Ignoró a la mujer delgada que estaba sentada contra la pared, haciendo un rápido descanso de su paseo o de lo que estuviera haciendo para toser en su mano. También ignoró al hombre con una cojera horrible que llevaba una cabra atada a una cuerda y ofrecía su leche, intentando llamar la atención de cualquiera para que le comprara su mercancía, probablemente para poder permitirse medicinas.

Aunque mantenía el semblante frío y neutro, le dolía especialmente el niño que sostenía un plato de cerámica roto con la esperanza de que alguien tuviera la amabilidad de darle una moneda.

No podía hacer nada por ellos.

En cuanto Mayumi intentaba ayudar a una persona, aunque fuera a ese niño, otras acudían a ella desesperadas. Los adultos eran especialmente crueles, ya que intentaban robarle o contarle historias con la esperanza de manipularla para que les diera dinero. Incluso podían seguirla hasta una zona apartada e intentar golpearla por ello, lo que sólo les causaría heridas, ya que ella ganaría cualquier pelea a la que se enfrentara.

Tampoco le interesaba luchar con los civiles enfermos, desesperados y sin recursos. Comprendía sus motivos. Era difícil odiarlos por ello.

Por mucho que quisiera ayudar, la moneda que tenía no le duraría mucho si empezaba a regalarla. La habían expulsado del gremio de Cazadores de Demonios, y sus finanzas, aunque bastante grandes, también eran finitas.

El polvo se acumulaba bajo sus botas ya que los trabajadores habían quitado la nieve que se acumulaba cada día, colocándola fuera de los muros para que se derritiera en primavera. Aquí siempre había suciedad, siempre había sombra, ya que los edificios eran altos para compensar el número de personas que vivían en el puesto avanzado de Colt. Carecía de cualquier tipo de vegetación.

Las casas eran de barro y ladrillo con techos de paja. En el sector campesino, las ventanas no tenían cristales, sino contraventanas de madera. Gran parte del anillo exterior parecía desgastado, mientras que más adentro, hacia la torre

del homenaje, estaba mejor mantenido y tenía más acceso a materiales de construcción como ventanas de cristal.

Mayumi atravesó las puertas que daban acceso a la zona comercial y se topó con una gran multitud de transeúntes. El sonido de las charlas y la actividad cotidiana de los peatones era alto, pero había muy poca alegría o risas.

La gente del sector comercial estaba formada por campesinos, nobles y un puñado de viajeros procedentes de otros pueblos, aldeas o ciudades relativamente cercanos.

Mayumi completó sus tareas habituales, intercambiando piezas prensadas de oro, plata y bronce en distintos puestos por alimentos, como fruta, verdura y una pequeña cantidad de carne. También compró té. No había café porque se habían agotado las existencias, y dudaba que pudiera conseguirlo en un futuro próximo.

También compró hierbas de incienso y aceites de baño que le ayudarían a disimular su olor, aunque no a ocultarlo por completo.

Algunos de los lugares a los que acudió eran puestos temporales, mientras que otros se encontraban en edificios permanentes de varios niveles.

Mayumi no se detuvo en ningún sitio. Llevaba toda la vida viniendo a esta ciudad y sabía dónde estaba cada tienda, aparte de los extraños y raros cambios que se producían con el tiempo.

Dejó de llevar el arco sobre el torso para llevarlo colgado de un hombro, sintiendo cómo le golpeaba la parte posterior de la rodilla izquierda al caminar. Esto le permitía ir cómodamente cargada con la mochila que llevaba a la

espalda, llena de todos sus ingredientes alimenticios, y los dos bolsos que llevaba a ambos lados del cuerpo.

Aunque la aldea estaba a unas tres horas de camino de ida y otras tres de vuelta, si no más ya que transportaba mucho, siempre compraba de más para no tener que volver a menudo.

En su casa había un pequeño jardín, pero estaba enterrado bajo la nieve y apenas crecía con el clima invernal.

Sus ojos se desviaron hacia las nubes que se estaban formando. Entrecerró los ojos.

El invierno era una de las épocas más peligrosas del año.

No sólo la escarcha era mortal para los que no estaban acostumbrados a exponerse a los elementos, sino que los días eran más cortos y a menudo había nubes.

Los Demonios viajaban por encima de la superficie en los días nublados.

Mayumi miró al cielo. *La noche empezará a caer en unas horas.*

Se dirigió a un lado del camino por el que iba para evitar que los peatones la embistieran con los hombros. Abrió las tres bolsas y tomó nota mental de todo lo que había comprado para asegurarse de que estaba satisfecha.

Muy bien. Sólo faltaba un lugar. Después de todo, era el lugar más importante.

Las puertas de la taberna se abrieron con un chirrido característico cuando entró en una de las muchas tabernas que había en el puesto avanzado de Colt.

A menudo visitaba esta taberna, ya que era la que la mayoría de los soldados y mercenarios visitaban para ahogar sus penas en alcohol amargo pero fuerte.

El ambiente era solemne hasta el punto de parecer casi físico, y pesaba mucho sobre todos. Imaginó que la iluminación era tenue a propósito para ocultar las caras de cansancio y depresión de todos.

Muchos observaron su entrada cuando se acercó a un borde solitario de la barra, pero ninguno se preocupó realmente de prestarle más atención que esa.

Aparte de la barra, la mayoría de los clientes se sentaban en mesas redondas o cuadradas desparejadas, con una grande y rectangular en el centro que permitía conversar a más gente. Había poca decoración, y a menudo olía a aceites de limpieza de armaduras, metal y cuero, heno y olor corporal.

Mayumi metió sus bolsas entre las piernas y alrededor de ellas mientras se sentaba en el taburete disponible.

La tabernera se colocó frente a ella, se pasó el trapo de bar por el hombro y luego apoyó un codo en la mesa. Cuando Mayumi captó sus ojos azules, le arqueó una ceja rubia.

Marianna llevaba dos trenzas que le caían a ambos lados de la cabeza y le pasaban por encima de un pecho de tamaño medio. Tenía la cara pecosa, aunque bronceada por el exceso de sol, y los labios finos. Su complexión era delgada bajo el sencillo vestido marrón -era difícil ser rellenita en esta ciudad a menos que fueras rica-, pero no aceptaba ni una mierda de los borrachos que entraban en su establecimiento.

Sus dos hermanos también trabajaban en el negocio, sobre todo como matones y camareros.

—Una jarra de hidromiel Honeybrew y tres botellas de Marianna's Sleeper, —pidió Mayumi. —También me gustaría el guiso especial del día.

—Tacaña, y sigues sin dormir bien, ¿eh? —Marianna resopló e inmediatamente metió la mano bajo el mostrador para coger una taza de madera. Luego se dio la vuelta para coger de la estantería de detrás el hidromiel que había en una botella de cristal verde.

—Duermo bien, —refunfuñó Mayumi, viéndola llenar la taza antes de colocarla sobre el pegajoso mostrador donde Mayumi apoyaba los antebrazos. —El problema es *conciliar* el sueño.

—Hay un demonio dentro de todos nosotros. —Marianna colocó tres botellas altas y redondas de cristal sobre la mesa para que Mayumi las metiera en una de sus bolsas. —Por eso hice esto especialmente.

Mayumi arrojó una pieza de bronce sobre la encimera, seguida de tres de plata, y luego asintió con la cabeza de un modo que indicaba a Marianna que la dejara en paz hasta que su comida estuviera lista.

Ella no necesitaba ni quería un terapeuta, y sólo había venido aquí a por una abundante comida con la que llenar la barriga y obtener calor líquido antes de volver a adentrarse en el amargo frío.

CAPITULO 6

Mayumi se detuvo para estirar el cuello hacia un lado y luego hacia el otro, y se encogió de dolor cuando accidentalmente se hizo una herida en un costado. Después, se reajustó una correa de la mochila que le estaba hiriendo directamente en el delicado arco que unía su cuello y su hombro.

Continuó su penoso camino a casa.

No hacía mucho que había cruzado el prado que se extendía frente al puesto avanzado de Colt, ya que hacía tiempo que la ciudad había talado deliberadamente los árboles circundantes, antes de empezar a atravesar el bosque. Al cabo de unos minutos, empezó a oír ruidos.

Un profundo resoplido allí, un *shhh* y el sonido de la nieve crujiendo aquí.

Maldita sea. Volvió la cabeza hacia el cielo, maldiciendo en silencio a alguna deidad desconocida e implacable. *Estoy cansada y sólo quiero irme a casa.*

Mayumi inclinó la cabeza hacia un lado para poder soltarse una mochila del cuello y colocarla con cuidado en el suelo antes de inclinarla hacia el otro lado para hacer lo mismo con la otra. Su mochila era pesada, pero por el momento no tenía ningún problema en dejársela puesta.

Colocó su arco encima de la mochila.

—No tiene sentido esconderse, —dijo con un suspiro en el tono. —Ya os he oído.

Dos hombres, uno con una daga y el otro con una espada larga, asomaron la cabeza por encima de un montículo de nieve antes de ponerse de pie y dejarse ver. Otro hombre que blandía un hacha salió de detrás de un árbol.

Lo primero que notó fue que la espada estaba desafilada y parcialmente oxidada por el desuso. El hacha tampoco era más que una pequeña y tosca cuchilla para cortar madera diseñada para ramas pequeñas. El portador del hacha y el de la espada eran mayores y ambos lucían barbas desordenadas y descuidadas, mientras que el tercer hombre era joven. El más joven sujetaba la daga con tanta fuerza con ambas manos que la hoja temblaba ligeramente, como si pesara demasiado para sus brazos de ramitas.

Todas sus ropas eran finas, sucias, llenas de agujeros y, muy probablemente, malolientes. El portador de la espada no tenía dos zapatos en los pies. El zapato izquierdo que sí llevaba tenía un agujero en el dedo gordo, y sobresalía como si la bota que calzaba le quedara pequeña.

—Si quieres dinero, —empezó Mayumi mientras se desabrochaba el monedero. —No me queda mucho. Quizá una plata y un par de piezas de bronce.

—Danos las bolsas, —exigió el hombre del hacha. Llevaba un gorro en la cabeza en un intento desesperado por mantener el calor. Luego, pensando mejor su singular petición, añadió: —Las monedas también.

Mayumi frunció una ceja.

—Coge las piezas que te ofrezco y vete, —advirtió, quitándose por fin la mochila. —Agradece que te las ofrezca, ya que veo que eres pobre y estás desesperado. No quiero hacerte daño.

—Escucha, niña, —advirtió el señor Hacha. Ella lo llamaba así por ahora ya que parecía ser el más inclinado a hablar. —No me importa que seas una tonta ex Cazadora de Demonios. Somos tres y tú una.

—P-por favor, sólo dénos las bolsas, señorita Mayumi, —suplicó el tembloroso portador de la daga. No estaba segura de sí temblaba de frío o de miedo. Tenía los ojos tan abiertos que pensó que se le caerían de la cara. —Tenemos familias que alimentar.

—Vale, puedes quedártelas.

En su periferia, vio al Sr. Hacha bajar su arma. Parecía que en realidad no querían hacerle daño.

No eran personas realmente maliciosas. No se desviaban de su camino para robarle porque fueran bandidos arrogantes.

—¿De verdad, señorita?, —preguntó el portador de la daga con esperanza en la voz.

—Sí, claro, —respondió ella, antes de llevar la mano derecha a la empuñadura de su espada y sacar la hoja de la vaina. La espada corta, plateada, reluciente y afilada, sonó una vez liberada y en posición frente a su torso. Levantó la cabeza con la mandíbula inferior sobresaliendo hacia delante, lo que ayudó a que sus labios mostraran una mueca de desprecio. —Si puedes quitármela.

Dado que obviamente habían venido a acorralarla específicamente a ella, no tenía sentido intentar persuadirles de lo contrario. Con la gente desesperada no se podía regatear, no cuando sus estómagos estaban vacíos, y harían cualquier cosa con tal de sobrevivir otro lamentable día.

Tampoco era la primera vez que le ocurría algo así, y seguro que no sería la última.

El Sr. Hacha rugió mientras corría hacia delante, cruzando el brazo sobre el torso para dar un golpe descendente con su hacha cortante.

Mayumi dio un paso atrás mientras bajaba y levantaba el filo plano de su espada. Ésta se clavó detrás del hombro y empujó el hacha y el brazo del hombre hacia un lado. El espadachín cargó mientras sujetaba con ambas manos la espada por encima de su cabeza, mostrando la hoja roma como una aleta de vela en el aire.

Levantó la pierna y le propinó un puntapié en las tripas.

—Blergh, —jadeó él, sujetándose el estómago mientras se desplomaba hacia atrás. Ella supo que le había dado en el diafragma cuando se ahogó.

Por desgracia, eso la colocó en una posición en la que el Sr. Hacha estaba justo delante de ella con el brazo levantado para clavarle el filo en el cráneo o en el hombro. En cualquier caso, le estaba apuntando con la cuchilla en lugar de con el palo romo, lo que significaba que realmente quería matarla. El arma fue a por ella con rapidez.

Mayumi cayó boca abajo, esquivando por poco el arco del golpe de su hoja. El hacha continuó entre sus piernas abiertas, evitando por suerte cortar su propio cuerpo.

Dejando la espada por el momento, empujó las manos contra el suelo para levantarse sobre los brazos y retorció el cuerpo. Se deslizó por el suelo y golpeó sus dos piernas contra las de él.

Cayó sobre su cadera en un rápido movimiento, su hacha giró en el aire antes de aterrizar en la nieve.

Ella, de espaldas, colocó las manos detrás de la cabeza, llevó las rodillas al pecho y se impulsó mientras lanzaba una patada. El impulso la puso en pie y aterrizó en cuclillas.

Al ponerse en pie, retrocedió rápidamente cuando el portador de la daga, que aún la sostenía tontamente con ambas manos, corrió hacia ella apuntándola hacia delante. Ella lo esquivó fácilmente dando un paso atrás porque sus ojos habían estado jodidamente cerrados mientras corría hacia ella. *¡Idiota!* Tropezó y casi resbala de cara contra la nieve.

Justo cuando el chico de la daga se estabilizaba sobre sus pies, el señor Hacha se ponía en pie.

Se lanzó y rodó hacia delante para estar más cerca de su arma y poder alcanzarla si surgía la necesidad. Cayó de pie y se giró. Mayumi esperaba ver al portador de la espada, pero cuando giró en un círculo rápido, dando un pisotón con el pie derecho para ayudarse a girar, él... había desaparecido.

¿Adónde ha ido?

Siguió buscando hasta que sus ojos la devolvieron al señor Hacha, que estaba escarbando en la nieve en busca de su arma.

El chico de la daga, o el hombre, no podía decir qué edad tenía, finalmente puso su arma en una mano. Empezó a golpearla en el aire de forma aleatoria.

Mayumi simplemente retrocedió, echando la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro mientras la lanzaba hacia atrás para evitar ser golpeada en la cara.

—¡Déjate de tonterías!, —gritó ela, usando ambas manos para agarrarle torpemente el brazo.

Una vez lo tuvo bien apresado, le empujó la mano hacia atrás, le retorció el brazo y le estiró demasiado la muñeca.

—¡AH! —Hizo una mueca de dolor mientras dejaba caer su daga a la nieve con un golpe seco. —¡Por favor! Eso duele.

Ella tiró de él hacia delante mientras se lanzaba hacia atrás, obligando al Sr. Hacha, que nunca encontró su arma, a golpear a su propio camarada en la cara con su poderoso puño.

Tiró al chico llorón de la daga a un lado y se encaró rápidamente con el Sr. Hacha.

Levantó la pierna para darle una patada en la cabeza con la parte delantera del pie. Él retrocedió para esquivar antes de adelantarse para golpearla mientras ella estaba ligeramente de espaldas. Mayumi se limitó a hacer rebotar el pie en el suelo y le propinó una patada con la parte trasera del talón mientras giraba para volver a estar de frente.

Sin dejar de mirar a su alrededor, pensó que el que sostenía la espada reaparecería, pero nunca lo hizo. El chico de la daga retrocedió, su temblor parecía empeorar ahora que ya no tenía su arma.

Su daga estaba en algún lugar debajo de los pies de ella y del Sr. Hacha mientras luchaban sobre ella.

Él miró su espada.

—Yo que tú no tocaría eso, —le advirtió ella, al tiempo que empezaba a descargar puñetazos contra el Sr. Hacha.

Primero le golpeó en la parte derecha del estómago, en el riñón, y luego utilizó el puño izquierdo para darle en el diafragma.

Él se desplomó hacia delante como había hecho el espadachín y, de paso, se puso a su altura. Mayumi le agarró del pelo a través del gorro y le empujó la cabeza hacia abajo mientras levantaba la rodilla. El crujido de su nariz al romperse fue ahogado por su grito.

Una mirada hacia arriba le dijo que el chico de la daga había cogido su espada y la estaba apuntando. Mayumi le prestó poca atención, ya que parecía inseguro.

En cambio, no perdió el tiempo con el Sr. Hacha, que estaba de espaldas. Se sentó a horcajadas sobre su torso y utilizó ambas manos para golpearle en la cara, sacudiéndole la cabeza a derecha e izquierda.

A causa de su baja estatura y su delgadez, nadie sospechaba que tuviera un golpe tan contundente.

El Sr. Hacha se desmayó cuando ella le golpeó en la sien.

En cuanto lo hizo, levantó la vista para mirar al chico de la daga, con los ojos entrecerrados. Con los nudillos cubiertos de sangre, empezó a levantarse.

Cuando estuvo de pie, con las piernas abiertas sobre el hombre inconsciente que tenía debajo, echó los hombros hacia atrás. Mayumi sólo se detuvo cuando vio que sus pantalones estaban mojados, y que el amarillo empezaba a manchar la nieve a sus pies.

—Estás de broma. ¿De verdad te estás meando encima?

Pensó que había dado un buen espectáculo, pero en realidad no daba miedo. Medía un metro y medio, por el amor de Dios. Ella era rápida y fuerte, pero ella nunca infundía miedo.

—Oh. Ha. Ah.— Ni siquiera podía formular una palabra, sólo le salían sonidos. Tardó mucho más de lo debido en darse cuenta de que no la había estado mirando.

—¡Ahhhhhh!, —gritó, arrojando su espada al suelo y corriendo hacia el puesto avanzado de Colt.

Mayumi miró detrás de ella pero no encontró nada.

Corrió hacia su arco, que descansaba sobre su mochila, sacó una flecha de su carcaj, la encajó en la cuerda y tiró hacia atrás, apuntando a la parte posterior de su pierna.

Su pecho se agitó, sus pulmones se comprimieron y expandieron en fuertes respiraciones. Mayumi se lo pensó. Pensó en clavarle la flecha en la parte posterior del muslo.

Con una ligera ráfaga de viento envolviéndole el cuerpo, alborotándole el pelo atado sobre el hombro y haciéndole cosquillas en la mejilla, dudó.

No quería hacerle daño de verdad. No había sido una pelea en absoluto, y estaba segura de que su familia le echaría mucho de menos. *Esa gente del sector pobre del puesto avanzado de Colt está sufriendo.* Podría tener una esposa, incluso hijos, que podrían estar enfermos o hambrientos.

No volver a ver a su padre sería aún más devastador.

Mayumi aflojó la tensión que tenía en la cuerda de su arco.

No estaba en la naturaleza de un Cazador de Demonios matar otra cosa que no fueran monstruos. Los humanos, aunque crueles e igual de bestiales a veces, no merecían la muerte a menos que fueran realmente viles.

Si podían, les decían que incapacitaran a los bandidos en lugar de matarlos. La humanidad era una raza en extinción. Necesitaban mantener su número si no querían extinguirse.

Una vez tomada su decisión, Mayumi volvió a colocar su flecha en el carcaj.

El espadachín ha desaparecido sin dejar rastro, pensó mientras se acercaba a su espada. La cogió y miró a su alrededor, observando el bosque con cautela. *Dudo que haya huido*. *El de la daga tenía más miedo.*

Metió la espada en la vaina y dirigió la mirada hacia donde había estado mirando el chico de la daga. Entrecerró los ojos y miró la nieve removida.

Ahora no había nada, pero había habido *algo*.

Mayumi se agachó y apoyó el antebrazo en una rodilla para mantener el equilibrio. Bajó la mano para tocar las huellas que veía. La huella tenía cuatro veces el tamaño de su mano, lo cual no era difícil teniendo en cuenta que las suyas eran tan pequeñas.

Pero la huella apenas tenía forma humana, era enorme y no pertenecía a ninguna criatura normal que ella hubiera visto.

Se le ocurrieron dos posibilidades: Demonio o Duskwalker, pero lo supo sin necesidad de pensarlo.

Un Demonio se habría dado a conocer por los chasquidos que emitía, o por siseos, gruñidos o rugidos. Esta criatura había permanecido en silencio, no la había atacado y parecía haberse desvivido por ayudarla.

El portador de la espada no desapareció en el aire, y el chico de la daga no se meó encima por nada.

Es él quien me ha estado observando. Aún agachada, Mayumi dejó que sus ojos recorrieran el bosque una vez más, esta vez en busca de cualquier rastro del Duskwalker de cráneo felino. Nunca se ha ido. Me está protegiendo.

Una vez más se preguntó *por qué.*

Era una pregunta inútil.

Se levantó y cerró las manos ensangrentadas en puños, ignorando el escozor que le producían los nudillos.

—¡Sal! Sé que estás ahí, —gritó, oyendo su voz resonar en la nieve como un eco.

No obtuvo respuesta.

¿Quizás corrió tras el hombre que huyó?

—Espero que no hayas matado a ese hombre, —gritó Mayumi. —No merecían morir sólo porque tenían hambre. Si me los hubieras dejado a mí, los habría noqueado para que pudieran volver a casa con sus seres queridos.

Sólo recibió más silencio.

Incluso el viento estaba en calma y apenas se movía. No chasqueaban los palos, ni crujía la nieve bajo los pasos. Todo estaba tranquilo, *demasiado* tranquilo.

De repente, la zona se oscureció, indicándole que el sol había pasado entre los árboles y comenzaba su descenso final por el horizonte.

Maldita sea. No tengo tiempo para esto.

Se acercó al Sr. Hacha y se agachó frente a él.

—Eh, tú. —Le dio unos golpecitos en la mejilla hasta que se despertó.

Sus ojos se abrieron de golpe, aunque a duras penas, ya que uno estaba amoratado y casi hinchado. El Sr. Hacha se incorporó, desconcertado y probablemente conmocionado.

—¡Tú! —Miró a su alrededor apresuradamente mientras retrocedía sobre su trasero. —¿Dónde...?

—Vete a casa, —le dijo ella. —Vuelve con tu familia, o lo que sea. Hay algo en el bosque, y asustó a tu amigo.

—¿Un Demonio?, —chilló.

—No estoy segura. Tal vez era sólo un oso, pero tienes que volver a la ciudad antes de que el sol termine de caer.

Rodó sobre sus talones y se incorporó mientras él se ponía en pie. Sus rodillas parecían tambaleantes, pero consiguió ponerse en posición encorvada mientras se sujetaba la tripa.

—¿Por qué me has despertado? Intentamos robarte.

Mayumi se acercó a sus pertenencias y empezó a entrecruzar sus mochilas sobre el torso.

—Porque es inhumano dejarte inconsciente en la nieve para que te aprisione la escarcha o para que te coma un Demonio.

Mayumi vio su hacha en el suelo, cerca de donde habían estado sus bolsas. La cogió y le ofreció el mango, sosteniendo la hoja.

Él parecía muy inseguro mientras extendía lentamente la mano para cogerla. Mayumi estaba segura de que era una de las pocas pertenencias que poseía, y probablemente la utilizaba para trabajar por las pocas monedas que podía ganar.

—¿Gracias?, —preguntó torpemente cuando lo cogió.

Mayumi asintió y dio un paso atrás. —Ahora, si me doy la vuelta e intentas atacarme de nuevo, te rebanaré la garganta y te usaré como cebo del Demonio esta noche. No doy segundas oportunidades fácilmente.

Ella no pudo decir si su rostro parcialmente ennegrecido y manchado de sangre palideció, pero él se apartó de ella.

Ambos se alejaron.

Durante todo el camino de vuelta a su casa, Mayumi trató con todas sus fuerzas de escuchar al Duskwalker que podría estar siguiéndola.

CAPITULO 7

Mayumi había tomado una decisión de camino a casa y pensaba ponerla en práctica ahora. Había guardado la comida, encendido la chimenea y se había lavado el sudor del día, así como la sangre seca de los nudillos.

Había caído la noche antes de que consiguiera volver a su cabaña, y salió de ella en medio de la oscuridad.

No dudó en cruzar el porche y sus botas golpearon con fuerza los escalones mientras se adentraba en el claro. En medio de él, se arrodilló y se sentó sobre sus pies. Tuvo que arrastrar el cuerpo para que su espada se asentara cómodamente. Su arco también podía resultar difícil de manejar debido a su longitud.

Entonces sacó la daga del cinturón y se cortó en la parte posterior del brazo. Era un lugar en el que aún podía luchar con una herida.

Era superficial y dejaba de sangrar con relativa rapidez, pero teniendo en cuenta que el Duskwalker no se volvió rabioso y salvaje cuando golpeó a Sr. Hacha, salpicando líquido carmesí sobre sus nudillos ahora tiernos, rosados e hinchados, no creía que tuviera nada de qué preocuparse.

Con su propia sangre goteando sobre la nieve, Mayumi esperó.

—Tienes dos opciones, —gritó al aire frío de la noche. El viento era terriblemente cortante y ella ahogó un escalofrío cuando le recorrió la espalda. —Puedes salir o esperar a que un Demonio capte mi olor y venga a por mí.

Sus orejas se agitaron cuando le pareció oír un gruñido, pero era tan bajo que le costó distinguirlo.

No surgió nada.

Bien. Mayumi volvió a agarrar el mango de su daga y apretó la punta contra el antebrazo.

Se estremeció cuando algo *aterrizó* justo delante de ella; esperaba que algo saliera corriendo hacia ella desde el interior de la maleza. La muñeca que sujetaba la daga fue engullida por una mano increíblemente grande que tiró de ella hasta que sus rodillas se doblaron y apenas tocaron el suelo.

Mayumi se vio obligada a apoyar la mayor parte de su peso en la parte posterior de los tobillos.

—*¿Te has vuelto loca?,* —gruñó el Duskwalker, con una voz tan oscura, potente y vibrante que casi parecía que hubiera comido grava.

Los orbes flotantes frente a las cuencas vacías de sus ojos eran de un rojo encendido, advirtiendo a quienes los vieran de un peligro inminente.

—Por fin te dejas ver, —dijo Mayumi con una leve mueca de desprecio.

Sin embargo, su corazón, normalmente tan tranquilo y calmado, casi tartamudeaba en su pecho. Las mejillas y el pecho se le calentaron porque las venas le latían más deprisa.

Tiene cuernos de carnero. No sabía que tuviera cuernos de carnero.

Eran de color canela y se enroscaban hacia delante por el lateral de su cráneo blanco. Su rostro parecía el de un felino depredador de mayor tamaño, quizá un puma o una pantera más que un gato.

En la oscuridad, apenas pudo distinguir que tenía un pelaje excepcionalmente largo que le cubría el torso, la espalda, los hombros y las piernas, pero también le pareció ver púas que le sobresalían de la espalda por debajo de una larga capa negra que llevaba.

Antes de que pudiera apreciar más detalles, el Duskwalker la empujó hacia un lado. Ella aterrizó de lado y se hundió en la nieve.

A cuatro patas, con la columna arqueada como la de un felino, puso espacio entre ellos. El extremo de su larga cola se enroscó con evidente agitación al asomar por entre su capa.

—¿Por qué estabas tan desesperada por obligarme a salir que hiciste algo tan tonto?, —preguntó agitando una de sus manos con garras, de aspecto humano, en su dirección. Se dio cuenta de que sus piernas tenían forma felina y patas a juego. *—¿Por qué querías verme?*

Mientras él hablaba y empezaba a caminar, con pasos lentos y calculados, Mayumi se puso en pie.

—Si buscas un enfrentamiento, no lo conseguirás de mí. No tengo ningún interés en pelear contigo. —Había una especie de tela negra cubriéndole la punta del hocico, y se preguntó si sería de la esquina de su capa que le faltaba. *—Sobre todo porque no ganarías.*

Mayumi sacó un rollo de venda de un bolsillo de su cinturón de armas y empezó a envolvérselo despreocupadamente en el brazo.

—No quiero pelear contigo, —respondió con sinceridad, apartando los ojos de él para poder ver lo que hacía. Era una prueba, y estaba dispuesta a dejar de vendarse en cualquier momento para coger su espada. —Me has estado observando, siguiéndome. Quería saber por qué.

Dejó de pasearse y dirigió la cabeza hacia ella.

—¿No puedo? Mientras no cause ningún daño, ¿qué importa lo que haga?

—Claro que importa. Lo que haces es extraño. —Una vez cubierto el brazo, metió el extremo de la venda bajo el vendaje para asegurarlo. —Los Duskwalkers matan y comen humanos. ¿Por qué te desvías de tu camino para proteger a uno?

Tuvo la maldita osadía de levantar la cabeza y señalar más alto con su hocico cubierto de tela... ¡casi despectivamente!

—¿Quién dice que te he estado protegiendo? Quizá sólo he estado esperando a que bajaras la guardia.

Mayumi soltó una carcajada. —El hombre que sujetaba la espada hoy no desapareció en el aire, y el otro no se meó encima porque viera una hojita revolotear. Si querías matarme, has tenido tiempo de sobra para hacerlo.

Dejó escapar un bufido ahogado.

—*Bien. Te estoy protegiendo.* —Sus orbes flotantes se transformaron en un amarillo neutro, pero su postura era totalmente agresiva, con las manos y las patas extendidas, apoyadas en el suelo. —*¿Y qué?*

—Si te dijera que te fueras, ¿lo harías? —preguntó Mayumi, levantando una ceja singular y cruzándose de brazos.

—No, **—**respondió, sus orbes parpadearon momentáneamente en rojo antes de volver a apagarse en amarillo. La única palabra había sido pronunciada con un tono profundo y definitorio, asegurándose de que ella comprendiera que él no se dejaría convencer en este asunto.

Los pelos de los brazos se le erizaron ante la amenaza que escuchó, pero no porque la asustara o la desanimara, sino porque la encontró extrañamente... excitante.

—Aún no me has dicho por qué. —Su falta de respuesta le informó de que no recibiría ninguna. —¿Es... es por lo que pasó cuando era niña?

El Duskwalker bajó la cabeza y dio un paso atrás. —*¿Te acuerdas?*

Mayumi se encogió de hombros, pero su corazón dio un vuelco ante la confirmación. No había estado completamente segura. Tener por fin su respuesta redujo algunas de las muchas preguntas que tenía sobre aquella noche.

—Vagamente. —Se palpó un lado de la frente para apartarse de la cara unos cuantos mechones de pelo. —Lo único que recuerdo es que creía haber encontrado a mi gato Sombra, pero eso no es lo que ocurrió en realidad, ¿verdad?

—No.

—Confundí tu cráneo con su máscara blanca y me desplomé delante de ti. Eso es lo que pasó. —Cuando se dio cuenta de que había desviado la mirada, cosa que *nunca* habría hecho normalmente con un oponente delante, volvió a dirigir sus ojos hacia él. —¿Fuiste tú quien me trajo a casa?

Dio un paso adelante, con los ojos entrecerrados, mientras le suplicaba la verdad.

Mayumi había estado esperando toda su vida, no sólo para averiguar la verdad, sino para conocer a la... criatura que la había salvado. Pensó que esperaría hasta el día de su muerte, ya fuera por vejez o por las garras de un demonio.

Sin embargo, allí estaba él, justo delante de ella, y Mayumi sintió que las emociones que normalmente reprimía en su interior amenazaban con desbordarse y derramarse delante de él.

Aunque le mintiera, Mayumi sabía cuál era la verdad. Pero deseaba desesperadamente que él la dijera. Quería la confirmación de que realmente se había convertido en el salvador de Mayumi. Que en lugar de comérsela como a un monstruo, la había traído a casa.

Era una niña de cuatro años perdida en el bosque en mitad de la noche. Nadie habría sabido que era él. Podría haberse salido con la suya sin consecuencias, y ella dudaba que hubiera tenido conciencia moral por ello.

Entonces, ¿por qué no se la comió?

Gatito movió nerviosamente sus cuatro extremidades ante la expresión que ella le dirigió. Era como si algo pesara sobre las próximas palabras que proyectara más allá de su cráneo.

La fría presión de la nieve contra sus manos y patas le importaba poco, y el gélido viento no hacía más que perturbar su capa y su pelaje. Aun así, sintió que su piel se tensaba.

Su respiración se escapaba a través del trozo de capa que se había enrollado alrededor del hocico, pero se empañaba debido al intenso calor que siempre desprendía su cuerpo, más aún en su actual forma monstruosa.

Si hubiera querido, podría haberle revelado que no siempre andaba a cuatro patas -aunque se sentía más cómodo haciéndolo-, pero no lo hacía para poder tener la mejor movilidad y fuerza. Mayumi se había cortado a propósito, y el olor de su sangre probablemente atraería a los Demonios hasta aquí.

Por suerte, no podía oler nada, ya que se había metido barro en la nariz y se había cubierto aún más el hocico con la capa. Si no lo hubiera hecho, la estupidez de Mayumi le habría hecho atacarla con un hambre ciega.

Y Gatito se habría puesto *furioso* por haber provocado que la matara. La culpa que habría sentido después de habérsela comido le habría revuelto las entrañas.

Miró hacia el bosque, en dirección al Velo. *Tengo que llevarla dentro.*

Era demasiado tarde. Su olor a sangre ya estaría revoloteando en el viento, pero le proporcionaría refugio y una barrera para que Gatito pudiera luchar contra los que vinieran.

Sin embargo, Gatito sintió la innegable necesidad de alargar la conversación. *¿Cuándo volvería a tener la oportunidad de simplemente... hablar con ella?*

Conocía lo suficiente a Mayumi como para saber que no dudaría en desenvainar su espada y apuntarle, ante lo cual él retrocedería lentamente para protegerla de sí mismo.

Nunca había esperado ese momento porque lo había considerado un imposible. Gatito se había contentado con vigilarla como una sombra desconocida, pero, por supuesto, sus sentidos eran demasiado agudos para él.

Mayumi era lista. Debería haber sabido desde el principio que sería descubierto. ¿Pero tan pronto? Sólo llevaba aquí unos días.

Ella siempre había estado fuera de su alcance, pero ahora le ardía la palma de la mano al recordar que había sujetado su muñeca a través de su gruesa chaqueta de piel. ¿Qué habría sentido si hubiera tocado su carne directamente?

Estaba allí, a pocos metros. Tan *cerca*, pero a la vez demasiado lejos.

Ojalá pudiera olerla.

Desde lejos, siempre había un matiz de calabaza dulce y el cuero que solía llevar en el aire. Se preguntó cómo de fuerte sería con su proximidad.

Se preguntó cómo le afectaría a él.

A él ya le latía el corazón frenéticamente. ¿Por el nerviosismo? Sentía timidez en el pecho. ¿Tal vez era ansiedad? Le preocupaba que esta conversación acabara horriblemente en cualquier momento. Gatito incluso pensó que podría haber un cierto calor en los latidos de su corazón, informándole de la ternura que sentía en su presencia.

Su larga cola felina se enroscó en la punta cuando su rostro empezó a mostrarse cabizbajo.

Seguía esperando su respuesta.

No sintió deseos de mentir.

—*Sí, soy el que te trajo a casa,* —respondió con la voz distorsionada por el estado monstruoso en el que se encontraba.

La mujer que tenía delante casi había perdido la vida por su culpa.

Años atrás, Gatito había olido el olor de un humano en el viento y lo había acechado con toda la intención de comerse lo que encontrara. Sus orbes se habían vuelto rojos aquella noche, señal de su hambre, cuando una pequeña niña había aparecido ante él.

Gatito había sabido que los humanos pequeños eran comida fácil.

Sin embargo, cuando bajó la cabeza para atacar, Mayumi le había lanzado al cuello sus diminutos, débiles y pequeños brazos y le había abrazado. Se había quedado de piedra. Nunca antes le había abrazado nadie.

Luego le suplicó que no volviera a dejarla. También le dijo que le echaba de menos.

Sólo esas palabras habían sido suficientes para conmover su corazón.

Cuando se desplomó en la nieve, Gatito sintió el frío de su cuerpo y la estrechó entre sus brazos. Ella cabía perfectamente sobre un antebrazo y él la había estrechado contra su pecho para darle calor a su cuerpo helado.

Coja y casi sin vida, era evidente que no se encontraba bien.

Había pensado en robarse a la dulce niña, que le había mostrado más bondad en menos de un minuto de la que había recibido en toda su vida, pero sabía muy poco sobre cómo cuidar a un humano. Especialmente uno que era tan pequeño.

Así que, en vez de eso, siguió su ligero olor y sus huellas hasta su casa.

Luego, sentado en medio del claro y sosteniéndola para asegurarse de que se mantuviera caliente, Gatito esperó hasta que oyó que volvía la vida humana. La había tumbado en la nieve, se había retirado hasta que supo que no le verían y la había observado desde el interior del bosque.

Aunque permaneció fuera de su vista, Gatito vigiló la casa hasta que vio a aquella niña salir por sus propios medios. Necesitaba saber que había sobrevivido. Que estaba bien. Que no había... muerto.

Nunca pudo recordar cuánto tiempo se había quedado después para ver a la niña con su familia. ¿Días? ¿Semanas? Sólo se marchó cuando su padre regresó de cazar con el cadáver de un ciervo sangrante, lo que casi provocó que Gatito atacara.

Por mucho que lo hubiera deseado, no pudo quedarse.

Cada pocos años regresaba. Como había hecho ahora.

Tras su respuesta, pensó que ella le preguntaría por qué la había salvado, cosa que él se habría negado a decirle. En lugar de eso, vio cómo sus facciones se suavizaban y sus labios se curvaban ligeramente hacia arriba.

—Gracias, —dijo ella casi sin aliento, haciendo que él ladease la cabeza, sorprendido. —Sé que habría muerto de no ser por ti. ¿Tienes nombre? El mío es Mayumi Tanaka, por si te sirve de ayuda.

Casi se echó a reír. Sabía su nombre desde hacía años.

También le había dado su nombre. Lo llevaba con orgullo, ya que había sido esta humana quien se lo había dado. Sabía que era un nombre infantil que no invocaba miedo ni crueldad. No era convincente, pero no le importaba.

No cuando ella le había dado su primera, y única, muestra de afecto.

—*Es...*— Hizo una pausa. De repente se sintió avergonzado de decir su nombre a la persona que originalmente se lo había otorgado. Sus orbes empezaron a cambiar a un rosa rojizo, y miró a un lado, aunque eso hubiera hecho muy poco por ocultarlos. —*Soy Gatito.*

—¿Gatito? —Su cabeza se alzó con la nariz arrugándose hasta formar pequeñas arrugas sobre el puente de la misma. —Es un nombre raro.

—*Lo dice la que me lo puso,* —refunfuñó con la vista iluminada por su color rosa rojizo.

—¿Yo? —Sus cejas se juntaron antes de dispararse hacia su frente. —Espera... ¿Te llamaste Gatito porque es lo que te dije cuando te encontré?

El gruñido que comenzó a retumbar en su garganta fue en reacción a la indignación en su voz. Su yo más joven por fin le había dado algo por lo que llamarse, y no iba a permitir que esta versión de ella se burlara de ello.

La cabeza de Mayumi se alzó ligeramente, mientras una de sus cejas se fruncía al oír su gruñido.

—Bueno, eso no está bien. —Levantó una mano para poder doblar el dedo índice y golpearse los labios con el lateral del nudillo. —Dame un día o así. Se me ocurrirá algo mejor para ti.

Gatito pensó que su corazón había dejado de latir*. ¿Quiere darme un nombre mejor?*

Semejante idea hizo que sus orbes se volvieran de un amarillo brillante, uno que indicaba su absoluta y total alegría.

Se limitó a levantar el hocico desdeñosamente.

—*Si eso es lo que deseas.* —Mantuvo un tono lo más neutro posible para ocultar su reacción.

—De acuerdo. Entonces, ¿dónde has estado durmiendo?

Gatito no pudo evitar inclinar la cabeza. —¿Qué quieres decir?

—Llevas aquí un par de días, ¿verdad? Te vi la otra noche cuando mataste al Demonio y te comiste mi jabalí.

Sus orbes parpadearon en blanco y dio un paso atrás sorprendido. ¡No podía creer que le hubiera visto! Creía que sus sentidos eran muy agudos, pero en cambio, me mostré ante ella en cuanto llegué.

Dio un suspiro, sacudiendo su cráneo felino contra sí mismo. Luego volvió a dirigir su vista hacia ella.

—Duermo donde me conviene. —Hizo chasquear la punta del hocico hacia las copas de los árboles. —A veces en los árboles. A veces en el suelo. Depende de cómo quiera descansar.

—Bueno, eso no está bien. —Se le pusieron los pelos de punta cuando ella puso la mano izquierda en la empuñadura de su espada, pero no llegó a soltarla. Parecía que sólo la sujetaba para mantenerla firme mientras se volvía hacia la casa. —Eres bienvenido a dormir en el porche. Seguro que será más cálido y cómodo.

Su cabeza se inclinó hacia el otro lado, desconcertado. Era difícil no hacerlo cuando estaba completamente estupefacto por sus palabras.

—¿Dormir en tu porche?

Dio un paso vacilante tras ella cuando llegó a los escalones y empezó a subirlos. Cuando llegó arriba, se volvió hacia él.

—Ya dijiste que no ibas a irte, aunque te lo pidiera. Ya que es así, será mejor que duermas donde pueda verte. No tiene sentido que vuelvas a esconderte. Me sentiría más cómoda sabiendo dónde estás. —Entonces Mayumi le dedicó una gran sonrisa, una en la que no confiaba especialmente. —Voy a hacer que te arrepientas de haber venido.

Tenía curiosidad por saber a qué se refería. Nada podía hacer que se arrepintiera de haber venido a ser su protector, a menos, claro, que le fallara.

—No puedo entrar en tu casa. Tu protección no me permite el acceso sin dolor.

Su expresión decayó. —¿Qué quieres decir con 'sin dolor'?

Gatito se acercó a cuatro patas. Subió los escalones e intentó meter la mano por el arco que conectaba el mundo exterior con su porche.

Su mano podía atravesarlo, no era completamente infalible, pero sentía un cosquilleo de dolor en el brazo. También vio un resplandor de magia que se parecía mucho al de una burbuja translúcida cuando agitó la protección al intentar atravesarla.

Con un resoplido de fastidio, retiró el brazo.

—¿Ves? Estoy seguro de que, si me lanzara a atravesarlo, podría acceder. Pero si lo hago, me dolerá todo el cuerpo.

—Ya veo.— Mayumi se acercó a la esquina izquierda de su casa y descolgó un plato de madera colgante que tenía símbolos pintados de negro. —¿Qué tal ahora?

Gatito volvió a intentarlo, pero esta vez emitió un suave gruñido mientras echaba el brazo hacia atrás.

—Admito que no es tan doloroso como cuando eras pequeña. Por eso te tumbé en la nieve y no en el porche. Era incapaz de hacerlo.

Ella sólo asintió y volvió a colocar el plato en su gancho. Luego sacó un plato cubierto de material y le dijo que lo intentara de nuevo.

Gatito lo hizo, y esta vez no sintió dolor. Se imaginó lo mismo cuando pudo subir las escaleras, cada una crujiendo bajo su peso.

—Estás de broma, —se rió ella, haciéndola rebotar en el aire. —Después de todos estos años, ¿todavía funcionan? ¿Sabes una cosa? No importa. —Miró por encima del hombro y dijo: —No los necesitaré porque tú estarás aquí, ¿verdad?

La confianza inmediata que tenía en él era a la vez alarmante y reconfortante. Sus orbes brillaron con un amarillo más intenso.

—Sí. Yo te protegeré mucho mejor que estos amuletos, pero deberías mantenerlos a salvo en caso de que yo ya no esté aquí.

—¿Planeas irte tan pronto?

No sabía si había oído bien la insinuación de decepción en su tono, pero prefirió ignorarla.

—No. Pienso quedarme. —A menos que ocurriera algo fuera de su control - por ejemplo, y muy probablemente la única causa, su muerte.

—De acuerdo. Quitaré esto por ahora.

Mayumi empezó a caminar por la casa para quitarlas, bajando en un momento las escaleras del porche para llegar a las del fondo.

Esto sólo provocó su propia pregunta.

—*¿Por qué permites que me quede?,* —le preguntó cuando por fin se dirigió de nuevo hacia él.

—Porque obviamente no tienes intención de hacerme daño, y la idea de tener un gran perro guardián suena mucho más segura que algunos amuletos.

—Pero los Cazadores de Demonios cazáis a los Mavka. —Aunque sin mucho éxito.

Mayumi se detuvo ante la puerta principal de su cabaña.

—Bien, tengo dos preguntas, —dijo frunciendo profundamente las cejas. —En primer lugar, ¿qué es un Mavka? ¿Y cómo supiste que yo era Cazadora de Demonios?

—Mavka es como los Demonios llaman a los de mi clase.

No contestó a propósito a la segunda pregunta.

Ella agitó las manos en el aire, cruzándolas y luego descruzándolas.

—No. Jamás. Me importa una mierda cómo te llamen esos asquerosos demonios. Soy humana, y para mí eres un Duskwalker. Espero que te llames como yo.

Como tenía las mandíbulas entreabiertas para poder respirar debido a su nariz tapada, sus dientes se cerraron con un chasquido. No había esperado eso de ella, pero seguiría su demanda.

—Me parece justo. Aún no me has respondido por qué me permites quedarme cuando los Cazadores de Demonios soléis cazar a los de mi especie. Me sorprende contar con tu confianza, por eso te lo pregunto.

—Y elegiste no responder a mi segunda pregunta. Así que ojo por ojo. —Sus dientes volvieron a rechinar, esta vez con irritación. —Además, he estado queriendo preguntar. ¿Por qué coño tienes esa tela alrededor de la cara?

Sus orbes parpadearon en rojo.

—¡Porque sigues haciendo cosas que me dan ganas de atacarte!, —gritó indignado. *—Primero me provocaste para que atacara a tu jabalí y luego al Demonio, luego a esos humanos del bosque, ¡y ahora tu brazo! ¿Sabes lo que habría pasado si no la hubiera llevado puesta esta noche cuando te cortaste?*

—¿No?, —respondió ella con una mano levantada como encogiéndose de hombros.

—Habría intentado atacarte. Una cosa que debes saber, ahora que hemos llegado a un acuerdo, es que a los Mav-Duskwalkers les suele provocar un hambre ciega el olor de la sangre de cualquier criatura... o el olor del miedo.

Mayumi se cruzó de brazos con expresión aburrida.

—Como tan claramente has señalado antes, soy una Cazadora de Demonios. Nunca tendrás que preocuparte por mi olor a miedo. —Subió la barbilla. —Sin

embargo, soy una mujer. ¿Qué vas a hacer cuando sangre una vez al mes o si me hago daño accidentalmente?

—*Eres una mujer fuerte,* —afirmó Gatito con absoluta seguridad. —*Simplemente me cortarás la puta cabeza si alguna vez intento hacerte daño.*

—¿Perdona?

—*No puedes matar permanentemente a un Duskwalker de esta manera. La única forma de detenernos, aunque sea temporalmente, es quitarnos la cabeza. En un día, me volverá a crecer el resto del cuerpo y seguiré protegiéndote.* —Entonces Gatito se acercó, siendo ligeramente más alto que ella a pesar de estar a cuatro patas. —*Y Mayumi,* ***espero*** *que hagas esto. Si alguna vez se me ponen los ojos rojos y voy a por ti, hazlo porque poco más podrás hacer para derrotarme. Puedes ser una Cazadora de Demonios, pero sigues siendo humana. Y estaré muy,* ***muy*** *enfadado conmigo mismo si soy yo quien te hace daño.*

Gatito oyó a lo lejos el sonido familiar de un Demonio gruñendo que se dirigía hacia aquí. Hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta principal mientras retrocedía.

—*Ahora entra. Hay Demonios acercándose por culpa de tus tontas acciones.*

Puso una sola mano en su cadera. —Quiero que sepas que en realidad no necesito tu protección. Llevo cazando Demonios desde que era adolescente.

—*Me importa una mierda lo que hayas estado haciendo. Puede que me incline a creer que eres capaz, pero eso no significa que vaya a permitir que te pongas en peligro mientras yo esté aquí.*

Con un adorable resoplido de la pequeña humana, puso la mano en el pomo redondo de la puerta de su casa. Abrió la puerta y entró.

Él esperaba que diera un portazo. No lo hizo, y él no estaba seguro de que fuera realmente una sonrisa de lado la que le había dedicado antes de cerrarla.

En cuestión de minutos, Gatito no era más que un borrón en movimiento mientras él se adentraba en el bosque, planeando encontrarse de frente con el Demonio para una batalla fácil de ganar.

CAPITULO 8

Acurrucado como un ovillo en su monstruosa forma en un rincón del porche, Gatito levantó ligeramente la cabeza cuando oyó movimiento. Estaba alerta pero atontado, ya que había estado vigilando la casa toda la noche, incluso después de que saliera el sol.

Los Duskwalkers solían dormirse justo cuando salía el sol, pero él se había quedado despierto para esperar a que las sombras persistentes se alejaran del alcance de su casa.

Con sólo unas gotas de su sangre humana, Mayumi había atraído a dos Demonios durante la noche. Había matado a ambos, pero había ganado un puñado de heridas ya que uno de ellos había sido un fuerte oponente.

El sol estaba sólo moderadamente más alto que cuando se había dormido.

Observó a Mayumi cruzar el porche de su casa vestida con una especie de túnica marrón brillante antes de lanzarse a la nieve.

Ya no le sorprendía que lo hiciera. La había visto hacerlo durante los últimos días que había permanecido aquí. Sin embargo, esta vez no se sentó de repente y gritó al aire. En lugar de eso, boca abajo en la nieve, vio cómo su cuerpo se tensaba antes de que emitiera un gemido.

Gatito prefirió ignorarlo. Se limitó a meter la cabeza bajo uno de sus antebrazos mientras apoyaba el hocico sobre el otro y volvió a dormirse.

Mayumi correría poco peligro cerca de la casa a la luz del día. Cuando pensara salir de las inmediaciones, pisaría el porche de madera con sus grandes botas y lo despertaría.

Eso fue exactamente lo que ocurrió.

Sin embargo, sus pesados pisotones no se adentraron en el claro, sino que llegaron hasta sus patas traseras.

Justo cuando levantaba la cabeza, ya alerta antes de que ella se acercara, ella le dio una patada, aunque bastante suave.

—Eh, tú, despierta.

Dio un gruñido suave, sin entusiasmo. —*Quédate cerca de la casa para que pueda dormir.*

Volvió a taparse la cara, sólo porque le calentaba el cráneo antes de que se le nublara la vista. Ella enganchó la parte delantera de su bota y le levantó la pierna trasera. Él tiró de ella contra sí mismo para apartarla de ella.

—Despierta. No puedes vivir aquí sin pagar alquiler. Es hora de ponerte a trabajar.

—¿No te basta con proteger la casa toda la noche a cambio de mi siesta en tu porche?

—¡Arriba, Duskwalker!

¡Esta vez le dio una patada en el culo!

Con un gruñido, Gatito se puso a cuatro patas. Entonces empezó a levantarse sobre sus patas para ponerse de pie, elevando cada vez más su altura por encima de ella hasta que sintió que el pelaje de su nuca rozaba el techo del porche.

Se vio obligado a dejar de elevarse a pesar de estar a pocos centímetros de ponerse de pie por completo. Permaneció parcialmente encorvado hacia delante debido a la altura del techo, que no haría sino parecer más imponente y amenazador mientras miraba a la mujer humana con los orbes enrojecidos.

Mayumi tuvo que estirar el cuello. De lo contrario, le habría clavado los ojos en la base del esternón.

—Puedes fingir que puedes controlarme, pero no es así. Estaré encantado de ser tu 'perro guardián', como tú tan groseramente dices, pero soy ***yo*** *quien tiene el control. Si te digo que te sientes, te sientas. Si te digo que te quedes, te quedas. Y si te digo que vengas, debes venir como un buen y obediente Cazador de Demonios. ¿Entendido?*

Sus cejas se levantaron en señal de incredulidad, pero no mostró ni una pizca de miedo en su presencia.

—Por algo me convertí en Cazadora de Demonios de Rango Plata, —dijo mientras lo miraba con valentía. —Y es porque se me da fatal recibir órdenes. Soy mucho mejor dándolas.

—Parece un defecto en el que deberías trabajar.

—Eso ya lo he oído antes. —Ella le sorprendió sonriendo. —Ahora, ¿vas a ayudarme o no?

Cayendo a un lado porque su posición vertical era incómoda en esta forma, aterrizó sobre sus manos con un doble golpe.

—Bien. Te ayudaré si es necesario.

De todos modos, estaba despierto y, aunque le había advertido, no quería que supiera la verdad. Haría lo que Mayumi quisiera, incluso si era rodar sobre su espalda con el vientre hacia arriba.

—Bien, porque pareces fuerte, y estoy cansada de caminar de un lado a otro del bosque.

Como seguía ciegamente a Mayumi a donde ella quisiera ir, no la cuestionó mientras ella guiaba el camino. Iba ataviada como de costumbre, lo que hacía pensar que no confiaba plenamente en él, pero él lo agradecía. Si algo salía mal, ella tenía armas para protegerse, especialmente de él.

Se sentía... extraño caminando a su lado. En toda su vida, nunca pensó que alguna vez pasearía con una humana, y definitivamente no había pensado que fuera una posibilidad hacerlo con ésta.

Resistió el impulso de rozar con el codo el costado de su pierna sólo para tener una mínima oportunidad de contacto con ella, pero la idea le carcomía todo el tiempo.

—¿Ya puedes quitarte esa tela?, —preguntó ella, hablando alto para que se la oyera por encima del crujido de sus movimientos en la espesa nieve. —Ya no

sangro, y dudo que haga algo que te vuelva loco, o lo que sea que ocurra si hueles sangre.

Gatito se lo pensó durante unos largos instantes.

Al final levantó la mano y le quitó la tela de la cara. Luego hurgó en el hueco de su huesudo hocico y sacó el barro seco. Resopló para deshacerse de lo que quedaba.

—Ésa es tu cara.

Miró de reojo para descubrir que ella ya lo estaba mirando.

—*Gracias,* —dijo captando apenas un destello de luz solar en sus ojos casi negros, que ahora parecían de color avellana líquido. Era una visión absolutamente hipnotizadora que le hizo apretar el estómago contra su voluntad. —*Fue muy incómodo.*

—¿Pero lo hiciste para mantenerme a salvo?

—*Sí. Mi objetivo es protegerte, aunque sea de mí mismo.*

Ella estiró los brazos por encima de sí y caminó unos pasos con ellos cruzados detrás de la cabeza. Su mirada se desvió hacia el dosel de hojas y ramas que ocultaba las nubes grises y furiosas.

Por la temperatura y la sensación del viento, supo que no nevaría hasta pasado un buen rato.

—No sabía que tenías una fisura en el cráneo. No la recuerdo de cuando era niña, ya que entonces estaba mareada, pero ¿siempre la has tenido?

—*No,* —contestó, antes de girar la vista y la cabeza hacia delante para mirar por dónde iban. —*Hace poco que la tengo.*

No quiso revelar el significado de su cráneo roto, y no quiso hablar de ello.

—¿Duele? No me imagino cómo me sentiría si me rompieran el cráneo. Los humanos probablemente gritarían de dolor.

Oh, sí que había gritado, pensó con un gruñido.

Nunca había experimentado algo tan insoportable como que una garra le penetrara el cráneo y se resquebrajara por la presión.

—*Duele un poco, pero la mayor parte del tiempo está bien,* —respondió con sinceridad, aunque con un toque de despreocupación para ocultar su importancia. —*Apenas lo noto ya.*

Gatito se había acostumbrado a su nuevo dolor, ya que sólo sentía un leve cosquilleo. Sin embargo, era un recordatorio constante, como una ominosa nube negra que se negaba a disiparse.

Se sentía... atrapado por ello.

Sobre todo porque esta nube nunca desaparecería, sino que continuaría haciéndose más notable y prominente. En cualquier momento, podría fulminarle definitivamente con un rayo y acabar con él.

Gatito apartó la cabeza cuando su vista empezó a volverse azul fingiendo buscar en la zona. Sólo cuando consiguió reprimir la emoción, volvió la cabeza hacia delante.

Mayumi no se había dado cuenta.

Antes de partir, se había detenido a coger un hacha grande para cortar leña de un cobertizo que había en la parte trasera de su casa. Se la entregó cuando se acercaron a un árbol caído que yacía semienterrado en la nieve.

No tenía ramas y era sólo el tronco central.

Señaló un árbol erguido y arraigado al suelo.

—Córtalo. Será mucho más rápido si lo haces tú que yo.

¿En serio? ¿Me trajo aquí sólo para cortar un árbol?

Si se tratara de cualquier otra persona que no fuera ella, Gatito se habría enfadado de que lo utilizaran de esa manera. Probablemente también habría dicho que no y se habría marchado.

Gatito se levantó y empezó a recuperar su aspecto humanoide. No sería capaz de realizar esta tarea correctamente en su forma más animal.

Su pelaje empezó a acortarse. Sus piernas, aunque bastante gruesas en los muslos debido a la musculatura y ligeramente arqueadas, se volvieron más parecidas a las de ella al formarse pies parciales. Las puntas de sus dedos eran como patas gordas con garras que podían retraerse.

Había huesos cubriendo gran parte de su carne cuando había sido bestia. La mayoría se hundían bajo su cuerpo, salvo los nudillos de las manos y la parte superior de la caja torácica. El cráneo y los cuernos de carnero permanecieron inalterados durante la transformación.

La ropa que salía de debajo de su carne era un par de pantalones que habían logrado permanecer casi intactos y una camisa larga abotonada con un puñado de marcas de garras. Su capa estaba hecha jirones en los extremos, aunque no le importaba.

Una vez completada la transformación, Gatito empezó a cortar de un tajo el árbol que Mayumi había señalado para talarlo. Ella se sentó en uno que estaba tumbado de lado y le observó con expresión neutra.

—No me había dado cuenta de que podías transformarte ni de que llevabas ropa.

—Hay muchas cosas que puedo hacer y que tú desconoces, —respondió él, su voz por fin volvía a su profundidad normal.

Doy gracias por haber visto a muchos humanos hacer esto. De lo contrario, habría tenido que pasar por la embarazosa conversación de averiguar lo que ella quería que hiciera.

El golpe de su primer hachazo fue profundo, y el sonido asustó a los pájaros cercanos, que alzaron el vuelo graznando. Sintió que sus músculos se tensaban mientras movía la hoja para liberarla antes de llevar el hacha en diagonal desde su hombro y luego lanzarla por el aire.

El golpe fue igual de dañino.

Mayumi tenía razón. Era mucho más rápido haciendo esto por lo que había visto de los humanos. En su tercer golpe, se dio cuenta de que había desafilado la hoja y tuvo que aplicar más fuerza en sus movimientos para darles un golpe más violento.

En cuestión de segundos, había atravesado la mitad del tronco, que empezó a balancearse. Crujidos y chasquidos provenían de donde había estado cortando.

—He descubierto tu nuevo nombre, —canturreó Mayumi desde un lado mientras volvía a cortar el árbol.

—¿Lo has hecho ahora?, —comentó mientras iba a golpear de nuevo. No hizo falta. Por su propio peso, el árbol empezó a caer en dirección contraria. —¿Y cuál podría ser?

Aunque su tono era sarcástico, sus orbes se iluminaron de su amarillo habitual y su corazón comenzó una extraña danza de anticipación.

Fuera lo que fuese, lo aceptaría.

Se volvió hacia ella de repente, descubriendo que se había estado mordiendo el labio inferior mientras apoyaba las manos en el árbol muerto sobre el que estaba sentada.

Él no tenía ni idea de lo que significaba su expresión, pero ella se detuvo rápidamente y miró a su alrededor. Era casi como si la hubieran pillado in fraganti haciendo algo que no debía.

No tenía las mejillas enrojecidas por la vergüenza, pero se aclaró la garganta.

—Bueno, *Faunus*, has hecho un trabajo maravilloso cortando eso. ¿En cuánto tiempo? ¿Sólo un minuto o dos? —Dio una palmada que parecía... burlona, sin separar las palmas y sólo con los dedos.

Él se acercó, volteó el hacha hasta sujetar el dorso de la hoja y le ofreció el lado del mango.

—¿Faunus? ¿Ese es tu nombre para mí?

—Sí.

Ella cogió el hacha mientras se levantaba y se la enganchó al cinturón de armas.

Ella nunca le preguntó si le gustaba, cosa que sí hizo, pero él apreciaba la falta de necesidad de agradecimiento o incluso de aprecio. El nombre se lo dio sin que él se lo exigiera.

—Ahora, tú y yo vamos a despojar al árbol de las hojas que le quedan.

Para empezar, el árbol había sido en su mayor parte estéril, teniendo en cuenta que sus hojas se habían marchitado debido al invierno. Unas cuantas hojas muertas y obstinadas habían caído sobre él y el suelo cuando lo había estado cortando.

Mayumi levantó la vista con las manos en sus pequeñas caderas. Luego, como si no fuera una criatura diminuta frente a un presagio de muerte que acababa de presenciar cómo destruía un árbol en cuestión de minutos, le sonrió.

Faunus gruñó satisfecho cuando una chispa de deseo le atravesó las tripas, pero por suerte consiguió controlar su maldito ronroneo lujurioso antes de que se le escapara.

Su cola se enroscó detrás de él antes de balancearse hacia la izquierda.

Nunca, en toda su imaginación, había pensado que Mayumi se haría amiga suya tan fácilmente. Que se sentiría cómoda con él en un solo día. Que ella le pondría esa cara malvada que inmediatamente hizo que su cuerpo se calentara.

Y el Fauno quería compartir ese calor con ella.

Su carne suave y blanquecina parecía delicadamente lisa. Era difícil resistirse a acercarse y tocar las únicas partes expuestas de su cuerpo que podía ver, como su cara, su mandíbula suavemente perfilada, la delicada columna de su cuello.

Sus ojos eran una joya oculta, unos pozos casi negros que, cuando les daba la luz, eran de un marrón fundido tan seductor que era fácil dejarse absorber por ellos. Ahora intentaban hacérselo a él, aunque en silencio debido a la falta de sol, pero había suficiente luz entre las nubes para mostrarlo.

Sus labios, finos pero cupidos, eran pálidos por su color rosáceo, pero destacaban como femeninos frente a sus rasgos más afilados, como el alto arco de sus cejas y sus pómulos.

Faunus se había dado cuenta de que había muchos tipos de humanos en el mundo, que variaban en sus formas, colores y rasgos.

Rara vez había visto a otros, aparte de sus padres, que compartieran rasgos similares a los suyos, especialmente sus ojos rasgados. Estaba seguro de que había muchos, pero parecían ser más infrecuentes en comparación con los de piel más oscura o rosada de esta región.

Pero era a ella a quien consideraba la criatura más hermosa que había visto en la Tierra, y había visto cientos. Sus rasgos, cada uno de ellos, desde los pies hasta el pelo, merecían el elogio silencioso que les estaba dedicando.

Llevaba años haciéndolo.

Desde su espeso y rebelde pelo negro, que llevaba recogido en una coleta, hasta sus orejas pequeñas y redondeadas, rosadas en los bordes superiores debido al frío.

Había visto lo suficiente de su cuerpo cuando se había tirado desnuda a la nieve hacía unas mañanas para saber que su cuerpo era delgado pero fuerte. Bajo su ropa gruesa y abultada, Mayumi ocultaba un cuerpo esbelto y musculoso que al instante le había parecido delicioso.

Era como si el mundo hubiera decidido que fuera baja de estatura, incluso en comparación con la mayoría de los humanos, por lo que podía engañar sobre lo robusta que era en realidad.

—Después de quitarle las hojas, voy a probar de verdad lo que puede hacer esa fuerza tuya, —dijo casi con picardía, como si pensara que él no sería capaz de completar ninguna tarea que ella le encomendara.

Sus palabras no fueron suficientes para distraerlo de su mirada. No, él cayó más profundamente en su trance cuando sus ojos casi se entrecerraron para ser rencorosos y luego se extasiaron con la forma en que sus largas y rectas pestañas se hicieron más prominentes.

Le entraron ganas de pasar uno de sus nudillos por ellas para saber si eran tan frondosas y suaves como parecían.

Estoy condenado. Se había sentido atraído por aquella hembra mucho antes de volver aquí. No debería haber permitido que ella me descubriera.

Faunus, como ella lo había rebautizado, ya no podía contener sus voraces pensamientos por esta mujer humana ahora que estaba tan cerca de él, justo al alcance de la mano.

A un paso de *lamerla*.

CAPITULO 9

¿Cómo he acabado en esta situación? pensó Faunus mientras se aferraba a los muslos de Mayumi que le rodeaban el cuello por detrás.

¿La tarea que ella no estaba segura si él sería capaz de completar? Esa era Faunus arrastrando el árbol muerto ya podado en el suelo y el que acababa de talar de vuelta a su casa. Ella quería su leña más cerca de donde pudiera obtenerla.

Cuando él le preguntó por qué no cortaba un árbol cerca de la cabaña, ella dijo que era porque el bosque actuaba como una barrera de sonido y olor. Ella creía que, si talaba más alrededor de su casa, sería más fácil encontrarla.

Él pensó que tal vez fuera cierto.

La tarea había sido agotadora y ella no le había ofrecido ni un ápice de ayuda, pero él la había completado. Todo el tiempo, ella le decía bruscamente que se diera prisa y que estaba siendo demasiado lento cuando se retrasaba porque las ramas se enganchaban.

Cuando regresaron a su casa, le exigió que empezara a cortar el árbol muerto para obtener leña. Mayumi había desaparecido mientras él hacía esto, pero él supo por el olor que la cubría que había comido algo.

Era bastante mandona y dominante, pero eso le gustaba. Era extraño que lo mandara a él, un Duskwalker, pero prefería eso a que intentara dispararle en la cara con una flecha, que era lo que esperaba de ella.

Entonces, justo cuando creía que podía tomarse un respiro, ella le hizo una pregunta que le hizo ladear la cabeza. No por la pregunta en sí, sino porque no había entendido por qué se la hacía.

Mayumi quería saber si podía confiar en él.

Faunus se había encogido de hombros y le había confirmado que sí, y luego le exigió que le permitiera sentarse sobre sus hombros.

Así que allí estaba él, sujetándole los muslos hasta el punto de que sus manos los envolvían por completo. Mayumi tuvo cuidado de no presionar el lado herido y agrietado de su cráneo, ya que él le había pedido que no lo hiciera. No necesitaba sujetarse; Faunus la tenía bien agarrada.

La tarea que estaban completando juntos era ella limpiando los canalones de madera de su cabaña. Las hojas se habían acumulado en su interior y los habían obstruido durante el otoño.

Aunque ahora no era un problema, dijo que lo sería cuando empezara a derretirse la nieve o a llover en primavera.

Él no pronunció ni una sola queja, sobre todo porque no podía evitar lamerse el hocico.

El olor a calabaza, a noche y a cuero constantemente manchado se infiltró tan completamente en sus sentidos que le costó tragar la copiosa cantidad de baba que se acumulaba en su boca. Sus muslos se amoldaban a su cuello y a la

parte inferior de su mandíbula como si fueran una cómoda y cálida almohada. Inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado y olfateó.

Percibió su delicioso aroma. Por desgracia, ella también desprendía un olor extraño y persistente que él sólo encontraba en las personas que se tambaleaban sobre sus pies, un olor que no le gustaba especialmente.

Mayumi, que había estado forcejeando y contoneándose, se detuvo. Miró hacia abajo, haciendo que él levantara la vista a través del valle de su cuerpo para encontrarse con su mirada.

—¿Me acabas de oler el muslo?

—¿No?, —mintió él.

Ella resopló y él le devolvió el resoplido para imitarla. Ella continuó con su tarea.

—¿Podrías retroceder de nuevo? —Faunus dio un amplio paso a la izquierda para poder cavar en la copiosa cantidad de nieve y llegar a la canaleta que había debajo. —Esto es mucho más fácil que hacerlo yo sola.

La nieve cayó sobre la punta de su hocico cuando ella lo sacó. Tuvo que resoplar por la nariz para librarse de la mayor parte, pero entonces inhaló accidentalmente una pequeña cantidad y tuvo que contenerse el ahogo.

—¿De qué otra forma pensabas hacerlo?

Mayumi se había inclinado un poco hacia delante y rebotó hacia atrás para sentarse firmemente sobre sus hombros. Se quedó pensativa unos instantes antes de volver a raspar las hojas. Una hoja mohosa y en descomposición cayó

a través de su orbe brillante para cubrir una cuenca ocular vacía. La dejó allí, ya que no le molestaba.

A penas sentía su peso apoyado sobre él, y sus muslos le aplastaban la parte posterior de su grueso cuello, ya que no cabía del todo entre ellos. Al menos... no en la posición en la que estaban. Estaba seguro de que Mayumi podría separar más los muslos si intentaba hacerlo.

Faunus se lamió el exterior del hocico con interés ante la perversa imagen mental que le asaltó.

—Bueno... mi familia solía utilizar una escalera de mano que tenemos en el cobertizo, pero entonces habría tenido que bajarme constantemente y moverla para llegar a una sección diferente. Que tú puedas moverte sin que yo tenga que parar hace que esto sea mucho más rápido.

—¿Habrías sido capaz de llegar?

En respuesta a su pregunta, un gran número de hojas y nieve cayeron sobre su cara. Levantó la vista justo a tiempo para que cayeran más hasta el punto de crear un montículo encima de su cara, y dejar de ver.

En lugar de limpiárselo con la mano, sacudió la cabeza.

—¡Eeep!, —chilló ella cuando se balanceó de lado a lado antes de estabilizarse colocando una de sus manos sobre su hocico.

Faunus se encogió internamente cuando ella accidentalmente metió dos dedos en el agujero de su nariz hasta los nudillos. Podía sentir su aliento húmedo alrededor de ellos.

—¡Qué asco! —Sacó los dedos, miró la mucosidad que tenían y luego se limpió la mano en la pernera del pantalón. —No esperaba que estuviera húmedo dentro de tu... ¿nariz?

—Vuelve a meterme los dedos en el agujero de la nariz y te devolveré el favor metiéndote los míos en cualquier agujero que tengas, —advirtió con un gruñido.

A pesar de su rugido agresivo, su amenaza tenía un trasfondo oculto de burla. Faunus tenía mucha curiosidad por uno de los agujeros que tenía en la nuca.

Esperando que Mayumi se horrorizara o al menos le diera asco, levantó la vista. Ella volvía a morderse el labio inferior y parecía reprimir el impulso de replicar. Sus ojos estaban inclinados de tal forma que su mirada parecía invitadora.

El viento se levantó durante una fracción de segundo, haciendo caer una hoja que golpeó el lateral de su hocico antes de caer húmeda y pesada al suelo. Rompió el extraño momento que compartían, recordándoles a ambos su tarea.

Mayumi volvió a hurgar en el canalón, con cuidado de que no le cayera nada más en la cara, antes de suspirar.

—Hay otra forma en que podría haber hecho esto. Podría haber trepado por la puerta del ático y arrastrarme por el tejado, pero eso habría sido muy peligroso con tanta nieve fresca. Podría haber resbalado y romperme el cuello.

—Entonces no lo hagas, —se apresuró a decir. —Los humanos no sobrevivís a una lesión así.

—Sí, sí, lo sé. He visto a mucha gente romperse el cuello en mi trabajo. Seré honesta, sin embargo. Probablemente es lo que habría hecho sin ti, ya que habría sido más rápido y habría requerido menos esfuerzo.

—¿No sólo voy a tener que protegerte de los Demonios, sino también de ti misma?

—Ya te he dicho que en realidad no necesito tu protección. Sólo quería que te quedaras para que pudieras ayudarme con las tareas que no puedo hacer sola. Así como...

Ella nunca terminó lo que iba a decir, sus palabras se interrumpieron antes de que se hiciera el silencio entre ellos.

—¿Así como?, —trató de continuar.

Levantó la vista y vio que ella había apretado los labios.

—La gente tiene ciertas exigencias a las que me niego. Una parte de la razón por la que vivo aquí es porque es el hogar de mi familia y deseo conservarlo, pero otra es porque vivir en una ciudad me parece demasiado agotador. —Sus movimientos parecían más bruscos mientras cavaba. —Es un poco solitario, a su manera. Me aburro con facilidad.

Mayumi eligió sus palabras con cuidado, ya que no eran toda la verdad.

Sí, se sentía algo sola.

Se suponía que los humanos no debían vivir solos durante mucho tiempo, y ella llevaba seis meses viviendo en esa casa sin nadie con quien hablar.

Seis meses sin pensar en nada más que en su vida con sus padres, ahora muertos. Seis meses pensando en su vida como Cazadora de Demonios y en todo lo que había hecho mal y bien al respecto.

Había sido una Maestra Cazadora de Demonios de rango Plata.

Sólo había dos rangos por encima del suyo. Oro, que era el rango de los Ancianos y el consejo de cada fortaleza. Luego estaban los portadores de medallones, que también se consideraban Sabios, pero sólo había uno por cada distrito que rodeaba el Velo: norte, sur, este y oeste. Ellos invocaban las reglas y guardaban los secretos más sagrados del gremio.

Su rango de Maestra significaba que a menudo había supervisado a otros. Había salvado muchas vidas, pero sus decisiones como líder de misión a menudo significaban que había sido la causa de muchas muertes.

Esas muertes estaban en sus manos, y eran *cientos*.

Conocía el nombre de cada uno de ellos. Conocía sus caras. También era ella quien iba a sus familias para informarles de que sus seres queridos no volverían a casa: ese era su castigo. Les había fallado, y la consecuencia era ver la agonía en sus ojos.

A veces veía su odio como si fuera culpa suya que los Demonios existieran.

Estaba diseñado así para que los que supervisaban a los miembros inferiores no se volvieran complacientes. Era para enseñarles que sus compañeros no eran peones para ser utilizados como carne de Demonio.

Pero, aunque estaba sola y aislada, ya no podía vivir dentro de las ciudades. El alquiler era caro. La gente pasaba apuros, y ella no podía soportar ser testigo de ello cuando había poco que pudiera hacer para ayudar.

Tendría que trabajar.

La idea de Mayumi limpiando casas o cocinando para ricos engreídos era ridícula. Tendría que trabajar como soldado, recibiendo órdenes de algún idiota arrogante que rara vez había salido de sus muros protectores.

Su dedo meñique tenía más experiencia que la mayoría de ellos en toda su vida, pero tendría que morderse la lengua y escuchar órdenes que querría desobedecer.

Tendría que vigilar a los civiles, hablar con ellos, escuchar sus problemas y mantenerlos a salvo. Tendría que disciplinarlos, y había visto que no todos los guardias eran amables con los que se resistían.

A sus ojos, era más fácil estar constantemente en peligro potencial viviendo aquí que enfrentarse a la triste realidad de la vida dentro de aquellos muros. Su padre le había dicho una vez que pensaba lo mismo.

El Puesto Avanzado de Colt era sólo uno de los muchos pueblos parecidos. Slater Town, que estaba relativamente cerca, no tenía torreón, pero estaba seccionada de forma similar. Por alguna estúpida razón, los ricos seguían enriqueciéndose incluso en este mundo apocalíptico en el que vivían. Todavía existía una ridícula distinción dentro de la jerarquía social.

A la humanidad ya no le importaban los estereotipos de raza o género. No les importaba quién amaba a quién.

Lo que les importaba era cuánta gente podían pisar para no pasar hambre y estar lo más seguros posible. La codicia era el verdadero monstruo de este mundo, y era tan frecuente como lo había sido antes de que el mundo fuera invadido por los Demonios.

Mayumi se negaba a formar parte de él.

Prefería morir aquí sola en el bosque. No le importaba si alguien le hacía una lápida como la que había hecho para sus padres. No le importaba si nadie lloraba por ella.

A Mayumi no le importaba si nadie la echaba de menos.

Ella simplemente no *tomaría* la casa de alguien que la necesitara cuando tenía una disponible aquí. No se metería en una ciudad ya superpoblada.

Cuando la escarcha se derritiera en primavera, tendría una pequeña selección de comida casera. Podría cazar para sí misma.

Eso significaba más comida para los demás.

Era autosuficiente. El invierno se lo ponía difícil, pero sólo volvía al puesto avanzado de Colt una vez al mes antes de que llegara, mientras que ahora lo hacía una vez a la semana, si es que no intentaba alargarlo a quince días.

Pero la razón por la que Mayumi era cuidadosa con las palabras que elegía al hablar con el Duskwalker era... porque también se sentía sola en otros sentidos.

Él no era humano, lo que anulaba su exigencia de ajustarse a la etiqueta social humana. Mayumi siempre había sido mandona y descarada. Sabía que podía ser ella misma, ya que dudaba mucho que él hubiera hablado con muchos humanos, si es que lo había hecho con alguno.

El compañero ideal.

Sin embargo, y aquí era donde Mayumi tenía que tener cuidado, deseaba *desesperadamente* saltarle encima.

Tal vez fuera una tontería por su parte, pero el hecho de que él hubiera sido su salvador de niña y ahora estuviera aquí sólo para protegerla, hacía que Mayumi confiara en él sin un ápice de duda. Ya habría intentado comérsela si no fuera digno de confianza.

Ella no estaría a horcajadas sobre sus hombros y limpiando el tejado de su casa. No estarían teniendo una conversación de tira y afloja.

En el momento en que él se había revelado en el claro y le había confirmado que había estado allí aquella noche, ella había deseado al instante clavarle las uñas y los dientes.

Una sonrisa comenzó a formarse en sus facciones, una llena de pensamientos inmorales y reprobables.

Espero que mi Dios del bosque tenga polla. Si no, le cabalgaría la cara, los dedos y tal vez incluso esa cola de gatito tan mona que tenía.

Aunque Mayumi había matado a todos los Demonios con los que se había cruzado, había algunos que parecían... más bien humanos pero completamente de otro mundo. Era un concepto extraño, pero a veces los encontraba atractivos.

Se preguntó si la razón por la que siempre se había sentido atraída por los seres no humanos era por la noche en que Faunus la había salvado.

También había provocado algunas discusiones con su padre durante su infancia. Al principio, antes de comprender que los Demonios de la superficie del Velo eran realmente peligrosos, pensó que podía hacerse amiga de ellos. Mayumi tenía la estúpida idea de que se les podía 'cambiar', como si fuera una humana elegida destinada a arreglar el mundo.

Ahora, como adulta, sabía que eso nunca sería posible.

Eso no le impedía pensar que sus garras les daban un aspecto diabólico o que sus dientes eran pecaminosamente peligrosos.

El número de veces que había apuntado una flecha justo entre sus ojos rojos y disparado su arco mientras pensaba que le habría encantado inmovilizarlos y cabalgar sobre la polla que tuvieran o no, era incontable.

Hubiera preferido que la inmovilizaran a ella, pero sus fantasías siempre acababan con ella siendo devorada, y eso la desanimaba *enormemente*.

También lo era el asqueroso olor a putrefacción que producían la mayoría de ellos, que le hacía escocer la nariz, le levantaba la bilis y le revolvía las tripas. No todos olían fatal. Mayumi sabía que algunos de los Demonios se estaban volviendo tan humanos que les crecía piel, y que la transformación reducía su olor.

Era una Cazadora de Demonios que había visto mucho y una Maestra que estaba al tanto de información que la mayoría no tenía.

Pero la criatura que tenía entre los muslos no era un Demonio, sino algo totalmente distinto. Un Duskwalker, con un rostro que le resultaba más atractivo que cualquier otro que hubiera visto, incluso más que el de un humano.

Huele muy bien. A citronela y lima recién cortada.

Cada vez que lo olía, sus párpados parpadeaban de felicidad, y eso que esta mañana, en el porche, acababa de descubrir su aroma.

Cuando él trató de encaramarse amenazadoramente sobre ella, ella casi enterró la cabeza contra su pecho para poder frotar la cara sobre su pelaje y cubrirse con él.

El deseo de burlarse de él casi había sido demasiado.

Él le había dicho que tendría que sentarse cuando él se lo pidiera, y ella se sentaría encantada encima de él. ¿Quedarse? Estaba segura de que podría hacer algo sexual con eso. ¿Quizás si él estuviera profundamente enterrado, corriéndose, y necesitara que ella estuviera quieta mientras la llenaba? Por

supuesto, eso requería que él tuviera una polla, pero sus *fantasías* traviesas y eróticas podían ser lo que quisieran.

Ah, y le había dicho que tendría que correr cuando él se lo ordenara. Mayumi había reprimido el deseo de preguntar si aquello era una puta promesa o no.

Con ningún otro Duskwalker se habría planteado la posibilidad real de tener esos pensamientos. Sólo podía confiar en Faunus, su inesperado salvador.

Pero... ¿cómo podría provocarlo?

Dudaba que pudiera preguntarle sin más. Puede que no sepa lo que es el sexo. Podría salir corriendo, pensando que ella era una humana completamente desquiciada y loca, y entonces volvería a estar sola.

Necesito ver si puedo hacer que empiece esto. Con Mayumi intentando con todas sus fuerzas que él empezara.

Tardó un rato en darse cuenta de que no le había dicho que se moviera. Mientras estaba sumida en sus pensamientos, Faunus se había dado cuenta de que se había inclinado para sacar más hojas. Se había movido en consecuencia a sus acciones.

Eso sí que es un Duskwalker bueno e inteligente. Se resistió a acariciarle la cabeza.

Agradeció que hubieran dejado de hablar para poder idear un plan infalible.

Qué tal... Toma, Gatito, Gatito, Gatito. ¿Tengo un coño que necesita ser lamido? Arrugó la nariz. *No, eso es demasiado atrevido.*

Soltó un suspiro.

Una vez terminada esta larga tarea, habían recorrido toda la casa, a Mayumi aún no se le había ocurrido una idea conveniente.

Tengo que ser sutil pero descarada. No era la mejor siendo sutil. Sus amigos, Henry, Yoshida y un pelirrojo llamado Klaus, siempre decían que era tan sutil como un trueno.

Le dio un golpecito en la frente, evitando la grieta. —Oye, ya puedes bajarme.

Faunus bajó hasta quedar sobre sus manos y rodillas y permitió que ella se deslizara. Cuando estuvo de pie frente a ella, levantó la mirada hacia sus hipnotizantes orbes amarillos.

Supongo... Supongo que no quiero hacer nada que él no quiera.

Ella quería que se quedara aquí. Quería que se sintiera cómodo con ella, lo que sabía que llevaría tiempo. Invocar el contacto sexual podría hacerlo sentir muy cómodo o causar tensión entre ellos.

Diablos, sólo habían empezado a hablar hace menos de un día.

No le conozco de nada. Estaba dispuesta a ser paciente.

Ya sabía lo que sentía y no tenía ningún reparo en sentirse atraída por él. En cierto modo, había soñado con ese mismo Duskwalker durante toda su vida adulta. Había sido un ente negro sin rostro que le había dado sueños inquietantes, pero que la hacían sentir bien.

Ahora sabía que esa entidad sin rostro tenía un cráneo de gato y cuernos de carnero.

Me siento como si lo hubiera estado esperando toda mi vida. No quería que se fuera por sus deseos. *Sería feliz incluso si sólo permaneciera aquí conmigo como mi amigo.* El sexo sólo sería un extra de placer.

—Me estás mirando, —afirmó él, con su voz gutural y grave retumbando entre ellos. Ella bajó los párpados satisfecha de poder oírlo. —Hace que me preocupe de qué tarea piensas encargarme a continuación.

—Creo que te mereces un descanso, —dijo Mayumi, antes de volver la mirada al cielo. —Además, pronto empezará a oscurecer, y es más fácil si empiezo a cocinar ahora.

Aunque él no respondió verbalmente, soltó un resoplido.

Ella no sabía lo que eso significaba, pero él no se apartó inmediatamente de ella. De hecho, le pareció ver su mano derecha moverse en su periferia, como si quisiera levantarla en su dirección.

Él retrocedió, poniendo espacio entre ellos, con un movimiento de cabeza. Faunus cambió entonces de forma, volviendo a la monstruosa en la que estaba a cuatro patas.

Para su sorpresa, no vagó por la casa. Faunus subió las escaleras del porche y ella lo siguió para poder entrar. Se tumbó para acurrucarse en el rincón en el que ella le había despertado esta mañana.

—Voy a echarme una siesta para estar más alerta para cuando llegue la noche ya que alguien me ha despertado tan bruscamente. —Metió la cabeza entre

los brazos. —*Y luego ni siquiera me han dado las gracias por todo el trabajo que me han hecho hacer.*

Se mordió el interior del labio inferior.

Supongo que realmente estaba cansado después de todo.

Ahora se sentía mal por haberle hecho trabajar todo el día.

Mayumi seguía sin darle las gracias. No era el tipo de persona que se doblegaba y daba las gracias a alguien sólo porque la manipulaban para ello. Prefería dársela con naturalidad, y si él hubiera esperado, ella lo habría hecho.

CAPITULO 10

A la mañana siguiente, con una expresión divertida oculta tras la taza de té de menta que sostenía con ambas manos, Mayumi se apoyó en la encimera de su cocina. Estaba completamente vestida, pero había estado atontada todo el tiempo mientras se ponía la ropa, ya que aún no se había preparado el té.

Después de tener la amabilidad de dejarle dormir un poco más tarde que ella la mañana anterior, había vuelto a poner a Faunus a trabajar.

Es muy alto. Llegaba fácilmente hasta el techo.

En realidad, el pobre Duskwalker tenía que inclinar su enorme estatura hacia delante y doblar torpemente las caderas hacia un lado mientras inclinaba los hombros hacia el otro lado para poder ver lo que estaba haciendo. Su cara estaba a escasos centímetros, lo que le dificultaba enormemente las cosas.

Lo cual era divertidísimo de presenciar para Mayumi.

¿Cuánto mide? ¿Dos metros y medio? Puede que un poco menos o un poco más, pero ella sabía que en su casa sólo cabía la estatura de un humano de dos metros. Cualquiera más alto tendría dificultades para mantenerse erguido.

Tiene suerte de no tener largos cuernos o astas en la parte superior de la cabeza como los informes que he visto de otros Duskwalkers.

Habría sido imposible para él estar dentro de su casa en absoluto si ese fuera el caso.

Le había convencido para que se quitara la capa, que ahora estaba colgada en el perchero junto a la puerta. Reveló que tenía unas largas protuberancias en forma de lagarto que le salían de la espalda y le habían desgarrado la camisa. En su mayoría apuntaban hacia abajo de su columna vertebral formando una forma casi aerodinámica. También vio que las tenía en la parte posterior de las pantorrillas y los antebrazos.

Mayumi tomó un sorbo refrescante y reconfortante de su té de menta caliente y observó cómo Faunus empujaba un trozo suelto de madera hacia arriba hasta que quedó al ras de los demás. Luego buscó un clavo que tenía sujeto entre los colmillos.

Ella le había ofrecido un martillo, pero él le dijo que dudaba que lo necesitara. Ahora entendía por qué.

Utilizó el pulgar para presionar la parte posterior del clavo y empujó hasta que quedó a ras. Cogió otro clavo y volvió a hacerlo en el mismo trozo de madera plana.

Durante los últimos minutos, Faunus había estado arreglando algunos de los desperfectos y desgastes que sufría su techo. Era algo que había pensado hacer en el futuro con una escalera, pero era muchísimo más fácil que lo hiciera él, puesto que ya estaba aquí.

Me pregunto si él podría caber en el espacio de arrastre del ático y arreglar allí también.

Había muchos daños en su casa.

Antes de fallecer, su padre sufrió una lesión en la pierna que le impedía hacer él mismo las reparaciones con seguridad. En los últimos años, la casa había empezado a marchitarse.

Mayumi había estado trabajando en una lista de tareas para arreglarla. Ya había reparado la parte superior del tejado nada más llegar debido a las múltiples goteras, luego estaban las ventanas destrozadas que había sustituido, las persianas de la puerta que se caían a pedazos y la puerta principal que chirriaba.

Gran parte de lo que había quedado requería dos personas o alguien alto.

Como Faunus ya había terminado con esa sección, se dirigió a otra losa de madera que empezaba a caerse. Él lo empujó hacia arriba y luego le tendió la mano.

Ella le dio un puñado de clavos, que él puso entre sus colmillos, y lentamente se puso a trabajar para asegurarse de que estaba bien sujeta.

Faunus no se había quejado. En cuanto salió al exterior, giró la cabeza hacia un lado y vio que él ya estaba despierto. Estaba recostado con los brazos cruzados detrás de la cabeza, una pierna cruzada sobre la rodilla doblada de la otra y la cola golpeando el suelo.

Inmediatamente le preguntó qué quería que hiciera hoy, dándole la impresión de que quería ser útil.

—¿Qué es lo que bebes?, —preguntó, entablando conversación al azar cuando casi siempre había estado callado. —Nunca había olido ese olor.

—Ah, ¿esto? —Ella señaló su taza. —Es té de menta. Me ayuda a despertarme.

A Mayumi no le gustaban las mañanas.

Té era su preferencia general, café en segundo lugar. Se lanzaba a la nieve cuando estaba disponible y no tenía otros recursos. Si fuera cualquier otra estación del año, sumergiría la cabeza en el agua y se quedaría allí hasta casi ahogarse.

Ayer por la mañana había sido más difícil.

Había intentado tomar un té, pero no había servido de mucho para aliviar su mente resacosa y cansada. Tirarse a la nieve tampoco había servido de mucho.

Después de atraerlo al claro con su herida y hablar con él, se había sentido inquieta. El Marianna's Sleeper había tardado más de lo que ella hubiera preferido en sumergirla y había bebido demasiado.

Anoche no cometió el mismo error.

Mayumi miró el contenido amarillento de su taza. —¿Quieres... quizás un poco?

—No, —afirmó rápidamente, moviéndose a otro sitio. —Es que huele bien. Ayer tenías un olor horrible, pero era uno que he comprobado que tienen los humanos cuando están inestables de pie.

Su espalda se enderezó defensivamente. —¿Te refieres al alcohol?

—¿Así es como lo llamas?, —preguntó él despreocupadamente, clavándose un clavo. —Entonces sí, alcohol. No sé lo que es, pero no es agradable.

—Me sorprende que pudieras olerlo, teniendo en cuenta que no había bebido ni una gota desde la noche anterior y que me lavé por la mañana.

¿Tan bueno es su olfato? Mayumi se mordió el labio inferior sólo lo suficiente para deslizarlo entre los dientes. *Me pregunto qué más sería capaz de oler.*

Diablos, Mayumi apenas podía percibir el contenido de su té humeante, y se arremolinaba justo debajo de su nariz.

¿Sería capaz de oler si estoy excitada?

La pregunta más importante era si eso le hacía reaccionar ante ella.

Pero verlo doblado torpemente dentro de su casa en este momento no era tentador en absoluto. Ella sólo sintió lástima por él. Probablemente estaba forzando su cuerpo y sería doloroso.

¿Sería raro que le ofreciera un masaje después? La idea de hundir los dedos en su cuerpo, preferiblemente sin camiseta para poder descubrir lo que había debajo, sonaba deliciosa.

Abrió la boca, pero sus labios sólo se abrían y cerraban, con el deseo de preguntarle en la punta de la lengua. Su indecisión la hizo permanecer callada.

Justo cuando Faunus tenía el pulgar debajo de la cabeza de un clavo para empujarlo hacia arriba, hizo una pausa.

—Hay humanos acercándose a tu casa, —dijo mientras empujaba con calma.

Mayumi casi se atraganta con el sorbo de té que había estado aspirando.

—¿Cómo dices? ¿Hay gente acercándose? —Giró la cabeza en dirección a la puerta principal. —¿Cómo lo sabes?

—Los oigo. —Bajó los brazos y se volvió hacia ella. —No entiendo muy bien lo que dicen, pero no están callados.

Los ojos de Mayumi se abrieron de par en par al verlo dentro de su casa. —Bueno, entonces tienes que salir. Probablemente querrán entrar.

—Es demasiado tarde para eso. Lo más probable es que me vean salir. No están lejos. —Él se adelantó para poder ofrecerle los dos clavos que le quedaban, y ella tuvo que estirar el cuello para mirar sus orbes amarillos. —¿Tienes otra salida?

Un lado de su cara se arrugó antes de hundir los dedos en su pelo para rascarse un lado de la cabeza.

—La verdad es que no. Ninguna de las ventanas se abre mucho, por razones obvias de seguridad, y no cabrías por la trampilla del ático desde dentro, sólo desde fuera. Eres demasiado grande. —Bajó la mano y le recorrió con la mirada desde la cabeza huesuda hasta los pies en forma de zarpa. —Mira, quédate dentro. Averiguaré quiénes son y qué quieren, y luego me desharé de ellos.

Faunus se agachó, situándose justo por encima de su altura, y retrocedió para dejarla pasar. Ella cogió su chaqueta de piel del perchero que había junto a la puerta para ponérsela.

Cuando estaba cogiendo su cinturón de armas, oyó una conversación en voz baja entre las personas que se acercaban.

—Quiero que sepas, —dijo Faunus mientras la seguía a la puerta a cuatro patas, pero permaneciendo en su forma más humanoide. —Que si corres el peligro de ser atacada, no me importa que sean humanos. Los mataré.

Mayumi ladeó la cabeza por encima del hombro y alzó ambas cejas hacia él. —Preferiría que no mataras a los de mi especie, para serte sincera.

—Y yo en cambio preferiría que no te hicieran ningún daño, sin importar quién o qué lo haya provocado. —La amenaza se hizo aún más oscura por la dureza antinatural que tenía en su voz.

—¿Y si uno de los tuyos intentara matarme? Dudo que hicieras daño a uno de ellos.

Cuando no respondió, Mayumi soltó un bufido sarcástico y burlón.

Eso es lo que me imaginaba. Con la ira ardiendo en el pecho, agarró con fuerza el picaporte de la puerta para salir. Había amenazado descaradamente a los de su especie, pero no estaba dispuesto a hacer daño a los suyos.

—Estás enfadada conmigo. —Él la rodeó y golpeó la puerta con la mano para impedir que la abriera. —¿Por qué?

Ella no se dio la vuelta, sino que miró fijamente la mano de él, imposiblemente grande y de color gris oscuro. Su mirada se intensificó al ver las afiladas garras de sus dedos.

—Me convertí en Cazadora de Demonios para proteger a mis semejantes. Va en contra del juramento que hice oír que algo que se supone que debo matar amenaza con que yo sea la causa de muertes humanas cuando tú no tendrías

la misma cortesía con los de tu propia especie si intentaran hacerme daño. Eso demuestra que tu 'promesa' está medio vacía.

Un aliento cálido le envolvió el lado izquierdo del cuello y la cara cuando él se inclinó sobre su hombro, rozándole la carne expuesta. Juró que el calor también la envolvía por todas partes cuando él se acercó, aunque no llegó a tocarla.

Su aroma a citronela y lima le hizo difícil recordar por qué estaba enfadada en el momento en que invadió sus sentidos.

—No lo había pensado, ya que es muy poco probable que entremos en contacto con otro Duskwalker, —dijo él junto a su oído. —Pero yo también los destrozaría si fueran un peligro para ti.

Ella había interpretado mal su falta de respuesta en un principio, cuando él sólo había estado pensando mucho en el tema.

Sus labios se abrieron en una expresión de estupefacción. Giró la cabeza hacia él, situándose a menos de un centímetro de su corto hocico felino.

—¿De verdad?

Sus orbes cambiaron del amarillo habitual a un rojo encendido. Era ira, una muestra evidente de ello.

Estaba tan deliciosamente cerca que le hizo parecer aún más amenazador cuando pronunció en voz baja: —Ninguna criatura está a salvo de mí si desea hacerte daño, Mayumi, y me aseguraré de que sufra por haberte tocado.

Se le puso la carne de gallina al oír su declaración y sintió que se le endurecían los pezones. Probablemente no debería haber encontrado su amenaza tan excitante ni el color rojo de sus orbes tan tentador, pero ambos hacían que se le estremecieran las tripas de deseo.

—¿Mayumi?, —gritó alguien haciéndola apartar la mirada de él.

—Tengo que ir, —murmuró apartándose de él a pesar de su deseo de inclinarse hacia él. —Si no lo hago, podrían intentar entrar.

—Sé lista, —le dijo él mientras bajaba la mano para que ella pudiera abrir libremente la puerta. La forma en que las puntas de sus garras rozaron la dureza de la puerta de madera le produjo un cosquilleo en los oídos. —Todo lo que entre en contacto contigo a partir de ahora tiene su vida en tus manos.

Ella no sabía qué decir a eso.

—Mayumi, ¿estás ahí? —Ella lo oyó aún más cerca que antes.

Faunus retrocedió para poder abrir la puerta, y salió apresuradamente.

Tres hombres estaban en medio del claro. Llevaban armaduras de soldados del puesto avanzado de Colt con largas espadas ceñidas a la cadera. También llevaban una mochila cruzándoles el torso.

—¡Mayumi! —gritó Henry, quitándose el casco para mostrar una amplia sonrisa de agradecimiento.

Yoshida y Klaus hicieron lo mismo, quitándose los cascos para revelar quiénes eran, cada uno de ellos con una expresión similar.

Klaus era otro chico del que había sido amiga cuando se había entrenado en el puesto avanzado de Colt para prepararse para convertirse en Cazadora de Demonios.

Era un hombre pálido con pecas que parecían más prominentes cuanto más viejo se hacía. Quizá se debiera a su pelo anaranjado, que mostraba que era más sensible al sol que los demás. Sus ojos color avellana se asentaban sobre una nariz fina y torcida, que se había roto demasiadas veces, y ella siempre se fijaba en sus pálidos labios tirados hacia un lado en un permanente ceño fruncido.

Yoshida dejó al descubierto su espeso, pero corto negro liso cuando se quitó el casco por última vez. Llevaba la cara bien afeitada, lo que resaltaba sus pómulos altos y su mandíbula afilada. Su nariz era un poco más ancha que la de ella, y tenía la piel oscura. Sus negras cejas estaban profundamente fruncidas en señal de preocupación, como siempre lo estaban en dirección a ella.

Henry llevaba el pelo castaño oscuro muy rapado a los lados, pero más largo en la parte superior de la cabeza. Llevaba un corte similar al de Yoshida, pero cuando eran más jóvenes, ella había sabido que llevaba trenzas. Parecía haber cambiado de estilo después de convertirse en soldado, quizá debido a sus cascos ajustados. Sin embargo, su cálida sonrisa y sus atractivos ojos marrones no habían cambiado en todos los años que ella llevaba conociéndolo.

La mayoría de los soldados llevaban el pelo corto, si podían, por comodidad, o lo tenían largo y nunca se lo cortaban para poder tener una coleta baja en la nuca y fuera del camino.

El pelo de Klaus era largo y estaba así recogido, cayendo por delante de su pecho cuando se soltaba.

—¿Qué hacéis aquí?, —respondió desde el porche, cruzando los brazos sobre el pecho. —Nunca venís a mi casa.

Enfrentarse al bosque no era habitual en ellos.

—Creíamos que estabas muerta, joder, —gritó Klaus, empujando su mochila vacía detrás de él.

Sus cejas se fruncieron con fuerza. —¿Por qué iba a estar muerta?

—Dos personas volvieron a la aldea, Mayumi, —declaró Yoshida, con sus propias cejas fruncidas de incredulidad en su dirección. —Uno dijo que estaba contigo cuando vio a un Demonio en el bosque, ¡y el otro estaba tan maltrecho que apenas podía ver! Dijo que habías oído algo.

—Lo menos que podías haber hecho era volver y decirnos si estabas viva o no, —añadió Henry, rascándose la nuca. —¿Sabes lo preocupados que estábamos?

Una sensación de tranquilidad invadió a Mayumi. Pensaba que Faunus podría haber matado a aquellos hombres. Quizá los había dejado marchar porque ella lo había hecho. Ella había retirado su arco, después de todo, y había despertado al otro y le había dicho que se fuera a casa.

También puede que le preocupara demasiado dejarla sola en el bosque como para vengarse de ellos. Se había hecho tarde, la noche caía y traía Demonios potenciales.

Sin embargo... no pasó desapercibido para ella que dijeran que sólo habían regresado dos. Debió arrancar al portador de la espada de la pelea y matarlo. Intentó no enfadarse por ello ya que era demasiado tarde, pero tendría que informarle de su nueva política de 'no matar humanos'.

—¿No?, —respondió levantando una mano para encogerse de hombros. —Y si estabas tan preocupado por mí, ¿por qué has venido hoy y no ayer?

—Teníamos que esperar a la lista de turnos, —refunfuñó Yoshida, desviando la mirada hacia un lado. —No podemos abandonar nuestros deberes sólo porque estábamos preocupados por ti, aunque quisiéramos.

Mayumi suspiró. —Me parece justo.

No pudo evitar que su mirada los recorriera a los tres, concretamente a sus equipajes. Bolsas vacías.

—¿Nos vas a dejar entrar? —Preguntó Klaus dando un paso adelante. —¿O vas a dejar que nos congelemos la polla? ¿Sabes el frío que hace con esta armadura?

Mayumi se mantuvo firme y volvió a doblar los brazos.

—No. No me apetece especialmente dejar entrar a tres ladrones en mi casa.

—¿Cómo dices? —gritó Klaus. —¿Qué clase de respuesta es...?

—Tenías dos razones para venir aquí, —afirmó ella con indiferencia, antes de desplegar un brazo lo suficiente como para apuntarles. —Estoy segura de que estabais realmente preocupados por mi bienestar.

Mayumi conocía a esos hombres. Los conocía desde hacía años. Eran buenas personas, y si no fuera por el Duskwalker que se escondía en su casa, les habría dado la bienvenida y les habría ofrecido té para que se calentaran antes de enviarlos a casa.

No representaban ningún peligro.

—Sin embargo, —continuó, golpeando el aire con el dedo índice en dirección a cada una de sus bolsas. —Si yo no estuviera aquí, dándome por muerta, vosotros tres tendríais toda la intención de robar en mi casa cualquier cosa de valor.

Los labios de Klaus se apretaron mientras sus cejas se entrecerraban, mientras que Yoshida y Henry apartaban los ojos avergonzados.

—Nunca te haríamos daño, Yumi, —refunfuñó Henry antes de llevar valientemente su mirada hacia ella. —Pero...

Mayumi soltó una leve risita.

—No te preocupes. Lo sé, y lo entiendo. —Forzó una sonrisa en su rostro. —Son tiempos difíciles, ¿verdad? Todo el mundo pasa apuros, y cuando hay dinero gratis es difícil no quererlo. Sinceramente, si yo estuviera muerta, sería a vosotros tres a quienes querría para robar en mi casa.

Henry hizo una mueca de dolor.

—Podrías haber fingido no saberlo, —dijo Yoshida con una leve mueca de desprecio. —¿Entiendes lo humillante que es esto?

—No queremos que pienses que no nos importas, —continuó Henry, con ojos suplicantes y mostrando la profundidad de su bondad. Incluso dio un paso adelante. —Nuestra primera esperanza era que estuvieras aquí.

No le cabía duda de que Yoshida pensaba lo mismo, pero odiaba que le sorprendieran haciendo algo que consideraba incorrecto. Probablemente había sido una decisión difícil de tomar, y probablemente Klaus y Henry le habían empujado a ello.

Yoshida tenía algún problema con ser honorable. Henry estaba en una situación difícil de la que Mayumi era muy consciente. Klaus, por otro lado, era el tipo de hombre que querías de tu lado, porque no tenía reparos en joder a nadie si eso le beneficiaba, a menos que se tratara de sus amigos.

—Seguro que sí, —reconoció ella. —Pero ¿alguno de ustedes consideró que podría haber estado viva y simplemente no estar... en casa? A menudo voy al bosque a cortar leña o a cazar o a recoger raíces para comer. ¿Y si me hubiera ido y al volver a mi casa descubriera que ha sido saqueada?

—Lo hubiéramos devuelto todo, —argumentó Klaus.

—¿Y habría sido demasiado tarde para entonces? —preguntó ella mientras acercaba sus ojos a los azules de él. —Habría vuelto tarde a casa y no habría podido viajar al caer la noche. Habríais vendido todo lo que teníais de valor y lo más probable es que os hubierais bebido vuestras penas en la taberna de Marianna, pensando que estaba muerta.

—Lo sentimos, Yumi, —dijo Henry con sinceridad.

—Y yo os perdono, y os agradezco mucho que hayáis venido los tres a comprobar mi bienestar. —Sus ojos se arrugaron con humor mientras les dedicaba la mayor sonrisa maliciosa que pudo. —Pero como castigo, los tres podéis daros la vuelta y volver a casa con el rabo entre las piernas.

A Henry se le escapó una risita. —Esperaba que intentaras darnos una patada en el culo, pero vas a colgar esto sobre nuestras cabezas para el resto de nuestras vidas. ¿No es así?

—¿El resto de nuestras vidas? —Yoshida negó con la cabeza. —Lo más probable es que también nos cuelgue esto sobre la cabeza en la otra vida.

Fue un intento desesperado de disminuir el peso de su conversación. Normalmente lo habría empeorado, pero decidió no hacerlo.

Justo cuando abría la boca para lanzar una réplica burlona, la presión atmosférica bajó considerablemente y una ráfaga de viento helado le alborotó el pelo alrededor de la cara.

Todos giraron la cabeza hacia el cielo para ver que las nubes estaban oscuras y furiosas.

—Iros a casa, chicos, —dijo ella sin dejar de mirar al cielo. —De lo contrario, la próxima persona que hará un chequeo para comprobar vuestra salud seré yo, preguntándome si vosotros tres habéis muerto en la ventisca que se avecina.

—Joder. *Por supuesto*, una ventisca justo ahora, de todos los días, —bromeó Yoshida, levantándose el casco para poder ponérselo en la cabeza.

—Los dioses nos están castigando por nuestras acciones de hoy, —añadió Klaus mientras se colocaba el suyo. —Siempre están de su lado.

Se dieron la vuelta para alejarse mientras se despedían con la mano, apresurándose para evitar la tormenta que se avecinaba. Henry se quedó, con su intensa expresión clavada en la de ella.

—Cuídate, ¿vale?, —le suplicó. —Sólo hay unas pocas personas en el mundo que me importen lo suficiente como para no querer que acaben muertas, y tú eres una de ellas.

—Oh, pssh, —dijo ella mientras agitaba la mano en el aire en un singular gesto despectivo. —Esas palabras tan caballerosas hacen sonrojar a una chica, Henry. ¿Cómo es que todavía no tienes esposa?

Soltó una risita burlona. —Tú, más que nadie, deberías saber que no todo el mundo está interesado en casarse.

—Eres un pésimo modelo para tu hijo, —replicó juguetona cuando él se dio la vuelta con el casco bajo el brazo. —Espero que no salga como tú.

Henry negó con la cabeza mientras se alejaba. —Mejor yo que la puta infiel de su madre. Charlotte es la razón por la que sé que el amor no existe.

Sus ojos se arrugaron de simpatía por su amigo. Henry no podía tener un respiro, y estaba segura de que el dinero que habría ganado robando en su casa se habría destinado a mimar a su preciado y muy querido hijo.

Charlotte era la hermana de Klaus. Se habían conocido a través de Klaus y habían formado una relación, sólo para que Charlotte quedara prendada de cada hombre que pudiera encontrar que tuviera monedas.

Mayumi volvió a entrar en su casa cuando supo que Klaus, Henry y Yoshida se habían ido.

Se sorprendió al ver a Faunus de pie, pero encorvado hacia delante para compensar su enorme estatura, con los ojos de un rojo intenso mientras esperaba a que ella regresara. Las yemas de los dedos de él se contrajeron, haciendo que sus garras brillaran a la luz de la chimenea.

—¿Los dejaste ir libremente cuando pretendían robarte? —gruñó Faunus.

Como no había peligro, Mayumi desabrochó la hebilla de su cinturón de armas y se lo guardó. También se quitó la chaqueta de piel.

—¿No has oído el resto de la conversación? Nunca pretendieron hacerme daño, y en realidad son.... —Se rascó torpemente la nuca. —Supongo que son mis amigos, aunque últimamente de forma distante.

Oyó sus pesados pasos -difíciles que no resultaran pesados con su enorme y voluminoso tamaño- cuando cruzó la habitación.

—Pero tenías razón, Mayumi. ¿Y si no hubieras estado aquí y al llegar a casa descubrieras que te habían robado? —Su nombre viniendo de él, con aquella voz grave, la hizo estremecerse. —Estás sola aquí. ¿Y si vuelven al saber que sueles desalojar tu cabaña?

—Pero no estoy sola, ¿verdad? —Ella se giró y puso las manos en las caderas mientras se encontraba de frente con su imponente mirada. —Y no lo harán. Son buenos hombres. Son inteligentes, valientes y amables, y si alguien viniera aquí a robarme, serían los primeros en iniciar una investigación para ayudarme.

Por un momento, un destello verde brilló en sus orbes. Dio un paso atrás con un profundo resoplido y gruñendo bruscamente.

—No te corresponde a ti entenderlo. —Mayumi lanzó un suspiro solemne mientras se acercaba a la encimera de la cocina. —Si hubieran sido otras personas, habría desconfiado, pero no necesito preocuparme por esos tres.

Cogió su taza y se bebió el resto de su té, ahora frío. Luego metió la mano bajo la encimera, abrió las puertas y sacó harina, levadura, sal y algunos granos. Le quedaba un poco de agua, la nieve era una fuente fácil y abundante, y vertió los cinco ingredientes en un cuenco.

Mayumi no tenía ningún problema en darle la espalda a Faunus durante un largo periodo de tiempo. Sabía que debía estar observándola, teniendo en cuenta que no le había oído moverse.

—Se acerca una ventisca, —dijo mientras amasaba los ingredientes para hacerse un pan recién hecho.

—Lo sé, —respondió él en tono sombrío, con la presencia de la ira en su tono. —Puedo sentirlo.

—¿Qué vas a hacer mientras dure?

—¿Qué quieres decir?

—Por lo que hemos averiguado, a los Demonios les resulta imposible olfatear a los humanos durante las tormentas de lluvia y nieve. Si no necesitas vigilar la casa, y no puedo darte ninguna tarea debido a ello, ¿qué harás?

—Yo... me sentaré fuera y vigilaré la tormenta, sólo por si acaso. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Ella mantuvo sus movimientos casuales y tranquilos, pero una sonrisa comenzó a curvar sus labios y creció tanto que arqueó el borde inferior de sus ojos.

—¿Sabes jugar a juegos de mesa? —Mantuvo un tono casual. —Mi familia los colecciona desde que llegamos a estas tierras.

Soltó un resoplido agitado. —No sé qué es eso.

Mayumi cogió la masa que había mezclado hasta formar una masa pegajosa de un tamaño decente y la colocó dentro de una bandeja de pan rectangular. Su hornillo, de metal y forma acampanada, tenía una sección para cocinar encima y una puerta que podía abrir para dejar al descubierto el interior en llamas.

Pensaba dejar reposar el pan unas dos horas para que la levadura y el gluten hicieran efecto en la masa, pero dudaba que estuviera tan bueno como el que hacían los panaderos del pueblo. Este tipo de fogón tampoco era adecuado para lo que ella estaba haciendo.

No le importaba mientras fuera comestible.

—Está bien. Puedo enseñarte a jugar. Tengo un montón de ellos, ya que sirve para pasar el tiempo cuando estás encerrado en casa solo. Seguro que podemos encontrar algo fácil para que aprendas.

—¿Quieres que me quede dentro contigo?

Mayumi se dio la vuelta y descubrió que él estaba de pie, sin hacer nada, como si no estuviera seguro de qué hacer. Tenía la mano en el pecho con la cabeza ladeada.

—Claro, ¿por qué no? Me aburriré como una ostra dentro de casa el tiempo que tarde en amainar la tormenta.

Podrían ser días, o en el peor de los casos -o en el mejor para Mayumi, ya que eso podría unirlos durante más tiempo- una semana.

—Eres un Duskwalker. ¿Sabes lo que pagaría el gremio sólo por tener una conversación contigo?

Faunus resopló y se cruzó de brazos, agachándose hasta que dejó de estar encorvado para poder estar cómodo. Parecía no tener problemas para agacharse.

—Vosotros, Cazadores de Demonios, querríais hacer algo más que tener una conversación. Sé que examináis a los Demonios.

Sus labios se fruncieron en una sonrisa cruel. —¿Y cómo lo sabes?

—Los humanos del pasado, los que han intentado capturarme, a menudo se han gritado exigencias unos a otros. 'Coged al Duskwalker vivo para que podamos averiguar cómo es por dentro'. 'Apuesto a que se parece a un Demonio una vez que lo abramos'. No hace falta ser un genio para darse cuenta de lo que habéis estado haciendo.

—Ah, ¿sí? —preguntó Mayumi con brillante curiosidad. —Si finalmente abriéramos a un Duskwalker, ¿serías exactamente igual que un Demonio?

—No. Somos totalmente diferentes a todo lo que vive en la Tierra.

—¿En qué sentido?

Faunus giró lentamente la cabeza hacia otro lado, y ella no pudo evitar que su corazón se encogiera un poco dentro de su pecho al verle hacerlo. *¿Acaso cree que sólo lo dejo estar aquí para averiguar más sobre los de su especie y así poder matarlos?*

Era un movimiento inteligente, y algo que debería haber considerado hacer desde el principio, pero ni siquiera se le había pasado por la cabeza hasta ese preciso momento.

Sólo... quería saber más sobre él.

Podía decirle que ya no formaba parte del gremio, pero entonces tendría que decirle por qué. No estaba particularmente avergonzada de la razón, pero era una conversación pesada para tener con alguien que apenas conocía.

También era *algo* que podría no entender.

Como no parecía que fuera a responder, Mayumi se dirigió al almacén para empezar a buscar un juego de mesa, o cualquier juego, que fuera adecuado.

¿Cuál sería el juego más fácil para conseguir lo que quiero? Necesitaba uno que fuera rápido, fácil de aprender y que no pareciera sospechoso si seguía... perdiendo.

Mayumi no le había pedido jugar sólo para hacerse la simpática. La tormenta de nieve le dio una idea.

¿Ajedrez?, se preguntó, antes de sacudir la cabeza. *No, eso es demasiado complicado. ¿Shogi?* Casi soltó una carcajada. *Eso es aún más complicado.*

A su padre le gustaba mucho jugar al shogi. Era un juego como el ajedrez, pero también muy diferente en el hecho de que una vez que se tomaba una pieza del oponente, la persona que la obtenía podía volver a entrar en el juego.

La reliquia original que sus antepasados trajeron a estas tierras estaba guardada en una caja especial para preservarla, y su bisabuelo había encargado a alguien que fabricara una nueva para que no tuvieran cuidado con ella.

Entonces, ¿las damas? pensó cuando, agachada, se topó con ella en el montón. Lo dejó a un lado cuando se dio cuenta de que las damas nunca le habían parecido divertidas de niña.

¡Ah, ja! Perfecto. Cogió el juego que quería y volvió a la zona principal de la casa.

Mayumi se detuvo.

Faunus estaba de pie a un lado, mirando la chimenea con sus orbes de un sorprendente color blanco. El azul se reflejó momentáneamente en sus brillantes orbes antes de desvanecerse de nuevo al blanco, pero ella pudo ver que su respiración parecía agitada y pesada por la forma en que sus hombros se levantaban y caían.

—¿Faunus?, —preguntó con recelo.

Sus orbes se volvieron amarillos, como si lo hubiera sacado de un trance, y volvió la cara hacia ella.

—¿Sí? —Su hocico se inclinó ligeramente hacia abajo, mostrando que estaba mirando la caja en sus manos. —¿Encontraste algo a lo que quisieras jugar? Estabas tardando.

—Sí. Pensé que el backgammon sería bastante sencillo para enseñártelo. Me encantaba jugarlo cuando era pequeña.

Y si ella podía jugarlo cuando tenía ocho años, estaba segura de que él no tendría problemas teniendo en cuenta que era más inteligente de lo que ella había pensado que sería un Duskwalker.

Lo colocó en el suelo, junto a la chimenea, y se dirigió hacia donde había varias sillas. Detrás de la silla de cuero en desuso, que tenía una bolsa de lana apoyada en el asiento, había una pequeña mesa de café apoyada de lado contra la pared.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Faunus cuando ella misma la levantó. La dejó sobre sus cuatro patas en medio de la casa y lo fulminó con la mirada. —Parece que no.

—Ven, siéntate aquí. —Señaló el lado opuesto de la mesa mientras ella se sentaba en el suelo.

Obediente a sus órdenes, Faunus se acercó mientras ella colocaba el juego sobre la mesa. Abrió el cierre metálico del lateral de la caja de madera y sacó del interior quince piezas de madera de roble, redondas y de color arena, y quince piezas de madera de nogal, redondas y de color marrón rojizo. También había dos juegos de dados a juego.

Mayumi le explicó cómo se jugaba mientras lo preparaba, dándole a él las piezas de roble para que las controlara mientras ella cogía las de nogal.

—...y una vez que hayas tirado los dados, sólo tienes que elegir si quieres sumar el número que has sacado para mover una sola pieza, o puedes dividir los dos números del dado y mover dos piezas diferentes. Yo te ayudaré al principio si sacas un doble.

Durante un largo rato, Faunus se quedó mirando el juego que tenía delante. Estaba sentado con las piernas cruzadas, sus extremidades eran tan largas y grandes que sus rodillas sobresalían fácilmente por encima de la mesa, mientras que las de ella cabían por debajo.

No pudo evitar sonreír al verle demasiado grande dentro de su casa. Lo empequeñecía todo, desde la mesa hasta el dado que examinaba entre el pulgar y el dedo corazón.

Le había sorprendido que pudiera envainar sus garras, pero eso sólo hizo que se centrara en lo gruesos y largos que eran sus dedos. *El Gatito puede esconder sus garras, ¿eh?* Era muy útil saberlo.

Tenía la mano cubierta de piel gris oscura, con los huesos blancos de los nudillos sobresaliendo de tal forma que parecían hundirse bajo la piel. Estaba tan tensa a su alrededor que, a la luz, pudo ver unas cuantas venas gruesas que se entrecruzaban en el dorso de la mano.

Se mordisqueó el labio inferior mientras las examinaba. No sabía por qué, pero siempre le habían parecido atractivas las manos fuertes y venosas. El hecho de que él tuviera un par de manos grandes con esas características era aún

más excitante, y eran tan grandes que ella sabía que dos de las suyas podían caber fácilmente dentro de una de las de él.

Había visto pollas más pequeñas que su dedo corazón.

Al estar tan distraída, tardó un rato en darse cuenta de que Faunus estaba girando un dado entre las yemas de sus dedos pulgar y corazón, mirando cada una de sus superficies.

—¿Pasa algo?

—No sé si podré jugar bien a este juego de *backgammon*. Las piezas parecen bastante pequeñas, y nunca he hecho nada parecido antes. Parece bastante complejo.

¿Complejo? pensó mientras miraba el juego.

—¿Estás diciendo que no quieres? —Eso tiraría su plan por la maldita ventana.

—Eso no es lo que he dicho, —dijo Faunus con esa voz profunda mientras lanzaba el dado al tablero de juego. —Aprendo rápido. Entonces haré todo lo que esté en mi mano para derrotarte en este pequeño juego humano tuyo.

Sus orbes cambiaron a un tono más brillante que su color amarillo habitual.

Aún estaba tratando de averiguar qué significaban los colores, pero Mayumi pensó que tal vez el color más brillante significaba felicidad o determinación.

En cualquier caso, sonrió.

—Vamos, Hombre hueso. —Meneó el culo contra el suelo, sabiendo que podría estar sentada aquí mucho tiempo. —Soy bastante competitiva, así que haré que te comas esas palabras con esos colmillos afilados que tienes.

CAPITULO 11

¿Hombre... hueso? pensó Faunus inclinando la cabeza.

No estaba hecho de huesos, aunque era consciente de que tenía un cráneo por cabeza, ni tampoco era un hombre, aunque sabía con certeza que era macho.

Nunca había esperado que Mayumi fuera tan extraña.

Nunca esperó estar sentado dentro de su casa conversando con ella o aprendiendo a jugar a un juego humano. Estaba seguro de que esto era extraño, y si alguno de los de su especie entrara por la puerta y los presenciara, ambos se sentirían confundidos.

Sin embargo, Faunus sintió que la alegría revoloteaba en su corazón por estar haciéndolo.

Ella volvió a explicarle cómo se jugaba después de colocar todas las pequeñas piezas redondas, y ahora él tenía una vaga comprensión. Los *dados*, como ella los llamaba, le resultaban extraños en su gran mano.

Eran tan pequeños que equivalían a un guisante en la palma de una persona. Le había llevado tiempo dominar los malabares para balancearlos en la mano y agitarlos.

Si los agarraba demasiado fuerte, no podía sacudirlos bien, pero si los agarraba flojos, Mayumi se veía obligada a precipitarse sobre manos y rodillas para perseguirlos cuando resbalaban entre los grandes huecos de su puño curvado. También los había lanzado contra el tablero con demasiada fuerza las dos primeras veces, y habían rebotado.

Faunus se esforzaba por aprender nueva información y, al mismo tiempo, por manejar su cuerpo inhumano para algo diseñado para su talla y controlar su fuerza avasalladora.

Para cuando habían conseguido jugar una partida entera sin que él tuviera que buscarse la vida de alguna manera, la nieve arremetía contra las ventanas. La ventisca se había desatado con toda su fuerza, y su sonido era agudo, chirriante y molesto para su sensible oído.

El viento silbaba y aullaba como una criatura feroz, e incluso él podía notar que la temperatura dentro de la casa había bajado considerablemente.

Finalmente, Mayumi arrastró la mesa más cerca de la chimenea, buscando su calor tras echarle más combustible. Faunus dudaba si acercarse más de lo que ya estaba, pero accedió sin rechistar por el bien de ella.

Yo podría mantenerla más caliente que cualquier fuego. Rápidamente apartó ese pensamiento a un lado.

Aunque Mayumi le permitía entrar en su casa, buscando alguna forma de compañía con él, dudaba que alguna vez estuviera dispuesta a meterse en su regazo para que Faunus la cobijara entre sus brazos.

Pero a él, sinceramente, le gustaría que lo hiciera.

Actualmente, Faunus se mostraba reservado, y casi... asustadizo, simplemente porque no tenía ni idea de cómo acabarían las cosas entre ellos. Lo que estaban haciendo era más de lo que él jamás hubiera imaginado.

Cuando consiguió ganar su primera partida de *backgammon*, sus orbes destellaron de un amarillo brillante, esta vez de alegría.

—Ahí lo tienes, —soltó una ligera risita. —Te he derrotado.

Por fin.

—La suerte del principiante, —replicó ella rápidamente con su propia risita, haciéndole sentir que su victoria quedaba totalmente invalidada.

Faunus soltó un gruñido, que sólo pareció aumentar su humor. Pensó que había ganado el juego por habilidad, no por 'la suerte del principiante'.

En ese momento, el estómago de la joven decidió recordarles que hacía tiempo que no comía nada. Había sacado una bandeja de horno de su fogón en un momento dado, pero no se había comido la comida marrón y grumosa, alegando que estaba demasiado caliente.

—Dame unos minutos, —dijo apoyando las manos en el borde de la mesa para poder levantarse. —Me prepararé algo de cenar y luego podremos jugar en serio ahora que ya le has cogido el truco.

Faunus, sin nada que hacer en esta casa en la que sabía que no encajaba, asintió y miró el juego. Se quedó mirándolo antes de que la chimenea acabara llamando su atención.

Quedó perdido e hipnotizado por las vacilantes llamas que danzaban ante sus orbes, despidiendo un suave calor en su dirección.

Una pesadez, una profunda carga, comenzó a hundirse en su pecho, haciendo que su corazón se acelerara. Su oído se agudizó cuando los sonidos a su alrededor se atenuaron. Su pelaje incluso se erizó cuando su piel se tensó mientras la inquietud le recorría la columna vertebral. En unos instantes, sus orbes se volvieron blancos.

Por mucho que le molestara el fuego, le resultaba casi imposible apartar la mirada.

El fuego era caliente. Y Faunus sabía que *quemaba*.

No se había dado cuenta de que su respiración se había entrecortado hasta que Mayumi lo sobresaltó al sentarse de nuevo frente a él. Su repentina aparición de la nada le pilló desprevenido, haciéndole ahogar un jadeo de pánico.

Por suerte, ella no se dio cuenta de su cambio de comportamiento mientras se metía en la boca una sustancia blanca y esponjosa. Pensó que podría haber sido puré de patata. Sabía que había zanahoria en su plato simplemente porque todavía estaba entera, pero no podía nombrar las otras verduras que ella comía. Todo estaba humeante como si lo hubiera hervido.

También había traído un trozo de pan y lo había mojado en una especie de salsa dulce, posiblemente de bayas, que había rociado por encima.

—Parece mucha comida para un solo humano, —comentó él, observando que su plato estaba bastante lleno.

Ella se lo llevó a la cara, relamiéndose los labios ruidosamente. A él le fascinaba que lo hiciera, que sacara esa lengua tan mona y rechoncha. Se preguntó cómo se sentiría, si sería más suave o más firme que la suya, ya que parecía más corta y más gorda.

—Tengo hambre, —respondió ella con la boca llena de comida. —Y esto no es nada. Deberías haber visto lo mucho que comía en la fortaleza. Todo el mundo se burlaba de lo mucho que comía y nunca engordaba, salvo en músculo.

No entendía por qué alguien se metía con otro por comer bien, sobre todo porque él envidiaba bastante la capacidad de los humanos para sentirse llenos. Incluso ahora, su estómago gruñía, siempre vacío y nunca satisfecho por mucho que se atiborrara.

Había empezado a renunciar a saciarlo.

—Me preguntaste en qué se diferencian los Duskwalkers de los Demonios y del resto de los seres vivos, —comenzó Faunus con indiferencia. —Una de las diferencias es que nuestros estómagos nunca se llenan, y absorbemos la comida, por grande que sea, en cuanto la comemos.

Sus bonitos ojos oscuros se desviaron de su plato hacia él cuando hizo una pausa.

—Otra es que, aunque tenemos corazón, estómago y pulmones, no están hechos del mismo tejido muscular que el resto de las criaturas. —Apoyó las manos en el regazo e ignoró su expresión de estupefacción. —Podemos sangrar, pero si nos perforan cualquier órgano de nuestro cuerpo, nos recompondremos alrededor de la herida o el arma para poder seguir funcionando con normalidad. Nuestro interior es blando, moldeable, lo que

hace casi imposible detenernos. Mientras que nuestro exterior es mucho más firme y difícil de perforar. Un ataque que causaría un corte profundo en un Demonio sólo golpearía la superficie de nuestro cuerpo. Aún podemos sufrir daños, ya que nos ralentizarán y la pérdida de sangre nos mareará, pero nunca dejaremos de movernos.

La sangre saldría de lo más profundo de su interior, succionando su fuerza para reemplazar la perdida. Atacarían cualquier cosa que se moviera, aunque fuera un borrón, como una persona o un arbusto tembloroso.

—Pensé que no querías compartir esto conmigo, —dijo ella con las cejas fruncidas.

—¿Cuándo he dicho yo eso?, —preguntó él mientras ladeaba la cabeza.

—Bueno, no me contestaste cuando te lo pregunté.

—Eso fue porque no sabía por dónde empezar.

Ella frunció los labios antes de entrecerrar los ojos con lo que él dedujo que era sospecha o fastidio. Luego levantó un tenedor de comida y sopló sobre la humeante verdura verde para enfriarla.

No estaba seguro de si estaba esperando a que continuara o no, pero tomó su falta de respuesta como una invitación.

—Mencionaste que eras capaz de consumir toda la comida que quisieras y sólo ganar músculo, ese parece ser un rasgo que compartimos. Empezamos con un cuerpo casi hueco y empezamos a ganar músculo con el tiempo. Sin embargo, también absorbemos nuestra comida tan completamente que empezamos a adoptar sus características. —Hizo un gesto con la mano. —Esto

es similar para los Demonios, pero ellos producen desechos mientras que nosotros no.

—Así que sois parecidos pero diferentes. —Sus ojos brillaron con picardía cuando añadió: —¿Significa eso que en el fondo eres un blandengue?

—Eso ya lo afirmé, —comentó él con la cabeza inclinada hacia un lado, confundido. —Y tú... no importa.

—Hay una pregunta de la que siempre hemos querido saber la respuesta. —Mayumi desvió la mirada hacia su comida, pero bajó los párpados como si intentara mostrarse indiferente. —¿Por qué a los Demonios les crece piel humana? Los que lo hacen son capaces de hablar inteligentemente, aunque se niegan a decirnos nada por mucho que les hagamos.

—Se están volviendo humanos. No estoy seguro de lo profunda que será la transformación para ellos, pero ganan humanidad con cada humano que comen. Les crece la piel e imitan el modo de vida de tu especie. —Inclinó la cabeza hacia abajo para mirarse las garras. —Aunque los Duskwalkers ganan humanidad del mismo modo, ya se ha demostrado que nunca nos convertiremos en humanos, ni empezaremos a adoptar vuestras características por mucho que lo intentemos. Nuestras formas son casi siempre permanentes.

—¿Lo has intentado?, —preguntó ella, y él no supo por qué percibió un deje de preocupación en su tono.

—Al principio, cuando me di cuenta de que mi mente estaba cambiando, sí. No quería permanecer en esta forma. Pero conocí a otro que es mucho mayor que

yo y ha llegado más lejos. Me ha informado de que simplemente no tiene sentido.

—¿Y los Demonios, entonces? ¿Adoptas sus características?

—No, —respondió sin rodeos. —Sólo les robamos su fuerza.

—Menos mal, —rió Mayumi, dejando su plato en el suelo ahora que había terminado con él. —Gracias por compartirlo conmigo.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Mayumi se movió para apoyarse en una mano, pero se mordisqueó la comisura de los labios, una contradicción con la posición despreocupada en la que se había colocado. Era difícil entenderla, ya que su lenguaje corporal a menudo dificultaba descifrar lo que realmente sentía.

—Al principio pensé que no querías decírmelo porque te preocupaba que le diera la información al gremio.

Eso era algo que había considerado.

—Todo lo que acabo de decirte es inútil para un Cazador de Demonios. No te he revelado nada que pueda ayudarte a matar a los de mi especie, y te he explicado que tus esfuerzos son inútiles.

—No confías en mí lo suficiente como para decírmelo, ¿es eso?

Aunque Faunus no quería darle a Mayumi ninguna información que pudiera ayudarla a asesinar a sus *hermanos*, o cualquier otro lazo familiar que viniera

de ellos a través de las novias que habían obtenido, no fue por eso por lo que no se lo dijo.

Si le digo la verdad, entenderá lo que significa la grieta en mi cráneo.

Estaba seguro de que a ella no le importaría realmente que él muriera, pero no quería darle el conocimiento sobre cómo matarlo. Su deseo era protegerla, y no podría hacerlo si él estuviera muerto.

—¿Quizás deberíamos continuar? —preguntó Faunus mientras dirigía una de sus manos hacia el tablero de juego.

Necesitaba que ella preparara el juego, ya que las piezas redondas, parecidas a botones, eran demasiado pequeñas para que él las cogiera con la punta de los dedos. Ni siquiera el hecho de envainar las garras le ayudaba, y sus intentos de hacerlo le habían llevado a tantear una sola pieza durante tanto tiempo que sus orbes se habían vuelto de un rosa rojizo de vergüenza.

Ella soltó un resoplido cuando él redirigió la conversación.

Pensó que seguiría irritada, pero la forma en que se inclinó hacia delante casi con vértigo para colocar las piezas fue una prueba más de lo difícil que le resultaba evaluarla.

Era un enigma. Un enigma que empezaba a molestarle, porque tenía la sensación de estar a un paso de que Mayumi intentara apuñalarle en el pecho como la pequeña Cazadora de Demonios despiadada que sabía que era.

¿Podría ser un movimiento en falso, una palabra equivocada, lo que la hiciera cambiar de opinión?

Dejaría que ella me apuñalara en el corazón si eso la hacia feliz.

Sabía desde hacía tiempo que ya le pertenecía. Ella podía hacer lo que quisiera con él; él prefería no llegar a eso.

—Entonces, estaba pensando que podríamos cambiar el campo de juego y hacerlo más serio, —dijo una vez que terminó de acomodar las piezas.

—Claro. —El juego había sido bastante fácil de aprender. No vio ningún problema en que hubiera más.

—Estás aceptando algo de lo que aún no has oído las reglas.

Ella levantó la vista con una sonrisita socarrona curvándole los labios, una que casi le hizo lamerse la parte exterior del hocico en señal de su deseo e interés por ella.

Él se encogió de hombros.

—Bien. Ahora no puedes echarte atrás. En realidad, es muy sencillo. El que pierda tiene que quitarse una prenda.

La cabeza de Faunus se echó hacia atrás hasta el punto de que tuvo que poner rápidamente la mano en el suelo detrás de él, o se habría caído.

—¿Perdón? ¿Cómo puede ser esto una aportación seria al juego?

—Pssh, no seas tímido. Tengo más que perder que tú, ya que estás cubierto de pieles y yo no. —Cogió un dado singular y lo lanzó para que pudieran determinar quién iría primero. —Hace que el juego sea más divertido, ya que hay más en juego. Significa que elegirás tus movimientos más sabiamente, ya

que hay consecuencias. La persona que queda completamente desnuda al final del juego es la perdedora final y debe enfrentarse a la vergüenza de estar desnuda. Los humanos jugamos a este tipo de juegos todo el tiempo. He tenido mi ración de victorias y derrotas en el strip poker.

Faunus no tenía reparos en estar 'desnudo', ya que tenía razón. Tenía pelaje, y cualquier cosa... privada estaba oculta tras una costura en el centro de su ingle.

Ese no era el problema.

El problema era que Mayumi se quitara la ropa para exponerle su delicado pero seductor cuerpo. Él ya había tenido una visión de ella, y sabía que sería torturado por ella.

—No creo que...

—No puedes echarte atrás ahora, —se apresuró a decir ella antes de que él pudiera terminar. —Ya has aceptado, e incluso lo haré justo ya que sólo llevas un par de pantalones y una camisa. Como yo llevo tres prendas, puedes desabrocharte la camisa como pérdida.

Ella será la vencedora. Cogió uno de sus dos dados y lo dejó rodar suavemente desde su palma hasta el tablero para ver quién sería el primero en mover sus piezas. Me ha ganado todas las partidas excepto la última.

A Faunus no le preocupaba mostrarle su cuerpo. Ella sabía lo que era. Ella lo había visto en su forma más monstruosa que era mucho peor que su forma humanoide.

Ella hará todo lo posible para derrotarme. Ella dijo que era competitiva.

Sólo lo hacía por su curiosidad sobre su especie y para estudiar a un Duskwalker. Lo había dejado perfectamente claro con sus preguntas.

Por supuesto, Faunus perdió la primera ronda.

Mientras ella volvía a colocar el tablero, él empezó a desabrocharse a ciegas los pequeños botones de la camisa. Le llevó el mismo tiempo que le costó la tarea.

Siempre había deseado que los botones fueran más grandes.

Sólo dejando que se abriera un poco, dejó al descubierto el centro de su torso. El esternón estaba completamente hundido bajo su carne, al igual que las costillas inferiores, pero el resto de la caja torácica seguía en el exterior de su cuerpo: un blanco descarnado contra el negro del largo pelaje de su pecho. Su estómago estaba cubierto de pelo corto y negro.

Mayumi perdió el segundo asalto.

Refunfuñó por haber perdido mientras se ponía de rodillas y se desabrochaba los pantalones de cuero.

Él pensó que era demasiado atrevida al quitárselos, pero se sintió agradecido por su elección cuando vio que tenía una tira de tela entre las piernas.

Aun así, no pudo evitar que su vista se detuviera en sus muslos torneados, cuya carne reflejaba el resplandor anaranjado de las llamas tras ella. ¿Cómo era posible que un par de piernas desnudas le resultaran tan tentadoras que quisiera llevar su lengua desde el arco del pie hasta la parte central?

Perdió el tercer asalto y se vio obligado a quitarse la camisa.

Un pelaje corto le cubría desde el dorso de las manos hasta los bíceps, hasta hacerse mucho más largo alrededor de los hombros, la espalda y el pecho. Púas de lagarto, de unos cinco centímetros de largo, le recorrían los costados de los antebrazos y la espalda como la aleta de un pez. También se extendían por la parte posterior de los músculos de sus pantorrillas, pero aún no lo había revelado.

Faunus pensó que perdería la siguiente ronda, poniendo fin a su partida, pero Mayumi era la que no había conseguido meter sus piezas en su sitio.

La lenta retirada de su camisa gris de manga larga fue abrasadora, haciendo que su pelaje se erizara en nerviosa anticipación.

El deslizamiento de la camiseta por sus costados hasta dejar al descubierto su pequeño ombligo, el vientre hundido mientras ella bajaba el cuerpo para poder subirlo, hizo que se le apretaran las manos. En el momento en que empezó a asomar la base de sus pequeños pechos, un leve ronroneo empezó a retumbar en su pecho.

Tuvo que reprimirlo rápidamente antes de que ella se diera cuenta.

Sus pechos eran tan pequeños que casi parecían planos cuando se estiraba más para subirse la tela por encima de la cabeza, pero se asentaban en pequeños montículos cuando estaba relajada. Eran turgentes y tenían pezones de color marrón pálido.

Faunus empezó a clavarse las garras en los músculos de las pantorrillas cuando sintió un movimiento violento detrás de la costura de la ingle. No lo estaba haciendo con fuerza. Sólo necesitaba una pequeña distracción.

También oscureció sus orbes a negro y tomó una gran bocanada de aire para evitar que se volvieran morados.

Era difícil controlar la respuesta emocional de sus orbes con pura voluntad, sobre todo cuando necesitaba calmar los latidos caóticos de su gran corazón. Su cuerpo se calentó, y el fuego líquido de la necesidad y el deseo se apoderó de sus músculos hasta hacerlos sentir como si se hincharan.

Cuando volvió a abrir la vista, descubrió la mirada de ella ya sobre él, observándole fijamente, presenciando la reacción que él intentaba ocultar desesperadamente.

Levantó el hocico lo justo para ocultar sus pechos de su vista, pero eso no le impidió ver la superficie plana de la parte superior de su pecho, las bonitas articulaciones de sus hombros o incluso la encantadora vista de sus afiladas clavículas.

Faunus sabía que habría disfrutado enterrando la cara entre el pliegue de sus hombros y su cuello, sintiendo la suave carne que lo cubría mientras aspiraba profundas bocanadas de su aroma a calabaza.

Dejó escapar un suspiro de agradecimiento cuando ella pareció no darle importancia a su reacción y se inclinó hacia delante para poner a cero el tablero.

—Esta es la última ronda, —dijo. —A los dos nos queda una prenda, así que ésta determinará el ganador.

El juego fue muy lento, cada uno calculando sus movimientos cuidadosamente. Él no era muy hábil en el juego para ver el potencial de sus próximos movimientos, ni los de ella.

El fuego menguaba con el tiempo, disminuyendo su luz y calor como si fuera más rápido que ellos.

Y cuando el juego terminó, los orbes de Faunus parpadearon blancos durante un segundo mientras lo miraba fijamente.

¿Cómo es posible que haya ganado? ¡Había intentado perder!

La suerte no había estado de su lado, y al final había sacado un doble. No habría importado. Ella se había quedado atrás de alguna manera.

Sus orbes ya habían cambiado a color morado durante la partida, ya que para mover las piezas él mismo tenía que mirar hacia abajo, lo que le obligaba a vislumbrar cada vez más el cuerpo de ella. En un momento dado, se quedó mirándola, hipnotizado por la forma en que la luz bailaba sobre su piel. La forma en que se retorcía o arqueaba cuando ella se movía. Cómo se movía un músculo o palpitaba una arteria.

Joder, pensó cuando Mayumi se echó hacia atrás y empezó a bajarse la ropa interior.

Mantenía las piernas cerradas, probablemente para preservar cierta apariencia de pudor, pero nada podía impedirle asimilar que aquella hembra estaba *desnuda* delante de él.

Con poco esfuerzo, podía llegar fácilmente al otro lado de la mesa y separar sus bonitos muslos. Nada le impedía ver lo que anhelaba, lo que deseaba.

¿De qué color era su coño? ¿Coincidían los labios de su coño con el color rosa pálido de sus labios faciales o con el marrón pálido de sus pezones?

Faunus sólo había aprendido lo que era el deseo en los últimos nueve años, unos años después de convertirse en adulta. Antes de eso, no había sabido nada del significado del cuerpo desnudo de un humano, ni siquiera de un lugar concreto de su propio cuerpo.

Había tropezado con el sexo por completa y absoluta casualidad.

Con la intención de entrar en una casa solitaria del bosque para comerse a los humanos que vivían en ella, Faunus había sido testigo de algo. Le habían picado la curiosidad los fuertes olores que se filtraban del interior, los extraños sonidos que oía.

Su confusión y curiosidad le habían vencido, y en lugar de arrasar el interior para comérselos, los observó. Habían estado follando la noche siguiente y luego, por alguna razón, en pleno día, realizando al mismo tiempo otros actos íntimos y lascivos.

Había disfrutado tanto de los olores, los sonidos y las imágenes que, por primera vez, su polla se había salido involuntariamente de la entrepierna.

Después de ver cómo el macho humano empujaba su miembro para prepararse para la hembra con la que estaba, Faunus lo había imitado simplemente porque había deducido que se parecían sólo por la forma. Sin embargo, Faunus tenía apéndices adicionales que se retorcían en la base de su polla, y la suya salía de su interior en lugar de oscilar como un péndulo carnoso.

Los humanos se habían llevado un susto de muerte cuando rugió en su primera liberación, pero maldita sea... había sido fenomenal.

Después de huir a una distancia segura, Faunus había llegado a conocer su propia polla bastante íntimamente hasta que se derrumbó. Intentó drenar su semilla, maltratando su polla hasta que le dolió.

Aprendió mucho sobre sí mismo.

Después de eso, cada vez que viajaba por la superficie que pertenecía a los humanos, Faunus buscaba casas y observaba para ver qué más podía aprender. La mayoría de las veces no eran más que aburridas costumbres y tareas humanas, pero había visto a muchos de ellos follando, y en ocasiones no se limitaban a dos solos o a una pareja de macho y hembra.

Al principio, se había emocionado con el recuerdo de lo que había presenciado. Sólo cuando se enteró de todo esto y se sintió obligado a comprobar de nuevo el bienestar de Mayumi, nació en él un nuevo deseo.

Uno en el que él la tocaba... de la misma forma que esos machos humanos habían tocado a sus hembras.

Lo que daría por estirarse sobre la mesa y pasarle la palma de la mano por el muslo. Lo que daría por poder recorrerlo con la lengua. Lo que daría por aprender lo que se siente en lugar de mirar desde la distancia.

Dejar de ser un observador indeseado de actos indecorosos.

Las hembras desprendían un olor dulce cada vez que se excitaban, y él quería saber a qué olía la suya, a qué sabía. Quería comérselo, con la esperanza de calmar el hambre que sentía en las tripas.

Sabía que tenía que ser sólo su imaginación, que la deseaba tan profundamente, pero creía que ahora podía oler ese aroma a excitación madura que salía de ella.

Si era sólo su imaginación, no le importaba.

Empezó a jadear ligeramente, y se aseguró de mantener los colmillos cerrados para que no se notara. Eso significaba que sólo podía respirar por el orificio de la nariz, lo que le facilitaba sentir más excitación y deseo por ese aroma.

Está desnuda ante mí.

Sus tentáculos empezaron a arremolinarse alrededor de su polla cuando sintió que empezaba a extruirse. Colocó la mano contra su costura para evitarlo y se apretó el abdomen a propósito para ayudar a sus tentáculos a ganar la batalla de impedir que su polla se deslizara más hacia delante.

Necesito salir.

No podía hacerlo. En el momento en que intentara ponerse en pie, sabría que perdería la batalla en su interior. No quería que Mayumi supiera que estaba teniendo ese tipo de reacción con ella.

Quería que ella se sintiera cómoda con él. También pensó que ella probablemente trataría de cortarlo si supiera que él se estaba poniendo duro y excitado por ella.

Podía imaginársela horrorizada haciéndole ese gesto en su rostro.

Mayumi le miraba fijamente, e inclinó la cabeza hacia un lado para apoyar la oreja en su hombro, dirigiéndole una mirada extraña pero valorativa. Sus ojos

estaban clavados en los de él mientras ella se apoyaba sobre ambas manos, con las rodillas levantadas y delante de ella y los pies apoyados en el suelo.

Entonces ella hizo algo que le hizo clavar las garras en su muslo tan profundamente que supo que las había hundido hasta la mitad en su carne. La sangre brotó al instante.

Su pierna izquierda cayó a un lado.

El color morado se iluminó en sus ojos, que se fijaron en el montículo hinchado y la hendidura entre sus muslos que ella acababa de revelarle.

Ella tenía ambos. Sus pliegues eran de un marrón pálido mientras que el resto revelaba un suave rosado. ¡Joder!

Empezó a temblar cuando fue incapaz de contener su polla, y ésta forzó su mano hacia atrás. No podía empujarla hacia abajo sin hacerlo evidente, así que permitió que alcanzara la longitud de sus tentáculos, que la retuvieron para que no se extruyera del todo.

Pero estaba duro, insoportablemente duro.

Faunus no podía contener su ronroneo, pero esperaba que ella no pudiera oírlo. Tuvo que contener el gruñido.

El impulso irrefrenable de voltear la única barrera que los separaba, la desdichada mesa, lo atenazó por la garganta. Quería eliminar su obstáculo para poder tener la libertad de agarrarle el pie y arrastrarla por el suelo hasta él.

Quiero probarla, follármela, meterle los dedos, la polla, la lengua. ¿Qué se sentiría?

Todo lo que sabía era cómo se sentía al liberarse en su propia mano, pero ella parecía mojada, e incluso si no lo estaba, su polla tenía lubricante. Sabía que estaría caliente sólo porque su cuerpo lo estaba, pero ¿sentiría calor a su alrededor?

Le gustaba apretar su polla, se sentía bien ya que era como si lo acariciara hasta el fondo. ¿Le daría ella esa misma sensación?

Quiero hacer que se corra. Dio un ligero estremecimiento.

El aroma del orgasmo femenino era muy embriagador, pero ¿y si era el suyo? Él ya adoraba su aroma natural, pero ¿y si estaba condimentado así?

¿Y saber que la hizo sentir tan bien que ella se lo entregó? ¿Que la complació?

Ella nunca me aceptará.

¿Por qué iba a hacerlo cuando tenía hombres humanos a menos de unas horas a pie de su casa?

No había razón para que ella lo deseara, lo quisiera, como él a ella. Lo consideraban un monstruo, uno feo, según había oído. Su rostro era un presagio de muerte para los de su especie.

Sin embargo, el hecho de que se desnudara así ante él, con la pierna izquierda aún abierta, parecía una invitación.

Él quería que lo fuera, pero casi no había tenido contacto con humanos. No conocía sus costumbres, no sabía qué significaban sus acciones.

Esto podría ser sólo una parte del juego que acababan de jugar.

Mayumi experimentó un pequeño escalofrío y miró por encima del hombro. Las llamas de la chimenea se estaban apagando, ya que hacía tiempo que no recibían más combustible.

Se giró para poder obtener más leña. De rodillas ante él, con el culo en alto e inclinando el pecho hacia delante. Él lo vio... todo.

Sus nalgas estaban abiertas, los labios de su coño parcialmente abiertos para revelar la pequeña hendidura de su coño, el pequeño anillo de su culo.

Tómala. Su corazón se aceleró hasta convertirse en un tambor mortal. Fóllatela hasta que grite el mismo nombre que te dio.

Faunus se inclinó hacia delante y le lamió el hocico.

Llénala hasta que se hinche con tu retoño.

Su propio pensamiento le hizo detenerse.

Eso no era posible. Mayumi era humana, él era un Duskwalker; no eran compatibles, y él lo sabía. Pero podría hacerlos compatibles... si tomara su alma.

Ella nunca querrá unirse a mí. Su corazón tartamudeó en su pecho mientras una fría sensación de soledad lo apuñalaba.

Mientras ella golpeaba la chimenea con un atizador, Faunus aprovechó para huir. No sabía si ella había oído sus pasos, pero no le importó y ni siquiera se molestó en coger su capa.

Necesitaba salir. Necesitaba alejarse de ella antes de cometer una tontería y arruinar la relación que tenían. Una que acababan de empezar.

La ventisca no era agradable. Era casi imposible incluso para él ver a un metro de distancia, y hacía frío.

Hacía demasiado frío fuera para aliviar su dolor. Le preocupaba que su lubricante empezara a congelarse en cuanto liberara su polla. Además... Que Mayumi le pillara tirando de ella desesperadamente en su porche era lo último que quería experimentar.

Faunus se transformó en su forma monstruosa, agradecido de que sus tentáculos aún le protegieran, y se hizo un ovillo a su alrededor para mantener el calor.

Como una forma jadeante, necesitada y temblorosa, Faunus observó la tormenta, su vista parpadeando entre un profundo color morado y un profundo color azul.

La deseo tanto que me duele.

CAPITULO 12

Cuando Mayumi oyó los pesados pasos de Faunus sobre el suelo de madera, miró por encima del hombro. Cuando abrió la puerta, una corriente de aire gélido envió una ráfaga de copos de nieve al interior, pero ella no dijo nada ni intentó detenerlo mientras se marchaba.

Decepcionante, pensó, echándose hacia atrás para sentarse sobre sus pies y ver cómo la leña fresca que había puesto en el fuego cobraba vida.

La cantidad de esfuerzo que había necesitado para perder esa última partida había hecho que fracasara. Por suerte era mejor jugadora que él, lo que significaba que también era mejor perdedora.

Si fuera humano, habría sabido exactamente lo que intentaba hacer. Pero no era humano, ¿verdad? Precisamente por eso le gustaba tanto.

A pesar de su decepción, sus labios se curvaron hacia atrás para poder sonreír a las llamas.

Sólo podía haber dos razones para que se fuera. Una era que le repugnaba su cuerpo. La otra era que la deseaba pero huía de sus sentimientos.

Ella esperaba que fuera lo segundo.

Su sonrisa se apagó mientras recorría su cuerpo con la mirada. Se agarró lo que pudo del pecho derecho mientras se pellizcaba el duro pezón con el pulgar y el índice, ahogando un gemido al comprobar lo sensible que se había vuelto.

Supongo que nunca tuve en cuenta que podría encontrarme poco atractiva por ser humana. ¿Y si la encontraba demasiado pequeña? ¿Demasiado delicada? ¿Demasiado... carnosa?

Mayumi nunca se había sentido insegura con su cuerpo. No le importaba que la gente se burlara de su estatura. A menudo la habían acosado porque su cuerpo era musculoso cuando llevaba camiseta o sudadera cuando entrenaba.

Los hombres le decían que no era femenina. Que su pecho pequeño y casi plano no atraía el deseo. Querían a alguien con curvas en lugar de su cuerpo esbelto y varonil, como decían tan groseramente.

Mayumi nunca se había sentido insegura sobre su cuerpo... hasta este preciso momento, enfrentándose a la posibilidad de que Faunus la hubiera abandonado en señal de rechazo.

¿Sería porque ella era humana o porque él era como los hombres humanos que querían algo más femenino?

Mayumi volvió a tumbarse contra el suelo, pasándose el brazo por la cara. *Imagínate lo humillante que sería ser rechazada por un Duskwalker.*

Levantó la mano para mirarlo por encima de la cara. *Pero realmente quiero follármelo. ¿Qué demonios se supone que debo hacer ahora?*

Esa mano descendió por su cuerpo para poder pasar la punta de los dedos por sus pliegues, encontrándolos resbaladizos e hinchados por la necesidad. Subió

los dedos para mirarlos suspendidos sobre su cara, examinando el líquido que había recogido.

Tiene un olfato impecable. Frotó el pulgar sobre los dedos índice y corazón para mover su fluido. *¿Quizá el olor de mi excitación le resultaba desagradable?*

Los bajó y olfateó, llegando a la conclusión de que olía bien, como cualquier otra mujer excitada.

El hecho de que él mirara su cuerpo mientras ella estaba desnuda ante él había sido excepcionalmente excitante. Casi había pensado en tocarse delante de él para ver qué hacía.

Su mano se apartó y cayó al suelo.

Necesito una puta copa.

Miró las botellas de Marianna's Sleeper que tenía sobre la mesa del comedor.

Se puso de rodillas y se levantó. No cogió una botella, sólo porque Faunus dijo que no le había gustado el olor a alcohol en ella. Ella estaba tratando de atraerlo, así que eso obviamente iría en contra de todo lo que estaba tratando de hacer.

Mayumi entró en el almacén y recogió su futón. Lo desenrolló antes de coger sus mantas de invierno y dos almohadas, una para apoyar la cabeza y otra para acurrucarse.

Luego se quedó mirando las llamas de su lado, deseando dormir pero sabiendo que eso iba a ser una batalla. Estaba cachonda, decepcionada y un poco triste por sus propios pensamientos tortuosos.

Tengo miedo de acercarme a alguien, pero odio estar sola. La presencia de Faunus aliviaba su deseo de tener un compañero, pero también la hacía darse cuenta de lo sola que se sentía.

Durante los últimos seis meses, beber y mantenerse ocupada habían sido sus únicos amigos de verdad*. Pero no puedo ahogar a mis demonios; ellos saben nadar.*

Mayumi tenía remordimientos en su pasado. Arrepentimientos que se negaban a permitirle una buena noche de sueño. Estoy muy cansada.

La tormenta era extrañamente calmante para sus sentidos, pero no la ayudaba a conciliar el sueño. Por el contrario, fue irregular, y se dio por vencida cuando ya era de madrugada.

Gimió al incorporarse y se sujetó la frente.

Tengo resaca. La cabeza le latía con fuerza.

Puso los brazos sobre la cabeza y se estiró antes de girar el cuello hacia un lado y luego hacia el otro. Volvió la mirada hacia la ventana para ver que la tormenta de nieve seguía tan intensa como el día anterior.

Voy a tener que palear mucha nieve cuando termine. No le apetecía nada. Odiaba hacerlo. *Le diré a Faunus que lo haga.*

Perfecto.

Aunque por hoy, le pediré que me ayude a arreglar el ático.

Lenta para levantarse y moverse, Mayumi se vistió con su túnica marrón y salió a llenar un cubo de nieve para poder derretirla y usarla como agua para beber y bañarse.

Faunus estaba acurrucado en un rincón y, por la negrura de sus orbes, supo que dormía. Le sorprendió que no se despertara al oír sus movimientos, pero supuso que había estado despierto toda la noche para vigilar a los Demonios.

¿Quizá por eso se había marchado?

Tomó ese hilo de pensamiento y tiró de él para salvarse de más pensamientos oscuros que quisieran persistir.

Cuando él emitió un suave gemido, ella frunció las cejas y se acercó un poco más. Sus extremidades se agitaron salvajemente como si intentara huir de lo que fuera que le perseguía en sueños.

¿Está... teniendo una pesadilla? Mayumi negó con la cabeza. *Por supuesto que no. Es un Duskwalker. ¿De qué podría tener miedo?*

Volvió a entrar sin molestarle. Su poca ropa la hacía temblar por el frío glacial, y quería escapar de él.

Mientras su té hervía, hizo su rutina habitual de limpiar su cuerpo y vestirse para el clima.

La tormenta impedía saber con certeza qué hora era, pero supuso que era mediodía. Una vez que terminó su té de menta mientras almorzaba, salió para molestar al Duskwalker y que le prestara atención.

Ya no estaba en el porche, y cuando investigó el patio, no pudo encontrarlo.

—¿Faunus?, —llamó.

No me digas que se ha ido...

Un suspiro de alivio se escapó de sus labios cuando él apareció a un lado.

—*¿Qué pasa, Mayumi?,* —preguntó desde el centro del claro. No se acercó más.

—Me preguntaba dónde estabas. Necesito ayuda con algo.

No contestó de inmediato. A ella le pareció ver que sus orbes parpadeaban momentáneamente en blanco, pero podría haber sido un truco de sus ojos debido al polvo esponjoso que caía a su alrededor.

—*Creo que he oído a un Demonio cerca,* —dijo él*. —Es difícil oír y oler a través de la tormenta. Me quedaré fuera hasta que sepa con certeza que es seguro.*

Mayumi abrió la boca para discutir, pero enseguida la cerró. Sin responder, entró a ponerse su chaqueta más gruesa.

Luego volvió a salir y entró en la tormenta.

—*¿Qué haces?,* —preguntó mientras la seguía a gran distancia. Sorprendentemente, sus orbes permanecieron en su amarillo normal como si no estuviera preocupado. —*He dicho que puede haber un Demonio.*

Se encogió de hombros, observando cómo sus piernas se hundían casi hasta la parte inferior de sus muslos. No había razón para no creer que pudiera haber un Demonio, pero a ella no le importaba especialmente.

—No voy a poder quedarme quieta dentro. Lo peor de la ventisca ha pasado, pero probablemente tendremos una tormenta de nieve continua que se prolongará. Son aburridas. —Se dirigió al cobertizo y lo abrió para coger un martillo y más clavos. —Hay que arreglar el desván y será mejor que lo haga hoy.

También cogió unos cuantos tablones de madera que habían sido almacenados por esta misma razón. Los había conseguido en uno de sus viajes al puesto de avanzada de Colt, pero aún no había hecho nada con ellos.

Volvió por donde había venido para poder deslizarse más fácilmente por la nieve. Mientras tanto, Faunus la seguía.

—Eres bienvenido a entrar cuando sepas que es seguro, —le ofreció Mayumi cuando hubo subido al porche.

Hizo lo posible por limpiarse la nieve de la ropa antes de quitarse las botas y entrar.

Faunus nunca lo hacía.

Pasó el resto del día cubierta de polvo y estornudando mientras limpiaba el ático. Luego se puso a trabajar clavando maderos o arrancando las tablas que estaban demasiado dañadas. Reemplazó lo que pudo antes de inspeccionar el tejado desde dentro.

Había una zona que se estaba hundiendo. Estaba segura de que el peso sobre su casa lo estaba empeorando, pero no podía hacer nada para repararlo hasta que dejara de nevar.

Necesitaría la ayuda de Faunus. Tal vez incluso tuviera que crear una nueva viga de soporte, para lo que necesitaría una de las ramas más largas y gruesas de los árboles que había pedido que le trajera.

Ya era tarde cuando terminó.

Limpió la casa para mantenerse ocupada, excepto el almacén, que estaba abarrotado. No tenía ganas de rebuscar en el pasado para saber qué había que tirar y qué no.

También cocinó una gran sopa que le duraría unos días, deseando haber cazado antes de que llegara la tormenta para poder tener carne. El invierno era una buena nevera.

Cuando se hizo de noche, se encontró cansada, agotada y todavía muy sola.

Demonio, una mierda, refunfuñó con un mohín, golpeando la chimenea con el atizador. *Hoy no quería pasar tiempo conmigo.*

Desde que aprendió a jugar al backgammon con tanta facilidad, esperaba poder enseñarle ajedrez. Era un juego de estrategia popular que se jugaba a menudo en la Fortaleza Hawthorne, ya que nadie sabía lo que era el shogi. Cerdos incultos.

Si había cogido bien el ajedrez, ella había planeado hacerle aprender a jugarlo. Su padre era la última persona con la que había jugado, y era uno de los pocos buenos recuerdos que tenía de él.

Ven a jugar conmigo, Gatito. Apuñaló el tronco encendido con fastidio.

Luego sus ojos se posaron en el espacio vacío junto a la chimenea. Había olvidado coger más leña para quemar, pero eso significaba que tendría que salir a cortarla ella misma mientras luchaba contra la tormenta. Probablemente los árboles también estaban parcialmente enterrados, y ya era tarde. Sería imposible hacerlo ahora, ya que no podría ver.

Faunus no estaba cerca para pedirle que lo hiciera. O tal vez sí, pero ella se había negado a llamarlo.

No iba a comportarse como una niña llorona que reclama atención. Podía jugar sola, llevaba meses haciéndolo, incluso más cuando era pequeña.

Espero que esta tormenta desaparezca pronto, pensó mientras extendía las sábanas y se acostaba.

Se durmió con facilidad porque estaba agotada, pero acabó despertándose en mitad de la noche temblando. Los últimos restos del fuego se habían apagado tanto que ya no calentaban la casa.

Mayumi se abrigó lo mejor que pudo para soportarlo. En realidad, no tenía sentido. Las mantas acabaron por enfriarla aún más. Luchó contra el frío, pero le resultó inútil.

A la mierda.

Se quitó la manta y encendió su linterna interior con una cerilla. Con la tenue luz, se dirigió al almacén en busca de su túnica de manga larga y algo de ropa interior. También se puso la bata y una chaqueta, pero nada de lo que llevaba iba a protegerla de la temperatura bajo cero a la que estaba a punto de exponerse.

Sin pantalones y sintiendo que las piernas se le ponían de gallina, se dirigió directamente hacia el Duskwalker que veía acurrucado en un rincón.

Sus escalofríos eran violentos y la hacían temblar y tambalearse.

Vio que sus orbes parpadeaban en amarillo justo antes de darle una patada. Era obvio que no estaba profundamente dormido, si es que lo estaba.

—H-Hey t-t-tú, —balbuceó entre dientes castañeantes. —Despierta.

Joder. ¡Qué frío hace aquí fuera! Dobló el brazo que no sujetaba la linterna para poder meterse la mano helada bajo la axila.

—*¿Qué pasa?,* —preguntó él antes de darse un toque en la cara. Entonces sus orbes se volvieron blancos antes de levantar la cabeza. —*¿Ha pasado algo? ¿Por qué estás fuera en mitad de la noche?*

—No tengo leña. Estoy Heland-d-dome.

Faunus se puso inmediatamente a cuatro patas, revelándole que estaba en su forma más animal. Su voz debería haberle delatado, pero había estado demasiado oscuro para ver bien, y ella no estaba prestando atención.

—*Te cortaré un poco más,* —dijo, sus orbes permanecían blancos como de preocupación. —*Te pondrás enferma si te quedas fría.*

—Eso llevará demasiado tiempo, —argumentó ella. —¿Puedes entrar y mantenerme caliente?

Mayumi sabía desde que habían estado limpiando juntos los canalones que él estaba deliciosamente caliente. Había sido capaz de sentir su abrumador calor

corporal incluso a través de sus pantalones de cuero cuando había estado sentada sobre sus hombros.

Faunus dio un paso atrás.

—*¿Entrar a calentarte?* —Bajó la cabeza mientras la torcía ligeramente. —*¿Quieres decir... abrazarte?*

—¿Por favor?, —suplicó. —N-n-no te lo pediría si no fuera en serio.

Claro, había una intención oculta. Podía ser paciente y esperar a que él le consiguiera leña rápidamente, pero le pareció una opción más rápida.

También tenía muchas ganas de acurrucarse con él.

Quería bañarse en su calor, cubrirse con su suave pelaje en la forma en que estaba, abrazarlo mientras aspiraba su delicioso aroma a lima y citronela. Parecía el paraíso.

¿Qué mejor manera de mantenerse caliente?

Menos mal que no ha venido en verano. A ella le encantaba el calor, pero la idea de sudar encima de él no le parecía atractiva ni sexy.

Faunus tardó demasiado en contestar, y sus rodillas no paraban de temblar. Pensó que iba a rechazarla. Justo cuando le dolían los pies, él se adelantó y le golpeó suavemente el hombro con uno de sus cuernos de carnero, el lado bueno.

—*Adentro, humana. Haré lo que me has pedido.* —Volvió a golpearla para darle instrucciones. —*Rápido, antes de que te congeles.*

Mayumi entró corriendo en su casa.

Sacó la manta de la cama mientras él entraba lentamente, teniendo que empujar su gran cuerpo por la puerta mientras se retorcía. Señaló su colchón futón para que se tumbara en él. Era demasiado pequeño para él, pero pensó que era mejor que se tumbara en él, para que ninguna parte de su cuerpo tocara el amargo suelo.

El suelo debajo de la casa estaría frío, haciendo que el piso se sintiera como hielo.

—*¿Cómo quieres que me tumbe?* —preguntó mientras se acercaba e inclinaba la cabeza hacia el futón con sus orbes de un amarillo oscuro.

—E-En una bolita, ¿s-supongo? —preguntó mientras se quitaba la bata y la chaqueta, quedándose sólo en camisa y ropa interior para que él pudiera calentarla más fácilmente.

Faunus se acurrucó con el hombro apoyado en su almohada. Mayumi no dudó en arrastrarse directamente sobre él para tumbarse con la espalda apoyada en sus patas traseras, de modo que quedara frente a él. El calor la envolvía por los tres costados y se echó la manta encima para protegerse aún más.

Mayumi tardó un rato en dejar de temblar y en recuperar la sensibilidad en las extremidades, pero cuando lo hizo, emitió un suspiro de felicidad.

—Gracias. Así está mucho mejor, —dijo con toda su gratitud y un matiz de humor en la voz. —Debería haber conseguido más madera cuando supe que me quedaba poca.

—*¿Por qué no lo hiciste?* —No había sospecha en su tono.

—Me cansé después de hacer el ático y no quería enfrentarme a la tormenta.

La verdad era que... era testaruda como un buey cuando algo la echaba para atrás. Era un defecto que sabía que debía corregir, pero se negaba a hacerlo. Nadie era perfecto, y mientras no hiciera daño a nadie, no veía por qué le importaba tanto cambiar.

Mayumi era consciente de que era una mentalidad testaruda. Prefería llamarse testaruda, ya que era un atributo mucho más positivo.

—*Podrías haberme pedido que lo hiciera.* —Esta vez su voz era más oscura, más grave y tenía un deje de desagrado.

Su voz siempre era pecaminosamente grave y ronca, pero cuando estaba en esta forma más bestial, era criminal para sus sentidos depravados.

Podía contarle un cuento antes de dormir, y ella creía que al final estaría empapada.

Como respuesta, Mayumi se encogió de hombros antes de ponerse de lado. Se acurrucó contra él y se acurrucó descaradamente en su abdomen parcialmente expuesto.

—Tu pelaje es muy suave, —murmuró entre dientes con la energía mermada por el calor. —Y hueles muy bien.

¿Por qué tiene que gustarme todo de él?

Su rostro impío que era como una deidad de la muerte. Sus orbes brillantes girando y más bonitos en la noche. Su sobrecogedora estatura que la hacía sentir realmente pequeña y femenina cuando normalmente se sentía como un

ogro pisoteador. Su cuerpo voluminoso y musculoso que ahora podía sentir como una gran almohada.

Su aroma. Su rica voz. Incluso el sonido de su respiración le producía un cosquilleo en los oídos.

Era demasiado hermoso para mantenerlo oculto en la oscuridad.

—*¿De verdad?* —Había un toque de curiosidad y sorpresa en su tono. Creyó notar que se movía para olerse el brazo, pero ella ya había cerrado los ojos. Se estaba quedando dormida. —*¿Te gusta cómo huelo?,* —preguntó él como si realmente quisiera una confirmación. —*¿Mayumi?*

A pesar del cansancio, podía sentir cómo la excitación ablandaba sus músculos y obligaba a otras partes de ella a hincharse o endurecerse, como el coño y los pezones.

Sólo confirmaba sus preguntas mentalmente cuando pretendía hacerlo verbalmente. Mayumi se desmayó antes de darse cuenta.

CAPITULO 13

Mayumi gimió mientras hundía la cara en el aroma que en ese momento le hacía arder el cuerpo.

Cuando abrió los párpados, supo que estaba tumbada boca abajo en el colchón, sola. Tampoco estaba tan caliente como *él*.

¿Adónde se había ido? Faunus se había ido de su cama.

Se frotó la cara contra su persistente aroma a lima y citronela antes de morder la sábana, deseando desesperadamente probarlo. Sus pezones rozaron el interior de su camisa mientras sus pechos resbalaban contra el colchón al levantar las caderas. Deslizó la mano por su cuerpo.

Apoyada en una mejilla, observó la habitación en penumbra; era tan temprano que acababa de amanecer. Tampoco encontraba a Faunus en su casa.

No creía que le hubiera importado que estuviera allí para ver lo que estaba a punto de hacer.

Sí se dio cuenta de que había un trozo de rama quebrado y extraño en la chimenea y que él se las había arreglado para encenderla. Las llamas eran pequeñas, pero le proporcionaron el calor suficiente para que no temblara.

De todos modos, su piel estaba demasiado enrojecida. Se sentía acalorada e incómoda en su propia carne, y un simple roce en su clítoris palpitante le informaba de que estaba rebosante de humedad.

Mayumi no recordaba lo que había estado soñando, pero no era difícil adivinarlo. Sus cejas se arrugaron de angustia*. Tengo tantas ganas de que me toque.*

Hacía días que no se masturbaba, desde su llegada, para ser exactos. Había sido un ritual diario antes de eso, pero había estado acumulando su propia anticipación con la esperanza de que él la aliviara.

No puedo esperar más. Necesitaba liberarse.

Sin dejar de morder la sábana, Mayumi bajó los dedos y deslizó dos en su interior. Soltó un profundo gemido antes de retirarlos para poder utilizar sus dedos empapados para deslizarse sobre su sensible clítoris con facilidad.

Su visión se fragmentó en dos en el momento en que empezó a rodearlo con una firme presión.

Temblando de necesidad, las entrañas de Mayumi se estremecieron cuando apretó lo justo, haciendo que una de sus piernas patalease antes de apoyarse contra su mano.

Sus dedos son tan largos y gruesos. Apuesto a que se sentirían tan bien dentro de mí. Ella adoraría sostener el dorso de su mano venosa mientras él los bombeaba dentro de ella.

Su lengua era de un suave color violeta. Se preguntó qué sentiría al acariciarle el clítoris o al hundirse en su interior. La de un humano no llegaba muy lejos,

pero imaginó que él sería capaz de alcanzar una profundidad maravillosa con ella.

Joder, Faunus. Mayumi rodó sobre su espalda cuando necesitó más libertad para moverse. *¿Qué tengo que hacer para que juegues conmigo?*

Mayumi bajó la mano que tenía libre hasta su coño y se metió dos dedos dentro de su núcleo palpitante. Luego la subió y dejó al descubierto uno de sus pechos para poder deslizar sus dedos humedecidos contra un pezón dolorido. Se imaginó que era su lengua.

Esta vez su mano derecha se deslizó dentro para poder empezar a bombearla. Su espalda se inclinó y su cabeza se ladeó, un gemido salió de sus labios.

Necesito correrme. Lo deseo con todas mis fuerzas.

Acercó la manta y hundió la cara en ella para poder respirar el embriagador olor que desprendía.

Huele tan bien. ¿Por qué tiene que oler a citronela? ¿Por qué tiene que oler como mi hierba favorita? La habían pillado comiéndola del jardín cuando era más joven. La habían pillado durmiendo en ella.

Era como un maldito gatito maullando a la hierba gatera.

La excitación había estado creciendo dentro de Mayumi desde el momento en que lo vio por primera vez, la noche en que casi le disparó con su flecha. Le dolía ese Duskwalker.

No le importaba por qué. No le importaba que estuviera mal. Era hermoso exactamente como era... con su cráneo impío de Dios del bosque y sus cuernos rizados. Su cuerpo grande, musculoso, ancho y largo, cubierto de piel.

Y esos colmillos y garras. Mayumi se estremeció, con su inminente orgasmo.

Estaba dispuesta a que le clavaran las garras y la mordieran, y no le daba vergüenza devolverle el favor. *¿Le gustaría que le mordiera?*

Le clavaría los dientes para que no pudiera escapar.

Mayumi mordió con más fuerza la manta, con la mandíbula dolorida al sentir la presión de su propio mordisco.

Sólo un poco más, susurró su mente, y su coño se apretó contra sus dedos para prepararse. Sus párpados parpadearon justo cuando estaba a punto, y sus mejillas se sonrojaron. Sus entrañas se apretaron*. Casi... allí.*

Un viento frío le rozó la piel caliente y le puso la carne de gallina.

Que te jodan, maldijo mentalmente cuando vio a través de sus rodillas abiertas que la puerta se había abierto. *No creía que fuera a volver a entrar.*

Porque allí estaba ahora... pillada con las manos en la masa, con los dedos índice y corazón de la mano derecha hundidos hasta los nudillos en su propio coño, mientras con la otra se agarraba el pecho.

En su forma más humanoide, Faunus se había agachado por el marco de la puerta para despejar su altura, sosteniendo varios troncos de madera en los brazos. Cuando la vio, se quedó inmóvil.

Rara vez le veía separar la boca, ya que no la usaba para hablar, pero vio cómo se le caía la mandíbula inferior como si estuviera a punto de desprenderse.

Mayumi tenía dos opciones.

La primera era decirle que se fuera y cubrirse, pero dudaba que pudiera terminar si lo hacía. Sería vergonzoso que la pillaran. También le daría la impresión equivocada de que no le deseaba.

Optó por la segunda opción.

Mordiendo su lengua, Mayumi mantuvo sus ojos firmemente en sus orbes amarillos brillantes, retiró sus dedos... y luego los empujó lentamente hacia adentro.

Sus orbes se transformaron en púrpura brillante tan rápido que ella se estremeció. ¿Significan algo bueno? ¿Es deseo? ¿Lo estaba tentando?

Habían sido de ese color la otra noche cuando había estado desnuda ante él.

Cuando Mayumi rozó su punto más tierno y placentero, una parte de sus inhibiciones murió. Su inseguridad y preocupación se disiparon cuando se clavó con más fuerza en ese punto.

Se estaba masturbando delante de él y el hecho de ser observada la estaba humedeciendo aún más. Ni siquiera le molestó que él se interpusiera en el camino de la puerta que se cerraba y dejaba entrar el aire frío.

Él no se ha ido. No huía, aunque sus dedos se movieran, aunque se estuviera follando con ellos ante sus propios ojos. *Huiría si no quisiera presenciar esto... ¿verdad?*

La falta de carne en su cara hacía imposible saber lo que estaba sintiendo.

—¿Sabes lo que es el sexo, Faunus?, —preguntó ella, con la voz tan entrecortada y áspera que le preocupaba que él no la hubiera oído. Dioses, sonaba tan patéticamente lascivo a sus propios oídos.

—*Sí,* —respondió él con la voz aún más áspera que de costumbre.

Ella respiró entrecortadamente y sus paredes internas se cerraron en torno a sus dedos.

—Entonces, ¿sabes lo que estoy haciendo? —Empezó a mover los dedos un poco más despacio, pero de forma más sensual, haciéndoselo evidente.

Agarró los troncos de sus brazos con más fuerza hasta el punto de que la corteza se desprendió de ellos por sus garras.

—*Sí,* —gruñó aún más hondo, con los orbes cada vez más brillantes.

Ella lo recorrió con la mirada, desde los cuernos enroscados hasta los dedos de las patas y los pies humanos. Se detuvo un instante en su cola enroscada antes de volver a mirar su cráneo felino.

Su corazón se aceleró. Estaba a punto de atreverse y saber si Faunus estaba interesado o no. Estaba cansada de jugar al gato y al ratón, siendo ella la depredadora que la perseguía.

Siempre había sido impaciente, e incluso estos pocos días de espera habían sido... agotadores.

—¿Quieres ayudarme, Faunus? —Mayumi sacó los dedos para que él pudiera ver su coño, ver que estaba húmedo y que lo había estirado un poco. Incluso abrió ligeramente la entrada con las yemas de los dedos. —Me gustaría que lo hicieras.

Faunus dejó *caer* los troncos que sujetaba y repiquetearon contra el suelo al pisarlos. No dudó ni un segundo. Se dirigió directamente hacia ella, casi tropezando con sus pies en su prisa, como si pensara que ella cambiaría de opinión si él no era lo suficientemente rápido.

Ella vio cómo la puerta se cerraba suavemente tras él antes de dedicarle una sonrisa.

CAPITULO 14

Mayumi estaba de espaldas, con las piernas abiertas, los dedos metidos hasta el fondo del coño y pidiéndole a Faunus que se hiciera cargo. Él no conseguía que sus pies se movieran lo bastante rápido, a pesar de cruzar la habitación en apenas unas zancadas largas.

Su corazón nunca había latido tan erráticamente antes, y juró que se aceleró aún más cuando ella le sonrió. Sus labios se curvaban con picardía y el brillo de sus ojos prometía maldades no expresadas.

Y aquellos dedos traviesos seguían moviéndose como si le estuviera haciendo señas para que se acercara introduciéndoselos en su interior.

Incluso si se trataba de un truco o algún tipo de estratagema peligrosa, Faunus sabía que habría hecho cualquier cosa para llegar a ella en ese momento.

Habría recibido una flecha, cualquier espada, o incluso la amenaza del fuego, y Faunus lo habría ignorado. Habría mutilado lo que estuviera en su camino para hacerlo, un humano, un Demonio, otro Duskwalker, una pobre mesa desprevenida.

Como si ella fuera su destrucción, cayó de rodillas ante ella, golpeándose ambas contra la madera antes de colocar sus manos a la altura de los hombros de ella. Atravesó con sus garras el colchón sobre el que ella estaba tumbada.

El aroma en el aire había sido fuerte todo el camino desde la puerta, pero ahora era asfixiante. Faunus empezó a jadear ante ella, separando los colmillos mientras luchaba por respirar estando tan cerca de aquel dulce aroma de excitación.

Con los ojos clavados en sus orbes, se mordió el labio inferior. Por el sonido del chapoteo que se producía entre ellos, él se dio cuenta de que sus dedos habían acelerado el ritmo.

Su cara y su pecho estaban sonrojados. Parecía acalorada, como si estuviera ardiendo por dentro.

Mierda, maldijo cuando sintió que sus tentáculos se retorcían rápidamente para capturar su polla y evitar que saliera. *No creo que pueda hacer esto manteniendo la calma.*

Ya estaba luchando contra su propio cuerpo, y ni siquiera había empezado a tocarla.

Eso no iba a detenerlo.

Ella le estaba ofreciendo algo que siempre había deseado y que nunca creyó posible. Tocaría a esta pequeña humana aunque fuera lo último que hiciera.

A ella se le escapó un gemido no disimulado. Hizo que sus orbes se ennegrecieran momentáneamente para poder saborear aquel melodioso sonido.

Cuando se dio cuenta de que sus dedos habían dejado de moverse y se le escapaban, no pudo contener el gruñido amenazador que brotó de él.

—No pares, —le exigió él.

Ella frunció las cejas. —Pero creía que ibas a tocarme.

Estaba tan excitado por lo que acababa de presenciar que ni siquiera tuvo la decencia de sentirse avergonzado por sus siguientes palabras.

—Nunca he hecho esto antes, —admitió con voz ronca y tensa. —Quiero que me enseñes primero dónde te gusta que te toquen.

—Dijiste que sabías lo que era el sexo, lo que estaba haciendo. —Ella frunció el ceño. —¿Cómo es eso posible si nunca has hecho esto antes?

Incapaz de resistirse a la tentadora criatura que tenía debajo, Faunus levantó una mano para poder pasar el dorso de los dedos y las garras por debajo de su mandíbula. El mero roce era maravilloso. Mientras tanto, soltó una profunda risita.

—Porque llevo años viéndoos probar, tocar y follar.

Cuando ella sintió un escalofrío e inclinó la cabeza hacia un lado, Faunus giró la mano y le pasó la garra índice por el cuello. Esta vez se le puso la piel de gallina mientras ella le lanzaba un pequeño grito.

El hecho de haber sido él quien había provocado un sonido tan maravilloso le hizo sentir un nudo en el estómago.

—¿Así que seré tu primera? —La forma en que lo preguntó, suave y entrecortada, le hizo pensar que podría estar excitada ante esa perspectiva.

—Sí, serás mi primera.

Y la última, pensó.

Porque Faunus sabía que no habría otra hembra para él más allá de Mayumi. Incluso si ella lo convencía de irse, de dejar su autoproclamado deber de protegerla, él la había elegido.

Ella era la novia que él quería - aunque totalmente inalcanzable.

—Joder, Faunus, —carraspeó antes de que su mano empezara a moverse de nuevo.

Bajó la mirada para observarla descaradamente.

Agradeció haberle pedido que continuara porque nunca había estado tan cerca. Había visto lo básico. Había visto a hombres moviendo las manos alrededor del coño de una mujer, pero nunca había visto realmente lo que hacían.

Mayumi le mostró todo.

Le enseñó a acariciar su clítoris, subiendo y bajando y presionando en círculos. Cuando sus dedos volvían a entrar, él notaba que no se limitaba a meter y sacar. A veces se quedaba en el fondo y él notaba, por la articulación de los nudillos, que los movía hacia dentro. A veces juntos, a veces por separado.

—Quería que me tocaras la otra noche.

¿Eso quería? Nunca había estado tan irritado consigo mismo en toda su vida.

—Pensé que tal vez no lo quisieras cuando te fuiste.

—¿Cómo iba a saber que querías esto de mí?, —refunfuñó él en respuesta, sin apartar la vista de sus dedos en movimiento ni de sus pliegues.

—Era bastante obvio, —bromeó ella, sus párpados parpadeando en lo que él pensó que podría ser nerviosismo.

Tenía que darle un poco de margen. ¿Cómo iba a saber que una mujer humana estaba intentando que un macho la tocara? ¿Él, un Duskwalker, nada menos?

Sin embargo, algo le causaba tanta curiosidad que no respondió. El olor que salía de entre sus muslos era fuerte, pero juró que lo tenía delante de la nariz, a milímetros de distancia, lo que debería haber sido imposible.

Con olfateos rápidos, siguió el hilo y llegó a su pecho izquierdo.

Está húmedo. Su pezón izquierdo brillaba cuando él pudo ver que el otro estaba seco, aunque ambos estaban duros. *¿Se... se tocó y luego se cubrió el pecho con él?*

Aunque su intención era esperar a que se corriera para tocarla, no pudo evitar acercarse aún más, girando la cabeza. Luego separó aún más los colmillos y deslizó la lengua por su pequeño pecho.

Lo que tocó su lengua era tangible, un paraíso comestible.

—¡Oh!, —gimió ella, arqueando el pecho como si quisiera que él apretara más fuerte.

Su pelaje se erizó desde el cuello hasta la cola, al igual que sus púas.

Faunus empezó a lamerle el pecho desordenadamente, intentando por todos los medios volver a saborear aquel dulce néctar en su lengua*. Más. Necesito más.*

En lugar de eso, acababa de babearle toda la piel. Podía ver su propia saliva goteando por su costado. Aun así, buscó y rebuscó más con lametones largos y planos.

—Esperaba que tu lengua fuera más áspera, —murmuró.

Él no sabía por qué pensaba eso, pero estaba demasiado absorto en lo que hacía como para responder.

Ahora que por fin había provocado un contacto real, levantó la mano derecha para rodearle la cabeza y el cuello. Le rozó la mejilla con el pulgar antes de acariciarle el hombro, el brazo e incluso el codo puntiagudo y sexy.

Luego él giró la cabeza para acercarse al otro pecho, pero no lo lamió. Había visto a hombres chuparlos para atraer a su mujer. Nunca le había disgustado tanto no tener unos labios con los que jugar.

Comenzó a mordisquearlo cuidadosamente con sus colmillos delanteros más pequeños. Su respiración se entrecortó varias veces, y él se preguntó si a ella le gustaba la agudeza de ellos rozando el capullo plano. Mordió ligeramente alrededor de uno para pellizcarlo.

—Por favor, Fauno. —Mayumi colocó ambas manos a los lados de su cabeza y acarició hacia abajo para poder levantarla. Hizo que su mirada se encontrara con la suya. —Quiero que me toques.

Un lado de su cráneo se había humedecido, y la excitación de ella marcando su rostro hizo que su corazón latiera más deprisa en golpes feroces. Se lamió los colmillos, intentando desesperadamente robarla, saborearla.

—Quiero que te corras.

Ella entrecerró los ojos. —No.

—¿No?, —preguntó él con incredulidad.

Le pasó la mano exploradora por el pecho, de la izquierda a la derecha, acariciándole los dos pezones. La espalda de ella se arqueó bruscamente.

—No esperaba que tus manos fueran tan ásperas.

Pensando que la había hecho daño, la apartó y miró los callos que tenía de andar con las manos la mayor parte de su vida.

Con los labios entreabiertos por la superficialidad de su respiración, le exigió con severidad: —Hazlo otra vez.

Sus orbes destellaron de un amarillo brillante de alegría absoluta, mostrando la profundidad de su deleite antes de volver al púrpura. Empezando por el vientre, le acarició el pecho izquierdo.

Su espalda volvió a inclinarse, y esta vez su cabeza también. Su respiración se entrecortaba como si se la hubiera robado del pecho. No podía creer que hubiera tenido una reacción tan intensa cuando la tocó con la mano.

—¿Por qué no te corres para mí?

Se deslizó hacia abajo, sintiendo su pequeño pezón izquierdo moverse bajo su tacto. También bajó la cabeza para poder acariciar con la lengua el pezón derecho que no estaba acariciando.

Quería verla correrse mientras lo miraba fijamente. Nunca había sido el objeto del deseo de un humano. Ella había sido el centro de muchos de sus propias auto caricias, y él, por una vez, quería ser no la de cualquier humano, sino la de ella.

—Porque ya he pasado bastante tiempo haciéndolo sola, —gimió ella, inclinando la cabeza hacia delante para mirarle, mientras el monstruo la enjaulaba.

Ella se estremeció por completo ante sus diferentes caricias juguetonas.

No hizo falta mucho para convencerlo. No cuando Faunus le lamió el hocico y lo apuntó hacia abajo para que pudiera ver el valle de sus cuerpos separados.

Al verla abierta para él, con unas piernas que no opusieron resistencia cuando él bajó la mano para poder palpar su bonito muslo hacia un lado, supo que quería su lengua en aquellos pliegues brillantes.

—Sólo si me dejas saborearte, Mayumi.

Si ella quería que fuera él quien la hiciera llegar al orgasmo, entonces él no le cedería ni un ápice en esta discusión. La tendría en su lengua. Se moría de ganas.

Lo que había estado en su pecho había sido una provocación, un sabor escaso. Quería atiborrarse de sus jugos como si fueran a saciar su sed para el resto de su vida.

Un trago permanente.

—De acuerdo. Con una condición. —El tono burlón, travieso, casi risueño de su voz le hizo levantar la vista preocupado. —Quiero que te tumbes.

Inclinó ligeramente la cabeza. —¿Por qué?

Por lo que dedujo, él a cuatro patas y ella de espaldas serían mucho más fáciles.

—Quiero sentarme en tu cara.

Faunus se echó hacia atrás y se pasó la mano por el pequeño hocico. —No tengo una cara sobre la cual sentarse, Mayumi.

Era de hueso duro. No sería cómodo.

—Claro que la tienes. —Ella se inclinó y empezó a presionar un lado de su torso. —Y he querido hacerlo desde el primer momento en que lo vi.

¿Desde el primer momento?

Se dejó caer a un lado, confiando en Mayumi y, sinceramente, dándole lo que quisiera si eso significaba que podía saborearla.

Se subió la camisa que llevaba al cuello y se la quitó por la cabeza, quedando completamente desnuda para él.

Faunus no tenía ni idea de lo que se suponía que tenía que hacer cuando ella le pasó la pierna por encima de la cabeza y se sentó a horcajadas sobre su pecho, justo debajo de la garganta. Su espesa cabellera le caía por los

hombros y le enmarcaba la cara cuando puso las manos en el suelo alrededor de él. Sintió el impulso imperioso de tocar aquellas delicadas hebras.

—Veamos hasta dónde se separan esos colmillos tuyos tan grandes y aterradores.

Oh. Comprendió y su polla dio un fuerte tirón detrás de la costura. Estuvo a punto de salirse, pero consiguió apretar los músculos de la ingle a tiempo para evitarlo... por los pelos.

Lo que ella quería decir con sentarse en su cara era sentarse dentro de su boca.

Colocó sus grandes manos sobre los muslos de ella para agarrarlos con fuerza, y luego bajó la mandíbula todo lo que pudo.

Antes de que ella pudiera hacer nada, Faunus ya la estaba levantando sobre sus rodillas. Su hocico era felino, por lo que era más corto que la mayoría de los cráneos de otros Duskwalkers que había visto.

Estaba agradecido por ello.

Aunque sus muslos abrazaban los lados de su cráneo, pudo acomodarse debajo de ella para tener espacio y poder ver, ya que no la metió hasta el fondo.

Dudaba si hacerlo. Sus colmillos eran afilados, y los cuatro más largos significaban que ella corría peligro de ser cortada si no tenía cuidado.

¿Y si la hago sangrar? La angustia luchaba contra su deseo asfixiante. Tengo que tener cuidado. Porque ahora que la fuente de su dulce y excitado aroma

estaba a sólo un toque de su lengua, sabía que nada iba a impedirle probarla por completo.

Mientras giraba ligeramente la cabeza, su lengua giró en el mismo sentido para poder deslizar la parte superior de la misma, donde estaban sus papilas gustativas, desde aquella bonita rajita que ella había abierto para él hasta el duro nódulo de su clítoris encajado dentro de sus pliegues.

—*¡Ngnhh!,* —Gimió él violentamente al sentir el delicioso resbalón que cubría su lengua.

Ella dejó escapar un gemido tembloroso y su mente se quedó en blanco.

Una de sus manos se deslizó hacia el redondo culo de ella para poder agarrarlo, amasarlo, simplemente sujetar la cosa perfecta, mientras la otra se dirigía a su cintura para asegurarse de que no pudiera escapar de él. La atrajo tontamente más adentro de su boca mientras su vista se oscurecía bajo la pura euforia que estaba experimentando con sólo su desastrosa primera incursión.

A Faunus ni siquiera le importó que su polla se hubiera deslizado más allá de su costura hasta la longitud de los tentáculos que lo cobijaban. O que sintiera una pesada y espesa perla de semen extendiéndose en su interior. O que acercarla podría ser peligroso con sus afilados colmillos felinos.

No cuando la bajó al mismo tiempo que penetraba su apretado agujero con toda su lengua para poder inundarla por completo, calentarla por completo y sentirla por completo.

Su mente se derritió bajo ella.

Jooderrr.

Su olor a calabaza le hizo sentirse aturdido hasta el punto de preguntarse si eso era lo que experimentaban los humanos cuando estaban 'borrachos'. Su cuerpo se puso más caliente, su mente tan aturdida que empezó a empujar su lengua sin pensar dentro de su canal apretado y regordete. Sus movimientos eran lánguidos, lamiéndola lentamente.

Su carne se tensó.

Mi lengua está dentro de ella. Y un gemido vigoroso rasguñó su boca, llena de la resbaladiza Mayumi. Joder, *¡mi lengua está dentro de ella!*

Ella apretó con sus pequeñas pero cálidas manos el frío hueso de su cara, y él abrió la vista lo suficiente para ver que ella había echado la cabeza hacia atrás. Ella lanzó un grito inquietante, que hizo que Faunus se estremeciera, perdido bajo ella.

Había sonado dichoso. *A ella le gusta.*

Le costó sacar la lengua de ella por lo profunda que estaba dentro de su boca. Cuando lo hizo, accidentalmente rozó su clítoris.

Su cabeza cayó hacia delante con los labios entreabiertos y los ojos muy abiertos. Se estremeció cuando las manos de ella se movieron contra su cara, acariciando la raja herida. Ella estaba demasiado ocupada gimiendo y moviendo las caderas como si quisieran moverse como para darse cuenta de que él le había cogido la mano y la había colocado en la parte superior del hocico para que se agarrara a ella. También le llevó la otra mano al cuerno de carnero, en su lado bueno.

Le pasó la lengua por los pliegues, deslizándose entre ellos y alrededor. Era desordenado, no había un patrón o una razón para sus movimientos, pero era obvio que ella los disfrutaba por la forma en que su respiración se volvía más aguda con cada uno. Su cuerpo se hundió. Sus muslos se amoldaron alrededor de su cara como si quisieran terminar de partirla.

Él la habría dejado. Habría muerto como un Duskwalker feliz con la cabeza entre sus muslos.

—Voy a correrme, —susurró ella en voz tan baja que incluso a él le costó oírla. —Voy a correrme muy fuerte.

No sin su maldita lengua dentro de ella.

La levantó cuando le resultó difícil volver a introducirla. En cuanto la atravesó con ella, sus paredes internas se cerraron con fuerza.

—*¡Faunus!*

Respondió a su grito con un gruñido cuando el líquido empezó a inundar su boca. Ella se retorció y se estremeció, y él la movió hacia delante y hacia atrás, intentando que ella le regalara más.

Su orgasmo era dulce, tan malditamente ácido, y él quería ahogarse en él. *Mayumi*, gimió él mentalmente debajo de ella.

Faunus tragó saliva cuando el charco que se mezclaba con sus babas casi desbordó la hendidura de su boca. No iba a desperdiciar nada. Era suya para bebérsela.

Más, suplicó en voz baja cuando ella dejó de entrar en sus fauces hambrientas. *Quiero hasta la última gota.*

Parecía que ella quería lo mismo porque empezó a rebotar ligeramente, cabalgando ella misma sobre su lengua, follándole la cara. Cuando se dio cuenta de que había un punto sensible al que ella reaccionaba más, enroscó la lengua en esa dirección.

—Sí. —Ella cerró los ojos y se inclinó hacia delante, apoyándose más firmemente en su cráneo para estabilizarse con sus movimientos. —Justo ahí.

Su rebote arriba y abajo en su lengua se aceleró, y él no podría haber sido más feliz.

Tampoco le importaban sus colmillos.

Si estaba sangrando, él no podía olerlo por encima de su excitación. Si ella estaba sufriendo, no podía sentirlo por encima de su placer.

Y era demasiado para él.

Su polla se hinchó al presenciarlo, al experimentarlo, y ese fue el último golpe que sus tentáculos no pudieron contener. Se extruyó completamente y fue inmediatamente abrasada por la rugosidad de sus pantalones.

No puedo. Sus garras se clavaron en su culo, necesitando que ella lo concentrara mientras él retiraba la otra mano de su cintura. *No puedo soportarlo.*

En principio no iba a tocarse la polla, pero lo necesitaba. ¿Podría algún macho pasar por esto y no tener su polla sacudiéndose salvajemente para llamar la atención? Perdería la cabeza si no aliviaba la palpitación imperante. Ya era un dolor jadeante y necesitado debajo de ella, y cada segundo que pasaba le hacía retorcerse, sus caderas se levantaban con el deseo de empujar algo, cualquier *cosa*.

Faunus estaba acostumbrado a manipular los botones de sus pantalones; los había abierto muchas veces. Fue capaz de desabrochar los tres botones con facilidad acercándose a ellos desde el lateral.

El gemido que soltó al agarrar la vara palpitante, sólida y resbaladiza, fue el más fuerte y agónico que jamás había emitido. Sus caderas trataron de bajar cuando se avivó, y luego se clavó en su agarre, con fuerza.

—Joder, Mayumi, —gruñó, estremeciéndose violentamente bajo ella mientras cabalgaba su lengua, su cara, su maldita mente. —No tienes ni idea de lo que esto me está haciendo.

Sus ojos se abrieron hasta la mitad para poder mirarlo fijamente. Su sonrisa unilateral le hizo palpitar e hincharse, forzando una gota de semen.

—¿Sí? —Ella se quedó en el fondo por un momento y luego se limitó a mover las caderas.

Quiero sentirla hacer eso en mi polla. Tenerla sentada lo más profundo posible y luego jugar con ella rechinando.

Sus caricias se hicieron más cortas para que pudiera girar el puño sobre el borde de la cabeza de su polla, centrándose en la parte más sensible de su eje.

Quiero que me folle la cara otra vez. Nunca antes le había parecido follable, pero aquí estaba, adquiriendo una nueva fantasía mientras la experimentaba por primera vez. Sólo imaginarla haciéndolo de nuevo mientras ella ya lo estaba haciendo lo estaba lanzando aún más profundo.

Faunus soltó otro gemido profundo contra ella, intentando que su puño y su lengua siguieran el mismo ritmo. Hacia atrás cuando acariciaba su polla hacia abajo, y luego hacia delante cuando la subía.

Porque... lo que realmente quería era que ella golpeara su dulce y pequeño coño contra su gran polla hasta que la reclamara para sí.

Ella detuvo sus movimientos.

—Espera...— Empezó a girarse. —¿Estás...?

Mierda. El blanco brilló en sus orbes, y él soltó su maravilloso culo para poder agarrar su mandíbula. La obligó a adelantar la cabeza.

—No lo hagas.

No quería que mirara. Faunus sabía lo que parecía, lo diferente que era. No quería que ella sintiera repulsión por su cuerpo o que se detuviera por ello.

Los humanos no tenían los cuatro largos tentáculos que él tenía en la base de la polla. Por lo general, los humanos los tenían del mismo color que su cuerpo, pero los suyos eran de un morado claro. Los suyos eran lisos, mientras que

Faunus podía sentir en la palma de la mano suaves púas que se extendían por todo el cuerpo. No eran uniformes, sino que salpicaban por todas partes, incluida la cabeza bulbosa y ligeramente puntiaguda.

—Pero quiero verla, —susurró Mayumi, con el coño apretándose alrededor de su lengua como si la excitara la sola idea. —Quiero verte la polla, Faunus.

Sus pulmones se comprimieron y descomprimieron con rapidez, ansiosos, mientras él paseaba la mirada por su rostro, intentando leer su expresión.

Fueron sus manos tranquilizadoras rozando sus colmillos -que estaban presionados contra la parte inferior de su abdomen- antes de recorrer su hocico y todo el camino hasta su frente, lo que le hizo soltarla vacilantemente.

Ella sabía lo que era. Que no era humano, y aquí estaba ella haciéndole esto. Permitiéndole sentir su coño agitando sus frágiles latidos alrededor de su lengua.

Incluso se lo había pedido.

Más lubricante se filtró entre los huecos de sus dedos cuando apretó la polla con más fuerza, justo cuando ella se volvió para mirar.

Las paredes internas de ella se estremecieron y sus jadeos parecieron empeorar. Se quedó mirándolo, examinando aquella parte de él, y le parecieron minutos en lugar de los escasos segundos que realmente fueron.

Intentó evitar que sus tentáculos se retorcieran, pero podía sentir cómo se agitaban con la imperiosa necesidad de moverse, de agarrarse a algo, de ser ellos mismos.

Sólo porque le preocupaba que empezara a secarse, lo que escocía terriblemente, movió la mano hacia abajo y luego hacia arriba, untando su lubricante desde la base hasta la punta. Justo cuando estaba a punto de soltarla para que pudiera ver mejor, Faunus soltó un grito ahogado.

Sus paredes internas se habían cerrado con tanta fuerza que parecía que hubiera intentado chuparle la lengua de su propia boca.

¿Le... le gustaba que haga eso?

Para confirmarlo, volvió a hacerlo. Se apretó la polla con los puños mientras bajaba hasta el saco incrustado en la base de la polla antes de subir. Ni siquiera llegó al borde del pene antes de que ella intentara robarle la lengua de nuevo.

Incluso sintió y oyó el chapoteo de más líquido formándose en ella.

Puede que ella no dijera nada, pero su cuerpo le hablaba. *Lo está disfrutando.* Saber eso, saber que estaba disfrutando viéndole acariciar su propia polla...

¡Al diablo con esto! Ella podía hacer lo que quisiera, pero ahora su cuerpo se estaba sobrecalentando. Nunca había estado tan excitado.

Él jadeó sin aliento cuando empezó a masturbarse la polla con movimientos rápidos y cortos, al tiempo que le rodeaba la cintura con el brazo para mantenerla firme mientras movía la lengua dentro y fuera de ella.

Ella podía mirar todo lo que quisiera, pero él no había terminado de darse un festín.

Su vista se oscureció, incapaz de mantenerla abierta bajo la avalancha de sensaciones que lo rozaban. Su olor, su sabor, su fricción contra su lengua. La

forma en que sus muslos calentaban su frío cráneo o cómo sus sensibles papilas gustativas percibían la textura de su interior. Su puño estaba tenso, apretando hasta la médula, y se encontró empujando inconscientemente dentro de él.

Lo único que era consciente de hacer era envainar las garras cuando sabía que sus movimientos por todas partes hacían que clavara los dedos en su suave piel.

El grito de ella fue el único aviso que tuvo antes de que empezara a correrse. Él respondió con un gruñido agresivo y exigente, retorciendo y moviendo la lengua más deprisa.

No tragó, dejó que sus jugos se asentaran en su boca para poder saborearlos durante más tiempo. Lo único que hizo fue asegurarse de que no se desbordara sorbiendo los restos por su sedienta garganta cubierta de Mayumi.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío! —Oyó sus manos golpear el colchón antes de que ella se inclinara sobre él para mover las caderas hacia delante y hacia atrás. Sus movimientos eran diminutos; él apostaba a que ella sentía sus colmillos clavándose en ella, pero su grito lleno de éxtasis era la canción más hermosa que él había oído jamás. —Métemela. Métemela.

Cuando abrió la vista, justo cuando su orgasmo empezaba a menguar, vio que ella se acurrucaba hacia delante alrededor de su cabeza. Tenía la cara roja como una ampolla, los ojos un poco más húmedos de lo normal y los labios hinchados, rojos y entreabiertos.

La miró a través de un tono morado, lleno de lujuria.

—*Por favor,* —suplicó, con la voz tan rota y ronca que resultaba pecaminosa. Nada debería sonar tan erótico.

Mayumi no parecía un tipo de mujer suplicante. Era mandona, dominante y exigente, pero sus palabras habían sido pronunciadas con una súplica. Aquello le retorció el pensamiento.

—¿Qué quieres que te meta dentro?, —le preguntó, negándose a ceder a su lengua punzante.

Tenía muchas cosas que podía meter en este agujero. Sus dedos, su cola, un candelabro. Ella iba a tener que ser más específica si quería darle alguna indicación.

Él ya le había dicho que nunca había hecho esto, nada de esto, antes.

La sonrisa que le dedicó estaba un poco rota, sólo se levantaba por un lado. —Tu polla.

La estranguló en su puño cuando se hinchó hasta el punto que pensó que amenazaba con correrse.

Nunca creyó haberla oído pronunciar esas palabras. Aunque sólo fuera el calor del momento para ella, a Faunus no le importaba. Había fantaseado con montar a esa mujer durante tanto tiempo que le parecieron eones.

Apartando la boca para no hacerle daño, Mayumi chilló cuando él les dio la vuelta. Su espalda se golpeó contra el colchón, pero no pudo decir ni hacer nada antes de que él le metiera el dedo corazón en el coño.

Eso es lo que quiero. Quiero meterle la polla.

Como su lengua la había estirado, añadió rápidamente su dedo índice, sabiendo que necesitaba prepararla. Era estrecha, pequeña y quebradiza.

Lo que recibió a sus dos dedos fue un apretón.

Soltó su pene para poder sostenerse sobre ella, y bombeó sus dos dedos dentro de ella.

Mayumi abrió los muslos para él, separándolo todo, incluidos los labios de su coño, para ayudarle a llegar más adentro. Estaba empapada tanto por la saliva de él como por su propia excitación, todo hinchado y caliente.

Sus caderas ondulaban, subiendo y bajando al ritmo de sus movimientos. Tenía los ojos cerrados y enterró la cara de lado en la manta antes de morderla. Soltó un dulce grito tras otro, perdida en su placer.

Es tan estrecha, pensó él, girando ligeramente la cabeza mientras la observaba. Luego bajó la mirada cuando intentó separar los dedos para estirarla más.

Ella jadeó y una de sus manos bajó para agarrar el dorso de la suya.

Cuando no pudo separarlos del todo, volvió a intentarlo. Luego intentó introducir un tercero para que encajara en el hueco que había hecho. No pudo.

Faunus gimió, esta vez de consternación, mientras bajaba la cabeza para presionar la frente contra el abdomen de ella. Ella intentaba apretarle los dedos mientras él los movía.

No voy a caber. Deslizó toda la cara contra ella, necesitado. No quepo dentro de ella.

Sus dedos eran largos y gruesos, pero cuando se apoyó en los codos y volvió a agarrar la polla con la mano libre, supo que la circunferencia que sostenía era aún más gruesa.

Retiró los dedos para sustituirlos por la lengua, deseoso de apaciguar su nueva adicción. Movió el puño alrededor de su pene para liberarse, sabiendo que no podría hacerlo dentro de ella.

No puedo follármela. Es demasiado pequeña para mí. O él era demasiado grande para ella. En cualquier caso, era imposible.

—¿Faunus?, —susurró ella cuando él le lamió el clítoris, probablemente preguntándose por qué no intentaba montarla ahora que le había quitado los dedos. —He dicho que te deseo. Que quiero tu polla.

Reacio a mirarla, Faunus cerró la vista. No quería ver la decepción en su cara que podía oír en su voz.

—*No puedo,* —trató de explicar, temblando de anhelo insatisfecho y profundo placer mientras bombeaba su puño. —Sólo... déjame hacerlo así. Déjame saborearte mientras me corro. —Le lamió el clítoris de lado mientras dejaba escapar un gemido cuando su polla se hinchó. Estaba cerca, tan, tan cerca. —Por favor, Mayumi.

Deslizó la mano que le quedaba libre por el costado para poder acariciarle el pecho, deseando rozarle los pezones con sus ásperos callos.

—Correte otra vez por mí, —le suplicó él, separando las rodillas para prepararse para su inminente liberación. Su entrepierna sufrió un espasmo. —Sabes tan bien.

Incluso apartó la lengua un momento para restregar toda la cara contra sus pliegues brillantes y empapados, untándosela por todo el cráneo. Intentaba demostrarle cuánto la adoraba.

No sabía si era su evidente desesperación por ella, la palma de su mano acariciándole los pezones, el hecho de que estuviera de rodillas masturbándose sobre ella, o su lengua, pero uno de ellos, o todos, la llevaron al límite.

Sólo lamió lo suficiente para que dejara de gotear y poder untársela de nuevo en la cara, utilizando el hueso para acariciarla.

Quiero follármela. Ella lo pidió. Ella lo deseaba.

Deslizó el lateral de su cara sobre su montículo púbico y él emitió un gemido estremecedor contra su cadera. El extremo de su cola se curvó en tensión mientras sus tentáculos se enroscaban en sí mismos, queriendo agarrar algo mientras su semilla empezaba a subir.

Quiero hacer mío este coño. Estirarla para que sólo yo pueda tomarla, hacerla suplicar. Hacer que me necesite. *Quiero reclamarla. Quiero llenarla con mi semilla. Yo... nhnn... joder.*

Su temblorosa mandíbula se separó mientras un fuerte gemido brotaba de él, justo cuando su polla se hinchaba y luego se mantenía más gruesa. Tuvo que dejar de mover la mano cuando sus puntas se endurecieron justo antes de que soltara su primer estallido estremecedor y lleno de éxtasis.

Oyó cómo *salpicaba* contra el suelo bajo la fuerza y el volumen de su primera descarga de semen.

Sus caderas jadeaban fuertemente y se agitaban cuando soltó un segundo chorro, luego un tercero. Siguió y siguió mientras Faunus eyaculaba contra el suelo cuando él, en cambio, quería refugiarse en su calor.

Estaba demasiado lejos para rugir, demasiado perdido.

No tenía ni idea de lo que le estaba haciendo. Si estaba aplastando su pequeño cuerpo bajo el peso de su cabeza contra su abdomen. Si su mano estaba suelta o apretada alrededor de su caja torácica.

Si le estaba haciendo daño...

El éxtasis que sentía era demasiado profundo como para pensar en otra cosa que no fuera la forma en que su polla palpitaba y se sacudía. Se estaba corriendo tan fuerte que pensó que iba a vaciar completamente sus bolsas de semen al final.

Cuando terminó de intentar mantenerse firme durante uno de los orgasmos más intensos de toda su vida, no pudo hacer otra cosa que clavarle una de sus garras. Cada pizca de energía le había sido arrebatada durante unos segundos, mientras las réplicas asaltaban extrañas y raras partes de su cuerpo.

La grieta de su cráneo golpeaba con un dolor ligeramente más perceptible de lo habitual por lo fuerte que bombeaba su corazón, pero en general estaba bien.

Por fin levantó la vista y vio que Mayumi estaba inerte contra el colchón. Su pecho subía y bajaba con rapidez, pero parecía que su último orgasmo la había debilitado.

A Faunus no le importó que su polla, cada vez más blanda, aún no hubiera entrado en su costura. Nada en aquel momento le habría impedido coger a Mayumi en brazos, ni siquiera ella. Arrodillado, se sentó sobre las pantorrillas para poder sostener su forma desnuda y lánguida sobre sus muslos abultados y abiertos.

La ternura surgió cuando ella le dejó libremente.

Es demasiado hermosa, demasiado perfecta para ser real.

Le preocupaba que no fuera más que otro de sus sueños. Si lo era, esperaba no despertar nunca.

CAPITULO 15

Faunus sostuvo el ligero peso de Mayumi sólo con su brazo izquierdo, acunándola sobre su antebrazo con la mano extendida bajo ambas nalgas. Sus rodillas dobladas la encerraban presionando contra el pliegue de su ingle y su muslo.

Adoraba que ella se acurrucara contra él y que su aliento suave y caliente le abanicara el abdomen. Tenía las manos sobre el vientre como si estuviera flácida, lo que la hacía parecer dócil.

Debía quitarle la camisa, ya que se la había dejado la última vez con las prisas, pero también le gustaba que tuviera la cara pegada a su pecho desnudo. A ella no parecía importarle el duro hueso de su caja torácica mientras se frotaba contra su largo pelaje negro.

El momento era tranquilo.

Y para él, era felizmente sereno. Sobre todo cuando levantó la mano derecha para rozar con el dorso de sus garras el pómulo de ella.

Llevaba mucho tiempo fantaseando con tener a aquella pequeña Cazadora de Demonios relajada entre sus brazos. Había deseado contemplarla y rozar su pelo con los dedos para intimar con su textura.

Así lo hizo ahora, introduciendo las garras en su pelo para poder saludar cada mechón con los dedos. Eran brillantes, pero también ásperos a su manera. Eso no los hacía menos suaves o tentadores cuando se enredaba en ellos.

Los párpados caídos y medio hundidos de ella se ensancharon para poder mirarle a la cara. Seguía recuperando el aliento, pero cada vez lo hacía menos.

Parece cansada. Había una arruga adicional en las esquinas interiores inferiores de sus ojos.

Faunus sabía que aún era temprano por la tenue luz que se abría paso a través de la oscura capa de nubes.

Nunca estaba despierta tan temprano, y dudaba que hubiera dormido bien desde que se despertó en mitad de la noche. Faunus había querido tocarla entonces, acariciarle la cara mientras dormía, acariciarle el pelo, pero no había querido que lo sorprendieran haciendo algo que ella tal vez no hubiera querido ni consentido.

Después de lo que acababan de hacer juntos, sintió que sus caricias más inocentes pero adoradoras eran aceptables. Eran más vulnerables para él.

Intentaba demostrarle que no sólo deseaba su cuerpo, sino toda ella.

El pequeño maullido que ella emitió cuando las puntas de sus garras recorrieron su nuca fue cautivador. Cuando lo hizo de nuevo, queriendo calmarla, ella le dio otro maullido mientras enterraba más su cara contra él.

La chimenea estaba en pleno apogeo. Se sentía incómodo tan cerca de ella, pero agradecía haber añadido aquel trozo de leña. De lo contrario, su casa seguiría tan fría como el hielo, como cuando había vuelto a salir para cortar un

poco más adecuadamente. No había podido dormir desde que sintió una intensa y molesta necesidad de tocar a la hermosa hembra que lo había estado usando como cama.

Nunca esperó encontrarse dentro con la escena que se desarrollaba ante él, pero estaba agradecido por ello. Se preguntó si algo de esto habría ocurrido hoy si ella se hubiera despertado todavía encima de él.

Había estado sola, haciendo algo que casi siempre había visto hacer a los humanos en privado.

—No creas que no estoy enfadada contigo, —murmuró. Pero inclinó la cabeza hacia delante para que él tuviera más espacio para jugar con su nuca.

—¿Y por qué razón puedes estar enfadada conmigo?, —preguntó él con un deje de humor en la voz.

Si había recordado todo correctamente, ella no sólo había consentido sus caricias, sino que las había pedido. Luego había hecho todo lo posible para que gritara varias veces, obligándola a correrse encima y debajo de su lengua. Por lo que había visto, a veces era una tarea difícil de conseguir para un hombre humano, y cuando lo lograban, la mujer generalmente parecía ser más feliz después.

Cuanto más tiempo jugaba con su cuello, rozando de vez en cuando su pelo con las garras para bailar a lo largo de su cuero cabelludo, más se le caían los ojos.

Incluso dio un pequeño bostezo.

Él sabía que tenía que haber un nivel de profunda confianza para que ella se durmiera así. La acariciaba mientras ella estaba desnuda contra él. Apoyaba todo su peso en un brazo, cobijándola con su cuerpo y dándole su calor.

—No me has dado lo que te pedí, —murmuró ella, con la voz aún más suave que antes. Entonces ella cerró los ojos por completo. —La próxima vez, será mejor que me lo des. O si no....

Antes de que él pudiera responder, ella estaba inconsciente.

Parecía que la falta de sueño y su ajetreada mañana la habían dejado agotada. Empezó a roncar ligeramente contra él con los labios entreabiertos.

Faunus se habría reído si sus palabras no le hubieran pesado.

Debería alegrarse de que hubiera una posibilidad de más. Debería sentirse satisfecho y triunfante de que ella quisiera que su cuerpo se hundiera en el suyo hasta unirse.

Pero no lo estaba. *No cabré.*

Aquellas palabras se estaban convirtiendo en un triste mantra.

Podía intentar caber, pero Faunus conocía la circunferencia de su polla y ahora la estrechez de su canal. No eran compatibles en absoluto.

La romperé si lo intento. Su cola se agitó y sacudió con inquietud contra el suelo de madera.

Aunque le encantaría que ella intentara follárselo hasta matarlo, no estaba dispuesto a causarle un daño grave sólo para poder cumplir sus fantasías.

La rodeó con los brazos y rozó el costado de su mandíbula felina contra ella. Daría cualquier cosa por estar más cerca de ti, Mayumi.

Se apartó y giró la cabeza por encima del hombro para poder mirar por la ventana de la cocina.

¿Hay alguna manera?

Más allá de esta casa y de las tierras del norte pertenecientes a los humanos... si volviera al Velo al que se había prometido no regresar jamás, ¿encontraría la respuesta?

Faunus sabía de al menos otro Duskwalker que tenía una compañera humana que no sólo se había convertido en su novia, sino que le había dado un hijo.

Llevaba suficiente tiempo estudiando a los humanos como para saber que los niños nacían a través del sexo.

Magnar había logrado intimar con su novia.

Por supuesto, Delora, la hembra del Duskwalker cornamenta, era más alta que Mayumi. Magnar no era mucho más grande que Faunus, pero de alguna manera se las habían arreglado para lograrlo.

¿Cómo lo había hecho? Faunus se maldijo por no haber aceptado su oferta de quedarse un poco más para hablar con ellos cuando le habían dado la oportunidad. Podría haber tenido las respuestas que ahora buscaba.

En lugar de eso, se había apresurado a llegar hasta Mayumi, recorriendo una gran distancia para poder verla. Lo único en lo que había pensado en ese momento era en protegerla mientras huía del Velo.

Nunca pensó que necesitaría conocer estas respuestas.

Faunus recostó con cuidado a Mayumi contra su colchón, que estaba completamente seco de cualquier suciedad porque él mismo la había limpiado. Su semilla era un gran charco entre sus rodillas, pero estaba en el suelo justo a los pies de ella.

Con cuidado de no hacer mucho ruido, Faunus encontró un trapo en la encimera de su cocina y limpió el desastre que había salido de su cuerpo. No tenía ni idea de qué hacer con él una vez que había limpiado su semilla, así que simplemente... tiró el paño empapado al fuego para deshacerse de las pruebas.

Luego se acercó a la leña que había cortado y dejado cerca de la puerta. Su pelaje se erizó cuando se agachó para agarrar el primer tronco, el recuerdo de él caminando sobre Mayumi enviando una emoción por todo su cuerpo.

¿Estaba pensando en mí mientras se metía los dedos?

Seguía sin creérselo. No podía creer lo que acababan de hacer y que aún pudiera oler su excitación en toda su cara.

Si pudiera, nunca se lo quitaría. Quería ese olor permanentemente en su cara. Para siempre. Mayumi reclamando eternamente su cráneo felino como suyo. Marcándolo.

Con un estremecimiento mientras su polla se agitaba detrás de su costura, terminó de recoger la madera y la colocó donde la vio apilar otras contra la pared.

No encontró su camisa cuando la buscó, pero cogió su capa del perchero y se la colocó alrededor de los hombros. Se cubrió la cabeza, algo fácil de hacer ya que sus cuernos de carnero se enroscaban a los lados de su cara.

Cuando salió para marcharse, una duda persistente pasó por sus pensamientos*. ¿Y si vuelve a tener frío?*

Se quedó mirando el árbol que había desenterrado antes de la nieve fresca.

Con un resoplido, cogió el hacha que había colocado en su estante de zapatos fuera y comenzó a cortar más. Mucho más. Para unos cuantos días, esperaba. Sobre todo porque Faunus tenía toda la intención de estar fuera tanto tiempo.

Iré al Velo, se dijo mientras cortaba. *Encontraré las respuestas, ya sean alentadoras o desalentadoras.*

No se sentaría aquí a reflexionar. No sabía si tenía suficiente tiempo en este mundo para dudar. Faunus no quería negárselo de nuevo si existía la posibilidad de que pudieran intimar así.

También le preocupaba dejarse llevar por el calor del momento e intentarlo como un idiota.

La lucha de Mayumi por despertarse fue una dura batalla, como solía serlo.

La forma en que su cuerpo palpitaba de satisfacción, pero también de leve dolor, la hizo suspirar satisfecha contra la almohada. Se habría quedado en la cama si la hubieran envuelto el calor, el olor a citronela y la sensación de pelaje, pero se levantó cuando no sintió nada de eso.

No sabía cuánto tiempo llevaba dormida, pero la chimenea se estaba quedando sin calor y el sol se había ido, sumiéndola en la penumbra.

Debería hacerle saber que puede quedarse dentro conmigo. Que podía entrar cuando quisiera.

Mayumi echó a regañadientes un leño fresco al fuego y luego empezó a vestirse. Tenía hambre y sed, y quería encontrar a Faunus.

Hacía tanto tiempo que no dormía tan bien, pensó con una sonrisa curvándole los labios. *Hoy ni siquiera necesito té.*

Tenía los ojos brillantes, la coleta tupida y… estaba contenta.

Mayumi rara vez estaba contenta.

Tampoco me he corrido tanto en... En realidad, creo que nunca había estado tan excitada. Se mordió el labio inferior mientras cogía una pera del estante de la cocina.

Justo cuando estaba a punto de darle un mordisco, apartó la boca para echar la cabeza hacia atrás y reírse. *¡Y su polla!*

Era tan jodidamente rara, y ella deseaba cada parte de ella.

Sólo la había visto desde arriba, pero sabía que era gruesa y tan larga que probablemente sólo cabría un tercio de su interior. No le importaba. Si la llenaban hasta el borde con todo lo que podía aguantar, sabía que suspiraría a su alrededor.

Sin embargo, parecía un poco... grande. Su circunferencia había sido impactante, pero a ella no le importaba un poco de dolor.

Diablos, ella había vivido con dolor. Tenía una fea cicatriz en toda la espalda y otra en el bíceps izquierdo, prueba de los peligros a los que se había enfrentado como Cazadora de Demonios. También tenía una poco profunda en el muslo izquierdo.

Cuando por fin hincó el diente en la pera, los dulces jugos de ésta llenaron su boca tras un claro crujido, sus ojos se inclinaron con humor.

Sin embargo, no esperaba los tentáculos. Realmente no sabía lo que esperaba, pero definitivamente no era eso.

El dorso de los mismos había sido de un suave color morado oscuro, mientras que el interior había sido de un color mucho más claro. Había notado pequeños pinchos en el interior que también cubrían su polla. A pesar de su rareza, tenía una forma fálica similar a la que había visto en los humanos. El tronco era morado, pero tenía la cabeza acampanada como la de un hombre, aunque un poco más puntiaguda de lo normal.

No había conseguido ver su parte inferior, así que se preguntó cómo sería su testículo.

Con suerte, lo averiguaría pronto. Incluso esta noche.

Una vez que bebió un poco de agua, cogió su abrigo de piel del perchero y salió.

La tormenta, por desgracia, seguía. Ignorando el aire gélido, salió al porche. Inmediatamente miró hacia donde Faunus solía acurrucarse en su forma más monstruosa para dormir. No estaba allí.

Lo que sí vio fue una enorme pila de troncos de madera en el porche, detrás de la puerta abierta. Frunció el ceño antes de buscar hasta donde la nieve le permitía ver.

—¿Faunus? —Como no obtuvo respuesta, ni él acudió, volvió a gritar: —¡Faunus!

Nada.

Mayumi observó los troncos antes de caminar hacia el frente de ellos y colocar las manos en las caderas. Sus labios se apretaron con fuerza.

Había mucho allí. Demasiado, si era sincera. Estaban apilados en triángulo contra la pared, a una altura que le llegaba hasta la parte inferior de la caja torácica. Esto era más que el valor de unos pocos días.

—¡Faunus! —Mayumi gritó aún más fuerte, girando la cabeza hacia el claro mientras sus ojos permanecían fijos en los troncos.

Esta vez no esperaba respuesta; sabía que no la iba a obtener. Como había esperado, todo lo que recibió fue silencio.

Él se ha ido.

No tardó mucho en darse cuenta de que no había acudido a la llamada y que había reunido todo aquello para ella. Se estaba asegurando de que no pasara frío mientras él no estaba, o al menos hasta que acabara la tormenta.

Mayumi respiró hondo, profundamente, buscando la calma. Salió agitada.

Tampoco la calmó en absoluto.

Con la planta del pie desnudo y helado, pateó con el talón la pila pulcramente apilada.

—¡Cómo se atreve a irse, joder!

Su lado enfadado y rencoroso quería empezar a tirar los troncos a la nieve, pero su lado lógico le dijo que no lo hiciera. En lugar de eso, los miró rodar y esparcirse por el porche con las manos cerradas en puños apretados.

La ira le hervía en la sangre, haciendo que el calor aflorara a la superficie de su carne. Sabía que se pondría roja de ira.

—¿Cómo se atreve a irse sin despedirse ni decirme si va a volver?, —gruñó para sí. —Ni siquiera me habló.

Simplemente se fue.

Los hombres no me dejan. Yo les dejo a ellos.

Mayumi nunca echó raíces. Siempre prometía cosas bonitas mientras se follaba a un hombre, viendo cómo se quedaba dormido después de que le hubieran vaciado las pelotas, antes de coger sus botas y salir de puntillas por la puerta principal, o por la ventana si era necesario.

Lo mismo ocurría con todas las mujeres que había conquistado.

Ni una sola vez había hecho el paseo de la vergüenza. Siempre se trataba del contoneo silbante y desviado de una mujer satisfecha que consigue lo que quiere antes de desaparecer, casi siempre para no volver.

A veces los volvía a ver y tenía que mantener la incómoda conversación de '¿por qué te fuiste?', pero a menudo conseguía escapar de la conversación con una excusa. Otras veces simplemente se escondía para evitarlos si entraba en su ciudad y los veía por la calle.

Con una exhalación furiosa, Mayumi volvió a entrar y cerró la puerta de un portazo. Sus ojos recorrieron todas las paredes de su casa con la mirada.

No podía creer que un Duskwalker la hubiera embaucado y abandonado sin siquiera darle la cortesía de sentir aquella extraña polla. Ella lo había querido, ¡lo había pedido!

Mayumi se había puesto en bandeja de plata, ¿y así se lo agradecía?

Si vuelve por aquí...

Ese pensamiento la hizo detenerse.

No tenía ni idea de lo que haría si él volvía.

Dijo que estaba aquí para protegerla, y no podía hacerlo estando fuera. ¿Significaba eso que tenía intención de volver?

Mayumi sintió que algo de su ira se enfriaba, pero sólo un poco.

Cuando vuelva...

El impulso de patearle el culo por esto era fuerte, pero si volvía o cuando volviera, que con suerte sería pronto, ¿volvería a tocarla?

Mayumi había pasado toda su vida evitando tocar dos veces a la misma persona. No había querido ser engañosa ni jugar demasiado con los sentimientos de una persona.

Pero... *realmente* quería que ese gran Duskwalker volviera, más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Quería jugar con él hasta que su corazón y su cuerpo estuvieran satisfechos. Tampoco sabía cuánto tardaría. ¿Días, semanas, meses... años?

Mayumi tenía un profundo pozo de lujuria que sólo él podía explotar, un pozo que un humano jamás podría satisfacer. Su deseo se basaba puramente en la curiosidad, en descubrir a una criatura que la mayoría consideraba un monstruo.

¿Sería la primera o la única humana en follarse a un Duskwalker?

Un escalofrío de deseo le recorrió la espalda. Sabía muy bien que era una monsterfucker[2], o una monsterlover... ¿una monster-entusiasta? No sabía cómo llamarlo, ya que era un deseo lujurioso desconocido para la mayoría de la humanidad.

La mayoría no quería saber qué pasaba en la noche, pero ella siempre había encontrado la oscuridad... excitante. La gente solía tener miedo de la oscuridad porque temía no estar sola en ella, y por eso a menudo se encontraba

[2] A person who is sexually attracted to monsters.

mordiéndose el labio ante una sombra o incluso un abrigo de aspecto embrujado.

Sin embargo, Mayumi también estaba muy interesada en conocerle. Quería aprender todo lo que hubiera que saber sobre los Faunus.

De momento, no sabía prácticamente nada.

Quería saber de dónde venía, dónde vivía y qué había estado haciendo toda su vida. Quería saber cuáles eran sus sueños y esperanzas y si eran diferentes de los de un humano.

Finalmente, un suspiro salió de sus labios.

Espero que vuelva.

Intentaría no enfadarse. Realmente lo haría. Le preguntaría adónde había ido y, con suerte, eso le revelaría más cosas sobre él.

Pero mejor que sea pronto. Mayumi nunca había sido una persona paciente.

CAPITULO 16

Faunus se adentró en el bosque del Velo con pasos vacilantes, cuidadosos y calculados.

Intentaba no levantar demasiado la cabeza, esperando ensombrecer el blanco de su cráneo con la capucha de su capa. Estaba oscuro a pesar de ser pleno día, la constante penumbra premonitoria y los inquietantes árboles creaban sombra, pero él sabía que la vista de los demonios era superior a la de los humanos.

Cada ruido le hacía asustarse y redirigir ligeramente su camino para evitar a quienquiera que lo hubiera hecho. Como viajaba a cuatro patas, se agachaba si olía a un Demonio cerca.

Debía evitar ser visto por la única criatura que deseaba evitar a toda costa. Por desgracia, esa persona podía ver todo el Velo a través de su magia y podía aparecer en un abrir y cerrar de ojos.

Nunca quise volver aquí.

Nunca quiso ver la bruma blanca y negra que se mezclaba ni oír el silencio espeluznante de un lugar que temía tener vida. No había bichos, ni pájaros.

En el Velo vivía la muerte, y los cadáveres eran cementerios vivientes en movimiento. Su olor a podredumbre nunca se le escapó.

Había necesitado un solo día y una sola noche de correr a cuatro patas para llegar al borde del Velo, lo que a un humano le habría llevado al menos cuatro, si no cinco. Había dormido en la frontera, sabiendo que necesitaba descansar y recuperarse antes del resto de su traicionero viaje.

Llevaba cinco días caminando por su interior con cautela.

Entrando por el norte del cañón del bosque, había estado avanzando lentamente hacia el sureste todo el tiempo. Evitó por completo el centro, pero caminó tan directo como pudo hacia su destino.

Un destino al que había llegado en ese momento.

Faunus dejó escapar un suspiro de alivio cuando su mano izquierda presionó dentro de la sala verde mágica perteneciente al Duskwalker que planeaba visitar. No había ningún Demonio merodeando a este lado del pabellón, pero los oyó a lo lejos al otro lado.

Imaginó que sólo había unos pocos, ya que era difícil ver la casa y a sus ocupantes a través de los árboles que se balanceaban.

Cuando un Demonio se acercó al lado por el que entraba, levantó los pies y corrió hacia el centro para esconderse vergonzosamente.

Había hecho bien en disipar su aprensión a vagar por el Velo. Su miedo no era infundado, tenía motivos para ser precavido, pero odiaba cómo se sentía. El manto de emociones estaba frío en su pecho y pesaba tanto que era imposible

quitárselo, por mucho que deseara despojarse de él y volver a ser el mismo de siempre, de corazón libre y espíritu cálido.

En medio del bosque había una cabaña de madera. Los árboles que había tan cerca del edificio apenas habían sido talados, como si los que vivían aquí no quisieran ver nunca a los Demonios que acechaban, para fingir que no existían, que no estaban dentro del Velo.

La casa era lo bastante alta como para albergar a alguien más alto que él, por lo menos medio metro, y tenía forma rectangular. En la parte trasera, sabía que había un gran jardín con un manzano cerca. Podía oler levemente todos aquellos olores agradables, y le ayudaban a aliviar sus sentidos. Se sentía más seguro cerca de ellos.

Los largos troncos que formaban esta casa eran bastante nuevos, y el porche estaba casi libre de cualquier tipo de daño meteorológico.

Se detuvo cuando se acercó a la casa y se encontró con dos conjuntos de orbes brillantes que ya estaban frente a él. *Aquí hay otro*. Faunus no era el único Duskwalker de visita.

Un conjunto de orbes verdes seguía siendo de su color. El otro conjunto, que inicialmente había sido azul, se volvió de un rojo amenazador. Los de Faunus seguían siendo amarillos. No se preocupó por el irritable Duskwalker, ya que no pretendía hacerle daño.

Cuando Faunus atravesó los árboles sobre sus manos y patas, el cráneo blanco de lobo y los cuernos de antílope que vio sacaron a la luz de quién se trataba.

Orpheus, gruñó levemente dentro de su mente.

Había sido poco amistoso cuando encontró a Faunus investigando su casa por curiosidad. El macho era muy territorial, como lo había sido Faunus cuando tenía un hogar.

Por desgracia, su propio hogar había sido destruido hacía años. Le había trastornado y provocado que encontrara una residencia en medio del Velo con los Demonios. Una mala elección, de la que se había dado cuenta demasiado tarde.

Faunus miró a Magnar, el Duskwalker con cornamenta y cráneo de zorro que estaba junto a Orpheus. Él, en cambio, había sido un poco más acogedor cuando encontró a Faunus en su territorio.

Tal vez eso fue por lástima ya que había estado corriendo por su vida y había obtenido la grieta en el cráneo no mucho antes.

—Conozco a este Mavka, —dijo Magnar mientras giraba la cabeza hacia Orpheus. —Es del que te hablé, el de los cuernos de carnero.

—Nuestras novias están aquí, —gruñó Orpheus. Dio un paso atrás para situarse más cerca de la casa.

Faunus se detuvo y ladeó la cabeza, girándola profundamente hacia un lado mientras sus orbes brillaban en su color amarillo. *¿Novias? ¿Ambos se han unido a una humana?*

Nunca había sabido que Orpheus había conseguido un alma que conservar y atesorar.

Su curiosidad se desvaneció, dejando a su paso una oscura y pesada jaula alrededor de su corazón. Ambos habían obtenido algo que él nunca podría, y eso hizo que sus orbes destellaran un verde brillante de envidia desenfrenada.

La apagó, como hacía con la mayoría de sus emociones, para que no fuera tan frecuente mantener sus orbes de ese color. En cambio, permanecía en el fondo de su mente como un terrible dolor.

Magnar se acercó a Faunus y sus orbes se volvieron de un amarillo brillante por la curiosidad. Orpheus dio otro paso atrás hacia la casa de forma protectora, acercándose a donde Faunus suponía que estaban sus novias.

—¿Estás seguro de que se puede confiar en él?

—Sí. Confío en él tanto como en ti. —Lo cual, en realidad, podía significar muy poco. Magnar ladeó la cabeza, sin que parecieran importarle las dudas de Orpheus. —Gatito, ¿qué haces aquí? Dijiste que no tenías intención de volver al Velo.

Con un resoplido, un poco irritado por sus sentimientos persistentes y su inquietud por tener que estar aquí, en este bosque abandonado, empezó a cambiar de forma. Cuando la transformación transformó su cuerpo en uno más apropiado para estar de pie, Faunus se levantó sobre sus pies descalzos.

—Yo... tengo algunas preguntas, —respondió Faunus, asegurándose de mantener la vista en la amenaza más cercana: Orpheus.

Se sacudió el cuerpo para librarse de la hojarasca que se le había acumulado una vez que ya no estaba en su forma monstruosa, sobre todo porque estaba sin camisa y no llevaba más que su capa y sus pantalones.

A Faunus nunca le había gustado llevar ropa, pero los Demonios con los que había vivido lo preferían. La única prenda que valoraba era su capa, y eso era porque ocultaba su cráneo.

—Además, —empezó, observando a Orpheus con más atención cuando también se acercó. —Ya no me llamo Gatito. Ahora me llamo Faunus.

Faunus se bajó la capucha para no ser grosero.

Odiaba, despreciaba absolutamente, que los orbes de Orpheus y Magnar destellaran blancos en su dirección. Lo último que quería era compasión por la situación en la que se encontraba.

No había nada que pudiera hacerse para cambiarla o arreglarla, y prefería ignorarla antes que pensar en su perdición.

Faunus sabía que estaba evitando lo que sentía, tal vez de un modo poco saludable, pero lo había aceptado de inmediato. Nunca le habían garantizado que la muerte le sobrevendría, sólo que había muchas probabilidades de que ocurriera.

Podía disfrutar de lo que le quedaba de vida, y si tenía que ver con cierta humana diminuta, estaría encantado.

Al notar que Orpheus parecía bastante tenso, Faunus relajó los músculos. Forzó una risita despreocupada.

—No te preocupes tanto, —le dijo Faunus, con un tono humorístico. —Te pido disculpas por el día que estuve merodeando por tu casa mientras no estabas. Me picó la curiosidad al ver una casa cubierta del olor de los de mi especie.

—Me disculparía por atacarte, pero te lo merecías por estar en mi territorio. —Orpheus se cruzó de brazos y giró la cabeza hacia un lado. —Pero acepto tus disculpas siempre y cuando te mantengas alejado de Reia.

Faunus se burló. —Sigues tan amargado como siempre. Supongo que esta Reia es tu hembra.

Un suave gruñido salió del Duskwalker, y Faunus soltó otra risita. *Parece que es tan territorial con su hembra como con su hogar.*

Sus orbes se iluminaron de amarillo con humor. Volvió la vista hacia Magnar, que ahora tenía la cabeza inclinada hasta el punto de estar casi cabeza abajo. Sólo por la acción, Faunus sabía que a Magnar aún le quedaba un tiempo antes de estar al mismo nivel de desarrollo que él y tal vez Orpheus.

—¿Cómo están Delora y Fyodor? —preguntó Faunus.

Ninguno de los dos Duskwalkers se acercó más de unos metros, lo que demostraba que, aunque agradecían su presencia, no se fiaban realmente de él.

La cabeza de Magnar volvió a su posición erguida. —Delora está bien. Actualmente está dentro con la novia de Orpheus aprendiendo a confeccionar su propio vestido. No tengo ni idea de cómo está Fyodor, pero espero que les vaya bien.

La cabeza de Faunus se echó hacia atrás de repente.

—¿Cómo puedes no saber cómo le va a tu propia cría? —Se encontró mirando alrededor de los dos machos para buscar en el patio al pequeño bebé Mavka con cráneo de conejo. —¿No deberían estar aquí contigo?

Lentamente, observó cómo los orbes de Magnar se tornaban de un azul intenso antes de dejar escapar un notable suspiro. —Se ha ido.

Un gélido estallido le golpeó el pecho, temiéndose lo peor.

No me digas... ¿Lo que le había pasado a Faunus le había pasado a su cría?

—¿Se ha ido?, —preguntó con un nudo en la garganta. Agradeció poder hablar desde su mente y no desde su garganta, ya que no estaba seguro de haber sido capaz siquiera de pronunciar una sola palabra.

—Crecieron de repente, —afirmó Orpheus sacudiendo la cabeza, al ver que Magnar carecía de pensamiento para explayarse al respecto. —Se comieron un ciervo y obtuvieron no sólo los cuernos, sino también la vista. No pudieron quedarse ya que se habían convertido en adultos y deseaban vagar.

—Ya veo, —respondió Faunus mientras ahuecaba la parte inferior de su mandíbula felina. Luego le dio un golpecito en el costado con una antebrazo. —Bueno, eso es decepcionante. Esperaba volver a verlo.

Desde el momento en que Faunus había conocido al pequeño Fyodor, se había mostrado bastante cariñoso con él y excesivamente curioso. Nacido sin género, sin vista o un cuerpo completamente formado, ¿cómo podría Faunus no ser curioso? Así fue como se desarrolló, y le interesaba saberlo todo sobre una época de la que no recordaba nada.

Faunus también quería pasar tiempo con la cría porque sabía que nunca tendría la suya propia. Era algo que deseaba profundamente, pero otra meta inalcanzable para él. *Quiero ofrecer algo más que la muerte. También quiero dar vida.*

—Mencionaste que tenías preguntas, —dijo Magnar, sus orbes cambiando a un color amarillo que indicaba que estaba alegre por esto. —Pero ¿por qué yo?

—No sabía que también tenías una novia, —comentó Faunus, girando el hocico en dirección a Orpheus para indicar que le hablaba a él. —Sabía que intentabas encontrar una entre los muchos humanos que trajiste a tu hogar durante cientos de años. Quizá ambos podáis responder a mis preguntas, sobre todo porque quizá sepas algo más que Magnar.

Los brazos de Orpheus se desplegaron lentamente a medida que la comprensión se apoderaba de él. —Has encontrado a tu propia hembra, una con la que deseas establecer un vínculo.

La jaula alrededor de su corazón se hizo más pequeña, más sofocante y dañina con cada latido dentro de sus apretadas paredes.

—Sí, —respondió, aunque en parte mentía.

Faunus deseaba unirse a Mayumi, pero eso nunca ocurriría. Aunque lo deseara, lo *suplicara*, lo exigiera, Faunus nunca tendría su alma. Ni siquiera podría obtener su amor, ya que no tendría sentido.

Sólo estaría agradecido por lo que podría tener, que era su deseo y compañía.

—¿Mayumi ha decidido no matarte? —Preguntó Magnar, que ya sabía de ella desde la última vez que estuvo aquí.

—No, para mi sorpresa. —Faunus dejó escapar una risita alegre. Se rascó el pecho ante el abrupto calor que brotó en aquella fría jaula que le había estado oprimiendo el corazón. —Parece que le gusto bastante.

Que el espíritu del vacío le ayudara; ¡esperaba que le tuviera cariño! Sobre todo porque estaba inequívocamente enamorado de todo lo que hacía la mandona, exigente y diminuta humana.

Llevaría mil árboles a su casa, cortaría un millón de troncos. Haría todo lo que ella quisiera. Fingía que era una molestia porque le hacía gracia, y esperaba verla nerviosa por ello, pero le había encantado que quisiera su ayuda.

Que le necesitara para algo. Que su presencia fuera aceptada en lugar de despreciada.

Escuchar su nombre en boca de Magnar le hizo inclinar ligeramente la cabeza.

Había sido un accidente que Faunus revelara su nombre a Magnar y a su novia, Delora. Al parecer, había sido lo último que había pronunciado antes de desplomarse tras casi dos días de huida. Mayumi había estado en su mente mientras experimentaba todo tipo de remordimientos.

Pensó que iba a morir y lamentó no haberla visto más, no haber jurado protegerla cuando debería haberlo hecho. De no haberla visto una vez más, de no haber oído su voz aunque no se la dirigiera, de no haber percibido su olor aunque fuera de lejos.

Su mano se estremeció ante el fantasma de haber tocado su piel, como una marca permanente que aún podía sentir.

Su olor se había desvanecido de su cuerpo en los últimos días, pero estaba ahí en su mente, siempre estaría ahí. Había absorbido su esencia y la había entretejido a la fuerza en todo su ser, en cada fibra, en cada célula. Faunus la

había anudado a su esencia interna para que pudiera arruinarlo y mancharlo por completo para sí mismo.

Los orbes de Orpheus volvieron a su color azul natural, mientras que los de Magnar se volvieron verdes y los de Faunus amarillos. Ahora estaban en terreno neutral, y parecía que Orpheus estaba tranquilo sabiendo que Faunus tenía a su propia hembra que tanto anhelaba.

—Te daré todo el conocimiento que pueda, —ofreció Orpheus, girando la cabeza sobre su hombro para mirar la cabaña detrás de ellos. —Entiendo lo difícil que es conseguir un humano y he aprendido que debo compartir lo que sé. No deseo que nadie más sufra como yo.

Faunus ladeó la cabeza.

Aunque hubiera sabido que Orpheus tenía una novia, habría acudido a Magnar, ya que, para empezar, había sido más acogedor. Magnar también le había salvado la vida.

Saber que Orpheus estaba dispuesto a ayudar era sorprendente. No parecía el tipo de Duskwalker que se preocuparía por los problemas de otro, pero tal vez había cambiado con el tiempo. Tenía humanidad, mucha, pero sus interacciones con los humanos no habían sido muy agradables, lo que provocó que su inteligencia emocional se distorsionara.

El mero hecho de venir aquí, a su manera, era degradante para Faunus. El hecho de que Faunus no pudiera navegar por esto por sí mismo era humillante, ya que lo había aprendido todo por sí mismo. Nunca antes había necesitado apoyarse en otro.

Sobre todo, porque había aprendido por las malas que nadie quería ayudarle. Que nadie se preocupaba por él. Que estaba completa, absoluta y dolorosamente solo en este mundo, como todos los de su especie.

Pero si intento aprender esto por mi cuenta, podría herir a Mayumi en el proceso.

Faunus se pasó la palma de la mano por el hocico y por el lado no herido del cráneo, y abrió los colmillos para dejar escapar un profundo suspiro.

—Mayumi es... pequeña, —admitió. Su mano bajó para frotarse la nuca, revelando lo incómodo que se sentía al respecto. Incluso su vista se tornó de un rosa rojizo, tanto por la vergüenza como por el bochorno. —Magnar, tuviste una cría con tu novia. E incluso ahora, puedo oler el persistente olor a sexo en ambos.

Ambos enrojecieron, tal vez enfadados porque eso significaba que él podía oler la excitación de su hembra en ellos. Su muestra de enfado se fue tan rápido como vino, probablemente sabiendo que también significaba que ellos y sus hembras estaban marcados por el cuerpo del otro.

Era obvio, pero quizás comentarlo abiertamente era de mala educación. No le importaban las formalidades.

—¿Cómo? —preguntó Faunus, mirándolos de arriba abajo. —Los humanos son pequeños, y Delora no es mucho más alta que Mayumi.

Ella podría ser mucho más rellenita, pero Delora era pequeña incluso para Faunus. Una humana frágil y quebradiza.

—¿De qué otra forma? —Preguntó Magnar encogiéndose de hombros. —No creo que sea muy diferente entre humanos por lo que me han contado.

—No encajaré, —afirmó Faunus sacudiendo la cabeza. —Ya he tocado, y sé que ella no será capaz de llevarme dentro en absoluto. La romperé si lo hago. Es pequeña por todas partes.

Desde la altura hasta los pechos, pasando por el culo y su canal poco profundo y estrecho, lo único grande de Mayumi era su brillante personalidad. Pero eso no le ayudaba en absoluto a follársela como quería.

Y, querido espíritu del vacío, quería follarla con una fuerza increíble. Quería voltear a esa pequeña hembra hasta que estuviera a su merced, romper su mente en lugar de su cuerpo. Quería verla retorcerse, llorar, suplicar y convertirse en nada más que una cosa entumecida y crispada a la que él penetraba sin pensar.

Luego quería llenar aquel pequeño, estrecho y tembloroso canal y vientre con copiosas cantidades de su semilla hasta que rebosara. Tan rebosante que la cubriera, marcándola con su aroma sexual, mientras su propio cuerpo la bombeaba con excitación. La quería hinchada.

Faunus tuvo que sofocar el violento temblor que recorrió todo su cuerpo.

Tenía preguntas. Tantas preguntas que estaban a punto de brotar de él sin pensar.

No le importaba si apenas conocía a los dos Duskwalkers que tenía delante o si las preguntas que hacía y las respuestas que recibía podían resultar desconcertantes o incómodas para todos ellos.

Mayumi era su prioridad, y si se le escapaba algo, volvería aquí y se lo preguntaría, aunque prefería no hacerlo.

También había algo más que necesitaba saber, algo tan increíblemente importante que quizá fuera la pregunta suprema de todas.

Necesitaba preguntar cómo obtener el alma de Mayumi.

Necesitaba saberlo para que nunca, nunca, se la llevara.

CAPITULO 17

Faunus había esperado un tranquilo paseo a cuatro patas a través del Velo cubierto de niebla.

Había pasado la noche bajo la protección de Magnar, recuperándose para su largo viaje. Se negó a descansar dentro del Velo, agradecido de que los de su especie pudieran sobrevivir días sin descanso si así lo decidían.

Seguía cansándolos, haciéndolos menos eficaces y alertas, pero era mejor mantenerse en movimiento. Si se quedaba dormido, sería vulnerable y más probable que lo encontraran.

Había obtenido todas las respuestas que buscaba e incluso tuvo la oportunidad de saludar de nuevo a Delora. Era amable, le gustaba que fuera tan acogedora con él, pero también era un poco tímida.

Reia, en cambio, le pareció un manojo de caos desde el momento en que la había conocido. No había tenido reparos en acercarse, a pesar de la aversión de Orpheus a que lo hiciera, sólo para hablar con él.

En ese momento, se rió para sus adentros cuando ella puso las manos en las caderas y miró fijamente a Faunus como si no fuera una bestia que podía partirla en dos en un abrir y cerrar de ojos. Era atrevida, y había que admitir

que se había quedado prendado de la mujer de pelo rubio que llevaba una espada a la espalda.

Más de un modo amistoso y platónico que con Mayumi, pero le gustaba que tuviera una mentalidad fuerte. No le cabía duda a Faunus de que Orpheus necesitaba una mujer así, alguien que pusiera su malhumorada cola de venado en su sitio.

Ella es la razón por la que se ha relajado con los demás.

De lo contrario, Faunus podría ver al apenado y solitario Duskwalker escondiéndola en esa cabaña de troncos que tenía cerca de Magnar.

Faunus entendía en gran parte por qué Orpheus se había vuelto como era. No conocía a ningún otro Mavka que se hubiera esforzado tanto por encontrar un compañero sólo para perderlo repetidamente. Había visto la muerte, había sido la causa de ella, y si hubiera llegado a preocuparse por alguno de ellos de la forma en que Faunus se preocupaba por Mayumi, sólo podía imaginar lo protector y destructivo que se habría vuelto.

El dolor era un horrible moldeador de la creciente personalidad de uno, y para un Mavka que aún estaba aprendiendo, aún desarrollando humanidad con los años, se habría encarnado como una parte oscura de él.

Faunus estaba agradecido de que ni él ni Magnar tuvieran que pasar por algo tan desalentador.

Una pequeña parte de él se sentía decepcionado por tener que marcharse. Había disfrutado con Magnar, Orpheus y sus dos novias. Realmente deseaba conocerlos más, saber en quién se habían convertido y las novias que habían

ayudado a que sus conversaciones fueran posibles, pero no deseaba separarse de Mayumi más tiempo del necesario.

Eso si conseguía volver.

En cualquier momento, le preocupaba que la persona a la que deseaba evitar apareciera de repente. Faunus huiría, aunque habría preferido quedarse y luchar.

Antes de la grieta en su cráneo, eso es lo que habría hecho. Ahora podría costarle todo.

Sin embargo, un paseo tranquilo no estaba en el horizonte de Faunus. Lo sabía por los pasos cuádruples que podía oír y los olores del viento que rozaban su camino.

Joder. Aceleró el paso cuando su intención había sido escabullirse del Velo. No importaba. Obviamente, esos pasos perseguían su olor. *Joder. Joder. ¡JODER!*

Faunus se estabilizó y se volvió hacia las dos criaturas que venían hacia él a una velocidad peligrosamente rápida. Eso no le salvó de ser embestido a gran velocidad, uno encima del otro, antes de ser arrojado entre los árboles a una zona lo suficientemente abierta como para dar cabida a sus tres enormes tamaños.

Todo el tiempo, Faunus se rodeó el cráneo con el brazo para protegerlo.

Con un gruñido profundo y retumbante, se volvió hacia ellos con sus orbes rojos. También se fijó la capucha de su capa para ocultar su rostro de cualquiera que pudiera estar mirando a través de la magia para no verle.

—¡Dejadme en paz! **—**Gruñó Faunus, queriendo rugir, pero en lugar de eso mantuvo la voz baja.

Por un momento, las dos criaturas lucharon entre sí como si Faunus siendo el centro de su interés se desvaneció, ya que juguetonamente lucharon y se atacaron.

Faunus sabía que irían a por él en cuanto intentara alejarse.

—Sabía que era el cuerno de carnero, —se rió una carcajada mientras inmovilizaba al otro.

—El del cráneo de gato, —dijo el otro con un resoplido, chasqueando las mandíbulas hacia arriba para liberarse.

Una vez que ambos estuvieron de pie, se volvieron hacia él, revelando dos Duskwalkers en sus monstruosas formas. Faunus dudaba que tuvieran una sola prenda de ropa entre los dos, ni siquiera debajo de sus formas.

Eran Duskwalkers demasiado sociables, pero eso también los hacía totalmente desagradables para todos. También eran excepcionalmente peligrosos.

Uno tenía orbes de color rosa brillante. Su cráneo era el de un murciélago, con cuernos de cabra que se enroscaban hacia arriba y luego hacia atrás sobre su cabeza. Su cuerpo, sin embargo, era una mezcla de pelaje largo y grandes alas emplumadas en la espalda. Esas plumas también bajaban por su columna vertebral antes de convertirse en una cola de ellas.

El otro tenía orbes morados con un cráneo que una vez había pertenecido a un cuervo y el pico a juego. También tenía cuernos de cabra, aunque pequeños y apuntando hacia arriba desde su cabeza. Tenía una mezcla de pelaje corto y

escamas de lagarto. Púas parecidas a las de un lagarto más pequeñas que las de Faunus, recorrían sus brazos, piernas, espalda y bajaban por su larga cola de lagarto.

Era obvio que habían compartido todo lo que habían comido, y Faunus imaginaba que se habían peleado por la mayor parte. Podía imaginarse a los dos jugando al tira y afloja con la comida.

Por lo que Faunus había deducido de las *múltiples* veces que los había visto, siempre estaban juntos. Probablemente eran gemelos.

Estos dos no tenían hogar, por lo que él sabía. Siempre estaban en el Velo, a salvo porque se tenían el uno al otro para luchar contra los Demonios. Una sola unidad que compartía exactamente las mismas necesidades y deseos.

Faunus dio un paso atrás con cautela cuando ambos, al mismo tiempo, se acercaron. El cráneo de cuervo adelantó la mano izquierda, mientras que el cráneo de murciélago adelantó la derecha. Sus meñiques se superpusieron en medio de ellas.

—No quiero jugar, —espetó Faunus, sobre todo cuando se reflejaron el uno en el otro yendo en direcciones opuestas para rodearle.

*—¿Por qué no quiere jugar con nosotros?, —*preguntó el de orbes morados y cráneo de cuervo mientras ladeaba la cabeza hacia el otro.

*—Solía jugar con nosotros, —*respondió el de orbes rosas y cráneo de murciélago. *—¿Tal vez sea un juego nuevo?*

—Gatito siempre nos enseña juegos nuevos, —afirmó el de cráneo de cuervo, llamando la atención de Faunus.

Faunus perdió de vista al otro cuando se puso detrás de él. —Ya no me llamo Gatito, —afirmó.

—*¡Como adivina adivinanza!,* —se rió el de cráneo de murciélago antes de empujar a Faunus por la espalda.

Con un gruñido, Faunus se dio la vuelta y le devolvió el empujón para dejar espacio entre ellos. Sin esperar el empujón, el cráneo de murciélago fue empujado hacia un lado, pero Faunus se encontró con que el otro lo tiraba al suelo.

Faunus emitió un aullido cuando su cabeza se golpeó contra el suelo, lo que hizo que ambos retrocedieran de un salto, sorprendidos. Estaba seguro de que su comportamiento les resultaba extraño.

Faunus había pasado muchas horas jugando con estos dos e inventando nuevos juegos para que jugaran entre ellos. A estos dos Duskwalkers les faltaba mucha humanidad. Eran bastante subdesarrollados, pero a él le gustaba estar con los suyos cuando podía.

Eran los dos que más conocía y confiaba en ellos. Era raro que tuviera recuerdos tan agradables con otros, pero siempre habían sido breves, ya que estos dos perdían fácilmente el interés y su escasa capacidad de atención volvía a vagar por el Velo y su frontera.

Probablemente por eso lo habían perseguido cuando se percataron de su olor. Querían pasar tiempo con él, ya que no era raro que lo hicieran, que Faunus les robara la atención por el momento.

Faunus soltó un pequeño quejido cuando intentaba encontrar sus pies, luchando contra un pequeño mareo.

—*Ha llorado,* —dijo el de cráneo de cuervo, mientras se agachaba.

El de cráneo de murciélago también se agachó. —*Nunca lo había hecho.*

Ignorándolos por el momento, Faunus se paró en tres extremidades y se estabilizó mientras revisaba su cráneo. Al pasar las puntas de los dedos sobre la grieta, y el latido adicional que tenía, supo que la grieta se había extendido, aunque sólo minúsculamente.

El blanco creció en sus orbes antes de volverse hacia ellos.

—¡He dicho que hoy no quiero jugar!, —rugió, con el corazón latiéndole caóticamente en el pecho.

¡Joder! ¡Se habían asegurado de que estuviera más cerca del final!

Como si compartieran el mismo maldito cerebro inútil, sus orbes se enrojecieron al unísono mientras gruñían. Como todos los Mavka, eran rápidos para la ira.

Faunus sabía que se había echado la capucha hacia atrás cuando ambos se dieron cuenta de lo mismo y sus orbes se volvieron blancos.

—*Tiene el cráneo roto,* —dijo el de la calavera de murciélago mientras retrocedía con lo que sólo podía ser incertidumbre.

El de la calavera de cuervo se acercó a su gemelo. Parecía haber necesitado un contacto físico reconfortante entre ellos, ya que apoyó el hombro contra él. *—Esto no está bien.*

Arreglándose la capucha para asegurarse de que le cubría la cara, Faunus no pudo evitar pensar que habían dicho lo obvio.

—Sí, —suspiró Faunus, antes de dar un paso a un lado para poder estar un poco más cerca de la frontera del Velo. A la libertad, a la seguridad. *—Me he roto el cráneo, por eso no puedo jugar, y ahora tú me has herido aún más.*

Sus orbes se volvieron de un azul intenso.

—Lo sentimos.

—No lo sabíamos.

—Nunca desearíamos hacerte daño a propósito.

—Eres amigo.

No sabía quién hablaba, ya que cuando estaban uno al lado del otro, sus voces eran casi idénticas.

Somos más que amigos, pensó Faunus con tristeza. Pero sabía que estos dos no entenderían el concepto de familia, de hermanos y lo que eso significaba.

—Está bien, —respondió Faunus. Aunque estaba hirviendo de rabia, no tenía sentido desquitarse con ellos. Necesitaba salir del Velo antes de que fuera demasiado tarde, y ahora su tiempo con Mayumi se había acortado*. —Debo abandonar el Velo. Ya no es seguro para mí aquí. Dejadme pasar libremente.*

Empezó a marcharse, encontrando que sus pies se movían por sí solos con sólo pensar en su pequeño y ardiente cazador.

Había estado cerca de la frontera, casi había escapado de todo esto. No pudo evitar que sus propios orbes se volvieran de un profundo y lamentable color azul, tan oscuro que ahogaba cualquier tipo de luz. Incluso el lúgubre mundo del Velo parecía más frío, y eso le provocó un escalofrío.

Faunus miró por encima del hombro cuando supo que le seguían por sus pisadas. Sus cabezas se inclinaron en direcciones opuestas, alejándose la una de la otra, cuando se percataron de que les estaba observando.

—*¿Por qué me seguís?,* —preguntó antes de volverse hacia delante. —*Quiero escapar sin ser detectado.*

Si es que no le habían detectado ya por su culpa.

Todo estaba en silencio, y no podía oler a ningún Demonio cerca, pero sus pasos grupales y estruendosos podían oírse. El sonido de las hojas secas y muertas resonaba, al igual que el chasquido de ramas y ramitas bajo sus pesados cuerpos.

No había nieve, como rara vez la había en el Velo, pero el viento era fuerte y frío. ¿Sus olores conjuntos atraerían a los Demonios o harían que se dispersaran?

—*Te seguimos para protegerte.*

—*Estás más seguro con nosotros.*

Una pequeña sensación de tranquilidad le recorrió. Tenían razón. Estaba más seguro con ellos cerca, aunque había intentado hacerlo solo y lo había conseguido durante muchos días.

La vergüenza ocupó el lugar de su desvanecida ansiedad. Era un Duskwalker, un Mavka, algo que la mayoría consideraba una pesadilla. Los humanos le llamaban monstruo grotesco. No debería necesitar su ayuda, no debería necesitar protección.

Todo lo demás debería necesitar protección de él.

—*¿Por qué no... te quedas?,* —preguntó uno de ellos.

—*Quédate con nosotros. Te protegeremos.*

—No, —respondió en voz baja. —Hay un lugar en el que deseo estar

Uno emitió un gemido, mientras el otro decía: —*Pero si mueres, no volverás a jugar con nosotros.*

Por un momento, el blanco brilló en sus orbes. Faunus levantó la vista hacia las copas de los árboles, deseando ver el cielo en lugar de este bosque premonitorio, horrible y olvidado de la mano de Dios.

—*Lo sé,* —respondió en voz baja, odiando la forma en que una frialdad se extendía alrededor de su gran corazón.

CAPITULO 18

Los labios secos de Mayumi se empañaban al respirar, acompañados de gruñidos, mientras blandía el hacha para cortar la rama del árbol que tenía delante. Su pie estaba apoyado en el tronco del árbol, sin hacer nada más que estabilizarla mientras volvía a balancearse.

Thuk. Thuk. Thuk.

Una vez separada la base del tronco, se dedicó a cortar la rama en troncos más ordenados y manejables para la chimenea. También recogió las ramas pequeñas como leña.

El sudor le salpicó la frente y levantó el antebrazo para secárselo con la manga de la chaqueta. Necesitaba recuperar el aliento un momento y se quedó mirando el cielo casi despejado.

Mierda. Faunus era capaz de hacer esto con el hacha más grande en una cuarta parte del tiempo.

Teniendo en cuenta que el cabrón llevaba fuera una semana y media, y que Mayumi sólo necesitaba empezar a cortar su propia leña hacía tres días, estaba agradecida de que hubiera preparado tanto para ella.

Pero al menos no necesito vagar por el bosque para conseguir más.

Sus ojos se inclinaron compadeciéndose de sí misma cuando inspeccionó lo que quedaba.

Esta había sido la última rama. Después de esto, tendría que pasar por la penosa tarea de cortar el tronco de ambos árboles y luego dividir sus grandes secciones en trozos adecuados.

Mayumi crujió el cuello a un lado y luego al otro, antes de echar los hombros hacia atrás. *Al menos esto me mantiene en forma.*

Había pasado gran parte de la última semana y media entrenando, ya fuera corriendo de un lado a otro por el porche, utilizando la puerta como lugar para hacer planchas o haciendo abdominales o flexiones. Sobre todo, porque después de la ventisca de doce horas, la habían tenido encerrada cuatro días durante la tormenta de nieve que la siguió. Se debilitaba en intensidad sólo para crecer en fuerza unas horas más tarde.

La nieve le llegaba a los muslos y la helaba a pesar de llevar puestos sus pantalones de cuero más gruesos.

Mayumi miró hacia el interior del bosque. Debería volver a cazar. La carne fresca le vendría bien, pero también la necesitaba para crear sus cebos para Demonios.

Supuso que Faunus no iba a volver.

Habían pasado casi quince días, después de todo.

Al principio, estaba irritada. Después del cuarto día, se había enfadado. Esa noche, por fin, había sacado su botella de Marianna's Sleeper, había ahogado sus penas y se había despertado aturdida.

Mayumi lo había superado.

Años de disciplina emocional le decían que no debía dejar que sus emociones perduraran o se enconaran, y ella simplemente no le veía sentido. Estaba sola, no le importaba estarlo, y seguiría viviendo su vida como lo había hecho antes.

Una vida de aburrida soledad.

Al menos conseguí cumplir parte de mis fantasías más profundas, pensó, mientras empezaba a recoger sus troncos de madera para llevarlos al interior. *No se puede pedir más.*

Además, ahora disponía de abundante material para masturbarse, aunque no lo había utilizado mucho en la última semana. Cada vez que lo intentaba, le producía una sensación de ardor en el pecho.

Después de colocar los troncos junto a la chimenea, Mayumi recogió sus dos bolsas de viaje y se las ató al torso. Luego se ató la mochila vacía.

Ya había ido al pueblo hacía una semana, después de la tormenta, pero la nieve espesa, fresca y suelta le impedía conseguir toda la comida que quería. Habría sido imposible cargar con todo mientras atravesaba el denso polvo.

Ahora iba a volver, probablemente con tan pocas provisiones. El invierno era implacable y duro, especialmente para los que vivían fuera de las ciudades.

La mayoría no habría corrido el riesgo que ella corrió hoy cortando primero la leña. Habrían ido a la ciudad para asegurarse de volver al anochecer y cortar en la oscuridad si fuera necesario.

Mayumi no tenía esos miedos, o ninguno en realidad. Como Cazadora de Demonios, a menudo viajaba por la noche, donde acechaban las pesadillas.

Siempre había sobrevivido.

Después de comprobar sus amuletos, entró en el claro y luego en el bosque. Pasaron unos cinco minutos antes de que sus oídos se agitaran al oír un sonido alarmante. Alerta y preparada, se descolgó el arco de los hombros y sacó una flecha del carcaj que llevaba a la espalda.

Se dio la vuelta y apuntó con la punta de hierro en la dirección por la que acababa de llegar. La criatura tardó sólo un minuto en aparecer.

—Estás de broma, —murmuró en voz baja antes de soltar una carcajada malévola. —Ha vuelto.

Porque allí estaba Faunus, caminando a cuatro patas en su forma monstruosa, en dirección a ella a través de los árboles. Su paso era rápido, pero él no estaba corriendo, como si supiera que ella no estaba lejos.

Sus profundas huellas lo evidenciarían, si su fresco olor no lo hacía.

A Mayumi no le importaba nadie. Por eso no entendía la vorágine de emociones que la golpeaban en ese momento.

Se *negaba* a conformarse con el alivio. Se negaba a sentir alivio al ver aquel estúpido cráneo felino, o sus cuernos de carnero enroscados, o a que la deshicieran aquellos arremolinados orbes amarillos etéreos, impíamente brillantes.

No, eran las otras, las emociones más negativas en las que se centraba.

Vale, quizá no había superado el hecho de que él se hubiera levantado y marchado, sin decir por qué o si volvería, ¿o a hacer qué? ¿Para volver una semana y media después?

Tiró hacia atrás los dedos enganchados a la cuerda de su arco para tensarla. Su lado rencoroso, furioso, de mujer despechada quería soltarlo directamente en su maldito pecho. El lado lógico le informaba de que eso significaría que tendría que luchar a muerte con él... y, muy probablemente, perder.

¡Maldita sea! Aflojó la tensión que tenía en su arco e inmediatamente se dio la vuelta para seguir yendo hacia el pueblo. Caminaba más rápido que antes. También era menos alerta y desigual. Vale... ¡tal vez estaba pisando fuerte!

Esperaba que él no esperara que de su culo salieran arco iris y sol, porque eso iba a ser exactamente lo contrario de lo que recibiría.

Le hervía la sangre de casi quince días de ira, frustración y decepción por no haber tenido otro objetivo que su propio cuerpo. Había entrenado duro para dispersarlo desde dentro.

Ahora se le aceleraba el pulso y le calentaba las mejillas. El ácido ardiente en su estómago casi se sentía como si fuera a escupir veneno en el momento en que abrió la boca.

El tapón de la botella en la que solía meter sus emociones se había aflojado lo suficiente para que pudiera sentir cómo se desbordaba lentamente. No era nada bueno.

—*¿Mayumi?* —oyó justo detrás de ella, con sus múltiples pasos de patas y manos crujiendo en la nieve ruidosamente. —*¿Adónde vas?*

—Creía que no ibas a volver, —dijo rápidamente intentando no sonar rencorosa a pesar de oír el veneno en su tono.

Intentaba alejar sus emociones, devolverlas al lugar que les correspondía. Apagarlas si podía, ya que nunca le hacían ningún bien.

—*¿Por qué no iba a volver?* —Su voz estaba cargada de confusión. —*Dije que te protegería.*

—¡Ja! —Mayumi sacudió la cabeza y luego trató de controlar su respiración agitada. —No puedes protegerme si no estás aquí, ¿verdad?

—*¿Estás... enfadada conmigo?* —Una vez más, no oyó más que confusión.

—No. No estoy enfadada contigo.

Estaba furiosa. Pero si él no entendía lo que había hecho mal, entonces no tenía sentido desquitarse con él. Se limitó a ponerlo en el cesto de los problemas, como hacía con la mayoría de la gente.

—¿Adónde vas? ¿Al pueblo? Si es así, te acompaño.

Sus ojos se entrecerraron en los árboles y el manto de blanco ante ella hasta donde alcanzaba la vista. Aunque dijera que no, me seguiría de todos modos.

Sus respiraciones eran cada vez más rápidas, la velocidad a la que pisaba fuerte era más agotadora que la más calmada de antes. Se estaba agotando innecesariamente para poner espacio entre ellos. Eso parecía imposible con la forma en que él no sólo le seguía el ritmo con facilidad, sino que se adelantaba para caminar a su lado.

—Voy al puesto avanzado de Colt. Necesito más provisiones.

Pensó en volver a colgarse el arco del hombro, pero le apetecía seguir sujetándolo para poder golpearle con él si intentaba tocarla. Sonrió maliciosamente. Eso dolería.

—*¿Quieres que te lleve a cuestas?* —En su periferia, su cráneo felino la miraba, probablemente para poder evaluarla de frente. —*Será más rápido y fácil para ti.*

Sí, le encantaría. Esperaba poder montarlo como un poderoso semental para ir y volver de la ciudad antes de que él se fuera. Incluso se había frotado las manos mientras cacareaba malvadamente, imaginando agarrar tantas provisiones porque él habría sido capaz de llevarlas por ella.

—No, estoy bien. No necesito tu ayuda. —Mayumi estaba cada vez más agitada por su constante deseo de ayudarla. Se sentía malhumorada, con razón, y su amabilidad ya la estaba poniendo de los nervios. —Sólo... vete, Faunus. No estoy de buen humor.

Él dio unos pasos más rápido y ahora estaba ligeramente delante de ella, facilitando que lo viera cuando ahora no quería. No quería ver su cabeza grande, hermosa y huesuda.

La inclinó hacia ella.

—*¿Ha pasado algo en mi ausencia?*

Mayumi esperó algún tipo de disculpa que normalmente acompañaría a tales palabras. Alguna explicación patética de por qué se había ido.

Nada siguió, incluso después de un lapso de unos pocos latidos del corazón.

—Al diablo con esto, —murmuró para sí misma antes de declarar en voz alta: —¿Sabes qué? Bien, estoy enfadada contigo.

El brillo amarillo de sus orbes se oscureció, tal vez para transmitir curiosidad. —*¿Por qué?*

—¡Porque te fuiste de repente, Faunus! Sin decirme por qué ni cuánto tiempo te irías.

Sus pasos se retrasaron un momento, pero los arrastró para recuperar el paso. —*Pero ahora estoy aquí. ¿Por qué debería importar eso?*

¡Es como hablar con una pared!

Ella sabía que era un Duskwalker, pero él dijo que llevaba mucho tiempo observando a los humanos. Tal vez le estaba dando demasiado crédito, pero pensó que sería un poco más comprensivo que esto.

—Irse justo después de lo que hicimos juntos es lo que la mayoría de la gente llamaría echar un polvo y huir. O un rollo de una noche, si quieres. —Sus mejillas se inflaron de fastidio por tener que explicar esto. —La mayoría de las veces, la persona no vuelve. Además, es una sensación muy desagradable para la persona a la que se ha dejado atrás, y a menudo se siente utilizada.

Mayumi era consciente de que estaba llamando negra a la tetera, de que estaba siendo una hipócrita, ¡pero no podía creer que un puto Duskwalker le hubiera hecho eso! Podía entender a los hombres humanos. Ocurría a menudo. ¿Pero él?

Cuando le había dicho que era la primera vez que hacía algo así, y el hecho de que se hubiera masturbado con ella cabalgando sobre su rostro calavérico, ella había deseado tenerlo en sus manos después de aquello. Tener un Duskwalker curioso, necesitado y cachondo con el que jugar.

No que se despertara sola preguntándose dónde coño se había metido.

Faunus se estremeció ligeramente, y sus orbes se volvieron de un azul intenso.

—*No pretendía hacerte sentir así.* —Se acercó y tuvo el atrevimiento de darle un codazo en el hombro, como si quisiera ser cariñoso. —*Necesitaba ir al Velo para ver a otro de mi especie.*

Mayumi le apartó el brazo y pensó en golpearle con el extremo flexible de su arco. Decidió no hacerlo.

—Eso está muy bien, pero podrías haberme dicho que te ibas.

Su marcha enfadada se aseguró de que siguiera siendo eso, enfadada. La nieve era pesada y difícil de patear, frustrándola aún más. Estaba segura de que, si hubieran empezado a hablar en casa, ya se habría calmado. Pero se estaba moviendo, y eso la estaba volviendo más terca de lo normal.

Ni siquiera me ha pedido perdón todavía. Debería haber sido lo primero que dijera. Sólo la alteraba más.

—Así que, si así es como va a ser, —continuó, con las cejas fruncidas mientras levantaba la barbilla saliente. Las llamas del rencor se hincharon en su pecho y luego salieron de su boca como si fuera un dragón que escupía fuego. —Si te vas a ir así como así y no vas a volver en mucho tiempo, entonces me buscaré a otro con quien follar, ya que parece que no quieres.

Mayumi seguía bastante cabreada por eso. Se había ofrecido a él, con las piernas abiertas y el coño desnudo, y él había preferido correrse contra el suelo. Ese rechazo le había dejado una sensación punzante en el pecho desde entonces... como si no fuera lo bastante buena.

Las palabras que salían de ella ahora no eran la verdad, y ella lo sabía. Pero su ira era como un colador. Inútil excepto para dejar que todo se derramara.

Siempre había sido así para ella, por lo que generalmente trataba de mantener un buen, firme y fuerte control sobre ellos.

Faunus estaba de repente frente a ella, a cuatro patas y bloqueando su camino.
—*¿Perdón?*

Vio un destello verde en sus orbes antes de que volvieran a su amarillo normal. Mayumi se agachó para esquivarle a él y a los árboles que tenía al lado, al tiempo que levantaba más la barbilla. En ese momento, su nariz casi apuntaba hacia el cielo como una princesa presumida; a menudo se burlaba de las mujeres por hacer eso.

—Yo no espero a nadie, —le espetó, lo cual era la pura verdad. —Si vas a ir y venir sin más, entonces me iré andando las pocas horas que tarde en llegar a la ciudad y encontraré a otra persona que me haga compañía. Hay mucha gente en el puesto avanzado de Colt que se sentiría honrada de acostarse conmigo. De hecho, voy a ir allí ahora mismo para hacer precisamente eso.

En parte era mentira. Los hombres encontraban su actitud atrevida sexy en el sentido de 'confianza' o un elemento disuasorio en el sentido de 'soy una puta'. La mayoría lo consideraba lo segundo, y su físico delgado pero musculoso no gritaba que fuera sensual para jugar con ella.

Ellos se lo perdían, porque Mayumi era muy sensual cuando quería. Podía hacer que los hombres se corriesen tan fuerte que se les cruzaban los ojos y sus bocas divagaban patéticamente.

Las mujeres a las que les gustaban las mujeres eran un poco más difíciles de encontrar, y muchas eran como Mayumi: mujeres a las que les gustaban ambos sexos. Era difícil determinar si podía robar a la mujer sentada en el regazo de un hombre o no.

La otra mentira era que ella iba al puesto de avanzada de Colt por esa razón. No era su intención y nunca lo había sido.

Una pequeña parte de ella esperaba que Faunus regresara. Por lo tanto, no estaba muy segura de por qué estaba soltando tonterías que serían perjudiciales para su objetivo de que se quedara.

Tal vez era su necesidad de castigar a la gente, para que no cometieran los mismos errores dos veces. Los errores en el gremio a menudo hacían que la gente perdiera la vida, y como Cazadora de Demonios de alto rango, a menudo era su trabajo imponer esos castigos.

Mayumi dejó de caminar en el momento en que Faunus entró en acción.

Estaba de nuevo frente a ella, bloqueándole el paso, pero esta vez se puso de pie. Aunque seguía en su estado más bestial, que de todas formas lo encorvaba ligeramente hacia delante, se inclinó hacia ella para parecer más amenazador. Especialmente cuando apoyó las manos en los árboles a su lado y gruñó con sus orbes de un peligroso color verde brillante.

—No, **—**gruñó, con el retumbar de su pecho fuerte y estruendoso.

Odiaba que sus malditos pezones se tensaran como reacción.

—¿No?, —rió ella con los ojos arqueados por el humor. —¿Acabas de decirme lo que tengo que hacer?

—No vas a permitir que otro macho te toque.

Sus cejas casi se dispararon hasta la línea del cabello. Mayumi se hizo a un lado para rodearlo, pero él la siguió al instante.

—No me digas lo que tengo que hacer, Faunus. —Se agachó descaradamente por debajo de uno de sus brazos, ya que era jodidamente alto. Fue fácil ya que el espacio entre su cuerpo y el árbol a su izquierda era amplio. —Esto no funciona así. Seguiré haciendo lo que quiera, como he hecho toda mi vida.

Mayumi no recibió ninguna advertencia antes de encontrarse boca abajo en la nieve, con el arco perdido por la sorpresa. La había agarrado por el tobillo y la había hecho tropezar. Luego la volteó y esta vez le agarró todo el antebrazo. Chilló cuando fue arrojada por encima de su hombro con las piernas agitadas.

Empezó a alejarse del puesto avanzado de Colt en dirección a su casa. Vio que se le habían formado pantalones en la parte inferior del cuerpo, lo que significaba que había vuelto a su forma más humanoide para ayudar a cargarla.

—¡Bájame!, —exigió con un grito.

Su respuesta inmediata fue coger su daga, pero Faunus había cubierto sabiamente, por accidente o no, su cinturón de armas con el brazo.

Mayumi empezó a golpearle la espalda con la parte inferior de los puños mientras le pateaba el pecho con las rodillas. Nada detuvo a la gran Duskwalker.

—Si esa es tu intención hoy en esa patética ciudad humana, entonces no tienes permiso para ir a ella, —gruñó, su voz seguía siendo bestial debido a su rabia a pesar de su cambio de forma.

El hecho de que su voz siguiera siendo un bajo reverberante le provocó un escalofrío que le hizo sentir calor en el interior. Incluso lo sintió contra su estómago, presionado sobre su hombro, mientras se irradiaba a través de ella.

Faunus estaba *furioso*. Muy furioso.

CAPITULO 19

Mayumi siguió golpeándole con *fuerza* en la espalda mientras la llevaban de vuelta a su casa. Era como si él no sintiera la fuerza de sus golpes... como si no fueran nada para él.

Podía sentir sus afiladas garras clavándose en su costado desde donde la sujetaba por las caderas, así como en el lado del muslo donde le sujetaba las piernas. Él emitía un gruñido constante.

—¡He dicho que me sueltes!, —gritó ella, retorciéndose contra él.

Las pesadas pisadas de Faunus subieron las escaleras del porche y él retrocedió un paso al chocar con la barrera de sus amuletos. Ella pensó que eso lo detendría, pero no fue así.

En lugar de eso, su gruñido se intensificó mientras la atravesaba, aguantando el dolor que le provocaba llegar al otro lado.

Mayumi nunca cerraba su casa con llave. Si alguien quería entrar mientras ella no estaba, encontraría la forma de hacerlo.

Eso significaba que todo lo que Faunus tenía que hacer era abrir la puerta.

La puso de pie y la empujó hacia su casa a través de la puerta, y luego bloqueó su salida.

Sus orbes eran de un verde aún más brillante que de costumbre, pero todo lo demás en él era amenazador. Su pelaje e incluso sus púas de lagarto estaban erizadas. Estaba hinchado, lo que le hacía parecer una gran y amenazadora bola de pelo. También estaba visiblemente tembloroso.

—Te quedarás, —exigió.

Justo cuando Mayumi se cruzó de brazos y abrió la boca para refutar, Faunus agarró el picaporte y cerró la puerta de un portazo.

Hizo un gesto de dolor cuando oyó un crujido en la puerta o quizá en el marco.

—No puedes retenerme aquí, —gritó a través de la puerta.

Mayumi saltó sorprendida cuando él dio un singular golpe a la puerta con la parte inferior de su gran puño.

—¡Te quedarás, Mayumi!, —rugió. ***—¡No volverás a tomar a otro macho mientras yo esté aquí!***

Sus brazos empezaron a aflojarse. *¿Estaba celoso?*

La mera idea le provocó otro escalofrío, esta vez acompañado de un mordisco en el labio inferior. Si lo estaba, le gustaba que fuera posesivo. No le molestaba todo ese rollo cavernícola de ‘mujer mía, sólo mía’.

De hecho, sus entrañas se revolvieron de alegría y el cosquilleo de sus pezones se hizo más evidente.

Entonces no debería haberme dejado aquí una semana y media después de no darme lo que quería.

También *odiaba* que le dijeran lo que tenía que hacer.

Mayumi hizo lo único que podía hacer. Se dirigió al trastero de su casa, bajó la trampilla del ático y subió por la escalera. Luego empujó la puerta del tejado y se arrastró por encima de su casa.

Supo que la habían oído cuando se deslizó por el lateral del tejado por las caderas a propósito. Se agarró a la barandilla cuando cayó por el borde y vio que Faunus se había apartado de la puerta para mirar exactamente donde ella estaba colgada.

Parecía corpulento y bestial en su porche. Era demasiado grande para ella, una intimidante masa de oscuridad, músculo y cuerpo.

Mayumi lo fulminó con la mirada mientras se soltaba y caía libremente sobre la suave nieve que había bajo ella. La nieve amortiguó su caída. Se puso en pie cuando oyó un rugido de verdad.

Joder. ¿Por qué me excita tanto?

Intentó correr, pero el polvo espeso y suelto se lo impedía. Sólo dio tres pasos antes de que la abordaran por delante.

No tuvo oportunidad de moverse cuando él se tumbó encima de ella y la rodeó con los brazos. La enjauló con su propio cuerpo, le sujetó los brazos a los costados y sólo le dejó un mínimo de libertad para patalear. Notó que estaba caliente, casi como si su cuerpo estuviera lleno de lava. Sus temblores parecían empeorar hasta el punto de estremecerla.

—Nunca huyas de mí, —le advirtió lenta y pausadamente.

Ella soltó un grito ahogado cuando él tiró de ella y se puso en pie. Se enfrentó a la barrera una vez más, con la intención de volver a meterla dentro. Justo cuando abrió la puerta, Mayumi apoyó los pies en el marco para mantenerse fuera de la casa.

No funcionó. Tenía que mover las piernas, o él le rompería las malditas rodillas con sus empujones.

—¡Necesito ir al pueblo!

¡Necesitaba comida y provisiones! Al diablo con lo que dijo antes. Ella realmente tenía cosas que hacer allí hoy.

Los sonidos que empezaban a salir de él eran completa y absolutamente inhumanos. ¿Eran gruñidos, aullidos, ladridos? ¿O tal vez una mezcla de todos los depredadores de los que había oído hablar?

En cualquier caso, Faunus metió a ambos por la puerta. Antes de que ella se diera cuenta, había cruzado la casa y la había empujado contra la mesa del comedor.

La inmovilizó con todo el cuerpo. Una mano golpeaba la superficie de la mesa justo al lado de su cabeza, clavándole las garras, mientras que la otra se *enroscaba* bajo su cuerpo y le envolvía la mandíbula.

—Silencio, —le espetó, y ella se dio cuenta de que le había cerrado la boca a la fuerza para hacerla callar.

Durante un buen rato, se limitó a abrazarla con fuerza.

El calor que desprendía era intenso, pero ahora que había una pausa, ella podía sentir lo fuerte, pesado y rápido que latía su corazón al golpearle el omóplato izquierdo. Intentó zafarse, pero acabó rindiéndose cuando supo que era inútil.

Estaba atrapada debajo de él y, como sólo podía respirar por la nariz, seguía aspirando su embriagador aroma. Sus pulmones se hincharon de placer, sólo para agitar sus respiraciones.

—*Ahora mismo estoy **muy** enfadado.* —Ella se esforzaba por levantar la vista, con la mano de él forzándole la cabeza en cierta dirección. Su cráneo estaba frente a ella, su frente a milímetros de rozar la mesa, y ella contempló el rojo carmesí de sus orbes brillantes*. —No deseo hacerte daño, pero huir de mí me incita a cazar a mi presa. Y Mayumi, **todo** es presa para mí.*

Apoyándose en el codo, levantó la mano libre para desabrocharse el botón de la capa. Ella oyó cómo el material se movía y caía al suelo.

—No vuelvas a huir de mí, sobre todo cuando estoy enfurecido. No siempre controlo mi hambre. Si hubieras ido mucho más lejos, quizá no estarías viva ahora.

Cuando ella intentó girar la cabeza para liberar la mandíbula y hablar, él la apretó aún más. Sentía como si los dientes se le fueran a hacer polvo si él seguía apretando. Su mano abarcó todo su cuello y su mandíbula hasta que sus dedos llegaron detrás de sus orejas.

Los ojos de ella se entrecerraron en una mirada fulminante.

Cuanto más hablaba, más tranquilo parecía estar, pero ella sabía que eso era sólo superficial. Él soltó una risita oscura al ver su expresión, pero su voz por fin había vuelto a la normalidad.

—Estás loca, pequeña cazadora. —Incapaz de jadear, el ruido que salió de ella sonó como un maullido ahogado cuando sintió sus garras pasar por el lado de su cadera, por el lado de la mejilla de su culo y luego por su muslo. —No tienes ni idea de lo que he tenido que aguantar estos últimos días.

Él no necesitó mover el cuerpo para alcanzar sus botas y quitárselas, incluso cuando ella trató de esquivarlo. Un ruido sordo siguió a otro. Luego le quitó todas las bolsas del cuerpo, demostrándole que no iba a razonar con él en su decisión de retenerla aquí.

Entonces su mano se deslizó por debajo de ella. Le arrancó todos los botones de la chaqueta, se la quitó de un tirón y la tiró al suelo. Le desabrochó el cinturón, ya que era fácil hacerlo tirando de la lengüeta hacia un lado, y ella oyó cómo sus múltiples armas repiqueteaban contra el suelo.

—*Sin embargo,* —gruñó. —Ahora que te he probado, que te he hecho correrte sobre mi lengua, que he oído tus dulces gemidos.... —Su coño se estremeció no sólo al recordarlo, sino también al oírle recitarlo. —Si alguna vez tienes la esencia de otro macho sobre ti, me iré y no volveré.

Sus orbes volvieron a transformarse en un verde brillante, y ahora ella sabía con absoluta certeza que indicaban sus celos o su envidia.

Mayumi se quedó completamente inmóvil, con los ojos muy abiertos. Toda su ira se desinfló y trató de sacudir la cabeza. No tuvo espacio para hacerlo.

Faunus la obligó a inclinar la cabeza hacia un lado para poder hundirle el hocico en el pelo. Él exhaló fuertemente mientras separaba sus mandíbulas alrededor de su oreja, haciendo que las hebras de su cabello se erizaran en reacción al calor que la envolvía. La estaba oliendo como si hubiera esperado una eternidad para volver a hacerlo.

—Llevaré el olor de ese macho a mi memoria, y en lugar de protegerte, lo cazaré... Lo buscaré, lo encontraré y lo destruiré. —La risita que soltó esta vez era aún más oscura que antes, llena de amenaza. —¿Crees que los muros de las ciudades pueden mantener a raya a los de mi especie? Elegimos no atacar porque sabemos que masacraremos a todos los que estén dentro de ellas.

Faunus soltó su mano lo suficiente para que ella pudiera hablar.

—¿Lo entiendes?

—Sí.

Antes de que ella pudiera añadir algo más, él volvió a cerrarle la mandíbula.

—Si ya no quieres que te toque, —continuó mientras deslizaba las afiladas puntas de sus garras por debajo de la camisa, justo por encima del culo. Los párpados de ella se agitaron contra su voluntad cuando sintió las palmas callosas y las yemas de los dedos de él deslizándose por la parte baja de su espalda. —Entonces ya no te tocaré, pero permaneceré aquí y te protegeré, como he prometido.

Mayumi no pudo evitar inclinar el torso hacia la mesa, y una pesada exhalación salió por su nariz cuando él volvió a clavar aquellas afiladas garras en su columna vertebral.

Luego éstas se clavaron en la cintura de sus pantalones de cuero, el dorso de sus suaves garras frío contra su carne.

—No creas ni por un momento que no huelo tu creciente excitación, Mayumi. Esperaba volver aquí y tener la libertad de tocarte, —afirmó mientras deslizaba la lengua sobre sus colmillos. —Así que elige bien tu respuesta porque no volveré a preguntar. ¿Me lo permites?

La tensión de su mandíbula volvió a aflojarse.

Ese lado dominante de Faunus le estaba revolviendo las tripas, haciéndola agitarse y temblar. Ya tenía los pezones duros y doloridos mientras los apretaba contra la mesa sobre la que estaba tumbada.

Sus ojos parpadeaban entre los dos brillantes orbes verdes. Su rostro estaba boca abajo mientras apoyaba la frente en la superficie de la mesa.

Ella ya sabía su respuesta, pero estaba aturdida de encontrarse en esta posición, enjaulada por todo su enorme cuerpo mientras le preguntaban esto. Nunca en su vida había esperado ser dominada o estar a merced de otro de esta manera.

Lo adoraba.

—*Sí,* —susurró.

Apretó los ojos al sentir el ardor en la piel cuando él le arrancó los pantalones de un tirón. Le había sujetado la cintura en espera de su respuesta y, por la brisa fresca que sintió en el trasero, también la ropa interior.

A continuación, sus garras se deslizaron por su espalda, pegadas a su carne, antes de girar la mano y cortarle la parte trasera de la camisa. Ésta se abrió y le dejó la espalda desnuda.

El aire frío luchaba contra el calor que emanaba de él, y ella no sabía cuál de las dos cosas la hacía estremecerse.

Mayumi fue recompensada cuando él deslizó la palma callosa de la mano por sus caderas. La deslizó por el costado de su culo, sobre el muslo, casi hasta la rodilla. Ella soltó un jadeo al sentir la áspera sensación de cosquilleo.

Al oírlo, él deslizó las puntas de sus garras por la carne sensible de la parte posterior de sus muslos. Esta vez ella emitió un maullido silencioso, y su espalda se arqueó al sentirse libre para hacerlo cuando él levantó sus caderas de ella.

Faunus bajó para poder lamerle libremente el cuello desde atrás, provocando un temblor y más ruidos suaves. Se le puso la piel de gallina. Su lengua era áspera como cualquier lengua normal, pero grande, larga, plana y húmeda.

Seguía agarrándole la mandíbula, pero sin apretarla. Parecía un agarre más posesivo que controlador.

—Deberías haberme dicho que te ibas, —dijo ella cuando su otra mano la abandonó, dándole unos momentos para ordenar sus pensamientos.

—¿Cómo iba a saberlo?, —rugió él, y su mano subió para deslizarse por su culo. Las manos de ella se cerraron en puños contra la mesa cuando sintió el pulgar de él deslizándose por el exterior de sus pliegues, yendo y viniendo, pero sin llegar a introducirse en el interior de los labios. —No pienso volver a

marcharme. He aprendido todo lo que necesitaba saber de otro de mi especie y pienso quedarme aquí contigo, como te prometí.

Él apartó la mano para poder meterla debajo de ella. La forma en que su palma recorrió su abdomen, haciendo un camino directo, hizo que sus entrañas tuvieran espasmos.

—¿Qué necesitabas aprender?

Después de formular su pregunta, Mayumi se relamió los labios cuando los dedos de él se deslizaron por el vello que cubría su montículo púbico hasta llegar directamente a sus pliegues. Separó los muslos cuando él presionó su clítoris. Empezó a jugar con él de forma parecida a como la había tocado con la lengua.

—Estás muy mojada, —comentó con un tono que destilaba satisfacción. El movimiento circular que hizo hizo que las caderas de ella se movieran en dirección contraria, con la esperanza de ayudarlo. Él hizo lo mismo, y las caderas de ella también. Luego se apartó y bajó para acariciarle la entrada. —Pero estás goteando aquí.

—Faunus, —gimió en voz baja cuando él presionó dentro de ella.

No sabía cuántos dedos le había metido, pero tenía la sensación de que eran al menos del grosor de dos de los suyos. Intentó presionarlo, deseando que la penetrara más a pesar de sentir que ya no podía más. Él se arremolinó para hacer espacio, agitándola.

Su respiración se entrecortó cuando otro dedo la atravesó, estirándole el coño. —Estás muy apretada, Mayumi.

Entonces separó los dedos y ella emitió un sonido de succión debido a lo resbaladiza que estaba. Él relajó los dedos y empezó a empujarlos lentamente, rozando un punto increíble en su interior que hizo que el calor se extendiera por todo su cuerpo.

Cualquier tensión en su interior murió en ese momento. Empezó a sacudirse contra su mano. Él volvió a separar los dedos, sólo para poder introducir otro más.

Mayumi se estremeció, sobre todo cuando pareció que le costaba introducirlo. Sus paredes internas se estiraban mucho más de lo que nunca antes lo habían hecho, y eso la quemaba.

—No tantos, —gimió ella, intentando que su cuerpo se relajara a la fuerza en lugar de tensarse. Sentía como si él intentara meterle toda la mano en el coño.

—Mi polla no cabe dentro de ti. Apenas caben tres de mis dedos.

¡¿Sólo tres?! Ella trató de mirar hacia abajo, pero con su cuerpo presionado contra la mesa no era capaz de ver.

Faunus apretó la punta de su hocico contra su oreja y ella oyó sus profundos resoplidos, los sintió. Sintió un cosquilleo en toda la cara. Entonces jadeó cuando le metió el tercio hasta el fondo.

—¡Espera!, —chilló.

Agradeció que dejara de empujarlos y los metiera dentro de ella. Le escocía. Se sentía demasiado llena.

Joder. ¿Sólo puedo aguantar tres? Y sabía que si él se movía, sólo empezaría a dolerle más. Su coño ya estaba palpitando incómodamente.

La última vez que él la había tocado, ella había estado suave y relajada por un orgasmo. Aún no estaba preparada para aguantar tanto.

—La última vez me pediste la polla, pero ¿cómo se supone que vas a aguantarme así? Yo no soy el problema. Tú eres la que es pequeña, incluso para un humano.

—Sólo necesito adaptarme, —suplicó, más para sí misma que para él. —Quizá si nos tomamos nuestro tiempo, si hacemos esto unas cuantas veces....

Sus párpados se arrugaron cuando se dio cuenta. Podía ajustarse todo lo que quisiera, pero había visto la mano de él agarrando su polla y sabía que si no podía soportar esto, no sería capaz de soportarlo. Había sido enorme, incluso en su propio agarre.

Pero realmente lo quiero dentro de mí.

Quería la extraña polla con tentáculos de Faunus. Quería sentirlo empujando sobre ella, tomándola mientras ella se amoldaba a su cuerpo.

—Aún así no importaría. —Con cuidado, como si supiera que tenía que ir despacio, retiró los dedos de ella. Desenvainó las garras cuando empezó a deslizarlas de nuevo por su montículo púbico y sobre su abdomen. —La razón por la que me fui, Mayumi, es porque quiero hacer esto contigo. Me duele querer estar dentro de tu pequeño y apretado coño. Lo anhelo más de lo que crees, y he ido a hablar con los de mi especie para saber si hay alguna forma.

La mano de él se posó entre las caderas de ella, sus garras clavándose pero sin cortar. Luego, su cuerpo se movió y se inclinó hacia delante. Sus ojos se abrieron de par en par cuando algo duro, imposiblemente grueso y viscoso presionó contra la hormigueante entrada de su coño. Sólo por el tacto, supo que no iba a entrar, pero aun así sintió que él empujaba.

Se mordió el labio, sabiendo que era su polla. Intentó separar más los muslos, saludándolo, pero su cuerpo fue empujado hacia delante en lugar de que él la penetrara.

¿Por qué lo hacía si no era posible?

—¿Y?, —preguntó ella. ¿Obtuvo su respuesta? —¿Hay alguna manera?

Su polla se deslizó hacia arriba. Sus caderas presionaron contra ella y ayudaron a deslizar la parte inferior a través de sus pliegues y todo el camino a través de su raja hasta su trasero. Ella levantó las caderas para restregarse contra él, sintiendo que había un surco profundo en él.

—Sí, pero necesito tu permiso para hacértelo. No sé si es reversible, pero puedo... cambiarte para que me aceptes. Con mi magia, puedo forzar tu cuerpo para que se adapte al mío.

¿Magia? Ella no sabía que él podía hacer magia. *No importaba*. Eso era lo último que tenía en mente y algo que podría preguntar más tarde.

—Sí. Vale, hazlo. —Él emitió un gruñidito de placer que la hizo morderse el interior del labio inferior como reacción. Él se apartó y volvió a presionar la punta contra su entrada, y ella trató de retroceder. Incluso se onduló contra él,

tratando de penetrarse a sí misma. Estaba caliente y duro, e incluso la extraña humedad de su interior se lo pedía. —Dámela.

Él empujó su polla hacia delante justo cuando su respiración se detuvo. Ella sintió el pinchazo de sus garras en la piel entre sus caderas. La había apuñalado.

Las mejillas de Mayumi se estremecieron por el dolor antes de que una magia fría empezara a arremolinarse donde estaba su mano. Su polla empezó a deslizarse en su interior.

Entonces sintió que su cuerpo hacía cosas que estaban mal, pero le sentó tan bien que su lengua cayó hacia delante mientras sus labios se entreabrían.

Sus caderas se ensancharon, cambiando para acomodarse a él en lugar de romperse. Sus paredes internas no sólo se tensaron, sino que se estiraron, pero no de forma incómoda. Fue totalmente indoloro, pero pudo sentir cómo se llenaba de una manera tan increíble que supo que nunca había experimentado nada igual.

La gruesa cabeza se introdujo y el resto del deslizamiento le pareció más fácil. Pero lo que saludó su sensible entrada fueron las pequeñas puntas que le hacían cosquillas cada vez que entraban, dándole una textura maravillosa.

—Oh, Dios mío, —gimió, con el cuerpo temblando y estremeciéndose de felicidad, tanto más cuanto más penetraba. Ella sintió que todo se alejaba para dejarle ir más, y más, y más.

—Buena chica, —ronroneó él, un verdadero ronroneo que vibró contra su espalda. Le lamió la nuca hasta llegar a la oreja antes de deslizar su larga lengua por ella. —Estás recibiendo mi polla tan bien por mí.

Ella podía sentir su abdomen presionando más profundamente contra la mesa al ser empujado desde el interior. Su polla se abría paso. Rozaba su lugar más tierno, cada una de sus púas la rozaba y casi la hacía quedarse bizca.

—Voy a correrme, —gimió ella, con los ojos en blanco poco a poco mientras parpadeaba salvajemente. —Voy a.…

Faunus se echó hacia atrás antes de llegar a colocarse del todo, para poder empujar hacia delante y penetrar un poco más rápido. Aquella extraña forma de estirarse la ayudó, empujando a Mayumi repentina y violentamente hacia el éxtasis.

Lo apretó, lo estrujó, gritando mientras empezaba a correrse alrededor de su polla. Entonces él lo hizo de nuevo. Retrocedió para poder penetrarla más profundamente. Y así una y otra vez, aumentando su orgasmo hasta que ella se retorció debajo de él, intentando ondularse y agitarse.

Entonces él penetró hasta el fondo, con las caderas pegadas al trasero de ella. Ella empujaba frenéticamente sus caderas contra él, incluso cuando sus tentáculos se habían enroscado alrededor de su culo y entre sus muslos para sujetarla con fuerza.

—*Nhn,* —gimió ella con la mejilla deslizándose contra la superficie de la mesa.

—Te has corrido sólo porque te he llenado, —se rió profundamente, burlándose de ella por ello.

Ella estaba demasiado lánguida para responderle una vez que empezó a acomodarse, apenas creyendo que eso era todo lo que había necesitado. También estaba relajada cuando él la tiró de repente de la mesa. Su camisa desgarrada se deslizó de ella y bajó por sus brazos para ser desechada contra él.

Algo fino y largo le rodeó la rodilla. Una breve mirada hacia abajo le dijo que era su cola. Una de las manos de él le rodeó el muslo de la otra pierna. La mantenían apoyada con las piernas separadas mientras él la levantaba, mientras su otra mano permanecía alrededor de su garganta, el antebrazo manteniendo su torso pegado al suyo.

La levantó y les dio la vuelta, caminando sólo unos pasos hasta arrodillarse contra el suelo con las rodillas separadas.

—¿Es esto lo que querías, Mayumi?, —le preguntó, y ella observó cómo la lengua de él salía para lamerse el hocico a través del espejo de cuerpo entero montado en la pared, frente a ellos. —¿La polla de un Duskwalker dentro de tu pequeño coño apretado y hambriento?

A Mayumi se le cortó la respiración cuando se dio cuenta de que podía verlo... todo. Sus tentáculos estaban bien abiertos, pero no le ocultaban nada. Los labios de sus pliegues se abrieron para acogerlo, rosados e hinchados, abrazándose a la base de su vástago morado. Estaba llena hasta los topes.

Tenía los muslos abiertos, con el dorso de los pies apoyado en los muslos peludos de él, lo que revelaba que estaba tan desnudo como ella. Entre el pequeño valle de sus pechos estaba el brazo cubierto de piel de él, que tenía pequeños pinchos como de lagarto recorriéndolo.

Y Mayumi vio que era... diminuta contra él. La parte superior de su cabeza estaba justo debajo de las clavículas de él, por la forma en que su cuerpo se inclinaba para recibir el suyo. Era enorme a su alrededor. Sus musculosos hombros y bíceps sobresalían mucho más que los de ella, y sus muslos eran igual de densos.

Bajó su rostro felino y craneal junto al de ella para poder lamerle la mejilla desde atrás. Aunque sus orbes etéreos y brillantes habían sido antes de un verde intenso, ahora eran morados, mostrando su deseo.

Como ella no le había contestado, él empezó a retirarse lentamente. Fue intencionado. Tenía que serlo por lo mucho que retrocedió, mostrándole cada centímetro que le había dado hasta que ella vio el borde ensanchado de la cabeza de su polla saliendo de ella. Su mayor grosor separó aún más sus labios.

Su cara, ya de por sí rosada por la excitación, adquirió un color más intenso. Viéndole hacer eso, se puso cada vez más cachonda, a pesar de que la humedad natural de su polla la lubricaba en exceso. Ella esperaba que él volviera a entrar con la misma lentitud.

En lugar de eso, él la empujó rápido y con fuerza mientras utilizaba sus tres extremidades para tirar de ella sin piedad. —¿Y bien?

—¡Sí!, —gritó ella, no sólo para responderle, sino para incitarlo. —Deseaba tanto tener tu polla dentro de mí.

Su ronroneo volvió a surgir, y Mayumi se entregó a esto, a él, observando cómo empezaba a dar embestidas profundas y superficiales.

—Más. Fóllame. Dámelo. Por favor, usa mi coño. No me importa cómo.

—Sujétame el cuerno, —le ordenó.

Mayumi levantó ambas manos, pero él apartó la izquierda de un manotazo con la punta del hocico, así que ella no le agarró el lado herido de la cara. Con la derecha le sujetó la curva del cuerno de carnero y con la izquierda le agarró el largo pelaje del hombro y el pecho.

Apoyó la cabeza en él cuando empezó a empujar con rapidez, entrando y saliendo de ella tan deprisa que casi lo perdió de vista. Su mano dejó de sostenerle la garganta, pero sus manos la mantuvieron pegada a él mientras le acariciaba los pechos con su áspera palma.

Su pulgar jugaba con un pezón rígido, moviéndolo arriba y abajo antes de ir al otro. Luego acariciaba ambos pechos con cada parte de la palma, sus garras se deslizaban sobre ella para proporcionarle una sensación aguda pero placentera.

—Gime el nombre que me diste, Mayumi. Dime quién está dentro de ti.

Su cabeza se inclinó mientras sus ojos se desenfocaban, hasta que captaron el lado de algo extraño. Podía ver dónde la había cortado, las pequeñas gotas de sangre, pero sus heridas habían desaparecido como si la hubiera curado al instante. Eso no fue lo que llamó su atención.

No, fue el *bulto* en movimiento que podía ver en su abdomen. Desde dentro, la polla le empujaba la carne hacia delante, y ella sabía exactamente dónde estaba la cabeza mientras se deslizaba hacia delante y hacia atrás, así como

unos centímetros más abajo. Lo veía pasar por delante de su ombligo y, al mismo tiempo, lo sentía chocar allí.

Era demasiado pequeña para él a pesar de que la había cambiado, y su cuerpo hacía lo que podía para acomodarse a su tamaño imposible.

—Faun, —gimió, al tiempo que se sentía girar en espiral mientras lo asimilaba todo a través del espejo. —*Faun.*

—Ese no es mi nombre. —Apoyó su cabeza volviendo a cogerla por debajo de la mandíbula cuando debió darse cuenta de que caía débilmente hacia delante. —¿O es un nuevo nombre para mí?, —rió profundamente. —¿Uno que me darás cuando esté dentro de ti, follándote?

Empezó a golpear más fuerte, más rápido, con la mano en el muslo de ella moviéndola arriba y abajo con sus embestidas. No estaba siendo suave. Era duro, y el calor a su alrededor y dentro de ella la hizo perder la cabeza.

Su aroma a citronela y lima le hizo agitar los párpados. La dejó completamente sin fuerzas, con la mente en blanco.

Su cabeza cayó sobre la palma de la mano de él. No supo cuándo empezó a correrse alrededor de su polla, pero su cuerpo se relajó por completo mientras su coño se tensaba y espasmoneaba, y sus muslos bailaban con sacudidas. Su grito fue tan fuerte que enmudeció, sus pulmones agarrotados por la fuerza arrolladora de su orgasmo.

Estaba consiguiendo lo que necesitaba, lo que *siempre* había deseado. Que algo inhumano, fuerte y salvaje la penetrara de golpe. Nunca se había sentido

tan excitada, y se encendió aún más cuando vio que su lechoso semen empezaba a gotear a través de sus sacos incrustados.

Algunas gotas cayeron al suelo.

—Eso es, sigue viendo cómo te follo. Eso es, pequeña humana, —gimió mientras giraba la cabeza hacia el techo. —Correte a mi alrededor, para mi. —Él dio un fuerte estremecimiento, uno que la hizo sacudirse en su abrazo. —Joder, qué bien se siente, qué bien huele. —Sus mandíbulas se entreabrieron mientras jadeaba con la lengua asomando entre sus colmillos en cada exhalación. —Casi puedo saborearlo.

La mujer que le devolvía la mirada desde el espejo parecía tan perdida que apenas la registró como ella misma. Era una persona necesitada, con expresión aturdida y ojos nublados.

Mayumi no podía dejar de mirarla... y a él. Era tan condenadamente erótico, y sabía que nunca olvidaría este momento. Quedaría para siempre lascivamente grabado en su cerebro.

—Fauno, —gimió sin remedio, deseando poder pronunciar su nombre por completo. Ya no era capaz de pronunciar más que una sola sílaba.

Cuando bajó la cabeza, él la agarró con más fuerza por los muslos. Apartó la mano de su mandíbula, dejando caer lentamente su barbilla, mientras le acariciaba el coño y su polla se movía dentro y fuera de ella.

—Voy a correrme dentro de ti. —Sus palabras empezaron como un gruñido, pero terminaron como un gemido. Su polla se hinchó dentro de ella, haciéndola sentir aún más llena. —Voy a llenar este coño con mi semilla, lo reclamaré con

mi aroma. —Sus cejas se fruncieron, mostrando su única resistencia a esto. Pareciendo percibirlo, añadió: —No te preocupes, no puedo dejarte embarazada. Pero tendrás mi esencia dentro de ti, Mayumi. Quiero que tu cuerpo trague todo lo que pueda y lo retenga para mí.

Con sus preocupaciones aliviadas, los labios de Mayumi se curvaron ligeramente. Jadeando ante su reflejo, susurró: —Sí. Hazlo.

Quería sentirlo, lo necesitaba.

Su polla volvió a engrosarse y sus embestidas se volvieron más caóticas. Mayumi rebotaba sobre su eje, todo su cuerpo en movimiento para asegurarse de que él perseguía egoístamente su propia euforia. Podía sentir su inminente liberación por lo mucho que empezaba a palpitar dentro de ella, casi como un aleteo.

Había nerviosismo en sus movimientos, que se hacían aún más evidentes por sus gemidos fuertes y no disimulados. Su brazo subió para sujetarla por el torso y apretarle el hombro.

—He esperado tanto por esto, —gruñó contra el costado de la cara de ella.

Yo también, pensó ella.

—Para follarte, llenarte. Para... estar dentro de ti. —Entonces se detuvo, su cuerpo se tensó alrededor de ella mientras sus garras se clavaban. Él se curvó un poco hacia delante justo cuando ella vio cómo su polla se engrosaba y sus sacos incrustados se levantaban en su interior y se mantenían así contra la base de él. Él temblaba, aferrándose a ella como si le fuera la vida en ello, mientras roncaba: —*Joder*, Mayumi.

Mayumi jadeó justo cuando él dejó escapar un gemido quejumbroso.

—¿Qué está pasando?, —gritó cuando sintió algo... afilado y punzante en su interior. Intentó levantar las caderas, pero él la sujetó.

—¡No te muevas!, —gritó sofocado antes de soltar un rugido estruendoso mientras levantaba el hocico hacia el techo. Sus tentáculos se tensaron alrededor de sus caderas hasta el punto de que ella pensó que podrían magullarla.

Calor, tanto calor, empezó a salpicar dentro de su canal que ella se apretó por ello. Su eyaculación fue rápida, rápidos chorros que la llenaron tan deprisa que apenas tuvo tiempo de notarlo.

Sus labios se abrieron aún más cuando vio que su semilla empezaba a brotar de ella, chorreando por la base de él y contra el suelo.

Fue tan intenso que sintió espasmos a su alrededor. Su grito se mezcló con el de él. Joder, nunca había sentido nada igual. Intentaba llevarla al límite. Había tanto, tan húmedo y caliente. Y, de alguna manera, aquella punzada aguda en varias zonas la hacía aún más sensible.

Estaba tan cerca, justo en el peligroso límite del éxtasis. Intentó rebotar sin importarle lo que él dijera. Siguió apretándolo, lo que sólo pareció hacer que se estremeciera aún más. Sus garras se clavaron más, justo cuando los dedos de ella se curvaron.

Ella no se corrió, pero aún así fue fenomenal.

Cuando terminó, su hocico cayó sobre la cabeza de ella con los colmillos entreabiertos. Ambos jadeaban ante sus reflejos. Todo su cuerpo temblaba

mientras su pecho se agitaba, y vio cómo su estómago se hundía alrededor de aquel bulto al exhalar, haciéndolo más perceptible hasta que volvió a inspirar para recuperar el aliento.

Empujó un poco más hondo para desalojar lo que fuera que había hecho dentro de ella.

—¿Qué ha sido eso, Faunus?, —preguntó entre rápidos resoplidos.

—Siempre pasa cuando me corro, —respondió él con un gemido, una réplica que lo sacudió mientras le acariciaba la parte superior de la cabeza con la mandíbula. —No sé cómo se llaman. ¿Púas? ¿Espinas? Pero se endurecen y se afilan. No quería que te movieras porque ya me habían lastimado las manos antes. Sabía que te desgarraría.

Mayumi movió ligeramente la cabeza de un lado a otro, incrédula. ¿Púas? ¿Qué demonios? No podía creer que las púas de su polla se convirtieran en pinchos.

Se había quedado clavado dentro de ella cuando se corrió.

No estaba disgustada por ello. En absoluto. De hecho, le gustaba que él tuviera esta extraña función, sólo... le añadía extrañeza.

Sus pensamientos se silenciaron cuando él empezó a levantarla mientras tiraba hacia atrás. Ella maulló como reacción, un poco dolorida y sensible por sus embestidas.

Su polla se inclinó hacia delante cuando se separó de ella, ya no era una vara dura que sobresalía hacia arriba, y sus tentáculos se volvieron flácidos. El

semen blanco brotó de ella directamente sobre él antes de unirse al charco que se había acumulado entre sus rodillas contra el suelo.

Faunus inclinó la cabeza junto a la de ella y la giró mientras estiraba la mano hacia abajo. Utilizó sus garras y las puntas de sus dedos para apartar los labios de su coño y poder ver lo que había hecho dentro de ella, ver cómo la había cambiado. Echó un pequeño vistazo y vio que estaba dilatada y llena de su semilla. Su entrada ya no estaba apretada.

Sus orbes emitieron un destello amarillo de alegría, antes de levantar la cabeza para mirarla a través del reflejo. Sus orbes cambiaron a un verde oscuro, y ella se habría preguntado qué significaban si no fuera por sus siguientes palabras.

—Mía, —le gruñó posesivamente.

Le estaba diciendo que la había reclamado, que era suya.

Ella lo habría negado si no fuera cierto. Ningún humano iba a volver a caber allí, así que ella esperaba que él pensara quedarse porque iba a necesitarlo.

Su polla reaccionó con una sacudida, como si fuera a volver a endurecerse, cuando ella apretó y un poco más de semilla salió de su interior. Le agarró la cara, girándola junto con su cuerpo hacia él.

—Dime que es mío, Mayumi, —gruñó.

Al verse obligada a mirar de cerca su cráneo felino, Mayumi se sintió engullida por el verde oscuro de sus bonitos orbes brillantes.

—Tuyos, —afirmó, justo antes de inclinarse hacia delante y darle un beso en la punta del hocico. Su polla volvió a sacudirse y empezó a ponerse erecta.

Mayumi sabía que podía vivir sin él si realmente lo deseaba. Nunca le había gustado tener relaciones sexuales con humanos, y estaba segura de que podría encontrar algo comparable a su grosor y longitud.

Incluso podría fabricarlo si fuera necesario.

Pero le gustaba la idea de tener a este gran Duskwalker cerca por ahora. No necesitaba su protección, pero era agradable tenerlo. No necesitaba su ayuda con sus tareas, pero la agradecería.

No necesitaba sexo con él, pero si era tan bueno como éste, no sabía si se cansaría de él.

Antes de que Mayumi pudiera decir nada más, soltó un grito de sorpresa cuando la empujó sobre las rodillas con el pecho contra el suelo. Fue apagado por un gemido agudo cuando su polla semidura volvió a penetrarla profundamente.

Faunus la rodeó apoyándose en los antebrazos y echó las rodillas hacia atrás para poder penetrarla. Ya se movía deprisa, ahogando su mente con tal rapidez que la entumeció mientras el resto de sus sentidos se agudizaban.

La habían preparado para el orgasmo y ya lo estaba alcanzando con suaves gemidos.

—¿Sabías que lloras cuando te corres? —Él enhebró los dedos en la parte posterior de su cabello, lo apretó y luego tiró bruscamente hasta que ella se vio obligada a mirar su propia cara en el espejo. —Si no lo sabías, voy a asegurarme de que lo veas por ti misma.

¿En serio? Nunca había llorado durante el sexo, quizá porque nunca había sido tan bueno. Sin embargo, mirando su propia cara desaliñada, podía ver huellas de secado por sus mejillas.

—La verdad es que es muy hermoso, —dijo jadeando.

El sonido de sus caderas chocando contra las de ella se hizo más fuerte a medida que se movía dentro de ella. Mayumi dejó escapar un grito entrecortado en el momento en que por fin alcanzó su inminente orgasmo. La desgarró rápidamente a la velocidad que él era capaz de alcanzar así. Sus propios rasgos se enturbiaron por culpa de las lágrimas.

A pesar de su visión confusa, había algo que aún podía ver, y esbozó una sonrisa acalorada ante el espejo.

Detrás de ella, a cuatro patas y empujándola como una bestia, había un Duskwalker. Era difícil confundir sus orbes morados con su cráneo blanco en la penumbra. De vez en cuando, parpadeaban en verde oscuro antes de volver a cambiar.

—Voy a hacer que veas cómo te tomo una y otra vez hasta que no seas más que una cosa entumecida y rota. —Empezó a golpearla con más fuerza que antes. Mayumi gritó, clavando las uñas en el suelo con desesperación para aguantar mientras su cuerpo rebotaba incontrolablemente ante sus embestidas. —Porque sigo enfadado. Voy a hacerte comprender que ningún humano de ese patético pueblo cercano volverá a satisfacerte.

Se inclinó hacia atrás mientras le agarraba ambas pantorrillas y las levantaba en el aire y tiraba, abriendo los muslos de ella alrededor de su cintura. Mayumi se deslizó contra su frente mientras su espalda se arqueaba profundamente.

La posición forzó la polla de él hacia la parte delantera de su canal mientras se introducía en ella, y ella bajó la mano para acercarla a su ombligo y sentir cómo se movía aquel bulto.

Mayumi no podía contar las veces que se había corrido así, completamente impotente mientras babeaba contra el suelo. Gimió salvajemente todo el tiempo, sus entrañas cantando de placer mientras su coño era utilizado por un monstruo como si no fuera más que una puta cachonda.

Sólo ese pensamiento retorcido y desquiciado la hacía gritar por él*. ¡Oh, Dios, sí! Más. No pares, Duskwalkers grande, furioso y cachondo. Fóllame el coño hasta que esté en carne viva.*

Quería que la cogiera, que la usara y abusara de ella hasta que ya no pudiera caminar, hasta que le dolieran las piernas de estar abierta toda la noche, hasta que su coño goteara y se desbordara. Hasta que fuera un completo y absoluto desastre de mujer.

Rómpeme. Arruíname. Por favor, no pares.

Quería sentir sus garras en lugar de sus uñas, su pelaje en lugar de su piel. Quería sus gruñidos en lugar de los débiles gemidos humanos.

Cuando la llenó de nuevo, Faunus tiró de sus piernas hacia atrás mientras gruñía, casi entrelazando sus caderas mientras sus tentáculos se apretaban contra su piel.

Su semilla se desbordó y goteó por su vientre y su pecho hasta acumularse alrededor de su garganta como un collar perlado.

Sus párpados se estremecieron mientras su cara se deslizaba por su propio charco de baba en el suelo cuando se arqueó hacia él, hacia la sensación de su gruesa y salvaje semilla llenándola de nuevo.

Podía sentir cada golpe de su polla antes de que disparara calor líquido, los pequeños aleteos de los fuertes latidos de su corazón en lo más profundo.

Me siento tan bien. Siento que voy a explotar.

CAPITULO 20

El embriagador olor a citronela se infiltró en los sentidos de Mayumi. Le costaba despertarse, su cuerpo estaba tan laxo y a la vez tan increíblemente dolorido que la idea de alejarse del sublime calor que la rodeaba le resultaba insoportable.

Mayumi estaba cobijada por un cuerpo duro y denso.

Faunus la acurrucó con sus brazos envolviéndola sin apretar. Un brazo le servía de almohada, mientras que el otro estaba cruzado sobre ella para acurrucarse bajo su costado. Acostados de lado, no estaban uno frente al otro porque él era muy grande.

Ella hundió la cara en su pecho y acarició el suave pelaje antes de suspirar satisfecha.

Podría acostumbrarme a esto.

Sabía que habían empezado a follar a mediodía, pero sólo habían hecho unos breves descansos para que ella pudiera comer algo, beber agua o echarse una siesta antes de que Faunus volviera a penetrarla sin piedad. Como había prometido, la había penetrado repetidamente, incluso hasta altas horas de la noche.

Así es como las mujeres contraen infección de orina, pensó con el ceño fruncido, aunque no tenía ninguna sensación incómoda. Quizá su lubricante ayudaba a evitarlo. O tal vez simplemente tuvo suerte.

Aun así, Mayumi estaba sensible*... por todas partes.*

No sólo tenía el coño hinchado y dolorido, sino que le dolían los muslos de estar alrededor de su cintura, mucho más grande, y de que la pusiera en distintas posturas. Tenía el pecho parcialmente escocido por el roce con el suelo y con el cuerpo de él cuando por fin le dio la vuelta.

No quería ni empezar a pensar en sus pobres rodillas y codos.

Incorporándose con cautela, Mayumi se frotó un lado de la cara mientras buscaba la ventana, desorientada por haberse despertado al revés de como solía hacerlo en casa. Normalmente dormía con los pies de espaldas a la puerta.

Una vez vio que era de madrugada, bajó la mirada hacia Faunus, aún dormido. Sus orbes estaban negros, señal de que estaban 'cerrados', o lo que fuera que viera cuando no brillaban.

Se frotó los ojos cuando sintió un ligero latido detrás de ellos. Me duele la cabeza. ¿Quién iba a decir que ser follada repetidamente hasta el olvido sería malo para la salud?

Se burló de sí misma. *Merecía la pena.*

Lo que sí sabía era que necesitaba agua.

En cuanto empezó a levantarle el brazo para levantarse, sus orbes volvieron a su amarillo habitual. Chilló cuando él la rodeó con fuerza y tiró de ella hacia abajo hasta que volvió a tumbarse con la cara hundida en la piel de su pecho.

—Duerme más, —le exigió con una voz adorablemente grave y aturdida, frotando la parte inferior de su hocico contra la parte superior de su cabeza. Luego le apretó la costura contra los muslos cerrados. —A menos que quieras más.

—¡Eres una amenaza!, —intentó gritar. Su voz salió entrecortada y tan ronca que casi dolía. Lo había perdido a mitad de la noche de tanto gritar.

—Tú eres la que empezó esto, —le rebatió. —No puedes culparme cuando sólo pretendía venir aquí para protegerte. Tú eres la que *suplicó*.

Cada palabra suya era más suave, como si estuviera a punto de volver a dormirse. Separó las mandíbulas para soltar un gran bostezo antes de chasquear la lengua dentro de sus fauces.

—Yo no he suplicado, —refunfuñó.

¿Suplicó? No se acordaba. Tal vez pedirlo amablemente sería una mejor manera de describirlo.

Consideró la posibilidad de volver a dormirse, su abrazo era pacífico, pero ahora que había abierto los ojos y había pensado en levantarse, el sueño la eludía.

Faunus empezó a acariciarle el pelo con el hocico hasta que realmente le cubrió la cara en el nido de nudos.

—Me gusta cómo hueles. —Dio profundos resoplidos, como si la estuviera respirando, mientras su gran torso se expandía y luego se descomprimía. —Como a calabaza y a sueño.

Ella frunció los labios. —¿A qué huele el sueño?

—Huele cálido y reconfortante y me da sueño.

Eso seguía sin tener sentido, pero ella sonrió de todos modos. Nunca había tenido a nadie que la describiera así, y la tierna emoción que se arremolinaba en su pecho no hizo más que aumentar cuando lo notó ronronear como un gatito satisfecho.

Ese sonido siempre le hacía un nudo en el estómago.

—Es hora de levantarse. Necesito ir al baño y tengo hambre y sed. —También se dio cuenta de otra cosa. Su pelaje no era suave a lo largo de la ingle y la parte inferior del torso, y Mayumi sentía la piel agrietada y... incómoda entre los muslos, el estómago e incluso el pecho. —También necesitamos un baño.

Había semilla seca por todas partes. Ella no sabía que los Duskwalkers se corrían como una maldita cascada. Intentó ignorar la forma en que sus muslos se deslizaban fácilmente entre sí con la cálida y aún húmeda humedad.

La cabeza de él se inclinó mientras la levantaba. Mayumi se retorció ligeramente cuando la lengua de él se deslizó por el borde de su mandíbula hasta la comisura, antes de subir justo por delante de su oreja.

—Puedo darte un baño, mi pequeña y sucia humana, —dijo con un toque de humor.

Empezó a lamerle el cuello insistentemente, dejando saliva a su paso.

—Estoy cubierta de tu semen, —respondió Mayumi en tono llano. —No creí que te interesara limpiármelo.

Hizo una pausa a medio lamerle la yugular.

—No me importa limpiarte el coño, ya que nos saborearía a ti y a mí mezclados. —Retiró su lengua de ella. —Pero no, no deseo lamer mi semilla sola de tu cuerpo.

Ahora que él la había tirado más alto, ella estaba de cara a su cráneo mientras usaba su fuerte bíceps como almohada. Nunca la habían agarrado de las sábanas, así que el suelo estaba duro contra su cadera.

Por suerte, había conseguido encender la chimenea en algún momento entre sus episodios de sexo. Estaba apagada y moribunda, pero aún producía un poco de calor.

Faunus era más cálido de todos modos, y parte de la razón por la que no quería levantarse de verdad era que él estaba cómodo. No recordaba si alguna vez se había despertado en los brazos de alguien; por lo general, siempre escapaba por la puerta principal o por la ventana antes de que pudiera darse cualquier perezoso abrazo matutino.

Me alegro de que haya vuelto después de tantos años.

Con la mirada fija en sus orbes amarillos, que ya la estaban contemplando, Mayumi alargó la mano y golpeó con la yema del dedo índice el hueso que rodeaba el orificio nasal, lo que provocó un pequeño respingo en su hocico. Su lengua salió para tocar el lugar donde ella le había dado el golpe.

A Mayumi se le pusieron los párpados pesados cuando él le pasó las puntas de las garras por la columna vertebral. Fue cuando su otra mano empezó a rozarle el pelo, con un tacto excesivamente cariñoso, que el corazón de Mayumi se apretó bruscamente. Aunque nunca había sentido miedo, no era inmune a la ansiedad.

Se incorporó rápidamente para romper el contacto entre ellos.

Sólo quiero acostarme con él. Nada más.

No era buena idea encariñarse con él y viceversa. Mucha gente había lanzado la idea de que Mayumi tenía problemas de compromiso, pero era tan condenadamente difícil que te gustara alguien cuando podía desaparecer al día siguiente... para siempre.

Claro, Faunus había 'prometido' que no tenía intención de volver a marcharse, pero ella era humana. Podía morir o podían cansarse el uno del otro. Nada era seguro.

Él ya se había ido una vez.

A pesar de sus movimientos bruscos, él sólo le rodeó la cintura con el brazo y se acurrucó a su alrededor para seguir abrazándose mientras ella estaba sentada en posición vertical. La abrazaba como si fuera un osito de peluche.

—Duerme más, —le exigió. —En cuanto te levantes, sé que vas a obligarme a trabajar. ¿Qué cosas terribles quieres que haga hoy? ¿Quitar el tejado de tu casa para que puedas poner uno nuevo? ¿Que arranque un árbol y lo vuelva a enterrar al otro lado de tu patio?

El hecho de que su deseo de abrazarla pareciera más una prevención de tareas que una intimidad romántica la tranquilizó. Mayumi soltó una carcajada.

—¿Cuánto tiempo llevas estudiando a los humanos, Faunus?, —le preguntó, levantando una ceja.

Él levantó la cabeza de repente. —¿Qué quieres decir?

—Bueno, teniendo en cuenta que pareces bastante versátil en el lenguaje soez y el sarcasmo juguetón, parece que has aprendido mucho.

Soltó un resoplido irritado mientras volvía a recostar la cabeza. —Los humanos hacéis mucho ruido. A veces os oigo mucho antes de veros, y a menudo jugáis y os burláis unos de otros. Los humanos son ruidosos en todo lo que hacen. En la comida, en el sexo, en la vida e incluso en la muerte.

Eso seguía sin responder a mi pregunta.

Con un suspiro, Mayumi lo dejó estar.

Consiguió zafarse de su abrazo y se arrastró sobre manos y rodillas hasta la chimenea. La apuñaló con el atizador unas cuantas veces, sintiendo el frío pinchazo de la piel de gallina asaltar todo su cuerpo. Sus pezones se tensaron de un modo mezquino, y rápidamente arrojó un leño fresco a las brasas para que calentara la casa.

Cuando se volvió, Faunus estaba tumbado de lado con una rodilla doblada. También había doblado el brazo que tenía debajo y había apoyado el lado de la cabeza en la palma de la mano. Su cola se agitó detrás de él, pero fueron sus orbes morados los que la hicieron detenerse.

Rápidamente volvieron a ser amarillos, pero su posición le hacía parecer terriblemente arrogante.

No tardó mucho en darse cuenta de que le había estado mirando el culo y el coño por detrás.

Mayumi no perdió el tiempo. A pesar de estar sucia, encontró ropa de abrigo que no le importó volver a lavar más tarde. Caminaba cojeando, le dolía y le apretaba todo desde el abdomen hacia abajo.

Nunca me habían jodido hasta el punto de no poder andar bien. Ahora cojeaba.

Una sonrisa se extendió por sus labios, y la llevaba con orgullo incluso mientras daba pequeños tics faciales de dolor.

Faunus permaneció donde estaba, observándola todo el tiempo con la cola golpeando el suelo. Pensó que se quedaría allí, pero la siguió rápidamente en cuanto salió.

—¿Adónde vas?, —le preguntó mientras se escabullía por la puerta.

—Al arroyo.

Ella se abrió paso a través de la nieve hasta la parte trasera de la casa, con dos troncos en las manos y un poco de leña para encender el fuego.

Debajo de una gran pila de piedra había una estufa. Abrió su puerta metálica y arrojó en ella todo lo que llevaba en los brazos antes de acomodarla. Después utilizó varias cerillas para encenderla.

Una vez hecho esto, fue al cobertizo y cogió un pico y una pala de boca cuadrada.

Cuando Faunus vio que estaba quitando la nieve de un lugar, se puso a ayudar de buena gana. Utilizó su gran mano para cavar y recoger la nieve. Trabajando juntos, rápidamente se descubrió una sábana que la cubría.

Mayumi la retiró para descubrir la parte superior de una pila de piedra que se había construido allí. Era impermeable, ya que estaba sellada con una arcilla especial, pero en su mayor parte estaba formada por la gran pared de roca natural que tenía en un lado y múltiples cantos rodados en el resto.

Empujó un poco de nieve, sabiendo que la estufa que había debajo empezaría a derretirla y calentarla. Luego Mayumi les condujo hasta el pequeño arroyo cercano.

Tardó un poco en encontrar el extremo de la tubería de terracota que su familia había enterrado aquí hacía tiempo. Una vez que lo hizo, quitó toda la nieve y la tierra de alrededor para desenterrarla. Mayumi soltó los pestillos que cubrían el extremo y que impedían que cosas como tierra, palos, hojas o nieve se introdujeran en su interior y lo obstruyeran. También impedía que los animales lo utilizaran como madriguera.

Como la superficie del arroyo estaba helada, tuvo que usar el pico para llegar al agua fría pero en movimiento que había debajo. Excavó en la tierra para que drenara hacia la tubería de terracota y bajara por la colina. Una vez retirado el revestimiento de la parte inferior del otro extremo, el agua desaguaría en la pila de piedra.

Era mucho trabajo darse un baño, y por eso Mayumi rara vez lo hacía, pero hoy no bastaba con limpiarse con agua de nieve derretida y un paño. No con el gran culo peludo de Faunus.

Él caminaba sin una sola pieza de ropa encima, e incluso ahora podía ver la forma en que estaba cubierto de semilla seca. Incluso hacía que su pelaje se apelmazara, y ella no volvería a tocarlo hasta que dejara de estar así.

Mayumi puso cara de *asco* antes de bajar la colina. En cuanto soltó el pestillo inferior, el agua fresca se vertió lentamente en la palangana.

—Mientras eso se llena y se calienta, —empezó mientras se volvía hacia Faunus. —Voy a desayunar y a tomar un té.

Notó que sus orbes tenían un tono amarillo más oscuro que de costumbre. Ladeó la cabeza hacia el baño de manantial antes de volver a ladeársela a ella.

—Si hubieras querido llenar esto, podrías habérmelo dicho. Puedo usar la magia para llenar cosas como las bañeras. Para empezar, habría estado caliente.

Mayumi giró la cabeza para ver cómo caía el agua. —Supongo que ya es demasiado tarde. Quizá la próxima vez, ya que he completado todo el proceso.

Era decepcionante no haberlo sabido antes, pero ya no podía hacer nada.

Aunque obligado a seguir a Mayumi dondequiera que fuera, Faunus se quedó dónde estaba mientras ella entraba. Se quedó mirando el agua que fluía, casi hipnotizado por ella, hasta que alcanzó cierta altura.

Al cabo de un largo rato, volvió a salir para cerrar este extremo del extraño dispositivo de tuberías.

Incluso con la distancia que lo separaba de él, pudo ver que era grande y profundo. Dio un paso atrás con la cola curvada por la desconfianza.

Comenzó a caminar por el patio, explorando para asegurarse de que no podía sentir ningún Demonio o humano cerca. Si tenía la intención de estar fuera durante un largo período de tiempo, quería asegurarse de que era seguro.

No supo cuánto tiempo estuvo fuera, negándose a meterse con ella o a estar cerca del agua, pero al final la oyó llamarlo.

Estaba en la parte trasera de la casa, sosteniendo dos trozos de tela larga en las manos. Él inclinó la cabeza hacia ella mientras se acercaba.

—Bien, está listo.

Faunus levantó la cabeza hacia el pequeño estanque de agua caliente y humeante y luego volvió a mirarla. No sabía por qué ella sentía la necesidad de informarle.

Había visto que los humanos preferían bañarse en privado.

Sólo pensaba no decirle que la observaría feliz desde lejos.

—Disfruta de tu baño. Ya he explorado la zona y sé que es seguro que lo hagas.

Sus lindas cejas se juntaron mientras sus labios se fruncían. Su vista se fijó en ellos. Ayer los había saboreado brevemente un par de veces, pero había estado tan distraído con el resto de su cuerpo que no había satisfecho su deseo de acariciarlos.

Como ella era tan pequeña comparada con él, era difícil llegar a su cara cuando estaba dentro de ella. Tenía que arquear el cuerpo, lo que le dificultaba mover las caderas. Se había acostumbrado a lamerla cuando sus cuerpos estaban separados.

Pero lo que realmente quería era... besarla.

Había visto a humanos hacerlo. Cerraban la boca desordenadamente y hacían ruiditos suaves que le producían un cosquilleo en los oídos.

Él nunca podría hacer eso con ella, y se preguntó si llegaría a desagradarle cuando se diera cuenta de que no podían intimar de esa manera. En realidad, había muchas cosas en él que eran diferentes y muchas cosas que nunca podrían hacer juntos.

—Vamos a bañarnos, —dijo Mayumi moviendo la cabeza. —Te he llamado para que vengas conmigo.

El blanco destelló en sus orbes mientras daba un paso atrás cauteloso, cubriéndose el pecho con la mano. —¿Yo? No. Sólo a tú.

Sus ojos se entrecerraron en una mirada estrecha.

—Métete en la bañera, Faunus. —Mayumi la señaló. —Estás más sucio que yo.

Su vista se desvió hacia el agua humeante y algo profunda antes de transformarse permanentemente en blanco. Sacudió la cabeza con el corazón acelerándose, forzando la sangre a sus músculos para que se hincharan.

—Estoy bien. No voy a caber.

Cabría. Sabía que cabría, tal vez incluso con mucho espacio. Sólo que no quería.

—Estás de broma. —Mayumi soltó una carcajada, profunda y burlona. —¡¿Tienes miedo al agua?!

—No, —respondió despreocupadamente, girando la cabeza hacia otro lado con desdén. —No me da miedo el agua.

¿Lo tenía? No. Quizá un poco, pero no por el agua en sí. Desconfiaba de ella porque sabía lo que podía hacer, lo *asfixiante* que podía llegar a ser.

—¡Lo tienes! —El hecho de que su risa fuera en aumento hizo que sus orbes enrojecieran de ira. —¡No pensé que por tener un cráneo felino te asustaría el agua como a los gatos!

La llamarada de vergüenza e incredulidad en sus palabras hizo que su cuerpo se erizara. Su pelaje se erizó de agitación.

No podía creer que ella le hubiera dicho algo tan ofensivo. Se negaba a ser comparado con un animal descerebrado. Podía comunicarse y entender, en lugar de limitarse a maullar inútilmente o a silbar como un tonto.

Se había comido a muchos de ellos. Había una razón por la que gran parte de él era similar a la de un gato, tanto domésticos como pumas de montaña.

—¡No soy como un gato!, —rugió separando los colmillos en señal de advertencia. Mayumi se estremeció al oír el rugido y al ver que se lo dirigía a ella. Inmediatamente se estremeció al ver su expresión de sorpresa, probablemente porque lo había hecho de repente. —¡Bien! Si es tan importante, me meteré en la bañera sólo para demostrarte que no tengo miedo.

Se dirigió hacia la pequeña piscina y trepó por el lado opuesto en el que podía ver que normalmente entraría un humano. Aquí había una pared donde estaba su estufa.

Su ira se desinfló al instante cuando puso las manos en el borde para saltar y entrar. De cara al agua, se detuvo. La llamarada de su pecho se apagó en un ritmo de inquietud lleno de ansiedad. No quería meterse. No quería meter su cuerpo en el agua.

Ésta se agitó cuando una hoja se posó suavemente en ella, de la misma manera que lo haría cuando las burbujas rompieran contra la superficie desde abajo.

Una vez más, la punta de su cola se curvó con aprensión.

—¿Faunus?

Su voz tranquila lo sacó del trance en el que estaba sumido y giró la cabeza hacia ella. Ella ya no reía, sino que tenía el ceño fruncido.

Métete en el agua, se dijo. *No dejes que sepa que estás... No creerá que puedes protegerla si no puedes hacer algo tan simple como meterte.*

Faunus no quería que Mayumi pensara que era débil en ningún sentido*. Ni siquiera es tan profundo,* se tranquilizó.

¿O estaba mintiendo? ¿Era realmente interminable?

Se levantó de un salto y metió la pierna izquierda. Tuvo que calmar su cuerpo del repulsivo estremecimiento que le produjo antes de meter la otra. Se deslizó dentro y al instante un horrible escalofrío recorrió su espina dorsal, lo que le erizó el vello.

El único consuelo que sintió fue que el agua estaba caliente, lo que ayudó a aliviar parte de la tensión de sus músculos.

Había múltiples lugares en los que uno podía sentarse sobre la roca, y él eligió el que pensó que sería mejor para sí mismo, ya que no le sumergiría. Se agarró con fuerza a los bordes para asegurarse de que, de alguna manera, no se deslizaba más profundo que la parte inferior de su esternón.

Su cuerpo era denso, parecía querer hundirse más que flotar.

Ni siquiera supo que Mayumi se había desnudado hasta que se deslizó dentro del agua. El agua le llegaba hasta más allá de los pechos y le rodeaba la parte superior del pecho.

Verla sentarse frente a él le permitió concentrarse en otra cosa que no fuera el agua, pero le resultó difícil ignorarla envuelta a su alrededor. Se sentía aplastante, como si le estuviera apretando el torso en lugar de simplemente lamiendo suavemente su carne.

Deseó que sus orbes dejaran de ser blancos. Por mucho que intentara controlar sus emociones, nada le ayudaba. Quería salir. Para empezar, no podía creer que hubiera entrado. Sus garras arañaron la roca del exterior de la bañera.

La única razón por la que supo que estaba temblando fue porque Mayumi se acercó y lo tranquilizó ahuecándole el hocico.

—Ya está. Ahora ya podemos limpiarnos, —le dijo.

No sabía si era consciente de su malestar, pero no hizo ningún comentario al respecto. Le ayudó a centrarse cuando se giró y se sentó sobre uno de sus muslos sin dejar de sujetarle el hocico, dirigiéndole la cara para que mantuviera la mirada fija en la suya.

Creyó percibir un atisbo de preocupación en sus rasgos por la forma en que se fruncían sus cejas. Al cabo de un rato, sintió que su angustia disminuía.

Está sentada sobre mí. La rodeó con los brazos para poder abrazarla.

No le gustó que ella empezara a coger agua con las manos y a verterla por la parte delantera de su cuerpo, pero prefirió ignorarlo. Faunus no le quitaba la vista de encima e intentaba no sentir nada más que su cuerpo sobre el suyo.

No había peso, ya que el agua la mantenía flotando, así que dejó que los costados de su torso y sus brazos la tocaran.

Su amabilidad y su consuelo eran lo que necesitaba, y sintió que el corazón le palpitaba ligeramente en el pecho. *Ella está intentando calmarme*. Odiaba necesitarla, haber sido tan obvio, pero aun así lo agradecía.

Faunus levantó la mano, que goteaba abundante agua, y le ahuecó un lado de la cara.

—¿Por qué haces esto conmigo?, —preguntó sintiendo una extraña espiral de emoción en su interior.

Aunque ella había sido inalcanzable hasta ahora, Faunus había sentido un innegable afecto por Mayumi. Eso se estaba profundizando, lo quisiera él o no.

—¿Bañándote? —Sus cejas se fruncieron. —¿No es obvio? ¿O te refieres a por qué estoy sentada en tu regazo? Si es así, lo estoy sólo porque puedo.

Faunus negó con la cabeza. —¿Por qué permites que te toque, Mayumi? Soy un Duskwalker. Nunca esperé que sintieras ningún tipo de deseo o afecto hacia mí.

—Oh.— Sus facciones decayeron antes de apartar la mirada de él para contemplar el bosque que rodeaba la casa. Luego soltó una risita aguda. —Otros pensarían que es raro, pero a veces algunas personas sólo quieren follarse a los monstruos que hay debajo de la cama.

Faunus dio una inclinación de cabeza interrogativa con sus orbes creciendo un amarillo oscuro, finalmente desvaneciéndose de blanco. —Pero... Yo no quepo debajo de tu cama.

—¡Pfff! No quise decir literalmente. Es un dicho, Faunus. Significa que a algunas personas les atraen las cosas que no son normales o humanas... Odio

a los Demonios, pero he encontrado algunos atractivos. A veces las cosas espeluznantes me excitan, como los monstruos y la idea del hombre del saco. —Le dedicó una gran sonrisa, tan prominente que le hinchó la parte inferior de los ojos. —Y tú eres el más grande, malo y aterrador de todos. Desde el momento en que te vi en el claro aquella noche, quise saltar sobre tus huesos.

La forma en que su corazón se enfrió de repente le hizo perder la sensación de calor del agua de la bañera a su alrededor. Oscureció sus orbes hasta el negro cuando supo que iban a volverse azules, ocultándole cualquier tristeza o dolor que sintiera por sus palabras.

Cuando respiró con calma, abrió la vista y se sintió aliviado de que fueran de su amarillo habitual.

Entonces se obligó a soltar una risita y deslizó sus garras por el costado de su cuerpo.

—¿Más miedo? No he olido ni un hilo de miedo en ti. —Chilló cuando le hizo cosquillas. —Pero me complace saber que me encuentras atractivo, a pesar de ser un *monstruo* como tú me has llamado.

—¿He oído un tono resentido?, —preguntó ella hinchando las mejillas.

—Creo que pretendía ser juguetón.

Sabía lo que era y lo que los humanos solían llamar a todo lo que no fuera humano. Para ellos, y obviamente para ella, era un monstruo. Una pesadilla. Algo malo que no pertenecía a este mundo.

Mayumi se acercó a él y apretó los lados de su huesuda mandíbula con sus pequeñas y húmedas palmas.

—Tú y tu cara de Duskwalker me parecéis bastante sexys. Te llamé Faunus porque significa Dios del bosque, y tú puedes ser mi Dios del bosque y de los huesos cualquier día.

Sus labios se curvaron de forma acalorada y sus ojos oscuros brillaron con maldad. La luz brillaba en ellos, haciéndolos parecer estanques de un intenso color marrón.

—Así que, cuando ayer gritaste 'Dios mío', en realidad me estabas llamando. —No era una pregunta, sino una afirmación.

Le dio lo que quería, otra risa musical, no femenina.

—Claro, lo que tú digas. —Luego le acarició la cara de una forma que parecía tranquilizadora y a la vez apreciativa, con cuidado de no tocarle la grieta. —Pero sé con certeza que no me habría entretenido en tocar a nadie más que a ti.

Ladeó la cabeza entre sus manos. —¿Qué quieres decir?

Por lo que él había deducido, ella lo habría hecho con cualquier otro. El hecho de que un Demonio pudiera haber estado en su menú era un poco alarmante, pero él había pensado que si otro de su especie se hubiera tropezado con ella, podría haberlo aceptado en su cuerpo maduro y afelpado.

—Me salvaste la vida, Faunus. No estaría viva si no fuera por ti. Puede que no te recuerde bien, pero nunca te he olvidado a ti ni lo que hiciste por mí.

Ella dio un pequeño suspiro y luego se alejó de él aunque él estaba desesperado por mantenerla cerca para salvarlo de sus ansiedades. No sabía

por qué quería romper el contacto con él entonces, especialmente cuando estaba diciendo algo que le hacía sentir... deseado.

—Desde el momento en que dijiste que estabas aquí porque querías protegerme... confié en ti. Por eso me siento tan cómoda como para acostarme contigo.

Volvió a sentarse en el lado opuesto de la bañera, esta vez mirando hacia el bosque.

Confía en mí. Soy especial para ella.

La alegría se encendió en su interior. Era suficiente. El hecho de que ella confiara en él y lo deseara, él tomaría esas cosas de ella y las guardaría con cariño.

—Estoy agradecido por este resultado en lugar de que trates de matarme, —trató de bromear ya que ella parecía pensativa. —Mantendré tu secreto a salvo del resto de tus Cazadores de Demonios la próxima vez que vaya a ese gran castillo fortificado de montaña que tienen.

Él pensó que la idea de que él entrara en una fortaleza de Cazadores de Demonios la haría reír. En lugar de eso, vio cómo su mano derecha se cerraba en un puño mientras sus labios se contraían.

CAPITULO 21

¿Por qué le he dado la vuelta a la conversación? pensó Mayumi con un mohín de disgusto.

Había empezado a compartir sus sentimientos más... privados, y no estaba acostumbrada a hacerlo. Sus comentarios bromistas sobre 'el monstruo de debajo de la cama' habían sido sólo para hacerle gracia y distraerle de su evidente aversión al agua.

Hablar del hecho de que confiaba en él, de que se acordaba de él, le había provocado un torbellino de emociones. Emociones que ella no quería.

Ya sabía que le agradaba Faunus. Su exterior era una parte importante de eso. Tenía una belleza innegable y divinamente oscura que los demás no veían, porque eran ciegos tontos, pero también podía ver que era... divertido. No esperaba que fuera tan desenfadado. Incluso podía ser bromista.

Luego mencionó la Fortaleza Hawthorne y que ella era Cazadora de Demonios. Deseó que no lo hiciera.

Empezó a fruncir el ceño y lo miró.

—¿Cómo sabías que era el castillo de la montaña al que fui? —preguntó Mayumi, bajando los ojos por su cuerpo y observando su rareza antes de volver

a subirlos con suspicacia. —Aunque mi casa está más cerca de la Fortaleza de Hawthorne, existía la posibilidad de que hubiera ido a la Fortaleza de Blackfyre en su lugar.

Hawthorne estaba al este de aquí, mientras que Blackfyre estaba al suroeste.

Faunus volvió el hocico hacia arriba, como si mirara al cielo despejado. Su cola se agitó bajo el agua, llamando su atención antes de suspirar sonoramente.

Volvió a bajar la cabeza para mirarla.

—Eres una humana implacable.

Mayumi se había dado cuenta de que siempre que Faunus hablaba de su fuerza, lo hacía como humana, nunca como mujer. Era como si categorizara a hombres y mujeres por igual en lugar de hacer una comparación basada en el género primero y la humanidad después.

—Eres muy fuerte, y me imagino que es por todo el entrenamiento al que te sometió tu padre Cazador de Demonios, incluso cuando eras una niña.

Sus palabras hicieron que sus labios se entreabrieran al darse cuenta.

—¿Cuánto tiempo llevas observándome, Faunus?

No podía saber que su padre era Cazador de Demonios, ya que ella nunca se lo había dicho. Tampoco podía saber que su padre la había estado entrenando desde pequeña a menos que... lo hubiera visto.

—¿Actualmente? En el momento en que me viste matar a ese Demonio frente a tu casa fue cuando regresé.

Ella entrecerró los ojos en una mirada. —Sabes que no me refería a eso.

Sus colmillos se separaron mientras soltaba una profunda carcajada, haciéndola sonar más resonante y traviesa. Más oscura, incluso.

—Mayumi, he estado viniendo a esta cabaña desde la noche en que te salvé. Te he visto convertirte en una niña que dormía entre hierbas altas. Luego en una niña aún mayor que tropezaba y se caía mientras su padre la golpeaba con una extraña espada de madera cada vez que cometía un error. O hubo días en los que fui testigo de cómo te guiaba mientras golpeabas, pateabas y aporreabas maderos montados contra la estaca en medio del claro. —Cuanto más hablaba con su voz despreocupada, más se le caía la mandíbula. —Te he visto forjar tus propias armas y discutir con tus padres. He visto gran parte de tu vida. También he visto cosas que nadie más ha visto, cosas que no querrías que nadie más viera.

No sabía si estaba indignada, recelosa o conmocionada por este acontecimiento. También sacó a la luz que Faunus probablemente había vivido mucho tiempo, lo que sólo planteaba la pregunta... ¿cuántos años tenía?

—¿Cómo qué?, —mordió, rechinando las muelas.

—Te seguía, asegurándome de que viajaras a salvo por tu cuenta el día que murió tu madre. Os vi a ti y a tu padre enterrarla cerca.

Su rostro palideció. *Me vio llorar.*

Nadie había visto llorar nunca a Mayumi, salvo su madre. Había ocultado cualquier lágrima a su padre desde pequeña porque él quería creer que era

fuerte de voluntad. Pensaba que la debilidad era el signo de un Cazador de Demonios que moriría pronto.

—¿Por qué me dices esto? Faunus, ¡a eso se le llama acoso! ¿Entiendes lo... *espeluznante* que es?

¡Tuvo la audacia de burlarse de ella!

—Tal vez sea espeluznante para un humano, pero yo sólo quería saber si la niña que salvé seguía viva. He observado a muchos humanos y he vuelto a muchos hogares. He visto a niños convertirse en adultos y luego he visto que nunca regresan. Tú eres una de las pocas que permanecen en este mundo.

Durante toda la conversación, el cuerpo de Faunus se mantuvo rígido como la piedra, sin querer moverse en el agua como si se lo fuera a comer vivo.

—No puedes llamarme monstruo y luego colocarme la moral humana, Mayumi, —afirmó inclinando la cabeza hacia un lado como para puntualizar sus palabras. —¿Acaso acosar es peor que las docenas de humanos que he comido y matado? Sabes lo que soy. Has dejado claro que soy un Duskwalker y que sabes lo que he hecho. No llegué a este nivel de humanidad quedándome quieto y esperando a que mi comida se me metiera en la boca.

Sus labios se apretaron. *Mierda. Él tenía razón.*

No podía sostener ideologías y moralidad humanas para algo como él, y eso ya le había gustado de él de todos modos. Estaba fuera de lo normal, y por eso se sentía atraída por él.

Desenroscó el puño y dejó que la tensión desapareciera de su cuerpo.

—No tenía sentido ocultártelo, —añadió. —Con el tiempo habría dado a conocer que te he estado observando al hablar tan descaradamente. Prefiero decírtelo ahora y no por accidente. También te servirá para saber que ya entiendo muchas cosas sobre ti, lo hábil que eres, y que soy consciente de que has seguido los pasos de tu padre.

—Los pasos de mis antepasados, —corrigió ella con un mohín en los labios y un gruñido. —Concretamente, los de los hombres.

Ella soltó una profunda expiración y apoyó la cabeza contra la pared de la bañera de manantial. Bajó los párpados mientras lo observaba, con el cuerpo aún lleno de tensión e inquietud. Sus labios se torcieron al ver lo obstinadamente valiente que estaba siendo.

—Soy la primera hija nacida en cinco generaciones por parte de mi padre en estas tierras. Él esperaba un hijo, alguien que engendrara al siguiente pariente y se convirtiera en Cazador de Demonios como su antepasado y su antepasado anterior. En lugar de eso, mi madre dio a luz a una hija y fue incapaz de llegar a término con los que me siguieron. Eso la hizo débil cuando solía ser fuerte.

Ella apoyó los brazos sobre la pared rocosa para imitar su posición. Sin embargo, dobló una pierna sobre la otra, ya que estaba desnuda.

—Creo que mi abuelo habría desaprobado que una mujer de la familia se uniera al gremio, pero mi padre ya había intentado sacudirse generaciones de lavado de cerebro. En el pasado, hace mucho tiempo, a las mujeres se las consideraba débiles y poco útiles. Mucho tuvo que cambiar con el azote de los Demonios, pero mi familia decidió aferrarse a esas mentalidades misóginas. — Entonces su mirada cayó a un lado ante un doloroso latido en su corazón. —

Pero mi padre me protegía porque era una niña. No le gustó que quisiera unirme al gremio, y creo que fue especialmente duro conmigo por ello. Quería que viviera, y sigo viva gracias a todas sus enseñanzas, por muy duras y crueles que hayan sido.

—Al principio me enfurecí cuando vi que te castigaba, —gruñó Faunus, y ella juró que oyó el crujido de la roca al romperse bajo sus garras. —Necesitaba irme por el olor de tu sangre y mi rabia. Me alegro de no haber intervenido.

—Yo también, —rió ella sin humor. —Era un Anciano. Habría luchado contigo hasta la muerte, como habría hecho yo, y entonces ninguno de los dos estaríamos aquí.

Inclinó la cabeza hacia delante. —¿Tú también eres un Anciano? ¿Podrías explicarme qué significa?

Su mandíbula se apretó antes de volver la mirada hacia el cielo. —Nunca llegué a ser un Anciano, eso requiere años de experiencia. Me convertí en Maestra, una posición un poco inferior.

—Así que sigues siendo una Cazadora de Demonios fuerte.

El elogio en su voz la molestó. A ella se le erizó el vello, con su ira punzante.

—Ya no soy Cazador de Demonios, Faunus. Por eso estoy aquí y no en la Fortaleza Hawthorne.

—¿No lo eres? ¿Pero no es eso lo que querías? —Su tono le dio la impresión de que él pensaba que ella se había ido voluntariamente.

—Así era, —gruñó ella. —Pero incumplí una norma y me echaron de allí.

—¿Qué hiciste?

Mayumi miró a una nube que se acercaba, esperando que no planease empezar a nevar de nuevo. Estaba cansada de la nieve, y apenas era mitad del invierno.

—¿Sabes lo que tiene que hacer una mujer para convertirse en miembro oficial y ascender de Novicia de rango naval a Aprendiz verde?

—Por supuesto que no.

Ella bajó la cabeza y luego le dedicó una sonrisa maliciosa.

—Las mujeres sangran, normalmente una vez al mes. El precio para que una mujer suba de rango es someterse a una histerectomía completa. Nos abren en canal y nos extirpan todos los órganos reproductores. El útero, los ovarios, todo. Es para asegurarse de que no vamos a ser una carga para nuestros equipos cuando estamos en el campo. De lo contrario, no seríamos más que cebo para Demonios, haciendo que maten a nuestros compañeros.

—Yo... no sabía que eso era algo que habías hecho.

Ella vio un destello de azul en sus orbes, pero cualquiera que fuera la emoción, él la apagó rápidamente.

—Yo no lo hice. Esa es la cuestión. —Inclinó la cabeza hacia atrás una vez más. —Mi padre pudo mover algunos hilos y hacer que pareciera que me sometí al procedimiento. Una de las razones por las que no le gustaba que me uniera al gremio era que no podría continuar la línea familiar si me operaba. Fue él quien me dijo que debía mentir, pero que tenía que mantenerlo en secreto. Durante once años, guardé ese secreto. Entonces, un día, mi estúpida menstruación

llegó una semana antes, y conseguí que masacraran a la mitad de mi equipo mientras cazábamos a un Demonio particularmente fuerte que merodeaba por las minas. Vi morir a hombres porque yo atraje a tres Demonios sobre nosotros. Me pillaron intentando ocultar que estaba sangrando, sin estar preparada para ello, y esa persona me denunció indignada porque le habían arrancado la mano de un mordisco y había perdido a su amigo.

Él no dijo nada por un rato, eventualmente llevando su mano hacia adelante para sostener el lado de su hocico en pensamiento mientras miraba hacia el bosque.

Estaba segura de que era mucho que asimilar.

Le había costado mucho asimilarlo.

—Nadie sabe la verdad, —continuó, extrañamente incómoda con el silencio. —Se anunció que me habían licenciado con honores y me dieron una gran suma de dinero para que mantuviera la boca cerrada. No puedo llevar el uniforme más que en mi casa, e informo de todo lo que veo que pueda serles útil, aunque es más una opción que una obligación. Me ofrecieron pasar por el quirófano si quería quedarme, pero lo rechacé.

—¿Por qué?

Eso mismo le habían preguntado cuando les había dicho que no.

Mayumi se levantó y se acercó a la bañera de agua de manantial. En el borde había un frasco de jabón líquido hecho con leche de cabra y lavanda. Con el frasco cilíndrico boca abajo, se echó unas gotas en la palma de la mano y empezó a lavarse los brazos.

Se estaban dando un baño, así que más le valía empezar a lavarse bien el cuerpo mientras hablaban. Parecía que él estaba demasiado incómodo como para preocuparse de que ella estuviera completamente desnuda ante él. Por otra parte, probablemente se había acostumbrado a su cuerpo en las últimas veinticuatro horas en las que se lo había follado deliciosamente.

—Es mi cuerpo, —empezó ella mirando cómo el jabón hacía espuma sobre su piel. —No quería cambiarlo sólo porque vinieran los Demonios. ¿Por qué tendría que sufrir eso? La mayoría de los Cazadores de Demonios no superan la treintena y muchas mujeres enferman y se debilitan en la madurez porque cambiar su cuerpo de ese modo tiene terribles efectos secundarios. Debería poder elegir si quiero tener hijos y no que me lo impidan por culpa de unas alimañas devoradoras de humanos.

Se sorprendió cuando sus orbes se volvieron amarillo brillante. —¿Eso significa que deseas crías? Niños...

Mayumi se encogió de hombros antes de enjabonarse el pecho. —No sé. No me gusta mucho traer una vida a este mundo moribundo.

—El mundo no se está muriendo, —dijo él. —Hay mucha vida.

Señaló los árboles y sus alrededores.

Mayumi supuso que esta conversación les había abierto los ojos a ambos de diferentes maneras. Era agradable saber que él siempre había estado a su lado, escondido en las sombras, y también se sentía... aliviada de poder desahogarse y compartir sus frustraciones.

—La humanidad está muriendo, —suspiró. —El mundo está roto, Faunus. Somos las últimas ascuas que esperan a extinguirse, quemando desesperadamente lo que queda de luz antes de desaparecer. El tiempo nos está comiendo vivos, esperando para acunarnos en la tumba.

Luego señaló a su alrededor como él había hecho. Se puso de pie encima de donde había estado sentada, sacando más parte de su cuerpo del agua y llevándolo al aire frío para poder lavar la mitad inferior de ella, el lugar que estaba realmente sucio.

—Claro que los árboles seguirán aquí, pero no has visto el interior de nuestros pueblos. No sólo debemos preocuparnos por los Demonios, sino también por el hambre y las enfermedades. Cada año, más y más gente sufre. Y cada año, espero a ver si el Puesto Avanzado de Colt o el pueblo de Reddington son destruidos desde dentro o por un grupo de Demonios. Es peor aquí en el norte que en cualquier otro lugar debido a la gran cantidad de montañas que tenemos. Hay más Demonios, y eso dificulta el comercio entre pueblos y ciudades. A pesar de lo que ocurre fuera de las murallas, la codicia sigue separando a la humanidad porque todo escasea.

Volviendo a meterse en el agua para enjuagarse, Mayumi le sostuvo la mirada mientras decía: —Ahora sólo somos generaciones nacidas para presenciar el fin del mundo. La idea de traer un niño a esta vida, sabiendo que podría acabar no mucho después de nacer porque enfermó o se lo comieron, no es algo que quiera presenciar. Tampoco quiero morir sabiendo que podría ser uno de los últimos humanos nacidos.

Se quedó callado mientras pensaba en sus palabras.

Luego, con tono vacilante, preguntó: —¿Y si no fuera humano?

Sus cejas se fruncieron bruscamente, sin esperar una pregunta tan ridícula. —¿Qué quieres decir?

Abrió las mandíbulas sólo para juntar los colmillos. —Nada. No importa.

Prefirió no hacerle caso, ya que él había evadido la pregunta. Mayumi no era de las que se entrometían, sobre todo porque a menudo odiaba que otros lo hicieran con ella.

Volvió a coger el frasco, vertió unas gotas generosas en la otra mano y levantó ambas en dirección a él.

—Muy bien, señor *Dios del Bosque*. Te toca limpiarte. —Con la esperanza de apartarse de la conversación, le enarcó las cejas mientras se acercaba. —Te dejaré el pelaje aún más suave que antes.

Él no se movió, con los brazos abiertos para agarrarse fácilmente al borde con las manos. La gente podía sentarse en el borde, pero cabía en sus grandes palmas.

Su cabeza seguía los movimientos de ella, inclinándose cuando estaba más cerca. Colocó el frasco junto a su mano derecha, lo que le dio libertad para tomar un poco de agua y verterla sobre su pecho peludo.

Sus firmes músculos pectorales se contrajeron cuando ella empezó a untarle el jabón líquido. Luego se ablandaron, para bailar con espasmos bajo sus dos manos mientras subían y bajaban. Se aseguró de llegar hasta la raíz de su pelaje, pasando por encima y entre los huesos de las costillas que se asentaban fuera de su cuerpo.

Sus manos hormigueaban de placer al poder tocarlo y explorarlo tan abiertamente.

Faunus emitió un gruñido y un bufido grave cuando ella le frotó los costados del cuello. Su cabeza se inclinó hacia atrás, dejándole más espacio antes de empezar a rozarle los brazos. No estaban mojados, así que tuvo que echar agua y humedecerlos, pero él la dejó hacer lo que quisiera.

Cuando empezó a limpiarle el pecho de nuevo para poder tocarlo egoístamente, algo en su periferia llamó su atención.

Se le ha salido la polla. Al menos parcialmente.

La examinó disimuladamente. Nunca había visto sus tentáculos arremolinarse alrededor de la polla para protegerla. Eran de color morado oscuro y lisos por fuera, pero sabía que tenían esa textura puntiaguda y que eran de un morado más claro por dentro.

La única razón por la que supo que había dejado de limpiarlo para mirarlo fue que él bajó la cabeza y empujó el extremo de su corto hocico contra ella. Como estaba sentado en un hueco, estaba más bajo. Así estaban casi a la misma altura de la cabeza.

Puede que no le gustara el baño, pero seguía disfrutando de su tacto. Sus orbes estaban morados, delatándole aunque su polla no lo hubiera hecho.

—Hay algo que quería preguntarte, —dijo, con la voz un poco más ronca que antes. —Dices ‘estas tierras’. ¿Qué quieres decir con eso?

Mayumi le señaló la ingle. —¿Quieres que haga algo al respecto?

—En el agua no, —replicó. Luego colocó la mano contra la punta turgente y cubierta de tentáculos y volvió a meterla dentro. —Debido al calor, no me di cuenta de que se había extruido.

Maldita sea. Ella esperaba divertirse un poco.

—Bien. Pero necesito que te pongas de pie para poder lavarte el resto.

Se puso de pie en un santiamén, aprovechando la oportunidad de dejar de estar sumergido. Su imponente estatura y las diferencias de la piscina hicieron que ella estuviera de cara a la mitad inferior de su caja torácica, sacando su cuerpo hasta la parte superior de los muslos fuera del agua.

Entonces él extendió la mano, con las garras hacia arriba, afiladas y enjauladas. —Puedo hacerlo.

Con los labios apretados y curvados hacia arriba, vertió más jabón en su propia mano y le enjabonó el abdomen. Él soltó un resoplido, pero ella tuvo la extraña sensación de que su irritación era sólo para aparentar.

O tal vez porque no quería que ella viera la costura de la ingle retorciéndose y apretándose a causa de sus caricias. La piel se hundía hacia dentro en esa línea. Si lo hubiera visto sin pantalones, se habría dado cuenta de que tenía genitales antes de que él se lo revelara.

—Me has preguntado a qué me refería con estas tierras, —empezó ella, llegando por fin a responderle. —Mi familia llegó a Austrális hace más de trescientos años por mar. Eran samuráis de uno de los daimyo, una familia de señores feudales, terratenientes y muy influyentes, que tenían permiso para comerciar fuera de su país. La política de Sakuko prohibía la mayoría de los

contactos con el extranjero, salvo para unos pocos que tuvieran motivos suficientes.

Mayumi empezó a lavarle alrededor de las caderas, asegurándose de frotar con más fuerza aquí. Un humano habría tropezado, pero Faunus estaba completamente quieto, sin que su fuerza le afectara. Levantó la vista y descubrió que tenía la cabeza inclinada hacia abajo y a un lado para mirarla.

—Como mis antepasados eran samuráis, nobles militares, se les concedió el derecho a viajar con el daimyo como protección bajo la voluntad del emperador. —Empezó a bajar para poder lavarle los muslos gruesos y musculosos. —Pisaron estas tierras y se quedaron atrapados aquí cuando llegaron los Demonios. Los barcos fueron invadidos, y el caos hizo que muchos de ellos se hundieran bajo el miedo y la desesperación de la gente por escapar. Algunos también eran rencorosos si no se les permitía el acceso, así que se desvivían por hundir cualquier barco que pudieran. Hay Demonios en el mar, así que la comunicación con otras tierras es casi inexistente, pero por lo que hemos oído, también se enfrentan a ellos.

Entonces Mayumi dejó escapar una larga expiración mientras se ponía en pie. Observó su cuerpo enjabonado, viendo que su pelaje estaba revuelto y alborotado.

—Tengo malas noticias para ti, —refunfuñó. —Vas a tener que bajar el cuerpo hasta el cuello para enjuagarte.

Ella casi se rió cuando todo su cuerpo se puso rígido. En lugar de eso, levantó las manos y se las puso sobre los hombros, tratando de tirar de él hacia abajo.

—Te daré un beso si te portas bien.

Un ligero gruñido salió de su pecho. —Eso no es suficiente recompensa.

Sus labios se abrieron con incredulidad. —¿Entonces qué lo sería?

—*Nada,* —le respondió él, mientras sus orbes parpadeaban en rojo al bajar. Empezaron a volverse blancos cuando el agua le llegaba al pecho.

Tan blancos que mostraban su preocupación o su miedo.

Sus colmillos se separaron mientras resoplaba angustiado cuando el agua le llegó a la mandíbula. Levantó la cabeza para asegurarse de que no se le mojaba ningún hueso del cráneo.

Mayumi se unió a él y empezó a frotarle el cuerpo para ayudarle a enjuagarse. Cuando ella se levantó, él también lo hizo.

Luego se dio la vuelta para poder huir del agua.

—¡Espera!, —gritó ella, agarrando su larga cola y tirando de ella. —Tengo que lavarte la espalda.

—No, ya he terminado. Me he limpiado mi semilla como me has pedido.

Ella cayó hacia adelante a través del agua cuando él saltó fuera, su cola empapada resbalaba bajo su agarre. El húmedo golpe de sus pies contra el suelo fue sonoro cuando aterrizó.

Mayumi se inclinó sobre la pared rocosa de la bañera con un mohín. —Pero esperaba que me lavaras la mía.

Agachándose y estirándose con una de las piernas hacia atrás y la mano contraria hacia delante, Faunus sacudió el cuerpo. El agua salpicó por todas

partes, golpeando su cara, el suelo e incluso el toldo que cubría junto a la bañera.

—Lávate tu maldito cuerpo, —gruñó Faunus.

A pesar de sacudirse gran parte del agua, su cuerpo seguía pareciendo el de un gato mojado. Su pelaje estaba caído y goteaba. Se alejó agitando su larga cola, obviamente enfurruñado, mientras seguía sacudiendo su cuerpo para librarse de más.

Mayumi miró las dos toallas que les había traído junto a la bañera. Las fulminó con la mirada.

¡Las ha mojado!

CAPITULO 22

Mayumi se balanceaba de lado a lado mientras rebotaba ligeramente, con su poderoso corcel entre los muslos, avanzando por el denso bosque. El olor a cedro y abeto era fresco, con la fría humedad del invierno.

La Tierra estaba casi en silencio, salvo por el canto de algún pájaro, el susurro de las hojas y las grandes y pesadas pisadas de su corcel, que crujían en la nieve. También se escuchaban sus respiraciones, la de ella mucho más suave y tranquila.

El calor de Faunus entre sus muslos, contra su trasero y sus manos, ayudaba a alejar lo peor del frío de su cuerpo. Llevaba mucho a su espalda desde que había conseguido que la llevara al pueblo, y ya estaban de regreso.

Al salir del Puesto Avanzado de Colt, Mayumi se había esforzado por llevarlo todo al bosque para dárselo a Faunus, que se había escondido. No quería volver hasta que pudiera, incluso semanas. Aunque eso era dudoso ya que sus productos perecederos podrían marchitarse más rápido.

Esto es mucho más fácil con él.

Ella estaba montando su espalda porque era más rápido y también porque era perezosa. Era incluso mejor ya que él podía llevar todas sus provisiones.

Sin embargo, había que retorcerse un poco para encontrar un buen lugar detrás de sus púas de lagarto, porque de lo contrario parecía que una de ellas iba a romperle la pobre pelvis. La mayoría parecían delgadas y apuntaban hacia su espalda, a menos que su cuerpo o sus emociones se agitaran, y entonces empezaban a sobresalir hacia arriba. En alguna ocasión, la que estaba encajada en ella había intentado levantarla.

Soltó un puñado de pelo y lo acarició. Era increíblemente suave. Esta mañana habían compartido un segundo baño porque anoche habían vuelto a ensuciarse.

Iba a tener que acostumbrarse a la hora del baño, ya que parecía ser un requisito diario recurrente entre ellos. Faunus había llenado la bañera con su magia esta vez usando gotas de su propia sangre.

Mayumi aún había puesto la estufa en marcha para mantenerlo caliente mientras estaban en ella.

Conseguir que entrara por segunda vez había sido aún más difícil que la primera, y sólo la amenaza de no poder tocarla nunca más consiguió que finalmente entrara. Ella no sabía cuánto tiempo iba a funcionar.

Después se había ido a enfurruñarse como el día anterior, desapareciendo durante un buen rato hasta que su pelaje se secó, lo que ocurrió a última hora de la tarde. Mayumi se limitó a dejarlo estar, agradecida de que hiciera algo con lo que obviamente se sentía incómodo sólo para complacerla.

Una cosa que le gustaba de Faunus era que su fastidio no se prolongaba. Una vez dentro, mientras la miraba cocinar o limpiar tumbado de lado y apoyando la cabeza en la mano, parecía bastante contento y relajado.

Seguía alerta, lo que se hacía evidente por el hecho de que salía para ir a comprobar cualquier ruido u olor que percibía, pero luego volvía para reanudar su compañía tranquilamente.

No le gusta el fuego.

Siempre había un espacio notable entre él y la chimenea, a menos que ella buscara estar cerca de ella, lo que ocurría con menos frecuencia, ya que se acurrucaba en él para calentarse. Por otra parte, imaginaba que todo ese pelaje le daría calor.

También era muy sensible a que le tocaran el cráneo más allá del hocico y la comisura de la mandíbula. La grieta podría ser dolorosa, así que se resistía a ir más allá de los colmillos y el agujero de la nariz si se lo tocaba.

Y parece que tiene pesadillas. A menudo se movía rápidamente por todo el cuerpo mientras dormía.

Algo le había pasado, pero ella no quería entrometerse. Era obvio que estaba tratando de ocultar todo esto, pero ella siempre había sido capaz de captar los comportamientos extraños de la gente.

—¿Sigues enfadado conmigo? —preguntó Mayumi mientras se apoyaba con una mano en su espalda.

Estaba en el centro de su columna vertebral, un hueco que permitía que sus grandes omóplatos se movieran al tiempo que dejaba espacio a sus caderas y a sus patas con forma de felino.

—*Nunca me enfadé contigo,* —dijo con calma, girando el cráneo hacia un lado para mirarla.

Sus orbes eran de un verde oscuro. *Sí, sigue enfadado.*

Klaus le había pasado el brazo por los hombros, arrastrándola con fastidio en un abrazo forzado cuando había estado en el pueblo. Hubo más disculpas por parte de los tres hombres, algunas burlas y una pequeña actualización sobre lo que estaba pasando en el pueblo, que fue sin incidentes, como siempre.

Faunus había olido que estaba cubierta del fuerte olor de un solo macho y de los olores más fugaces de muchas otras personas. Le desagradó hasta el punto de que la había rodeado completamente con sus brazos y piernas en cuclillas y frotó su cuerpo contra el de ella. Sólo para luego frotarse contra un árbol sólo para librarse de ello.

No se mencionaba qué o por qué lo hacía, pero no era difícil deducirlo. Era como una criatura marcando su territorio.

—Faunus... ¿De dónde vienen los Duskwalkers? —Preguntó Mayumi, queriendo llenar el silencio.

También sentía una increíble curiosidad por él y su especie. La pregunta la había estado carcomiendo desde el momento en que hablaron por primera vez.

—*El Velo.*

Se inclinó hacia delante y le golpeó el omóplato. —¡Sabes que no me refería a eso!

Él levantó la cabeza, separó los colmillos y soltó una risita. Su torso se inclinó ligeramente, obligándola a inclinarse hacia atrás para no caer hacia delante cuando él trepó por un árbol caído.

Ella se agarró a las correas de las cuatro bolsas que habían enhebrado y anudado para que pudieran descansar sobre su espalda. Colgaban a ambos lados de él, actuando como riendas a las que ella se agarraba de vez en cuando.

—*Nacemos, como tú,* —dijo.

Dirigió la cabeza hacia la derecha, como si hubiera oído algo que ella no podía oír, antes de reanudar la marcha.

—¿Pero de dónde? ¿Venís del mismo lugar que los Demonios? Sabemos que no son de la Tierra.

—*No,* —dijo rápidamente con tono mordaz. —*Nacimos aquí. Nuestra madre fue una vez humana, pero se apareó con el espíritu del vacío, nuestro padre, entregando su vida a cambio de poder mágico.*

Una de sus cejas se frunció. —¿Fue humana?

—*Ahora es un Fantasma.* —Mayumi se encogió de hombros, sin tener ni idea de lo que era eso, pero él no la miraba para verlo. —*Se apareó con él justo después de que los Demonios llegaran aquí. Creo que él vino de ese mundo, aunque no es un Demonio.*

—¿Qué es entonces? Nunca he oído hablar de un 'espíritu del vacío'.

—*Su nombre es Weldir, y es un Dios. O al menos, parte de un Dios o descendiente de uno.* —Sintió que Faunus se encogía de hombros bajo sus muslos. —*No estoy muy seguro. Sólo lo he visto una vez en su forma completa, y no tengo recuerdos de él antes de eso. Pero está en todas partes dentro del*

Velo. Él es la causa de la niebla negra, y es toda su esencia la que se extiende entre los árboles.

Con los labios apretados, Mayumi pensó en lo que había visto del Velo. Había estado cerca de él muchas veces a lo largo de su vida, a menudo en misiones de exploración. Había dos tipos de niebla que surcaban el Velo.

Una blanca, que parecía condensación natural, y otra negra. Ella nunca habría adivinado que esta última pertenecía a un ser.

—Así que cuando te llamé Dios del bosque, ¿tenía algo de razón? —Mayumi intentó reírse.

—*No, no soy ningún Dios.* —Giró la cabeza para mostrar que sus orbes se habían iluminado en su tono amarillo*. —Pero aprecio el cumplido.*

—¿De qué es un Dios entonces?

—*De la otra vida de todas las almas que son consumidas por Demonios, por él mismo o por Duskwalkers. Esa es su tarea, darles un hogar ya que no se les permite entrar en ninguna otra vida que los humanos normalmente tienen. Le llamamos el espíritu del vacío porque es el único lugar donde puede permanecer en su forma física a menos que utilice una gran cantidad de maná para hacerlo en este reino. Aquí está hecho de espíritu y niebla.* —Entonces Faunus miró hacia un lado y hacia el bosque, con la cabeza inclinada de forma pensativa*. —No tengo ni idea de por qué nací, cuál es mi función o mi propósito. No saberlo ha sido causa de gran angustia para los de mi especie.*

—No tienes que tener un propósito requerido para que se te permita vivir, Faunus, —dijo Mayumi suavemente mientras le acariciaba la espalda. —Los

humanos no tenemos ningún propósito y, sin embargo, estamos aquí, viviendo inútilmente.

—*Sí, pero él quería que nos crearan, Mayumi.* —Faunus sacudió la cabeza con un bufido sordo antes de mirar hacia delante*. —Pero no sabemos por qué. Al menos, yo no lo sé.*

Mayumi volvió a apoyarse en un brazo y pateó con las piernas hacia delante y hacia atrás a los lados de su torso.

—Bueno, ¿cuántos sois? —Luego ladeó la cabeza con las cejas fruncidas. —Espera... Sólo hablaste de tu madre y de Weldir, o como quiera que lo llamaras. ¿Significa eso que...? ¡Espera! ¿Sois parientes? ¿Como hermanos?

—*Lo has pillado rápido,* —se rió agradecido. —*Que yo sepa, somos nueve, pero podría haber más. Uno, sin embargo, no es mi hermano.*

Mayumi adelantó la pierna y le dio una patada en la parte trasera del cuerno de carnero.

—Pareces muy listo, supongo, —bromeó. —¿Eres el mayor?

Él negó con la cabeza. —*No, ni de lejos. Creo que soy el tercero.*

Volvió a darle una patada en la parte trasera del cuerno, y esta vez él giró la cabeza bruscamente y le lanzó un ligero gruñido. Entonces abrió los colmillos y mordió el aire, diciéndole en silencio que le mordería el pie.

—¿Cuántos años tienes?

No creyendo en absoluto su amenaza silenciosa, cuando él volvió a mirar hacia delante, ella golpeó la parte inferior de su bota contra la parte posterior de su cuerno.

Su única reacción fue resoplar.

—Recuerdo muchos otoños, pero no podría decirte la duración exacta de mi vida, ya que recuerdo muy poco del principio. Creo que la cantidad rondaría al menos los doscientos.

—Ya veo, —dijo ella, levantando la mano para ahuecarse la barbilla. Muy viejo entonces. —¿Y los demás?

—Actualmente hay dos crías que aún se aferran a nuestra madre. No sé con cuánta diferencia nacieron, pero creo que los mantiene jóvenes a propósito.

—¿Por qué y cómo puede mantenerlos jóvenes? Los bebés crecen.

—Hay dos a los que llamo los gemelos, —dijo en lugar de responder. *—Creo que compartieron el mismo vientre y nunca los he visto separados. Son muy juguetones, pero también rudos. También está el Duskwalker cornamenta.*

Se dio cuenta de que primero los estaba nombrando por el más joven.

—¿El del cráneo de zorro? He visto bocetos de él, —se apresuró a decir Mayumi. —Es conocido por los Cazadores de Demonios. Igual que el del cráneo de lobo con los cuernos retorcidos, el que se echa novia cada diez años.

—Ese es Orpheus. Es mayor que yo, aunque no tan desarrollado.

—¿Desarrollado?

Faunus se detuvo en medio de dar un paso.

—*¿No lo sabes?* —Ella levantó ambas manos para encogerse de hombros con ellas cuando él la miró. —*Ya veo. Los Duskwalkers ganamos más humanidad por el número de humanos que nos hemos comido. Aunque yo nací después que él, he consumido más humanos. Dejó de cazarlos cuando decidió que quería una novia. Es bastante triste. También es muy territorial en cuanto a su hogar. Magnar, el de cuernos de cornamenta, es acogedor, pero creo que se debe a la ignorancia, a la falta de humanidad y a no haberse enfrentado a muchas adversidades.*

Mayumi quería seguir aprendiendo sobre él y todos esos hermanos que tenía, pero había una pregunta que le rondaba la cabeza.

—El de la calavera de lobo, Oferus, o como hayas dicho que se llamaba.

—*Orpheus,* —corrigió.

—Sí, sí, lo que sea. ¿Mató al último humano que se llevó? El sector occidental trazó un plan para capturarlo la última vez que fue a obtener un sacrificio. ¿Está muerta, esa mujer? Escuché que masacró a todos los Cazadores de Demonios que fueron tras él. Algunos lo vieron pasar desde lejos.

—*¿Reia? Sí, está viva.*

Mayumi no sabía su nombre antes de esto.

—¡No puede ser! —chilló Mayumi mientras saltaba hacia delante, dándole ligeros golpecitos emocionados en la espalda. —¡Han pasado casi once meses desde entonces! ¿Siguen vivos los demás?

—No. Están muertos. Ella es la única que ha sobrevivido, y lo hará durante mucho tiempo. Nunca buscará una nueva novia, así que una vez que su círculo de protección se desvanezca, las aldeas humanas tendrán que protegerse a sí mismas.

—Ya veo...

En realidad no... No acababa de entenderlo todo, pero no podía contener el alivio de saber que la mujer seguía viva.

También había algo en su forma de hablar. No sabía por qué, pero sentía como si Faunus no estuviera revelando toda la verdad. Era como si estuviera ocultando algo.

—Vale. Entonces... dos bebés, los gemelos, el chico zorro, tú, y luego el chico lobo. —Los contó con los dedos. —¿Dijiste que eran ocho hermanos? ¿Quién es el último?

Preguntaría por el noveno y de dónde venía más tarde, ya que parecían estar cerca de su casa.

—Merikh, **—**gruñó Faunus, haciendo que sus ojos se abrieran de sorpresa. —*Es el Duskwalker con cuernos de toro y cráneo de oso.*

—Creía que estaba muerto, —jadeó Mayumi. —El gremio lo mató hace más de cien años.

Faunus exclamó. —*No. No está muerto. Vive y tiene mucha más humanidad incluso que yo. Es lo que le hace tan peligroso.*

—¿No te gusta?

—*Es malo, Mayumi. Y si le ves, no vivirás mucho.* —La vibración que ella podía sentir en su torso era la reverberación de su gruñido. —*No le interesan otros Duskwalkers y es bastante odioso con los humanos. Prefiere estar con los Demonios inteligentes.*

—¿Dónde está ahora entonces?

Ella diría que fue para evitarlo, pero siempre estaba dispuesta a un desafío.

—*No estoy seguro. Abandonó el Velo hace muchos años en busca de algo y desde entonces no ha vuelto. Su cueva está vacía, pero su círculo mágico aún permanece. Tal vez lo sustituya y se marche de nuevo.*

Los árboles empezaron a abrirse, mostrando el claro y su hogar tras él. El sol empezaba a ponerse, pero habían regresado mucho antes de lo que ella lo habría hecho por su cuenta.

Faunus no se acercó, sino que se detuvo en el borde del claro.

—*En realidad, esto me recuerda.* —Levantó una mano mientras giraba la cabeza para mirarla, equilibrándose sobre tres extremidades para poder ayudarla a bajar. —*Deseo establecer mi círculo protector alrededor de tu casa. Espero que permanezca los diez años que se supone que debe permanecer.*

Mayumi pasó la pierna por encima del arco de su columna vertebral y se deslizó hacia abajo sin su ayuda, de forma parecida a como bajaría de un caballo.

—¿Impedirá que los Demonios puedan acercarse?

—*Sí, de eso se trata.*

Cruzó los brazos sobre el pecho y echó una cadera a un lado. —Entonces no. En algún momento, incluso mientras estés aquí, empezaré a provocarles de nuevo. Soy una Cazadora de Demonios en espíritu, aunque ya no lo sea de nombre.

—*Mayumi,* —le advirtió, pero ella se limitó a levantar la mano y caminar hacia su porche.

—No te resistas, Faunus. Dije que podías protegerme, y eres bienvenido a hacerlo, pero hay ciertas cosas que aún quiero poder hacer.

En realidad, esperaba que con él cerca, ¡podría matar a un montón de ellos! La idea la hizo sonreír tanto que le dolían las mejillas.

—*Bien.*

CAPITULO 23

Un poco contrariado, Faunus siguió a Mayumi hasta su porche. En el último escalón, echó el brazo hacia atrás y agarró las múltiples bolsas que llevaba a la espalda para separarlas de su cuerpo.

Cambió a su forma más humanoide para poder ayudar a llevarlas al interior. Iba sin ropa, ya que Mayumi dijo que la había 'extraviado'.

Como ella había quitado su dolorosa barrera cuando él regresó, pudo entrar libremente.

No tiene mucho sentido, pensó refunfuñando mientras entraba tras ella. *¿La mayoría de los humanos no buscarían una protección permanente para sus hogares?*

Pensó que ella habría asegurado su hogar y encontrado otras formas más seguras de cazar Demonios. Atraerlos al mismo lugar donde ella residía le parecía una locura.

No le gustaba, pero Faunus sabía que si intentaba intervenir, su relación con Mayumi -fuera lo que fuese- podría cambiar tan bruscamente como había empezado.

—Toma, yo cojo las bolsas y lo guardo todo, —se ofreció tras quitarse la chaqueta y tenderles las manos.

No deseo que me deseche. Se negó a darle las bolsas y se limitó a entregarle objetos al azar para ayudarla en lo que pudiera. *He visto a humanos desecharse unos a otros.*

Faunus sostenía múltiples frutas y verduras en su gran palma, sujetándolas con los dedos y las garras. Cuando ella las cogió para colocarlas en su comedero, él rebuscó en una bolsa y cogió otro surtido de comida.

La observó, sin apartar la mirada de aquella hembra fuerte, capaz y, sin duda, hermosa, mientras lo guardaba todo.

No quería desilusionarse con la realidad de lo que había entre ellos. Ella lo deseaba, eso lo sabía con certeza, pero nunca parecieron ser mucho más que eso.

Lo mismo le ocurría con otras parejas humanas que había visto.

Por curiosidad, Faunus se había quedado observando a una hembra en particular a la que le gustaba tener... diferentes parejas en su casa. Los hombres siempre se iban, a veces más de uno, pero ella nunca parecía dispuesta a que se quedaran.

Por lo general, se limitaban a completar actos bastante obscenos juntos antes de que ella los saludara desde la puerta con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Nunca había habido promesas de más, nunca había habido confesiones de emociones tiernas.

¿Es Mayumi de la misma manera?

¿Buscaría finalmente un nuevo compañero? Él sabía que estaba satisfaciendo algún extraño deseo que ella tenía, pero ¿acabaría cansándose de él?

No soy humano. No puedo darle algunas cosas que ella puede querer o buscar.

Nunca podría entrar en una aldea humana con ella. No podía darle crías, ni siquiera besarla, ya que no tenía labios. En comparación con los de su propia especie, Faunus sabía que era deficiente.

Era egoísta, pero no quería que Mayumi lo dejara por un humano. Sabía lo que era el matrimonio, lo que un marido y una mujer eran el uno para el otro. Él nunca podría hacer eso, aunque quisiera.

Nunca podría unirme a ella. Aunque Mayumi quisiera darle su alma, cosa que él dudaba, seguiría sin poder obtenerla.

Esto era lo más lejos que podían llegar.

Mayumi se giró con una sonrisa brillante cuando vio que habían completado su tarea juntos. Su cálida expresión hacia él, cuando él la había visto fría, le carcomió el corazón. Pero... Quiero que... me ame.

Por un momento, el color rosa intenso brilló en sus orbes.

¡No! Rápidamente se tapó la cuenca de un ojo mientras reprimía la emoción, los sentimientos que intentaban crecer, negándose a permitirse sentir siquiera un destello de esa cálida emoción hacia ella. No puedo. No quiero.

Ella ya se había apartado de él antes de que lo viera, empezando a cortar algunas zanahorias, patatas y otras verduras que él no podía nombrar. Había conseguido una pequeña cantidad de carne, pero la echó a la olla para que

hirviera y luego le quitó el envoltorio. Él le había dicho que tuviera cuidado con cualquier carne fresca cerca de él, y ella lo estaba teniendo en cuenta.

A pesar de su necesidad de matar su creciente afecto por ella, emociones contradictorias martilleaban sus pensamientos.

Se acercó a Mayumi por detrás para aprisionarla entre su forma ligeramente inclinada hacia delante y la encimera de la cocina que ella estaba utilizando. Colocando una mano alrededor del bíceps de ella, sus fuertes músculos ocultos se flexionaron en la palma de su mano mientras deslizaba las garras de la otra por debajo de su gruesa camisa de manga larga.

No puedo amarla. No debería amarme... pero quiero que lo haga. Quería eso de ella. Era codicioso, pero quería poseer su corazón y robárselo a cualquier otro con el que se cruzara.

Su respiración se entrecortó cuando él deslizó la palma de la mano por el costado de sus músculos abdominales antes de inclinarse hacia él. *Si no puedo tener su alma, entonces quiero todo lo demás.*

Faunus quería consumirla. Consumir sus pensamientos, su corazón, su cuerpo. Quería que fueran suyos, mordisquear cada parte de su esencia hasta que cada célula de su cuerpo recordara que él era su dueño.

Incluso después de que se hubiera ido.

—Faunus, —le advirtió, pero no había lucha en su voz ni en su cuerpo ágil mientras se apretaba aún más contra él. Aceptó su abrazo, incluso giró la cabeza hacia él mientras él la miraba desde arriba. Sus orbes eran amarillos, pero estaba seguro de que en cualquier momento se volverían morados. —

Hace tiempo que no como. Tengo que preparar la cena antes de que puedas jugar conmigo.

—¿Por qué no podemos hacer las dos cosas?, —preguntó él, deslizando la mano hacia arriba para rozarle el pecho izquierdo con la palma.

No podía agarrarlos. Eran demasiado pequeños, incluso sólo con sus dedos, pero ella era muy sensible aquí. Incluso acariciándolos ligeramente, su aroma se convertía en algo maravilloso y apetitoso.

Con el pulgar de la otra mano, abrió el botón del pantalón y metió la mano dentro.

Faunus chocó la punta del hocico contra la cabeza de ella mientras ronroneaba: —Puedes prepararte la comida mientras yo toco lo que me apetece.

Ella se estremeció y sus muslos se separaron lo suficiente para que él pudiera bajar la mano y acariciar su precioso coño, que él había reclamado para que ningún otro pudiera hacerlo.

Le había preocupado lo que eso pudiera significar para su futuro, pero estaba tan jodidamente extasiado que su polla se agitaba cada vez que estaba cerca de ella.

Como quería que ella pudiera prepararse la comida, se limitó a acariciarle el pezón y el duro clítoris. Antes de que terminara de prepararla, le suplicó que bajara más, que la penetrara con sus gruesos dedos.

Él se negó hasta que ella terminó de cortar sus ingredientes y luego le dio lo que quería mientras esperaban a que se cocinara su comida.

Al tenerla de puntillas, agarrada a sus dos antebrazos, mientras apoyaba su culo respingón contra él y gritaba, una fuerte vibración salió de su pecho en señal de agradecimiento. Mayumi era su humana para provocar.

—Es una buena Cazadora de Demonios, —ronroneó cuando ella empapó sus dedos y sus paredes internas se estremecieron en torno a ellos.

—Ya no soy Cazadora de Demonios, —resopló ella. —¿Te acuerdas?

—No de nombre, pero sí de espíritu. ¿No es eso lo que dijiste?, —rió él. Luego, dejando la mano derecha entre los muslos de ella, le cogió la mandíbula con la otra y le inclinó la cabeza hacia atrás y hacia un lado, de modo que quedara frente a él. —Abre la boca, Mayumi.

—¿Por qué?, —preguntó ella, con el ceño fruncido.

No le gustaba que le lamiera los labios, así que nunca se los había abierto.

—No puedo besarte como es debido, pero eso no significa que no pueda saborearte. —Quería demostrarle que al menos podían hacerlo, y que reclamaría cada parte de su cuerpo a su manera. —Apuesto a que tu saliva es tan dulce como aquí.

Movió los dedos de un lado a otro una sola vez para mostrarle a qué se refería. La niebla de su mirada se hizo más espesa y Mayumi separó los labios para él. Incluso le sacó un poco la lengua.

Suele ser tan mandona, pensó mientras bajaba lentamente la cabeza, con el corazón acelerado por el hecho de que se mostrara dócil y complaciente con él. *Pero siempre se ablanda cuando la toco.*

Le gustaba que sacara ese lado de ella. Era como una recompensa una vez que la moldeaba entre sus garras y la levantaba.

La primera incursión de su lengua rozando la parte superior de la de ella hizo que ambos gimieran. Faunus separó los colmillos alrededor de la cara de ella para poder penetrarla más profundamente, y su polla estuvo a punto de salirse por el placer que sentía, por el sabor y la textura embriagadores.

Le costó unos cuantos lengüetazos, pero acabó devolviéndole el lengüetazo. Sus labios se cerraron alrededor de su lengua para retenerla, para mantenerla dentro, y el calor se encendió en su interior.

Su alegría nunca llegó a sus orbes morados, pero sabía sin duda que ella le permitiría volver a hacerlo en el futuro.

Su boca era otro pedazo de ella que él había obtenido.

Mía.

El sonido de un quejido despertó a Mayumi, que abrió los ojos de golpe y los dejó caer de inmediato.

Está gimoteando otra vez.

No era la primera vez que Faunus la despertaba por un mal sueño. Aunque sus gritos eran ligeros y silenciosos, el sonido de sus gimoteos la despertó cuando la apretó un poco más de la cuenta.

Actualmente, su frente estaba presionada contra el cojín de sus músculos pectorales. Él estaba de lado con los brazos alrededor de ella.

Su aroma a citronela y lima le dificultaba mantener los ojos abiertos. Siempre la adormecía, siempre la dormía.

Su mente solía ser aguda, incluso en el sexo. Que él tuviera ese poder sobre ella era alarmante, pero había llegado a aceptarlo. No es que él pudiera evitar que ella reaccionara a su olor, a su calor o a esa maldita voz ronca que siempre le revolvía las entrañas.

Un aullido salió de él y sus garras se aferraron antes de soltarla.

No sabía que los Duskwalkers pudieran tener pesadillas, pensó mientras se incorporaba lentamente, con la esperanza de no despertarlo. *O que pudieran soñar.*

Miró fijamente a Faunus, cuyo cuerpo daba violentas sacudidas. No era ninguna sorpresa que se hubiera despertado, sobre todo porque esta vez parecía ser mucho peor que otras.

Su mirada aturdida y adormilada revoloteó hacia el fuego moribundo.

Finalmente se volvió hacia Faunus y ladeó la cabeza mientras se inclinaba sobre él, equilibrando su peso sobre un brazo.

¿Qué te preocupa, Faunus?

Él no le había explicado en absoluto por qué desconfiaba de algunas cosas. No le gustaban los cuchillos cortos, ni el fuego, ni el baño. Olfateaba la comida para asegurarse de que no fuera venenosa y no le gustaba que ella estuviera enterrada bajo nada, aparte de su propio cuerpo.

Mayumi le rozó la mandíbula con el dorso de los dedos, con la esperanza de aliviarle. Los brazos que la rodeaban se tensaron al sentir su tacto, casi tirando de ella más cerca antes de que se acomodaran.

¿Debería despertarlo?

Decidió no hacerlo. Se merecía descansar, sobre todo porque siempre estaba tan atento a ella y a su cuerpo por la noche.

Me gusta de verdad. El Duskwalker se estaba abriendo paso en su corazón de piedra, aunque antes de él había sido imposible.

Faunus no la acosaba, pero siempre estaba presente. Era tan perezoso que si ella no le daba una tarea, se quedaba tumbado en su casa mientras la observaba. Parecía contento de... hacer simplemente eso.

Y era divertido, de una manera extraña. Era juguetón y bromista, pero también era solemne en otros momentos. Era serio cuando lo necesitaba o quería serlo. Apasionado, posesivo y dominante, pero también le permitía tomar el control si ella realmente quería.

Era un montón de aspectos contradictorios, como si quisiera serlo todo a la vez. Amable y rudo, cariñoso y despreocupado, perezoso pero trabajador.

Nunca sé cómo va a reaccionar, pensó con una risa silenciosa y singular. Eso le hace divertido.

Estaba tan acostumbrada a que la gente fuera predecible y tuviera segundas intenciones. Nunca había sido difícil adivinar los suyos, pero aún no había desentrañado sus verdaderas razones para estar aquí.

Ella sólo... esperaba que él no planeara desaparecer. *Quiero que te quedes.*

Contempló los rasgos etéreos, impíos y hechizantes de su rostro huesudo. A pesar de sus orbes brillantes, las cuencas de sus ojos, grandes pero vacías, eran oscuras, como si estuvieran llenas de sombras constantes. El arco de su hueso de la ceja felino, las abolladuras de sus mejillas. Siempre le llamaban la atención sus colmillos, tan afilados y amenazadores, y a menudo sentía el deseo de besar el costado de los más largos.

Quiero saber más de ti. A veces estaba dispuesto a compartirlo todo, y otras, era impreciso.

Sus historias parecían tener partes redactadas, información oculta.

¿Qué estas ocultando?

Mayumi levantó más la mano, rozándole el hocico y luego el lado de la grieta de la cara, con extrema delicadeza para no hacerle daño. Siempre estaba sensible, pero sabía que a veces, si hacías cosquillas cerca de una herida, podía resultar agradable en lugar de doloroso.

Los orbes rojos cobraron vida.

En el momento en que sintió los afilados filos de la grieta de su cara, Mayumi fue empujada hacia su espalda. Una gran mano agarró su garganta con fuerza y apretó, cortando su capacidad de hablar y respirar. Su jadeo se convirtió en un ahogo.

Su rostro se agitó debido a la falta de sangre y oxígeno en su cabeza. Sus ojos se desviaron confusos en su dirección.

Faunus estaba sobre ella con los colmillos entreabiertos en un gruñido feroz, amenazador y de advertencia, con sus orbes de un color carmesí de furia. Las piernas de Mayumi pataleaban, sin encontrar apoyo en las tres extremidades que lo sostenían mientras la inmovilizaba.

Le abofeteó las manos antes de intentar arrancarle al menos un dedo grueso y largo. Fue inútil. Era demasiado fuerte. *¡Mierda!*

El dolor ardiente en el pecho se intensificaba cuanto más tiempo pasaba sin poder respirar, la saliva se acumulaba en la parte posterior de la boca. Su garganta emitió un chasquido al intentar tomar oxígeno.

¡Me va a matar, joder! Mayumi lo intentó todo, pero nada sirvió. No podía hablar porque tenía la tráquea y la laringe aplastadas.

Intentó buscar un arma, pero no había nada a su alcance.

Entonces Mayumi empezó a relajarse, su visión se oscurecía mientras unos puntos negros se arremolinaban. Su cabeza ardía, como si fuera a arder. *Mi…erda.* Su mente se agitó.

Un chorro de oxígeno entró en sus pulmones en el momento en que la mano de él se soltó y retrocedió. Sus orbes eran blancos. Al menos había visto eso antes de rodar hacia un lado y empezar a toser salvajemente.

¡Ha intentado asfixiarme!

Faunus se abalanzó sobre ella, colocando su enorme cuerpo a horcajadas sobre el suyo, mucho más pequeño. Ella cabía fácilmente entre sus muslos mientras él le ponía la mano en el costado de la cara con más cuidado que de costumbre.

Soltó un gemido. —Lo siento mucho, Mayumi.

—¡Aléjate de mí, joder!, —gritó ella mientras le apartaba la mano de un manotazo. Salió como un susurro ronco, ya que tenía la tráquea y las cuerdas vocales heridas.

Sabía que le iba a salir un moratón. Literalmente, le había estado exprimiendo la vida.

—¿Qué coño pasa, Faunus?, —gritó, para luego entrar en un ataque de tos. Cada vez que respiraba le dolían los pulmones.

Ella cayó de espaldas a poca distancia de él. Sus facciones se torcieron en una de disgusto e incredulidad.

—Lo siento. No quería hacerte daño, —respondió, ¡como si su maldita disculpa fuera suficiente! —Me asustaste cuando me tocaste la cara.

—Eso aún no te da derecho. —Ella se frotó la garganta al sentirla ya hinchada. —O te explicas o te largas.

Faunus temblaba por todos lados. Sus manos temblorosas se acercaron a ella antes de retirarse. Sus orbes estaban más blancos que nunca.

A ella no le importaba. Nada permitía a nadie asfixiar a otra persona. Era un Duskwalker. No estaba ciega ante los peligros a los que se enfrentaba, y eso era parte de lo que la excitaba.

Le había advertido de la sangre, así que si la atacaba por ese motivo podía perdonarlo. Sobre todo porque le había explicado abiertamente que eso significaría que no tendría el control. Su hambre se apoderó de su mente, la nubló tan completamente que comería cualquier cosa y todo lo que estuviera a la vista.

¿Pero esto? No había habido sangre. Ella no había hecho nada más que acariciarle tiernamente la cara.

No se lo merecía.

—Yo... pensé que eras otra persona, —dijo débilmente. Su hocico apuntaba al suelo cuando miró hacia abajo, su postura de rodillas totalmente derrotada. —Estaba confundido. Sabes que nunca te haría daño intencionadamente.

—No es suficiente.

Obviamente, algo le había sucedido en el pasado, pero ella no iba a quedarse ahí para ahogar sus traumas. Ella tenía su propio bagaje y se negaba a pagarlo con él o con cualquiera.

No permitiría que un humano le hiciera eso. En realidad, era más propensa a cortarle las pelotas a un hombre o a golpear el pubis de una mujer si alguien se atrevía a ponerle la mano encima.

Se quedó en silencio, con los colmillos abriéndose y cerrándose. Entonces volvió la cara hacia ella... y ella lo supo. No necesitaba ponerse en su piel para que ella lo supiera.

No me lo va a decir.

—Fuera, —dijo ella, señalando la puerta con la nariz. —Lárgate y no vuelvas. Si ni siquiera puedes respetarme lo suficiente como para darme una explicación, entonces no te quiero aquí. No me protejas más, no me vigiles más. Vete a otra parte.

Sus propias palabras le oprimieron el corazón. No quería que se fuera. Hace sólo unos minutos, estaba pensando en lo mucho que quería que se quedara, pero no iba a ceder en esto, incluso si era desgarrador para ella misma.

—Mayumi...— suplicó.

—No.

Sus orbes se volvieron de un color azul intenso y se arañó el lado izquierdo del pecho, entre los huesos de las costillas. Hizo un corte lo bastante profundo como para que la sangre morada empezara a manar entre sus dedos.

—Me resulta difícil explicarlo. —Su siguiente gemido reveló que lo decía emocionalmente. —Y no quiero que pienses que soy débil.

Agitando el pecho, ella negó con la cabeza.

—No lo haré, lo prometo. —Ella no iba a ir a consolarlo a pesar de todo. No después de lo que había hecho. Puede que lo hiciera antes, puede que le

arrullara mientras se acurrucaba contra él para hacerlo más fácil, pero no iba a darle eso. —Pero si no me lo dices, quiero que te vayas.

Más sangre brotó mientras él cavaba más profundo. Ella sabía que su mano estaba justo sobre su corazón, que estaba teniendo una reacción física muy dentro. Parecía que estaba sintiendo lo mismo que ella, pero quizás mucho peor.

—Me has tocado la cara. Te dije que no lo hicieras. —Se le cayó el labio inferior cuando sonó como si la estuviera culpando. —Sentí que tocabas la grieta.

—¿Y eso te da derecho?

Él negó con la cabeza.

—La persona que me hizo esto, —dijo mientras alargaba la mano para tocarla. —También me hizo daño de otras maneras. Estaba reviviendo esos recuerdos cuando me despertaste. Pensé que eras él, eso es todo.

¿Esto era todo lo que iba a conseguir? ¿Una estúpida respuesta vaga como siempre?

—¿Qué hizo?, —insistió ella, estrechando la mirada.

Él retrocedió un poco, como si prefiriera irse antes que contárselo. Sin embargo, dejó escapar una profunda expiración, su temblor empeorando.

—Hay una razón por la que no me gusta tu chimenea ni tu baño.

Ella permaneció en silencio. Esperaba que no estuviera intentando decirle lo que ella pensaba.

—Él estaba tratando de averiguar cómo matar Duskwalkers. Y como yo fui tan estúpido como para quedarme en el centro del Velo, decidió atacarme a mí en particular. No tenía hogar. Los Demonios habían venido y reclamado mi cueva cuando la abandoné durante demasiado tiempo. No tenía otro lugar adonde ir que intentar vivir entre ellos, aunque desconfiaban de mí. Estaba solo la primera vez que me atraparon, ya que nunca pensé que vendrían a por mí. Cuando seguí viviendo entre ellos, los Demonios le ayudaron la segunda vez. Sólo pude escapar con la ayuda de Magnar.

—¿Qué te hizo, Faunus?, —repitió.

—La mejor pregunta sería qué *no* me hizo, —soltó una risita sombría. —Me ahogó para ver cuántas veces volvía a respirar bajo el agua. Me enterró para ver si salía arañando de la tierra. Me diseccionó. Me envenenó. Me cortó la cabeza. Me quemó *vivo* hasta que me convertí en polvo y lo único que quedó de mí fue mi cráneo.

Mayumi no creía que su rostro hubiera perdido nunca el color con tanta intensidad.

Sintió lástima por él. Llevó su mirada a la chimenea, incapaz de imaginar que la quemaran viva y luego sobrevivir para recordar cómo se sentía.

—Ni siquiera pude salvarme a mí mismo, —continuó, con el dorso de las manos cayendo al suelo. Sus orbes se tiñeron de rosa rojizo, y ella pensó que eso podría indicar su vergüenza. —Mi madre tuvo que ayudarme. Es muy pequeña, como tú, pero tiene una magia muy poderosa. Pudo luchar contra él y llevarse mi cráneo bajo el brazo para poder huir conmigo. —Su hocico apuntaba hacia

el otro lado. —No fui yo mismo durante bastante tiempo. Ella ayudó a recuperarme.

—*Faunus,* —susurró ella, poniéndose a cuatro patas para poder arrastrarse más cerca.

Todo tenía sentido. Podía perdonarlo. Esta era una razón suficiente para estar desorientado al despertar.

—¡No!, —gritó él, alejándose de ella antes de que pudiera ponerle la mano en el antebrazo. —Lo prometiste, y no quiero tu compasión.

—Eh, eh. No pasa nada. No creo que seas débil, —arrulló mientras deslizaba suavemente sus manos entre las de él. —De hecho, estoy muy orgullosa de ti. Un humano habría perdido la cabeza después de experimentar algo así. Sin embargo, aparte de desconfiar un poco de algunas cosas, sigues riéndote. Eso no es debilidad, Faunus. Eso es fuerza.

—Pero no pude salvarme, —afirmó él, dejando que ella le cogiera la mano para que se la rodeara por la cintura. —Y los recuerdos perduran. Me hicieron hacerte daño, Mayumi. ¿Cómo puedo protegerte si no puedo hacerlo de mí mismo?

Ella le levantó la otra mano y se la puso sobre el hombro, acurrucándose contra él mientras le rodeaba el torso con los brazos. Mayumi le abrazó.

—Puedo protegerme a mí misma. Ahora que lo sé, tendré más cuidado en el futuro.

Le llevó unos segundos, pero al final la levantó y la colocó sobre sus muslos para abrazarla con fuerza. Incluso le pasó la parte inferior de la mandíbula por la nuca y la cabeza desde atrás.

—Pero deberías habérmelo dicho. Esto se podría haber evitado si hubiera sabido lo que significaba para ti esa grieta en el cráneo. No la habría tocado mientras tenías una pesadilla.

Lanzó un grito ahogado cuando la sensación de ardor alrededor de su garganta se disipó en el lapso de un suspiro. Se tocó el cuello.

—Lo siento. —El azul se había desvanecido a un color diferente, uno que ella no había visto antes. Eran de un naranja brillante. —Te he quitado la herida para que no tengas que sufrirla, pero no debería haber necesitado hacerlo. —La apretó más fuerte. —Quizás... debería dormir fuera a partir de ahora.

—No, —espetó ella mientras le señalaba la cara con el dedo índice. —Me gusta despertarme contigo rodeándome.

Él le acarició tiernamente el pómulo con el nudillo anterior del dedo índice. —¿Estás segura?

Con lo rápido que había cambiado de opinión, supuso que nunca había querido dormir fuera solo.

—Sí. Sólo si me dices quién te hizo esto.

Su mano se detuvo. Ella pensó que iba a evitar responder, pero entonces él suspiró y le rozó el pelo con las garras.

Su voz era triste cuando dijo: —Su nombre es Jabez, y él es el Rey Demonio.

CAPITULO 24

El hocico de Faunus recorría el claro frente a la casa de Mayumi mientras su vista se movía por el bosque circundante, el manto de nieve y el cielo cada vez más brillante. Estaba sentado en el porche de su casa, con una pierna entrecruzada mientras la otra reposaba en los escalones con el dorso de la mano inerte en su regazo.

Era media mañana, lo cual era relativamente temprano para ellos.

Mayumi tendía a quedarse despierta pasada la mitad de la noche y hasta la madrugada, incluso antes de que empezaran a enredarse durante ella. Para Faunus, que no dormía muchas horas, esto era una ventaja.

Sólo había tenido que ajustar sus hábitos de sueño para que coincidieran con los de ella.

Cuando le preguntó por qué lo hacía, ella le explicó que la forma de vida de un Cazador de Demonios era estar activo cuando su presa estaba en movimiento y al aire libre.

Por lo general, Faunus se despertaba cuando ella lo hacía, dejando que sus movimientos lo sobresaltaran, pero ese día se había levantado solo, con los ojos de un azul intenso. No había dormido. La pesada carga que sentía en el

pecho era aún más aplastante que de costumbre, y estar a su lado no lo había aliviado.

Le he contado lo que me había pasado.

Nunca había querido hacerlo.

A pesar de lo que ella le había dicho y de cómo había intentado tranquilizarlo y consolarlo, no se había sentido mejor.

Agradeció que los recuerdos más recientes que había adquirido fueran de ella. Sus pequeños gritos de placer y su risa descarada. Sus cautivadoras cejas arrugadas y su sonrisa llena de humor. El recorrido de sus uñas por su espalda y su suave tacto contra sus grandes manos.

Su risa era tan encantadora como la magia que él podía producir, parecía casi imposible y, sin embargo, real. Su olor era un aroma adormecedor, que le adormecía la mente pero también le agitaba el cuerpo.

Nada de esto borraba lo que le había ocurrido.

Aún recordaba sus pulmones llenándose de agua, quemándole por dentro y por fuera en una fría humedad antes de que su mente se desvaneciera de este mundo. Sólo para expulsar ese agua de repente y despertarse al día siguiente todavía sumergido bajo el líquido sofocante, respirándolo de nuevo, viendo cómo sus propias respiraciones burbujeantes golpeaban alguna superficie intocable desde abajo y la hacían ondular.

La forma en que la suciedad le había llenado la boca y el orificio nasal era otro tipo de agonía. Estar bloqueado en los lugares donde más necesitaba libertad

era atormentador. Comer tierra sólo para poder respirar inútilmente una vez más y fracasar, sólo para despertar de nuevo, curado y ahogarse al instante.

Su tacto no podía eliminar el eco persistente de la cuchilla que le atravesó la carne mientras estaba despierto o sus densos y difíciles huesos siendo rotos, sólo para que Jabez le mostrara su propio corazón latiendo.

Pero lo peor de todo... el único recuerdo que era tan abrasador como lo recordaba eran las llamas. Sentir su pelaje chamuscar su propia carne antes de que el fuego realmente se apoderara de él. Sentir sus músculos y su sangre hirviendo antes de empezar a arder y derretirse.

Eran las más frescas y las que más dañaban su mente. No podía olvidar su agonía, por más que lo intentara.

Esos recuerdos de fuego eran con los que más soñaba. Eran los que le habían hecho daño.

Su disculpa no sirvió para borrar la vergüenza, la culpa y la decepción al darse cuenta de que su propia mano con garras había estado apretando su pequeña y delicada garganta. La había estado apretando, con la cara enrojecida, y aunque no suplicante, la había fulminado con la mirada.

Una nueva pesadilla.

Le había explicado más cosas desde que ella se lo pidió, pero nunca había tenido intención de compartirlas con ella.

No sólo porque se avergonzaba de no haber podido salvarse, sino porque no quería que ella supiera que estaba atormentado. Su tiempo con ella podría ser corto. No quería que estuviera lleno de dolor.

Después de que ella se durmiera, Faunus había intentado aliviar su mente y su corazón doloridos acariciándole la mejilla, el cuello y el pelo, pero sus pensamientos se negaban a dejar de girar.

Había optado por salir al exterior y observar cómo se iluminaba el mundo, sabiendo que el número de veces que lo vería disminuía cada día.

Faunus no estaba acostumbrado a estar tan solemne o apenado. Una vez creyó que sus orbes eran amarillos porque había sido fácil hacerle reír o despertar su curiosidad. Fue sólo después de que el Rey Demonio lo atrapó y torturó dentro de esa habitación ineludible que Faunus había cambiado. Sólo se podía abrir desde fuera.

Las cosas sólo empeoraron cuando se dio cuenta de que su propia perdición se cernía sobre su cabeza como una nube después del día en que Jabez le había roto el cráneo con la garra del pulgar.

Rozó con la punta de los dedos el hueso de la cuenca del ojo. *La grieta no se había extendido desde que había regresado.*

Era resistente, todavía fuerte, pero ¿por cuánto tiempo más?

Le preocupaba que se desmoronara en cualquier momento.

Faunus giró las manos sobre el regazo para mirarse las garras con los hombros encorvados.

Ella me dijo que me fuera. Le había dado un ultimátum. Por supuesto que él había elegido el camino que le permitiría permanecer a su lado, pero el hecho de que ella lo hubiera pronunciado... él sintió como si significara poco para ella.

Entendía lo suficiente como para saber por qué lo había hecho. No estaba tan desilusionado y subdesarrollado en su humanidad como para cegarse ante la verdad. Pero parecía que sus sentimientos hacia él eran tan escasos que había tomado la decisión con facilidad.

Todo lo que había visto era ira y ni siquiera una pizca de remordimiento por el hecho de que él pudiera haberse ido a causa de sus palabras.

El cuerpo de ella se calentaba y anhelaba el suyo. Su corazón, sin embargo, parecía tan frío como el acero que le había visto blandir.

Ella es como una rosa. Como sus pétalos, puede ser suave y maleable. Como su aroma, podía ser embriagadora y deliciosa. Era igual de hermosa, si no más.

Pero también podía ser tan afilada y cruel como las espinas.

Tenía que tener cuidado. De lo contrario, podría hacerse daño. Su afecto también podía marchitarse tan rápido como el capullo en flor sobre su peligroso tallo.

Despiadada pero delicada, eso era Mayumi para él.

A cada paso que daba hacia ella, más sentía como si sostuviera firmemente una espada que se clavaría de buena gana en su propio pecho.

Pensando en esto, en su pasado, en ella, su corazón le dolía de un modo que nunca había imaginado posible. *No quiero dejarla.*

Levantó la mirada para seguir a un pájaro que volaba en círculos. Se alejó volando justo cuando oyó unos pasos rápidos y fuertes.

—¡¿Faunus?! —Oyó el grito de pánico de Mayumi antes incluso de que hubiera empujado la puerta de su casa. Se abrió de *golpe* contra la pared.

Con el cráneo ya mirando por encima del hombro en su dirección, cualquier tensión que tuviera en el cuerpo se alivió al verle allí.

Estaba desnuda, aparte de la manta que se había echado sobre los hombros. A menudo la utilizaba para cubrir las partes de ella que él no podía abrigar con su calor por la noche.

—¿Qué ocurre?, —le preguntó él, inclinando la cabeza sólo porque su tez estaba más pálida de lo normal.

Su color claro y blanquecino volvió a brillar rápidamente a la luz de la mañana.

—Creía que te habías ido, —respondió ella con voz entrecortada, revelando que se había despertado de un sobresalto e inmediatamente había corrido hacia la puerta.

Estaba alerta pero tambaleante, como si acabara de levantarse. Incluso había líneas de impresión en una de sus mejillas por estar apoyada contra el dorso de su propia mano.

—Te dije que me quedaría aquí.

Eso no había cambiado por lo que él le había dicho. La única forma de que él se fuera era que ella tomara a otro macho y tuviera su olor sexual sobre ella. Nunca impediría que Mayumi hiciera lo que quisiera, pero sabía que sería incapaz de contener su indignación y sus celos en su presencia.

Actualmente, en espíritu, ella era su hembra. Había marcado su territorio, y sentiría la necesidad de defenderlo. Sobre todo porque no tenía a nadie más por quien luchar.

Ella era todo lo que le quedaba en el mundo.

—Sí, pero pensé...— Mayumi se frotó un lado del cuello mientras ponía mala cara y miraba hacia un lado. —No importa. ¿Por qué estás fuera?

Se quitó la manta de los hombros y empezó a caminar junto a él.

—¿Por qué? ¿Me has echado de menos?, —preguntó él, obligándose a reír a pesar de su abatimiento.

Ella le miró de arriba abajo. —Tenía frío.

Y se lanzó a la nieve.

Chilló cuando todo su cuerpo se hundió en ella, y él observó inmediatamente cómo su carne se volvía rosada y se erizaba. Su bonito y alegre culo se mostraba para él. Se pasó la lengua por el hocico y pensó en cómo se lo calentaría. Era firme, y le gustaba cogerlo, tocarlo, mordisquearlo.

Faunus a menudo tenía que reprimir las ganas de morderla. Y no sólo un delicado mordisquito, sino que quería clavarle los colmillos, demostrarle a su flexible cuerpo que era su dueño. Que podía darle tanto placer como dolor juguetón si quería.

No podía, porque sería desastroso probar una sola gota de su sangre. A menudo contenía el aliento si olía siquiera una pequeña fracción de ella, excepto cuando había cambiado su cuerpo para tomar el suyo.

En aquel momento se había distraído con deseos más apremiantes que el hambre.

Aunque ella prefería beber su té, él había visto a Mayumi hacer esta rutina matutina muchas veces. Normalmente, se levantaba del frío en cuestión de segundos. Esta vez, boca abajo, gemía.

—*Ughhh.* Estoy tan cansada.

Sus pensamientos acalorados murieron cuando se dio cuenta de que él había sido la causa de un sueño agitado para ella.

Cuando Mayumi volvió al interior, se debatió entre bañarse en la bañera exterior de manantial o limpiarlos con un cubo de agua y un paño. Decidió simplemente limpiarlos.

No quiero enfrentarme a algo de lo que desconfío después de revelar por qué. Después de calmarse por haber pensado inicialmente que Faunus se había ido, todavía le parecía alarmante que hubiera estado fuera solo.

Normalmente, Faunus se quedaba dormido hasta que ella se despertaba o, al menos, continuaba abrazándola hasta que lo hacía. Parecía que le gustaba

abrazarla, y a menudo se despertaba con él acariciándole la piel desde la frente hasta el muslo algunas mañanas.

No sabía cómo procesaban los Duskwalkers los traumas. Si se parecía en algo a un humano, imaginaba que sería un proceso difícil, sobre todo teniendo en cuenta su gravedad.

Ahora que comprendía por qué él siempre se colocaba lo más lejos posible del fuego o miraba hacia él aparentemente hipnotizado, su corazón irradiaba un tierno dolor. Se exponía a cosas que odiaba o temía, sólo por... ella.

Debo de importarle mucho, pensó mientras le limpiaba el torso y los muslos después de haber limpiado su propio cuerpo.

Él se había ofrecido a hacerlo él mismo, como hacía cada vez que ella se le acercaba con jabón líquido en las manos mientras estaba en la bañera, pero ella quería hacerlo. A ella le gustaba tocarlo. Sentía como si lo estuviera adorando de otras formas además de la sexual.

Lo consideraba un cuidado posterior para demostrar que también le importaba. Mucho.

Bueno, tal vez más que mucho, pero Mayumi no estaba acostumbrada a sentir nada por otra persona. La gente sólo estaba en el mundo para morir en algún momento, y había muchas complicaciones cuando se trataba de tener una relación con un humano.

Pero él es un Duskwalker. Contemplar la idea de una relación real con él era absurdo.

Y, sin embargo, ahí estaba ella, contemplándolo mientras lo limpiaba con largas y apasionadas caricias. Sería igual de complicado formar algo más sólido con él, pero tal vez no de la forma en que había notado en la humanidad.

Apartando la mirada de su fuerte, voluminoso y musculoso pecho, Mayumi la elevó hasta su rostro. Sus orbes eran amarillos y ya la observaban. Normalmente, ya habrían empezado a ponerse morados, puesto que ella le estaba frotando la costura. Los dos estaban desnudos, como solían estar juntos, pero él se limitó a torcer la cabeza hacia ella cuando se detuvo.

¿Está mal que sienta algo por él? Algo se había roto por dentro cuando le contó lo que le había pasado.

Ella había necesitado que él se mostrara vulnerable. Necesitaba saber que se había enfrentado a dificultades, entender lo que significaba sentir dolor y tristeza.

Faunus finalmente había revelado algo sobre sí *mismo*.

Él ya sabía mucho sobre ella, pero hasta anoche, ella sólo lo conocía como un Duskwalker. Nunca había revelado dónde vivía, de qué zona del Velo venía, qué había estado haciendo.

No sabía nada porque él solía ocultarle cosas.

Al saber más sobre los Faunus, se sintió más cerca de él. Mayumi podía compartir su cuerpo con cualquiera, pero sus pensamientos y sentimientos internos solían guardarse en lo más profundo.

Al mirarle fijamente, no pudo evitar que su corazón se llenara de una calidez tan hermosa que se sintió inclinada hacia él para acariciarle la mandíbula. Se detuvo cuando casi había llegado.

Me ha dicho que no le gusta que le toquen la cara. Sin embargo, ella lo había hecho siempre que había querido, sin entender por qué él se oponía hasta ahora.

Justo cuando ella estaba a punto de alejarse, Faunus se inclinó más cerca. Colocó la parte delantera de su cráneo contra las manos de ella, dejando que lo rozara todo, incluida la grieta que tenía.

—Quiero que me toques, —admitió, colocando ambas manos sobre las suyas para mantenerlas presionadas sobre el duro hueso. —Siempre lo he deseado.

—Dijiste que dolía, —refunfuñó ella, empujando hacia arriba para poder acariciarlo.

—Sí, pero sólo si no eres suave.

Faunus apartó las manos y dejó que ella lo acariciara como quisiera, y se aseguró de usar sólo la parte inferior más suave de sus manos. Sus orbes acabaron volviéndose negros y de su pecho empezó a salir un ronroneo vibrante.

El sonido le puso la piel de gallina. Apoyó la frente en la almohadilla de su pecho y en la dureza de los huesos que lo cubrían.

Cuando ronronea, me hace cosas raras por dentro.

—¿Mayumi?, —su tono estaba lleno de confusión y preocupación, probablemente porque ella llevaba tanto tiempo palpándole la cara.

Se aclaró la garganta y se echó hacia atrás.

—¿Puedo cepillarte? —Ella soltó una risa incómoda mientras miraba de reojo para evitar su mirada, preguntándose por qué aquello le resultaba más embarazoso que todas las veces que se habían tocado íntimamente. —Tu pelaje es muy suave, pero imagino que sería aún más esponjoso si le quitara todos los nudos.

La gran mano de Faunus le acarició el lado de la cara y debajo de la mandíbula y la hizo volver a mirarlo. —Puedes tocarme como quieras.

Y así, la férrea barrera que rodeaba su corazón intentó derretirse bajo el poder de sus palabras, de su confianza.

Su sonrisa fue el único reflejo del grito de placer que quería soltar. Buscó a tientas el cepillo para el pelo y no tardó en pasárselo por el lomo.

Como recompensa, apretó los labios contra la parte posterior de su cráneo. La sonrisa de Mayumi se acentuó cuando él le rozó con las garras antes de girar la cabeza ciento ochenta grados para mirarla, con ellas de un amarillo más intenso que de costumbre.

Mayumi le agarró la cabeza y la giró hacia delante, porque era un poco raro que fuera capaz de girarla hasta el punto de que parecía que no se le torcía el cuello. Era parecido a cómo había visto a los pájaros girar el cuello, y a ella tampoco le gustaba que lo hicieran.

Hablando de pájaros... miró la jaula vacía que tenía en su casa.

La razón por la que había soltado a su paloma mensajera la noche anterior no era porque Faunus tuviera tendencia a mirarla, advirtiéndole de que podría encontrársela devorada en algún momento. La había soltado porque le había atado una carta muy larga y detallada a la pata y la había enviado a la Fortaleza Hawthorne.

En ella les informaba de lo que Faunus le había contado la noche anterior sobre el Velo, el Rey Demonio, la Aldea Demonio y todo lo que se le ocurriera que pudiera ser de utilidad. Nunca escribió quién le había dado la información ni cómo había llegado a obtenerla, pero pensó que era importante que la conocieran.

Pensó en detallar todo lo que había aprendido sobre los Duskwalkers, aunque todavía no sabía cómo matar a uno, pero no lo hizo. No era sólo por él. El resto de los de su especie eran su familia, y le parecía... mal compartir esa información con los que serían considerados sus enemigos.

Ella sólo compartió lo que aprendió de los Demonios y el Velo.

Al cepillar todo el pelaje de Faunus, éste se volvió muy suave, brillante y esponjoso, y Mayumi terminó por acariciarlo con la nariz. Era como una nube celestial que le hacía cosquillas de la manera más dichosa.

Podría hacer esto todos los días... No, iba a hacerlo todos los días. Iba a cepillarlo y luego acurrucarse en todo ese pelaje hasta que su corazón sangrara de satisfacción.

Mayumi se apartó cuando terminó de abrazarlo.

—¿Quieres ayudarme a quitar la nieve del patio? —preguntó Mayumi, en lugar de exigirle que la ayudara.

Era una gran tarea, pero esperaba que fuera una buena distracción.

Cuando él aceptó, Mayumi le dio la pala más grande, de boca cuadrada, y ambos se dedicaron a limpiar la zona alrededor de la casa. Había al menos un metro de espesor, pero Faunus era rápido.

Cuando terminaron alrededor del cobertizo y el baño, bajaron por los laterales hacia el claro delantero. Fue allí, sin embargo, donde Mayumi tuvo una brillante idea.

Mientras él estaba de espaldas a ella, apretó una bola de nieve en la mano y se la clavó en el culo. Fingió estar ocupada paleando cuando él la miró por encima del hombro. Se aseguró de darle la espalda para que no viera que se estaba riendo.

La segunda vez que lo hizo, tenía dos pelotas. Una para clavársela en la espalda y la otra para golpearle en el pecho cuando se diera la vuelta.

Ella esperaba que él recogiera su propia bola de nieve.

En lugar de eso, sus orbes se volvieron azules mientras preguntaba: —¿Por qué me tiras cosas? ¿Te he enfadado?

Giró la cara a un lado y a otro, probablemente examinando todo el trabajo que había hecho hasta entonces, que era mucho más que el de ella. Agachándose, recogió más nieve y formó una bola.

—Se llama pelea de bolas de nieve, —dijo mientras adoptaba una postura de lucha.

—No quiero pelear contigo, Mayumi.

Ella no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Es un juego en el que la gente se lanza nieve esquivándola. Gana el que más le pega al otro. —Ella se la lanzó, y él la vio volar por el claro y estallar contra su denso pecho. —¿Eres competitivo, Faunus? Porque yo sí, y creo que te llevo cuatro golpes de ventaja.

—¿Quieres... jugar a un juego conmigo? —Sus orbes destellaron de un color amarillo brillante.

Habían jugado a muchos juegos en el transcurso de la última semana. Se habían limitado a juegos de mesa, pero ella pensó que esto podría ser más energizante.

Sin embargo, había cometido un error. Un error muy grande. Faunus recogió nieve para hacer una bola... y era del tamaño de su puta cabeza. Era una roca de nieve.

¡Oh, mierda! Ella se agachó cuando él la lanzó, prácticamente tirándose a un lado y cayendo de bruces.

—¡Tienes que hacerlas más pequeñas, Faunus!, —chilló cuando él recogió otra bola y empezó a perseguirla con ella.

Se escondió detrás de un árbol justo antes de que él la lanzara, oyéndola demasiado tarde. El árbol tembló, y un enorme manto blanco cayó de las ramas y se posó sobre sus hombros y su cabeza.

A Mayumi no le importó resultar un poco herida en el proceso. No cuando Faunus soltó una profunda carcajada cuando salió cubierta de nieve mientras se la limpiaba con rabia.

—Eso cuenta como un golpe, —afirmó mientras reía y apuntaba con una garra en su dirección. —Aun así he hecho que te caiga nieve encima.

Hinchando las mejillas, Mayumi se agachó rápidamente e hizo la bola de nieve más grande que había hecho nunca. Era una cuarta parte del tamaño de la suya. Luego separó rápidamente las piernas con un pisotón y levantó el brazo.

Él hizo lo mismo, preparándose. En el momento en que ella dio un paso adelante para lanzarla, Faunus salió corriendo para escapar. No le dio.

Mientras corría, recogió nieve con facilidad e hizo una bola.

Al menos era más pequeña, porque ella no estaba preparada cuando él se giró de repente y se la lanzó. Fue un lanzamiento suave, y por eso ella estaba agradecida, ya que inmediatamente la puso de culo.

—Ya van dos, —señaló.

Sus ojos se inclinaron y se incorporó, clavando las manos en la nieve. —Ah. ¡Ay! Creo que me he roto algo.

Sus orbes se volvieron blancos de inmediato. Se abalanzó sobre ella.

—¿Te he hecho daño? Debería haber tenido más cuidado. —Empezó a agacharse lentamente a su alrededor y extendió las manos con cautela. —Lo siento...

Antes de que pudiera terminar, Mayumi lanzó una pequeña bola de nieve que había formado en su mano mientras estaba oculta. Su risa resonó en el claro mientras se ponía en pie y echaba a correr.

—¡Pequeña mentirosa!

Mayumi sólo fue perseguida unos pasos antes de ser placada. Faunus los hizo girar mientras caían, y ambos aterrizaron de lado, de modo que ella no quedó aplastada bajo su gigantesco y pesado armazón.

La risita que soltó Mayumi fue tan ligera y despreocupada que no recordaba la última vez que había soltado algo así.

—Eso fue trampa, Mayumi, —gruñó Faunus ligeramente, lo que sólo hizo que sus risitas empeoraran.

—No establecimos ninguna regla. Ha sido un todos contra todos. —En represalia, recogió un gran puñado de nieve y se lo tiró en la cabeza, enterrándola parcialmente durante una fracción de segundo. —¡Aún así he ganado!

Faunus la rodeó con los brazos y la apretó contra su cuerpo. —Ha sido divertido, —dijo. —Hacía mucho tiempo que no jugaba.

—¿Has jugado a este tipo de juegos con otros?, —preguntó ella una vez hubo soltado la cabeza.

—Sí. He jugado con los gemelos cada vez que nos cruzábamos. Creo que disfrutarían jugando a esta *pelea de bolas de nieve* conmigo.

Un destello azul surgió en sus orbes. Ella sabía que lo había visto, aunque desapareciera en un abrir y cerrar de ojos.

Algo lo entristece. Lo que ella creía imposible después de cómo se habían reído.

Se arrastró hasta tumbarse encima de él con las piernas estiradas y sobre las suyas. Apoyó el codo en su pecho y apoyó la barbilla en la mano. —Bueno, ¿por qué no se lo enseñas?

—Estoy aquí contigo, Mayumi, —respondió él rápidamente, levantando las manos para poder pasarle las garras por la coleta. —No puedo enseñárselo sin marcharme.

Eso la hizo hacer un mohín. —Supongo que es verdad.

Entonces él bajó la mano y, desde la parte posterior de los muslos de ella, sus cálidas manos se deslizaron por su cuerpo, por los costados, los omóplatos y luego de nuevo hacia abajo. Dejó escapar un suspiro cuando debió de fijarse en el color del cielo.

—Está oscureciendo. Si quieres terminar de limpiar el patio antes de esa hora, debemos reanudar la marcha.

Mayumi se encogió de hombros. —Podemos hacerlo mañana. No es que importe cuándo esté hecho.

Tras contemplar sus palabras, soltó una carcajada. —Te gusta tumbarte sobre mí.

Era más grande que la mayoría de las camas individuales en las que se había tumbado. Y era cálido y cómodo. Claro que le gustaba tumbarse en él.

Mayumi alargó la mano y le acarició el cráneo como siempre había querido, desde la mitad de la frente hasta el hocico. Aunque evitó la grieta, hizo bailar las yemas de sus dedos sobre el resto del frío hueso. Sus orbes se ennegrecieron mientras se inclinaba hacia ella.

Es magnífico.

Había tantos aspectos de él que adoraba. Su cara, su cuerpo, sus grandes garras y colmillos, pero también su personalidad. ¿Quién más en el mundo podría decir que había tenido una pelea de bolas de nieve con un Duskwalker?

Era reflexivo y, sin embargo, podía ser tan peligrosamente juguetón que era difícil no... enamorarse de ese aspecto. Era travieso, y su experiencia observando a los humanos lo hacía casi diabólico a veces, pero también era muy considerado.

Claro que a veces parecía desconcertado por lo que ella decía o hacía, pero se adaptaba tan rápido que la mitad de las veces ella apenas lo notaba.

Me deja ser yo misma.

Mayumi nunca se había sentido cómoda siendo ella misma con otra persona. Una adulta que se dedicaba a las peleas de bolas de nieve, a las rabietas mandonas y a los lujuriosos movimientos sexuales recibía el juicio de muchos otros. Con Faunus, nunca tuvo que preocuparse por nada de eso.

Aceptaba a Mayumi tal y como era. Caliente y fría, desordenada y limpia.

Sólo había una cosa de la que no estaba segura.

—Faunus, ¿me dejarías cazar Demonios? —Ella no estaba buscando permiso. Quería saber qué diría él, sobre todo después de la última vez que habían hablado de esto.

Sus garras deslizantes se detuvieron en medio de su columna vertebral.

—Poco importa lo que yo diga sobre el tema, —afirmó Faunus, que ya la conocía mejor que la mayoría. —Pero preferiría que me permitieras hacerlo contigo. No interferiría a menos que me lo pidieras, ya que sé que es algo que te importa, pero me gustaría asegurarme de que no sufres ningún daño.

Mayumi enterró la frente contra su pecho mientras agarraba el suave pelaje que lo cubría.

Era todo lo que podía pedir.

Le preocupaba que intentara interponerse, ya que estaba aquí para 'protegerla'. Se había estado preguntando si él intentaría impedirle hacer algo tan peligroso, pero oír que no interferiría hizo que se derritiera por dentro.

—Me gustas, —murmuró contra su músculo pectoral. Era algo más que un enamoramiento infantil, pero nunca se le había dado bien expresar sus sentimientos más profundos.

Sabía que estaba profundamente encaprichada de él.

—Sí, lo sé, —rió Faunus mientras le rozaba el cuero cabelludo con las garras, bajaba por el borde de la mandíbula y le levantaba la barbilla. —Te gusta que te monte.

—No me refiero a eso. —Suspiró mientras se levantaba para sentarse a horcajadas sobre su pecho. —Quiero decir que me gustas y que quiero que te quedes aquí conmigo.

Él ladeó la cabeza con evidente perplejidad, algo que no solía hacer a menudo. —Ya voy a quedarme aquí contigo.

¡Uf! ¿Por qué era tan difícil?

—Quiero decir como... joder, no lo sé. —Se agarró un lado de la cabeza. —Sería raro llamarte novio ya que eres un Duskwalker, ¿pero básicamente el equivalente a eso?

Un follamigo era una cosa. Eso era sólo sexo sin emoción, pero ella quería más de Faunus.

—Seré lo que tú quieras que sea, Mayumi. He oído ese término antes. Sé que significa algo más de lo que estamos haciendo ahora. —Se rascó con la punta de la garra un lado del hocico. —¿Pero no querrías algo así de otro humano?

A pesar de su muestra de torpeza, ella pensó que podría ser medio falsa teniendo en cuenta que sus orbes se volvieron de un amarillo más brillante en lugar de un brillo de color rosa rojizo para resaltar un 'rubor' Duskwalker.

—La gente es complicada, —gimió mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás, sintiendo la tensión en la parte superior de la garganta. —He salido tanto con hombres como con mujeres, y me sacan de quicio. Alguien me engaña

mientras no estoy, otro sólo quiere mi dinero o protección, y luego están los pocos que tienen todas esas emociones. Por mucho que lo he intentado, nunca he sido capaz de ser yo misma. Se supone que debo ser solemne y pensar en la crueldad del mundo. No me malinterpretes, lo hago mucho, pero a veces sólo quiero divertirme porque sí. Pero tú eres la clase de persona a la que no tengo que ocultar nada de quién o qué quiero. ¿Sabes lo liberador que es eso?

—No soy una persona, Mayumi. —Su tono era casi amargo.

Mayumi dejó caer la cabeza hacia delante. —Para mí sí lo eres. Tienes una identidad. Sólo que es única.

Faunus le pellizcó la mejilla y tiró de ella. —Tu extrañeza me parece adorable, —admitió. —Ningún otro humano sería así conmigo. Es raro que tú lo seas.

Él tenía razón, y ella también lo sabía.

Se dejó caer hasta que sus manos quedaron enterradas en la nieve por encima de sus cuernos de carnero curvados hacia atrás, con el pelo revoloteándole a un lado de la cara.

—¿Qué te parece?, —preguntó ella sonriendo.

Los brazos de él se hundieron en la nieve mientras giraba el cráneo y lo dejaba caer hacia un lado. Sonaba exasperado mientras decía: —Si es necesario.

¡El muy cabrón lo está haciendo como si no quisiera!

Le habría dado una bofetada en el pecho, pero sabía que sólo se estaba burlando de ella. Tuvo suerte de que ella le tuviera mucho cariño.

Imbécil.

CAPITULO 25

Tras despertarse y ponerse en pie a regañadientes, Mayumi llegó a mitad de camino hasta la puerta principal cuando un fuerte brazo la rodeó por la cintura y tiró de ella. Soltó un chillido de sorpresa al caer de espaldas, sobre unos grandes brazos y un cálido regazo.

Creyó que había conseguido levantarse sin despertar a Faunus, pero supuso que no.

Una de sus manos se aferró a la parte exterior de su muslo desnudo para sostenerla contra él, mientras la otra le acunaba el cuello y la mandíbula.

—¿Por qué haces esto?, —le preguntó él mientras le acariciaba la mejilla con la mandíbula. Su voz era aún más grave de lo normal, teniendo en cuenta que estaba aturdido y lleno de sueño.

—¿Hacer qué?, —le preguntó ella mientras levantaba la barbilla, permitiéndole que la acariciara como quisiera.

—¿Por qué te tiras a la nieve?

Desde su conversación de ayer, Faunus parecía aún más cariñoso con ella. Ronroneaba y se frotaba contra ella un poco más a menudo.

Ella se lo devolvió, dejándose mimar.

—Me cuesta despertarme del todo, sobre todo en invierno. —Bajó los párpados con pereza mientras disfrutaba de su calor. Seguía sin despertarse del todo y él amenazaba con volver a hundirla, incluso ahora. —Lo he estado haciendo desde el gremio. Si no tenía té, me tiraba a la nieve para estar alerta. Si no, ando con medio cerebro durante la primera hora del día.

—¿No tienes té?

—No. Lo gasté todo hace dos días. Olvidé comprar más la última vez que fui al puesto avanzado de Colt.

Ronroneó, no sólo desde la garganta, sino también desde el pecho. —Siempre puedes despertarte en mi polla.

Cada día se volvía más vicioso. Ella le animaba de cabeza, esperando que se volviera más diabólico de esta manera tan sensual.

Una carcajada brotó de ella. —Siempre puedes despertarme con eso. No me importaría despertarme a mitad del orgasmo.

Su ritmo vibrante se apagó mientras él echaba la cabeza hacia atrás para mirarla. —No puedo hacer eso, Mayumi. No estarías despierta. Eso... eso no me parece bien.

Mayumi levantó con cuidado ambas manos para tocarle un lado del hocico, con una sonrisa curvándole los labios.

—Lo es si te doy permiso previo, que te estoy dando ahora. —La sonrisa se transformó en una mueca. —Además, como que ya lo has hecho.

Un destello de color rosa rojizo surgió en sus orbes antes de que volvieran a la normalidad. — Eso fue un accidente.

Ella sabía que lo había sido, pero eso no significaba que no se burlara de él.

Aunque Faunus solía tener pequeñas y fugaces pesadillas, también tenía sueños lujuriosos. Mayumi se había despertado unas cuantas veces con su polla empujando contra ella, y una vez dentro de ella, ambos completamente dormidos antes de que ella acabara despertándose. Por supuesto, ella había aprovechado al máximo la situación.

Era agradable saber que ella estaba sexualmente atormentando sus sueños.

—Llamémoslo un feliz accidente. —Mayumi tarareó juguetonamente mientras se movía para arrastrarse sobre su regazo y quedar frente a él. Sus rodillas estaban sobre las de él, obligando a Faunus a soportar todo su peso. —Te lo pasaste muy bien después. —Mayumi entonces se inclinó más cerca con sus manos en los anchos hombros de él, agachando su cabeza por el lado de la de él para susurrar desde donde ella pensaba que él podría oír. —Fue todo agradable y lento, y ronroneaste todo el tiempo.

El espeso y largo pelaje que rodeaba su cuello se erizó y sus colmillos se entreabrieron mientras dejaba escapar una expiración a través de ellos.

Le gustaba que fuera tan fácil provocarle ese tipo de reacción, incluso con sólo unas pocas palabras pronunciadas con voz entrecortada y ligera.

Faunus deslizó la afilada punta de sus garras desde debajo de su culo hasta la mitad de su columna vertebral. Ella se arqueó cuando él dijo: —Si quieres levantarte hoy, te advierto que deberías tener cuidado con lo que me dices.

Esta vez, Mayumi emitió un tarareo pensativo que tenía un trasfondo de timidez. Deslizó las manos desde los hombros de él para pasarlas por el pecho, sobre el pelaje y los huesos de la zona, y se inclinó aún más hacia él.

—Ya me has dicho que puedo despertarme jugando contigo. —Con los dientes delanteros, le pellizcó el cuello justo detrás de la comisura de la mandíbula. No le importaba la piel, no cuando la acción le hizo ponerse rígido en lo que ella esperaba que fuera deleite. —Y todavía no estoy despierta del todo, Faunus.

¿Ya habían tenido sexo anoche? Sí. ¿Mayumi ya estaba llena de semilla? Sí, también, aunque ella había empezado a limpiársela cuando terminaban para no tener que darse un baño completo por la mañana. ¿Le importaba a Mayumi que estuviera un poco tierna y cansada? En absoluto.

Una de las razones por las que Mayumi tenía problemas con la mayoría de sus parejas era que rara vez podían seguir el ritmo de su libido sexual. A menudo utilizaba el ejercicio para frenar sus necesidades sexuales, pero no tenía que hacer eso con Faunus.

Él parecía ser más insaciable que ella.

En el momento en que Faunus empezó a soltar lo que ella apodaba con *cariño* un *ronroneo*, un gruñido y un ronroneo al mismo tiempo, supo que su pequeño anzuelo había picado, y que tenía un gran pez en el sedal que domar.

Cuando sus manos agarraron la parte posterior de sus muslos con la intención de levantarla, muy probablemente para colocarla en el suelo, Mayumi levantó la mano. Le golpeó la punta del hocico con el dedo índice.

—Sin embargo, quiero hacerlo a mi manera. —Enredó los dedos detrás de su grueso cuello. —Quiero que te recuestes.

Faunus resopló disgustado, lo que hizo que sus labios se torcieran. —¿Por qué tengo que recostarme? Creía que te gustaba que te montara.

Por alguna razón, Mayumi siempre se encontraba contra el suelo. Ya fuera de rodillas, boca abajo o de espaldas, siempre era Mayumi la que era montada. A Faunus le gustaba tener el control.

Era su turno.

Faunus chasqueó la lengua dentro de su boca. —¿Planeas montar mi lengua otra vez? No lo hemos hecho desde la primera vez. —Deslizó la mano bajo sus muslos para acariciarlos, provocando un escalofrío por sus piernas. —Me gustó cuando te corriste en mi boca de esa manera.

—Eso podría estar en la agenda, —dijo ella, aunque no lo estaba. —Pero antes quiero hacer otra cosa.

Mayumi tenía otros planes, y no estaba dispuesta a desvelarlos.

—Esto va a ser excitante, —ronroneó Faunus mientras le soltaba los muslos y se recostaba, descruzando las piernas para ponerlas rectas. Cruzó los brazos detrás de la cabeza para poder observarla.

No pudo evitar pensar que parecía bastante engreído en ese momento, que era el aspecto que siempre tenía cuando estaba tumbado.

Quiero estrujarle el maldito cerebro.

Volvió a sentarse sobre los tobillos, aún completamente arrodillada sobre los muslos de él, y se relamió la comisura de los labios. Su cola se enroscó antes de apoyarse en el suelo, y eso no hizo más que aumentar la visión que ella tenía de él.

Con sólo mirar el festín de un Duskwalker ante ella, su mente aturdida ya estaba un poco más alerta. La excitación empezaba a palpitar en todos los lugares delicados de su cuerpo.

Sin embargo, lo primero que hizo Mayumi fue plantar la cara contra su pecho y empezar a frotársela.

—¿Por qué tu pelaje es tan suave?, —preguntó, disfrutando de su suavidad y de su embriagador olor. —Me dan ganas de estar constantemente enterrada contra ti.

Apoyándose en los codos, acabó por acurrucarse a un lado hasta que sus labios rozaron el pezón plano de él. Eran de color gris oscuro, como el resto de la piel que podía ver, como el vientre y las manos. Era más oscuro, sin embargo, y pasó la lengua por el pezón que había estado acariciando con los labios para ver si a él le gustaba.

Lo miró y sus orbes se tiñeron de morado al instante. El color se intensificó cuando lo mordió antes de chupar.

—Se siente... extraño. —Su cola se enroscó alrededor de su muslo para tirar de ella y que la soltara.

Cuando ella lo hizo, él retiró una mano de detrás de su cabeza y acarició su propio pezón con curiosidad antes de volver a ponerlo en su sitio. Había sido una sensación nueva para él, y ella supuso que no estaba muy seguro de cómo se sentía.

Volvería a intentarlo más tarde.

Despreocupada por su pelaje, le mordió la parte superior del músculo pectoral, donde era más largo, antes de morder la parte inferior, donde era más corto. Luego fue bajando a besos hasta deslizarse entre sus muslos, y él tuvo que separarse para ella.

—¿Qué haces, Mayumi?, —le preguntó cuando las rodillas de ella estaban firmemente apoyadas en el suelo.

Agradecida por haberle robado los pantalones días atrás y haberlos escondido, las puntas de sus dedos se deslizaron por donde tenía la costura. Le pareció adorable cuando se apretó contra ella.

—¿Tú qué crees?

En todo este tiempo que Faunus había estado aquí, nunca había tenido la oportunidad de jugar con él. Lo había visto, le había acariciado la polla y se la había cogido con las manos, pero Faunus siempre intentaba meterle algo dentro, ya fueran los dedos, la lengua o la polla.

Ya había probado su delicioso lubricante en los dedos, pero ahora quería mordisquearlo desde la fuente.

Inclinándose hacia delante, le pasó la lengua desde la base de la costura hasta arriba. —Ábrete, Faunus.

Parpadeó cuando la punta de un tentáculo se retorció para liberarse, antes de enroscarse alrededor de su dedo cuando lo acercó. Entonces se le abrió la costura, y su polla se deslizó hacia delante sin que los cuatro miembros que normalmente la protegían la protegieran.

Lo que salía de él tenía la misma longitud de siempre, y su grosor sólo se había hinchado ligeramente. La única diferencia era que aún estaba parcialmente blando cuando normalmente estaba duro al salir.

Era de un fuerte color lavanda, no un morado muy oscuro pero tampoco claro. Mayumi lo sujetó por su gruesa base y pasó el pulgar por el lateral, sintiendo cómo sus esponjosas púas se movían bajo la almohadilla del mismo.

Faunus, que la observaba en silencio, le permitió tomarse su tiempo. Sabía que estaba disfrutando por lo rápido que empezó a endurecerse, pasando de estar flácida contra su abdomen a sobresalir.

Sus tentáculos retorcidos eran de un morado mucho más oscuro en el exterior liso, amenazando con ser casi negros, pero las púas del interior eran del mismo color que el tronco. Estas púas a menudo se ponían rígidas alrededor de sus caderas, pero nunca crecían lo bastante afiladas como para cortarla.

Dejó que su mano izquierda se enredara con dos de las extremidades mientras deslizaba la derecha por su enorme y magnífica polla. Su lubricante se extendía, reluciente y húmedo. Era gorda, y cuando subió la otra mano para acariciar el otro lado, ambas no pudieron contener su grosor.

Mayumi se inclinó hacia delante para poder pasarle la lengua por encima.

Sus párpados temblaron bajo la deliciosa embestida de su aroma a citronela y lima directamente en la lengua. Estaba diluido, pero hizo que empezara a salivar. Los colmillos de Faunus se abrieron ligeramente al exhalar, y su polla se hinchó como reacción.

Bajando por el otro lado, Mayumi se dedicó a besar cada uno de los picos de su polla. No eran uniformes, le salpicaban aquí y allá.

Es increíble que esto quepa dentro de mí, pensó mientras subía las manos desde la base hasta la mitad. Pasó la lengua por la ancha cabeza, los pinchos del borde eran más grandes aquí.

Aunque parecía proporcional a su cuerpo, no demasiado largo ni grueso contra él, contra su propio tamaño parecía... gigantesco. El hecho de que pudiera tomarla hasta la empuñadura era imposible. Lo cual, por supuesto, lo era sin su magia de cambio de tamaño.

Canturreó satisfecha al recordarlo.

Mientras movía la lengua, notó que los músculos de su abdomen se contraían y se hundían. Al final, quería verlos bailar.

Mayumi se concentró sobre todo en la cabeza, mientras sus manos subían y bajaban por la raíz, deslizándose con los pulgares por el profundo surco que había debajo. De vez en cuando bajaba para frotar de donde creía que podía salir su semen, dos óvalos salientes que se pegaban a la base justo después de la costura.

La primera vez que lo hizo, él finalmente descruzó los brazos.

Uno se quedó detrás de su cabeza para sostenerla con el puño cerrado, mientras el otro clavaba sus garras en el suelo. No tenía ni idea de qué hacer con las manos, y ella dejaría que lo averiguara por sí mismo.

—Ojalá pudiera meterte en la boca, —dijo ella con un gemido cuando su lengua por fin probó por primera vez la semilla con sabor a rocío. Agradeció que no fuera el líquido salado al que estaba acostumbrada. —Sabes tan bien que quiero tragarte entero.

Mayumi empujó hacia abajo con fuerza, apenas ganando una fracción más de su polla dentro de su boca. Lo quería más profundo. Tan profundo, de hecho, que ya había pasado la parte posterior de su boca y estaba dentro de su garganta.

Sus dientes debían de estar clavándose en la gorda cabeza, pero él no se quejó. En lugar de eso, ronroneó: —Mayumi.

Su mano libre subió para acariciarle la parte superior del pelo antes de quitárselo, como si pensara que no era buena idea. El hecho de que pudiera cubrirle toda la nuca con la mano era asombroso, pero ella sabía que podría aplastarla con un mal movimiento de la mano.

No lo haría, aunque no estuviera seguro, pero eso era algo que ella adoraba de los Faunus. Era impredecible, peligroso y fuerte, y sin embargo era tan consciente de ello que rara vez la hería. Incluso si lo estaba, como las numerosas veces que le había arañado la piel demasiado profundo, él siempre la curaba antes de que ella se diera cuenta.

Sus manos trabajaban al unísono con su boca, subiendo y bajando al igual que su cabeza. Su lengua se movía antes de sumergirse a un lado para mordisquear el borde.

Su lengua lamía constantemente el lubricante que seguía saliendo de él hasta gotear sobre sus manos. Se apresuró a recoger cualquier gota de semen antes de que goteara. Su mente estaba fija en el pedazo de carne fálico, duro y caliente con el que estaba jugando.

Notó que los muslos de él se agitaban a su alrededor, que su vientre se agitaba y apretaba, que su respiración era más jadeante. Pero ella quería más.

Intercambiando posiciones, sus manos subieron más mientras su boca bajaba. Luego pasó la lengua por uno de sus óvalos incrustados mientras apretaba la cabeza ligeramente puntiaguda.

—*Joder*, —rugió él, con la voz mucho más grave y distorsionada de lo normal.

Se arañó profundamente el estómago mientras levantaba las caderas. Mayumi le siguió, girando la cabeza hacia el otro lado para tocarle el testículo izquierdo. Lo chupó, y la espalda de él se arqueó mientras su polla se hinchaba.

—*Joder*. Para, Mayumi. —El tono necesitado era decadente para sus sentidos.

—¿Por qué?, —preguntó ella directamente contra él, esperando que sintiera el movimiento de sus labios y su respiración.

—Vas a hacer que me corra.

Su pecho se agitaba, y finalmente puso la mano sobre su cabeza, intentando apartarla con el talón mientras ella luchaba por mantenerse allí. Cuando

empezó a ganar, ella giró la cabeza y le mordió con fuerza la parte carnosa de la palma. Él la retiró.

—De eso se trata, ¿no?

Mayumi lamió esta vez la derecha, sintiendo cómo se apretaba bajo su lengua. Bajó las manos por la polla.

—No puedo hacerte una buena mamada a menos que tengas más magia que pueda ayudarme. Tengo que usar lo que tengo. —Se la chupó un momento, haciendo que todo su cuerpo se estremeciera. —Disfruta del viaje.

Faunus se puso nervioso, sobre todo cuando empezó a moverse entre la base demasiado sensible y la cabeza de la polla con la boca a intervalos diferentes. Sus manos se movían en el medio, siempre acariciándolo.

Entonces Mayumi chilló cuando su cola subió para rozar toda la raja de su coño. Estaba empapada, lo que facilitaba su deslizamiento, y el pelo era tan corto que resultaba muy suave.

—Me dices que disfrute del paseo, —gruñó él, haciendo que sus párpados parpadearan mientras ella pasaba la lengua alrededor de la cabeza. —Sin embargo, puedo oler lo excitada que estás. ¿Lo haces por mí o por ti?

La respuesta era ambas cosas, pero ella se limitó a mirar hacia arriba para encontrarse con sus orbes morados con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

Tenía los pezones duros y doloridos, al igual que el clítoris, pero no se estaba tocando a propósito. Estaba creando su propia expectación.

Bueno... ese había sido su plan.

Se desbarató cuando se encontró gimiendo contra la punta de su polla cuando él deslizó su rabo dentro de su coño. Era más delgado que su polla, y se sentía más como una provocación, pero era suficiente estimulación.

Mayumi separó los muslos y dejó que se moviera libremente mientras bañaba su polla en besos, mordiscos y lametones. Su visión estaba aturdida mientras su cuerpo tomaba el control sin pensar.

Sus manos se movían con rapidez y su boca corría por todas partes. Tal vez pensó que sería suficiente para frenarla, tal vez incluso controlarla, pero sólo la hizo más codiciosa, más hambrienta incluso.

Los movimientos de Mayumi se volvieron más atrevidos y gimió mientras movía las caderas contra su cola.

Los tentáculos de Faunus se retorcían como si quisieran agarrar algo, curvándose constantemente. Se convirtió en una batalla cuando ella supo que él se estaba acercando.

Él retiró el brazo de detrás de su cabeza y dejó que su cráneo cayera hacia atrás para poder bajar la mano y dejar que aquellos miembros se agarraran a sus dedos para solventar cualquier necesidad dolorosa que tuvieran. Su otra mano sujetaba su cabeza en una jaula de garras, rozando sutilmente su cuero cabelludo cuando se movía.

Todos los músculos de él se estremecieron y sus caderas empezaron a inclinarse y a empujar. Su cola continuó moviéndose dentro de ella, pero perdió ritmo y movimiento.

Ella sintió que sus púas se endurecían y se afilaban, que su polla se hinchaba por completo. Al instante apartó las manos antes de hacerle daño. En su lugar, las bajó y le cogió los dos sacos incrustados en la parte inferior de la polla. Estaban más planos que antes, como hundidos, y palpitaban con fuerza en sus manos. Estaban calientes.

Cada jadeo suyo iba seguido de un pequeño gemido.

Si quería hablar, parecía incapaz de hacerlo mientras ella le frotaba la base palpitante y le chupaba la cabeza. Él emitió un gemido ahogado y eufórico.

Mayumi no se apartó cuando el primer chorro de semilla con sabor a rocío entró en su boca. Fue un chorro potente, con mucha fuerza, pero se tragó lo que pudo y los dos siguientes. Luego se dio por vencida y empezó a rodear la punta con la lengua mientras abría y cerraba los labios sobre ella.

—No. Demasiado, —medio gruñó, medio gimió.

¿Es porque no está acostumbrado a moverse mientras se corre?

Eso sólo la hizo ir más rápido, interrumpiendo con la lengua los hilos de su semilla mientras se liberaban.

Faunus le agarró el pelo y le echó la cabeza hacia atrás. Clavó las uñas en sus muslos para equilibrarse y aliviar el dolor exquisito que sentía en el cuero cabelludo.

Su flujo empezó a salpicarle la mejilla, la barbilla y, en parte, los labios entreabiertos. Cerró un ojo cuando un hilo de líquido espeso se le acercó demasiado.

Como había dejado de tragar y él la había tirado hacia atrás, había semen por todas partes. Goteaba de su cara y cubría por completo su polla y su costura. Soltó los tentáculos, que esparcieron un líquido blanco por todo el cuerpo y el suelo.

Él se estremeció al correrse, y los ojos de ella contemplaron con deleite cómo se deshacía en ella. Se apretó alrededor de su rabo mientras sus empujones coincidían con cada chorro, tanto el espectáculo que tenía ante ella como él la excitaban aún más. Sus mejillas y su pecho se sonrojaron por la profunda excitación.

Ahora hemos montado un buen lío.

Bueno, iba a haber uno de todos modos, pero al menos antes se había controlado que goteara por todos los lados de su polla.

—No puedes volver a hacer eso, —ronroneó Faunus mientras aflojaba la tensión que tenía en el pelo de ella. Su cola se deslizó fuera de ella, sin provocarle un orgasmo pero asegurándose de que estuviera preparada para uno.

Ella bajó la cabeza y empezó a darle besos apreciativos a su polla flácida, haciendo que el cuerpo de él sufriera espasmos. También lo sujetó con ambas manos, asegurándose de que las cubriera de semen como si estuviera jugando con él, y puede que así fuera.

—¿Por qué no?, —canturreó mientras intentaba limpiarlo con su lengua juguetona.

—Porque era tan condenadamente agradable hasta que sentí que intentabas hacerme explotar.

—Algo así, —se burló.

Sus tentáculos empezaron a arremolinarse cuando su polla empezó a retroceder. El pánico se apoderó de ella. Mayumi se subió rápidamente encima de él con las rodillas sobre los huesos de la cadera que sobresalían y se sentó sobre su polla. Se aseguró de que estuviera encajada entre los labios de su coño y apretó su clítoris contra ella.

—Eh, no te atrevas, —amenazó. —Si crees que hemos terminado, te equivocas. No hemos hecho más que empezar. Ni siquiera he llegado al orgasmo.

—No soy lo que los humanos llamáis un *buffet*, Mayumi, —reprendió Faunus con una risita. —No soy interminable.

—No pensé que llegarías tan rápido a tu límite con una mísera media mamada.

Ella clavó los codos en su pecho para poder apoyar la barbilla en las manos y chocar contra él.

—Me corrí tan fuerte que me dolía la polla.

—Yo la besé mejor, —replicó juguetona.

—Apenas. —Giró el cráneo hacia abajo para mirarla, sus orbes de un morado brillante y reflejando que su irritación no era más que una fachada. —Eres una humana horrible y malvada. ¿Quién de los de tu especie ha podido contigo?

Una mueca curvó sus labios. —No lo han hecho, por eso ya no están por aquí. Eres el primero que me ha satisfecho por completo.

Su cabeza se torció ante eso.

—¿En serio? —Su voz se llenó de asombrado orgullo antes de soltar una singular y oscura carcajada. Luego deslizó sus garras sobre su culo sólo porque sabía que eso siempre la hacía estremecerse. —¿Por qué no me sorprende? Pues muy bien. Juega conmigo hasta que tu pequeño coño no pueda más.

No era como si ella fuera a darle muchas opciones de cualquier manera.

—Gracias. —Se arrastró por su cuerpo y se inclinó para besar la punta de su hocico. —Eres muy amable. Eres un buen chico.

Cuando se apartó, se lamió la comisura de los labios para recoger el resto de su semilla, sabiendo que había dejado la marca de un beso. Luego metió la mano entre los dos para levantarle la polla y montarle la punta, teniendo que bajar hasta las caderas porque era tan larga que no podía levantarla por encima.

Se estremeció un poco al ver cómo su cuerpo siempre tenía que estirarse a pesar de que él la cambiaba. Parecía que seguía siendo demasiado pequeña para él, pero a Mayumi le gustaba el pinchazo, saber que algo increíblemente gordo y largo la estaba abriendo. También la obligaba a sentir cada una de sus esponjosas púas deslizándose por su entrada.

Faunus soltó un suspiro cuando su blanda polla se dobló en el centro antes de introducirse aún más. —Aún no estoy erecto, Mayumi.

Una vez sentada del todo, pudo sentir su sonrisa de respuesta en sus ojos. —Quiero sentir cómo te pones duro dentro de mí.

La barbilla de su huesudo hocico descansaba firmemente contra su pecho. Él estaba mirando hacia abajo donde estaban conectados, y ya estaba empezando a hincharse en su interior. Él estaba tan excitado como ella, lo que era evidente por la forma en que se lamía el hocico con los orbes cada vez más morados.

De paso, se quitó la marca blanca del beso.

También volvió a soltar su extraño *ronroneo*, y sus manos grandes, ásperas y cálidas se posaron bajo el culo de ella. Intentó empujar hacia arriba, pero con ella encima, no hizo más que levantar tanto sus caderas como a ella en el aire.

La sonrisa de ella se hizo más diabólica. Él no podría controlar nada con sus embestidas a menos que la levantara con las manos.

CAPITULO 26

En cuanto ella empezó a moverse, la mirada de Faunus se dirigió hacia arriba, desde donde los labios de sus pliegues se extendían ampliamente alrededor de su polla. Recorrió los tentáculos que descansaban suavemente sobre los arcos de los huesos de sus caderas, creando una línea justo debajo de su ombligo.

Su mirada subió más alto al ver un bulto que se movía, el cuerpo de ella incapaz de contener completamente el suyo dentro del suyo. Luego subió aún más hasta sus pechos pequeños, puntiagudos y turgentes, que se agitaban cada vez que ella empujaba hacia delante y hacia atrás para acariciarlo.

Podía ver cómo se le contraían los músculos. La sintió apretarse tanto como la vio.

Finalmente, su vista se posó en el hermoso rostro de ella. Tenía los labios entreabiertos para poder gemir en voz baja, y sus gritos aumentaron progresivamente hasta que él supo que acabarían por convertirse en un crescendo.

Siempre había pensado que los gemidos de una humana eran descontrolados y ruidosos. Los había disfrutado porque eran eróticos a su manera, pero el

canto de los pulmones de Mayumi le resultaba lascivo y a la vez jodidamente tierno, sobre todo cuando su cara se ponía terriblemente nerviosa.

Incluso ahora, ya tenía un tinte rosado sobre el puente de la nariz, y sus ojos arqueados se aturdían más cuanto más se movía. Le miraba fijamente, como siempre.

Si no estaba frente a él, se daba cuenta de que ella siempre encontraba su reflejo en algún lugar de su casa.

Deseó que la vibración de su gruñido y su ronroneo emitidos al mismo tiempo no empeorara cuando conectó su vista con la de ella. Era áspera y casi dolorosa, su pecho y sus cuerdas vocales realizaban dos acciones diferentes simultáneamente con las mismas partes de él.

Siempre hacía que sus respiraciones fueran más ásperas, mostrando lo necesitado que se ponía o lo mucho que le dolía ella.

No importaba cuántas veces lo hicieran o cuántas veces viera ese cuerpo en movimiento y desnudo ante él. Faunus estaba enamorado de ella. Cada flexión muscular lo tentaba tanto como la primera vez que la había visto retorcerse.

Faunus intentó contener un gemido, pero resonó entre sus colmillos separados mientras jadeaba.

Por lo general, la penetraba con fuerza, desesperado por llenarla, desesperado por hacer que su mente se desbocara de placer. Para satisfacerla y complacerla todo lo que pudiera con cada parte de él que tuviera disponible.

Cualquier cosa con la esperanza de que ella siempre quisiera más.

Quiere que me quede. Sus palabras y la petición que le hizo ayer habían hecho nacer un sentimiento más profundo en su pecho. No había dejado de pensar en ello. *Le gusto.* No sólo le gusta su polla, sino él mismo. Sólo saber eso hizo que su mente se estremeciera de felicidad tanto como su cuerpo bajo el de ella.

Acarició sus manos sobre ella hasta que una le acarició el pecho, frotando sus duros pezones para abrasarlos. La otra le sujetaba la cadera para poder acariciarle el clítoris con la yema del pulgar, envainando la garra del pulgar para no cortarla en un lugar tan delicado.

Los movimientos de ella eran suaves, pero por la forma en que se aferraba a la piel de los costados de su cuerpo con las uñas clavadas en su carne, él sabía que era suficiente para ella. Sus paredes internas se estremecieron en cuanto él empezó a tocarla, y ella parecía inclinar las caderas de una forma que le cortaba la respiración.

Su propio aliento se entrecortaba en sus pulmones con cada aspiración de sus olores mezclados. El olor de su lubricante, su polla cubierta de semilla y la excitación de ella se mezclaban para crear algo asilvestrado que siempre le nublaba la mente.

—¿Es esto lo que necesitabas, Mayumi? —Faunus gimió. —¿Querías cabalgarme como hiciste con mi lengua?

Joder, le *gustaba* hacerle todo tipo de preguntas perversas. Ella las contestaba siempre sin falta, dándole lo que quería oír por crudo que fuera, sabiendo que él reaccionaría violentamente.

—Mhm, —respondió ella con un movimiento de cabeza, mordiéndose el labio inferior.

Él palpitaba y se hinchaba dentro de ella, la primera gota de líquido saliendo de su polla entusiasmada.

Sus manos no dejaban de acariciarle los pezones y el clítoris hinchado. Faunus quería ayudarla a ir al límite tan rápido como pudiera, sólo para que pudieran volver.

—¿Estás disfrutando follándome?

Eso esperaba, porque estaba disfrutando mucho con ella encima. Era diferente, más controlado, pero verla rebotar sobre él era hipnotizante. No quería que se detuviera, y el hecho de que esto fuera más bien una provocación le aseguraba que iba a tardar un rato.

—Sí, —respondió ella con un gemido, cerrando los ojos brevemente.

—¿Me estás haciendo darte en todos los sitios agradables?

—Joder, Fauno. ¿Alguna vez te callas? —Se palpó el estómago, las yemas de los dedos danzaron por donde él se movía dentro de ella hasta que se aferró firmemente con el dorso de la mano. —Claro que sí.

Su cuerpo se inclinó y su cabeza cayó hacia delante mientras dejaba escapar el gemido más delicioso. Ella lo había llamado por el apodo que sólo usaba cuando hacían esto, su brusca pregunta no era más que una treta para ponerle los pelos de punta.

—Se siente tan cálido y apretado dentro de ti, —ronroneó, moviendo la mano hacia arriba para tocarle el estómago. Volvió a bajarla cuando ella tiró de ella para que siguiera jugando con sus pliegues. —Es tan agradable, como un abrazo a mi interior. ¿Se siente tan bien dentro de tu coño como tú alrededor de mi polla?

Le ardía el pecho, su propio humor juguetón le hacía soltar una risita. Sin embargo, el placentero dolor en la raíz de su pene, que se extendía por toda su entrepierna, le hizo estremecerse.

Agradeció haber visto a muchos humanos hacer esto para poder decir todas las cosas correctas. Lo empujaban un poco más cerca de su propia liberación, pero también la calentaban a ella.

—Fauno...— Ella levantó la cabeza lo suficiente para mirarlo brevemente mientras susurraba: —Sí.

—Apuesto a que sí, —gruñó él. —Porque ahora mismo, no hay ningún otro lugar en el que preferiría estar.

No había otro lugar en el mundo que estar con Mayumi. Sabía que pensaría que sólo dentro de ella, pero lo decía totalmente en serio. Donde ella estuviera, sin importar lo que estuvieran haciendo, ahí era donde Faunus estaba decidido a quedarse.

—Muéstrame cuánto te gusta. Córrete por mí.

Faunus no tuvo que esperar mucho hasta que su núcleo lo apretó con fuerza. No pudo evitar que su espalda se arquease, y se agarró a su pequeña cintura mientras se mantenía firme.

Cada vez que Mayumi se corría, era como si le estrangulara la polla de la forma más exquisita. Le ahogaba los pulmones y casi le detenía el flujo sanguíneo hasta que amenazaba con marearle.

Su grito le taladró los oídos y retumbó en su cerebro. Las uñas se clavaron cuando ella tiró de su piel, aferrándose a su cuerpo en todos los aspectos posibles.

Sólo porque sus movimientos se volvieron erráticos y descontrolados al llegar al orgasmo, Faunus la subió y la bajó sobre él. La obligó a correrse durante más tiempo, a empapar su polla hasta que pudo sentir su líquido acumularse en el espacio alrededor de la base donde se conectaban sus tentáculos.

También siguió moviéndola cuando su cuerpo perdió completamente la tensión y se desplomó. Él no iba a permitirle ni un momento de alivio. Ella quería estar encima, así podría sufrir su necesidad al moverse, su deseo y necesidad anhelando su propia liberación.

Sólo cuando ella se echó hacia atrás y empezó a subir y bajar, las manos de él la soltaron.

—Joder, —gimió ella, con el hombro temblando por la conmoción. —Me he sentido de maravilla. —Su cabeza cayó hacia atrás antes de rodar hacia un lado, y luego sonrió para él. —No puedes volver a irte. No creo que pueda vivir sin esto ahora que te he sentido.

Faunus ronroneó a propósito como respuesta, pero también lo hizo para que la vibración dentro de su pecho borrara cualquier cosa oscura que sus palabras pudieran inspirar. No quería sentir ni una pizca de arrepentimiento o dolor, no cuando tenía a esta hermosa mujer reclamándolo a su manera.

Quiero poseer cada parte de ella, pensó Faunus mientras deslizaba la mano desde sus pechos para tocar su garganta y su mandíbula. Metió el dedo índice, con garra y todo, en su boca para jugar con su lengua.

Su polla no cabía aquí dentro, pero ella ya se la había probado antes, provocándole con los labios, la lengua y los dientes. Aún tenía la cara cubierta del líquido blanco nacarado de su eyaculación, y se lo había bebido todo.

Le agarró el culo con la otra mano y le amasó una mejilla. *Quiero cogerlo todo y hacerlo mío.*

Faunus quería que cada mechón de pelo, cada trozo de piel, cada gota de sangre, cada célula, cada fibra que perteneciera a Mayumi fuera suya. Quería consumirla con avidez y que ella lo consumiera a él a cambio.

Ella no le chupó el dedo como él había esperado, pero enroscó la lengua alrededor de la punta mientras separaba los labios en señal de bienvenida.

Faunus se preguntó hasta dónde podría llegar.

Él controlaba bien sus tentáculos hasta que se agotaba, por eso ella podía cabalgarlo sin que le estorbaran. Deslizó dos de ellos hacia los lados.

Uno se posó entre los labios de su coño chorreante para burlarse de su sensible clítoris, mientras el otro tentáculo anidaba entre las mejillas de su culo. No era la primera vez que uno estaba allí, ya que se movían a menudo, y a ella no parecía importarle.

Ambos estaban húmedos, rezumando lubricante.

Faunus inclinó la cabeza hacia un lado para poder mirar sus cuerpos desde un ángulo diferente mientras se concentraba. Mayumi soltó un grito ahogado cuando introdujo el otro entre sus nalgas y el extremo cónico encontró el pequeño orificio. La punta se deslizó dentro.

Mayumi se detuvo, y él giró el cuello para que su hocico apuntara en su dirección y ella supiera que la estaba mirando. Faunus le lamió el hocico, preguntándole en silencio si le parecía bien.

Quería saber si ella aceptaría todo lo que él tenía para darle, pero también saber todo lo que pudiera sobre sus deseos.

—He visto humanos jugar aquí, tanto hombres como mujeres, —afirmó.

Antes de que Faunus pudiera seguir hablando, Mayumi se apoyó de nuevo en él. No mucho, pero lo suficiente para mostrar su aceptación.

—Sé lento y suave, ¿vale? Hace tiempo que no hago algo así. No iba a poner tu polla ahí, pero no sé lo bien que irá con los dos dentro de mí.

—¿Has hecho esto antes?

—¿Tener un tentáculo en el culo? No, —rió, con los ojos llenos de humor. —Pero no se folla como yo y no se prueba todo. No me importaba hacerlo en el pasado, y tengo curiosidad por saber qué se siente.

Se le puso la piel de gallina cuando él profundizó. Incluso se estremeció. Sin embargo, Mayumi echó la cabeza hacia atrás mientras su pecho se elevaba y sus labios se entreabrían para gemir.

Faunus no podía sentir muchas sensaciones con sus miembros retorciéndose, pero eso no significaba que no estuviera haciendo esto para sí mismo. Ella lo aceptó donde él quiso ir, y él se sintió satisfecho cuando ella bajó hasta la base de su polla y tomó su tentáculo totalmente dentro de ella también.

Se estrechaba, estirando lentamente el apretado anillo. La base era gruesa, y ella le dio un pequeño meneo. La mujer seguía intentando provocarle. Y sintió ese movimiento de lado a lado con su polla, haciéndole rechinar los colmillos.

—No sabía que podías controlar así tus tentáculos.

Le había llevado mucho tiempo, y había necesitado consumir mucha humanidad para poder manejar esta parte de él. También había necesitado mucha práctica, que había practicado con sus propias manos.

Sin embargo, cuando ella se levantó, Faunus gruñó. Tuvo que concentrarse cuando ella estuvo a punto de hacerle perder el control. Esto no va a funcionar. Pero a ella parecía gustarle.

—¿Sabes lo que me hace sentir bien de esto? —Mayumi gimió mientras hablaba alrededor de su dedo. —Es el hecho de que se siente casi mal. Eso es lo que lo hace tan caliente. Cosas que van donde no deberían, follando algo que no debería.

Ella lo miró con una intensidad feroz y hambrienta mientras se movía, sus caderas acelerando el ritmo aún más que antes. Tenía la cara de un bonito color rosa y él podía ver el sudor que le caía por la sien. Siguió una gota, con la lengua hormigueando por saborear cada parte de ella.

Las paredes internas de Mayumi se estremecían y palpitaban más deprisa, con los latidos de su corazón acelerándose en torno a la polla de él. Casi pierde de nuevo su tentáculo cuando ella se levantó.

Esto definitivamente no estaba funcionando. Sin embargo, Faunus sabía lo que sí funcionaría, y ya le había dejado que le acariciara el coño con él.

—Más, Fauno. *Por favor*. —Sus ojos se abrieron de par en par cuando Faunus se echó hacia atrás, le sujetó la cintura con ambas manos y le quitó el tentáculo. —¡Eh! Espera, no. He dicho más, no que pares.

—Eres una necesitada impaciente, ¿verdad?, —bromeó mientras sumergía la punta de la cola en el lubricante que se acumulaba alrededor de la base de la polla y los tentáculos.

—¿Qué se supone que...? —Faunus presionó la punta de su cola contra el apretado agujero. —¡Oh!

Había una diferencia entre la base de su tentáculo y el grosor de su cola. Tardó un momento en aceptarlo, y se retorció todo el tiempo. Un grito ahogado fue arrancado de ella cuando la penetró lentamente.

Su cuerpo se tensó hasta el punto de que sus manos se retorcieron e incluso los dedos de sus pies se enroscaron contra los muslos de él. Con la espalda arqueada, el cuerpo de ella apenas se movía y, en cambio, sólo se estremecía, él no podía verle bien la cara.

Estaba excepcionalmente apretada con su polla ya dentro de ella. Faunus levantó una mano para enredarla en su pelo y acariciarle la nuca.

—¿Estás bien, Mayumi?, —preguntó preocupado.

Quería sacársela desde que ella había dejado de sacudirse como debía, pero ahora temía sacársela. Incluso estaba temblando.

—Por favor... muéveme..., —suplicó ella con la voz quebrada. —*Por favor*.

Inseguro de lo que estaba ocurriendo, Faunus la levantó con cautela. También empezó a retirar su cola, pero Mayumi rápidamente echó la mano hacia atrás para impedir que lo hiciera.

—Oh, joder, —jadeó. —Oh, joder. *Fauno*.

Faunus rechinó los colmillos cuando se dio cuenta de que Mayumi sólo utilizaba sílabas singulares. La movió más rápido cuando supo lo que estaba a punto de ocurrir.

Ella soltó un grito de placer al correrse, su coño ondulando alrededor de él en intensas oleadas, al igual que su culo alrededor de su rabo. Faunus soltó su cintura en el momento en que ella empezó a sacudirse sobre él, sus caderas yendo hacia delante y hacia atrás mientras intentaba subir y bajar. No había ningún patrón en sus acciones mientras se entregaba a su orgasmo.

Él gruñó mientras movía la cola de un lado a otro, su liberación parecía no tener fin.

Entonces él colocó una de sus manos contra el suelo y levantó su torso. Curvó la columna vertebral en un arco profundo y antinatural para que sus caderas pudieran permanecer planas contra el suelo. Con la otra mano, le agarró el pelo y le empujó la cabeza hacia delante para poder pasarle la lengua por la cara.

Lamió su propia semilla, pero había probado cosas peores en su vida. Lo único que le importaba en aquel momento era llenar la boca de Mayumi con su lengua. Ahogó sus sonidos, amortiguándolos mientras lamía su lengua jadeando con fuerza.

Ella le rodeó el cuello con los brazos, usando sus hombros para equilibrarse. Inclinándose hacia su boca, aceptó sus colmillos, este beso de lenguas danzantes mientras él llenaba todos los agujeros disponibles que ella tenía al mismo tiempo.

—Consúmeme, Mayumi, —le exigió él, sintiéndola cabalgar su polla en su coño, su rabo en su culo, mientras su lengua empujaba hacia delante y hacia atrás dentro de su boca. —Quiero que me consumas hasta que hayas sacado cada pedacito de mí.

Su lengua sólo se apartó de la boca de ella el tiempo suficiente para deslizarse por uno de los salados regueros de líquido que goteaban de sus ojos aturdidos.

—Estas son las únicas lágrimas que quiero que llores por mí. —Se sumergió en su boca antes de lamerle la otra mejilla. —Me gusta lo sucia que te pones, lo dulce que sabe cada parte de ti.

Los sonidos que salían de él ya no sonaban humanos, sino más bien animales y extraños. En un suspiro, gruñía, en el siguiente ronroneaba, en el siguiente gruñía, hasta que uno fue un gemido mientras sentía que sus sacos de semen se apretaban con fuerza.

Estaban ocurriendo tantas cosas. Había tantas cosas en las que podía concentrarse, pero Mayumi se retorcía y se perdía sobre él, acercándose rápidamente a su propia liberación.

Sin embargo, lo único que deseaba era continuar hasta que el mundo se derrumbara. Si hubiera podido elegir un momento para vivir eternamente, habría sido éste.

Ya no sabía si ella seguía corriéndose o si sólo se estaba corriendo otra vez. Su propia liberación estaba creciendo, haciendo que su mente se quedara en blanco mientras un dolor terrible y a la vez hermoso le atenazaba. Ambos estaban en movimiento, en un estado de desorden total y absoluto mientras buscaban su éxtasis.

Los sonidos profundos de él se superponían a los femeninos de ella, mientras en los oídos de él resonaba un silbido. Sus olores mezclados eran fuertes para su nariz sensible, pero ayudaron a hacer que sus pulmones colapsados fueran más pesados de lo necesario. Faunus temblaba mientras ella temblaba, y se aferraban el uno al otro mientras sus torsos se separaban.

Era demasiado intenso. Él sentía su cuerpo demasiado caliente. La sangre le hervía en las venas bajo las oleadas de calor y pasión de ella. No debería ser para alguien como él y, sin embargo, era el único ser capaz de sobrevivir a ser devorado vivo por ella.

Faunus le rodeó la cintura con el brazo. Apretó, arrancándole un ahogo cuando supo que era demasiado tarde para decirle que parara.

Sus pinchos se endurecieron, las púas se soltaron y Faunus le sacó la lengua. Tuvo el tiempo justo de levantar la cabeza hacia atrás y soltar su rugido distorsionado hacia el techo cuando sintió que su semilla se liberaba.

Deseaba desesperadamente empujar. Quería follarla. Quería darles la vuelta y clavar su semilla en su cuerpo hasta obligarla a echar raíces en su vientre.

En lugar de eso, se vio obligado a quedarse atrapado en ese horrible estado de limbo en el que no podía moverse o le desgarraría las entrañas con su propia polla.

Él se había corrido duro antes, pero no así. No hasta el punto de pensar que se le iba a parar el corazón. Mayumi había levantado las manos para taparse los oídos ante el estruendo de su rugido, pero sus orbes se desvanecieron en negro, perdiendo la vista sin control.

Sus temblores se intensificaron hasta que cesó el último chorro de semen.

Desorientado y con la cabeza nublada, su brazo se dobló debajo de él. La empujó hacia abajo cuando se echó hacia atrás para quitarle las púas y no hacerle daño, y ella cayó boca abajo encima de él.

Le quitó suavemente la cola mientras él se cubría la cara ligeramente dolorida. La grieta palpitaba, pero se calmó rápidamente cuando él resopló para recuperar el aliento mientras ella hacía lo mismo.

La forma en que ella acariciaba el pelaje de su pecho hizo que su corazón se desbocara, y él no podría haber evitado que sus orbes se volvieran de color rosa brillante aunque quisiera, joder. Se limitó a levantar la cabeza para asegurarse de que ella no pudiera verle y preguntarle al respecto.

Ella siempre lo comparaba con un maldito gato por su cráneo felino, y sin embargo era ella la que se frotaba contra él constantemente. Sentía cosquilleo nervioso por las ganas de reír.

Debe de ser la humana más extraña del mundo. Le rodeó los hombros con los brazos para abrazarla. *Me alegro de haberla salvado en vez de comérmela y de haber vuelto aquí. ¿Quién iba a pensar que me aceptaría así?*

Faunus no pudo evitar pasarle los dedos por el pelo para desenredar los nudos que tenía.

Demasiado pronto ella giró las caderas mientras se inclinaba hacia delante para deslizar la polla y la cola de él fuera de ella. Todo lo que acababa de liberar dentro de ella se derramó sobre su torso, aunque a él no le importó.

Sin embargo, sí le importó cuando ella le golpeó el pecho con ambas manos y declaró alegremente: —Bueno, ya estoy despierta.

Con un gruñido, Faunus utilizó el brazo que aún tenía alrededor de su cintura para mantenerla pegada a su pecho mientras los giraba. Dio un chillido infantil que sonó extraño viniendo de ella.

Y allí estaba ella, debajo de él, completamente atrapada, que era exactamente donde a él le gustaba que estuviera. Enjaulada por su cuerpo, aprisionada por su enorme tamaño y fuerza, acorralada por ese depredador feroz.

Ella también era indudablemente libre. La jaula de Faunus era tan fuerte como la arena contra ella.

Su pelo era un charco espeso y desordenado bajo su cabeza, amortiguándola contra el duro suelo de madera. Él se apoyó sobre las manos y los antebrazos para poder hundir ligeramente la cabeza en el pliegue del cuello y el hombro de ella, dejando que los pocos mechones que no se habían caído le cubrieran la cara tanto como su cálida piel.

Su olor a sueño directamente contra su hocico hizo que su mente se calmara mientras deslizaba los brazos por debajo de ella. Intentó ser cuidadoso con sus garras, pero su aliento le provocaba espasmos de satisfacción cada vez que se deslizaban por su cuerpo desnudo.

Bajó más al mismo tiempo que la levantaba por el culo con una mano y por la caja torácica con la contraria. Su pecho rozó el de él, y su pelaje se separó hasta que ella estuvo directamente contra su carne firme.

—¿Estás intentando acostarte conmigo otra vez? —Oyó el tono grogui de satisfacción en su voz.

—No, —respondió él, oyendo que eso no era lo que ella quería... ni lo que él estaba haciendo.

Los orbes de Faunus se oscurecieron cuando las manos de ella acariciaron lentamente sus costados, se sumergieron en el pelaje de su espalda y luego le agarraron dos puñados. Su abdomen incluso se inclinó para quedar más firmemente presionado contra el torso de él.

—¿Esta es tu forma de cuidarme?, —le preguntó ella tan suavemente, que hizo que el momento se sintiera aún más íntimo de lo que ya había sido.

Al principio no sabía lo que significaba eso, pero no le costó mucho entenderlo.

—Sí, —contestó en voz baja mientras la estrechaba contra él hasta apretarla.

Pero esa no era toda la verdad, aunque era algo que consideraría hacer mejor en el futuro. No entendía muy bien qué emoción le había llevado a abrazarla así.

Le pesaba y le provocaba al mismo tiempo una agradable ternura y una dolorosa punzada en el pecho.

Aunque los actos subidos de tono que acababan de hacer juntos no significaran gran cosa para ella, para Faunus significaban que había aceptado cualquier cosa que él hubiera querido hacer sobre su cuerpo. Eso demostraba lo mucho que confiaba en él, y él valoraba esa confianza más que nada.

Al cabo de unos instantes, él se apartó lo suficiente como para rozarle con la lengua la comisura de la mandíbula. Luego se detuvo, recordando que a ella no siempre le gustaba que la lamiera.

—No pasa nada. —Levantó la mano y presionó el hocico de él para empujar la punta contra su cuello. —En realidad se siente muy bien, y... Creo que necesito esto de ti ahora.

¿Se sentía tan desprotegida como él?

Un ronroneo salió de su pecho mientras deslizaba su lengua con más fuerza por toda la columna de su garganta. Evitó por completo su oreja, pues sabía que ella odiaba que jugara con ella, y se centró en su cuello, su mandíbula y su mejilla.

Mayumi fue la que giró la cara hacia la suya y lamió uno de los largos colmillos superiores, haciendo que él se sobresaltara por la sorpresa.

Echando la cabeza hacia atrás, la miró fijamente. Sus ojos eran oscuros en la tenue luz matinal que bañaba el interior de su casa, pero eran como dos estanques de reluciente obsidiana. Tenían calor, un calor que se dirigía a él.

Fueron sus labios los que se curvaron en una pequeña sonrisa que le hizo inclinarse para poder lamerlos. Al instante, ella recibió su lengua con la suya, no dejándole entrar, sino permitiendo que se rozaran.

—Eres el ser más hermoso de este mundo, —ronroneó él, que sólo se apartó de su boca porque ella echó la cabeza hacia atrás para que él pudiera lamer otras zonas.

Ella separó los labios para decir algo, tal vez una de las réplicas generales que siempre soltaba cada vez que él intentaba hacerle un cumplido, pero luego los cerró. Cuando se dio cuenta de ello, Faunus aprovechó la oportunidad que pudo mientras estuvo disponible.

—Tan bonita. Por tus ojos. —Le lamió la mejilla justo debajo de la izquierda. —Hasta tu cara. —Deslizó la lengua por el borde de la mandíbula y por la garganta. —Hasta tu suave piel.

—No es justo que puedas hablar, ronronear y lamerme al mismo tiempo. —Su voz era tan débil y adormilada que sonaba increíblemente frágil. Oírla y ver lo dócil que estaba ahora mismo hizo que se le pusieran los pelos de punta y le temblara la espalda. —Hace que sea tan difícil negarte.

Pasando por encima de sus clavículas, Faunus fue más abajo. Le rozó el centro del pecho, sintiendo su duro esternón presionando contra su lengua larga, plana y maleable.

—Hasta tus pequeños pezones son bonitos. —Mordisqueó uno y ella soltó un grito ahogado.

—Ahora estoy muy sensible, —graznó ella, empujándole la nariz.

Él se apartó, volviendo al esternón para no sobreestimularla. Disfrutaba acariciándola así, apreciando su cuerpo de una forma completamente diferente.

Me gusta cada parte de ella. Desde su personalidad atrevida hasta su lado suave y satisfecho.

Empezó a mover las manos por detrás de ella, una subía para poder acariciar su precioso hombro mientras la otra bajaba por su cadera, esperando sentir sus fuertes piernas. Incluso apreciaría sus bonitos y delicados pies si ella se lo permitiera.

De repente, el olor de ella se volvió cálido como nunca lo había olido antes, y algo pellizcó la punta de su lengua cuando la pasó por el centro de su pecho.

Un destello de luz brillante.

CAPITULO 27

Faunus echó la cabeza hacia atrás cuando el pinchazo en la punta de la lengua no desapareció. Entonces, algo que pesaba mucho hizo que ésta cayera hacia abajo mientras seguía sobresaliendo.

También había una extraña luz que seguía emitiéndose entre ellos.

Sacando los brazos de debajo de ella, levantó la mano para poder meterla debajo. Algo pequeño se plegó en el centro de su gran palma mientras la levantaba. Su lengua lo acompañó hasta liberarlo, del mismo modo que una pequeña llama se hizo visible cuando la levantó más allá de su hocico.

Todo dentro de Faunus se detuvo, su corazón, sus pulmones, su propia mente, cuando se dio cuenta de que no era una simple llama, sino una mujer hecha de ella.

¿Es... su alma?

En ese momento descansaba sobre su cadera, con sus dos pequeñas y torneadas piernas enroscadas hacia un lado mientras descansaba sobre un solo brazo. Tenía el pelo largo, que le caía por los hombros y luego volvía a subir, casi como si lo agitaran las olas.

Pero supo que era su alma cuando le dirigió la mirada, con dos pequeños y afilados ojos oscuros, y tuvo la osadía de sonreírle de la misma manera que ella. Se acercó a él con ambos brazos, casi como si quisiera que la abrazara. Era como si quisiera ir con él.

El mundo a su alrededor se desvaneció mientras se quedaba embelesado con el alma de Mayumi.

Era hipnotizante, tal vez incluso una de las cosas más impresionantes que había visto nunca. Lo único que podía compararse a ella era la propia Mayumi.

Y era exactamente igual que ella, desde su corpulenta estatura y sus musculosas piernas hasta sus delicadas manos y pies.

Faunus levantó la otra mano para poder rozar el dorso de su garra delantera, negra y rizada, bajo la misma mandíbula redondeada que disfrutaba lamiendo. Su alma inclinó la cabeza hacia atrás en señal de bienvenida mientras agarraba los laterales de su dedo.

El sonido que salió de él fue más parecido a una risita infantil que a otra cosa mientras su vista cambiaba a un brillante e radiante rosa fuego. Su corazón se sentía tan ligero como el alma misma en la palma de su mano. Aquella sensación de pesadez mientras colgaba de su lengua debía de ser por haberla sacado de su cuerpo, pero en realidad no pesaba nada.

Su alma vino a mí. El mismo sonido infantil de adoración se le escapó. No podía creer que la estuviera mirando, sosteniéndola. Que la estaba acariciando.

Se le hizo la boca agua al saber exactamente qué debía hacer con ella. Se lo pensó y acercó la palma de la mano.

Una mano pequeña y carnosa rodeó el costado de la suya y el mundo volvió a aparecer. Mayumi, la física, había hundido su mano a un lado mientras se inclinaba para poder ver.

—¿Qué es eso?, —preguntó mientras se recolocaba sobre sus rodillas.

Su realidad se impuso, y la calidez y la ternura que sentía se vieron eclipsadas por una pena intensa y fría.

—Es tu alma, —respondió, con la voz entrecortada por el asombro y la agonía.

Los ojos de Mayumi se desviaron de lo que yacía en su palma hacia él. Ella le sostuvo la mirada, esperando una explicación. Cuando él no se la dio, esperando que ella la dejara pasar, sus cejas se fruncieron.

Él conocía su pregunta incluso antes de que la formulara.

—¿Por qué ha salido de mí? —Luego bajó la mirada para acariciarse el pecho. —No me siento diferente. Nunca había oído hablar de algo así. Ni siquiera sabía que mi alma podía salir de mi cuerpo.

No quiero decírselo. Tendría que compartir la verdad.

Sin embargo, sabía que Mayumi lo molestaría con esto. Ella preguntaría y preguntaría e indagaría. Esto era algo demasiado extraño y significativo para que ella no lo hiciera. Era su alma, después de todo. Querría saber algo que tuviera que ver con ella misma.

Con un fuerte suspiro, que incluso hizo que sus colmillos se abrieran lo suficiente para dejarlo pasar, apartó la vista de Mayumi y la dirigió hacia su alma. Volvió a acariciarla con el dorso de la garra.

—Por lo que sé, mi padre es un devorador de almas. Las colecciona y las guarda en el vacío. Puede comerse todas las que quiera, aunque sólo puede quedarse con una: la de mi madre. Los Duskwalkers sólo pueden consumir un alma, y esa alma se convertirá en nuestra... novia.

Su vista revoloteó hasta el rostro de Mayumi el tiempo suficiente para darse cuenta de que parecía algo confusa.

—Me preguntaste por Orpheus, el Duskwalker que se aventuraba a una aldea humana cada década para hacer una ofrenda. Me preguntaste si la última que se llevó, Reia, seguía viva. —Señaló el alma que tenía en la mano haciéndola rebotar en su dirección. —Por eso lo está. Ella le dio a Orpheus su alma, él la consumió, y ahora está eternamente unida a él. Es su novia.

Pensó que Mayumi se enfadaría al saber que corría el riesgo de que eso le ocurriera a ella, teniendo en cuenta que él sostenía la suya, pero se limitó a inclinarse más hacia ella con una expresión pensativa arrugando sus facciones.

—También es una Fantasma, —prosiguió él.

Mayumi se encogió de hombros. —He visto espectros, pero nunca había oído hablar de un fantasma.

—Fantasmas y espectros se diferencian en cuál es su ancla y en cómo murieron. Los Fantasmas tienen anclas vivas, y en eso nos convertimos los Duskwalkers cuando consumimos un alma humana. La vida del Fantasma está dictada por la duración de la nuestra.

—¿Es por eso que lo tomaste?

—No creo que se pueda tomar. —Su tono era serio, pero no reflejaba la forma en que su corazón se aceleró de repente en su pecho. Se hinchó de ternura, sintiéndose de repente desbordado. —La pregunta correcta sería... ¿Por qué ha salido esto de ti, Mayumi?

Su mirada se cruzó por fin con la de él y sus ojos se abrieron de par en par.

—Debe ser dado, —afirmó.

¿Será que... siente algo por mí? ¿Más que sólo deseo y cariño general en su presencia?

—No sé por qué ha salido de mí, —respondió encogiéndose de hombros.

Luego apartó la cabeza de él, con los hombros vueltos hacia dentro. Creyó haberla visto morderse los labios antes de que su rostro desapareciera de su vista.

Orpheus me dijo que Reia le dio su alma porque lo amaba.

Con la mano libre, Faunus se acercó a Mayumi y le ahuecó un lado de la cara. Cuando intentó dirigirla hacia él, ella forcejeó mientras temblaba. Pero por lo que había podido ver, su rostro estaba rojo como una ampolla. Nunca se había ruborizado de vergüenza con él, e incluso la oreja que asomaba de su pelo estaba sonrojada.

Dejando que mantuviera el rostro oculto, la soltó mientras todo en su interior se ponía en movimiento de repente. Su corazón se aceleró, haciendo que su respiración se entrecortara. Su cuerpo se calentó al tiempo que su carne se erizaba, haciendo que todo lo que sobresalía de él se hinchara y se elevara.

Se estaba dando cuenta.

No conocía la verdadera profundidad de sus sentimientos, pero se había ganado una parte de su corazón. Sus orbes, que ya eran rosas, se iluminaron de nuevo.

—Bueno...— refunfuñó ella desde debajo de su pelo. —¿Vas a aceptarla?

Incluso después de lo que acababa de decirle, ¿quiere que la acepte?

Como si alguien hubiera soltado una flecha directa a su gran corazón, fue atravesado por una aguda frialdad. Un azul profundo y envolvente se infiltró en su vista.

Con cautela, él deslizó su mano libre bajo una de las de ella y la levantó. Luego, puso el dorso de su otra mano sobre la de ella.

—No.— Con cuidado, le puso el alma en la palma y la soltó. —No me llevaré tu alma.

—¿Qué?, —jadeó ella, volviéndose para mirarle a él y luego a su alma, que flotaba sobre su mano. No parecía tan pequeña ahora que era ella quien la sostenía. —¿Por qué no?

Aquella flecha invisible consiguió retorcerse de algún modo en su interior. —Porque no puedo.

Sus cejas se fruncieron al igual que sus labios. Le pareció ver un atisbo de ira.

—Obviamente te quiere a ti, así que cógela. —Mayumi se la lanzó y Faunus retrocedió de rodillas. Cuando él negó con la cabeza, los rasgos de ella se

transformaron en una evidente mirada fulminante. —No te lo volveré a ofrecer, Faunus. —Su voz se quebró, y él esperó que él confundido al percibir dolor en ella.

—Entonces no lo hagas, —afirmó él con frialdad, tratando de ocultar el dolor en su voz. —No quiero que lo hagas.

Su boca se abrió y se cerró mientras su expresión decaía antes de acercar su alma para mirarla.

—¿Por qué no me quieres? —Sus mejillas volvieron a encenderse antes de añadir: —Quiero decir... a mi alma.

Y sin más, el astil de la flecha se partió, dejando la afilada punta alojada en su interior. Nunca pensó que vería a Mayumi tan abatida, pero tampoco que querría darle su alma.

—Quiero llevármela, —respondió con sinceridad, incapaz de soportar que ella pudiera sentirse como si fuera el problema.

No quería que ella se sintiera rechazada o no deseada, no cuando él deseaba lo que ella tenía en la palma de la mano más que nada en el mundo.

—¿Entonces por qué no quieres?

—No puedo decírtelo.

Sus bonitos ojos se posaron en los azules de él y luego se volvieron rencorosos.

—Sí que puedes. —Mayumi se arrastró sobre una mano y ambas rodillas hasta su camisa que había sido desechada en el suelo desde la noche anterior. —Obviamente, esto tiene algo que ver conmigo.

Faunus se puso en pie cuando ella se colocó la túnica gris, que le cayó hasta justo debajo del culo cuando se puso en pie. Odiaba estar agachado hacia delante porque no cabía en su casa, con los pinchos entre los omóplatos rozando el techo.

Ella seguía sosteniendo su ser etéreo en llamas en la palma de la mano, y giró hacia él con la otra mano en la cadera.

—Sé que me ocultas algo. Lo has estado haciendo desde el principio. —La parte oscura de él quiso reírse cuando el alma de ella también se puso de pie y colocó las manos en las caderas. —Dime la verdad, Faunus. Ahora.

—¿Vas a volver a decirme que me vaya si no lo hago?, —preguntó, dando un paso hacia la puerta.

Pensó que sería mejor que decirle la verdad.

Mayumi se hizo a un lado para interponerse. —No. No dejaré que te vayas hasta que me digas por qué.

Un suave gruñido le abandonó. —No quiero.

—¡Qué lástima! Me darás una razón de por qué mi maldita alma no es lo suficientemente buena para ti.

Faunus se agachó para que su cráneo estuviera a sólo una pulgada de su cara. —¿Por qué estás tan decidida a dármela?, —le espetó, preguntándose si lo diría en voz alta.

Espíritu del vacío ayúdale... quería que ella lo dijera en voz alta.

—¿Por qué si no?, —replicó ella, sin miedo, mientras arqueaba el cuello para mirar fijamente su imponente figura.

Su gruñido se hizo más profundo. —¿Por qué tengo que decirte la verdad cuando tú ni siquiera puedes hacer lo mismo?

Se dirigió a la puerta, necesitaba salir de la casa antes de que se le escapara la verdad. Volvería más tarde, cuando su enfado se hubiera calmado, y ella no le acosaría por esto.

Incluso cuando Mayumi volvió a interponerse en su camino, la agarró del hombro y la empujó hacia un lado, asegurándose de que su fuerza no la derribara.

Ella le agarró del brazo y trató de hacerle retroceder con una mano. —¡Faunus, para! Por favor, dímelo.

—Eres una humana testaruda, pero no puedes ganar contra mí. Sobre todo cuando ni siquiera tú misma me dices la verdad. —Puso la mano en el pomo de la puerta, tratando de no aplastarlo por la frustración. —Puedes fingir que puedes controlarme, Mayumi, pero no tengo por qué....

—¡Nunca le he dicho a nadie que le amo en toda mi vida!, —medio gritó. —¡¿Cómo se supone que voy a hacerlo con una criatura que me ha dicho que no me quiere?!

Faunus se detuvo y giró la cabeza para mirarla. Era indirecto, pero ¿acababa de admitirlo? ¿Ella admitió que lo amaba?

Incluso seguía reteniendo su alma, como si no quisiera volver a meterla en su cuerpo con la esperanza de que él la tomara de repente. Dolor y comprension bullian en su pecho por ella, especialmente por su expresion arrugada y herida.

—Eso no es lo que he dicho.

Sus palabras llegaron a oídos sordos. Mayumi no había terminado de gritarle con los ojos cerrados y la cara contraída, como si se opusiera a pronunciar las palabras que caían de sus bonitos labios.

—¿Sabes lo difícil que es esto para mí? Ni siquiera sé lo que realmente siento o por qué. La gente toda mi vida me ha llamado fría o cruel porque nunca he sido capaz de darles nada de mí, porque siempre he preferido estar sola ya que era más fácil. Sin embargo, aquí estoy, tratando de darte mi alma, justo después de que me acabas de decir que esto podría atarme a ti para siempre. Yo no te pedí que vinieras. Fuiste tú quien decidió venir a mi casa para protegerme. —Aún sujetándole la muñeca, ella echó la cabeza hacia delante para que su pelo le ocultara la cara. —Entonces, ¿por qué eres tú quien la rechaza?

La culpa destelló en sus orbes como el color naranja, justo antes de volverse blancos.

Sus emociones, sus sentimientos, todo empezó a bullir bajo el poder de las palabras de esta pequeña humana. Estaba confundido acerca de ella, acerca de sus sentimientos hacia él, acerca de por qué lo quería en primer lugar. ¿No

debería estar encantada de que él no le exigiera que se lo diera? ¿Por qué quería dársela?

No sé qué estoy haciendo con ella.

Todo este precioso tiempo con ella se sentía como un sueño fantástico, y le preocupaba que en cualquier momento se despertara ahogado de nuevo en el castillo de Jabez.

—Ni siquiera tienes la decencia de decirme por qué, joder. No importa si entiendes a los humanos o no. No es una excusa.

Con los dedos separados y llenos de tensión, se volvió hacia ella con las garras preparadas, deseando que hubiera algún enemigo al que pudiera destruir para detener aquella terrible sensación que estaba experimentando en aquel momento.

Nunca quiso ser la fuente de su dolor, pero parecía que no podía dejar de hacerle daño. Primero, al marcharse para obtener las respuestas que buscaba, luego su maldita mano alrededor de su garganta. ¿Y ahora esto? ¿Cómo se suponía que iba a llevar todas esas cargas, junto con las muchas otras que ya llevaba?

Era demasiado para alguien como él. No sabía cómo manejarlo, cómo afrontarlo, y la forma en que el rostro de ella lucía ahora mismo era más dolorosa que cualquier otra cosa.

—Que te dejen en la oscuridad sobre algo como esto... No es justo para mí, Faunus. Y que tú intentes marcharte es peor.

Esas palabras fueron lo último que clavó la invisible punta de flecha más profundamente en su frenético corazón hasta que pensó que empezaría a vomitar su propia sangre morada.

—¡Porque me estoy muriendo, Mayumi!, —rugió.

El rostro de ella palideció antes de lanzarse hacia el suyo. —¿Qué?

Él se acercó y le cogió la base de la cabeza con las dos manos, enredando los dedos y las garras en su hermoso pelo. Mantuvo la mirada en sus maravillosos ojos, deseando que nunca miraran a nadie más que a él.

—*Por eso* no puedo tomar tu alma. —Le pasó los pulgares por sus pálidas mejillas. —No me llevaré tu vida junto con la mía.

Ella intentó soltarle una mano, pero él no se lo permitió.

—¿Qué quieres decir con que te estás muriendo? —Sus ojos revolotearon hacia abajo para buscar algún tipo de herida en el cuerpo que llevaba semanas contemplando.

—La única forma de matar a un Duskwalker es destruir nuestro cráneo.

—¿Tu cráneo?

Sus ojos se dispararon y luego se abrieron de par en par ante la grieta que recorría el lado izquierdo de su cara. Él retiró una mano para rozarle la mejilla con el dorso de los nudillos delanteros.

—Ojalá hubiera venido antes.

Con cada fragmento de su ser, deseaba esto.

Ella le había dicho que llevaba aquí seis meses... y en esos seis meses, podría haber estado aquí con ella en lugar de solo con los recuerdos de su tortura.

Podría haber estado aprendiendo todas esas facetas diferentes de ella, sobre sexo y qué cosas curiosas podían hacer su cola y su lengua, sus tentáculos y su polla. Ya sabía que era maravillosa, pero no se había dado cuenta de que sería tan impresionante, tan cálida y tierna con él.

—Si hubiera estado aquí antes, incluso hace un mes, podría haber aceptado tu alma. —La risita que se le escapó fue sin humor y oscura. —Vine aquí porque quería pasar lo que me quedaba de vida protegiéndote. Quería dar mi vida por ti.

—Pero ahora estás bien, —dijo ella, cubriéndole el hocico con la mano y dejando que las yemas de sus dedos rozaran justo al lado de la grieta. —Mientras no se rompa más, estarás bien.

—Puedo sentir el final, Mayumi. —Se inclinó hacia ella. —Puede que no sea hoy, ni mañana, ni siquiera dentro de un año, pero podría ocurrir algo que la rompiera aún más. Estoy debilitado, y no puedo soportar saber que si me uniera a ti, podría matarte conmigo. He venido aquí para proteger tu vida, aunque sea a costa de la mía. No te quitaré ni un solo segundo de lo que te corresponde.

—Esa no es tu elección.

—Sí lo es, —afirmó mientras se alejaba de ella.

—¿Y si vives otros cien años?

Faunus dejó escapar una terrible expiración. —¿Y si no lo hago? No es un riesgo que esté dispuesto a correr con tu vida.

Entonces él agarró su mano y la giró para que quedara plana contra su pecho, obligando a su alma a volver a donde pertenecía: dentro del refugio de su cuerpo.

Estaba demasiado distraída para darse cuenta de lo que había hecho, de que ya no la sostenía. —¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Estoy seguro de que llegarás a odiarme por ello, pero no quería que cambiaras. Sé que es egoísta, pero quería que me aceptaras. Quería probar lo que podría haber tenido si hubiera venido aquí antes de que el Rey Demonio me partiera el cráneo.

Se atrevió a pasar la punta de la garra por debajo de su mandíbula, con cuidado de no cortar su suave piel.

—Te he deseado durante mucho tiempo. Cuando eras pequeña, sólo quería proteger a la única criatura que había sido... amable conmigo. Quería verte florecer en este mundo lleno de horrores y sangre. Quería saber que no sólo era capaz de matar, sino también de algo... bueno. A medida que crecías, me di cuenta de que no me necesitabas en absoluto, y me sentí impresionado por ello. —Entonces Faunus bajó su garra por el centro de su cuerpo, rozándola sobre su túnica. —No supe lo que era el deseo hasta poco después de que ya te hubieras marchado para convertirte en Cazador de Demonios, pero de repente quise algo más que observarte, protegerte. Pensé que nunca corresponderías a mi deseo... o a mis sentimientos. No soy mejor que un Demonio para tus pequeños guerreros.

—Me convertí en Cazador de Demonios hace once años, —murmuró. —Ahora tengo veintinueve.

—Y a mí me han parecido eones, —murmuró él. —No puedes imaginar el anhelo y la necesidad que he sentido en todo este tiempo. Pasé mi tiempo con los Demonios en el centro del Velo porque odiaba estar solo, no poder estar contigo. Algunos de ellos acabaron aceptándome, pero nunca confiaron en mí. Si ellos, criaturas tan monstruosas como yo, no querían ser mis amigos, ¿qué esperanzas tenía de que tú lo fueras? Pensé que intentarías matarme si venía aquí y me descubrías.

—No podías estar más equivocado...

—Ahora lo sé, pero eso no cambia en nada mi futuro. No cambia lo que ha pasado.

Ni siquiera la Lechuza Hechicera había podido curarle el rostro herido, y si ella no podía, nada podría.

Vio cómo se endurecía la suavidad de los rasgos de Mayumi. Entrecerró los ojos. —Tiene que haber una forma de salvarte. Te haré cambiar de opinión, Faunus.

Es tan testaruda.

Lo decía ahora, pero cuando se diera cuenta de que era inútil, él estaba seguro de que acabaría resentida con él. Él había cambiado su cuerpo para sí mismo, jugado con ella, cuando sabía que nunca habría realmente un futuro entre ellos.

—Puedes intentarlo.

A pesar de todo, se negó a apartarse de ella hasta que ella empezó a hacerlo. Tomaría todo lo que pudiera, incluso hasta su último aliento.

CAPITULO 28

Mayumi levantó la cucharada llena de grumos de gachas que había preparado, observando cómo la miel que había rociado por encima se despegaba del cuenco antes de volcarlo todo de su cuchara hacia un lado. El silencioso chapoteo hizo poco por distraerla mientras pensaba profundamente.

Después de su agitada mañana, pasando de un subidón sexual a un bajón emocional, Mayumi había pedido un tiempo a solas.

Faunus se fue, probablemente a rodear la casa o a sentarse en algún árbol o lo que fuera que hicieran los Duskwalkers.

¿Le amo? Cogió otra cucharada y la dejó caer de nuevo en el cuenco. *Me dejé llevar por el momento, pero no sé muy bien cómo me siento.* Empezó a remover sus gachas humeantes, jugando con ellas. *Por otra parte, soy bastante mala entendiendo mis propios sentimientos.*

Todavía apoyada en la encimera de la cocina, apartó los ojos de su comida y miró por la ventana el páramo blanco que tenía delante.

Un mes es un poco pronto para desarrollar sentimientos por alguien... ¿no?

Era difícil negarlo cuando su alma literalmente le había llamado. Era como si su cuerpo hablara en su nombre, siempre lo hacía.

Su mirada cambió de enfoque y miró su propio reflejo. Pero en realidad no ha pasado un mes, ¿verdad? Siempre he sentido una sombra en mi mente, desde que era pequeña.

El ente oscuro de sus deseos, la criatura sombría con la que su mente fantaseaba, siempre había sido él.

—¿Por eso nunca he podido encariñarme con nadie?, —preguntó en voz baja a su propio reflejo.

Mayumi se rió sombríamente de sí misma mientras daba la vuelta a la cuchara y se la metía en la boca, quedándose sólo con lo que la recubría.

—Sería bastante estúpido por mi parte esperar a alguien que tal vez nunca haya vuelto... o que tal vez nunca haya existido en primer lugar.

Casi podía oír su propio reflejo diciéndole que era así de estúpida.

—Se está muriendo, ¿eh? —Se burló con amargura. —Es difícil imaginar que un Duskwalker muera cuando el gremio ha hecho todo lo posible por matarlo.

La historia del gran Duskwalker con cráneo de oso era que lo habían degollado y luego había caído a un río. Creyeron que se había ahogado y, como no lo volvieron a ver, pensaron que lo habían matado.

Ella nunca había luchado contra un Duskwalker, y pensaba que estaría muerta si lo hubiera hecho.

Ni siquiera podían contenerlos bien con armas encantadas. Había oído que se arrancaban un miembro para escapar. Entonces volvía a verse, con todo su cuerpo, como si nunca le hubieran arrancado un brazo o una pierna.

Pero ella sabía que su grieta facial no se estaba curando simplemente porque no lo había hecho desde la primera vez que lo vio en el claro, ni tampoco en las dos semanas desde que había regresado después de dejarla para ir al Velo.

¿Por qué ocurre esto? pensó, mientras se metía por fin un poco de avena en la boca. Tenía hambre. Hoy no había comido y matarse de hambre no iba a solucionar sus problemas.

Independientemente de lo que pudiera pasar o no, Mayumi se alegraba de que hubiera venido. Estaba agradecida por todo lo que había vivido con él. Se negaba a aceptar que eso era todo. Que no había solución.

Durante toda su vida, Mayumi nunca había visto las cosas como problemas sin solución. Todo tenía solución. A veces sólo requería un patrón de pensamiento fuera de la caja.

Dijo que le duele.

Así que pegarle el cráneo con ciertos adhesivos sería doloroso. Intentó pensar en algo que pudiera soportar colocar sobre una de sus propias heridas, y cualquier cosa que supiera que quemaría fue inmediatamente eliminada de su lista.

Tampoco podía clavarlo. Eso la dejaba con muy poco, y lo que quedaba tendía a ser soluciones a corto plazo.

Sobre la encimera había una taza de té.

Su padre se la había enseñado cuando era pequeña y le había explicado su significado.

Lo que había sido una taza rota valía ahora más que la mayoría de las cosas de su modesta casa. Su abuelo la había vuelto a unir con polvo de oro mezclado con resina de árbol.

Si tan sólo pudiera quitarle la cara y hacer lo mismo. La resina escocería, y necesitaría entrar en la grieta por ambos lados para que fuera eficaz.

Cualquier cosa que requiriera una unión similar, en la que hubiera que trabajar por ambos lados, también quedaba eliminada de su lista.

—A la mierda, —dijo mientras recogía su cuenco y terminaba lo que quedaba. —Quedarme aquí pensando en ello no va a ayudar.

Mayumi lavó el cuenco, la cuchara y la olla que había usado para preparar la comida y se dirigió al perchero, donde tenía su cinturón de armas. Luego se colgó el arco y su carcaj al hombro y salió a calzarse las botas.

Se llevó el pulgar y el dedo corazón a la boca y soltó un fuerte silbido en el claro. Se sobresaltó cuando Faunus cayó del cielo justo delante de ella.

Obviamente había estado sentado entre los árboles.

—*No soy un perro.* —La ironía de que dijera eso cuando estaba en su forma más monstruosa no le pasó desapercibida. —*No me llames como si lo fuera.*

Mayumi puso los ojos en blanco. —Silbar es una forma de comunicación que usamos en el gremio para las llamadas de larga distancia. No sabía lo lejos que estarías.

Él resopló, lo que ella interpretó como que aceptaba sus razones. Parecía un poco más gruñón de lo normal, pero ella supuso que se debía a lo de antes.

Acababa de revelarle que se estaba muriendo, y ella le había pedido estar sola para superar el dolor de ser rechazada y la verdad de todo. Probablemente no fue su elección más comprensiva o sabia, pero no sabía cómo enfrentarse a una mierda así. Siempre que Mayumi había sufrido en el pasado, prefería estar sola.

A su manera, sabía que tenía que aceptar esta posibilidad y preparar su mente por si las cosas no funcionaban. Eso no significaba que no fuera a hacer todo lo posible para demostrarle que estaba equivocado.

—¿Puedes llevarme a la ciudad? —Sus orbes se volvieron verdes de inmediato, y ella no se perdió el pequeño gruñido que trató de ocultar. Así que, por si acaso, añadió: —¿Por favor?

—Te llevé hace unos días. Dijiste que no tendrías que volver hasta dentro de unas semanas.

Realmente no le gusta que vaya allí.

Mayumi se acercó, le agarró por la parte inferior del hocico y le acercó la cabeza mientras se inclinaba hacia delante. Apretó los labios contra sus colmillos.

Era terrible con las palabras, prefería que sus acciones hablaran por sí solas.

—Llévame allí, —le dijo tan cerca de él que sus labios lo rozaron mientras hablaba. —Olvidé traer té y quiero preguntarle algo a algunas personas.

—Hmm.— Él ladeó la cabeza como si estuviera pensando, sin embargo, sus orbes se habían transformado de verde a amarillo por su beso. *—Sólo si me das otro.*

Sus labios se curvaron con humor. —Puedo llegar andando.

—*No, si no te dejo.*

—¿Vas a volver a ponerme delante del espejo si lo intento?

—*Creo que eso ya lo hago.*

Lo hizo. Le gustaba bastante obligar a Mayumi a ver cómo la tomaba, asegurándose de que entendía que era él quien estaba dentro de ella.

Teniendo en cuenta su tamaño, tentáculos, garras y gruñidos, era imposible pensar en otra persona.

Aunque podría seguir eternamente con sus bromas juguetonas, Mayumi le rodeó el cuello con los brazos para inclinarse más hacia él y volvió a posar los labios sobre sus colmillos. La tensión que había percibido en el momento en que él aterrizó en el claro se relajó. Le dio otro sólo para hacerle feliz.

—*Sube entonces.*

Dio un paso atrás y bajó mientras se giraba para que ella pudiera subirse a su espalda.

—Tenemos que darnos prisa, —le dijo ella cuando él se puso a cuatro patas y empezó a caminar. —Decidí ir allí bastante tarde y pronto caerá la noche.

—*Puedo protegerte en el camino de vuelta, aunque esté oscuro.*

—Esa no es la cuestión. Las tiendas cerrarán una hora después del anochecer.

Cuando la sombra era demasiado larga, la humanidad intentaba esconderse en sus casas si podía, incluso en las ciudades y pueblos protegidos por soldados y rodeados de murallas.

—*¿Cómo de rápido quieres que vaya?*

—Tan rápido como puedas. —Ella sabía que era una declaración exagerada, teniendo en cuenta que los de su especie eran realmente rápidos.

—*No creo que eso sea prudente,* —refutó él.

Mayumi pateó los talones como lo haría con un caballo mientras colocaba el torso pegado al cuerpo de él. Usó su mochila, casi vacía, como barrera entre ella y sus pinchos, esperando que siguieran siendo aerodinámicos.

Agarró su pelaje con fuerza mientras decía: —Oh, sólo acelera, maldito gato miedoso.

—¡No soy un gato!, —bramó él, con un destello rojo iluminándose frente a su cara.

—¡Sólo es un decir!, —gritó cuando Faunus irrumpió de repente en acción.

Si no fuera por el hecho de que podía sentir su fuerte cuerpo en movimiento debajo de ella, habría pensado que estaban volando con lo rápido que iban.

Cada árbol que pasaban era un silbido borroso, y ella nunca tuvo la oportunidad de ver uno solo mientras pasaban disparados. El aire era insoportablemente frío, atravesando de golpe su gruesa ropa de invierno y haciéndola temblar.

Al final, se limitó a tumbar la cara para ocultarla del viento helado que asaltaba su pobre rostro y trató de aguantar. Podía sentirlo cuando él se abría más para esquivar los troncos de los árboles o cuando saltaba por encima de los caídos.

Después de unos minutos de sólo sentir su glorioso cuerpo moviéndose mientras escuchaba sus jadeantes, profundas y reverberantes respiraciones, giró la cabeza hacia un lado para echar un vistazo al bosque.

Todo era una mezcla confusa de colores.

A pesar de que sus brazos y piernas ya estaban cansados, el rostro de Mayumi se transformó en una enorme sonrisa. *Esto es increíble.*

Entonces, después de lo que podrían haber sido sólo veinte minutos, si no menos, finalmente aminoró la marcha.

Ella se incorporó mientras miraba a su alrededor para averiguar dónde estaban. Normalmente había una ruta de ida y vuelta a la ciudad, y no estaba especialmente familiarizada con los árboles que les rodeaban.

—¿Por qué paraste? Te dije que estaría bien.

—*Ya hemos llegado.*

—Sabes que...— dijo ella mientras empezaba a bajarse de él. —Debería habérmelo imaginado. Sabes que normalmente es un paseo de tres o cuatro horas para mí, ¿verdad?

—*Eso es porque los humanos sois imposiblemente lentos.* —Levantó uno de sus brazos para sostenerla cuando era obvio que sus piernas se tambaleaban

por el cansancio de sujetarse a él. —*Siempre pensé que era imposible que los humanos aún no se hubieran extinguido.*

Levantó la barbilla hacia él. —Puede que no seamos rápidos, pero somos excepcionalmente listos.

—*Date prisa y entra en tu aldea humana. Yo esperaré aquí.* —A pesar de ello, él la agarró del antebrazo cuando ella asintió y se dio la vuelta para alejarse. Ella se encaró con él y descubrió que sus orbes eran de un verde oscuro. —*Recuerda mi advertencia, Mayumi. Eso no ha cambiado.*

—No creo que me guste especialmente el color de los celos en ti, —respondió ella con los párpados bajos, molesta.

Ella había venido aquí para encontrar la forma de ayudarle, no para ir de juerga con hombres humanos.

Además, sería el equivalente a tirar una salchicha por un pasillo a estas alturas después de haber tomado la increíble polla de Faunus. ¿Cuántos hombres tendría que tomar ahora sólo para sentirse algo llena, tres o cuatro al mismo tiempo? Parecía demasiado trabajo, y dudaba que llegaran a la misma profundidad.

Su mano en forma de garra se deslizó por su brazo y le acunó la nuca. Tiró de ella hacia delante, acercándola, antes de subirle la lengua por el cuello hasta la comisura de la mandíbula.

Entonces, justo cuando su cráneo estaba junto a su oreja, gruñó: —*El color no significa celos, mi tonta Cazadora de Demonios. Significa que te poseo.* —Ella no pudo contener el pequeño y travieso temblor que le recorrió la espina dorsal

ante la profundidad de su voz grave y sus oscuras palabras. —*Actualmente, eres* ***mía****, y destruiré todo lo que toque lo que es mío.*

Abrió la boca para rebatirle por costumbre cuando alguien le decía eso, pero la cerró cuando se dio cuenta de que estaba bastante contenta con esa idea. Volvió a abrirla para mencionar que él no se quedaba con su alma, lo que significaba que en realidad no era suya, y volvió a cerrarla cuando comprendió por qué no lo haría, aunque no estaba de acuerdo con ello.

Sólo podría vivir uno o dos años más.

Ella atraía Demonios a su casa; podría ser asesinada por uno. Podía morir fácilmente de una enfermedad, de un hueso roto, ahogada en la bañera, atragantada con un trozo de pan. La vida de un humano era débil y endeble.

Pero ella era terrible, y disfrutaba jugando con él.

—Me retracto, —susurró, tal vez un poco más áspera de lo que pretendía. —Me gusta este color en ti, entonces.

Oyó un chasquido en él, que hacía sobre todo cuando abría los colmillos para volver a cerrarlos cuando se quedaba mudo por un momento o a veces se enfadaba.

Se echó hacia atrás sin dejar de sostenerle la nuca. Él torció la suya. —*¿Te... gusta que sea posesivo contigo?*

—Sólo porque creo que realmente saldrías a matar a cualquiera por tocarme. Eso tiene mucho más sentido que cualquiera que haya intentado decírmelo antes. —Ella se inclinó más cerca y susurró contra sus colmillos. —Es como

jugar con el peligro, excepto que controlo la vida de otras personas sin que lo sepan.

—*¿Por qué eres así?,* —gimió él, rodeándola con el brazo para acercarla más.

—¡Tengo que ir a la ciudad, Faunus!, —chilló ella, notando que sus orbes parpadeaban morados.

—*No, no tienes que ir. No tienes que impregnarte del olor de nadie. Sólo el mío es lo suficientemente digno para estar en ti.*

Empezó a rozarle el pelaje que le cubría el cuello, pero ella estaba segura de que ya olía a él. Bueno... esta mañana se ha corrido dentro de mí.

¡Dios mío! Me acabo de dar cuenta de que voy a pasear por la ciudad con Duskwalker dentro de mí. No sabía si estaba preocupada por ese hecho... o excitada por ello. *Nadie sospecharía jamás lo que he estado haciendo con él.*

Casi le entraron ganas de reír cuando se dio cuenta de que era más pervertida de lo que jamás había pensado.

Sonrió cuando la tensión que había podido sentir desde su conversación de esta mañana se esfumó con la misma. Era lo que había estado esperando.

Pasara lo que pasara, Mayumi no había querido que las cosas cambiaran. No quería que Faunus se alejara de ella, y ella no quería hacer lo mismo.

Encontraré una solución, y hasta que lo haga... fingiré que no pasará nada malo.

Era extraño que la persona más cínica que había conocido -ella misma- estuviera dispuesta a creer en una esperanza ciega como ésta.

CAPITULO 29

—¿Cómo que no se te ocurre otra cosa? —gritó Mayumi en un intento de mostrar su indignación a la vez que intentaba hablar por encima de la inusitada cháchara de la taberna en la que se encontraba.

Acorralar a Klaus y Yoshida al mismo tiempo mientras ambos estaban fuera de servicio era un milagro. Sin embargo, estaban siendo tan completamente inútiles como de costumbre.

—Lo siento, Yumi, —respondió Yoshida encogiéndose de hombros, llevándose la jarra llena de hidromiel a los labios. Accidentalmente derramó una pequeña cantidad sobre la parte delantera de su camisa y comenzó a limpiarla. —Es que no se me ocurre nada que no sea caseína y que esté disponible en la ciudad o lo que tú sugeriste.

—¿Y cera de abejas? —intervino Klaus. —La gente la usa a veces como pegamento.

Mayumi gimió mientras deslizaba los brazos hacia delante sobre la mesa y la plantaba de cara.

—Eso no es lo bastante fuerte. Necesito algo que no se decolore con el tiempo, que no se derrita con el calor ni se agriete al congelarse. Necesito algo que sea maleable, pero lo bastante firme para aguantar bajo presión.

—Estás pidiendo lo imposible, —dijo Klaus con el ceño fruncido entre sus estúpidas cejas rojas. —Ni siquiera nos has dicho para qué es esto.

Sonaba música, aunque lo bastante alta como para aumentar el ruido pero sin sobrecargarlo. Alguien golpeó el respaldo de su silla antes de tropezar con su mesa y marcharse como si nada.

La taberna olía fatal, a alcohol y a sudor, y ella sabía que todo eso se le iba a pegar. Si era capaz de olerlo en sí misma, le preocupaba cómo se sentiría Faunus.

—¿Así que pegamento animal y caseína es todo lo que se nos ocurre?, —preguntó ella en lugar de responder.

¿Cómo iba a decir que estaba intentando pegar el cráneo de un Duskwalker? Si no la llamaban loca y la metían en la celda, reunirían un ejército para rodear su casa y enfrentarse a Faunus.

—Sí, pero ambos pueden volverse quebradizos con el tiempo, y también depende de si lo que intentas pegar es poroso o no, —le recordó Yoshida. —Si intentas pegar algo liso, es posible que ninguna de las dos cosas funcione, ya que no hay nada a lo que unirse. Además, tendrás que sujetar bien las piezas. De lo contrario, no tiene sentido. Así que si es redondo, buena suerte.

—Muchas *gracias* por explicarme lo obvio, —refunfuñó Mayumi con el mayor sarcasmo posible.

¡Me están dando explicaciones! Había trabajado con muchos pegamentos en su vida. No necesitaba que nadie se lo explicara como si tuviera cinco años.

—Sólo intento ayudar, —refunfuñó Yoshida llevándose la taza a los labios. —Eres la persona más desagradecida que conozco.

—Estoy pagando la cuenta por tu ayuda, así que cállate.

—Estaría bien que tuviéramos a Henry aquí, —intervino Klaus, haciendo un gesto para que le llenaran la taza al recordar que ella pagaba.

—¿Dónde está el listo cuando se le necesita? —Mayumi lloró patéticamente contra la mesa, sus hombros dando un falso tirón como si estuviera llorando de verdad.

—Nunca pensé que te oiría decir que alguien es mejor que tú en algo, —se burló Yoshida. —Y no es tan listo. Ayer tropezó con su propia bota.

—Es más bien un listillo, —se rió Klaus, mirando las enormes tetas de la camarera que le servía.

No era culpa suya. Ella sonreía mientras, obviamente, intentaba ponerle en la cara aquellas cosas suaves, redondas y apetitosas.

—Sí, y los dos sois como dos mitades de un idiota.

—Aquí somos tres, así que cada uno somos un tercio de un idiota entero.

Mayumi levantó la cabeza y señaló con el dedo índice la cara de Yoshida con la mirada. —Se me ocurrió la idea del pegamento para animales.

Ya había comprobado si tenía un poco en casa, en su cobertizo. Sus reservas eran escasas, y estaba un poco preocupada por su antigüedad.

—Sí, y al menos a mí se me ocurrió la caseína. —Yoshida señaló entonces con el pulgar a Klaus. —Este de aquí no ha aportado nada bueno desde que te metió en esto de salir con nosotros cuando éramos niños, y sigo pensando que no fue su mejor idea.

Ella arrugó la nariz, molesta.

Estaba bromeando, ella lo sabía, pero aun así quería ser infantil y retorcerle el pezón para que chillara como una zorrita, como cuando eran niños.

—Awww, no seas así, —Klaus hizo un mohín mientras rodeaba los hombros de Mayumi con el brazo, haciendo que ella se encogiera ante el contacto físico. —Ella era útil. Era la más pequeña y nos ayudaba a entrar en sitios muy pequeños. ¿Recuerdas cuando...?

—¡No he venido aquí a recordar! —gritó Mayumi mientras empujaba las manos contra la mesa para ponerse en pie. —Los mercados cierran pronto. Yo pagaré la cuenta, así que todo lo que bebas de aquí en adelante saldrá de tus propios bolsillos.

—¡Ni siquiera tomaste una copa con nosotros! —exclamó Klaus mientras se dirigía a la barra para pagar. —Tengo que enseñarte lo de la última vez.

Mayumi no se molestó en contestar. Había apostado muchas veces en el pasado que podía beberse las copas de los dos por debajo de la mesa; a veces ganaba la apuesta, otras tenía que ser sacada a hombros de alguien porque ya no podía andar.

Pero Faunus la estaba esperando, y realmente necesitaba conseguir lo que había venido a buscar.

De acuerdo. Conseguir mi té, averiguar quién vende los pegamentos que necesito y salir. Debería ser fácil.

Pero no lo fue. Unos cinco minutos después de terminar sus tareas, cuando estaba a punto de abandonar esta desdichada ciudad, oyó la voz de una de las muchas personas a las que preferiría evitar.

—¡Mayumi!, —oyó que aullaba una mujer, lo que hizo que un escalofrío la recorriera por la espalda.

Su reacción inmediata fue buscar un lugar donde esconderse. Un barril, detrás de un mostrador, incluso utilizaría a un niño pequeño como escudo a estas alturas.

Oh, Dios. Oh, mierda. Buscó y no encontró nada*. ¡Joder!*

—¡Clara! —gritó Mayumi con falsa alegría mientras se giraba, esforzándose por sonreír cálidamente.

La mujer rubia, pechugona y con curvas se había levantado la falda de volantes para caminar a paso rápido en dirección a Mayumi, probablemente para asegurarse de que no podía huir sin que se notara.

Las manos de Mayumi se alzaron parcialmente en señal de saludo. También fueron un encogimiento de hombros a medias, la incomodidad de esto causando calor en la parte posterior de su cuello.

No podía fingir que no me veía, ¿verdad?

—Mira, estoy segura de que tengo que dar algunas explicaciones, —dijo Mayumi con calidez en los ojos, comprendiendo por qué Clara podía estar algo enfadada con ella. Después de todo, tenía todo el derecho a estarlo. —Siento que...

La sonora bofetada que recibió hizo que su cabeza se torciera hacia un lado por lo inesperado del golpe.

—Te dije la última vez que no estaba interesada en un rollo de una noche, —ladró Clara, sacudiendo la mano mientras el dorso de sus nudillos empezaba a ponerse rosado. —Y sin embargo, desapareces en mitad de la noche... ¿otra vez? ¿Justo después de prometerme que no lo harías? Incluso dejaste monedas en mi mesita de noche, como si no fuera más que una puta asquerosa. Tienes suerte de que no sea tan valiente como para atravesar el bosque y llegar hasta tu casa.

Por el calor que Mayumi podía sentir en la mejilla, sabía que aquella bofetada iba a mancharle la cara durante algún tiempo, posiblemente incluso a hinchársele.

Toda la calidez y amabilidad de la expresión de Mayumi se apagaron cuando dirigió su penetrante y entrecerrada mirada en dirección a Clara. La mujer, que hacía unos segundos estaba llena de fuego, apretó los labios y se apartó un poco.

Mayumi siempre había sido muy dulce, juguetona y paciente, porque siempre conseguía lo que quería: un polvo medio decente. Estaba acostumbrada a que le gritaran los de su pasado sexual y a tener conversaciones incómodas.

Pero nunca había sido *golpeada* por uno.

Colocando la mano en la empuñadura de su daga, Mayumi echó los hombros hacia atrás mientras levantaba la cabeza.

Una pequeña multitud de personas se había detenido a presenciar el espectáculo, necesitadas del entretenimiento dramático. El entrometimiento de la gente era repugnante.

—No deberías haber hecho eso, Clara, —dijo apretando los dientes antes de respirar tranquilamente. —¿Era realmente la opción más sabia, la única acción que podías haber tomado?

—Te lo merecías. —Clara acabó por cruzarse de brazos y girar la nariz hacia ella, decidiendo subirse a la ola de su estupidez. —No puedes hacerme nada, no si no quieres que te arresten.

Una cosa que Mayumi odiaba era la violencia hacia otra persona. No permitiria que nadie le pusiera una mano encima ni a ella ni a otra persona. La muerte y el dolor podían ser para Demonios y bandidos.

Sacó su daga y la inspeccionó, sólo porque podía.

—Claro, no puedo hacerte daño. —La apuntó con la punta, aunque ahora estaban a un metro de distancia. —Pero no hay ninguna ley que diga que no puedo cortarte ese bonito vestido y hacerte desfilar desnuda para que todos te vean.

Mayumi no estaba segura de si aquello era mentira o no, pero nadie iba a seguirla hasta el bosque para detenerla por algo así. Además, Clara era del sector campesino. Una persona rica podría tener cierto poder e influencia, pero ella no era nadie en la Avanzada de Colt. Sólo una cara muy bonita.

—¡No lo harías! —chilló Clara, agarrándose la falda del vestido con ambas manos mientras daba un paso atrás.

—Parece que pensáis que sólo porque me ocupe de mis asuntos e intente ser amable no soy peligrosa. Siento haberte hecho daño, pero eso no te da derecho a pegarme. Vete a casa, Clara. —Mayumi asintió con la cabeza en dirección a la casa de la mujer. —Ahora, antes de que cambie de opinión.

—Zorra, —murmuró Clara en voz baja, antes de salir corriendo.

Mayumi la observó, sólo porque intentaba contener su ira. *¿Tiene el valor de llamarme zorra?* Puso el dorso de su mano fría contra su mejilla radiante.

La seguían mirando.

—¿Qué coño estáis mirando?, —gritó, volviéndose hacia los testigos. —¿Queréis que os corte la ropa?

La multitud se dispersó, no queriendo enfadarla. Mayumi era conocida por meterse en peleas y ganarlas, aunque hubiera más de un oponente, incluso hombres. También mordía y arañaba si la retenían como una bestia salvaje e indomable.

Los guardias cercanos que escucharon la conmoción no hicieron nada para intervenir. En realidad, no les importaba lo que ocurriera en esta ciudad mientras no fuera realmente criminal, como un asesinato o una agresión grave. Otros delitos menores, como causar disturbios, no se consideraban nada, aunque alguien necesitara ayuda.

Lo único que les importaba era que la gente no robara a los ricos y que no hubiera disturbios. Los disturbios significaban derramamiento de sangre, y el derramamiento de sangre significaba un ejército de Demonios.

Esa era una de las razones por las que los pobres no se rebelaban contra los de los anillos interiores.

Una campana sonó a lo lejos, informando a los habitantes de la ciudad de que las puertas pronto se cerrarían permanentemente durante el día. No querían que un Demonio se colara por la noche.

Quiero salir de este infierno.

Mayumi salió corriendo del puesto avanzado de Colt.

Cuando las puertas se cerraron tras ella, se llevó el dorso de la mano a la boca, esta vez para asegurarse de que no sangraba. No sangraba, pero le dolía mucho la cara.

Sólo le dejé dinero porque le robé una botella de alcohol mientras dormía. Sólo se había asegurado de pagarla, no de su tiempo con Clara. Mayumi era muchas cosas, pero no era una ladrona.

Sus ojos escudriñaron el prado que tenía delante, intentando recordar dónde estaba Faunus entre los árboles que había más allá.

A esto me refiero, pensó Mayumi cuando empezó a cruzar el prado. *Sólo intento hacer algo amable, y la gente se lo toma a mal. Sí, claro, debería haber sido sincera con mis intenciones con ella, pero por el amor de Dios. Estoy segura de que muchos hombres le han hecho lo mismo.*

A Mayumi le había pasado muchas veces en el pasado, los hombres se escabullían antes de que ella pudiera.

Ella siempre se encogía de hombros, se aseguraba de que no se había corrido dentro de ella y seguía con su vida. El sexo para ella no había sido más que una transacción de liberación, de querer sentir algo bueno.

Me he pasado toda la vida entrenando.

Había cansado su cuerpo con ejercicio y trabajado para hacerse fuerte. Los Cazadores de Demonios también iban a las ciudades que habían sido destruidas por los Demonios para ayudarles a reconstruirlas y protegerlas mientras lo hacían.

También los contrataban para luchar contra los bandidos humanos.

Mayumi había recibido flechas, garras y mordiscos. Casi había perdido la vida un puñado de veces.

¿Es tan malo pedir pasar un buen rato de vez en cuando? Nadie era perfecto. ¿Y qué si cometía algunos errores?

Cuando entró en el bosque, encontró a Faunus esperándola. Los árboles no eran los mismos que antes, así que supuso que él la había seguido.

Se detuvo al ver sus orbes amarillos.

Por eso me gustas. Porque no eres como ellos. Contigo no hay expectativas, Faunus. Todo lo decido yo.

Él aceptó su comportamiento maleducado y su complejo de superioridad y le devolvió el golpe con su propio estilo de juego. Ella no tenía que esconderse, no tenía que fingir.

En el poco tiempo que llevaba aquí, había conseguido que Mayumi se sintiera a gusto en su presencia. Se había amoldado a ella y no al revés.

Siguió caminando para saludarle. Cuando se acercó, su hocico se movió arriba y abajo como si estuviera olfateando.

Sus orbes se volvieron verdes y un gruñido resonó entre los árboles y la nieve mientras se acercaba. Los pelitos de su cuerpo se erizaron de emoción, el sonido como música para sus malditos sentidos depravados.

—*Hueles fatal,* —gruñó cuando estuvo frente a ella. —*Tienes demasiados olores.*

Se frotó el hocico con asco.

El humor de Mayumi seguía siendo bastante agrio, pero él la hizo soltar una carcajada incluso cuando pensaba que nada más podría hacerlo.

—Me lo imaginaba.

Levantó la cabeza hacia atrás y hacia arriba, de forma parecida a como lo hacía ella cuando estaba a punto de ser mala a propósito. —*Ni siquiera quiero ponerte a mi espalda.*

Bajó los párpados. —Bueno, eso es grosero. Ven, aquí tienes.

Empezó a frotarle el hocico con las manos.

Él estornudó y se apartó de ella. Entonces sus orbes se volvieron amarillo oscuro y se inclinó hacia delante para olisquearle la cara.

El gruñido que emitió esta vez fue amenazador. Él se agachó, curvando la columna hacia delante mientras se apoyaba en una mano y levantaba la otra para tocarle la mejilla.

Mayumi dio un respingo. Intentó dar un paso atrás, pero la mano de él se dirigió hacia delante para acunarle la nuca y mantenerla en su sitio.

—*Tienes la cara hinchada, Mayumi. Está roja y amoratada.* —Sus orbes se tornaron de un rojo intenso, brillando a escasos centímetros de la cara de ella. ***—¿Por qué?***

Ella lo ocultó con el dorso de la mano, dejando que el frescor de sus dedos ayudara con la hinchazón. —No es nada, Faunus. No te preocupes.

—Parece que alguien te ha golpeado. —Le arrancó la mano y la usó para acercarla cuando era obvio que intentaba alejarse. ***—¿Quién te ha hecho esto?***

Con un suspiro, sus ojos encontraron el bosque, deseando que él la dejara ir.

Su lengua pasó por su mejilla. Justo cuando comenzó un escozor, se desvaneció rápidamente cuando un resplandor amarillo de magia brilló entre ellos. Era frío, su magia siempre tenía algo de frío, pero hizo que el dolor se disipara.

—Nada puede hacerte daño. —Ella dejó que su mirada permaneciera desviada, pero él aprovechó la oportunidad para acercarse hasta quedar justo al lado de su oreja. Su voz era grave cuando gruñó: ***—Dije que eras mía, y***

protegeré lo que es mío, destruiré lo que lastime lo mío y me aseguraré de que conozca el miedo cuando dé su último aliento. —La risita oscura que soltó, casi eclipsada por su gruñido, fue... malvada. —***Y sólo hay un olor en tu cara. Me será fácil seguirte.***

Mayumi se levantó y le cubrió la parte superior de la cara con una mano y agarró su cuerno de carnero con la otra. Le empujó hacia atrás para poder mirarle.

—Sólo fue una tontería, y en cierto modo me lo merecía.

—No. Me da igual.

—Faunus, —dijo Mayumi en tono severo. —Digo que no.

Ella deslizó sus manos hacia arriba para que pudiera colocar sus brazos alrededor de su cuello. No podía creer que estaba aquí, tratando de calmar a un Duskwalker de matar a alguien.

—Gracias por curarme. Ella tiene una manaza más dura de lo que pensé que tendría, pero ahora estoy bien. Además, ¿de verdad quieres dejarme aquí sola en el bosque mientras vas a causar estragos en la ciudad?

Si su cráneo es más frágil de lo normal, ¿qué pasaría si un mal golpe hace que se rompa?

Ella podía sentir la pesadez de su respiración, la rabia que sentía mientras temblaba. Quería vengarse por algo tan pequeño e insignificante.

La rodeó con sus largos y fuertes brazos, y su abrazo la engulló antes de que ella sintiera la leve punzada de sus garras a ambos lados del ombligo.

—Puedes cuidarte sola antes de que vuelva. No tardaré.

Es como hablarle a una pared amenazadora.

—Yo sólo... realmente quiero ir a casa. He tenido un día terrible.— No creía haber tenido un día tan malo en mucho tiempo. —Estaría bien pasar tiempo contigo. Por fin puedo enseñarte a jugar al shogi, ya que has cogido tan bien el ajedrez.

Después de un largo rato de Mayumi abrazándolo, incluso acariciando la espalda de su pelaje hinchado, Faunus comenzó a aliviarse.

—*Apestas,* —acabó refunfuñando. —*No me gusta.*

Se le escapó una carcajada. —No creo que pueda deshacerme de ello pronto.

Un resoplido sacudió su torso contra ella. —*Si te quita la mezcla del olor de los demás en ti... entonces nos daremos un baño cuando volvamos a tu casa.*

—¿En serio? ¿Es tan malo que sugieres tomar un baño?

¡No podía creerlo! Casi siempre se le enroscaba la cola entre las piernas en cuanto ella lo sugería.

—*Me lo restregaste por todas partes, así que necesito darme uno contigo. Si no, no servirá de nada.*

—Sabes que está cayendo la noche, ¿verdad?

—*Estaré allí contigo*.

Mayumi levantó la vista hacia el cielo rosa y morado que se oscurecía, viéndolo a través de su pelaje y de los árboles. Nunca me he bañado en el exterior de noche.

La sonrisa que curvó sus labios fue débil y solemne. Supongo que será divertido.

CAPITULO 30

Faunus odiaba la forma en que el agua de la bañera parecía tranquila y acogedora. Odiaba la forma en que el cielo sin nubes la hacía parecer negra, como si fuera interminable, ilimitada e inconmensurable.

Odiaba el modo en que engullía a Mayumi en sus abismales profundidades. Era tan pequeña, tan delicada, mientras elegía cuidadosamente qué escalón de roca natural daría para adentrarse más.

La belleza desnuda de ella deslizándose lentamente, incluso mientras se sumergía bajo las estrellas, no era suficiente para distraerle de lo fácil que era perderla.

Su pelo se convirtió en un negro mechón flotante contra el oscuro estanque cuando su cuello alcanzó la superficie. Sus músculos se hincharon ante la temerosa expectativa de tener que zambullirse en el agua y salvarla de ahogarse, como había hecho muchas veces.

No debería haberlo sugerido.

Al menos durante el día, podía ver el fondo de su bañera de manantial.

Sabía que no era tan profunda. Sabía que el agua sólo sobrepasaba el fondo de su caja torácica si se ponía de pie en medio. Eso no le aliviaba en absoluto.

—Mayumi, —suplicó.

Esto no sería suficiente para librarla por completo del olor de los demás, pero lo aceptaría. Aceptaría lo que manchaba su pelaje si ella salía del agua y llegaba a tierra firme.

Su sonrisa era pequeña, pero muy amable, cuando se volvió hacia él y le ofreció la mano.

—Vamos, Faunus, —le dijo dulcemente. —Desde que usaste ese hechizo de agua, me siento como tú.

Sus palabras le hicieron ladear ligeramente la cabeza. —¿Se siente como yo?

No podía compararse con un elemento tan implacable y despiadado. Al menos se arrepentía de haber matado... algo.

—Bueno, —dijo mientras lo miraba. —Tiene la misma temperatura que tú, y juraría que hasta huele un poco como tú. Y me recuerda al color de tu pelaje... incluso me hace un poco de cosquillas.

No era la primera vez que utilizaba su sangre para llenar esta bañera, aunque le costó mucho hacerlo. Todavía había gotas de líquido morado goteando de algunos de sus dedos y manchando la nieve que tenía debajo.

Pero era la primera vez que hacía un comentario así al respecto.

La mano de ella rebotó ligeramente, indicándole que se acercara y la cogiera. Sus orbes se tiñeron de rosa rojizo, avergonzado, cuando se dio cuenta de que lo decía sólo porque él se mostraba más indeciso de lo habitual.

Faunus se agachó para cogerle la mano y poder tirar de ella.

Sin embargo, un segundo antes de que sus palmas hicieran contacto, el rostro de ella se volvió hacia el cielo. —Esto es realmente hermoso. No soy tan estúpida como para bañarme fuera por la noche, pero siempre he querido hacerlo.

Tan sentidas y anhelantes palabras hicieron que el poder de su fuerza de atracción fuera mucho más fuerte que el suyo, su corazón se perdió ante el asombro de ella.

Todo el pelaje y las púas que lo cubrían se hincharon de repulsión cuando su pata se deslizó dentro del charco de oscuridad. El resto de su cuerpo siguió los pasos de Mayumi, que lo introdujo más profundamente.

Faunus despreciaba esta parte, sobre todo porque ella lo empujaba suavemente hacia el hueco más bajo y el agua lo engullía hasta el pecho. Prefería sentarse en el otro lado, menos profundo.

Sus garras rasparon y se clavaron en la roca para estabilizarse mientras el talón de sus pies se deslizaba por debajo de él para poder sentarse. Abrió las piernas para poder meterse en la bañera, relativamente pequeña pero profunda.

Como siempre hacía a pesar de sentir el fondo, se agarró con todas sus fuerzas.

Ella se tumbó en su regazo, cosa que no hacía siempre, y se acomodó encima de él.

Luego cogió la botella que tenía cerca, se sirvió un vaso de un líquido que le escocía la nariz y bebió un sorbo. Ella ya le había informado de que quería beber aquel brebaje alcohólico. Ambos esperaban que el agua ayudara a aliviar el olor que desprendía.

¿Qué más daba? Él lo prefería a que oliera como cien humanos, que era como olía en ese momento.

Faunus apoyó los pies en el fondo y finalmente la rodeó con los brazos para sentir que estaba a salvo.

A pesar de su inquietud, escuchó atentamente a su alrededor. El bosque estaba en silencio; ni siquiera un ratón de bosque revoloteaba o un búho ululaba.

El agua lamía su pelaje, cálida y relajante, incluso a pesar de su propia aversión. Ella tenía razón, sentía su propia temperatura cálida, y estaba seguro de que la caldera bajo ellos lucharía contra la escarcha que los rodeaba para mantenerla confortable.

Finalmente se atrevió a moverse para rozar con el dorso de su garra el suave pómulo de ella. El rojo centelleó en sus orbes. Habían estado siempre blancos desde el momento en que el agua empezó a subir.

Mayumi le puso un dedo en la punta del hocico con una mirada tierna.

—No lo hagas, —le advirtió. —Me enfadaré mucho contigo si estropeas esto. Ya me has curado la cara.

Su larga inhalación fue seguida de un resoplido de fastidio.

Él no entendía por qué ella permitía que alguien la golpeara y lo dejaba vivir. Tampoco lo había entendido cuando ella luchaba contra esos hombres humanos.

La única razón por la que no los había cazado y masacrado era que ella se había manchado de sangre. Si la hubiera dejado sola, los Demonios la habrían perseguido.

Sabía que podría haberse colado por la muralla de aquel insignificante pueblo humano y haber encontrado a la mujer que había herido a su hembra, cubriéndose el hocico para que no pudiera oler su sangre antes de abrirle la garganta. Luego habría salido de la aldea antes de que el sol terminara de ponerse.

¿Lo habrían visto? Probablemente. Pero Faunus era muy rápido y ágil. Estaba seguro de que podría haber encontrado la manera de entrar y salir sin entrar en cólera.

Sinceramente... no le habría importado. Quería destruir cualquier olor que se hubiera aferrado a ella. Cualquier aroma que pudiera volver a tocarla en el futuro, aunque fuera tan inocente como un roce en el hombro.

Levantó la cabeza para mirar las estrellas cuando supo que su vista se había vuelto de un verde oscuro, ocultándosela a ella.

La oyó tragar hondo antes de que volviera a coger la botella, y él la ignoró mientras miraba hacia el cielo. Se quedó mirando durante un buen rato cuando un conjunto de puntos brillantes captó su atención.

—Siempre me he preguntado qué hay más allá, —dijo él en voz baja.

—¿Por qué?, —preguntó una vez que volvió a sentirse cómoda. —Siempre me ha parecido inútil preguntarme por cosas que no puedo ver ni tocar. Sólo sé que el cielo es una inmensa nada.

Un pequeño soplo de viento agitó el pelaje seco alrededor de su cuello y le refrescó la cara, resaltando el silencio que cayó sobre ellos.

—Lo siento, —murmuró ella. —Probablemente debería haberme callado y dejarte hablar.

Se sintió un poco aliviado de que ella lo hubiera detenido. —No pasa nada.

—No, no lo está, —le dijo ella ligeramente mientras le agarraba el cuerno de carnero y le obligaba a mirarla. Agradeció que su vista volviera a su amarillo habitual. —Habla, Faunus. Quiero saber por qué quieres saber qué hay más allá de las estrellas.

Sacudió la cabeza con una risita. —No importa. No creo que los humanos consideren pacíficos mis pensamientos.

Por lo que él había deducido hasta ahora, ella quería disfrutar del baño por su rareza. Estaba seguro de que sus palabras habrían sido desalentadoras.

—Hay otro lado de la bañera donde puedo sentarme, —amenazó.

Un pico de ansiedad lo golpeó, y sus garras se clavaron un poco en ella. Pensó que si ella abandonaba su regazo, podría salir corriendo del agua, y eso arruinaría todo para ella.

—Habla.

Con un suspiro, separó los colmillos y giró el hocico hacia arriba para volver a mirar las estrellas.

—No sé si otros Duskwalkers sienten lo mismo, pero yo no... siento que pertenezca aquí. No siento que pertenezca a ninguna parte. No puedo quedarme en la superficie sin que me persigan los Cazadores de Demonios, y no puedo quedarme en el Velo sin que me persigan allí también. Si no puedo ir a esos lugares y vivir en paz, ¿adónde más puedo ir? —Giró la cabeza hacia una espiral turbia y brillante que podía ver a lo lejos. —Sé cómo llegué a ser, pero no por qué. Sin embargo, me pregunto si habrá más de mi especie por ahí.

Por la forma en que ella estaba sentada, él pudo notar que sostenía su vaso con ambas manos.

—Bueno, dijiste que tu padre era un guardián del vacío. ¿Eres capaz de ir allí?

—No sé si puedo volver de ese lugar. Es una vida después de la muerte, así que nunca me he sentido atraído. —Su vista se posó en la luna. Estaba brillante y casi llena, así que examinó sus cráteres sombríos. —La razón por la que no he ido en busca de un nuevo mundo es porque me preocupa que sea igual. Los Duskwalkers *necesitamos* violencia. Debemos alimentarnos para desarrollarnos. ¿Y si encuentro otro lugar que nos odie igual? ¿O uno en el que los de mi especie no se hayan desarrollado, y me dejen solo, sin poder hablar con ellos porque no saben cómo hacerlo?

—¿Te sientes... solo, Faunus?

Por mucho que trató de evitarlo, sabía que fue su pregunta la que hizo que sus orbes se tornaran azules.

—*Mucho,* —gruñó. Tras un breve silencio, Faunus se rió. —¿Ves? Mis pensamientos no son muy agradables. Quizá deberíamos hablar de otra cosa.

—No hagas eso, —refunfuñó ella en voz baja. —No invalides tus propios pensamientos y sentimientos sólo porque sean desagradables. No son indeseados, Faunus.

Giró la cabeza hacia ella, y dos charcos negros llenos de luces centelleantes, igual que el agua que la rodeaba, le dirigieron sus destellos. La luna había encontrado sus ojos, haciéndolos aún más seductores y hechizantes de lo normal.

—Yo también tengo pensamientos así, —continuó, con los ojos recorriendo su cráneo. —Claro que no siento la soledad como tú. Puedo ir a casi cualquier lugar donde vivan humanos y ser aceptada, pero...— Mayumi soltó una carcajada sin humor mientras se frotaba la nuca. —No siempre he sentido que pertenezco a un lugar. No pienso como los demás, y no tardo en mostrarme violenta o fría con los demás. Lo he intentado. Joder, he intentado encajar. Pero demasiada gente me hace sentir claustrofóbica, y una vez que he pasado demasiado tiempo con ellos, me empieza a molestar que la persona que está a mi lado sólo respire. Es como si hubiera un muro a mi alrededor cuando estoy en una calle concurrida, y cuanto más tiempo estoy allí, más lo noto hacerse más pequeño hasta que siento que me ahogo. La única vez que me sentí realmente cómoda rodeada de otras personas fue cuando estaba en el campo con el gremio cazando demonios. Era la única vez que sentía que encajaba.

Mayumi apoyó el vaso contra su pecho y empezó a acariciarle el pelaje del pecho con la mano libre. Ella miraba fijamente el movimiento de su mano, casi como si estuviera evitando su mirada.

—La gente empieza a sentirse pegajosa cuando paso demasiado tiempo con ellos. Al cabo de unos días, su piel se siente mal junto a la mía y la mía empieza a erizarse.

Su corazón se contrajo dolorosamente cuando preguntó: —¿Te hago sentir así?

Sus labios se curvaron hacia arriba mientras volvía la cara hacia él. —En absoluto. Tal vez sea porque estás cubierto de piel.

Acarició su pecho con la mejilla, lo que sólo hizo que se sintiera más ligero bajo su tacto. Incluso empezó a irradiar un gruñido satisfecho.

Mayumi señaló hacia su casa. —Sé que no es mucho ni muy grande, pero tú al menos encajas aquí... igual que yo.

—Pero yo no quepo aquí. Ni siquiera puedo estar bien de pie dentro de tu casa.

—Me siento muy mal, pero no podemos levantar el techo y hacerlo más grande. Te quiero aquí, eso es lo que quería decir.

Sus orbes se iluminaron en su color amarillo. —Lo sé.

Hizo un mohín cuando se dio cuenta de que se había burlado de ella.

Faunus sabía que Mayumi le quería, y le encantaba saber que ella habría odiado que cualquier otra persona permaneciera aquí tanto tiempo como él.

—¿Has bebido alcohol alguna vez?, —preguntó, levantando ligeramente su vaso.

—Nunca. —¿Por qué iba a hacerlo? Era una bebida humana, por lo que él sabía.

Intentó recordar si los Demonios habían bebido alguna vez, pero no podía pensar si alguna vez había estado en un lugar de la Aldea de los Demonios que lo ofreciera. Podría ser, pero tal vez él nunca había estado allí.

No era especialmente bienvenido. No todos los Duskwalkers lo eran. Y más ahora que Orpheus y Magnar le habían dicho que Jabez había desterrado a los de su especie de la Aldea de los Demonios.

—Inténtalo, —exigió. —No sabrás si no te gusta a menos que lo pruebes.

Sólo por el olor, no estaba seguro. Sin embargo, ella tenía razón. No podía decir que no le gustaba hasta que lo probara.

—¿Quizás podríamos probarlo cuando tengas un segundo vaso?, —preguntó mientras lo examinaba.

No tenía labios ni boca para beber de un objeto así.

—¡Sólo tienes que meter la lengua, Faunus! La he tenido en la boca suficientes veces como para que no me importe.

Maldita sea. Esperaba poder usar eso como excusa.

Se inclinó hacia delante y se pasó la lengua por el interior de la boca con cautelosa agitación antes de sumergirla en el vaso. En el momento en que su lengua tocó el duro fondo, cada parte de él se puso de punta. Su pelaje, sus púas. Sentía como si sus huesos quisieran saltar de su carne y salir corriendo.

—¡Blergh!, —soltó, apartando la lengua.

Tosió cuando tragó accidentalmente una gota, tratando de sacar el líquido ofensivo de sus fauces. No tenía labios, así que no podía escupir, y lo único que le salvó fue la baba que empezó a llenarle la boca.

Mayumi soltó una risita mientras intentaba ayudarle, recogiendo un puñado de agua para que pudiera beberla sin tener que hundir la cabeza en ella.

—¡Qué asco! —Dio un estremecimiento de repulsión. —¡¿Cómo puedes beber eso?!

—Porque me hace sentir cálida y confusa por dentro. Me relaja. —Sus risitas se frenaron cuando le dio un sorbo. —No se trata de cómo sabe, sino de lo borracha que me puede poner.

Faunus no podía pensar en otra cosa que en cómo le hacía arder la garganta y hacer gárgaras de asco con el estómago. Creyó que la lengua se le arrugaba en la boca.

—Es ofensivo y vil, y tienes suerte de que no lo tire al bosque. —Dio otro estremecimiento. —No volveré a confiar en nada que intentes hacerme comer o beber.

—Awww, no seas así.

Su lindo puchero no fue suficiente disculpa.

—Toma, déjame compensarte, —dijo mientras dejaba el vaso en el borde rocoso y cogía un frasco.

El jabón líquido que se echó en las manos olía muy bien, y las sumergió en el agua antes de empezar a enjabonarle el hombro izquierdo con él. Soltó un resoplido irritado, pero no pudo evitar levantar la cabeza en señal de bienvenida cuando ella le frotó el cuello.

Todo lo que ella tocaba le relajaba el pelaje. Cuando, después de frotarle y masajearle el brazo izquierdo, le bajó por el otro, ya lo había calmado del todo.

Con la vista en negro y el hocico apuntando al cielo, se le escapó un gemido cuando Mayumi se sentó a horcajadas sobre su regazo y empezó a frotarle la espalda con jabón. Tardó un poco más de lo debido en darse cuenta de por qué había gemido cuando ella se limitaba a limpiarle, a pesar de que sus uñas rascaban con una sensación sublime.

Era porque algo suave había rozado la parte inferior de su pene.

¿Por qué me sigue pasando esto?

Algo en tener las manos de Mayumi sobre él mientras el agua rodeaba su cuerpo hizo que su pene se deslizara de su costura sin que él se diera cuenta. Estaba envuelto en calor y humedad, y la palpitación que sentía en él era algo habitual cerca de ella.

Abrió la vista para descubrir que estaba morada.

Ella empezó a clavarle las uñas en la piel del pecho y el torso después de aplicarse más jabón en las manos. Se enjuagó rápidamente bajo el agua.

—Espero que no te importe... pero esta noche no estoy de humor.

—¿De humor?, —preguntó él, sin saber lo que eso implicaba, mientras volvía la cabeza hacia abajo.

Sus labios no estaban mohínos, ni fruncidos, sino en algún punto intermedio mientras miraba hacia abajo.

Allí estaba su polla, completamente dura, descansando entre ellos. Sus tentáculos estaban sorprendentemente quietos y lánguidos, no buscando y rebuscando como solían hacer, como si el calor los calmara.

Resultaba extraño oírla decir que no lo deseaba cuando normalmente aprovechaba cualquier oportunidad para hacer que saliera de él.

Faunus le cogió la nuca y le rodeó la cara con las garras para asegurarse de que no le quitaba la mirada de encima.

—Nunca tienes que hacer nada conmigo si no quieres. No puedo evitar la forma en que mi cuerpo reacciona ante ti, pero eso no significa que exija nada.

Él presionó la palma de su otra mano contra la polla y empezó a empujarla hacia abajo para que al menos pudiera apartar un poco de ella; sabía que estaba demasiado dura para empujarla completamente dentro de su costura.

—Sólo estoy disfrutando de que me toques. Ni siquiera sabía que me estaba excitando hasta que te deslizaste contra ella.

Mayumi se agachó y le agarró la muñeca con ambas manos para detenerle. —No tienes por qué hacer eso. No me importa que esté fuera, y seguro que es más cómodo que intentar metérmela.

—¿Seguro? —Realmente no le importaba.

Estaba un poco avergonzado de que esto siguiera pasando.

—Sí. Sólo estoy cansada y agotada. —La sonrisa que ella le dedicó era completa y absolutamente falsa. —Hace mucho tiempo que no tengo un día agitado.

—Mayumi... Si se trata de esta mañana...

—No quiero hablar de eso ahora. —Su sonrisa desapareció, sus rasgos se volvieron severos mientras cogía más jabón.

El cuerpo de Faunus se tensó como reacción. ¿Era este el principio del cambio de Mayumi? *Pero estaba juguetona conmigo antes de ir a la ciudad*. Había sido la de siempre. Lo había molestado, lo había mandoneado... incluso le había besado el hocico más de lo normal.

No sabía qué pensar de sus acciones, sobre todo porque ella misma estaba aquí limpiándolo.

Apartó la mano y dejó que su polla flotara libremente en el agua cuando ella empezó a enjabonarle el pelaje que cubría su pecho. También le limpió los huesos de las costillas, y se sintió de maravilla.

Cuando bajó, Faunus la agarró y la acunó entre sus grandes brazos. —El resto de mí ya está limpio. Relájate.

Sinceramente, él no quería quedarse en el frío porque sabía que querría salir del agua tan pronto como pudiera. El hecho de que la cabeza de ella estuviera tan baja también le había preocupado. Ella podría morir de un simple ahogamiento, aunque él no lo permitiría.

Entonces un pensamiento cruzó su mente, uno que le hizo lamer el exterior de su hocico con profundo interés.

Antes de que ella pudiera terminar de abrir su gran boca para hablar, él preguntó: —¿Podría lavarte?

Se sentía un poco más cómodo en el agua de lo normal, quizás debido a la constante exposición. A pesar de que ella no quería ser sexual, él todavía quería tocarla - tal vez incluso hacerla sentir bien.

Ser bañado por ella era placentero. Quería calmarla de la misma manera.

Mayumi cogió su vaso y se bebió el resto. Luego cogió el frasco de jabón y se lo dio, lo que él interpretó como una forma de decir que sí.

Ella trató de darle un brazo, pero Faunus tomó ambas manos entre las suyas después de envainar todas sus garras. Ella hizo un mohín con la boca mientras él frotaba sus largos y grandes dedos en las delicadas y pequeñas palmas de ella, mientras sus pulgares rozaban el dorso de las mismas.

A pesar de su fuerza, sabía que un movimiento en falso podría romper sus débiles huesos humanos. Subió por sus antebrazos con suavidad y trató de masajearlos como ella hacía con él.

A veces Mayumi le arañaba el pelaje como si quisiera llegar a la raíz de los mismos. Otras veces le hundía profundamente los pulgares y los dedos en los músculos. Él seguía sus movimientos de memoria y aligeraba su presión cada vez que sus oscuras cejas se movían.

Como no se fiaba de sí mismo, cerró los muslos y la hizo sentarse sobre sus rodillas, girándola para que le diera la espalda. Quería ver lo que hacía mientras le lavaba la espalda.

El tacto de Faunus era ligero cuando le rodeó las caderas con las manos y presionó con la yema de los pulgares los músculos que abrazaban su columna vertebral. Hizo pequeños círculos, como ella le había hecho a él varias veces.

Hizo una pausa cuando ella emitió un pequeño maullido hasta que se apoyó en sus manos para seguir.

—En realidad se siente muy tenso allí, —comentó ella cuando él estaba justo debajo de sus omóplatos.

¿Tenso? La sentía suave por todas partes.

Se dio cuenta de que no era la persona adecuada para saber lo que estaba bien o mal en el cuerpo de una humana.

Ella se retorció sobre las piernas de él, las suyas separadas, y apoyó las manos en las rodillas cerradas de él. Miró por encima de las copas de los árboles para contemplar el cielo.

Él le rozó el espeso y sedoso pelo por encima de un hombro cuando empezó a subir. Ella emitió otro suave sonido, uno que sólo hacía cuando se sentía bien. Él no podía evitar que su polla se sacudiera cada vez que ella lo hacía.

La polla empezaba a estar tensa, ya que llevaba demasiado tiempo erecta sin tocarla. Por suerte, el agua la mantenía húmeda. De lo contrario, no creía que fuera posible para él estar aquí haciendo esto con ella en este momento.

Justo cuando estaba a punto de llegarle a los hombros y el cuello, le acarició la espalda con las yemas de los dedos y volvió a empezar desde abajo. Se emocionó cuando ella no lo detuvo.

Al fin y al cabo, se suponía que la estaba lavando.

—¿Has estado alguna vez en el mar, Faunus?, —preguntó ella con voz entrecortada.

—¿Por qué lo preguntas? —Él no estaba seguro de por qué ella quería saber esto.

—Porque haces que sea muy difícil conocerte. Dijiste que habías vagado por todo el mundo. Quería saber si habías visto el mar.

—Sí, lo he visto. He recorrido casi toda la tierra.

—¿Pero supongo que no las playas del sur?

Su cabeza se ladeó. Le sorprendió que ella lo supiera.

—No. Es muy difícil para un Duskwalker ir allí.

—Los Demonios tampoco pueden ir allí, —dijo ella, y él juró que podía oír que sus labios se torcían con humor. —Nosotros, en el norte, tenemos el gremio de Cazadores de Demonios más fortificado, pero en el sur hay más humanos. Combaten la tierra y el mar contra los Demonios, así que imagino que llegar allí también sería difícil para los de tu especie.

—No hay muchos árboles para que los Demonios se escondan del sol, y está lejos del Velo, —respondió.

—Pedí ser destinado allí por un tiempo. Creo que soy una de las pocas humanas que ha estado en casi todas partes. ¿Dónde vivías? Mm... tu cueva, quiero decir. Antes de que la robaran los Demonios.

—Al oeste, creo. Había un pueblo que se quemó no muy lejos de mi cueva. Fue hace muchos años... pero lo observé desde el bosque mientras un gran número de Demonios se aprovechaban de sus muros en llamas.

Mayumi se puso rígida y miró por encima del hombro. —¿Estás hablando de Ciudad Leeside?

Faunus se encogió de hombros como respuesta. —¿Cómo voy a saber cómo se llama un pueblo humano?

—¿Tenía una gran campana en el medio?

—Sí. Me resultaba molesta. Podía oírla desde el Velo, por eso fui allí cuando no paraba de sonar.

Se tapó los labios con el nudillo anterior del dedo índice. —Leeside se quemó hace unos cien años.

—Yo... obtuve mucha humanidad aquella noche.

Al final, el olor a sangre y a carne quemada había sumido su mente en una locura inconsciente. Había pasado días luchando con Demonios mientras intentaba llegar hasta cualquier humano que, por desgracia, se hubiera encontrado atrapado bajo los escombros de una casa.

—¿Por qué querías ir al mar? —preguntó Faunus, que empezaba a sentirse incómodo compartiendo aquellos recuerdos, sobre todo porque eran borrosos, como la mayoría de los de la sed de sangre o la rabia.

Sólo podía imaginarse qué aspecto tendría ante los demás. Una bestia descerebrada y furiosa en medio de una ciudad destruida y en llamas, invadida por Demonios, rodeada de gritos y de aquella maldita campana sonando hasta que un Demonio la derribó.

Y luego una súbita quietud, que sólo dejaba el sonido del fuego crepitante y moribundo y de criaturas sedientas de sangre olfateando y buscando.

—Quería saber más de ti, no al revés.

Mayumi emitió un pequeño gemido cuando por fin empezó a trabajar con los pulgares en la parte superior de los hombros y los lados del cuello. Utilizaba el jabón para que sus movimientos resbalaran más, al igual que lo utilizaba para lavarla.

—No tengo mucho que contar, Mayumi. He pasado la mayor parte de mi vida vagando lo que he podido por este mundo.

—¿Qué buscabas?

—Todo, —admitió. —Y nada. Simplemente no sabía qué más hacer. Me sentía perdido.

Siempre he estado buscando... Entonces, ¿por qué dejé de hacerlo cuando la encontré? Fue cuando había encontrado a Mayumi aquella noche cuando dejó de vagar y empezó a visitar casas por curiosidad, a aprender, e incluso empezó a intentar entablar amistad con los Demonios.

En el momento en que aquella niña lo había alcanzado y le había pedido que no volviera a dejarla... Faunus finalmente dejó de buscar algo.

—*Bien,* —suspiró. —La familia de mi padre siempre ha vivido en esta casa, así que quería ver dónde nació mi madre.

—¿No era de aquí?

Él esperaba que su madre fuera de uno de los pueblos cercanos.

—Creo que estaba loca. Tenía que estarlo para haber perseguido a mi padre hasta la Fortaleza Hawthorne. —Cuando las manos de Faunus se detuvieron y él ladeó la cabeza, Mayumi se dio la vuelta y se sentó de lado sobre su regazo para mirarle. —Si mi padre era testarudo, creo que mi madre lo era más. Ambos decían que yo me parecía más a ella que a él, no sólo en mi aspecto, sino también en su personalidad.

Faunus no dijo nada mientras enroscaba la mano alrededor de su cadera para estrecharla contra él. Acabó bajando la vista por su cuerpo y volviendo a mirarle a la cara mientras enarcaba una ceja.

—¿Y bien?, —preguntó ella, con una sonrisa un poco más pícara de lo habitual. —Todavía te queda mucho para lavarme entera.

—¿Me contarás más si sigo?

Él sólo se había detenido porque quería saber más.

Su sonrisa cayó mientras sus cejas se fruncían profundamente. —¿Por qué?

—Porque quiero saberlo todo sobre ti, —refunfuñó Faunus.

Quería saber cómo había llegado a ser ella, para saber cómo había llegado a encontrarla en su sombría existencia. Tal vez esa sería la respuesta a por qué la encontraba tan asombrosa.

—No hay mucho que contar. Mi padre aún estaba ascendiendo en el gremio cuando se vio obligado a ir al sur. Hubo un gran problema con los Demonios que atacaron el muro fronterizo y lo atravesaron, así que muchos sectores enviaron Cazadores de Demonios al sur para ayudarles mientras reconstruían.

Mientras hablaba, Faunus intentó coger el frasco de jabón, pero ella le agarró la mano para impedírselo. Por alguna razón, no quería que él la lavara mientras ella hablaba de esto.

—El sur es diferente a cualquier otro lugar. Talaron la mayoría de los árboles y construyeron un gran muro que cruza toda la tierra para bloquear a la mayoría de los Demonios. Todavía tienen ciudades amuralladas, por si acaso, pero es como un primer bloqueo. Ya tenían que lidiar con los Demonios que venían del mar, así que intentaban evitar el acoso constante de ambos lados. Muchos de ellos cultivaban y pescaban.

Ella bajó la mirada y agarró con ambas manos una de las suyas. Comenzó a dibujar patrones en la áspera palma de la misma, haciendo que sus dedos se estremecieran.

—A primera vista pensarías que era una mujer mansa, sobre todo en sus últimos años... pero en realidad era una soldado. Creo que por eso mi padre se sintió atraído por ella al principio. Si él era un hombre equilibrado, mi madre era un oso. Era mucho más brutal cuando nadie miraba, por eso creo que a él le gustaba que ella pudiera defenderse. —Resopló una carcajada al decir: —

Odiaba que ella le pusiera de patitas en la calle unas cuantas veces cuando se peleaban mientras yo crecía.

—¿Se unió a ella por eso?

—No. Como dije, ella lo persiguió hasta la Fortaleza Hawthorne. Mi padre pasaba mucho tiempo con mi madre cuando estaba en el sur, pero acabó dejándola allí cuando se reconstruyó el muro y lo llamaron para que volviera. Ni siquiera creo que se planteara realmente quedarse porque su hogar estaba aquí; siempre se ha negado a abandonarlo. Y sé que todos en la historia de mi familia han tenido que perseguir a quienes han intentado ocupar el lugar cuando estaba desocupado. —Sus bonitos ojos se acercaron por fin a sus orbes, y el humor que vio en su expresión era un poco oscuro, tal vez retorcido. —Después de que él se marchara, mi madre viajó sola hacia el norte y aporreó las puertas del gremio hasta que las abrieron. No tenía miedo. Siempre había sido una persona decidida cuando se proponía algo. Cuando por fin la dejaron ver a mi padre, le exigió que asumiera la responsabilidad de haberla dejado embarazada. Mi padre, que era un hombre mojigato y moralista, aceptó casarse con ella y dejar que le cuidara la casa. A cambio, se aseguró de que ella y yo siempre tuviéramos dinero, y nos visitó para cuidar de los dos cuando podía. Me entrenó de la misma manera que él.

—¿No le disgustó tener que dejar su casa?

Él se había visto obligado a dejar la suya, así que no entendía por qué alguien elegiría hacerlo.

Mayumi se encogió de hombros.

—Ya te dije que mi madre era huérfana. Sus padres murieron cuando ella era muy pequeña, y la gente que acogía a todos los huérfanos se veía obligada a desplazarse mucho. No muchas aldeas, pueblos o ciudades querían albergar a tantos niños colectivos y no deseados porque suelen tener miedo de todo: de los Demonios, de la oscuridad, de su futuro. Fueron expulsados de muchos lugares. Ella no se sentía ligada a las tierras de las que procedía y nunca había echado raíces. Había alquilado una habitación con su sueldo. No le veía sentido a quedarse allí, y no iba a criarme sola cuando había un padre disponible, aunque estuviera lejos. No supo que estaba embarazada hasta que él se fue, pero eso no iba a detenerla. Me dijo que, si hubiera muerto por el camino, no habría sido posible, pero sabía que no habría podido recorrer esa distancia una vez que yo hubiera nacido. Habría llorado y traído a los Demonios sobre nosotros.

Faunus levantó la cabeza para mirar al cielo, pensando profundamente. Una vez hubo tomado una decisión, volvió a bajarla y se inclinó hacia delante para poder pasarle la lengua por la mejilla.

—Tenían razón. Entonces debes de parecerte más a tu madre.

—¡¿Perdona?!, —chilló ella. —No conociste a ninguno de mis padres, ¿cómo ibas a saberlo?

—Ella fue tonta al vagar sola por el mundo contigo dentro de su vientre. Igual que tú sueles ser tonta.

Mayumi agarró el cuerno de su lado bueno con ambas manos y le sacudió la cabeza salvajemente, haciendo que los raros huesos le traquetearan.

—¡Eso es muy mezquino, Faunus!

—¿No es verdad?, —se rió entre dientes. —En estos momentos estás gritando cuando estamos fuera en medio de la noche. Apenas puedo oír si se acerca un Demonio con lo ruidosa que eres.

Sus labios se entreabrieron con incredulidad. Luego emitió un extraño arrumaco mientras cruzaba los brazos sobre sus preciosos pechos y giraba la cabeza hacia otro lado con un mohín.

—Te he disgustado, —le dijo él mientras se esforzaba por disimular su humor. Coló las yemas de los dedos bajo la sección cruzada de sus brazos para poder acariciarle el pecho. —Puedo seguir bañándote para que te sientas mejor.

—Creo que prefiero que salgamos de aquí. —Su tono dejaba entrever una mentira.

—No saldrás de esta agua hasta que no sepa con certeza que no hueles a otros, —advirtió, con el verde levantándose de inmediato en sus orbes amarillos; el calor de sus deseos había muerto durante su conversación. —Te libraré de sus olores, aunque tenga que obligarte.

Sus párpados se inclinaron y se arrugaron con el pensamiento antes de aflojar los brazos, y finalmente cayeron. Sin embargo, su cabeza seguía girada hacia otro lado.

—Eso sí que es una buena cazadora, —ronroneó mientras cogía el frasco de jabón.

Empezó por la garganta y el pelo después de mojarle la espalda lo suficiente para humedecerla. Supo que Mayumi había vuelto a sentirse contenta cuando él jugó con su pelo y le masajeó el cuero cabelludo con el jabón.

Siempre era fácil arrancarle sonidos, y su sensible oído los captaba por muy callada que estuviera.

Acunó todo su cuerpo con un brazo, manteniéndola en el agua, mientras el otro bailaba sobre su suave piel.

—Gracias por compartir todo esto conmigo, —acabó diciendo él mientras le lavaba los pechos, deteniéndose en ellos porque le gustaba cómo se retorcían. Tenía los pezones duros y sabía que disfrutaba cuando se los acariciaba. —No hay mucho que pueda aprender desde lejos, y siempre he querido saber más sobre ti.

—Siempre puedes preguntarme, —dijo ella en voz baja, cerrando los ojos en lo que sólo podía ser satisfacción.

—No siempre sé lo que tengo que preguntar, —dijo con sinceridad. —Para ser sincero, no sé qué hago contigo ni por qué.

Sus ojos se abrieron ligeramente. —¿Qué quieres decir?

—He estado en muchos lugares y he visto a muchos humanos, pero sólo tú me has traído paz mental. —Le pasó la mano cubierta de jabón por el vientre, palmeándola hasta el fondo mientras se hundía y curvaba bajo sus ásperos callos. —Todo lo que sé es que siempre que me ha ocurrido algo... desagradable, tú has sido lo único en lo que he podido pensar, lo único que podía aliviarme.

Faunus empujó más allá de su montículo púbico para ir a sus piernas, sabiendo que si iba a tocar allí, podría querer volver a ella cuando ya había prometido que esto sería lo más lejos que irían esta noche.

Sus pensamientos no se vieron favorecidos por el hecho de que su vista estaba morada de nuevo, y podía sentir la parte inferior de su polla endurecida rozando el costado de su culo. Incluso uno de sus tentáculos se había enroscado en el bonito pliegue que ella tenía donde la nalga se unía con la parte posterior del muslo.

Incluso cuando Jabez me tenía en esa habitación, ella era la única que me mantenía... cuerdo.

Y cada vez que su mente se quedaba dormida, era su hermoso rostro el que veía justo antes de sucumbir al dolor, o a la falta de aire, o cuando su corazón dejaba de latir temporalmente.

Sin saberlo, ella había sido su salvación.

Agarró con fuerza su muslo musculoso, sin querer soltarlo nunca, mientras decía: —Me siento inexplicablemente atraído por ti, Mayumi.

CAPITULO 31

Agachada, Mayumi se aseguró de no pisar restos de hojas o palos. Incluso probó la nieve sobre la que caminaba para asegurarse de que no fuera más profunda de lo habitual y no creara ruido.

Su respiración era superficial y tranquila, su pulso calmado y constante.

Al otro lado del ciervo, entre los árboles, podía ver de vez en cuando dos orbes amarillos. Faunus se aseguraba de no asustar a la criatura en la dirección equivocada. Para ser una bestia tan enorme y pesada, sus pasos eran casi silenciosos cuando él quería.

Estaba siendo tan cauteloso como ella, sin embargo, por una razón completamente diferente.

Existía la posibilidad de que, si el ciervo huía, se desatara en él una sed de sangre, una furia de caza. Al principio, ella esperaba que él persiguiera al ciervo y lo matara por ella, pero él le había informado de que eso sería demasiado peligroso.

Podría volverse contra ella en cuanto terminara de comer.

Tenía la cara cubierta por un paño impregnado de perfume para ocultarle el olor a sangre. También tenía las mandíbulas atadas, por si acaso, con una

cuerda encantada que aún conservaba de su época de Cazadora de Demonios.

Tenía un pequeño arsenal de armas encantadas.

Habían sido bendecidas por Sacerdotes y Sacerdotisas en uno de sus templos. Ellos se negaban a vivir con el gremio o en la mayoría de las ciudades, optando por recluirse a menos que tuvieran su propio templo dentro de la ciudad. Con un espacio limitado, tener un templo sólo para unos pocos era inalcanzable.

Mayumi siempre había sentido aprensión por aquellas personas misteriosas y con el rostro cubierto. El hecho de que fueran los únicos humanos que podían usar la magia y ocultaran su identidad e incluso su cuerpo con largas telas y capas... no podía evitar encontrarlos nada más que sospechosos.

Era consciente de que estaba llamando siendo hipócrita, teniendo en cuenta que los Cazadores de Demonios también cubrían sus rostros, pero eso era más para permanecer ocultos en la oscuridad que otra cosa.

Aun así, siempre había estado agradecida por su magia.

Había sido de gran ayuda como Cazadora de Demonios, pero ahora la protegía de su monstruo grande, malo y de dientes afilados.

Este era su acuerdo.

Nada podía cortar la cuerda, salvo un pequeño cuchillo hecho de obsidiana bendita, que llevaba en el cinturón de armas, y la mantendría a salvo... más o menos. Sus garras aún podían matar, pero ella también tenía un látigo encantado en la cadera.

La mayoría de los encantamientos sólo servían para atar y proteger. Nada parecía matar o causar daños adicionales.

Sinceramente, podría haberlo hecho ella misma, pero la idea de cargar con una criatura tan grande sonaba agotadora. Estaba dispuesta a correr el riesgo si eso significaba que podía ser perezosa.

Tenía a alguien que podía llevar la carga por ella, así que ¿por qué no utilizarlo?

Mayumi se arrastró hasta acercarse al ciervo que cazaba. Buscó cualquier señal de Faunus, pero no pudo encontrarlo. Estaba observando, esperando.

Tengo que pensar en otra cosa, pensó mientras concentraba sus ojos en su objetivo*. El pegamento animal no funcionó.*

Alineó el tiro con el arco y la flecha, respiró hondo y contuvo la respiración. El mundo se calmó en sus oídos mientras concentraba la vista en su objetivo.

El pegamento se derritió de su cara.

Soltó la cuerda.

La flecha dio en el blanco y el ciervo emitió un gruñido de angustia y se encabritó. Mientras estaba erguido sobre sus patas traseras, Faunus se lanzó a través de los árboles.

No le dio ninguna oportunidad de huir, ya que lo agarró por la cabeza y lo retorció. Mínimo derramamiento de sangre, mínima posibilidad de que la criatura sufriera un dolor duradero, mínima posibilidad de que se retorciera. Una muerte limpia, en su opinión.

Pero ahora tenía que esperar, agachándose lo suficiente para asegurarse de que no la vieran. Sus orbes eran rojos, y estaba encima del ciervo a cuatro patas.

Pudo apreciarse claramente el temblor que le recorrió todo el cuerpo antes de que se sentara sobre sus rodillas y se agarrara el cráneo. Lo agitó de un lado a otro con las manos, como si intentara sacudirse sus propios pensamientos de la cabeza.

Al final se hundió y bajó las manos para mirar a su alrededor.

—*Ya no hay peligro,* —dijo sin levantar la voz porque sabía que ella estaría cerca.

—¿Estás seguro?, —preguntó... sólo para asegurarse.

Empezó a cambiar de forma para poder ponerse a dos patas, con su peludo trasero desnudo a la vista de todos. Ella seguía negándose a darle sus pantalones, disfrutando de verlo en toda su gloria.

Su cola se enroscó en lo que ella sabía que era fastidio mientras se agachaba para recoger al ciervo en sus brazos.

—No te habría llamado si no creyera que es seguro, —dijo antes de girarse en la dirección en la que había oído su voz. —Por favor, démonos prisa. Me siento incómodo con las mandíbulas así cerradas. Tampoco puedo oler bien, así que sólo puedo oír si se acerca el peligro.

Mayumi se puso en pie y se quitó la nieve de las rodillas. —Te dije que estaría bien.

Resopló por la nariz. —Seguía siendo arriesgado. No sé por qué querías que te ayudara tanto cuando podrías haberlo hecho tú sola mientras yo me quedaba atrás y exploraba la zona en busca de otros peligros.

Se encogió de hombros.

—No he cazado con otra persona desde el gremio, y quería ver lo compatibles que éramos en el campo. También pensé que sería divertido.

Su hocico se levantó como si estuviera pensando en sus palabras. —¿Somos *compatibles*, entonces?

—Absolutamente. Suelen requerir varios disparos. Pude golpear en el punto que lo haría retroceder, y eso significó que pudiste rematarlo. —Levantó la mano y le acarició el bíceps. —Me habría llevado unas horas debilitarlo y luego habría tenido que traerlo vivo a casa. De este modo, pude cazarlo justo antes de que anocheciera, y es lo bastante grande como para seguir atrayendo a los Demonios sin desangrarlo como hice con el jabalí.

—Suena complicado, —resopló.

—Lo es. Cebar Demonios es un arte que necesitábamos perfeccionar. —Ella cruzó los brazos detrás de la cabeza mientras caminaban. —Vivo muy cerca de dos aldeas, lo que significa que tengo que tener una presa fresca o una grande.

—Aunque ya he dicho que no te detendré, sigo sin entender por qué haces esto.

—Significa que hay un Demonio menos en la zona asomando su fea cabeza cerca de esos pueblos. Eso es lo único que me importa, cumplir con mi deber

aunque me hayan expulsado. Todavía tengo dos piernas, dos brazos y un latido, y lo usaré todo para matarlos hasta el día de mi muerte.

Faunus dejó escapar un gruñido ante su última palabra, pero se negó a ocultar el hecho de que la muerte podía venir a por ella en cualquier momento sólo para evitar que él se enfadara por ello. Cuanto más aceptara que ella moriría algún día, lo quisiera él o no, estuviera él aquí o no, más le serviría a ella.

Tener habilidades de Fantasma sería muy útil.

Se lo había explicado con más detalle, y Mayumi estaba totalmente de acuerdo al cien por cien con la idea de volverse intangible.

Imagina todos los Demonios a los que podría acercarse sigilosamente y matar.

Faunus la convertiría en la Cazadora de Demonios definitiva.

Sus ojos se desviaron hacia un lado para mirarlo, sabiendo que estaba ralentizando el paso por ella. *Pasar el tiempo que tenga con él suena... bastante bien, también.*

¿Y qué si estaba destinado a morir antes de la eternidad? Con la forma en que vivía, sólo le quedaban unos pocos años buenos de todos modos.

Sus brazos cayeron de estar cruzados detrás de su cabeza mientras su corazón daba un latido incómodo. Apretó los labios y frunció el ceño.

Creía que podría convencerle de que el pegamento funcionaba, pero el calor de su cuerpo literalmente se lo derritió de la cara.

Había utilizado pegamento animal, ya que no había podido conseguir caseína. Todo lo demás que había encontrado en el puesto avanzado de Colt habría escocido en su herida constantemente abierta. Había sido su única oportunidad, y falló.

No puedo atarle los cuernos porque dijo que volver a unir la grieta era insoportable.

A ella no le importaba mirar el cuero sobre su cara o incluso el asqueroso amarillo del pegamento sobre él si eso ayudaba a mantenerlo vivo por más tiempo. Ella sólo quería que él se sintiera lo suficientemente seguro como para tomar su alma.

He probado el pegamento dos veces en la última semana sólo para asegurarse. No iba a rendirse sólo por un intento fallido. *¿Qué más puedo hacer?*

Ser un Fantasma no era más que una ventaja, pero su mente se había aferrado obstinadamente a crear un vínculo con ese grandullón. Como su madre, estaba tontamente decidida.

Llámalo amor o enamoramiento, pero sabía que Faunus era la única persona en toda la existencia con la que podía imaginarse... feliz.

No sería fácil. Ya tenían sus dificultades, pero esta era la primera vez que ella quería perseverar a través de esos desafíos en lugar de lanzarse como un salmón por la ventana hacia la libertad.

¿Por qué no podía ser suficiente?

—Tienes esa expresión en la cara, —acabó diciendo él después de un rato caminando.

Ella resopló con desgana. —¿La de que estoy tramando algo?

—Creo que tu cara es así permanentemente, —rió él, haciendo que ella se quedara boquiabierta. ¡La audacia de este Duskwalker! —No. La otra. En la que algo te molesta.

Eso hizo que su mandíbula se cerrara al instante. El músculo de su mandíbula palpitó cuando apretó las muelas posteriores.

—También estás callada, —afirmó con indiferencia. —Rara vez estás callada. Sueles estar molestándome y acosándome. Me preocupa cuando no lo haces.

Con un falso resoplido y una verdadera mirada perdida, Mayumi aceleró el paso. Lo cual no significó nada porque él se limitó a seguirla mientras ella trataba de avanzar a través de la espesa y densa nieve.

—Suelo ser una persona bastante tranquila. Depende de mi estado de ánimo y de con quién esté, —dijo.

Ahh, el despiste en su... peor momento. Tuvo que ahogar un escalofrío interno para que no le temblara la mejilla.

—Sólo estoy preparando mi mente para esta noche, —añadió ella. —Debes estar en el estado de ánimo adecuado para cazar criaturas que tienden a pensar en ti como una presa.

La mentira era agridulce, ya que en parte era verdad.

No quería hablar con Faunus de sus sentimientos, de lo profundos que eran o de lo mucho que deseaba entregarle su alma.

No soy poeta. No sabía cómo ser suave y gentil con sus palabras, no sabía cómo formularlas de manera melódica.

Se le ocurrió separarle las mandíbulas mientras dormía y meterle el alma en la garganta para que no pudiera detenerla. Ya está. Una solución. Así podrían discutir juntos durante toda la eternidad, o el tiempo que les quedara juntos.

Por el momento, veía que cualquier diálogo sobre el tema no iba a su favor, y ella no era el tipo de persona que libra una batalla perdida. Prefería retrasar la pelea hasta que se le ocurriera una estrategia en la que supiera que sería la vencedora.

Antes de que Faunus pudiera seguir husmeando, vio a lo lejos la parte superior de su chimenea y casi suspiró aliviada.

—Vamos, rápido, —dijo sabiendo que era ella la que los retrasaba. —Las sombras son casi lo suficientemente largas como para que los Demonios empiecen a acercarse.

Tras unos minutos de trote por su parte, llegaron al claro del centro de su patio delantero. Le indicó que atara sus patas traseras con una larga cuerda antes de que él... levantara la cosa para que ella pudiera atarla a una altura que nunca podría alcanzar.

Mayumi comprobó la cuerda que llevaba al gancho del suelo para asegurarse de que estaba perfectamente sujeta. Luego corrió al interior e inmediatamente dejó sus armas en el perchero y contra la pared de al lado, con Faunus siguiéndola detrás.

A medio camino de la habitación principal, ya se estaba quitando la ropa. La dejó hecha un ovillo en el sofá de una plaza que rara vez utilizaba y entró en el almacén.

—Bien. Primero te taparás la nariz y luego abrirás el ciervo para atraer a los Demonios. Yo estaré en mi sitio habitual, en el tejado, y tú estarás en los árboles o en el suelo, como prefieras, —dijo mientras saltaba de nuevo a la zona principal con un pie dentro de sus pantalones de Cazador de Demonios mientras intentaba meter el otro. Casi se tropieza de bruces y tuvo que estabilizarse. —Yo vigilaré tu espalda y me aseguraré de que estés a salvo de cualquier daño.

—Me parece que estamos haciendo esto de la manera equivocada, —refunfuñó con los brazos cruzados sobre el pecho y apoyándose en el marco de la puerta. —¿No deberías ser tú quien los cazara y yo quien te protegiera?

Sus orbes eran amarillos, pero ella juró que brillaron de color morado cuando se puso en pie y apoyó las manos en las caderas. Probablemente se debía a que en ese momento no llevaba más que los pantalones, con los pechos al aire para que él los viera.

—¿Sabes lo que es un perro de caza?

Ella gimió cuando él se lamió el hocico y rápidamente se puso la camisa del uniforme de manga larga ajustada al cuerpo. Se la metió por dentro de los calzones de cuero negro para asegurarse de que no se le subiera y le dejara la espalda a la intemperie.

—He visto perros con humanos, sí. ¿No son sólo acompañantes?

Volviendo al almacén, cogió sus botas especiales del baúl personal que tenía encima de otro. Sus objetos personales se usaban con frecuencia, de modo que levantaban muy poco polvo en el aire.

Sin embargo, siempre sentía ganas de estornudar en esta habitación.

—Lo son, pero también están especialmente entrenados para cazar a otros animales y matarlos o atraparlos. Depende de la orden que se le dé. —Una vez más, Mayumi volvía a la habitación dando saltitos, con un solo pie golpeando el suelo. —Es una forma diferente de cazar. El humano protege al sabueso mientras corre de cabeza hacia el peligro.

Faunus gruñó con maldad. —No soy un perro, Mayumi.

—¡Nunca dije que lo fueras!, —gritó ella mientras ponía el segundo pie en sus botas especializadas. —Pero tienes garras, colmillos y eres superrápido. También eres jodidamente fuerte, y no puedo evitar querer usar todo tu potencial.

Cuando se dio cuenta de que su conversación le había hecho confundir las botas y ponérselas en los pies equivocados, gimió y se sentó para quitárselas. Era un error fácil... con las prisas.

Se encogió de hombros.

—¿Sabías que eres literalmente el depredador supremo? Va Duskwalkers, Demonios, osos, manadas de lobos, y luego los leones de montaña. Los humanos apenas estamos en la escala, incluso con todas nuestras espadas y flechas. —Se puso de pie una vez que sus botas estuvieron en los pies correctos y comenzó a acomodar su cola de caballo en la parte trasera de su

camisa de uniforme de cuero para poder llevar la capucha sobre su cabeza. Se volvió hacia él una vez se hubo colocado el cubrebocas sobre la cara. —Mira, tengo un Duskwalker aquí, y resulta que creo que eres bastante impresionante.

Mayumi sonrió bajo su rostro cubierto cuando sus orbes cambiaron a un rosa rojizo por la vergüenza.

—¿Por qué no puedo usarte como una extensión de mí misma en la caza, Faunus? Juntos conseguimos el cebo, lo trajimos de vuelta y ahora los dos podemos atraer a los Demonios hasta aquí y matarlos. Tú, que eres la mejor mitad de nuestro equipo, los derribarás, mientras que yo, que soy la mitad lenta y débil, estaré en el tejado con mis flechas. Aprovecharé cualquier oportunidad para matarlos yo misma y asegurarme de que no te cogen por la espalda.

El color de sus orbes se oscureció en su tono rosa rojizo. Incluso se inquietó ligeramente girando la cabeza hacia otro lado, y luego levantó la vista antes de volver hacia ella.

Un ceño frunció sus cejas. *Ya le había hecho cumplidos antes. ¿Por qué ahora se muestra tan tímido?*

Se preguntó si eran demasiados a la vez o si se debía a que estaba halagando sus puntos fuertes en lugar de su cuerpo.

En cualquier caso, Mayumi se encogió de hombros y se acercó. Levantó las manos y le quitó la tela que cubría su hocico antes de desatar la cuerda encantada que sujetaba sus mandíbulas, agradecida de no tener que cortarla.

Separó los colmillos y movió la mandíbula inferior de un lado a otro mientras la frotaba antes de cerrarlas.

A continuación, Mayumi alzó la mano y le bajó la cabeza, ahuecando la parte superior e inferior de su hocico, mientras lo besaba a través de la cobertura de su cara.

—Confío en ti, y eres la primera persona con la que he querido cazar así y que no es del gremio. —Apoyó la frente en su mandíbula huesuda. —Esto es una gran parte de lo que soy. Me alivia mucho no sólo poder hacerlo, sino también hacerlo contigo. No quiero que me protejas como si fuera incapaz, Faunus. Quiero protegerte como si fuera fuerte y astuta.

—Yo también confío en ti, —dijo él mientras frotaba su mandíbula contra la de ella. —Pero si me enfurezco, mi mente no será lo que es normalmente. No podré ver la diferencia entre tú y ellos, amigos o enemigos. Todo será presa, y tú olerás mucho más tentador. Me preocupa que me vuelva contra ti.

—No lo harás, —afirmó ella sin dudarlo. —E incluso si lo haces, te ataré y esperaré a que te tranquilices. —Una risita comenzó a salir de ella justo antes de que dijera: —Tal vez podamos divertirnos con eso cuando los Demonios se hayan ido.

Él le devolvió la risita. —Pensé que habías dicho que tenías que preparar tu mente.

—Muchas gracias por esto, Faunus. Te saludaré desde el tejado cuando esté lista.

Mayumi se apresuró hacia su perchero y sacó de él su cinturón, al que siguió su carcaj. Una vez puestos, cogió su arco y se lo colgó del cuerpo.

Sabía que Faunus había salido por el frío que se respiraba dentro de la casa. Luego cogió un trozo de pan duro como un ladrillo que había cocinado el día anterior.

Él estaba de pie junto a la estaca cuando ella trepó por la trampilla del techo hasta el tejado con su capa marrón cubriéndola. Su cráneo siguió sus movimientos mientras ella se arrastraba hasta que estuvo en posición.

Cuando ella le hizo señas, escarbó en la nieve hasta que encontró un montón de tierra resbaladiza y procedió a metérsela por el agujero de la nariz. Sin dejar de prepararse, sacó una flecha de su carcaj y la clavó justo cuando él se acercó al cadáver del ciervo, le clavó las garras y lo desgarró desde las caderas hasta el pecho.

Sus entrañas se desparramaron por el suelo.

Una gran sonrisa se dibujó en su rostro cuando escuchó un extraño sonido a lo lejos, como un rugido lleno de espuma y gárgaras. Era familiar... y cercano. Puede que estuviera husmeando por donde Mayumi y Faunus habían atacado al ciervo.

Ella había disparado al ciervo, que había dejado una pequeña cantidad de sangre.

En el momento en que el Demonio irrumpió en el claro, Faunus saltó hacia él desde donde había retrocedido para ocultarse de la vista. El Demonio ni

siquiera tuvo una oportunidad. Lo hizo pedazos con sus garras en cuanto lo tuvo en sus manos.

Por suerte no empezó a comérselo, pero ella no entendía por qué lo dejó allí una vez muerto. O por qué lo destrozó aún más cuando dejó de respirar. Sinceramente... era un poco morboso y grotesco.

Giró el cráneo en dirección al tejado, sus orbes ya de un peligroso color rojo.

—Será mejor que te prepares. —Su voz era casi como un gruñido en sí mismo. —¿Quieres matar Demonios? —Señaló al que estaba en el suelo. —Eso es un cebo. Eso traerá más. Intentaré ir todo lo lejos que pueda antes de comérmelo todo.

La expresión que se levantó en sus rasgos era muy probablemente maliciosa, así como orgullosa mientras lo miraba fijamente.

Los Demonios eran caníbales. Se comían a los de su propia especie, y ella no podía creer que nunca hubiera pensado en despedazar a uno para hacer más fuertes los aromas en el aire después de haber colgado el cebo y matado a uno.

Faunus volvió a esconderse, incapaz de ver su sonrisa oculta tras la máscara.

Feliz caza.

No mucho después, oyó que se acercaba otro Demonio. Tiró de su cuerda y apuntó en la dirección de la que sabía que venía.

Estaba lejos, y tuvo que esperar mucho tiempo. En el momento en que salió de la arboleda, Mayumi soltó su flecha, sin importarle si realmente daba en el

blanco, ya que Faunus la protegería si cambiaba de dirección y la apuntaba a ella. Había dado justo entre los ojos del Demonio, y se deslizó contra el suelo hasta detenerse justo entre las manos de Faunus, que había corrido a por él.

Fue una muerte limpia, y se encontró con la mirada de Faunus cuando se volvió hacia ella. Ahora estaba a cuatro patas, en algún momento había cambiado a su forma más monstruosa para ser más rápido.

Sus púas, que normalmente se deslizaban por su cuerpo, sobresalían de su columna vertebral, antebrazos y pantorrillas. Tenía un aspecto amenazador, salvaje y tan jodidamente sexy que hizo que se mordiera el labio.

Tengo que follármelo mientras esté así.

Sabía que, si las cosas iban bien esta noche, y era capaz de verle en su estado más bestial y depredador, se lo iba a estar imaginando toda la noche.

Parece que esta noche romperé varias reglas de Cazador de Demonios en el campo.

Casi se echó a reír al recordarlas mientras ensartó otra flecha en la cuerda de su arco.

Regla número uno: no tengas miedo hasta tu último aliento. Una regla fácil de seguir. No recordaba si había tenido miedo alguna vez en su vida.

Regla número dos: prepárate para morir. Otra regla fácil. Siempre estaba preparada para lo peor.

Con Faunus a su lado, dudaba que la muerte fuera a buscarla esta noche.

Regla número tres: nunca distraerse. Ya había roto esta regla, imaginándose a Faunus a cuatro patas con ella debajo. Inmovilizándola, dominándola mientras gritaba con abandono.

Su corazón tartamudeaba sólo de pensarlo.

Regla número cuatro: mantén tu olor al mínimo.

Era tarde en la noche, la luna menguante se alzaba más alta, y Mayumi pensó que tenía un charco tan profundo entre los muslos que le empapaba la ropa interior.

Se preguntaba si los Demonios podrían captar su excitación, pero también le importaba muy poco si podían hacerlo.

A medida que avanzaba la noche, repetía más reglas.

Regla número nueve: nunca apartes la vista de tu objetivo.

Encajó otra flecha y la lanzó a la espalda de un Demonio que se acercaba sigilosamente por detrás de Faunus mientras se enfrentaba a otro.

Habían conseguido atraer a varios Demonios, más de los que ella había visto nunca, por la cantidad de cuerpos sangrantes que habían recogido. Faunus había perdido la cabeza a causa de los Demonios que lo habían alterado, pero nunca tuvo la oportunidad de volverse contra ella.

Para cuando empezaba a comerse todo lo que le rodeaba, otro Demonio venía a robarle la comida... y luego moría.

Regla número doce: si tu compañero está herido, no intentes ayudarlo. Protégelos desde una distancia segura hasta que salga el sol.

Era una regla oscura y premonitoria. Si alguien intentaba ayudar a un compañero que sangraba, corría el riesgo de morir al intentar vendarle la herida, una herida que seguiría atrayendo a los Demonios.

Era mejor protegerlos a distancia y esperar que ambos pudieran aguantar hasta que saliera el sol.

Mayumi siempre había seguido esa regla, incluso cuando no quería. Muchos la habían odiado por ello como jefa de equipo, y no podía contar el número de muertes humanas que se habían producido como resultado de su decisión. También había salvado a muchos más.

Pero rompería esa regla si Faunus estuviera en grave peligro. Saltaría desde este mismo tejado con la espada en alto por encima de su cabeza si fuera necesario, incluso si eso la ponía en el punto de mira de su furia, con tal de que su cráneo no se partiera aún más.

Lo haría sin dudarlo.

Regla número diecisiete: si ves a un Duskwalker, puedes elegir entre luchar contra él y morir o huir y morir; no hay escapatoria.

Y ahí estaba ella, luchando junto a uno de ellos y preguntándose al mismo tiempo cómo podría ponerse encima de su polla sin morir aplastada. Respiraba con dificultad y sus mejillas estaban calientes por la excitación.

Incluso pensó en abanicarse cuando él lanzó al cielo un rugido bestial que le erizó los pezones y le estremeció el coño, cubierto de sangre desde la cabeza

huesuda hasta los dedos de los pies. Quería que rugiera así mientras la embestía y la obligaba a ahogarse en las olas de un olvido lleno de dicha.

Regla número dieciocho...

CAPITULO 32

Con la cabeza apoyada en la almohada que era el hombro de Faunus, Mayumi dejó que sus ojos se abrieran lentamente.

Con las partículas de polvo bailando a su alrededor a la luz del sol que se filtraba en la habitación, lo primero que la saludó fue el pecho peludo y cubierto de huesos de él, que subía y bajaba lentamente mientras él estaba tumbado boca arriba para ella. La pierna sobre la que ella estaba tumbada estaba recta, mientras que la otra estaba doblada y echada sobre su torso. Lo mismo ocurría con sus brazos.

Todo su cuerpo estaba pegado a él, aunque no se tocaban lo suficiente, ya que ella llevaba camisa.

Sentía una leve punzada de garras en la parte posterior de los muslos, ya que la mano de él le acunaba el culo y el dedo corazón estaba peligrosamente cerca de metérsele entre las piernas.

Frotó su rostro somnoliento contra él para despertarse aún más antes de dejar caer su mirada sobre una de las ventanas junto a la chimenea.

Sin duda ya había pasado el mediodía, pensó, y se dio cuenta de lo brillante que estaba el cielo. Un pájaro voló por encima de ella y emitió un piar al que no prestó demasiada atención.

En lugar de eso, dejó que sus ojos volvieran a su pecho para poder recorrer su pelaje con las yemas de los dedos. *Estábamos despiertos incluso después de que saliera el sol.*

El infierno se habría congelado antes de que Mayumi dejara entrar a Faunus en su limpio hogar, empapado de sangre de Demonio desde el cráneo hasta las patas. Le había pedido que se bañara, y él había aceptado la petición refunfuñando.

Una sonrisa dibujó sus labios.

Sin embargo, él no se quejó cuando le di un masaje.

En realidad, él había conseguido adormecerse mientras aún estaba parcialmente en el agua, con los brazos y la parte superior del pecho tendidos sobre el borde de la superficie. Estaba segura de que había estado ronroneando todo el maldito tiempo.

Al mimarlo después de luchar contra los Demonios durante toda la noche, había sido Mayumi la que finalmente se había quedado dormida tumbada sobre su espalda.

No recordaba que la hubiera llevado dentro. Tal vez incluso había recorrido la distancia medio dormida. En cualquier caso, no había conseguido hacer lo que quería.

Mientras continuaba pasando los dedos por su largo pelaje, sus mejillas se abultaron cuando hizo un mohín hinchado. *Quería agradecerle todo su esfuerzo.*

O, mejor dicho, quería apreciarle por el magnífico espectáculo que había ofrecido durante toda la noche. Aunque había ayudado ocasionalmente, se había convertido más bien en un espectáculo para ella.

Con la luna apenas iluminando sus movimientos, había sido tan rápido entre las sombras de los árboles que si ella hubiera dejado de observarlo aunque fuera por un momento, lo habría perdido. Tal vez fuera porque no había Demonios fuertes, pero la crueldad que mostraba al destruir todo lo que se acercaba al claro era sobrecogedora.

Claro, había ganado algunas heridas. Incluso rozó con la punta de los dedos una que le había hecho en el pecho, pero eso no le había frenado en absoluto.

¿Lo despierto? Bajó la mano y acabó encontrando la hendidura donde estaba la costura. Una pequeña sonrisa llenó sus facciones cuando se estremeció bajo su leve contacto.

Dijo que podía despertarlo con su polla. Se lamió la comisura de los labios.

Cuando la costura se hundió y se contrajo al rozarla, Mayumi tomó una decisión. Se deslizó con cuidado hacia abajo hasta que la parte lateral de su frente quedó apoyada sobre el hueso de la costilla inferior de su pecho. La palma de la mano de él seguía pegada al culo de ella como si, incluso dormido, no quisiera renunciar a ella.

Le acarició la costura arriba y abajo con ligeros toques suaves, burlándose de ella. Después de recorrerla varias veces con los dedos, un pequeño bulto empezó a salir de debajo de su carne.

No se abrió, pero la punta de un tentáculo salió para enroscarse alrededor de uno de sus dedos, como si quisiera saludarla, antes de escabullirse de nuevo.

Esto iba a ser mucho más difícil que con un hombre humano. Sus pollas siempre estaban colgando, por lo que era fácil despertarlos con una paja o una mamada.

—Faunus, —llamó ligeramente, dándose cuenta de que su polla no estaba empujando a través.

—¿Mmm? —fue la única respuesta que obtuvo.

Al no obtener respuesta, empezó a meter los dedos suavemente. La tensión que lo retenía no se lo permitió y ella exhaló un suspiro.

Pues vale. Se arrastró por encima de él hasta introducirse entre sus gruesos muslos.

—¿Mayumi?, —le preguntó con la voz más soñolienta y grave que había oído en su vida, mientras ella presionaba con los labios el centro de su costura.

Ella emitió un pequeño gemido de satisfacción al oír su voz antes de besarle con fuerza.

—Tienes que abrirte si quieres que te toque, —afirmó entre besos, levantando la vista para ver que Faunus no se había movido ni un centímetro, ni parecía abrir la vista.

Supo que estaba despierto cuando se agachó y le acarició la nuca, raspándole el pelo con las garras y el cuero cabelludo. Sólo por el pequeño escalofrío que le dio, ella lamió y sintió su costura retorcerse como loca bajo su lengua. El bulto creció exponencialmente.

—Di por favor, —gimió él, levantando ligeramente las caderas antes de asentarse. Intentaba ocultárselo a propósito, ¡el muy cabrón!

La sonrisa que curvó sus labios fue ladina. Mayumi había sido suave hasta ahora, tratando de engatusarlo amablemente.

Le subió las puntas de las uñas por el interior de los muslos, empezando por las rodillas y haciendo que sus piernas se apretaran y se estremecieran mientras ella movía la lengua en círculos.

Ella no le daría el gusto, no cuando notaba que él se separaba a pesar de sus evidentes intentos de contenerse. Mayumi metió la mano, despacio, pero esta vez con fuerza. Traspasó la costura y, por la textura que percibió, supo que sus tentáculos se habían arremolinado alrededor de la polla, impidiendo su liberación, o así había sido hasta que ella introdujo la mano.

Su polla empujó hacia delante hasta la longitud de ellos mientras su espalda se arqueaba.

—¿Por qué me ha gustado eso?, —gimió él, justo cuando su cráneo apuntaba hacia abajo y ella vio cómo se iluminaban sus orbes.

El color morado la recibió. De un morado brillante.

—Dímelo tú, —murmuró ella con los labios contra un tentáculo, intentando que se soltaran para poder llegar al delicioso centro de él. —Ahora, ¿vas a darme

lo que quiero, o voy a empezar a tener que arrancarte tentáculos con los dientes?

—Me gustaría ver eso, —se rió a medias.

Mordió con cuidado la punta de un tentáculo y tiró. Hubo mucha resistencia, pero cuando por fin lo soltó, notó que su polla puntiaguda palpitaba con fuerza. Incluso las venas en él eran visiblemente palpitante.

—Me lo estás poniendo difícil a propósito.

—Tú..., —empezó él, justo antes de que ella metiera la lengua en el hueco que había abierto entre sus tentáculos y lamiera su polla cubierta de baba. —*Nhn*. Tú ganas.

Por fin se soltaron, y su erección se extendió por completo. Mayumi lo agarró inmediatamente con ambas manos y lamió la cabeza antes de que él pudiera hacer nada para detenerla.

—No sueles estar tan... activa por la mañana, —ronroneó él, retorciéndole el pelo.

—No dejaba de pensar en anoche. —Su respuesta fue amortiguada por lo que pudo meter dentro de su boca. —No creo haber visto nada tan excitante como tú luchando contra los Demonios por mí.

Él se quedó sin aliento cuando ella empezó a mover las manos arriba y abajo por el grueso pene mientras pasaba la lengua por la punta. Luego se la chupó dulcemente, tarareando satisfecha por el sabor.

—Hasta yo sé que es algo extraño que te excite, Mayumi.

Se rió. —Creía que ya habíamos llegado a la conclusión de que me excitan las cosas raras.

Joder, casi se le caía la baba cada vez que probaba el embriagador sabor de la citronela, la lima y el lubricante para pollas Duskwalkers. Chupó uno de sus pinchos en el lateral del tronco entre sus manos, mojándolo con la lengua antes de pasar a otro.

Luego le mordió el costado con bastante fuerza. Faunus gimió mientras le apretaba el pelo hasta el punto de sentir un pinchazo en el cuero cabelludo.

—¿Por qué iba a ser diferente el que yo te viera siendo increíble, mi gran, sexy, asesino, Dusk-WALKER! —chilló Mayumi cuando Faunus rodó hasta quedar sentado mientras la obligaba a apartar la boca de su polla.

Antes de que pudiera siquiera orientarse, le quitó la camisa mientras la levantaba. Su espalda fue empujada contra algo duro, y los extremos de sus brazos colgaban parcialmente sobre el borde. El aire frío que rozaba su cuerpo desnudo hizo que sus pezones, ya endurecidos, se tensaran.

Faunus la había tumbado sobre la mesita en la que solían jugar.

Entonces él estaba a su alrededor, su mayor corpulencia le permitía apoyarse en sus rodillas y un brazo recto contra el suelo con ella elevada por la mesa.

—Ey, —dijo ella en voz baja con un pequeño resoplido, su rapidez la dejó sin aliento. Le recordó todas las veces que sus ojos no podían seguir su velocidad la noche anterior. —No había terminado.

Ella movió la cabeza cuando él usó su mano libre para pasar por debajo de su cabeza y apoyarla en la nuca.

—¿Asombroso y sexy?, —ronroneó, enterrando el extremo de su hocico justo detrás de su oreja y respirándola. Le pellizcó el cuello. —Empiezo a tener la sensación de que te ha gustado verme así, Mayumi.

—Mmm.— Ella levantó la barbilla para que él pudiera acceder mejor. Su yugular recibió a cambio un áspero lametón. —Quizá un poco. No me importaría que me follaras así.

—Tienes un *monstruo* en tus brazos y quieres que sea aún más monstruoso. —Su voz era áspera y ronca, insinuándose con la cantidad justa de humor burlón que evocó un escalofrío en ella.

La piel de Mayumi se ruborizó aún más que antes y emitió un pequeño maullido.

Entonces levantó las manos para recorrerle el torso, el pecho y el pelaje del cuello que conectaba con la parte posterior del cráneo. Las puntas de sus dedos rozaron sus cuernos de carnero.

—Me gustas entero, Faunus.

Sus colmillos le mordisquearon la piel, casi con timidez.

—Hueles muy bien, —gimió él, sacando la mano de debajo de ella para rozarle el cuerpo en sentido contrario. Su pecho se levantó cuando la gran palma de su mano acarició sus dos pezones sensibles y doloridos al mismo tiempo. Su abdomen se frotó contra la polla y los tentáculos de él, humedeciéndola. —Normalmente, tu olor está impregnado de mí y del cuero, pero tú sólo hueles a calabaza y a sueño. Hueles a limpio.

Cuanto más la respiraba, más grogui sonaba su voz, como si quisiera volver a dormirse encima de ella.

—Nos bañamos antes de acostarnos. —Ella se estremeció cuando la áspera palma de la mano de él pasó del pecho derecho al izquierdo, deslizándose por la superficie casi plana del pecho de ella para jugar con ellos, para provocarlos, ya que no tenía mucho donde agarrarlos. Su voz era aún más baja cuando dijo: —Y ayer no tuvimos sexo.

Su respiración se entrecortó cuando él deslizó las garras por su ombligo, y sus entrañas sufrieron un espasmo, sus músculos abdominales se tensaron con anticipación bajo las puntas de las garras.

—Me dan ganas de hacer un desastre dentro de ti.

—Faunus, —gimió ella, separando los muslos cuando sus dedos rozaron el vello que se enroscaba en su pubis. Ella apretó el pelaje de su nuca.

—Hueles tan húmeda para mí, Mayumi. Si te toco, ¿empaparás mis dedos? — El cabrón se limitó a bailar con las puntas de los dedos sobre la raja de su coño.

—Ya sabes la respuesta. Sólo tócame.

Su clítoris hormigueaba y suplicaba atención, mientras sus entrañas palpitaban con una necesidad desesperada de exprimir algo. Lo había deseado la noche anterior, que la tocara y se burlara de ella. Si no hubiera estado tan cansada, se habría asegurado de que él la follara hasta dormirla en lugar de quedarse dormida en la bañera.

Sus dedos índice y corazón se deslizaron entre sus pliegues para acariciar el clítoris desde ambos lados. Un gemido agudo se escapó de sus labios y sus

caderas se elevaron, empujándolo hasta el fondo hasta que las puntas le hicieron cosquillas en la entrada.

Un *gruñido* apreciativo empezó a salir de su pecho.

Ella apretó el pecho contra él para poder sentir aquella vibración retumbante contra sus pezones, aunque sólo fuera un instante desde que él se echó hacia atrás.

Mientras él la miraba fijamente, la provocó rozando su entrada encharcada. Ella se limitó a jadear ante su rostro divino, impío y calavérico, sabiendo que el suyo estaba sonrosado por una profunda excitación. En cualquier momento, le preocupaba que su aliento comenzara a empañarse por el calor que se acumulaba en su interior.

—¿Quieres...? —Cortando cualquier estúpida pregunta burlona que estuviera a punto de salir de él, Mayumi pasó desordenadamente la lengua por sus colmillos cerrados.

—¡Oh!, —gritó ella cuando sintió que sus garras se envainaban justo antes de que él introdujera aquellos gruesos dedos en su húmedo y tembloroso coño.

En cuanto ella separó los labios y sacó un poco la lengua, Faunus separó los colmillos y le metió la lengua en la boca. Su gemido fue ahogado, y se hizo silencioso pero constante cuando él empezó a meter y sacar los dedos.

Ella intentó que su lengua jugueteara con la de él. Incluso la persiguió cuando salió de su boca. El sonido que oía entre sus piernas era claro y revelaba lo empapada que estaba y la cantidad de líquido que él desplazaba.

Lo patéticamente excitada que estaba.

Hubo un instante en que sus dedos la abandonaron y sintió que él movía el brazo. Mayumi trató de rodearle con las piernas cuando supo que se estaba acariciando la polla para que el lubricante volviera a humedecerle, con la esperanza de que se preparara para empujarla dentro de ella.

Casi le pareció cruel cuando volvió a introducir sus dedos cubiertos de lubricante, pero la hizo callar cuando le acarició el clítoris. Sus embestidas no eran rápidas, pero cada una ascendía contra la parte delantera de su canal para encontrar el punto sensible que la haría romperse para él. Lo rozó, lo mimó, le prestó atención cuando lo encontró y luego dibujó un círculo con sus dedos sobre él.

Al final, ella le rodeó el cuello con los brazos. Era raro que pudiera abrazarlo así, ya que era mucho más pequeña que él. Normalmente tenía que abrazar su torso. Eso o tenía que arquear torpemente la espalda.

Y ahora que estaba acostumbrada, adoraba tener su lengua larga y plana en la boca para chuparla.

Siempre me hace sentir tan bien. Con los pies apoyados en el borde de la mesa, sacudió las caderas contra la mano de él abriendo bien las rodillas. *Me encanta hacer esto con él.*

La única razón por la que se separó de su extraño beso fue que Mayumi había dejado de corresponderle. Apenas podía respirar, y agradeció el respiro porque estaba a punto de convertirse en un charco de felicidad.

Oh, Dios. Sus dedos son tan largos y gruesos. Ella no se sentía cómoda alrededor de ellos, pero se sentían maravillosos de todos modos. Podían apuntar, podían agitarla de la manera más sublime.

—Dentro de mí, —suplicó sin importarle lo patética que sonaba su voz. —Te necesito dentro de mí. Estoy a punto de correrme. Por favor.

Quería ese grueso pene golpeándola. Lo necesitaba, lo ansiaba, lo deseaba. Incluso miró hacia abajo, tratando de buscarlo a través del espacio entre sus cuerpos. Quería ver lo que iba a haber dentro de ella.

—No hasta que te corras así, —dijo él, sólo porque sabía que ella estaba desesperada por lo mucho que se contoneaba en su mano.

Y ella lo disfrutaba por eso.

—Me gusta cuando estás así de necesitada. Cuando me lo suplicas con la boca o con la forma en que tu coño succiona hambriento mis dedos.

La cabeza de Mayumi se echó hacia atrás, su espalda se arqueó profundamente y los dedos de sus pies se curvaron mientras soltaba un potente grito agudo. Ella tiró de su pelaje mientras se corría con fuerza, acumulando líquido dentro de su canal. Sus dedos entraron y salieron de ella con más rapidez, y ella creyó ver estrellas en su turbia y oscura visión.

Faunus enterró su rostro huesudo contra la columna expuesta de su garganta y dejó escapar un profundo suspiro, casi como una bocanada de alivio o gratitud.

—Eso es. Una buena humana me ha dado lo que quería, —retumbó cuando los espasmos de ella empezaron a remitir.

Ella se relajó bajo su calor, pero su corazón seguía latiendo deprisa cuando él por fin retiró sus dedos de ella.

Su cabeza estaba orientada hacia ella para asegurarse de que lo viera cuando levantó la mano y se untó el orificio nasal y el hocico con el orgasmo de ella para mancharlo con su aroma. El espectáculo parecía casi primitivo, incluso salvaje. Luego, separó las mandíbulas y utilizó su lengua morada para lamer la crema de su orgasmo de los dedos y la palma de la mano.

Sus brillantes orbes morados se oscurecieron hasta volverse negros mientras gemía profundamente, como si el sabor de ella fuera delicioso para sus papilas gustativas. Incluso notó que sus partes inhumanas se erizaban y estremecían al probar su sabor.

Sus ojos aturdidos se ablandaron al tener a esta persona extraordinaria encima de ella. El mero hecho de que él hiciera todo eso tenía su cuerpo satisfecho y deseoso de más.

Entonces la mano de él bajó hasta su muslo, casi abofeteándolo, para poder agarrarlo con fuerza y mantenerle las piernas abiertas. Sus caderas se adelantaron y ella respiró agitada cuando la punta de su polla se deslizó sobre sus pliegues. Ella intentó cerrar las piernas para aprisionarlo entre ellas. Sólo una se movió hasta que él soltó la otra.

—Juro que tu polla está hecha para hacer eso, —ronroneó ella, empujando sus caderas hacia él.

Volvió a colocar la mano junto a su cabeza para apoyar su enorme cuerpo sobre el de ella. —¿Hacer qué?

Cuando él se echó hacia atrás para empujar de nuevo a través de sus pliegues, ella no pudo contener el maullido lascivo que se le escapó.

—Mi clítoris encaja perfectamente en el surco de tu parte inferior. —Ella se mordió el interior del labio al retroceder y le agarró los dos bíceps para aferrarse a él, para tocarlo de alguna manera, mientras se estabilizaba. Su cuerpo estaba sensible ahora, y el deslizamiento húmedo de su polla lubricada era como una hermosa tortura. —Se siente tan increíble.

El sensible manojo de nervios estaba encajado en aquel surco profundo y recibía caricias pecaminosas por todas partes.

El calor que se extendía por su esternón era familiar y bienvenido, pero tan abrasador que le hacía temblar el pecho hasta el punto de que incluso sus pechos se sacudían.

Bajó la mirada para observarlo, negándose a mirarlo, mientras susurraba: —Es como si estuvieras hecho para hacerme esto, Faunus.

La idea de que estaban 'hechos' el uno para el otro era una tontería. No eran más que dos criaturas cuyos destinos se habían entrelazado por casualidad. En el fondo, ella sabía que no estaban destinados a estar juntos. Él era un Duskwalker, ella una humana. Eran tan diferentes, y sin embargo... no podía evitar pensar que Faunus era el único hombre perfecto para ella.

Una luz brillante comenzó a brillar entre sus pechos justo cuando una brizna de fuego atravesó su carne.

Ella notó que la polla de él se hinchaba al ver su alma intentando emerger, provocando que una abundante gota de semen brotara en la punta mientras él empujaba con más fuerza. Incluso goteó hasta su estómago para dejar una línea pegajosa uniéndolos.

Él empujó la palma de la mano contra el brillo.

—No puedo soportarlo cuando haces eso, —¿carraspeó? ¿Gimió? Su cuerpo emitió ese extraño ronroneo por el que ella se burlaba de él, como si su interior quisiera cantar para ella de todas las formas imaginables.

A ella le gustaba poder provocarle una reacción tan intensa, y sus ojos se arrugaron al inclinarse, sus labios se curvaron con complicidad.

No había nada que él pudiera hacer o decir que la hiciera contenerse.

Podía sentir pequeños movimientos, como si su alma golpeara salvajemente la palma de su mano con manos y pies. Estaba desesperada por salir, desesperada por que él la tomara.

Faunus se agachó para que su pecho fuera el que la contuviera y pudiera deslizar libremente ambas manos por debajo del cuerpo más pequeño de Mayumi. Agarrando los pliegues donde la parte inferior de las mejillas de su culo se encontraban con sus muslos, la levantó de la corta mesa de café y se sentó con las piernas cruzadas.

Aunque esta posición significaba que estaba suspendida en el aire, confiaba en él. Sus propias piernas rodearon su cintura, pero él era demasiado grande para que ella pudiera cruzar los tobillos.

Mayumi sólo tuvo los brazos alrededor de su cuello unos segundos antes de verse obligada a soltarlos cuando él la situó sobre la cabeza de su polla y la empujó hasta la empuñadura con un movimiento fluido, duro y rápido.

Su gemido de sorpresa, aunque áspero, fue ahogado por el de él, mucho más fuerte y profundo. Las cabezas de ambos se inclinaron hacia atrás por la presión.

El calor dentro de ella era tan inmenso que la hizo ablandarse alrededor de él, y sin embargo, sus cuerpos estaban tan apretados que ella sabía que debía estar estrangulando su polla. No sabía si era su lubricante lo que la hacía sentir empapada, o si era el orgasmo que él le había provocado, pero le permitía inclinarse hacia atrás con facilidad agarrándose a su piel y apretarlo dentro de ella usando las pantorrillas.

Ella agitó su polla dentro de su coño, mientras se inclinaba más hacia atrás para mirar sus pelvis a ras una contra la otra, mirándose.

Ella separó sus cuerpos, y el brillante resplandor anaranjado se extendió por su piel mientras su alma asomaba la cabeza.

Cuando lo hizo, Faunus le soltó el culo para poder agarrarle las manos. Tiró del agarre en forma de garra que ella tenía sobre su pelaje y le empujó las manos a la espalda con ambas cruzadas.

Ella arqueó la espalda, forzándolos a estar juntos una vez más. Su pecho se comprimía con fuerza contra el torso de él cada vez que ella respiraba.

—No podemos movernos así, —le dijo ella.

Al menos, no con sus muslos alrededor de su cintura y sus piernas cruzadas.

Él inclinó la cabeza y le rozó el pelo con la punta del hocico. —Tan impaciente. Siempre tan necesitada y exigiendo que mi polla se mueva dentro de ti.

Faunus adelantó la cola y rodeó sus antebrazos por el centro para unirlos. Ella cerró las manos en puños, cada uno apoyado en la parte posterior de su cintura.

—Te mantendrás quieta, —le exigió agarrándola de nuevo por el culo y amasando con entusiasmo cada una de sus firmes nalgas.

La subió lentamente por la polla, y cuanto más subía, más se estremecían sus pulmones y su torso. Como la cabeza era un poco más grande, sintió que su entrada se abría desde el interior antes de que él la dejara caer hasta el fondo.

Su cabeza se inclinó hacia atrás mientras dejaba escapar un gemido estruendoso, moviéndola arriba y abajo por su enorme polla a un ritmo lento y agonizante.

—Contén tu alma, Mayumi. —Ella no sabía si era una exigencia o una súplica, pero sonaba como si a él le doliera que ella lo hiciera. —Está tan caliente que puedo sentirla. —Luego, su voz se desvaneció en un susurro mientras decía: —Está justo ahí. Puedo sentir que me llama.

Ella respiró entrecortadamente ante la desesperación de él, como si se estuviera poniendo frenético. Mayumi gimió cuando sus paredes internas lo apretaron en reacción, la idea de que él pudiera estar perdiendo la cabeza por ello la hizo estremecerse con la piel de gallina.

—No.— *Quería* atormentarlo.

Quería que le doliera hasta lo más profundo de su ser hasta que supiera que lo había sacudido por completo.

El gruñido que emitió fue la única advertencia que tuvo antes de que el extremo de su cola se enredara alrededor de su garganta. Le tiró de la cabeza hacia atrás mientras la giraba hacia ella, con sus orbes enrojecidos durante unos fugaces segundos.

Ella no podía hacer nada. Ni siquiera podía mover las piernas, ya que las tenía tan abiertas como podía, y no podía llevar las rodillas al pecho, ya que eso cambiaría incómodamente el ángulo de encuentro de sus cuerpos.

Con los brazos detrás de la espalda y la cola de él alrededor de la garganta, estaba completamente atrapada.

—No tienes ni idea de lo que quiero hacerte, Mayumi, —dijo y sus movimientos ascendentes y descendentes fueron cada vez más rápidos. —Hay cosas que deseo, cosas que ansío, que me corroen.

Empezó a hacer que su polla fuera menos profunda, follándosela sólo con la mitad, para que estuvieran más a la altura de los ojos. La cabeza seguía clavándose repetidamente en el punto hinchado de su interior.

Ella entreabrió los labios y sus gemidos se hicieron más agudos.

Justo cuando separó los labios para decirle que siguiera golpeándola justo ahí, la presión alrededor de su cuello se hizo más fuerte.

—Y cada vez que veo tu alma, me empujas un poco más cerca de quitártela.

La presión era tan fuerte que le calentaba la cabeza. Era como una advertencia, una amenaza, que le hacía saber que era ella la que estaba a su merced, que él lo controlaba todo. Su vida, su respiración e incluso su flujo sanguíneo.

El cosquilleo que sentía en todos sus lugares delicados, como el coño, los pechos e incluso los nervios de las muñecas, latía con más fuerza. De repente quiso que la apretara más fuerte, ahora era demasiado suave.

Ahora podía respirar, pero le parecía bien no poder hacerlo por un momento. La sangre fluía y no le importaba que él le estrangulara la yugular si eso la empujaba aún más rápido al orgasmo.

Nunca la habían dominado así, nunca la habían dominado tanto. La habían inmovilizado antes, pero nunca había sido absolutamente incapaz de hacer nada.

Apenas estaban teniendo sexo. Era más como si estuviera usando su agujero como herramienta de masturbación mientras la levantaba y la bajaba sobre su enorme e inhumana polla.

—Dime..., —se atragantó.

—Puede que no te guste todo, —le advirtió.

El color morado de sus orbes la miraba fijamente mientras se veía obligada a levantar la vista hacia su rostro etéreo e impío, entumeciendo su mente. En aquel momento, pensó que podía decirle cualquier cosa, desnudarse ante ella, y ella lo aceptaría, lo acogería con agrado, se lo daría mientras siguiera moviéndose dentro de ella.

Se le humedecieron los ojos cuando su lengua se asomó ligeramente, como si eso fuera a ayudarla a respirar a través de sus jadeos estrangulados.

—Fauno...— Fue todo lo que pudo decir.

Esperaba que él entendiera lo que ella intentaba transmitir.

Un gruñido salió de sus colmillos antes de que él bajara la cabeza y chocara su hocico justo encima de su sien izquierda. Se hinchó dentro de ella y la hizo sentir más llena antes de volver a su grosor normal.

—Quiero tomar esa linda almita tuya y consumirla. Quiero hacerla mía, para que nadie más pueda tomarla, para que nadie más pueda tenerte, —rugió y la sensación de su aliento caliente sobre su oreja le puso los pelos de punta.

—Toma...— Antes de que pudiera terminar de decirle que la cogiera, él la golpeó hasta el fondo con su polla para que se callara.

Joder, estoy tan cerca.

Él iba lo suficientemente lento como para que ella se tambaleara al borde. Estaba justo ahí, a punto de explotar y romperse en mil pedazos como el cristal.

Se preguntó si él lo sabía. Debía de saberlo por la forma en que su interior se estremecía constantemente, por cómo sus muslos se estremecían y sus piernas se retorcían detrás de él. Sus dedos se curvaban y sus pies se arqueaban hasta el punto de sentir pequeños calambres que la asaltaban y tenía que relajarlos voluntariamente.

Era una mezcla de placer y dolor, y quería más de ambos.

—Y después, una vez que la haya tomado, —rugió con los tentáculos aferrándola por las caderas mientras embestía con golpes profundos y cortos. Ella se adaptaba perfectamente a él, pero notaba cómo la punta del pene empujaba una y otra vez contra su cuello uterino. No con fuerza, pero lo suficiente para mostrar su maravillosa profundidad. —Quiero llevarte al Velo.

Quiero esconderte, refugiarte en la oscuridad, donde nadie pueda encontrarte, donde nadie pueda apartarte de mí, y....

La voz de él se entrecortó como si dudara sobre lo que quería decir a continuación.

Sin embargo, ella sintió que su polla volvía a hincharse, sintió que sus tentáculos la agarraban aún más fuerte, hasta el punto de estar segura de que la estaban causando moratones. Sus garras se clavaron en su piel y sus manos le apretaron el culo con más fuerza. Incluso los golpes de su miembro eran más rápidos.

Cualquier cosa que él quisiera decirle le hacía echar espuma.

Su cola la empujó más contra él sujetándola por los brazos mientras le tiraba de la cabeza hacia atrás al mismo tiempo que la suya se giraba hacia el techo.

El temblor que experimentó su cuerpo fue tan intenso que incluso a ella le estremeció. Parecía tan excitado.

—Joder, Mayumi... Quiero procrear con ese cuerpecito tuyo. —Ella jadeó, y su cuerpo se tensó ante sus palabras, apretándolo. Él gemía atormentado, resonando constantemente entre jadeos frenéticos. —Quiero bombear mi semilla dentro de tu vientre y verte crecer, mi cría. Deseo ver cómo se hincha tu vientre y saber que albergas un Mavka en tu interior, que te he reclamado así, de una forma que ningún otro lo ha hecho.

No sabía qué hacía que su corazón se acelerara hasta convertirse en un rugido ensordecedor en sus oídos. ¿Fue la preocupación de que él quisiera hacer algo que alterara tanto su vida? ¿O era el anhelo de que lo hiciera?

Se había opuesto a tener un hijo *humano* en aquel mundo horrible, retorcido y moribundo. Algo débil y endeble. ¿Pero un hijo de Duskwalkers? *Eso* no era algo que iba a morir de una enfermedad o ser comido tontamente por un Demonio - no si ella podía evitarlo.

—Pero no podemos.

Él ya le había dicho que no podían, lo cual había sido un alivio para ella, ya que sentir todo ese semen caliente y desbordante brotando de ella una vez que estaba llena hasta el borde era totalmente satisfactorio. Caminar y saber que tenía una parte de él dentro de ella la excitaba tanto como tener la dura fuente de él estirándola.

La risita que emitió fue perversa, resonando tanto en su cráneo como en su pecho con un bajo grave que la hacía sonar aún más impía de lo que debería.

Volvió la cabeza hacia ella y la giró para quedar junto a su oreja. —Podemos si tomo esa alma que estás tan dispuesta a darme.

De repente sus movimientos se volvieron frenéticos mientras la hacía rebotar, sus muslos y sus pequeños pechos se sacudían cada vez que él golpeaba su límite. Incluso su pelo empezaba a abofetearla y a hacerle cosquillas por la espalda y por los brazos atrapados.

—E-espera, —suplicó ella cuando de repente sintió que era demasiado. Cada vez estaba más confusa, la respiración se le entrecortaba hasta que empezaba a costarle respirar.

Mayumi no sabía si era su aliento acariciándole el cuello, su aroma que le hacía la boca agua obstruyendo sus sentidos, la forma en que su suave pelaje le

hacía cosquillas en los pezones mientras su duro pecho le masajeaba los senos, o incluso sólo el constante y glorioso deslizamiento de su polla cubierta de lubricante aniquilando sus entrañas a un ritmo tan rápido y repentino, pero uno de ellos o todos ellos la habían derretido.

Dejó que su cola le sostuviera la cabeza y la espalda mientras se dejaba llevar, dejándose llevar por su cuerpo. Cada músculo de su cuerpo, desde los pectorales, el abdomen e incluso las pantorrillas, se tensaron junto a su coño.

Mayumi gritó al correrse, y el gruñido que él le respondió justo al lado de la oreja la dejó enmudecida. Sus pulmones se colapsaron, su orgasmo fue tan intenso que no se convirtió en nada más que una cosa retorcida y enloquecida por la lujuria que él utilizaba para masturbarse.

Quería moverse desesperadamente, pero su agarre apenas le permitía hacer algo más que temblar.

—Quiero que hagas eso alrededor de mi polla, que me ordeñes con mi semilla como quieres que vacíe cada gota de tu interior. —Volvió a hincharse, mucho más que antes, advirtiéndole de su propia e inminente perdición. —Lo he estado intentando todo este tiempo.

La cabeza de ella se inclinó hacia un lado mientras dejaba que siguiera penetrándola. Ella seguía sin oponer resistencia.

El torrente sanguíneo de ella estaba lleno de lava que transportaba lujuria y necesidad y una obediencia sumisa que nunca le habría concedido a otro. No había nada que pudiera hacer que se detuviera, no hasta que terminara de utilizarla, hasta que estuviera satisfecho.

Su cola se acercó a la mandíbula de ella para sostenerle la cabeza y la obligó a mirarlo.

—Una parte de mí siente como si tuvieras el vientre preparado para mí, —admitió él con un estremecimiento. Por la forma en que sus tentáculos empezaron a apretarse, ella supo que Faunus se acercaba a su propia culminación. Intentó separar más los muslos en señal de absoluta bienvenida. —Y anhelo tanto tomar tu alma y luego llenarte. Quiero ser algo más que destrucción y muerte. Quiero ser también placer y vida. Quiero compartir eso sólo contigo.

—Fauno, —gimió en voz baja, su voz rota y entrecortada. —Fauno.

No sabía lo que intentaba decir. Apenas podía formular algo más que su maldito nombre en su nublada mente.

—Mayumi, —respondió él. Una de sus manos se deslizó para tomar su culo por completo en su palma, mientras que la otra se levantó para agarrar su hombro, empujándola hacia abajo con más fuerza. —Joder. Dámelo, Mayumi. Tómalo de mí. —Ella jadeó cuando sintió fugazmente varios tirones agudos en su interior mientras él se hinchaba más que nunca. — Tómalo. Tómalo. ¡Tómalo!

Faunus la empujó hacia abajo con fuerza, empujando su cuerpo profundamente sobre su polla hasta que ella sintió la presión tratando de empujar su interior. Los sacos de su parte inferior se habían hundido con tanta fuerza contra su polla que ella pensó que amenazaba con empujarlos también dentro de ella.

Había placer. Había un dolor sordo. Estaba yendo demasiado lejos, más allá de lo que había hecho para alterar mágicamente su cuerpo.

Entonces Faunus se tensó a su alrededor mientras él presionaba y presionaba justo antes de que emitiera un pobre gemido ahogado. Ella sabía que él quería empujar por los leves movimientos de cadera que daba mientras la sujetaba, pero cesaron de inmediato cuando por fin sintió que sus púas se aferraban a ella y la forzaban a permanecer unidos tanto como sus tentáculos.

Su garra se clavó en ella y soltó un rugido atronador justo cuando un fuerte chorro de semen salpicó el cuello del útero que él estaba a punto de pulverizar.

Ella sacó la lengua, estremeciéndose de placer ante el calor, el líquido, ante él llenándola. Cualquier dolor que sintiera se fundía en el placer que le producía la eyaculación.

Ella lo aceptó encantada, no había repercusiones para él.

No puedes tener lo que quieres si no tomas mi alma. Era obvio que él lo deseaba, y eso la hizo sonreír aturdida al techo iluminado por el sol, con el corazón hinchándose ferozmente.

Todo parecía más brillante, como si sus pupilas estuvieran muy dilatadas. Incluso hizo que las partículas de polvo brillaran más que antes, bañándolas en purpurina. Al menos, la ausencia de embestidas le permitió volver a la realidad a un ritmo agradable y relajado.

Ella sintió el último chorro de su eyaculación saliendo de su interior.

Estaba segura de que se le había derramado por las manos y las piernas, pero a él no parecía importarle. Especialmente cuando se desplomó sobre ella con salvajes sacudidas que le hacían temblar y estremecerse contra ella.

Su cola la soltó y ella se enterró contra su torso que se agitaba frenéticamente. Bueno, sólo la cara, porque tenía los brazos jodidamente entumecidos y doloridos por haber estado tanto tiempo detrás de ella. Colgaban lánguidamente contra él.

Ella le acarició el pelaje, esperando que él pensara que estaba siendo adorablemente dulce, cuando en realidad sólo estaba deshaciéndose de cualquier evidencia de baba o lágrimas que desafortunadamente derramó cuando estaba tan ida.

Mmm, citronela, murmuró su mente aturdida.

—Un bebé, ¿eh?, —dijo con un tono tranquilo y burlón. —Nunca pensé que oiría eso de un Duskwalker.

O que uno quisiera aparearse con ella y reproducirse específicamente.

Joder, a saber lo que estoy haciendo, pero eso normalmente sería un gran rechazo para mí. En cambio, estaba bastante segura de que era una de las razones por las que se había corrido tan fuerte. *Al menos no tenemos que preocuparnos por eso por ahora.*

Por ahora.

Cuando se dio cuenta de que él no le había respondido, se apartó para que pudieran mirarse. Él no se lo permitió, sino que la abrazó más fuerte, como si no quisiera que lo mirara. ¿Se sentía vulnerable? ¿Se había dejado llevar

demasiado por el momento y había soltado un secreto que de repente se arrepintió de compartir?

Ella esperaba que así fuera, deseando desenterrar cada pieza enterrada de su rompecabezas.

—Siempre he querido saber cómo te sentirías al respecto, —dijo él en voz baja. —Ni siquiera me había dado cuenta de que lo deseaba de verdad hasta hace poco.

—¿Debido a mí?, —preguntó ella con la misma suavidad, con una tierna sonrisa curvándole los labios. Le encantaba poder ser ella quien le hiciera darse cuenta de cosas así sobre sí mismo.

Su respuesta la hizo hacer un mohín.

—No. Magnar, uno de los Duskwalkers que mencioné, logró tener un hijo con su novia. He visto a humanos con sus propias crías, pero nunca pensé que fuera posible para un Duskwalker, así que nunca me importó. No soy el tipo de criatura que desea cosas que nunca podría tener.

Excepto yo... ¿verdad?

—¿Y entonces llegué yo y te mostré lo increíble que soy? —Más le valía decírselo, porque su puchero estaba a punto de convertirse en un mordisco de represalia. —Que es posible.

—Y entonces apareciste tú, —repitió él, lo que disminuyó su mala cara.

Rozó con sus garras lo que obviamente era un nido de pelo por el ligero escozor que ella sintió cuando empezó a desenredar los nudos. Tal vez lo hacía

para calmarla de sus preocupaciones, ya que ella siempre se relajaba contra él cuando lo hacía.

—Cuando conocí a su pequeño, Fyodor, sentí mucha curiosidad por él. Era extraño ver cómo era yo de pequeño y, aunque no era mío, sentí un innegable deseo ardiente de protegerlo. Cuando Fyodor sostuvo mi dedo en su pequeña mano, supe entonces que quería tener el mío propio... aunque ahora ya no pueda.

Aunque ahora ya no pueda...

Mayumi suspiró, sabiendo que si le ofrecía su alma para que pudiera, él seguiría negándosela.

—Por muy feliz que estuviera por ellos, —continuó. —También sentía mucha... envidia. Acababa de conseguir la grieta en mi cráneo, así que sentí que mi dolor empeoraba al conocer su existencia. Me hizo darme cuenta de que había más cosas que yo nunca podría experimentar.

—Faunus, —llamó Mayumi con suavidad mientras se inclinaba hacia atrás con las cejas tan juntas que sabía que le fastidiaba toda la cara.

Su palma, grande y cálida, la ahuecó por un lado y le rozó la mejilla con el pulgar.

—Me alegro de haber venido. Me alegro de estar aquí contigo. Es más de lo que esperaba, y aprecio cada momento que paso contigo. —Le lamió la otra mejilla. —Eres muy traviesa. Merece la pena sentirte abrazando mi polla con tu cálido coño como lo estás haciendo ahora.

Faunus era el maldito rey del despiste.

No fue suficiente en ese momento para desarrugar sus facciones mientras sus ojos rebotaban sobre su cráneo y sus cuernos. Había muchas cosas que quería decir, pero, como siempre, era como si se hubiera tragado la lengua.

Su frente se golpeó contra el pecho de él mientras soltaba un suspiro derrotado. Siguió golpeando su frente contra él, aunque más bien levemente, mientras pensaba: *¿Por qué? No es justo que ocurra esto*. Tiene que haber una manera.

—Te calentaré la polla todo lo que quieras, —refunfuñó contra su pecho. —A mí también me sienta muy bien.

Aunque él se había quedado bastante flácido, cualquier tensión que había acumulado durante su conversación se alivió mientras se reía entre dientes.

—Sería terrible para ti si no te gustara porque yo seguiría queriendo que me hicieras esto.

Bastardo retorcido.

—¡¿Sabes qué?! —Mayumi gritó juguetonamente. —Puedes calentar tu propio...

De repente, Faunus la sujetó con más fuerza cuando ella fue a bajarse de él, y un dolor agudo le raspó las entrañas. Un agudo grito ahogado salió de ella.

—Pero ¿qué...?, —preguntó ella frunciendo el ceño y apretando los labios. —¿Por qué sigues enganchado a mí? Eso ha dolido.

Sus púas normalmente ya se habrían bajado, o de alguna manera él las hacía bajar.

Sus orbes se volvieron de color rosa rojizo. —Estoy atascado.

Se le fue el color de la cara. —¿Qué quieres decir con que estás atascado?

—Normalmente no me corro tan profundamente dentro de ti para poder empujar hacia delante y liberar mis púas, pero yo... te empujé sobre mi polla tan fuerte como pude mientras me corría.

—¿Así que estás tan profundo como puedes ir ahora mismo?

Ella no pensó que sus orbes podrían volverse más brillantes de vergüenza, pero lo hicieron.

—Estaba muy excitado, así que no pensaba con claridad. —Él frotó sus colmillos contra ella como si estuviera tratando de ser juguetón en este momento angustioso. —No creo que entiendas lo mucho que quiero aparear este pequeño cuerpo tuyo. Apuesto a que tu estómago crecería tanto por mí.

Sus labios se separaron por la sorpresa y miró hacia donde estaban unidos. Sus tentáculos estaban flácidos, los extremos acariciaban su piel amoratada mientras se movían lentamente como si estuvieran felices y contentos.

—Bajarás, ¿verdad? Te ablandarás y luego podrás empujar y desengancharte, ¿no? —Cuando él no dijo nada durante demasiado tiempo, su corazón se aceleró, y ella miró hacia arriba con el pánico formándose en su cara. —¿VERDAD, FAUNUS?

—Lo siento. Pudo oír la mueca de dolor en su voz. —Esto puede doler un poco.

Mayumi le agarró la piel del pecho como se haría con la camisa de una persona y trató de acercarlo con toda la seriedad de su expresión.

—¡No te atrevas, joder!

—Te prometo que no retrocederé mucho y que te curaré enseguida.

—No. No no no, —gimoteó ella mientras se dejaba caer contra él. —Vamos... vamos a quedarnos así un rato.

Él empezó a frotarle la espalda de forma reconfortante.

—Mi polla sólo se ablanda, Mayumi. No se hace más pequeña, y estoy demasiado dentro de ti para avanzar más.

—Lo sé... pero... Creo que necesito prepararme para esto. Prefiero sentarme en tu polla un poco más.

Ella vibraba de satisfacción. Prefería no arruinarlo todavía.

—Esperaba que esto nunca sucediera, —gruñó. —¿Por qué tengo esta función si mis tentáculos ya nos encierran?

—No lo sé, pero supongo que eso significa que estamos atrapados por el momento. —Luego se echó a reír y dijo: —Veámoslo por el lado bueno. Al menos podremos pasar un rato agradable hablando.

Supuso que ahora sería el momento de preguntarle lo que quisiera, ya que no podía alejarse de ella.

Entonces apretó los labios. —Pero será mejor que me acaricies todo el tiempo para compensarme, imbécil.

CAPITULO 33

Faunus inclinó la cabeza hacia un lado mientras veía a Mayumi utilizar una pinza para sacar una barra de metal de un fuego ardiente.

En la parte trasera de la cabaña, entre el cobertizo y el baño de manantial, había un taller de herrería equipado con un horno, un yunque y un banco de trabajo de metal. Encima había un toldo para mantenerlo todo seco.

Ya había fundido sus propios minerales de hierro y los había vertido en un molde para sus barras.

Sintió curiosidad por lo que hacía, sobre todo cuando levantó la barra de metal y empezó a golpearla contra el yunque. Ella le explicó que estaba alterando el metal en el extremo naranja y caliente de la varilla, pero él no entendía cómo el metal podía sentir emociones.

Al parecer, no se refería a eso cuando se lo preguntó, sino a que estaba comprimiendo el extremo caliente para que fuera más denso. Él se limitó a asentir con la cabeza, como si lo entendiera, cuando en realidad no era así.

Empezó a darle forma al extremo para aplanarlo y convertirlo en lo que ella llamaba una aleta. Mientras este trozo de varilla se calentaba en el horno, cogió otro y empezó a hacer lo mismo.

Trabajaba con treinta piezas al mismo tiempo.

Agradeció que llevara guantes gruesos para protegerse, así como cuero de la cabeza a los pies. Hacía calor a pesar de estar al aire libre, y pudo ver cómo le corrían hilillos de sudor por la sien y el cuello.

El suave resplandor del fuego y la vara con la que trabajaba iluminaban los rasgos de su rostro. Parecía seria y severa, y él se preguntó si se debía a lo de esta mañana.

Separarse de ella había sido doloroso para ambos. A ella por el dolor agudo que estaba seguro de haber sentido, aunque la había curado inmediatamente para que no se prolongara, y a él porque no le había gustado hacerle daño.

Faunus se había disculpado profusamente, y ella se había reído después, pero había venido aquí y había estado trabajando desde entonces.

Estaba inusualmente callada.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Faunus mientras se acercaba a ella y la empujaba con el codo.

—Usé la mayoría de mis flechas anoche mientras cazábamos Demonios. Estoy haciendo más. —Curvó las aletas planas cuando volvieron a estar calientes, golpeándolas para manipularlas en forma de cono hasta que estuvieron listas para introducirlas en otro tipo de varilla para darles más forma. —La herrería es un oficio que la mayoría de los Cazadores de Demonios deben dominar antes de ascender de rango. De nada sirve ser capaz de disparar un arma o cortar con ella si no eres capaz de fabricarlas tú mismo.

Se secó la frente con la manga y empezó a cortar las puntas de flecha con una abrazadera triangular para separarlas de la barra de hierro. Luego volvió a arrojar esos trozos al horno para que volvieran a brillar al rojo vivo.

Los golpes secos que producía con el mazo metálico resonaban en sus oídos. Era desorientador, pero se quedó con ella para observar. Soportaría la forma en que martilleaba su mente, con tal de poder quedarse y observarla.

—No me malinterpretes, —continuó ella. —Es agotador, y ésta no es la mejor estación para realizar los trabajos más finos, pero cuando uno se limita a fabricar flechas o a hacer pequeñas reparaciones en las armas, es más que suficiente.

Utilizó su pinza para sacar las puntas de flecha sueltas del fuego una vez más y poder aplanar los extremos cerrados y redondeados -el lado del cono estaba abierto para encajarlo en el astil de una flecha- dándoles forma casi de hoja.

—¿Significa eso que has fabricado tu espada?, —preguntó él, viendo que lo que ella estaba fabricando ahora parecía mucho más... bárbaro en comparación.

—No. Los objetos como mi espada... No puedo reproducir esa calidad de trabajo. Es una de las mejores espadas que alguien puede tener en sus manos. —Le miró de reojo. —La obtuve por cortesía de mi padre. Me la mandó hacer cuando alcancé el rango Plata para felicitarme. —Mayumi bajó entonces la mirada mientras levantaba el mazo y luego lo bajaba, frunciendo los labios momentáneamente antes de relajarse. —Nunca fue muy dado a las palabras, quizá me contagié de esa parte de su personalidad, pero fue su forma de hacerme un regalo precioso. Valoraba más lo práctico que lo sincero.

—Es difícil saber si querias o no tu padre, —afirmó Faunus.

Una risita oscura salió de sus labios.

—Mi padre me importaba mucho. Era duro conmigo, y puede que quienes nos vieran desde fuera pensaran que era abusivo en la forma en que me entrenaba o me disciplinaba, pero nunca lo hacía por maldad. Quería que desarrollara todo mi potencial y que le sobreviviera. Si hubiera sido indiferente, no habría hecho todo lo que hizo. No habría viajado hasta uno de los mejores herreros del norte para que me hicieran la espada. Incluso con su pierna herida, cojeó a través de uno de los caminos más peligrosos de la montaña sólo por mí. Es difícil no sentir cariño por alguien que arriesgó su vida sólo para darme una espada que vale más que la mayoría de lo que poseo colectivamente.

Me pregunto qué tipo de relación tendría con mi propio padre si hubiera nacido con humanidad.

Su recuerdo del comienzo de su vida era borroso, y gran parte de él consistía en cazar diversas criaturas móviles hasta que su mente empezó a.… pensar.

Dejándolas enfriar en aceite, que según ella ayudaría a que no se oxidaran, entró a prepararse algo de comida.

Faunus recorrió el patio para asegurarse de que era seguro.

Había mucha sangre debido a la cantidad de Demonios que habían llegado durante la noche. Cuando salió de la casa, había hecho lo mejor que pudo para ocultarla cubriendo lo que pudo con nieve y tierra. La zona aún desprendía cierto hedor, que había conseguido disimular pero no eliminar del todo.

Por suerte, la sangre de Demonio era bastante desagradable y asquerosa. No despertaba especialmente el hambre en los de su especie, pero le resultaba difícil percibir el olor. Mayumi dijo que no podría notar nada una vez que él lo hubiera cubierto todo.

Cuando salió de la casa, ella se dirigió de nuevo a la parte trasera y empezó a limar las puntas de flecha en puntas afiladas con una afiladora. Observó cómo ella subía y bajaba el pie sobre un pedal mientras éste hacía una especie de ruido giratorio y zumbante.

Sus orbes oscurecieron su color amarillo mientras examinaba la máquina con profunda curiosidad. Nunca había visto nada igual.

Justo cuando se agachó y fue a tocarla, ella le apartó la mano de un manotazo.

—No metas los dedos en cosas que no entiendes, —le dijo. —Así es como te haces daño o pierdes uno.

Levantó la vista hacia ella y notó que fruncía las cejas con preocupación y desaprobación.

—Ya te he dicho que me curaré en un día, sea cual sea la herida. —Excepto el cráneo, claro.

Un suspiro ronco salió de ella mientras ponía los ojos en blanco.

—Sólo porque vuelva a crecer no significa que debas ser tan descuidado. Dolerá un montón, y podrías romper mi herramienta.

—Hmm.— Él no había pensado en eso.

Se puso de pie y continuó observándola.

Se le pusieron los pelos de punta cuando ella sacó el mismo pegamento que había usado para pegarle la cara. Esperaba que no volviera a intentarlo.

Faunus había tenido... esperanzas cuando lo intentó. El hecho de que se preocupara tanto por él como para arreglarle la cara había sido reconfortante.

No había ayudado. En cambio, sólo lo había consternado aún más. Ella le había preguntado si podía usar su otro pegamento, y él había rechazado su oferta. El pegamento para animales que le había aplicado en la sensible grieta del cráneo le había escocido de la misma forma que le dolía incluso si le entraba agua.

El fracaso le había dolido mucho más.

Ya he aceptado mi destino.

Pensar que podría haber una cura o una forma de arreglar su lesión no hacía más que reabrir la profunda herida de su corazón. Prefería ignorarlo, empujarlo al lugar más profundo y lejano de su mente y vivir el presente con ella.

Se sintió aliviado cuando ella utilizó el pegamento, una vez calentado y licuado, para unir el borde hueco de la flecha a las astas que ya tenía preparadas.

Al parecer, era una tarea que realizaba a menudo.

Cuando empezó a usar el mazo y una herramienta especial para abollar la flecha y el astil, él no pudo evitar preguntar: —¿Para qué usas pegamento si las unes así a pesar de todo?

—Las hace más resistentes, —respondió ella cuando estaba haciendo la última. —Puedo usar estas flechas de inmediato, pero el pegamento ayuda a evitar que se desarmen si el metal o el astil se deforman por alguna razón.

Faunus la siguió cuando recogió las treinta flechas en sus brazos y las llevó hasta la entrada de su casa. Las colocó en el porche mientras se dirigía al interior para coger su arco antes de volver al exterior donde él la esperaba.

Desde el porche, Mayumi cogió una flecha y la clavó en la cuerda de su arco. Asegurándose de que él no se interpusiera en su camino, levantó el arco y apuntó.

Soltó la flecha, que cayó directamente en la estaca del centro del claro. Al hacerlo varias veces, la mayoría de las flechas se clavaron en el grueso poste de madera.

Faunus miró al cielo y se dio cuenta de que el sol no estaba lejos de terminar su descenso, y las sombras ya eran lo suficientemente largas como para cubrir la casa por completo.

Anochecía. Era un momento peligroso del día, ya que los Demonios lo bastante valientes como para arriesgarse a sufrir quemaduras leves empezaban a cazar en la superficie.

Siempre he disfrutado de este momento del día.

Observó la explosión de color que se pintaba en el cielo. Los distintos naranjas, amarillos, morados y azules. Le gustaba especialmente ese breve momento en el que incluso las estrellas empezaban a titilar. A veces, incluso veía la luna en el brillante cielo.

A menudo le recordaba a sí mismo. La noche y el día se fundían en uno. Como cada Duskwalker que había conocido, cada anochecer era diferente.

—Tendré que retocar las que no dieron en el blanco, —refunfuñó, refiriéndose a las flechas que habían errado el blanco y volado hacia el bosque. —¿Crees que podrías cogérmelas mientras saco las de la estaca?

—Por supuesto, —respondió rizando la cola, muestra de su alegría. Disfrutaba ayudándola en todo lo que podía, aunque fuera jugando a buscarlas. —Sin embargo, —comenzó con una risita mientras se dirigía al bosque. —¿Seguro que no has fallado porque no sabes apuntar?

—¡Grosero!, —respondió ella riendo. —Te aseguro que sólo unos pocos en el gremio eran tan buenos como yo con el arco. Rara vez fallo mi blanco, muchas gracias.

Comenzó su búsqueda, siguiendo el olor de Mayumi que permanecía en sus flechas, así como el olor del metal, la madera, el pegamento e incluso las plumas. Por un momento, se preguntó si ella le había enviado a buscarlas porque había sido lo bastante inteligente como para saber que él sería capaz de usar sus sentidos.

Creo que he contado siete falladas...

El persistente olor a sangre dificultaba un poco la búsqueda, pero poco a poco fue encontrándolas.

Un pensamiento cruzó su mente, especialmente cuando pudo oír su lucha por sacar las flechas profundamente clavadas.

—Mayumi, —gritó casualmente.

—¡Sí!, —gritó ella mientras se quejaba. Entonces ella gritó, y él oyó el arrastrar de sus pies antes de un golpe sordo.

Cayó de culo. Su vista se iluminó en su color amarillo mientras las ganas de reír le hacían cosquillas.

—Creo que sería prudente que te quedaras dentro esta noche. No estoy seguro de que estemos en peligro, pero hay mucha sangre en el aire.

—¡Ooo! ¿Estás diciendo que podemos acechar y cazar más Demonios otra vez?

Está tan sedienta de sangre, pensó mientras arrancaba una tercera flecha de su lugar de reposo, dentro de la misma base de un árbol. La inspeccionó, preguntándose qué podría tener de malo cuando parecía estar perfectamente hecha*. Estaré eternamente agradecido al ser que la hizo como es. Habría sido mucho más difícil protegerla si hubiera estado intentando matarme todo el tiempo.*

Sus orbes brillaron aún más en su color mientras su cola volvía a enroscarse alegremente.

Faunus prefirió no responderle, sabiendo que ella decidiría lo que quería hacer esta noche con la información que él le había dado. Dudaba que pudiera hacerla cambiar de opinión.

A este paso, tendrían un coto de caza permanente. Apostó a que eso la dejaría extasiada. ¿Su nueva normalidad sería follar durante el día y cazar Demonios por la noche?

Lo admito... Se siente bien masacrarlos.

Si Jabez quería un ejército y estaba dispuesto a matar Duskwalkers para hacerlo, entonces Faunus ahora quería meterse absolutamente en el maldito camino después de lo que le hizo. La venganza le sentaba bien. Era tan dulce que casi podía saborearla en la lengua.

Si me rompes el cráneo, yo romperé a todos los que forman parte de tu ejército.

Cuando estaba recogiendo la última flecha, un silbido llamó su atención. Parecía un pájaro a lo lejos, y al principio lo ignoró.

Eso fue hasta que se dio cuenta de que se movía más rápido que cualquier animal que hubiera oído, y... venía hacia aquí. El fuerte crujido de las hojas le informó de que la criatura también era muy grande y volaba a través del bosque en lugar de por encima de él.

Está evitando los últimos rayos del sol. Su cabeza se giró en dirección a donde podía oír a Mayumi todavía en el claro. El blanco destelló en sus orbes. *Está en peligro.*

Faunus, aún sosteniendo las flechas por si acaso se equivocaba, *esperando* equivocarse, esprintó a través del bosque. No estaba lejos de ella.

Era demasiado tarde.

Justo cuando rompía la línea de árboles, algo negro salió disparado a través de otra sección del bosque. Se abalanzó, agarrando a Mayumi, que había estado de pie junto a una flecha baja con los muslos abrazando la estaca para agarrarse a otra que estaba más alta.

Jadeó sorprendida cuando un gran Demonio alado la agarró del hombro con su pie prensil.

—¡Mayumi!, —rugió mientras la arrastraba hacia el cielo justo cuando lo último del sol se desvanecía en el horizonte. Él saltó para alcanzarla, pero la punta de su garra apenas rozó la parte inferior de su bota.

Ella no dijo nada, no hizo ninguna demanda al Demonio como si supiera que no importaría. Ni siquiera gritó.

Con Faunus dando vueltas por debajo de ellos, vio a Mayumi entrecerrar los ojos hacia arriba y empezar a golpear su pie. Cuando eso no funcionó, trató de despegar uno de sus dedos con garras para liberarse.

Sus piernas pataleaban en el aire como si tratara de encontrar apoyo. Se vio obligada a levantar el cuerpo sólo por el hombro para no quedar colgando.

—¿Una Mavka?, —preguntó el Demonio mientras volvía sus rasgos angulosos, casi de murciélago, hacia Faunus. Era difícil decir que era un macho, sobre todo cuando su voz estaba bastante distorsionada y aguda. —¿Te he robado la comida?

Las risitas que hacía eran más bien chasquidos mientras flotaba en el aire.

—¡Dámela! —bramó Faunus, con la vista de un rojo pálido.

El miedo y la ira luchaban en su interior, una fría y la otra insoportablemente caliente. Sentía que su corazón estaba a punto de congelarse, mientras que sus extremidades estaban a punto de estallar. Su pelaje y sus púas se erizaron, y su cola se enderezó mientras resoplaba.

Faunus miró hacia los árboles, y el Demonio utilizó sus alas para alejarse de ellos. Cuando se volvió hacia la parte superior de la casa, a punto de saltar hacia ella, el Demonio aleteó hacia el otro lado.

La forma en que se balanceaba arriba y abajo en el cielo era como una burla, acercándose sólo para rebotar de repente hacia arriba en altura.

—Cuando seguí el olor de la sangre no pensé que me encontraría con un Mavka. No me extraña que el olor aquí sea fuerte, y que el tuyo perdure. ¿Has estado trabajando con este humano?

Sus manos se apretaron hasta que sus garras se clavaron en la carne de sus palmas. *Debería haberme dado cuenta antes de que era un Demonio.*

¿Cómo podía confundir ese silbido al batir sus alas?

Incluso ahora, era difícil olerlo a través de la sangre persistente de su especie muerta. Faunus había estado a contraviento del demonio, lo que dificultaba aún más su percepción.

El gruñido que Faunus produjo fue bestial, incluso para sus propios oídos. —Si le haces daño, te cazaré hasta los confines de la Tierra y te arrancaré miembro a miembro.

Su único objetivo en su desconsolada vida sería aniquilar a ese Demonio alado. Entonces, y sólo entonces, Faunus marcharía hacia el gran castillo de Jabez dentro del Velo y usaría la fuerza que le quedara, lo que quedara de él y de su cráneo roto, para matar a ese monstruo. Aunque le costara su último latido.

Después de todo lo que había vivido con Mayumi, cada caricia tierna, cada palabra desgarradoramente hermosa que habían compartido, sabía que no vería otro sentido que la venganza si se la arrebataban.

Ella había sido el centro de su vida durante demasiado tiempo, su obsesión. Sin ella, sabiendo que ya no compartía sus alientos en el mismo plano de existencia que él -aunque no pudiera estar con ella-, Faunus pensó que podría ceder ante su mente y dejarse llevar.

¿Qué sentido tenía entonces su humanidad si no podía tener a la única criatura que había jurado proteger? La criatura a la que había llegado a... amar.

Las voces de Mayumi y del Demonio se superpusieron al mismo tiempo.

—¡Faunus! —Gritó Mayumi mientras agarraba la empuñadura de su daga. —¡Atrápame!

—Espera...— dijo el Demonio con sus ojos rojos entrecerrándose hacia él. —Te conozco.

¡Mierda! Sólo tuvo un segundo para ponerse en posición antes de que Mayumi clavara su espada en la pantorrilla que la sujetaba y la bajara. El Demonio chilló, las manos apretadas por el dolor y la tensión mientras su cuerpo se hundía.

El Demonio la soltó y Faunus la atrapó en el aire cuando saltó. Permaneció en silencio mientras caía hasta que aterrizó en el cojín de sus brazos, donde emitió un golpe de impacto.

—Sabía que me atraparías, —dijo en voz baja, con un brillo de ternura y confianza en los ojos.

Su expresión se endureció cuando miró hacia arriba.

—¡Eres el Mavka de cráneo felino! ¡El de los cuernos de carnero!, —aulló el Demonio.

—¡Joder!, —jadeó Faunus, y sus orbes adquirieron un color blanco tan crudo que le cegó durante un segundo. Lanzó a Mayumi a sus pies, y ella tropezó antes de enderezarse. —Quédate dentro.

Empezó a cambiar, transformándose en su forma monstruosa. El miedo y el pánico se instalaban profundamente con cada segundo que tardaba en cambiar.

—Lucharemos juntos contra él, Faunus. Cogeré mi arco y...

—¡Debo hacérselo saber! —Gritó el Demonio. Antes de que se dieran cuenta, se inclinó hacia un lado y comenzó a volar por el bosque. —¡Debo hacérselo saber a nuestro rey!

Era exactamente lo que Faunus esperaba.

¡No!

—*¡Quédate aquí, Mayumi!* —Faunus gritó mientras se apartaba de ella y lo perseguía a cuatro patas. —¡Volveré!

Al menos, lo intentaría.

Aunque ella quisiera seguirlos, tanto Faunus como el Demonio serían demasiado rápidos para que ella pudiera alcanzarlos. En cuestión de minutos, habían cubierto una gran distancia, las alas del Demonio lo hacían casi

imposible de alcanzar, incluso para un Duskwalker. Casi era la palabra clave que esperaba que le ayudara en ese momento.

Sus patas y manos golpeaban con fuerza la tierra y la nieve, y sus resoplidos eran igual de sonoros. El viento le helaba la cara huesuda con la velocidad a la que esprintaba, pero su largo pelaje y la adrenalina mantenían su temperatura a punto de ebullición.

Esperaba que Mayumi no le siguiera tontamente. Faltaban minutos para que la noche se les echara encima. No podía quedarse, aunque sabía que su casa era ahora un peligroso cebo.

No puedo dejar escapar a este Demonio. No puedo dejar que se vaya. Ahora que ya no estaba cerca de su casa, podía rastrear fácilmente el olor del Demonio en el viento y en las hojas que rozaba con su amplia envergadura. *No puedo dejar que le diga a Jabez dónde estoy.*

No quería que el Rey Demonio lo encontrara. No lo quería cerca de su preciosa y pequeña humana. No importaba que ella fuera feroz o fuerte. No importaba que fuera valiente.

Jabez la mataría sólo para lastimarlo. El miserable y vil semielfo la usaría en su contra.

Y estaba la dudosa garantía de que la dejaría vivir aunque Faunus le entregara su vida. Probablemente la mataría sólo porque Faunus la había tocado. Incluso podría comérsela sólo porque era malvado, odioso y egoísta.

Tengo que confiar en ella. Tengo que confiar en que puede protegerse a sí misma mientras no estoy.

Sólo esperaba no arrepentirse de su decisión de abandonar su promesa de impedir que este Demonio se escapara.

Porque... aunque fingiera que estaba bien, aunque hubiera aceptado su eventual desaparición, aunque mintiera y ocultara lo mucho que le dolía el corazón cada segundo de cada día con ella, Faunus quería vivir desesperadamente.

Y más ahora que sabía que la única criatura que siempre había querido conservar lo quería a él a cambio.

La espada de Mayumi abrió en canal el torso de un Demonio al que ya había cortado el antebrazo.

Giró y aprovechó el impulso para deslizar la espada por su garganta. La sangre brotó por la parte delantera de su cuerpo antes de que se arrodillara y cayera a un lado. Cuando su cabeza golpeó el suelo, ya era un cadáver.

Sus ojos encontraron el cielo iluminado mientras su pecho se agitaba con una respiración pesada y entrecortada.

Tres demonios. Dio gracias al cielo de que el día por fin se despejara después de haber estado despierta toda la noche.

Faunus había tenido razón cuando le advirtió de que la zona sería propicia para atraer a los Demonios.

Desvió la mirada del cielo morado hacia los tres cadáveres que la rodeaban. Uno colgaba de su cuello y de la rama baja del árbol a la que estaba atado su látigo. Otro tenía una flecha clavada en el ojo. Y, por supuesto, el que acababa de matar yacía a sus pies.

Normalmente, Mayumi sólo luchaba contra uno, quizá dos, Demonios cada vez que les ponía un cebo. Incluso para ella era mucho luchar sola, pero por suerte no habían llegado al mismo tiempo.

Apenas había comido, y las dos últimas peleas le habían llevado tiempo ganarlas. La mayoría de las veces se quedaba en el tejado y disparaba a sus objetivos desde lejos, matándolos de inmediato o debilitándolos con flechas antes de luchar contra ellos cuerpo a cuerpo.

Pero no había ningún animal que les sirviera de cebo. Esto hizo que sus movimientos fueran mucho más erráticos e impredecibles.

No puedo creer que Faunus me haya dejado solo para lidiar con este desastre. Pero... debía de tener una buena razón para hacerlo.

Su cabeza se desvió en la dirección en la que lo había visto irse. *Espero que esté bien.*

Ya era de día y aún no había vuelto. Eso no indicaba nada bueno. *Si no vuelve, cuando lo encuentre en el más allá, le daré una paliza por haberme abandonado.*

Se enfrentaría a cualquier Dios que existiera que se lo permitiera, aunque tuviera que atravesar planos de ultratumba.

Un suspiro solemne salió de sus labios temblorosos, su cuerpo temblaba de cansancio. Estaba terriblemente fatigada, hambrienta y sedienta.

Sin embargo, cuando por fin salió el sol y salpicó su casa de luz y la hizo segura, no entró a descansar. En lugar de eso, fue a su cobertizo y cogió una de sus palas.

No sé cuánto tiempo va a estar fuera. Si eran días, entonces necesitaba reducir el olor que ahora merodeaba asquerosamente en el aire.

Se dirigió a los confines de su claro y comenzó a cavar, manteniéndose al sol, mientras arrojaba la nieve y finalmente la tierra a un lado.

Creo que he cavado el mismo número de tumbas para Demonios que para humanos. Ayudaría a ocultar sus olores, de manera que esta noche tampoco vinieran muchos. De lo contrario, podría terminar en un ciclo de matar Demonios cada noche sin descanso.

Necesitaba un descanso, especialmente para no sobrecargarse y cometer un error. Hasta el momento, no se había hecho ninguna herida nueva, salvo las marcas de garras que tenía en el hombro por culpa del volador, y prefería que siguiera así.

La herida era pequeña. Apenas había sangrado, ya que su grueso abrigo de invierno la mantenía protegida.

Ahora llevaba su uniforme de Cazador de Demonios, ya que era más eficaz para ocultarse en la oscuridad. Estaba empapada en sangre, y tenía el estómago revuelto, pero por lo demás, no le molestaba tanto el olor pútrido. La exposición a él a lo largo de los años había amortiguado sus sentidos.

El sudor cubría su cuerpo y hacía que el uniforme se le pegara de una forma incómoda y pegajosa. A pesar del aumento de la temperatura, se estremecía, ya que el aire frío helaba el sudor que la cubría.

Corría el riesgo de tener fiebre si seguía así.

Una vez hecho esto, pensó mientras cavaba en uno de los muchos lugares en los que solía hacerlo cuando se proponía enterrar Demonios. Había cinco lugares, y ella rotaba entre cada uno para que la tierra, los gusanos y los bichos pudieran comerse sus cadáveres y deshacerse de la evidencia de ellos junto a sus huesos. *Tengo que lavarme el uniforme con el jabón especializado que tengo. Darme un baño, luego comer y después dormir, joder. Tío, necesito dormir. Estoy tan jodidamente cansada.*

Con suerte, se despertaría y Faunus volvería a lo largo del día para acurrucarse a su lado.

Estuvo atenta a él y a posibles peligros durante toda la mañana, mientras trabajaba lentamente para meter a todos los Demonios en el agujero. Una vez hecho esto, los cubrió con tierra, luego con nieve y palmeó el suelo para comprimirlo.

Será mejor que vuelva pronto. Ya echo de menos a ese grandullón que me ronronea. Prefería que estuviera aquí ahora, burlándose de ella por su lentitud en todas sus tareas, que ahí fuera, solo y en peligro, sin saber si volvería o cuándo.

Sus cejas se fruncieron profundamente.

Será mejor que vuelva a casa para ronronearme, pensó con los labios fruncidos en un mohín apretado, casi infantil.

CAPITULO 34

Durante dos noches, Faunus había perseguido al Demonio alado. Nunca se detuvo, por muy cansado que estuviera, por mucho que necesitara descansar.

Casi lo tenía, pensó con consternación mientras caminaba a cuatro patas por el bosque en dirección a la casa de Mayumi. *No puedo creer que casi lo tuviera*.

Había habido un momento, sólo uno, en el que Faunus había conseguido alcanzar al Demonio. No mucho después de haber empezado a perseguirlo, Faunus se había acercado lo suficiente como para poder trepar a un árbol y saltar de rama en rama.

Lo tenía agarrado.

Faunus lo había agarrado por la pierna con una mano y lo estaba haciendo volar por el bosque, desgarrándose la pantorrilla y resbalando mientras intentaba trepar. Faunus sabía que se había mellado el ala, pero el Demonio le había dado una patada en el maldito cráneo.

El golpe le había provocado una agonía palpitante en toda la cara, y se había soltado accidentalmente cuando todo su cuerpo se agarrotó como reacción. Sintió que el cráneo se le partía un poco más por el impacto.

Después de que Faunus chocara contra varias ramas y tuviera que bajar con las garras de un árbol para frenar la caída, rompió varias ramas más con las piernas y la ingle antes de caer sobre sus patas.

Las heridas que había sufrido eran tan dolorosas que el Demonio había volado a gran distancia de él mientras Faunus intentaba enderezarse. Se le habían clavado en las patas puntas irregulares de trozos de ramas que había tenido que arrancarse, o no soportaba moverlas. Sabía que la sangre le corría a chorros por el muslo derecho, así como un reguero constante por el cráneo.

Su ingle había protestado ante cualquier movimiento como si estuviera contusionada, pero la adrenalina y el miedo le hicieron seguir adelante.

No tardó en echar un vistazo al resto de su cuerpo para evaluar sus heridas. Se limitó a tomar nota de ellas y a seguir a la amenaza que huía.

Después, el Demonio permaneció sobre los árboles durante la noche, volando libremente, mientras que Faunus se veía ralentizado por sus heridas y tenía que esquivar su entorno. En ese momento, el olor del Demonio había sido difícil de rastrear.

Sólo a lo largo del día, cuando el Demonio necesitó reducir la velocidad para volar por la sombra del bosque y evitar la luz directa del sol, Faunus había conseguido localizarlo de nuevo.

Pensó que podría alcanzarlo la segunda noche, pero para entonces ya sabía que era demasiado tarde.

Incluso si seguía persiguiéndolo, era probable que el Demonio lo llevara hasta el Velo. En esencia, habría estado entregándose a Jabez, y se negaba a hacerlo.

No podía ir más lejos.

Faunus hizo una pausa para cubrirse el cráneo, gimiendo de frustración y rabia. La he puesto en peligro.

Si pensara que eso ayudaría, no volvería con Mayumi si eso significaba que Jabez nunca la encontraría. Pero, si el Demonio lo llevó allí, Mayumi estaría en peligro a pesar de todo.

Prefería estar allí para negociar por su vida o matar al Rey Demonio; cualquiera de las dos cosas bastaría con tal de que ella estuviera a salvo.

El profundo frío que se había disipado desde que había empezado a proteger a Mayumi volvió a multiplicarse por diez cuando comprendió que su final podría estar mucho más cerca de lo que había estado antes de todo esto.

No culparía a Mayumi por provocar a los Demonios y hacer lo que había estado haciendo toda su vida. Él nunca había querido detenerla ni cambiarla. No había acudido a ella por eso.

Lo único que quería era estar a su lado, aunque su vida corriera peligro, pero nunca la de ella.

Se le retorcieron las tripas de preocupación, más de lo que había experimentado nunca. Ni siquiera había estado tan destrozado por dentro cuando se rompió el cráneo.

Entonces sólo tenía que preocuparse por sí mismo. Ahora... temía por su preciosa, maravillosa y tentadora pequeña humana.

¿Qué he hecho? pensó mientras apartaba las manos de la cara para mirarse las garras*. ¿Por qué las cosas no podían haber sido diferentes?*

Quería que la felicidad que sentía con ella no se viera empañada por nada más. Siempre estaba ahí, una persistente nube oscura, y él sólo anhelaba que la constante llovizna se despejara y le diera verdadera luminosidad.

¿A los Mavka no se les permite experimentar la verdadera felicidad?

Sin embargo, Orpheus y Magnar parecían... felices. Los envidiaba por eso. Una parte de él los odiaba por ello. ¿Por qué no podían tener lo que él anhelaba? ¿Por qué tenía que ser él quien sufriera esto?

¿Por qué Jabez tenía que atacarme?

Había atormentado emocionalmente a Orpheus durante cientos de años, pero Faunus era el único al que había conseguido maltratar de verdad.

Debería haber vivido solo. Debería haber aceptado la soledad en lugar de intentar vivir entre los Demonios.

Mira lo que había conseguido. Nada más que dolor, y ahora todo lo que había deseado de verdad estaba en la punta de sus garras, justo ahí, joder, al alcance de su mano, y sin embargo mucho más lejos que nunca.

Faunus continuó su camino hacia la casa de Mayumi, necesitando volver más que nunca. Su vista cambiaba constantemente entre el blanco y el azul oscuro

durante todo el camino, y su mente giraba con pensamientos desoladores y terribles.

No se disiparon, ni siquiera cuando vio su casa y pudo oler que estaba despierta por el olor a comida que flotaba en el aire. Hacía tiempo que era capaz de oler la dulzura de su chimenea.

Aunque la zona olía a sangre de Demonio, tal y como él pensaba, estaba oculta bajo un incienso almizclado y abrumador. Por lo que pudo ver, había dos botes de incienso redondos y huecos que dejaban que el aroma se colara por sus tapas.

Estos dos olores hacían difícil oler el aroma a calabaza que había debajo. Deseaba desesperadamente respirar ese dulce aroma y saber que ella estaba a salvo.

Quiero abrazarla.

Quería ser consolado de esa manera especial que Mayumi lo hacía - aquella en la que ella no necesitaba palabras o una explicación y simplemente lo calmaba en el silencio que él necesitaba.

No quería hablar, no quería compartir su dolor, su anhelo y sus miedos. Lo que necesitaba era su calor y sus brazos a su alrededor, agarrando o acariciando su pelaje. Necesitaba su aceptación y comprensión, que ella demostraba en lugar de decir con bonitas palabras.

Las yemas de sus dedos encontraron la dolorosa barrera de su casa. Pensó en gritar para que ella se quitara sus encantos, pero decidió no hacerlo. Fuera

hacía frío, y hacía tiempo que había empezado a sentirse... protegido en su casa, que era demasiado pequeña para él. Había sido seguro.

Empujó a través de él, estremeciéndose por el dolor.

Faunus había visto a humanos saludarse entre sí corriendo el macho o la hembra a los brazos del otro. Siempre le había conmovido el corazón y se lo había hinchado de un modo profundamente sincero.

Ansiaba que ella le regalara un saludo así. Como si lo añorara, lo echara de menos y quisiera llegar a él tanto como su alma.

Puso la mano en el picaporte.

Sólo espero que no esté enfadada conmigo por haberla dejado aquí los últimos días.

Sin nada más que sus calzones negros, con el pecho desnudo, Mayumi bebió un gran trago de Marianna's Sleeper para humedecer su lengua y armarse de valor líquido. Iba a necesitarlo.

Se metió un paño parcialmente húmedo de saliva entre los dientes y respiró rápida y superficialmente por la nariz. Hizo todo lo posible por no cerrar los

ojos, las comisuras de los párpados se le arrugaron tanto como la frente, mientras se clavaba una aguja en la piel.

Sus labios se torcieron bajo la fuerza de sus escalofríos.

El brazo izquierdo le temblaba al apretar el puño, pero no era nada en comparación con el temblor agónico que le producía la mano derecha, sobre todo cuando empeoraba al hacer el otro lado de la herida. Juró que oía el ruido de la aguja al abrirse paso entre las capas de su piel, después de haber estado tentando su carne.

Sus dientes apretaron la tela que tenía en la boca para contener su grito durante todo el proceso. Tiró del hilo unido a ella para poder cerrar esa sección de su herida recién sangrante. Ató el hilo cubierto de sangre antes de cortarlo.

Se quitó el paño de la boca y jadeó unos segundos.

El alcohol estaba diluyendo la sangre que seguía brotando de ella, pero no había sufrido cortes en ninguna de sus arterias o venas principales. En realidad, la marca de la garra de tres dedos que se extendía en diagonal por su antebrazo podía ser mucho peor.

Era más profunda cerca de la parte interna del codo que en la muñeca. Sin embargo, el daño había sido mayor cerca de la muñeca, ya que tenía menos músculo para protegerla.

Todavía no siento los dedos anular y meñique.

No estaba segura de si se debía a un traumatismo o a que los músculos y tendones que los controlaban estaban totalmente seccionados. No temblaban

como el resto de su cuerpo y parecían estar permanentemente en una posición semirrecogida.

No le caían lágrimas de los ojos, pero le brotaban y se acumulaban antes de parpadear.

No era la primera vez que se ocupaba de una herida que se había hecho. Tenía una bastante fea en el muslo que se había curado ella misma, pero pensó que esta podría ser la peor herida que había recibido nunca.

Faunus se había ido hacía cuatro días.

Por mucho que no lo culpara por abandonarla cuando sabía que podía ser peligroso, habría sido de gran ayuda que hubiera estado aquí.

De haber sabido que se iría, nunca habría usado un cebo tan grande como el ciervo. Y su manera de matar cosas era hacerlas absolutamente pedazos, rociando sangre y partes del cuerpo por todas partes.

La mayoría de sus muertes tenían poco sangrado, y estaba segura de que si hubiera cebado a los Demonios ella sola, no habría hecho un desastre tan grande que hubiera seguido atrayendo a más.

Regla número catorce: nunca te metas en líos.

Esta herida podría haberse evitado si hubiera prestado atención.

Anoche sólo vinieron dos Demonios. Podría haber acabado con ellos fácilmente si no fuera por un pequeño detalle que no había tenido en cuenta.

Regla número tres: nunca te distraigas.

Sé que por esto me echaron del gremio, pensó mientras tomaba otro trago de alcohol y se metía el paño en la boca. Mayumi volvió a coger la aguja y el hilo. *Una mujer con la regla en el campo es un reclamo, es una distracción, es un riesgo.*

Había empezado a menstruar ayer. El primer día siempre era el más duro para ella. Anoche, mientras estaba en el tejado, tuvo un calambre tan fuerte que pensó que su pelvis estaba ardiendo.

Una vez más, Mayumi se metió el paño en la boca para no morderse la lengua ni estropearse los dientes apretándolos. Gritó a propósito mientras volvía a enhebrar la aguja en su carne. Lo ató y volvió a hacerlo, deseosa de acabar cuanto antes, mientras temblaba terriblemente.

Nunca cazo cuando estoy con la regla.

Hizo lo que toda mujer inteligente hacía cuando vivía en el bosque. Encendió botes de incienso para enmascarar el olor mientras quemaba las pruebas que había recogido en sus pantalones.

En ese momento, llevaba un cinturón con bolsas que contenían hierbas fuertes.

Pero cuando estuvo dentro con el uniforme del gremio puesto y oyó a un Demonio escabullirse fuera, supo que tenía que ir a luchar contra él. Entonces se quedó en el tejado, fatigada y dolorida, para poder proteger su hogar y a sí misma.

Le había costado, y aquí estaba ahora, cosiéndose el brazo mientras hervía comida porque hacía horas que no comía. Tenía una olla llena de agua caliente

en la encimera de la cocina con paños antisépticos de hierbas. Pensaba envolvérselos en el brazo antes de vendárselo bien.

Cuando terminó de cerrar la herida, miró los numerosos trozos de tela cubiertos de sangre que había sobre la mesa. Utilizó otro para limpiarse el antebrazo mientras lo inspeccionaba.

Era un trabajo bastante decente.

Se tocó los dedos anular y meñique entumecidos y apretó los labios. *Joder. Si esto no mejora, nunca podré sostener bien un arco.*

También era dudoso que pudiera sostenerlo con la falta de fuerza que tendría en el brazo que se estaba curando. Podría estar temblando permanentemente a partir de ahora.

Pero debería poder blandir la espada.

Dio otro gran trago de bebida antes de apoyarse la frente en la punta de los dedos mientras apoyaba el codo en la mesa del comedor. Giró la cabeza hacia la ventana de la cocina para contemplar el sol de media mañana con los ojos doloridos, hinchados y cansados.

Sentía el brazo abrasadoramente caliente e hinchado, tanto que creía que se le estaba formando lava en las venas. Y las punzadas le impedían pensar en otra cosa.

Con un pie quieto, el otro estaba apoyado sobre la punta de los dedos mientras lo hacía rebotar hacia arriba y hacia abajo.

Si Faunus vuelve... Su pie rebotó más rápido. Si Faunus vuelve, podrá curarme el brazo, ¿verdad?

Ella soportaría esta herida si tuviera que hacerlo. Si él nunca volvía, ella simplemente lo aceptaría, pero no podía retener la posibilidad de que pudiera haber una solución.

De ninguna manera dejaría que esto se interpusiera en su vida.

Aunque había sido dado de baja con honores después de que le hicieran algo parecido a su pantorrilla, su padre había seguido cebando Demonios y protegiendo esta casa sin problemas. Ella no tiraría la toalla tan fácilmente.

Nunca había sido cobarde.

La muerte vendrá a por mí a pesar de todo, y prefiero morir luchando. A la mierda vivir una vida larga y semi pacífica.

Era tan inútil como sobrevivir.

¿Qué otra cosa iba a hacer? ¿Sentarse en esta casa y no hacer nada? Ella no tenía esas aspiraciones. Ella quería hacer una diferencia en este mundo matando a un Demonio más.

Y no viviré en las ciudades sólo para volverme loca y pudrirme tras esos muros. Para ella, vivir allí no era más que ser ganado en el matadero a la espera de ser sacrificado.

El palpitar de su brazo sólo se debía a que estaba muy reciente, pero volvió a inspeccionarse la herida para asegurarse de que estaba limpia*. Espero que no se me infecte y entre en sepsis.*

Qué forma más patética de morir.

Pero ¿qué voy a hacer esta noche? Ahora no puedo luchar así. Se levantó y retiró la olla de gachas de la encimera.

Luego se hizo a un lado y sacó tiras de paños empapados en antiséptico de la olla ya fría. Se las colocó sobre el brazo, con una mueca de dolor. De algún modo, el brazo le palpitaba aún más rápido cuando el calor llegó a la herida.

Se puso una venda en el antebrazo para mantenerlo bien sujeto.

Una vez hecho esto, se sirvió un poco de avena y se sentó con los ojos cada vez más pesados. Había perdido mucha sangre y ayer no había dormido mucho por los calambres.

Y estar herida podía afectar mucho a una persona.

Jugó con su comida para ayudarla a enfriarse, mientras pensaba que no le apetecía comer. En lugar de eso, observó el caos que reinaba en su casa.

Su camisa del gremio estaba en el suelo donde la había tirado cerca de la puerta, estropeada. La había quemado, ya que tenía otras. Sus pantalones estaban cubiertos de líquido, y no estaba segura de si era su propia sangre o la del Demonio. No se había quitado los zapatos, era lo último en lo que había pensado.

Esto parece y huele a enfermería. Suspiró mientras comía. *Tengo que asearme antes de dormir.*

Con la cabeza apoyada en la palma de la mano, Mayumi empezó a dormirse bajo el peso y los acontecimientos de su noche.

El sonido de unos pasos pesados cruzando el porche la puso alerta de repente. No sabía cuánto tiempo llevaba dormida, probablemente unos minutos. Su cabeza había empezado a caer hacia su cuenco sobre la mesa, y casi sufrió un latigazo al echarla hacia atrás.

—¿Quién está ahí?, —gritó deseando por todos los cielos que no *fuera* cierto Duskwalker.

Cuando aquellos pasos llegaron a la puerta y empezaron a girar el picaporte. Mayumi se levantó y miró todo el desorden.

Joder. Que no sea Faunus.

—Soy yo, Mayumi, —le oyó decir justo cuando la puerta empezaba a abrirse.

—¡No entres aquí!, —rugió, corriendo hacia la puerta para poder cerrarla de un portazo.

No llegó hasta allí cuando se encontró cara a cara con su cráneo felino y su enorme cuerpo en el umbral.

Los orbes azules se volvieron blancos mientras él buscaba dentro de la casa. Notó que respiraba profunda y curiosamente justo antes de que se estremeciera.

—¿Sangre? ¿Estás herida?, —preguntó mientras daba un paso atrás. Levantó ambas manos para cubrirse el hocico, pero antes de que lo hiciera, sus orbes se habían vuelto rápidamente rojos.

Mierda. Eso no es bueno.

Mayumi retrocedió mientras se llevaba la mano al cinturón de armas. Se agarró al aire, habiendo olvidado que su espada estaba fuera.

—Tienes que irte Faunus, —dijo Mayumi con calma, manteniendo su voz especialmente suave cuando un gruñido retumbante emitió de él.

Intentó agarrar su daga, pero sus dedos heridos y temblorosos fallaron cuando él bajó las manos para poder caer hacia delante y caer sobre ellas. Se le erizó la piel de miedo cuando él avanzó un paso hacia su casa a cuatro patas, con un gruñido cada vez más feroz.

Empujó con sus anchos hombros, haciendo crujir el marco de la puerta.

Sus orbes siguen rojos. Y estaban enfocados en una presa recién desangrada. En ella. Mierda.

Entrecerró los ojos, manteniendo el corazón firme a pesar de que su cuerpo temblaba de debilidad.

—Hola, mi gran Duskwalker sexy, —arrulló Mayumi, alejándose de él con una mano hacia delante. Podía sentir el peligro como si fuera algo denso y tangible. —Sé que no quieres hacerme daño. Te enfadarás mucho contigo mismo si lo haces.

Ella sabía que él se había ido y que la sed de sangre había silenciado sus pensamientos cuando se agachó y siguió acercándose. Ya no la escuchaba. Ya no parecía ser su dulce Faunus.

No tenía sentido hablar con él ahora, y ella no gastaría saliva en hacerlo. En su lugar, se limitó a hacer un balance mental de dónde estaban todas sus armas disponibles.

Aparte de la daga que yacía en el suelo entre ellos, las únicas armas disponibles eran la espada de su padre, que descansaba sobre la chimenea, y el látigo que llevaba en el cinturón.

Cuando Faunus abrió los colmillos y empezó a gruñir, ella se atrevió a mirar hacia la chimenea.

Había previsto que él saltaría si ella le quitaba la mirada de encima, y cuando lo hizo, ella se lanzó a un lado mientras él embestía. Pisó la mesa de café, partiéndola por la mitad, mientras se abalanzaba sobre ella.

Su corazón se aceleró por la tensión. Era lo último que necesitaba después de la noche que acababa de pasar.

No le dio cuando ella rodó hacia un lado frente a la chimenea para esquivarlo. Agarró la espada de su padre. Se le escapó de las manos cuando su pecho la empujó al suelo y él se abalanzó sobre ella, que era mucho más pequeña.

¡Mierda! Es muy rápido. Ella se apretó contra su pecho con los pies para mantenerlos separados mientras él chasqueaba salvajemente las mandíbulas por encima de ella. Sus colmillos produjeron un agudo ruido a escasos centímetros de su nariz. *De todos los putos días para que volviera, ¡tenía que ser éste!*

Sólo había pasado un minuto desde que había entrado y ella ya estaba de espaldas. Un humano nunca podría superar a un Duskwalker, y ella estaba débil y lenta por la pérdida de sangre.

Piensa, Mayumi.

La espada de su padre se había salido parcialmente de la vaina, pero estaba fuera de su alcance, y aquellos dientes se acercaban peligrosamente.

Agarrando el atizador que yacía frente a las llamas, Mayumi lo metió entre sus colmillos y utilizó tanto las rodillas como las manos para empujarlo hacia atrás, gritando por la agonía que irradiaba por su brazo herido.

Obviamente, Faunus pensaba con los colmillos, porque se limitó a usar los brazos para mantenerse firme sobre ella mientras intentaba meterle la cabeza en la boca. Las babas le salpicaban la mejilla mientras lo mantenía a raya.

Sin embargo, sus brazos flaqueaban y sus ojos se abrieron de par en par cuando el atizador de hierro empezó a deformarse. Lo estaba doblando.

¡Joder! ¡Joder! Tenía que hacer algo, y rápido.

Echó la cabeza a un lado para dar un respiro a sus brazos y dejó que él se adelantara para golpear el suelo con el hocico. Al mismo tiempo, se agachó y desenganchó el látigo del cinturón.

Justo cuando se encabritó, Mayumi le dio una patada en la parte inferior de la mandíbula para cerrarle los colmillos y enhebró rápidamente el látigo alrededor de sus mortíferas fauces.

Él retrocedió para quitárselo de la cara, con el atizador clavado detrás de sus colmillos traseros. Mientras estaba distraído, Mayumi metió la mano en la chimenea y agarró el lado no llameante de un palo ardiendo que estaba medio dentro de las llamas.

Aterrorizado por el fuego, Faunus aulló terriblemente ante la salpicadura de ascuas que cayó en cascada alrededor de su cara. El sonido le estrujó el

corazón de lástima por él. En realidad, toda esta situación sólo hizo que sintiera lástima por él.

Cogió la espada de su padre y la sacó de la vaina justo cuando él rugía.

Córtale la cabeza. Eso es lo que él le dijo que hiciera si alguna vez se daba la situación de que él la atacara con una furia hambrienta de sangre. *Dijo que volvería si le cortaba la cabeza. Quizá pueda arreglarle el cráneo mientras está inconsciente.*

Mayumi metió los hombros para hacerse más pequeña cuando él la rodeó con las manos. Apoyó el borde plano con el pie, con el lado afilado hacia él. Se le clavó en la garganta.

Una vez más, se limitó a mantenerlo a raya.

A este paso, va a matarme.

No sentía miedo, pero la adrenalina que corría por sus venas le hacía sentir como si su estómago y su corazón se hubieran intercambiado. La parte posterior de su garganta ardía con cada inhalación y exhalación de aliento, sus pulmones se contraían a medida que se apretaban.

Tenía una mano sujetando la empuñadura de la espada con el pie contrario presionándola. Su otro pie estaba contra el pecho de él para mantenerlo atrás, pero él era más fuerte que ella. Estaba segura de que la única razón por la que él no se abalanzaba sobre ella era el dolor que debía de sentir.

La hoja plateada de la espada rezumaba sangre de color morado oscuro a medida que se adentraba más y más en su garganta. Faunus se acercaba cada vez más, como si no le importara con tal de conseguir su comida al final.

Mayumi siempre había sabido que esto era un riesgo. Se había preparado mentalmente para ello. Podía soportar la muerte. Estaba arraigado en su personalidad ser indiferente a su propia muerte.

Pero la razón por la que su corazón latía de preocupación no era por ella, sino por él.

Nunca se lo perdonará si me mata.

Ella sólo podía imaginar las consecuencias de esto. Cómo reaccionaría él al saber que había sido él quien le había quitado la vida.

Él nunca lo había dicho, pero Mayumi sabía que la amaba. No era difícil verlo en la forma en que la abrazaba como si fuera lo único que le importaba en el mundo. También lo sentía en la forma en que acariciaba con sus garras cada parte de su cuerpo, desde los pies hasta su espesa cabellera, como si adorara cada parte de ella.

La trataba como si fuera lo más preciado, y las palabras que le dirigía eran profundas afirmaciones de afecto.

Era difícil no corresponder a esos sentimientos cuando se compartían tan libremente. Ella los prefería a la inutilidad de una sola palabra que tan poco servía para expresar el cariño de uno.

Mayumi entrecerró los ojos con obstinada determinación. Hizo lo único que se le ocurrió.

Le metió los dedos hasta la base de los nudillos en el agujero de la nariz, ya que él no tenía ojos para que ella se los metiera. El gran Duskwalker se

estremeció por la inesperada intrusión en su nariz y se echó hacia atrás. Él dio un golpe de repulsión, dándole a ella la oportunidad de llevar su pie hacia atrás.

Lanzó un zarpazo y le clavó la punta de una de ellas en la mejilla, haciéndole un corte cuando ella giró la cabeza para esquivar lo peor.

Ahora la espada estaba firmemente clavada en su garganta, y ella le apuntó con el talón de sus dos botas cuando él empezó a bajar. Ambos pies lo golpearon, pero el izquierdo resbaló inmediatamente después.

Mayumi cruzó los brazos sobre la cara, esperando lo peor cuando eso le dio libertad para terminar de bajar.

Un agudo jadeo salió de la garganta de ella. El dolor irradió en su rodilla derecha al chocar contra algo duro y curvo. No se preocupó si algo en su rodilla se hacía añicos cuando pensó que estaba a momentos de que le mordieran los brazos.

De repente, Faunus se desplomó sobre ella y empezó a aplastarla bajo el peso de su enorme figura.

Mayumi tardó unos segundos en darse cuenta de que había dejado de moverse.

¿He sido yo?

No iba a quedarse aquí tumbada esperando a averiguarlo, no si eso significaba que podía estar equivocada.

Fue muy difícil zafarse de él. Tenía múltiples heridas, y él pesaba tanto como un ser inerte que era como intentar quitarse un oso de encima.

Sin embargo, mientras se retorcía hacia arriba y hacia un lado, intentando arrastrarse fuera de la unión de su cuello y hombro, pudo ver que su cabeza seguía firmemente unida a su cuello. Apenas había introducido la espada hasta la mitad de su gruesa y densa garganta.

Si no fue su cuello lo que lo dejó inconsciente, entonces qué...

Mayumi no creía haber sentido nunca nada parecido al espantoso escalofrío que le recorrió la espina dorsal ante lo que vio. Nunca en su vida, incluso después de todo lo que había visto, hecho y experimentado, algo había hecho que su corazón casi se rompiera en su pecho.

Un charco de sangre morada se estaba formando debajo de su cráneo.

—¡No!, —gritó ella, inclinándose hacia delante para hacer el gesto del fantasma con los dedos en el aire por encima de él.

Era obvio que seguía vivo por la forma en que sus respiraciones agitadas le levantaban el pecho, pero eso no hizo nada para aliviarla.

—¡No! ¡Joder! —Se sentó sobre el culo y levantó las rodillas. Al mismo tiempo, se cubrió la cara con las manos temblorosas. —Le rompí más el cráneo.

Debió de ser su cuerno lo que sintió chocar contra su rodilla.

¡Se lo rompió ella! Ella había estado tratando de curarlo, ¡no de ser la razón por la que estaba aún más cerca de la muerte! Ahora nunca se llevaría su alma, no con la forma en que podía ver que se abría y revelaba trozos de músculo de aspecto extraño.

Apenas se sostenía, la parte inferior suelta mientras que la parte superior de la grieta era todo lo que quedaba para mantenerlo unido.

Todo es culpa mía. Todo es por mi maldita culpa.

Mayumi no sabía cómo procesar esto. Qué se suponía que debía hacer.

Se limitó a cruzar un pie sobre el otro como si tratara de hacerse más pequeña ante el mundo, insegura de cómo manejar la creciente pena que se arremolinaba hasta lo más profundo de su ser.

No se formaron lágrimas. No había llorado cuando murieron sus padres. Faunus, por lo que podía ver, al menos seguía vivo, pero sentía un cosquilleo incómodo en los senos nasales, como si quisiera hacerlo.

Le dolía mucho. El brazo le sangraba a través de la venda y sabía que se había roto varios puntos al luchar contra él. Le dolía la cara por el corte y estaba segura de que le pasaba algo horrible en la rodilla.

Todo es culpa mía. Si no hubiera querido provocar a los Demonios, probablemente el alado no habría venido aquí.

El Demonio había mencionado algo sobre un rey. Sabía que Faunus había corrido tras él porque no quería que el Rey Demonio supiera dónde estaba.

Faunus no habría necesitado perseguirlo. No habría tenido que luchar contra los Demonios él solo y resultar herido.

No habría vuelto aquí mientras ella estaba en medio de remendarse y limpiar su casa. No habría estado cubierta de su propia sangre.

Ella no habría causado todo esto.

Bajando las manos, lo miró con los ojos profundamente inclinados. La bilis le subió a la garganta como un ácido, con las tripas revueltas por las emociones que no podía reprimir por mucho que lo intentara.

Su corazón se apretó dolorosamente, amenazando con romper los tendones que lo sujetaban. Le robó el resto de la agonía que sentía, más prominente que cualquiera de sus heridas físicas.

¿Cómo voy a salvarle ahora?

—Lo siento mucho, Faunus.

CAPITULO 35

La mente de Faunus estaba desorientada cuando se despertó. Era el tipo de aturdimiento que uno sentiría después de un sueño profundo.

No, eso estaba mal. Estaba mareado, como recordaba que se sentía al ser envenenado. Su oído estaba amortiguado, como si alguien le hubiera metido algodón en los orificios auditivos. Su vista cambiaba, vibrando entre la luz y la oscuridad, y todo parecía moverse lentamente. Había rastros y una extraña división en su visión que nunca había visto antes.

Sentía el cráneo insoportablemente pesado, pero también le roía con un latido que se bifurcaba por toda la cara como relámpagos en el cielo.

Era la sensación más extraña, pero sentía como si su ser, su esencia, su alma misma, se partiera en dos.

Una mezcla de su propia sangre y de hierbas intensas, como eneldo, albahaca y muchas otras, era todo lo que podía oler. Algo cubría su huesudo hocico y le tapaba parcialmente el orificio nasal, aunque no del todo. Era incómodo, y no le gustaba no poder sentir dónde estaba.

¿Qué... ha pasado?

Normalmente, cuando dormía o se desmayaba o incluso moría temporalmente, recordaba. Incluso recordaba vagamente los muchos ataques de ira que había tenido.

Ahora sólo estaba en blanco.

Lo último que recordaba era que había renunciado a perseguir al Demonio alado. Recuerdo haber caído del árbol... No había nada más en su memoria.

Otro intento de mirar a su alrededor le reveló que estaba en una cabaña, una cabaña casi familiar a pesar de la niebla de su visión.

¿He llegado hasta Mayumi?

Faunus intentó mover los brazos, pero no pudo. Se retorció cuando se dio cuenta de que le habían atado las extremidades a la espalda, y quedó inmóvil contra el suelo. *¿Una cuerda encantada?* Era lo único que se le ocurría para atarlo así.

Una silueta apareció a la vista, y Faunus sólo supo que era Mayumi, arrodillada en el suelo junto a su cráneo, cuando se acercó lo suficiente como para deslizarse a través del velo de su mente ralentizada.

—Estás despierto. —Su voz era distante. —Ha pasado un día desde que volviste.

Faunus se concentró en ella y notó que, con el tiempo, todo empezaba a calmarse.

El dolor en su cara permanecía, empeorando incluso, mientras el mundo se estabilizaba. Pero había una penumbra parcial que no se desvanecía en el lado izquierdo de su vista, y juró que su oído estaba apagado en ese mismo lado.

Un quejido seco y tembloroso salió de sus pulmones.

—¿Por qué me duele tanto? —Volvió a retorcerse, con la cola curvada por la aversión a ser capturado de esta manera. —¿Y por qué estoy atado así?

Cuando algo le cerró las mandíbulas, estaba tumbado boca abajo con los brazos a la espalda y las piernas juntas. Podía ver que estaba dentro, a una distancia segura del fuego pero aún estaba al alcance de su calor.

—¿No te acuerdas?

Cuando negó con la cabeza, Mayumi miró al suelo.

El pelo le tapaba un lado de la cara y él se sorprendió al verla con un vestido. Nunca la había visto con uno, y aunque era gris y sencillo, con un vestido interior debajo, pensó que le sentaba bien.

—No podía soportar dejarte solo fuera cuando te curaras, pero ahora estoy con la regla. Te tapé el hocico, esperando que te ayudara a ocultarte del olor, y te até por si no funcionaba.

Le sorprendió que evitara el contacto visual con él, ya que Mayumi no solía apartar la mirada durante mucho tiempo.

Parece cansada.

Por lo que pudo ver de su cara, la parte inferior de sus ojos estaba amoratada y muy arrugada. También parecía más pálida de lo normal.

—Aunque unas gotas no me volverían loco, ha sido muy inteligente por tu parte.

Pero como Mayumi era Cazadora de Demonios desde hacía once años, pensó que debía de conocer formas de evitar este problema femenino.

Ella se quedó en silencio, lo que siempre le preocupaba.

—¿Mayumi?

Cuando ella no se volvió hacia él ni respondió, Faunus giró más la cabeza hacia ella. Él gritó. Le corroía la necesidad de tocarse la cara y descubrir por qué le dolía tanto, y la imposibilidad de hacerlo le molestaba.

—Lo siento mucho, Faunus. —El tono desesperado que oyó en su voz hizo que su pelaje y sus púas se erizaran. —Te he puesto un ungüento en la cara para ayudar con el dolor, ni siquiera sé si está ayudando, pero te he roto más el cráneo.

Blanco levantó la vista. Fue entonces cuando comprendió la penumbra que veía en su orbe izquierdo y por qué su visión estaba parcialmente partida... la razón por la que no podía oír bien era su cráneo.

Quería enfadarse, pero descubrió que nunca podría estarlo con ella. Permitió que toda la tensión que se había disparado a través de él se aliviara.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado, Mayumi?

Ella se cubrió el brazo izquierdo y giró la cabeza para mirarlo completamente del otro lado.

—Me atacaste. Bueno, casi me matas, para ser precisos. Intenté cortarte la cabeza como me dijiste.

Miró el brazo que ella se cubría con la mano y el pánico le invadió.

—¿Estás herida?

—¿Sabías que tu cuello es jodidamente grueso?, —preguntó ella en lugar de responder, lo que sólo hizo que su pánico empeorara. —Cuando intenté clavarte la espada en la garganta, se me resbaló el pie y acabaste dándome un cabezazo en la rodilla con el cuerno. Después te desmayaste.

¿Podía Mayumi oír su corazón latiendo contra el suelo? Debía de poder, pesaba como un tambor. Cada palabra que pronunciaba le dejaba un sabor metálico y agrio en la garganta.

—¿Te he hecho daño?, —preguntó, luchando por zafarse de sus ataduras para poder examinarla. Cuando ella no dijo nada, él empezó a gruñir. —¡Contéstame, Mayumi!

Ella giró la cabeza hacia él, con los dientes apretados y mostrando un corte amoratado que tenía en la mejilla.

—¡Preocúpate por ti, Faunus! —Se inclinó hacia delante, apoyándose en una rodilla y un pie, para desatar las ataduras de sus piernas y luego de sus muñecas. —No creo que sea yo la que se esté muriendo aquí. Mi brazo tiene muy mal aspecto desde que me reventé la mayoría de los puntos, y está negro, ¡pero no soy yo el que tiene media maldita cara cayéndose!

Cuando se liberó, ella se levantó para poner espacio entre ellos. No le gustó, no le gustó que intentara esconderse de él, huir de él cuando quería comprobar su bienestar.

—No debería haber sido tan descuidada. Sabía lo de tu grieta, pero pensé que podríamos protegernos mutuamente. Tú me proteges a mí y yo te protejo a ti. Pensé que todo iría bien, pero si no hubiera querido atraer Demonios aquí, nada de esto habría pasado. Soy tan malditamente egoísta y estúpida.

—¿Estás... estás cojeando? —preguntó él mientras se dirigía a ponerse de pie. Estaba inestable, como si no tuviera equilibrio, pero se adaptó rápidamente.

Nada le preparaba para la nueva avalancha de dolor que le bombardearía una vez que se hubiera levantado todo lo que podía soportar en su pequeño hogar. Levantó la mano para tocarse el cráneo, haciendo una mueca de dolor por el escozor que le producía ese movimiento, pero se limitó a soportar el dolor para poder inspeccionar físicamente su gravedad.

Su cola se curvó hacia abajo. Era malo, muy malo.

—¡Faunus! —Mayumi gritó mientras se giraba hacia él. —¿Por qué no estás enfadado conmigo?

Él se quedó quieto mientras la miraba fijamente. Ella le devolvió la mirada con las cejitas fruncidas, como si estuviera esperando algo.

Sus orbes blancos se volvieron azules al verla. Se oscurecieron aún más cuando él dio un paso hacia ella y ella retrocedió.

Tenía razón, cojeaba. Su rostro parecía demacrado, cansado y herido, pálido y cabizbajo. Pero por mucho que ella retrocediera cojeando, incluso cuando su culo chocó contra la mesa del comedor, Faunus no dejó de perseguirla.

Deslizó suavemente sus dedos con garras bajo las suaves líneas de su mandíbula hasta que la acunó por debajo y la base de su cabeza con sus enormes manos.

—Porque, Mayumi, —ronroneó él mientras bajaba su cráneo, lo giraba ligeramente y presionaba el lateral de su frente contra el centro de la de ella. Hizo una mueca de dolor cuando incluso ese pequeño contacto le causó dolor. —Estás viva. Eso es lo único que importa. Has luchado contra mí y has ganado, no importa cómo. Prefiero que me rompan más el cráneo a volver en mí y darme cuenta de que te he matado.

Oscureció su vista, aliviado de saber que ella estaba aquí cuando él casi había acabado con su vida. No sabía cómo, pero si ella decía que casi lo había hecho, entonces sabía que debía de haber hecho todo lo que estaba en su débil y escaso poder humano para vencerle.

A pesar del asqueroso cúmulo de terribles emociones que se arremolinaban en su interior, no pudo evitar el orgullo que sentía.

Mientras sujetaba firmemente su preciosa cabeza, ahuecando por completo la parte inferior de la misma, se resistió cuando Mayumi empezó a golpearle el pecho. Lo golpeó, lo abofeteó, trató de apartarlo, pero él se negó a dejarla marchar, como no había sido capaz desde el primer momento en que la conoció.

Al mismo tiempo, el frío torrente de su magia irradiaba entre ellos mientras tomaba sus heridas para sí.

—¡No!, —gritó ella, sus golpes se volvían más agresivos cuanto más la curaba; era como si él le diera fuerzas para hacerlo. Eso sólo hizo que él se diera cuenta de lo malherida que estaba. Su rodilla amenazaba con doblarse y su brazo agonizaba. —¡No es justo!

—Tranquila, mi adorablemente feroz cazadora, —le dijo en un tono suave y tranquilizador. —Todo irá bien.

Sabía que era mentira, pero necesitaba que se calmara. Obviamente, había pasado las últimas veinticuatro horas en una situación de tensión, y él no podía soportar verla así cuando normalmente era tan reservada y controlada.

Sus bofetadas se suavizaron antes de caer contra él.

—Pero no está bien, —murmuró, agarrándose a la piel de su pecho. —Siento que te he matado.

Inclinándose hacia atrás para poder mirarla, se dio cuenta de que su color había regresado significativamente. Sólo por eso se sintió mejor.

Con el dorso de su garra curvada, Faunus empujó con ternura una mata de pelo enredado detrás de su oreja.

—Sé que esto me hubiera pasado en algún momento, pues ya me lastimé el cráneo persiguiendo al Demonio alado. Siempre supe cuál era mi final. —Bajó la garra por su frágil yugular para sentir cómo latía de vida. —Siempre supe que mi futuro era limitado. Esto no es culpa tuya, Mayumi. No es culpa de nadie

más que mía, y de las decisiones que tomé que me llevaron a ser atrapado por el Rey Demonio.

De algún modo, sus cejas se fruncieron aún más, y esta vez sus labios hicieron un mohín. Su tristeza le pareció encantadora porque demostraba lo mucho que le importaba.

—Pero...

—Puedes elegir darle vueltas a esto, pero nada lo cambiará. He elegido simplemente... vivir, mientras siga a tu lado. No importa cuánto tiempo pueda ser. Eso es todo lo que he querido desde que me pasó esto. —Faunus presionó su frente contra la de ella una vez más. —No quiero empañar el tiempo que me queda contigo con miseria. —Deslizó las garras por su costado con una risita cálida y añadió: —Cuando preferiría que estuviera lleno de placer.

—No sé cómo hacerlo, —murmuró Mayumi, inclinando la cabeza hacia delante. —No puedo olvidar lo que está pasando, Faunus. Mi mente quiere encontrar una solución. Mi corazón quiere obstinarse como siempre hace cuando he decidido algo.

—¿No puedes decidirte por otra cosa?, —preguntó él, usando un nudillo delantero para volver a levantarle la cabeza. —Nunca te había visto con ropa tan larga y vaporosa.

Intentaba distraerla, sobre todo porque ella solía dejarle.

—Déjame adivinar. ¿Me queda bien? ¿Me queda mejor? ¿Debería ponérmelo más a menudo? —Su tono sarcástico le dio esperanzas.

—Me parece más fácil de poner, —dijo agradeciendo que sus orbes empezaran a volver a su amarillo normal. Los estaba forzando tanto como podía. —Pero creo que te prefiero con pantalones. No pareces tú vestida así.

La comisura de su boca se torció, una sonrisa burlona se dibujó en sus labios antes de que su expresión decayera.

—¿Te está sentando bien el ungüento?, —preguntó mientras acercaba los dedos a su grieta, sin llegar a tocarla, por suerte. —Tu orbe izquierdo parece mucho más pequeño que el derecho.

—No estoy seguro de cómo es sin él, así que no sé si está ayudando con el dolor.

—Puedo hacer más, así que no lo averigüemos. —Sus labios se apretaron momentáneamente mientras sus ojos bailaban por todos sus rasgos, desde sus orbes hasta sus cuernos, pasando por la cuerda y la tela que cubrían su hocico. —Intenté atarte la cara mientras estabas inconsciente, pero oí un crujido y dejé de hacerlo. Ojalá pudiera hacer más por ti.

Faunus le cogió la mano y se la puso contra el esternón, esperando que pudiera sentir su corazón irradiando bajo ella.

—Me basta con estar contigo.

En la mirada de ella se mezclaban demasiadas emociones en conflicto como para que él pudiera comprenderlas todas.

—Pero para mí no es suficiente, —murmuró ella antes de hundir la frente en su pecho.

La forma en que se aferraba a él le resultaba extraña.

Estaba llena de calidez y ternura, pero había un ligero temblor en la forma en que lo abrazaba. Le apretaba el pelo con fuerza y, como no olía a miedo, supo que era ansiedad.

Le estaba causando angustia. Deseó ser lo suficientemente desinteresado como para poner distancia entre ellos cuando supiera qué era lo inevitable. Para ayudar a hacer esto más fácil para ella.

Pero no era desinteresado. Lo supo en el momento en que la rodeó con sus brazos y la apretó contra sí como si su vida dependiera de ello.

CAPITULO 36

Habían pasado días, pero a Mayumi no le parecieron más que segundos. El tiempo fluía según una construcción que ella no podía cambiar. Una en la que observaba cómo los granos de arena comenzaban a esparcirse a través de un cristal del tiempo perteneciente a un ser al que se le había concedido una cantidad ilimitada.

Estaba delineado, pintando el límite mismo del destino que ataba a una persona a este mundo.

Ver cómo los hilos del destino empezaban a desenredarse, saber que esos brillantes trozos de arena se estaban acabando, era algo doloroso y duro de presenciar. Sobre todo, cuando ella no podía hacer nada para ayudar.

No entendía cómo la inmortalidad podía ser tan efímera.

A pesar de la constante amargura que esto le producía, estaba agradecida por ello. Al menos Faunus no estaba solo.

Estaba agradecida de que los Demonios hubieran dejado de venir desde que había estado intentando matarlos derramando la menor cantidad de sangre posible. Sobre todo, porque en el transcurso de los últimos días, las mentes de ambos se habían alineado para hacer nada más que pasar tiempo juntos.

Y con la arena agotándose, ella le mostró todo lo que pudo. Habían construido criaturas de nieve, el muñeco de nieve de ella y el Duskwalker de nieve de él. Jugaron a todos los juegos de mesa que ella tenía disponibles.

Pero quizás el momento más tierno fue cuando Mayumi llevó a Faunus a la habitación desordenada e inútilmente sentimental de sus antepasados.

Aunque se había prometido no rebuscar nunca entre cosas que era mejor dejar olvidadas, le explicó la historia de todo lo que conocía.

Qué cuadro pertenecía a quién, qué bisabuelo escribió algún poema ñoño o depresivo. Por qué había un único y pequeño zapato izquierdo y no uno derecho.

Para la mayoría, esto podría parecer una tarea sin importancia, pero Mayumi había querido compartir por fin por qué esta habitación la... asustaba un poco. Saber que podría ser la última en vivir en ella, pasar esta información a otro, era cruel.

El destino de su linaje estaba en sus manos, y en vez de eso, había ido y se había enamorado de un monstruo, uno que podría no estar aquí por mucho más tiempo.

A ella le repugnaba el afecto de los humanos, pero se deleitaba con el de él. ¿Cómo iba a conformarse con algo menor después de todo esto?

Nada ni nadie podía compararse con la grandeza de Faunus.

Por supuesto, él le había prestado toda su atención. Si estaba fingiendo interés o no, era algo que no le importaba. Era mejor que estar los dos sentados en un silencio ensordecedor y pensando en el sombrío futuro.

Su libido, que normalmente estaba despierta y hambrienta, se había ahogado en un baño de hielo. Le hubiera gustado que siguiera así en lugar de convertirse en un infierno ardiente al ver cómo aquel grandullón, oscuro y esponjoso sostenía su propio zapatito de bebé en la enorme palma de su mano.

Especialmente cuando el final de su intimidad hizo que Mayumi se sintiera como si le hubieran abofeteado la cara con las dos gotas de sangre morada que salpicaron su mejilla. La había conmocionado tanto que todo su cuerpo se apretó alrededor de su polla, lo que sólo la hizo estremecerse cuando sintió sus púas.

Con Faunus resoplando salvajemente sobre ella, su cuerpo agitado por fuertes respiraciones que terminaban en agudos, pero silenciosos gemidos, ella vio la sangre goteando de su agujero de la nariz y por su cara.

Una tercera gota salpicó esta vez sus labios.

—¿Faunus?, —preguntó, con preocupación en la voz.

Ella levantó la mano para limpiarla, con la esperanza de eliminarla. Siguieron cayendo más gotas en finos riachuelos por el hueso blanco.

—Creía que podía hacerlo, —jadeó él antes de sacudir ligeramente la cabeza. Sus orbes se tornaron de un azul intenso. —Pero no puedo. Mi corazón late demasiado rápido.

Con la polla agitándose con frenesí, empujó hacia delante para sacar sus púas de lo más profundo de su canal.

—Ni siquiera puedo sentir satisfacción al olernos a ti y a mí mezclados. Apenas puedo oler nada. —Su orificio nasal se estaba llenando de su propia sangre,

que salpicó a su alrededor cuando soltó un profundo y húmedo bufido. —Tal vez sea lo mejor.

¿Lo mejor? pensó al ver su mano llena de garras elevarse por encima de ella.

Lanzó un grito ahogado, de dolor y sorpresa, cuando aquellas garras descendieron para clavarse en su estómago. La espalda de Mayumi se encorvó aún más cuando sintió que una magia fría irradiaba por todo su abdomen.

—¿Qué haces?, —intentó gritar, pero sólo salió un susurro.

—Si puedo moldearte hacia mí, —gruñó suavemente. —Entonces debo ser capaz de deshacerlo.

—¡No! ¡No lo hagas!

Su petición fue ignorada.

Sus piernas temblaron y se agitaron cuando él se retiró, o tal vez ella lo estaba empujando. Era difícil saberlo. Lo único que sabía era que su cuerpo estaba cambiando como antes, pero esta vez volvía a ser como se suponía que debía ser.

Lo odiaba.

La semilla que normalmente podía contener brotó de ella justo antes de que su polla se ablandara y saliera de ella.

Faunus se puso a cuatro patas sobre ella una vez hubo terminado, mientras la espalda de ella se enderezaba y se apoyaba en el suelo. El cuerpo de él temblaba alrededor del de ella, haciendo todo lo posible por no derrumbarse.

Mayumi le empujó el pecho. —¡No tenías que hacer eso!

—Sí, tenía que hacerlo, —gruñó él sin dejar de gimotear. Le dolía, y ella quería compadecerse de él, pero no podía después de lo que acababa de hacer. —No puedo arruinar el resto de tu vida por estas pocas y felices semanas que hemos compartido.

No obtuvo su permiso para hacerlo, su consentimiento. Había hecho lo que creía mejor sin siquiera preguntarle si lo quería.

—¡Esa no es tu elección! —gritó ella, deseando que él dejara de ser tan malditamente desinteresado y dulce sólo por un maldito segundo. No era justo.

Era doloroso. Prefería que fuera un cabrón hasta el final, que fuera posesivo y celoso hasta su último aliento. Esta mierda del caballero de brillante armadura no hacía más que retorcerle las entrañas más de lo necesario. A este paso, se le harían trenzas.

Ella quería que él gruñera ‘mía’, ¡no que la arreglara para que pudiera coger la polla de otra persona!

—Te lo he dicho muchas veces, —soltó una risita oscura. —Soy yo quien tiene el control.

—Deshazlo, Faunus, —le exigió mientras lo miraba.

—No. —Finalmente se desplomó hacia un lado, con el cuerpo lánguido mientras su pecho subía y bajaba. —Y prefiero no pelear contigo. Aún puedo darte placer, aunque yo no pueda recibirlo.

—No quiero hacer eso.

No creía que pudiera soportar que la tocaran sin poder corresponder. Para ella, dar era tan satisfactorio como recibir.

Faunus la estrechó contra él y los obligó a acurrucarse en el suelo del polvoriento y desordenado almacén.

—Entonces enséñame más de tu vida y de la de tu familia. Nada me gustaría más que aprenderlo todo sobre ti, sabiendo que no confiarías en nadie más que en mí para saberlo.

Mayumi se mordió los labios para sofocar el gemido que quería escapársele.

No es justo que tire así de mi fibra sensible.

La amenaza de las lágrimas cosquilleó su rostro y dirigió su mirada hacia el techo para contenerlas. Pero cada vez era más difícil controlarlas y contenerlas cuanto más tiempo pasaban juntos.

Quería que estuvieran más unidos que nunca, pero Faunus estaba levantando muros entre ellos.

Ojalá... Ojalá alguien me dijera lo que tengo que hacer.

Faunus desenredó lentamente a Mayumi de sus extremidades, la pequeña hembra sujetaba fuertemente su pelaje con sus garritas humanas. Se levantó para quedar sentado con las piernas cruzadas, deseando poder apoyar la frente en la palma de su mano para descansar la cabeza, pero ya no soportaba el dolor que le producía incluso tocarse el lado bueno del cráneo.

No puedo dormir, pensó mientras miraba la oscuridad de su casa, el sol pronto a salir, pero aún sin derramar su luz sobre el mundo.

Actualmente, tenía la cara vendada. Lo hizo a petición propia para evitar que el polvo y la suciedad penetraran en su herida constantemente abierta. El ungüento que le colocó en la grieta no aliviaba las punzadas que sentía en ella, y agonizaba constantemente.

Hacía todo lo posible por ocultarle el alcance de su dolor, pero ni siquiera él podía detener los quejidos repentinos que brotaban de él durante ciertas tareas.

No tiene sentido que siga aquí.

Aparte de ser una presencia en su casa, Faunus ya no podía ayudar a Mayumi en ninguna tarea agotadora, por mucho que lo intentara.

Cualquier cosa que acelerara su ritmo cardíaco hacía que su herida empeorara la intensidad del dolor. Sólo cuando su corazón volvía a ralentizarse se aliviaba, pero a veces sangraba a través de su grieta y dentro del agujero de la nariz.

Su sentido del olor estaba entorpecido, al igual que su oído en el lado izquierdo.

No podía mover árboles para ella, ni cortar leña para su chimenea, ni siquiera llevarla al interior. No podía palear la nieve ni pasear por su casa. No podía hacer nada sin sentirse mareado o débil.

No puedo tocarla.

Podía abrazarla, podía hablar con ella, pero nada más que eso.

Faunus se sentía... inútil.

Dudaba que fuera capaz de protegerla. Si se producía una pelea, sabía que el aumento de su ritmo cardíaco sería un obstáculo para su sentido del juicio. El mareo que lo abrumaba hacía que su mente fuera lenta.

Podría acabar convirtiéndose en una distracción para ella.

Ella buscará protegerme.

Lo que, a su vez, podría acabar con ella sufriendo daños. Ella ya lo había hecho obvio al colgar sus amuletos protectores cada noche mientras él estaba refugiado dentro de su casa.

Intentaba mantenerlo dentro aunque hubiera peligro, sabiendo que no podría atravesarlo tal y como estaba su cráneo. No lo destruiría aún más, pero era demasiado doloroso para él atravesarlo ahora.

Faunus se giró lo justo para poder tocar con la punta de los dedos el esternón de Mayumi.

Un suave resplandor anaranjado se encendió bajo su carne como si su piel fuera la superficie del agua; incluso empezó a ondularse cuando la tocó ligeramente. Una brizna de fuego revoloteó antes de que le siguiera una cabeza redonda.

Su alma estaba flácida, como medio dormida, ya que era él quien se la arrancaba y no ella quien saltaba agresivamente.

No necesitó agarrarla mientras tiraba de ella. En lugar de eso, su alma revoloteó por el aire bajo las yemas de sus dedos hasta que la puso frente a él. Él la ahuecó con su gran palma de color gris oscuro.

Sentada sobre su cadera, con las piernas dobladas bajo ella, su alma le miró. Juró que su propia esencia se estremeció cuando pareció como si le sonriera. Dos manchas oscuras parpadearon perezosamente.

La rozó cuidadosamente por debajo de su pequeña mandíbula con el índice. Su vista se transformó en rosa brillante cuando se apoyó en él en señal de bienvenida.

Puedo tocar su alma. A menos que fuera un Duskwalker como él, ningún otro ser podría compartir un momento tan íntimo con ella. *Me la quede o no, es mía.*

Supo que era cierto cuando consiguió ponerla de pie y empezó a.… jugar con ella. Casi se le escapó una risita triste cuando pensó que tal vez le había hecho cosquillas al acariciarle el costado con el dorso de la garra.

Su alma le sujetó el dedo y le pareció ver unos labios diminutos que se fruncían en un mohín. Para eliminar la expresión que había visto demasiadas veces en el rostro de Mayumi, hizo girar el dedo alrededor del cuerpo de su alma como un tornado.

Ésta giró en círculo, con sus cabellos flotantes formando remolinos de fuego. No parecía mareada una vez que se asentó, y tomó su propia iniciativa para sostener su garra y equilibrarse, de modo que casi podía... bailar con su dedo.

Por supuesto, hacía lo que le daba la gana, como Mayumi hacía a menudo. Su corazón se sentía hinchado, desbordado e incapaz de contener las emociones que querían hacerlo estallar.

Ojalá pudiera tomarla.

Finalmente levantó la palma de la mano para poder acariciarla con la parte delantera del hocico. Sintió calor y presión, pero no le dolió como podría dolerle algo físico. Tal vez no le importó. No era nada en comparación con el anhelo que le golpeaba el pecho.

Una vez más, bajó la palma de la mano para acariciarla. La frotó por debajo de la mandíbula, por el costado e incluso le pasó la garra por el lomo. Pasó las dos puntas de la garra por el ardiente pelo flotante.

Faunus dio un respingo de sorpresa cuando dos manos le rozaron la parte posterior de los hombros, la parte superior de los mismos, antes de bajar por los músculos pectorales. Mayumi apoyó su peso en la espalda de él mientras acercaba la cabeza a la suya.

—Estás pensando en irte, ¿verdad?, —susurró, su voz era ronca y somnolienta y tan decadente a sus oídos que su pelaje se hinchó al levantársele la piel de gallina.

—No, —mintió él, mirándola por el rabillo de su orbe, aunque ella no fuera capaz de darse cuenta de dónde se le había caído la vista.

Luego volvió a bajar la mirada hacia su alma, sin dejar de tocarla a pesar de que había sido sorprendido arrebatándosela sin que ella lo supiera.

Había sido un accidente descubrir que podía sacarla de su cuerpo sin que ella lo supiera. Intentaba no hacerlo a menudo, preocupado de que la constante exposición hiciera que su agonizante fuerza de voluntad finalmente se desmoronara, y se la comiera.

Lo deseo. Lo deseo más de lo que puedo soportar.

Estaba allí, justo delante de él, brillando para él, alcanzándole con sus delgados brazos, y no podía soportarlo. No creía que nadie pudiera entender lo miserable que era.

Le perseguía tanto como había empezado a sentir que perseguía a Mayumi. Ahora sólo era una presencia, un fantasma que se aferraba a este mundo con un hilo, y sabía que pronto se desvanecería.

—No me mientas, Faunus, —susurró Mayumi mientras le rozaba el cuello con los labios, tan ligeros y suaves como una pluma. —Quédate aquí conmigo.

Sus orbes se volvieron de un profundo azul a pesar de sus esfuerzos por no permitirlo.

¿Cómo sabía ella que me estaba despidiendo de ella? pensó mientras sostenía su alma en la mano para poder acariciar la yema del pulgar sobre su torso.

Su intención había sido tocar su alma por última vez antes de devolvérsela y marcharse. No podía soportar despedirse de la propia Mayumi.

No creía que pudiera soportar verla herida ni que ella le convenciera de lo contrario. Tampoco creía poder soportar su propia reacción ante ella, su propia añoranza y tristeza internas.

Imaginaba que ella encontraría la manera de entrometerse a pesar de todo.

¿Por qué quiere que me quede? ¿De qué le servía quedarse? Lo último que quería era que ella viera su declive o el final.

Había planeado ir al bosque y arrancarme el cráneo yo mismo. También sería fácil. Si era su herida interna o física, ambas eran tan prevalentes como la otra. Ambas le empujarían a hacerlo.

Quería librarse de ello.

—Tu silencio me está convenciendo de que tenía razón, —dijo mientras enterraba la cara contra el pelaje de su cuello. —Estoy acostumbrada a que la gente muera, Faunus. Estoy acostumbrada a verlo. He visto morir a gente por heridas y enfermedades. Algunas muertes son más rápidas que otras, pero siempre he visto que a la persona le reconforta tener a alguien a su lado.

—No soy un humano, Mayumi, —murmuró en voz baja. —No me reconfortaría tenerte a mi lado. No hay orgullo en ello para mí, y no necesito que me mimes. Me trajeron a este mundo solo, lo he vivido solo, y es mejor que lo deje solo.

Solo.

—Podría intentar convencerte de que te quedes, —dijo ella, haciéndole gruñir como reacción. —Pero no lo haré. Sólo... te lo pido. Quiero pasar cada momento que pueda contigo. —Empezó a acurrucarse contra él. —Quiero sentir tu olor, tu calor y tu voz todo el tiempo que pueda. ¿Es mucho pedir? Un segundo más es mejor que un segundo perdido.

—No puedo ayudarte. —Giró la cabeza para mostrar que estaba mirando alrededor de su casa.

—¿Cuántas veces tengo que recordarte que no necesito tu ayuda, Faunus? Nunca la he necesitado. —Ella se deslizó sobre su hombro para poder recostarse sobre sus piernas cruzadas. —Pero me gustaría tener tu compañía. Todavía puedes pasarme verduras para cocinar. Puedes seguir jugando conmigo a juegos de mesa. Puedes seguir hablándome hasta que las estrellas empiecen a apagarse y veamos salir el sol. Nunca he necesitado ayuda, pero siempre he necesitado a alguien que llenara el vacío de mi hogar. —Luego le dedicó una pequeña sonrisa forzada: —Y tú ocupas mucho espacio. Lo haces acogedor.

Pero ¿era suficiente? Él quería que lo fuera.

No quiero irme.

¿Y si Jabez viniera aquí? ¿Cómo se enfrentaría Mayumi sola al Rey Demonio sin él? Lo más probable es que él pensara que ella mentía si decía que Faunus acababa de irse.

Actualmente se debatía entre lo que quería.

No quiero dejarla, pero ¿qué derecho tengo a quedarme?

CAPITULO 37

Un ligero ruido sordo al otro lado de la puerta de entrada la sobresaltó y la puso alerta. Mayumi se apresuró a agacharse tan repentinamente que sus pies casi se engancharon en la manta y la hicieron tropezar.

—¿Faunus?, —gritó poniéndose en pie mientras daba un paso hacia el exterior, sin importarle que no llevara más que una camisa de dormir.

—Estoy aquí, —respondió él desde la parte trasera de su casa, donde estaban sus tumbonas.

Ella se dio la vuelta y lo encontró sentado junto a la ventana mirando la luz de la mañana. Estaba apoyado contra la pared con el hombro, una pierna estirada y la otra doblada, su cuerpo tenía un color tan brillante que su pelaje casi tenía un tinte azul. Incluso su cráneo parecía brillar.

Joder, pensó mientras se apartaba los enredados nudos del pelo de la cara. *Creía que se había ido.*

Aunque sólo hacía una noche que había estado jugando con su alma en la oscuridad, Faunus nunca le había prometido que se quedaría aquí. Desde entonces, Mayumi había estado nerviosa.

—¿Por qué estás ahí?

—El sol me daba en la cara y me despertó.

Era mentira, una mentira obvia. Ella sabía que sus orbes no eran lo mismo que los párpados cerrados de los humanos dejando pasar la luz. Tampoco era tan brillante todavía.

No está durmiendo. Sabía que dormía un poco, pero ya no era el Duskwalker perezoso y dormilón que ella conocía.

Mayumi se mordió los labios para no responder antes de dar media vuelta y dirigirse a la cocina.

No iba a mimarlo. Él le había pedido que no lo hiciera, y si lo intentaba, si lo trataba como a un cachorro perdido y enfermo, lo empujaría a marcharse. Intentó actuar con la mayor normalidad posible. Por eso empezó a transferir parte del agua que bebía a una olla para poder hervirla para el té.

Cuando cogió el recipiente de cerámica y lo abrió, sacudió las últimas hojas que había en su interior. Disimuladamente, dejó que sus ojos se desviaran hacia las comisuras de sus párpados para inspeccionar sus menguantes provisiones.

Me quedan dos o tres días de comida. Y tampoco era buena comida. Las patatas y las cebollas podían durar, pero las zanahorias, la calabaza y la remolacha se estaban ablandando, y el brócoli y la coliflor se estaban marchitando.

Este era el punto en el que Mayumi empezaría a considerar ir al Puesto de Avanzada de Colt. En realidad, eso fue hace días. Su menguante comida era

una elección, y había estado racionando para poder quedarse aquí con Faunus.

No sé lo bien que le sentará el viaje hasta el pueblo... o si se marchará en cuanto me vea entrar.

Ella no podía cabalgar sobre su espalda como antes. Aunque su peso era ligero para él, no quería añadir ninguna presión extra a su cuerpo que pudiera acelerar su ritmo cardíaco. *Pero si no monto su espalda, él pensará que es débil y poco útil.*

Un arrullo al otro lado de la puerta le hizo aguzar el oído y girar la cabeza en esa dirección.

—Es tu pájaro, —le dijo Faunus mientras mantenía el cráneo apuntando hacia arriba y hacia el frío e invernal mundo exterior. —No quería ir a buscarlo por si salía volando. Dudo que confíe en mí.

—Supongo que entonces será mejor que vaya a buscarlo antes de que se congele, —suspiró Mayumi mientras arrojaba las últimas hojas de té a la tetera.

Como sólo tenía que lidiar con el ligero sudor de su cuerpo, se secó rápidamente con agua fría para limpiarse. Luego se puso sus pantalones de piel de ciervo marrón, una túnica crema y su habitual chaqueta blanca de piel de lobo para enfrentarse a los elementos. Por supuesto, se puso el cinturón de armas, ya que el sol estaba lo bastante bajo como para que los demonios pudieran seguir ocultándose en sus sombras.

Sus botas estaban fuera, y se las puso por si acaso su paloma se ponía nerviosa.

—Hola, chico, —murmuró Mayumi con cariño mientras extendía el brazo hacia su paloma, que estaba sentada en la barandilla del porche. —Te estaba esperando.

Cuando su paloma mensajera estuvo apoyada en su antebrazo, la levantó para poder comprobar si tenía algún mensaje en la pata.

No había nada.

Qué raro. Esperaba que me respondieran esta vez.

El gremio nunca había respondido a un solo mensaje suyo. Sin embargo, con el hecho de que habían guardado su paloma durante un mes, cuando normalmente la devolvían antes, Mayumi había estado esperando correspondencia.

—¿La has perdido? —preguntó Mayumi mientras le rascaba con la punta del dedo la parte delantera del cuello antes de subir por el costado. —Estuviste fuera mucho tiempo, ¿no volviste a casa enseguida?

No sería la primera vez que su paloma tardaba en volver.

Mayumi se volvió hacia la puerta y se detuvo en ella, el peso de su paloma parecía más pesado de lo normal.

Quizá debería volver, pensó mientras observaba la madera deteriorada de la pared exterior*. Podría seguir con el procedimiento y volver a mi rango. Dijeron que podría volver en cualquier momento si así lo decidía.*

Sería mejor que quedarse sola en esta casa fría y vacía una vez que Faunus se hubiera ido. Su casa se estaba convirtiendo en una tumba de recuerdos dolorosos.

La risa tímida y descarada de su madre había desaparecido. La mirada severa pero protectora de su padre había desaparecido. Y la personalidad radiante de Faunus ya se estaba apagando.

¿Qué iba a hacer aquí? ¿Beber hasta emborracharse y quedarse tumbada en la oscuridad pensando en todos los buenos recuerdos que tenía de todas las personas que ya no existían?

Su mente se descompondría.

Una vez decidida, abrió la puerta de un empujón.

Volveré. Lo prefiero.

Tan ensimismada en sus pensamientos, Mayumi no oyó los crujientes pasos que entraban en su claro hasta que fue demasiado tarde.

—Te estás volviendo negligente después de estar tanto tiempo fuera del gremio, —afirmó una voz grave y familiar. —Incluso nos has dejado acercarnos sigilosamente, Mayumi.

Su repentino giro asustó a su paloma, que voló hacia un lado antes de saltar por los aires. Naturalmente, la puerta se cerró tras ella.

Los ojos de Mayumi recorrieron a los cinco hombres y cuatro mujeres vestidos con uniformes negros de Cazador de Demonios, cada uno de ellos con un escudo dorado en el uniforme.

—¿Ancianos? —preguntó Mayumi con las cejas fruncidas antes de que su mirada se posara finalmente en una persona más. Se estrechó al ver el medallón que brillaba en su pecho. —¿Y el Anciano Principal, Cordon Hansley?

El medallón, que descansaba perfectamente sobre su insignia de Cazador de Demonios grabada en el uniforme, captaba la brillante luz del sol que entraba en el claro. Los grandes eslabones de la cadena llegaban hasta una medalla redonda y dorada que tenía un brillante cristal negro en el centro. Estaba pulida desde los eslabones de la cadena hasta la piedra, toda ella reluciente.

—Cuánto tiempo sin vernos, —dijo Cordon mientras inclinaba ligeramente la cabeza. No mucho, sólo lo suficiente para mostrar su respeto. —Tu padre estuvo a punto de quitarme el puesto, y durante mucho tiempo me preocupó que tú también lo hicieras, teniendo en cuenta que te pareces tanto a él.

Su voz era ligera y llena de humor, pero la forma en que echaba la cabeza hacia atrás y se erguía mostraba su evidente superioridad. Sus ojos eran duros, insensibles, y ella siempre había pensado que parecían hostiles, como si esperara que un Demonio atravesara el pecho de cada persona con la que se cruzaba.

Mayumi avanzó unos pasos hasta situarse al borde de su porche. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué hacéis todos aquí? —La sospecha en su tono era inconfundible.

Estas eran las últimas personas que quería ver aquí. Estaba albergando a un Duskwalker en su casa, uno que estaba herido y probablemente incapaz de luchar por sí mismo.

Quédate dentro, Faunus. Ella sabía que él estaría escuchando y quiso que permaneciera oculto. *Me desharé de ellos.*

Era imposible ver sus rostros bajo las capuchas negras y las máscaras, hasta el punto de que Mayumi se esforzaba por distinguir quién era quién. Había más miembros ancianos que éste por el sector norte. El triple, de hecho.

—¿No se nos permite venir de visita? —preguntó Cordon.

—Le dijimos que podíamos volver en cualquier momento para hablar con usted, —afirmó Claudia, una de las ancianas, con naturalidad. Su voz se distinguía por tener el mismo tono grave que la de Mayumi.

—Es un viaje de tres días en pleno invierno, si no más, desde la Fortaleza Hawthorne, —dijo Mayumi sin dejar de mirar a Claudia.

No había suficientes horas en el día en esta época del año, y la nieve lo hacía traicionero. Sólo llegar a la base de la montaña podía llevarle un día de cuidadosa caminata sobre escalones cubiertos de aguanieve, y eso seguía estando dentro del radio de diez millas que tenía que evitar.

—Si esperara que alguna vez me visitaran, sería un Anciano y un puñado de miembros de menor rango. Eso o me llamarían a través de un pájaro mensajero.

—Debido a tus circunstancias, no podemos permitir que miembros inferiores entren en contacto contigo, —explicó Jace. Sólo supo que era él por el tono curtido de su voz, como si estuviera cansado y aburrido de la conversación. —Como sabes, tu baja se hizo en secreto. No podíamos permitirte entrar en el torreón, y no se te permite poner un pie cerca.

—Y he mantenido mi juramento y no le he dicho a nadie por qué, —le espetó Mayumi. —Entonces, ¿por qué hay tantos de ustedes aquí?

Había nueve Cazadores de Demonios en su puerta. Un grupo tan grande no era común para entregar nada más que un mensaje o una petición. Esto era más grande que el tamaño de una partida de caza. Era más seguro viajar en un grupo pequeño.

Por otra parte... la distancia hasta aquí es bastante grande.

Si el mensaje era un asunto de prioridad y urgencia, entonces un grupo grande era para asegurar que, con suerte, una persona sobreviviera para entregar ese mensaje.

Eso no explicaba por qué Cordon Hansley estaba aquí. Rara vez salía del torreón, a menos que fuera para una reunión del consejo con los otros tres Ancianos Principales que controlaban los demás distritos de este continente. Sectores sur, este, oeste y norte.

Cordon se adelantó para situarse delante de los demás.

Margo le seguía de cerca, la mujer era una montaña humana aún más alta y corpulenta que los hombres a su lado. Generalmente estaba con Cordon, y muchos la consideraban su perro guardián más fiel.

Puede que Mayumi le haya ladrado algunas veces.

—Tenemos un asunto que debe ser tratado y preguntas que necesitamos responder. Estoy aquí para asegurarme de que hemos obtenido lo que necesitamos y de que todo se ha completado.

Mayumi dejó que su cabeza se inclinara ligeramente en la dirección en la que iba su paloma.

—Has estado guardando mi pájaro hasta tu llegada, —afirmó antes de volver la vista a los gélidos ojos azules de Cordon y a la pálida piel que podía ver que los cubría, las únicas partes de él que podía ver. —Me provocaste para que saliera y así poder acercarte a mí al aire libre. ¿Por qué?

—Queremos hablar contigo, —dijo Cordon.

—Para eso podríais haber llamado a mi puerta.

Uno de los hombres de atrás arrastró los pies antes de inclinarse hacia otro para susurrarle algo sin dejar de mirarla. Su interlocutor bajó la cabeza y entornó los ojos en dirección a Mayumi.

Ella dio un paso atrás mientras una gran sonrisa curvaba sus labios. Colocando la mano en la empuñadura de su espada, giró ligeramente el cuerpo para hacerse más pequeña. Se giró aún más cuando notó que una de las mujeres que sujetaba un arco apretaba con fuerza el arma.

—Esperabas que saliera desarmada. —Se rió al darse cuenta. —Dentro tengo armas, ocultas, que no conocéis. Me querías fuera, donde pudieras atraparme. ¿Qué es lo que quieres? Va contra los fundamentos del gremio hacer daño a un civil, que es lo que soy ahora. No soy un bandido ni un delincuente, ni he infringido ninguna regla del gremio.

Cordon suspiró pesadamente mientras colocaba la palma de la mano sobre el pomo de su espada para apoyarla allí.

—Queríamos seguir discutiendo tu mensaje, —dijo mientras negaba con la cabeza. —Has reunido información extraña que pertenece al Velo y a los Demonios. ¿No has considerado el peso de tus palabras y lo que significan?

Una pequeña cantidad de tensión se alivió de ella.

—Bueno... sí. Sabía que era importante y que tendría un valor incalculable para el gremio. —Levantó un brazo para encogerse de hombros. —Sabemos muy poco sobre el Velo y lo que hay en su interior. Aunque me licenciaron, sigo defendiendo nuestra misión y la búsqueda de la libertad para la humanidad.

—Por eso estoy aquí. Soy el Anciano Principal, el que recoge y guarda todo el conocimiento. —Hizo un gesto con las manos hacia atrás. —Estos no son más que los fiadores que he elegido para saber de tal secreto con el fin de asegurar que mi viaje fuera seguro.

Supongo que eso tiene sentido. Soltó parte del agarre que tenía sobre su espada.

—Estaré encantada de responder a cualquier pregunta que tenga, pero me temo que no sé mucho más de lo que escribí en mi mensaje, —concedió mientras se colocaba el antebrazo sobre el pecho y se inclinaba ligeramente, no es que realmente quisiera hacerlo, pero la formalidad probablemente ayudaría a la evidente tensión. —Pido disculpas por mi grosería y mi lengua rápida. Es difícil confiar en alguien.

—Por supuesto, —dijo él, con los hombros visiblemente relajados. Aunque su mano había estado perezosa en su pomo, había estado listo para golpear su mano hacia adelante para desenvainar su espada. —Hemos llegado a tu casa sin avisar y quizá de forma alarmante. La información que has reunido es

fundamental, y nos preocupaba que estuvieras resentida con el gremio tras tu expulsión. La gente tiende a guardar rencor. Lo entiendes, ¿verdad?

—Hay tantos Demonios dentro de nosotros como entre los árboles, —afirmó, un dicho común entre el gremio.

—Excelente. Nos has informado de los Demonios que han empezado a imitar a la humanidad y han creado su aldea en los árboles. ¿Conoces el camino más seguro para llegar a ella?

—No. Como he dicho, no tengo mucha más información sobre lo que he especificado. ¿Quizás las tierras pantanosas? —Entonces se dio cuenta de que no sabrían qué era eso. —Al parecer, si entras en el Velo desde el suroeste, no muy lejos hay un pantano y una ciénaga. La criatura que lo custodia es hostil y peligrosa, pero sirve de disuasión para otros Demonios. También hay un almizcle en el aire que puede ocultar nuestros olores humanos.

—Ya veo... un pantano con un monstruo al que incluso los Demonios temen. —Cordon hizo un gesto con la mano, y uno de los otros Ancianos sacó un libro encuadernado en cuero y empezó a anotar la información con una pluma de ave. —¿Y el castillo de Jabez? ¿Sabes en qué dirección está desde la aldea y si tiene defensas?

—De eso no estoy segura, —suspiró. —Sólo sé que el Rey Demonio tiene mucho poder y que es medio El.... —Sus palabras se desvanecieron mientras sus cejas se fruncían con fuerza hasta anudarse en el centro de su frente. Inclinó la cabeza y sus ojos se volvieron duros. —Nunca escribí su nombre en mi mensaje. ¿Cómo lo sabes?

—¿Es la luz del sol la única debilidad que has llegado a conocer de los Demonios? ¿Hay algo más que hayas aprendido sobre sus posibles debilidades?

Evadió mi pregunta.

—No, —dijo Mayumi con tono cortante.

Cordon entornó los ojos antes de dirigirlos hacia la empuñadura de Mayumi. —¿Sabes adónde conduce el portal que tiene y si hay gente allí que pueda ayudarnos?

—Nos llevará a un mundo élfico, pero ya te he hablado de los elfos, —dijo Mayumi antes de reírse entre dientes, al darse cuenta de que él había fingido no saber quién o qué eran los elfos cuando ella había escrito sobre ellos en su mensaje. Se pasó los dedos por el pelo, incrédula. —Lo sabías. Ya sabías toda la información que te di. ¿No es así?

—Hemos recopilado alguna información de Demonios que hemos torturado, sí, —confirmó Cordon.

Mayumi echó la cabeza hacia atrás y se rió. —Entonces, ¿por qué coño estáis realmente aquí? Dudo que tenga información que pueda serte útil. Te lo dije todo en mi carta.

—Cuidado con cómo hablas delante de nuestra Anciana Principal, —le espetó Margo con su actitud prepotente y de zorra. Incluso tiró de su empuñadura para mostrar parte de la hoja de su espada claymore.

—Cálmate, Margo, —dijo Cordon mientras extendía la mano. —Sólo quería saber si sabías algo más. Dudo que hayas sido capaz de escribir todo lo que aprendiste en un mensaje que tu pájaro pudiera transportar.

—Te he dado todo lo que sé sobre los Demonios y el Velo. Si eso es todo lo que querías aprender, entonces por favor vete. Tu presencia ya no es bienvenida, y cuanto más tiempo permanezcas y empapes mi claro con tus aromas, mayor será la probabilidad de que traigas un ejército de Demonios a mi hogar cuando caiga la noche.

—Tengo una última pregunta, —dijo Cordon. Mayumi no se fió de la pausa que siguió ni de la forma en que pudo ver cómo le temblaba la mandíbula bajo su máscara tensa. —¿Cómo has llegado a saber todo esto?

—Por mí misma, —dijo mientras se cruzaba de brazos. —Se podría decir que tenía ganas de morir después de que me dieran de baja y pensé en irme a dar una vuelta por el Velo. Escribí mi mensaje cuando volví y pude coger mi pájaro de la estación de palomas más cercana.

—Lo dudo, —dijo Jace dando un codazo a la mujer que tenía al lado. —Ningún humano ha sido capaz de entrar en el Velo y regresar.

—Debemos saber de quién has obtenido esa información, Mayumi, —dijo Cordon. Su tono era llano, lo que no encajaba con la fachada suplicante que intentaba. —Puede que disponga de más información que nos sea útil.

Resopló una carcajada, sabiendo que no se irían y que, en cambio, la acosarían hasta que les diera un nombre, cualquier nombre. También tenía que hacerlo creíble.

La mejor manera de hacerlo era hilar una mentira a medias.

—¿Quieres la verdad? —Mayumi respiró hondo antes de pronunciarla. —Obtuve esta información de un Duskwalker con cráneo de gato.

—¿Cómo dice?, —tartamudeó Cordon.

—Decidió compartir cierta información a cambio de que yo le salvara la vida de los Demonios. —Levantó la mano para expresar timidez mientras se rascaba la nuca. —Supongo que le caí bien después de curarle las heridas. Sabía que yo debía intentar terminar el trabajo, y podría haberme matado en un abrir y cerrar de ojos, pero en ese momento encontramos una improbable compañía. Era una tregua, sobre todo porque estaba solo en la oscuridad y había Demonios alrededor. Necesitaba su ayuda tanto como él la mía.

El silencio se extendió entre ellos durante unos minutos embarazados. Cordon volvió la cabeza hacia los otros Ancianos, evaluando sus reacciones con la mirada.

—¿Cómo sabemos que no estás diciendo una mentira? —preguntó Claudia.

—¿Por qué iba a mentir sobre algo así? —preguntó Mayumi con incredulidad. Incluso torció las manos hacia arriba, de modo que sus palmas miraban al cielo y las utilizó para encogerse de hombros. —Ningún humano sería capaz de darme esa información. Sólo un monstruo del Velo conocería su funcionamiento interno.

—Si eso es cierto...— empezó Cordon.

—Lo es, —interrumpió Mayumi mientras su espalda se ponía rígida. —Por eso no dije quién me dio la información en la carta. Me hice amiga de un

Duskwalker cuando debería haberlo matado, y realmente no pensé que el gremio me creería.

—Si eso es cierto, —repitió Cordon con más firmeza. —Y nos has dado todo lo que sabes, entonces hemos terminado aquí. No tengo nada más que pedirte.

—Supongo que sí, —respondió ella, sintiendo que se le escapaba un soplo de alivio cuando él hizo un gesto con la mano para que se dieran la vuelta.

Bien. Se marchan.

Faunus estaba a salvo.

Un silbido le llegó a los oídos.

Rápidamente se inclinó hacia un lado mientras sumergía su cuerpo, la acción fue tan rápida y repentina que Mayumi cayó contra el costado de su culo con un golpe seco.

Volvió la cabeza hacia arriba al oír el golpe seco contra la puerta, y sus ojos se abrieron de par en par al ver el astil de la flecha temblando por el impacto.

Le había apuntado al pecho.

Había un décimo Cazador de Demonios escondido en el bosque, posiblemente incluso más. Volvió el rostro boquiabierto hacia la gente de su claro, que ahora portaba sus armas en las manos. Las mortíferas puntas de todas ellas apuntaban en su dirección.

No hacía falta ser un genio para darse cuenta de lo que estaba pasando.

Planeaban matarme... Sus labios se entreabrieron de asombro. *¿Pero por qué?*

CAPITULO 38

Mierda. No tengo mi arco, pensó Mayumi mientras giraba para ponerse en cuclillas.

Se escondió detrás del poste que sostenía el tejado donde estaban las escaleras. Sacó su espada de la vaina y la sostuvo en posición vertical, preparándose mentalmente para la batalla.

—¿Qué significa esto? —gritó Mayumi mientras miraba a la puerta, eligiendo sus palabras con cuidado.

Quédate dentro. Por favor, por lo que más quieras, quédate dentro, tonto protector.

Menos mal que era invierno, ya que la espesa nieve creaba suficiente ruido para que alguien con el oído entrenado y alerta notara pasos crujiendo cada vez más cerca.

Y se acercaban.

—No es nada personal, Mayumi Tanaka, —dijo Cordon con voz grandilocuente. Casi podía imaginarse sus manos hacia arriba, como si estuviera ofreciendo una estúpida disculpa. —Por respeto a tu difunto padre, te dejamos salir del gremio en lugar de encarcelarte por tu crimen.

Como tenía el oído girado hacia la izquierda para poder escuchar, casi no vio a alguien que se acercaba por el lado derecho de la casa con el arco armado. Mayumi se lanzó al otro poste de la escalera para refugiarse tras él y la barandilla.

—Entonces, ¿por qué tanta hostilidad ahora? —Mayumi miró a la izquierda y luego a la derecha para asegurarse de que estaba a salvo. —Te ayudé, te di información.

Se dio cuenta de que había una oscuridad bajo su puerta, en el centro. Faunus estaba escuchando, y por el hecho de que la oscuridad se movió, ella sabía que estaba considerando salir.

—Porque estás al tanto de información que no deberías. Si toda esta información saliera a la luz, si los civiles supieran que hay un Rey Demonio y que los Demonios se están volviendo como nosotros, habría caos. La gente ya tiene miedo, y ya sabes lo letal que puede ser ese miedo.

Había alguien acercándose a sus escaleras, y la persona del lado derecho de la casa estaba empezando a emerger hasta un punto en el que podría disparar libremente por el porche.

Joder. Se golpeó la nuca contra el poste de madera. Secretos del gremio. Debería haberlo sabido. *¿Por qué sigo intentando hacer lo correcto?*

Poner cebos y luchar contra Demonios había herido aún más a Faunus, ¿y para qué? ¿Humanos que iban a extinguirse por muchos que matara? ¿Por un gremio que la había echado a un lado en lugar de comprometerse con ella después de todos los años que les había dado?

Empiezo a sentir que lucho en el bando equivocado. Miró al fondo de la puerta una vez más. *Preferiría luchar a su lado.*

—No quieres hacer esto, —suplicó Mayumi, sabiendo que era inútil pero intentándolo a pesar de todo. —Sabes que no se lo diré a nadie, y que estoy albergando cosas que realmente no quieres que salgan a la luz.

Gritó la última parte, esperando que Faunus entendiera que se refería a él.

En un abrir y cerrar de ojos, un par de pies hicieron un doble golpe en el porche justo a su lado mientras la persona blandía su espada hacia abajo.

—¡Mierda! —Mayumi levantó la suya con una mano para bloquear su ataque.

El sonido de sus armas al *chocar* sonó justo antes de que la puerta principal se abriera con un fuerte estruendo.

Faunus no era más que un borrón negro mientras placaba al Cazador de Demonios y los lanzaba por los aires. Ambos golpearon el suelo justo después de su primer paso, pero el Cazador de Demonios estaba muerto ya que aterrizaron con Faunus encima de ellos con sus garras incrustadas en el pecho.

—¡Es el Duskwalker con cráneo de gato!, —gritó uno de los Cazadores de Demonios.

Con un gruñido de irritación, Mayumi eligió ese momento para salir por fin de su escondite.

Los miembros del gremio discutían cómo lo tenía en su casa, que eran amigos y que lo había estado escondiendo todo el tiempo, etcétera, pero a Mayumi le importaba muy poco.

Estaban diciendo lo que ella ya sabía.

Su plan había sido huir del Duskwalker que estaba a punto de volverse loco. No iba a luchar tan cerca de donde él pudiera convertirla accidentalmente en su presa, pero él se volvió para mirarla de pie en lo alto de la escalinata.

Luego caminó hacia los Cazadores de Demonios en medio del claro.

—¿Faunus?, —le preguntó a su espalda.

—Te protegeré mientras pueda.

Su mente no daba vueltas. Eso era extraño.

Como sea, no importaba. Él estaba de su lado, y ella realmente necesitaba eso ahora. Especialmente cuando oyó el rugido de tres humanos más entrando desde el bosque con las espadas en alto.

¡Increíble! Más Cazadores de Demonios. Levantó mentalmente las manos mientras esquivaba otra flecha que venía del bosque. Bajó corriendo las escaleras con la espada en alto.

No podía dejar a Faunus solo.

—¡Agáchate! —gritó ella.

Faunus se agachó, pero él no sabía que era para que ella pudiera literalmente pisarle la espalda y usarlo como colchoneta de rebote. Ella no iba a tenerlo en la primera línea - no si podía evitarlo. Podía protegerla desde atrás.

Con la espada en alto, se abalanzó silenciosamente sobre Cordon. Él levantó su espada y la desvió mientras se hacía a un lado.

Ella se agachó para evitar un espadazo lateral. Entonces chilló sorprendida y tuvo que girar sobre sus pies para evitar que una flecha se le clavara en el culo.

Un choque de diferentes espadas sonó más allá de su mirada periférica. Mayumi esperaba que Faunus y ella estuvieran ya rodeados de armas apuntándoles, pero eso no ocurrió.

—¿Qué hacen aquí los soldados del Puesto Avanzado de Colt?, —gritó alguien.

Justo cuando iba a investigar a los recién llegados, Faunus agarró la capucha de su chaqueta y tiró de ella hacia atrás. Una punta de látigo golpeó el aire justo donde ella había estado de pie.

—Gracias, —murmuró Mayumi a Faunus.

Éste resopló en respuesta, lo que roció una pequeña niebla de sangre morada a través del vendaje que le cubría el agujero de la nariz.

—¡Mayumi!, —gritó una voz familiar.

Se giró hacia Henry, descubriendo que Klaus y Yoshida estaban con él. Ya se habían alzado en armas contra los Cazadores de Demonios, viendo que ella necesitaba su ayuda.

Observó que sólo Klaus y Henry llevaban armadura. *¿Abandonaron sus puestos para venir aquí?* ¿Por qué?

Yoshida vestía su traje de cuero de diario, y su mano sujetaba su vaina, utilizándola como escudo, con su espada en la otra mano. No llevaba cinturón de armas, y ella supuso que probablemente estaría fuera de servicio.

Como Faunus avanzaba en su dirección, se interpuso entre él y ellos apoyando la espalda en su gran hombro y pecho. En algún momento se había transformado en su forma más monstruosa y se apoyaba en las manos.

Le resultaba más fácil hablar con él, ya que sus cabezas estaban casi a la misma altura.

—Son mis amigos, —le dijo mientras evaluaba el campo de batalla girando la cabeza a un lado y a otro. Los enemigos se acercaban, y Mayumi estaba decidiendo contra quién atacar primero. —No sé por qué, pero están aquí para ayudar.

Mayumi se preguntó si habrían estado escondidos en el bosque y observando a ver qué pasaba antes de salir corriendo.

—Me imaginé que estaban de tu lado cuando empezaron a atacar a los Cazadores de Demonios, —respondió sin rodeos.

Faunus no estaba atacando. No había hecho ni un solo movimiento para enfrentarse a un Cazador de Demonios después de matar al primero. Faunus estaba eligiendo ser su escudo en lugar de su arma, y su corazón se apretó.

Sabe que no debe luchar.

Mayumi estaba a punto de corregirle diciéndole que estaban de su lado, pero Yoshida, el valiente y estúpido bastardo, le dio la razón a Faunus. Con un rugiente grito de guerra, se abalanzó sobre Faunus con la espada en alto para atacar a la cosa más espantosa y monstruosa del claro.

Mayumi giró y chocaron sus espadas, mirándole con desprecio cuando se enderezó con los ojos muy abiertos.

—¿Qué coño pasa, Mayumi? —gritó Yoshida, mientras sus ojos castaños se desviaban hacia Faunus que estaba detrás de ella.

Vio el miedo confuso en sus ojos.

—Es mi amigo, Yoshida. —Empujó la cabeza hacia delante para puntualizar su afirmación. —El Duskwalker está de mi lado.

Había vacilación en su expresión. Volvió a mirar fijamente a Faunus, y ella se dio cuenta de que quería correr más allá de ella para enfrentarse al Duskwalker.

A pesar de la situación, estaba orgullosa de que el instinto de supervivencia de su amigo consistiera en luchar contra lo que le asustaba en lugar de mearse en los pantalones y huir de ello. Habría sido un gran Cazador de Demonios si hubiera recorrido ese camino junto a ella.

Sus ojos marrones volvieron a encontrar los de ella.

—Oh, joder, —le espetó Yoshida mientras le daba la espalda y apuntaba con su espada al enemigo humano. —Si dices que es tu amigo, pues como quieras.

Cuando colocó su espalda contra la de él para que pudieran luchar juntos, no pudo evitar que su corazón se calentara ante la rápida confianza que acababa de depositar en ella.

—Gracias, —dijo en voz baja.

—Eres un fenómeno, ¿lo sabías?, —murmuró justo antes de que ambos rompieran el contacto para desviar un golpe cada uno. Sus espaldas volvieron a ser una reconfortante y cálida presión. —Imagino que te meterías en la

mierda y te harías amiga de un monstruo. Nunca podrías hacer las cosas de la manera fácil, ¿verdad?

Notó que Klaus y Henry habían adoptado una postura similar con los Faunus entre los cuatro.

—Cállate y concéntrate, —les ordenó.

Luego echó las piernas hacia atrás y enganchó la parte delantera de su bota contra su espinilla. Le hizo tropezar para que pudieran evitar tanto una flecha como el látigo que se dirigía hacia ellos. Giró sobre él, le agarró el brazo cuando lo levantó y tiró de él para ponerlo en pie mientras giraba.

—¿Qué hacéis aquí?, —resopló cuando volvieron a adoptar una postura.

Su corazón se aceleró como un depredador persiguiendo a su presa, y su respiración se entrecortaba hasta el punto de quemarla.

No luchaban contra Demonios estúpidos y descuidados. Ni siquiera luchaban contra bandidos medio tontos.

Eran guerreros entrenados, y en ese momento eran ocho contra cinco. Las probabilidades no estaban a su favor, ni en número, ni en habilidad, y con su mascota Duskwalker en el estado en que se encontraba, tampoco en fuerza.

—Visitaron el puesto avanzado de Colt antes de venir aquí. Preguntaron cómo llegar a tu casa y supimos que algo iba mal. —Su voz se calmó cuando dijo: —No podíamos dejar que te ocuparas de ellos tú sola.

Quería que sus ojos se desviaran hacia el cielo para agradecer a los cielos que aquellos tres valientes fueran sus amigos. Pero la tercera regla del código del

Cazador de Demonios era no distraerse nunca, así que mantuvo los ojos fijos en su enemigo actual, los humanos que luchaban por el gremio del que una vez había formado parte.

Si sobrevivimos a esto, yo invito.

Faunus se mantuvo firme lo mejor que pudo. De vez en cuando, uno de sus brazos se doblaba de repente como si estuviera a punto de desplomarse, pero se enderezaba y daba un paso adelante para luchar contra el temblor que le producía.

Estoy muy mareado.

Haber salido corriendo de la casa a saltos y zarpazos había puesto su corazón lleno de furia a mil por hora, y la adrenalina que recorría su cuerpo aseguraba que la presión en su sistema vascular se mantuviera alta.

Su visión se volvía turbia. Su propia sangre se acumulaba en el agujero de la nariz y en la cuenca del ojo, empapando las vendas que le cubrían la mayor parte de la cara.

Hacía días que no abría las mandíbulas debido a la intrincada red de tela que le cubría la cara. Cuando intentó separar los colmillos, apartó las vendas con las garras y sintió que la tela tiraba de su cuerno, como si intentara romperle aún más el cráneo.

Una fuente de sangre que había contenido se derramó desde el agujero de su nariz hasta el suelo blanco y helado, pero su olor bloqueaba el olor de los humanos, su miedo, su sangre roja.

Eso le ayudaba. El mareo estaba haciendo retroceder esas manos invisibles e invasoras que intentaban hacerle perder la cabeza en la locura de un frenesí. Había presas por todas partes, cosas en las que clavar sus colmillos y masticar.

¿Por qué? pensó, el deseo de cubrirse los costados del cráneo era abrumador, ya que el constante repiqueteo de metal contra metal estaba anulando su sentido del oído. *¿Por qué todo es tan ruidoso?*

Ching. Clack. Se oyó el bramido de un hombre, y luego el ruido del metal al vibrar por un fuerte impacto. *Skerrrrp.*

El dolor que sentía era insoportable, pero Faunus trató de ignorarlo cuando movió el brazo hacia un lado para derribar a un Cazador de Demonios que se abalanzaba sobre él con la espada apuntándole al costado.

Mayumi y su amigo, el que acababa de decir que se llamaba Yoshida, se separaron. Yoshida se vio obligado a alejarse para luchar contra un enemigo uno contra uno. Estaba constantemente a la retaguardia, teniendo que defenderse en lugar de atacar. Era obvio que su habilidad era escasa en comparación con la de ella.

Mayumi corrió hacia la refriega mientras sacaba su daga del cinturón y la sujetaba con la hoja saliendo de la parte inferior de su puño izquierdo. Empezó a usar su daga para atacar y su espada como escudo. Bloqueó una espada que venía hacia abajo para cortarla desde arriba y la obligó a retroceder antes de girar y blandir su daga en un rápido golpe sobre su cuerpo.

El Cazador de Demonios dejó escapar un ahogo angustiado y se sujetó la herida. Faunus empezó a dirigirse hacia ella cuando vio que eso no era suficiente para acabar con ellos.

Debo ir hacia ella.

Ella no le necesitaba. Para cuando su tambaleante forma estaba casi sobre ellos, la herida del Cazador de Demonios había ralentizado sus movimientos hasta que Mayumi pudo lanzar su daga y clavársela en la yugular.

Sólo sabía el nombre de sus otros compañeros, Klaus y Henry, porque los había oído llamarse. También había hablado de ellos muchas veces.

Juntos lucharon contra un humano pequeño y una mujer que parecía ser más alta que el resto; sólo pudo saber que era una mujer por sus pechos bien ceñidos en su uniforme de cuero negro.

Faunus agradeció que fuera fácil ver quién pertenecía a cada bando. Sólo necesitaba atacar a los de negro y, en su visión borrosa, no parecían más que Demonios.

Algo rodeó su pata trasera y tiró. La fuerza del humano era menor, pero aún así le hizo tropezar hacia delante.

Faunus se apoyó en los antebrazos para evitar que su cráneo se golpeara contra el suelo. Entonces soltó un rugido cuando algo largo y afilado le atravesó el torso.

Sus orbes estaban blancos por la preocupación y el dolor, pero a menudo parpadeaban al rojo de su furia. Se volvieron rojos cuando giró la cabeza hacia el Cazador de Demonios, que acababa de atravesarle el torso con su espada y ambas manos.

Intentaron arrancársela, pero el agarrotamiento de sus músculos la mantuvo encerrada. El Cazador de Demonios presionó la base de su pie contra el costado de Faunus para tirar, recuperando su espada centímetro a centímetro.

Cuando se dieron cuenta de que Faunus había vuelto la vista hacia ellos, la dejaron dentro de él y retrocedieron.

Era demasiado tarde para ellos. Faunus bajó la mano por su cuerpo antes de que pudieran dar un solo paso y les clavó las garras en el hombro. Sintió crujir los huesos mientras avanzaba hacia ellos. Su grito agonizante se interrumpió cuando les rodeó la cabeza con las mandíbulas y les destrozó el cráneo.

Su siguiente aullido fue agudo y agudo.

El rápido cierre de sus propios colmillos disparó una agonía atroz como un relámpago por toda su cara. Fue a ahuecarse el cráneo, pero se detuvo antes de hacer contacto.

¡Ni siquiera puedo luchar con mis colmillos! Faunus levantó las patas y rugió al cielo, frustrado. Me duele. *¿Por qué tiene que doler tanto?* ¿Acaso sus últimos

momentos podían no estar llenos de dolor? Estaba cargado de él, tanto por dentro como por fuera.

Era debilitante. Odiaba la vergüenza que le producía, más aún cuando vio que Mayumi luchaba sola.

Corrió por el centro del claro y saltó hacia la estaca. Usó un pie para rebotar en ella mientras giraba hacia un lado, clavando su espada en el pecho del segundo oponente que había venido a luchar contra Yoshida.

Había visto que su amigo luchaba solo contra dos enemigos.

Sus ojos encontraron a Faunus al otro lado del claro, con el pelo moviéndose alrededor de su cara mientras soplaba el viento.

—¡Detrás de ti!, —gritó antes de girar para bloquear una espada.

Faunus no tuvo la oportunidad de evaluar a las dos personas que empezaron a acorralarla y a separarla a propósito del resto de los que luchaban.

En cambio, se giró justo a tiempo para ver a un Cazador de Demonios utilizando un látigo y blandiéndolo contra ella. Apuntaba a su cuello, tal vez para enhebrárselo como un collar. Levantó el brazo y el látigo se enganchó en su muñeca.

Sus ojos se abrieron entre la rendija de material negro que cubría su rostro antes de estrecharse hacia él. Tiraron, igual que él.

Soltaron el asa, y eso le hizo trastabillar un solo paso, sorprendido. Faunus la desenroscó de su muñeca y la arrojó descuidadamente a un lado.

—¡Joder!, —oyó escupir a Yoshida.

Faunus, a punto de lanzarse contra el Cazador de Demonios que tenía delante, logró sorprender al macho levantando su propio brazo para recibir el golpe de una espada directamente contra él. Yoshida había perdido su propia arma en el suelo y no tenía nada más que su propio cuerpo para defenderse.

El siguiente bramido del hombre fue de dolor cuando su brazo fue rebanado hasta el hueso.

Perdido en la visión, Faunus sintió el tajo del látigo atravesar la carne de su cuello. También se llevó una nueva flecha cerca del corazón. Se enterró en su cuerpo hasta que sintió su afilada punta cada vez que tomaba una bocanada de aire.

Cada segundo que pasaba estaba más herido y ayudaba muy poco en la lucha. Sí, había matado a dos Cazadores de Demonios, pero también lo había hecho Mayumi.

Y ahora estaba luchando contra dos ella sola.

Me estoy debilitando.

Estaba perdiendo demasiada sangre, incluso para un Duskwalker. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba lleno de flechas hasta que la última le perforó el pulmón.

Era una distracción para los Cazadores de Demonios, ayudaba a dispersar su atención, pero eso era todo.

No podía creer que él necesitara ayuda. El del látigo y el arquero que podía ver estaban demasiado lejos de él para luchar. Se mantenían a distancia de sus garras cortantes.

Él sólo estaba de pie, luchando con sus miembros que intentaban derrumbarse. Sentía los pulmones como si estuvieran llenos de polvo, bloqueados y doloridos, y eso hacía que cada aliento que tomaba le quemara en la parte posterior de la garganta.

Fue en ese momento, cuando estaba decidiendo el mejor curso de acción que podía tomar para ayudar a los que estaban del lado de Mayumi, cuando vio cómo Yoshida era atravesado en el torso con una espada. Era el único de sus compañeros que no llevaba una armadura blindada, y eso le dejaba vulnerable.

Yoshida miró boquiabierto el arma que llevaba dentro antes de levantar la cabeza hacia el Cazador de Demonios con la sangre burbujeándole en los labios. Comenzó a caerle por la barbilla.

Iba a morir, eso era evidente. Normalmente, a Faunus no le habría importado un bledo la vida de un humano, pero ahora sí, sólo porque significaba que Mayumi tenía una persona menos de su lado. No le importaba nada su amistad.

No duraré mucho más. Faunus observó cómo el Cazador de Demonios retorcía el arma dentro del pecho de Yoshida. Pero él puede.

Usando toda la fuerza que llevaba dentro, esprintó en dirección al hombre.

Faunus empujó al Cazador de Demonios con tanta fuerza que cayó rodando al suelo. El movimiento accidental de su muñeca dejó marcas de garras en su cuero y, con suerte, en su carne.

Yoshida se quedó mirando a Faunus cuando éste le agarró por el cuello con una mano y le arrancó la espada con la otra. Un líquido carmesí brotó del enorme agujero de su estómago cuando se liberó la presión del bloqueo, antes de derramarse por su frente.

Entonces, una brillante luz amarilla empezó a brillar bajo la carne de Yoshida, mientras la magia irradiaba frescor entre ellos.

Incluso el simple hecho de usar su propia magia hizo temblar a Faunus, pero se negó a ceder, incluso cuando una flecha se clavó en su espalda. Se estremeció, pero resistió.

Las gárgaras del moribundo se hicieron más fuertes que suaves a medida que le devolvían su fuerza, su sangre, su aliento, mientras que las de Faunus menguaban mucho más rápido.

Yoshida se armó de valor y sujetó la muñeca de Faunus para levantarse, con sus piernas humanas retorciéndose hasta que sus botas de cuero rozaron y patearon la tierra y la nieve.

—¿Por qué?, —gruñó. —¿Por qué salvarme?

—*Protégela,* —suplicó Faunus, con la respiración entrecortada por la herida que se le estaba formando en el pecho. El brazo le ardía por la transferencia de magia. —*Protégela con la vida que te he concedido.*

Lo estaba curando, tomando sus heridas para sí.

Otro horrible aullido escapó de Faunus, uno mucho peor que el anterior cuando algo se enroscó alrededor del cuerno en el lado malo de su cráneo y tiró.

Se fue con él, al tiempo que dejaba caer al compañero de Mayumi al suelo como un montón desmoronado, para evitar que rompiera la última cuerda que lo mantenía unido.

El Cazador de Demonios siguió tirando, y las patas de Faunus estuvieron a punto de salir despedidas.

A pesar de las diferencias en su fuerza, el dolor era un arma cruel, un arma que este humano enclenque y débil no sabía que estaba blandiendo.

Agarró la línea del látigo con el puño. Era difícil sostenerlo, ya que era muy pequeño y delgado dentro del pliegue de su gran palma. También lo sujetaba con el brazo que ahora estaba herido debido a la nueva herida que se había hecho al salvar al amigo de la muerte. Pero lo sujetó lo más fuerte que pudo para disminuir el tirón y se fue con el Cazador de Demonios, encontrándose a trompicones lejos del campo de batalla.

Su vista buscó desesperadamente a su pequeña y preciosa hembra en el claro.

Klaus y Henry habían conseguido matar a uno de sus dos enemigos, pero ambos luchaban contra la gran mujer humana que descargaba fuertes golpes.

Yoshida, al que había salvado, mató al hombre que en un principio había intentado acabar con su propia vida. Podía haber ido con sus amigos, que luchaban juntos contra un oponente singular, pero en lugar de eso se adentró en el bosque.

Había más flechas en el camino de Faunus y Mayumi, el enemigo buscaba derribarlos primero. Esperaba que Yoshida se hubiera dado cuenta de la

intención de este arquero invisible y no se estuviera escabullendo para ser un cobarde.

Su vista finalmente se fijó en la gloriosa imagen de ella. Allí estaba, en las afueras, luchando contra dos Cazadores de Demonios.

Ella sola, no sólo consiguió bloquear a uno de los oponentes con su espada, sino que clavó su daga en el torso del otro, que la esquivó saltando hacia atrás. A continuación, se agachó sobre una rodilla y estiró la otra para poder inclinarse hacia un lado y estar aún más baja. Esquivó una espada que se clavó en el aire a un pelo de su cabeza.

A ras de suelo, Mayumi se lanzó hacia delante con los brazos cruzados sobre la cabeza. Chocó contra las piernas de un hombre y le hizo perder completamente el equilibrio. Sus pies pasaron por encima de su cabeza al estrellarse contra el suelo sobre su propia cara, y su espada se perdió debido a que sus brazos giraron dando vueltas en el aire.

Justo cuando Faunus pensaba que se deslizaría por el suelo de frente y le daría al otro enemigo su vulnerable espalda, giró en el aire antes de hacer contacto. La flexible y ágil mujer, a la que había visto doblarse y retorcerse de formas que nunca había creído posibles, rodó sobre un costado y clavó su daga en el suelo nevado.

Utilizó el arma para darse la vuelta mientras se ponía en pie.

Incluso desde la distancia, incluso con una visión tan débil, sabía que aquella mujer estaba lanzando una mirada cruel y amenazadora al enemigo que seguía en pie. Una mirada de determinación y obstinación absoluta.

Basta con mirarla. Era salvaje, un poder a tener en cuenta.

Si él no hubiera estado aquí para darle la información que trajo a esta gente aquí, si él no hubiera estado aquí para hacer que ella quisiera atraer a los Demonios que causaron que el alado viniera, si Faunus nunca se hubiera cruzado con ella, él sabía sin una pizca de duda, que ella habría sobrevivido.

Verla hacer aquello para lo que evidentemente había nacido, luchar contra el mundo y todos los enemigos que podía ofrecerle, le causó admiración.

Esta magnífica mujer parecía ser lo más peligroso del mundo con sus escasas armas y su frágil humanidad.

A pesar de ello, no podía soportar verla haciendo esto sola.

Un pequeño detalle podría verla perdida para siempre de esta existencia, y el del medallón seguía en pie. Aquella medalla dorada y redonda brillaba a la luz del sol.

Faunus no sabía por qué, pero no podía evitar pensar que el cristal negro en el centro del mineral dorado era como un símbolo de los humanos. Rodeado de algo brillante mientras albergaba oscuridad en su interior.

Esta misma lucha demostraba que eran fácilmente influenciables para hacer el mal. Mayumi y Faunus no habían hecho nada malo, y sin embargo aquí estaban, luchando por sus vidas - al igual que los Demonios que trataban de destruir.

Faunus mantuvo su posición mientras el Cazador de Demonios intentaba tirar de él. Se mantuvo fuerte y dio un paso adelante, sólo para retroceder dos pasos cuando el látigo se le escapó de las manos y le arrancó un aullido. Tenía

las manos cubiertas de nieve derretida y sangre, resbaladizas y entorpecedoras.

Justo cuando Faunus pensó que Mayumi derribaría al enemigo que portaba el medallón, él volvió a la carga con más vigor que antes y la puso en contrapié.

Él permaneció en silencio, al igual que ella; ambos sólo dejaban escapar de vez en cuando pequeños gruñidos por el impacto.

El otro hombre seguía poniéndose en pie después de que ella le hubiera puesto la zancadilla, pero la propia espada de Mayumi se había perdido en el suelo a sus pies. El Cazador de Demonios había golpeado hacia abajo con ambas manos en la empuñadura de su arma mientras ella estaba agachada, la evidente fuerza desbordante era demasiado para que uno solo de sus brazos pudiera soportarla por sí solo.

Tenía la guarda transversal de su daga apoyada en el largo filo de su espada, pero sólo había sido suficiente para impedir que su propia arma la cortara por el rebote de la fuerza.

Mayumi abandonó su espada y en su lugar desenvainó su látigo una vez hubo terminado de rodar hacia un lado para esquivar el segundo golpe descendente.

Fue entonces cuando vio que su ropa se había cortado y que su propia sangre empapaba la manga de la misma. Estaba herida.

Tengo que ayudarla. Ya no tenía escudo, pero Faunus estaba más que preparado para serlo.

Se volvió hacia el Cazador de Demonios que tenía detrás.

Ellos corrieron a un lado para mantener la tensión, dándose cuenta hacía tiempo de que por algo no había conseguido luchar contra ellos. Sobre sus lentas y tambaleantes piernas, se vio obligado a perseguirlos. Cuando estaba casi a distancia de alcance de sus garras, soltaron el agarre que tenían sobre su látigo.

Como era un blanco tan grande que venía hacia ellos, no necesitaron apuntar. Simplemente sacaron dos dagas de cada lado de su cinturón de armas y las lanzaron a ciegas con una rapidez que ni siquiera sus brazos pudieron derribar.

Una se le clavó en el hombro, haciendo poco por detenerlo. El otro se alojó directamente en el centro de su garganta, obstruyéndola y obstruyendo sus vías respiratorias.

Faunus se atragantó y estiró la mano para sacársela, dando al Cazador de Demonios la oportunidad de agarrar el mango de su látigo una vez más. Tiró de la daga y la dejó caer. Entonces Faunus agarró de nuevo en su puño aquel temido cabo antes de que pudiera hacerse más daño en el cráneo.

Faunus se enfrentaba al Cazador de Demonios que ahora estaba de espaldas al campo de batalla.

Su sangre se convirtió en hielo en sus venas cuando vio a Mayumi luchando contra el portador del medallón, mientras que el enemigo al que había hecho tropezar estaba de pie y había encontrado su espada.

No estaba seguro de si ella sabía que la estaban alcanzando sigilosamente. Tampoco le importaba. Llevaba demasiado tiempo separado de ella, no había estado a su lado para protegerla.

Si no puedo soltar esta atadura...

Miró al Cazador de Demonios, cuyos pies resbalaban contra el suelo para poder apoyarse mientras caminaban hacia un lado para alejarlo de la batalla... de ella.

¡Entonces me lo llevaré conmigo!

Con un gruñido, Faunus retorció la mano alrededor del hilo del látigo hasta que éste formó un singular lazo alrededor de su puño. Luego arrastró con él a esa lamentable excusa de humano mientras daba pisotones, caminando sobre sus patas a pesar de que normalmente iba a cuatro patas en su forma monstruosa, en dirección a Mayumi.

El portador del medallón dejó que su brazo quedara atrapado en su látigo y luego lo agarró con el puño. Tiró de él mientras Mayumi tiraba, y ella se tambaleó hacia delante. Sabiamente, lo soltó para poder clavar su daga hacia delante, y luego saltó hacia atrás para evitar ser golpeada.

No sabía cuándo había ocurrido, pero Mayumi tenía la mejilla magullada y su pequeña hembra cojeaba. El portador del medallón tenía un corte en la mejilla y otro en el pecho.

Pero el segundo Cazador de Demonios se acercaba cada vez más, y Faunus supo cuando retrocedió ciegamente hacia él... que no sabía que estaba allí, que venía a por ella.

Justo cuando estaba casi sobre ellos, fue sacudido hacia atrás. Faunus miró detrás de él para ver que el portador del látigo había clavado una espada desechada en el suelo a modo de estaca. Volvió el cráneo hacia Mayumi.

Ya casi estaba allí, casi estaba con ella. Estaban casi en las puntas de sus garras.

El enemigo levantó su arma tras ella mientras el portador del medallón hablaba a Mayumi, gritando algún gran discurso que a él poco le importaba escuchar.

—¡Mayumi!, —rugió.

Ella comenzó a girar la cabeza hacia él, pero se detuvo cuando el portador del medallón dio un paso adelante con la espada en alto. No pudo recibir la mirada de Faunus, que le habría hecho saber que iba a morir por la espalda. No podía apartar la vista del enemigo que tenía delante.

Pero ya estaba distraída, el portador del medallón la estaba preparando para un ataque sorpresa de otro.

No había tiempo. Él podía verlo. Si daba un paso en una dirección, los dos enemigos la rodeaban en direcciones opuestas para alcanzarla. Si escapaba de uno, el otro la alcanzaría.

Vine aquí para protegerla. Su agarre del cabo del látigo se tensó. Mi vida ya se está desvaneciendo. Su corazón latía con miedo ante lo que estaba a punto de hacer. *Nada puede cambiar mi destino.* Inspiró y espiró rápidamente para tomar coraje como si estuviera en el aire. *No la veré morir sin hacer nada.*

Una respiración profunda salió dificultosamente por el orificio de su nariz, rociando sangre, justo cuando soltó el lazo del látigo y su última atadura a esta vida.

Con un rugido que se interrumpió al romperse el cráneo, saltó hacia delante.

Todo su dolor se desvaneció, al igual que los sonidos a su alrededor, el olor de su propia sangre. Sensaciones como el calor, el frío y el propio viento desaparecieron en la nada.

Con lo que le quedaba de vista, Faunus vio cómo su cuerpo se deshacía en diminutos trozos de arena negra brillante que se cernían a su alrededor. *Debo alcanzarla.* Mientras su cuerpo se desvanecía, la alcanzó con todas sus fuerzas, voluntad y poder.

La última sensación que sintió mientras su forma se dispersaba desde su cuello antes de descender por sus extremidades, fue la de las puntas de sus garras enganchándose en algo.

No sabía si había conseguido matar al Cazador de Demonios mientras su vista estallaba en la oscuridad, pero esperaba haber hecho lo que había venido a hacer.

Protegerla, aunque le costara la vida.

Mayumi...

Ella sería lo último en lo que pensaría cuando finalmente se desvaneciera en el más allá, y no tenía ni un ápice de remordimiento por la acción que lo causó.

CAPITULO 39

Mayumi miró a Cordon con toda su determinación.

Tenía la intención de matar ella misma a Cordon, un hombre demasiado hábil y experimentado para que cualquiera de sus amigos pudiera enfrentarse a él. Al mismo tiempo, había estado luchando contra Jace. Era fuerte, pero no tanto como ella y el Anciano Principal.

La única razón por la que Mayumi no había alcanzado el rango de Anciana, a pesar de que se lo habían recomendado varias veces, era porque rara vez salían de la fortaleza. Había optado por no progresar y permanecer en el campo matando Demonios en lugar de entrenar a nuevos Cazadores de Demonios en la seguridad de un castillo fortificado en la montaña.

Echó un vistazo a su izquierda, apenas un atisbo.

Yoshida acababa de salir del bosque, tras abatir al arquero que se ocultaba en él, y estaba evaluando el claro.

Margo, la jodida montaña de mujer, estaba conteniendo a Klaus y Henry ella sola.

Margo y Mayumi estaban igualadas en polos opuestos. Mientras que Mayumi era rápida y ágil y, al mismo tiempo, poseía la fuerza suficiente para resistir,

Margo era pura fuerza bruta con la velocidad suficiente para convertirse en una oponente temible. Ambas eran astutas, inteligentes y luchaban con cada parte de su cuerpo, desde sus duras cabezas hasta sus fuertes y afiladas uñas si era necesario.

Ambas podían blandir cualquier arma que se les entregara, Mayumi daba siempre en el blanco, mientras que Margo provocaba un impacto que podía destrozarlo por completo.

No es de extrañar que los pobres Klaus y Henry estuvieran luchando.

Pero nunca he visto pelear a Cordon.

Los rumores decían que era mortal. Rápido como una serpiente, fuerte como un oso y astuto como un zorro.

Todo lo cual ella experimentaba ahora.

Una de sus patadas le había golpeado la rodilla, y tenía la mejilla caliente y dolorida por el golpe que le había dado en la cara con el pomo de la espada. Además, tenía un corte superficial en el brazo.

Había conseguido atravesarle la mejilla y el torso, pero no era suficiente. Ella había renunciado a su espada y él se había llevado su látigo.

Retrocediendo, recuperó el aliento cuando él lo hizo. Le ardían los pulmones y la respiración entrecortada y seca le quemaba la garganta. Su corazón era un tambor ensordecedor en sus oídos y su piel estaba resbaladiza por el sudor. Tenía tanto calor que ni el gélido frío del aire podía refrescarla.

Los ojos azules de Cordon seguían sosteniendo una mirada penetrante e implacable que no había decaído ni una sola vez desde que empezó el combate, pero sus hombros subían y bajaban con cada una de sus pesadas respiraciones. Lo había estado dando todo, y era evidente que él estaba tan cansado como ella.

Esperaba que corriera hacia ella. En lugar de eso, abrió su estúpida boca para parlotear, y ella odiaba cuando los enemigos hacían eso. 'Soy un enemigo grande, fuerte e inteligente, tú, mujer pequeña y tonta. Yo luchar contigo y ganar. Grrr'.

No se le ocurría una forma más estúpida de perder el aliento.

Él no bajó el arma mientras hablaba, pero aunque lo hubiera hecho, ella no se habría atrevido a bajar la suya.

—Podrías haber sido una de las mejores, —dijo Cordon sacudiendo la cabeza, amenazando ya con ponerle los ojos en blanco. —Si no hubieras sido tan tonta de mantener ese saco de sangre dentro de ti, podrías haber sido una de las más grandes Cazadoras de Demonios de toda la historia. A petición de tu padre, me aseguré de que te entrenaran los mejores. Él sabía que los superarías en habilidad, y le diste la razón. Estaba a punto de darte el rango de Anciano, a pesar de tus rechazos, y tomarte como mi subordinado. Iba a cederte mi puesto si hubieras vivido lo suficiente para recibirlo. Podrías haber tenido poder, secretos y haber vivido una larga vida dentro de la seguridad de la torre.

Los rasgos de Mayumi se torcieron en una mueca. —Tu postura suena cobarde.

—¿Cobarde?, —se rió entre dientes. —¿Cómo?

—Te escondes tras los muros y envías a la gente a morir.

—Ellos tomaron esa decisión, igual que yo cuando me alisté. No llegué a este puesto haciendo el vago. Llegué aquí ganándome mi puesto. —Dio un paso adelante y extendió la espada para apuntarla. —Hablas de cobardía, pero ¿qué me dices de tu estupidez? ¿Cuánta gente ha muerto por lo que hay entre tus muslos? ¿Era tan importante el potencial de poder traer un niño a este mundo que pensaste tan poco en tus camaradas?

—¿Por qué estamos hablando? —preguntó Mayumi con tono burlón. —¿Te has vuelto tan inútil en tus años como Anciano Principal, rodeado de pergaminos y plumas, caminando por la torre del homenaje con las manos a la espalda y mirando por encima del hombro a todos los demás, que necesitas un descanso?

La única razón por la que supo que estaba sonriendo fue por la forma en que se arrugaron las comisuras de sus párpados. —En absoluto.

Oyó que Faunus la llamaba por su nombre. Estaba a punto de girar la cabeza hacia él, pero Cordon cambió de postura preparándose para blandir su espada.

Ella dio un paso atrás y a un lado para crear espacio, con la esperanza de acercarse a su espada tirada en el suelo para poder lanzarse a por ella.

El siguiente rugido que oyó Mayumi le produjo un frío escalofrío. Los pequeños pelos que cubrían su carne se erizaron al sentir como sus huesos se llenaban de zumbidos, una reacción física a la ansiedad que la recorrió al oír la llamada de Faunus.

Él me necesita.

Él necesita ayuda.

Le quedaba un arma, y la había estado agarrando con fuerza todo este tiempo. Ya no le importaba y la lanzó directamente contra la pierna de Cordon para detener su ataque y ralentizarlo.

Había armas esparcidas por el suelo; si corría en ayuda de Faunus, esperaba hacerse con una nueva, quizá incluso con la suya propia.

Se giró para poder correr, pero se encontró cara a cara con Jace. Su rostro palideció al darse cuenta de que Cordon le había tendido una trampa.

No era de extrañar que el bastardo hubiera empezado a hablar inútilmente.

No era orgulloso. No le importaba quién diera el golpe final, siempre y cuando se hubiera logrado el objetivo.

—Mierda, —respiró.

Pensó que sería lo último que saldría de su boca. Mierda, qué elegante palabra final.

De repente, Faunus surgió como una sombra imponente y en movimiento detrás de él. O, al menos... parte de él.

El momento se ralentizó en el tiempo, todo se volvió inquietantemente silencioso mientras ella intentaba registrar lo que estaba sucediendo.

Lo que Mayumi vio fue una nube parcialmente física, mientras que el resto de él era una masa flotante de arena negra que se arremolinaba hacia el suelo. Era una nube de purpurina.

Un pequeño fragmento de cráneo salió despedido hacia atrás, mientras el resto caía hacia delante. Vio cómo sus orbes rojos estallaban en una explosión de pequeños fuegos frente a las cuencas de sus ojos antes de dispersarse.

Faunus se acercaba dando un largo salto, mientras la espada de Jace estaba a escasos centímetros de su cabeza. Aquel momento pareció el más largo, como si hubieran pasado minutos, meses, posiblemente incluso años. Incluso su rápido y agudo jadeo se convirtió en una larga inhalación que le quemó el pecho mientras su siguiente latido tardaba en llegar.

Entonces todo se aceleró.

El cuerpo de Jace casi se desmoronó sobre sí mismo de lado cuando fue arrojado a la izquierda de Mayumi, con toda la espalda hecha jirones más allá de la columna vertebral y hasta los órganos.

Cuando Jace desapareció, Mayumi fue bañada por la arena negra y brillante de la esencia de Faunus. Era sorprendentemente cálida contra la piel cubierta de sudor de su cara, como un último aliento con olor a citronela y lima. Su cráneo cayó por en medio de ella como si lo hubieran dejado caer de repente, y aterrizó no muy lejos de sus pies.

La parte más ligera de él estaba boca arriba, y ella vio el enorme agujero en su hermoso cráneo. La sangre que lo había estado recorriendo en pequeños riachuelos empezó a convertirse también en polvo, dejando tras de sí nada más que puro hueso blanco.

La arena negra nunca llegó a tocar el suelo, desvaneciéndose en la nada con destellos.

Miró lo que quedaba de su cráneo conmocionada, con los labios entreabiertos por el horror. —No, —susurró.

Una parte de ella se quebró cuando comprendió que Faunus se había ido. Que no iba a volver.

No, repitió su mente.

Pensó que al menos tendría la oportunidad de despedirse. En vez de eso, ¡se había convertido en polvo brillante! Desaparecido. Puf. Nunca lo volvería a ver.

El bramido de Cordon tras ella fue un grito de guerra.

No habría oportunidad de llorar.

No tendría oportunidad de respirar en este doloroso aliento eterno que no parecía terminar, por mucho que resoplara y jadeara.

Casi se ahogaba, y todas las cosas que habían quedado sin decir... quería apresurarse a pronunciarlas ahora, por si su espíritu, al menos, aún estaba aquí para oírlas. Sus sueños, sus esperanzas, sus estúpidos sentimientos por los que se había asustado demasiado.

La forma en que el grito de Cordon la encendió en un infierno de furia vengativa fue tan repentina que gritó cuando sintió como si la lava hubiera sustituido a su sangre.

La normalmente silenciosa y estoica Mayumi se convirtió en una banshee chillona cuando se volvió hacia el Anciano Principal.

¿Querías que viviera, Faunus? preguntó mentalmente a lo que quedaba de su espíritu, esprintando hacia Cordon con todas sus fuerzas. *¡Entonces viviré, joder!*

Empapada en suciedad y sudor mientras corría, el chillido que emitió se interrumpió en medio de sus tonos, que querían ser altos por su dolor, pero profundos por su determinación de vengarse por la pérdida que todo esto le había causado. Le arañó la garganta.

Mayumi no tenía armas. No había ninguna entre ella y Cordon, que estaba a punto de atravesarle el torso con su espada.

Usando la resbaladiza nieve, inclinó su cuerpo hasta deslizarse sobre el costado de su pierna izquierda, mientras usaba la palma de la mano para estabilizarse. Pasando por debajo de la espada, hundió los dedos en la nieve sucia y giró el cuerpo lo suficiente para que sus piernas se enredaran con las de Cordon.

Cuando se dio cuenta de que bajaba por encima de ella, dirigió la espada hacia su cuerpo. Ella dobló las rodillas para meter la de él bajo las suyas y golpeó su espada con el brazo, al tiempo que lanzaba todo su peso tras él.

Consiguió invertir sus posiciones hasta situarse encima de él.

Entonces, con los labios apretados y curvados hacia abajo como una mueca gruñona, los dientes delanteros tan apretados detrás de ellos que pensó que se romperían si apretaba más fuerte, se arrodilló sobre su torso. Mayumi clavó

los pulgares en la única parte de él que podía ver, sus insensibles y gélidos ojos azules.

El hombre gritó y empezó a arañarle la chaqueta con las puntas de los guantes para detenerla. Cuando eso no funcionó, le golpeó la cara con el puño hasta que se la dobló hacia un lado.

Pero Mayumi no cejó hasta que sus uñas se clavaron lo suficiente como para ver brotar la sangre. Entonces apartó las manos para poder golpearle en la mejilla con la parte inferior de los nudillos con la mano derecha, mientras con la otra le sujetaba la mandíbula justo donde ella quería, joder.

Era pequeña, pero lo bastante fuerte como para hacer entrar en razón a aquel hombre, la sensación de darse cuenta de que hoy se había metido con la persona equivocada. Que la suerte de una batalla podía cambiar simplemente por la rabia recién descubierta de una persona al ver morir a otra por sus propias manos. Cuando dejaban de preocuparse por la autoconservación y dejaban que su cuerpo tomara el control en lugar de la astucia de su mente. Cuando se lanzaban tontamente al peligro en lugar de cortejarlo en una elegante danza.

La venganza no era mejor fría, era mucho mejor caliente e hirviendo.

A la mierda el gremio. Su puño volvió a caer sobre él. *Maldito sea este mundo miserable y moribundo.* Volvió a retirarlo y luego lo bajó de nuevo hasta que golpeó contra el hueso. *No hay luz en él. En la gente. En nada.*

Ella gruñó cuando Cordon logró agarrar el extremo de su coleta en su agitación ciega. La obligó a rodar fuera de él, pero no antes de que ella tirara del látigo de su cinturón de armas.

Él jadeó, tosiendo sangre y algún que otro diente contra el suelo mientras se ponía a cuatro patas.

—¡Como un animal salvaje, fuiste a por mis ojos! —Empezaba a ponerse en pie cuando Mayumi llegó por detrás. —Te has vuelto como esos bárbaros salvajes humanos de las montañas. No hay honor en cegar a otro. Si luchas contra otro humano, debes luchar limpiamente hasta la muerte. Eso forma parte de nuestro código.

—A la mierda tu código, —se mofó Mayumi mientras le rodeaba el cuello con su propio látigo. La espalda de él se arqueó mientras se incorporaba sobre sus rodillas y clavaba el cordón trenzado alrededor de su cuello. —La muerte es la muerte. No hay belleza en ella. No hay honor en ella. No hay gracia en ella. —Entonces Mayumi se inclinó más hacia su figura que se retorcía y luchaba hasta que su boca estuvo justo al lado de su oreja. —Y no voy a darte el respetuoso entierro que te mereces, nuestro gran y honorable Anciano Principal. Voy a dejar que los Demonios se coman tu cadáver mientras yo vigilo desde la seguridad de mi hogar.

Como no le gusta hablar mucho en el campo de batalla, decidió que eso era suficiente. No iba a darle más tiempo para que la venciera.

Aflojó el lado izquierdo del látigo lo suficiente como para que, al tirar hacia la derecha, le retorciera el cuello hasta que oyó un *chasquido* de lo más satisfactorio.

Cuando Cordon quedó inerte, Mayumi lo dejó caer.

Desde que su aliento abandonó este mundo, también lo hizo su existencia para ella.

Sus ojos encontraron a Yoshida luchando contra el que ella sabía que había destrozado el cráneo de Faunus. Más allá de él, Margo estaba rezagada y ahora a la defensiva contra Klaus y Henry. Ella tampoco estaba lejos de caer. Esos dos enemigos eran todo lo que quedaba.

Ya no le importaba la lucha cuando podía ver que estaba terminando.

Se alejó del claro hacia donde yacía la parte más grande del cráneo de Faunus. Se arrodilló junto a él y lo cogió en brazos para acurrucarlo contra su pecho.

Sabía que esto iba a pasar... Me dijiste que ibas a morir, pero me negué a aceptarlo.

Ella seguía negándose mientras enroscaba todo su cuerpo a su alrededor. No se formaron lágrimas, sólo porque ella lo negaba, negaba que él se hubiera ido de verdad.

Debe haber algo que pueda hacer. Este no puede ser tu momento.

Se echó hacia atrás para poder mirar fijamente el hueso blanco que yacía en la parte superior de sus piernas dobladas.

¿Pero qué? ¿Qué puedo hacer? El pegamento no funcionó, y dudaba que atarle la cara ahora fuera suficiente.

Todo el fuego que había sentido no hacía ni unos instantes se apagó, dejándola con una sensación de frío insoportable, sobre todo en el centro del pecho, donde a menudo sentía que su alma intentaba emerger. Mayumi se estremeció, sus manos temblaron mientras sus dientes rechinaban.

Vamos, Mayumi. Piensa.

Tan sumida en la contemplación, tardó más de lo debido en darse cuenta de que alguien se le acercaba desde la arboleda.

El sol de mediodía que se ocultaba permitía que una gran extensión de sombra llegara casi hasta ella, pero también estaba completamente fuera de su alcance.

Cuando un par de pies descalzos, de piel oscura y con pequeñas garras en los dedos, se detuvieron y se agacharon a un metro de ella, volvió la cabeza hacia arriba.

No sabía por qué no se había asustado e inmediatamente había cogido un arma. Tal vez fuera porque estaba cansada y dolorida, y esta persona no estaba cubierta con la ropa de sus antiguos compañeros Cazadores de Demonios.

Sus ojos rojos engarzados en los rasgos de un rostro de otro mundo gritaban peligro mientras la miraban desde sus cuclillas. Parpadeó un momento, intentando comprender por qué veía ojos rojos en un rostro obviamente humano.

El largo pelo blanco se desprendía hacia un lado antes de que algunos trozos revolotearan por la parte delantera de su torso voluminoso y sin camiseta. Pensó que estaba desnudo hasta que se fijó en los pantalones azul oscuro holgados que llevaba.

—Así que..., —empezó el hombre con expresión seria y pensativa. —Está muerto, ¿verdad?

Ella estaba a punto de preguntarle quién era, pero sus ojos finalmente se deslizaron más abajo para encontrar unas marcas negras que se extendían por

sus costados y brazos. Rebotaron desde las bandas doradas y las cadenas enroscadas sobre su cuerpo hasta una singular oreja puntiaguda que asomaba a través de su pelo blanco azulado, antes de caer sobre los dos cuernos oscuros que se enroscaban en la parte superior de su cabeza.

Todo esto le informó de quién era.

—Esto es lo que querías, —casi gruñó, si es que un humano puede gruñir. Inclinó la cabeza hacia la línea de árboles, donde vio a otro Demonio de pie; sus grandes alas le resultaban terriblemente familiares. —Nos viste luchar. Tú lo viste. ¿Por qué coño me preguntas?

Ella apostaba a que había sido entretenido para él ver a los humanos luchando entre sí.

Cuando sonrió, mostró unos colmillos afilados. Ella se encogió de asco al ver que se parecían a lo que había visto dentro de la boca de los tiburones de los cuadernos de dibujo.

—Malhumorada, testaruda, para ser una humana tan pequeña. —Incluso le chasqueó la lengua en la boca. —¿Era tu querido amigo? ¿O dejaste que te montara el coño como las otras putas que se han follado a los Mavka? Puedo oler su olor por todas partes.

—Ven al sol y di eso, —le respondió ella mordazmente.

—Podría, ya sabes. —Él la miró con una ceja levantada. —Yo, a diferencia del resto de mis súbditos, puedo soportar la luz durante un corto período de tiempo. Viene con mi sangre élfica. Ni siquiera podrías correr, ya que puedo teletransportarme a lo que veo.

¿Así es como pudo llegar tan rápido?

Aferró con más fuerza el cráneo de Faunus cuando Jabez, el Rey Demonio del que Faunus le había hablado, le tendió la mano.

—Dámelo.

—No, me niego. No te lo voy a dar.

—¡Mayumi! —gritó Henry, y ella giró la cabeza hacia un lado para encontrarse a sus tres amigos corriendo hacia ella.

Jabez extendió la mano hacia un lado, y unas enredaderas marrones con raíces de árbol brotaron de la tierra y se enroscaron alrededor de sus cuerpos. Los tres se arrodillaron antes de caer al suelo. Lucharon por zafarse de sus ataduras.

—¡Alto! —exigió Mayumi.

Jabez giró la cabeza hasta quedar de nuevo frente a ella. —¿O qué? Es obvio que el estúpido Mavka te ha dicho quién soy, lo que significa que sabes lo que puedo hacer.

Ella luchó por una respuesta, pero dudaba que algo de lo que dijera le hubiera impedido hacer lo que quería. Había torturado Faunus. Mayumi apostaría su vida a que no le importaba nada más que sus propios deseos.

Entonces se rió alegremente. —¿Sabes una cosa? Después de verte luchar y de ver finalmente morir a ese Mavka con cuernos de carnero, demostrando mi teoría, estoy dispuesto a ser benevolente. No soy malvado ni cruel.

Mayumi resopló mentalmente. *No estoy de acuerdo.*

—Quédate con la calavera y con tus amigos. He venido aquí para acabar con él; es lo único que realmente me importaba conseguir.

A pesar de llevar tanto tiempo agachada, la postura le parecía tan natural que ni siquiera se balanceaba sobre las piernas. Apoyaba los antebrazos en las rodillas flexionadas y las puntas de los pies en el suelo.

—¿Por qué haces esto? —Mayumi no pudo evitar preguntar mientras negaba con la cabeza. —¿Por qué tienes como objetivo a los Duskwalkers?

Jabez emitió un gruñido cortante contra sus colmillos cerrados cuando se los enseñó. —Porque siguen matando a los míos y me estorban.

Mayumi se rió tan fuerte que sus párpados se entrecerraron con la profundidad de su humor negro.

—Eso no basta. Los humanos están matando a tantos, si no más, de tu especie, pero no te veo yendo a todas las fortalezas de Cazadores de Demonios con todo ese aparente gran poder que tienes. —Notó que sus ojos rojos, con pestañas blancas en la punta, se entrecerraban mientras se le anudaba un lado de la mandíbula. —Entonces, ¿cuál es la verdadera razón?

—Muy intuitivo por tu parte. —Ladeó la cabeza hacia la izquierda con sorna. —¿Por qué debería decírtelo?

—Porque soy muy curiosa. ¿Por qué iba a preguntar si no?

Quería saber por qué. Quería saber por qué era tan importante destruir a la persona que le importaba. Quería que hubiera una razón legítima que no fuera

la crueldad y la amenaza, con la esperanza de que eso la ayudara a aceptar esta pérdida.

Echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Me caes bien. ¿Por qué no vienes conmigo al Velo? Te he visto luchar. Serías un soldado formidable para mí. Podrías ayudarme a entrenar a mi ejército para que no sea tan inútil. A veces son unos bufones torpes y necesitan disciplina. —Volvió a tenderme la mano. —Ni siquiera te utilizaré como dejaste hacer al inútil de Mavka. Necesito soldados inteligentes. No me importa de qué raza sean.

—Prefiero morir, —mordió ella. —Si no estabas escuchando bien con esas extrañas orejas puntiagudas tuyas, debo informarte que soy un Cazador de Demonios. Nunca te ayudaría.

—Tsk. Entonces no obtendrás respuestas de mí.

Jabez dio un solo paso atrás y luego se puso de pie para permanecer en las sombras. No retrocedió lo suficiente, ya que un rayo de sol le pasó por el hombro, haciendo que se formara humo ardiente. Siseó y dejó caer el hombro hacia la sombra.

—Disfruté del espectáculo, y por eso, puedes quedarte con su cráneo roto como glorioso trofeo por desafiar las probabilidades en tu contra.

Nunca sería un trofeo.

No quería sentir ni una pizca de orgullo por nada de lo que había sucedido ese día. Sería un recuerdo doloroso para el resto de su vida, un recuerdo que viviría simplemente porque Faunus así lo quería.

En un abrir y cerrar de ojos, Jabez desapareció, para reaparecer segundos después junto al Demonio alado. Luego le puso la mano en el hombro y ambos desaparecieron.

A pesar de que había pedido llevarse el cráneo de Faunus antes de que él tan ‘amablemente’ dejara que se lo quedara, y tal vez realmente había querido que ella fuera con él, pero ella no podía evitar pensar que se había acercado a ella sólo porque quería ser un imbécil y burlarse de ella por preocuparse por él de forma obvia.

CAPITULO 40

—¿Quién coño era? —preguntó Klaus cuando corrió hacia Mayumi.

Ante la desaparición de Jabez, las lianas de madera que los sujetaban contra el suelo se marchitaron y murieron. Sinceramente, le sorprendió que dejara vivir a alguno de ellos. Tal vez fuera porque todos eran humanos y él los consideraba débiles e insignificantes.

Fuera cual fuera la razón, no le dio tiempo a detenerse en ella cuando de repente se vio apretujada.

—Más bien, ¿qué demonios fue eso? —dijo Yoshida mientras se limpiaba el pecho y se estremecía. —Obviamente no era un humano. Esas lianas daban asco.

—No te preocupes por eso, —murmuró Mayumi antes de bajar la mirada hacia el cráneo de Faunus, agradeciendo que aún lo tuviera entre sus brazos. —Hay muchas cosas desconocidas en el mundo, y es una carga para la mente.

—Déjate de tonterías, —espetó Klaus. —No puedes esperar que no hagamos un montón de preguntas después de lo que ha pasado hoy aquí.

Henry, que había permanecido en silencio todo el tiempo, se hincó sobre una rodilla y se inclinó hacia un lado para observar su expresión desde abajo.

—¿Por qué sostienes el cráneo de ese Duskwalker como si acabaras de perder a alguien querido, Yumi?

Sus labios se tensaron, el deseo de mantenerlos cerrados era fuerte. Los relajó al mirar a Henry cuando se quitó el casco. Parecía preocupado, y la falta de juicio en su mirada fue suficiente para que ella respondiera.

—Porque era mi amigo. He estado intentando salvarle.

—¿Por eso viniste a preguntarnos por el pegamento? —preguntó Yoshida, y ella levantó la mirada hacia él, que estaba allí de pie.

—Sí.

—¿Por qué te perseguían los Cazadores de Demonios? —preguntó Klaus mientras se quitaba su propio casco para poder echarse hacia atrás su largo y enmarañado pelo anaranjado.

—El Duskwalker me dio información sobre los Demonios y el Velo, y fui un estúpida por compartirla con el gremio. Sabía demasiado, así que me necesitaban muerta.

—Joder, Yumi, —carraspeó Henry mientras sacudía la cabeza. —Eres un manojo de caos vayas donde vayas y hagas lo que hagas.

Ella se encogió de hombros, deseando tener fuerzas para levantarse, pero no podía moverse. Le preocupaba que el cráneo de Faunus fuera demasiado pesado para el peso de su corazón.

—Me hace interesante.

—¿Qué aprendiste sobre los demonios? Debe haber sido grave para que el gremio venga a por ti. —Preguntó Klaus. —¿Y cómo es que te hiciste amiga de un Duskwalker?

Henry giró la cabeza hacia él. —Deja de hacerle preguntas. Déjalo estar. Está claro que no lo está llevando bien. Déjala lidiar con esto.

—¡Es un Duskwalker! —Gritó Klaus indignado. Incluso lanzó sus manos hacia adelante. —¿A quién le importa? Es mejor para nosotros que esté jodidamente muerto, así que no entiendo por qué le molesta.

El calor la recorrió, pero antes de que pudiera ponerse en pie y enfrentarse a él, Yoshida los sorprendió a todos cuando de repente se puso en movimiento. Agarró a Klaus por los hombros de su armadura y tiró de él hacia delante.

—Cierra esa bocaza antes de que te la cierre yo, —amenazó, sorprendiendo a Mayumi, que esperaba que se pusiera de parte de Klaus.

Klaus le agarró la camisa de cuero y sus ojos se volvieron hostiles. —¡¿Por qué mierda te pones de su lado?! No son más que monstruos que merecen morir.

—Yo estaría muerto si no fuera por ese Duskwalker. ¡Me atravesaron el pecho con una espada, y él me curó! —Entonces casi presionó su nariz contra la de Klaus con los dientes apretados. —Habla así de él y te volveré a romper la nariz.

Henry le puso la mano en el hombro, ignorando a los hombres que se peleaban detrás de él. Las emociones estaban a flor de piel y nadie pensaba con calma, excepto Henry, al parecer. Siempre estaba tan tranquilo y atento, que a veces resultaba irritante, pero por una vez, ella lo agradecía. Sólo necesitaba a

alguien que no se sintiera extraño por todo esto en ese momento, y Henry estaba siendo una roca maravillosa.

—Levántate, Yumi. Tenemos que limpiarnos, comer y beber agua.

—Tiene que haber algo que pueda hacer, —murmuró ella como respuesta.

Esto está mal. No puede ser. Hundió las yemas de los dedos en el hueso duro. *Pero todo su cuerpo... desapareció.*

—¿Lo hay? —preguntó Henry, haciendo que los ojos de ella volvieran a los suaves ojos marrones de él. —Sé que son difíciles de matar, así que deben curarse, ¿no?

—Sí, por lo general en un día, pero eso es sólo si su cráneo no está roto. No creo que pueda volver de esto.

—¿Puedes recomponerle la cara de alguna manera?

—Lo intenté...

Si tan sólo fuera así de fácil. Ella sabía que era demasiado tarde.

¿Lo era? El medallón dorado de Cordon brillando al sol llamó su atención. *Un día...*

¿Y si le recompongo el cráneo antes de que pase un día? Su corazón, que había estado ahogándose, comenzó a latir más rápido para coincidir con sus rápidos pensamientos. ¿Y si eso es todo lo que tengo que hacer?

Sus ojos se abrieron de par en par y empezó a mirar frenéticamente a su alrededor mientras sostenía el cráneo de Faunus.

—Ayúdame a encontrarlo, —pidió, caminando hacia su casa. —Ayúdame a encontrar el resto de su cara.

Una idea se había encendido en su mente, y se aferró firmemente a la brizna de esperanza.

Henry era el indicado para encontrar el otro lado del cráneo de Faunus, ya que Yoshida y Klaus estaban rodando por el suelo lanzándose puñetazos. Seguramente se cansarían, ya que no era la primera vez que se enfrentaban.

Mayumi inspeccionó el fragmento de hueso y cuerno y comprobó que estaba casi intacto. Lo llevó al interior y colocó los dos trozos sobre la mesa del comedor para poder abrir el pestillo oculto que había en el almacén. El saco de monedas que contenía era pesado, lo levantó y lo vació descuidadamente contra el suelo.

Las monedas de oro que sacó eran pocas, pero más grandes que las demás. También eran de una calidad más pura, y se llevó todas las piezas que encontró junto con su cráneo a la parte trasera de su casa.

Después de instalarse, sus amigos habían ido al arroyo para poder llenar la bañera de manantial y lavarse de la sangre que llevaban encima.

Ella sustrajo del horno de calefacción para encender su horno de herrería y luego colocó todas sus monedas de oro en una taza de fundición. Mientras se calentaba, limpió el cráneo de Faunus para asegurarse de que estaba limpio antes de usar una lima para desbastar los bordes de su grieta para que fuera más fácil unirla.

Después de un largo rato, se preparó mentalmente para la insoportable espera de las siguientes veinticuatro horas.

Al final, sus amigos la convencieron para que se bañara con ellos recordándole la sangre humana de la que estaba cubierta. Esa fue la única razón por la que se desnudó y se bañó rápidamente: no le importaba estar desnuda delante de los hombres.

Era habitual en el gremio, y si esos hombres sentían algún deseo por ella, era problema de ellos, no de ella.

—Deberíais marcharos todos, —dijo mientras saltaba fuera, el agua resbalando por su cuerpo desnudo y goteando en la bañera de manantial. —Pronto caerá la noche y este lugar se convertirá en un coto de caza de Demonios. Tenéis que marcharos.

—No podemos dejarte aquí sola, —dijo Henry, agarrándola del brazo cuando estuvo de pie fuera de la bañera. —Vuelve con nosotros al Puesto Avanzado de Colt. Deja que los Demonios vengan y se alimenten, luego regresa cuando sepas que es más seguro.

Su mirada revoloteó hacia el horno y el cráneo de Faunus que yacía sobre su mesa de herrería.

—No puedo. Tengo que quedarme aquí con él, por si acaso. No podré llevarlo a la ciudad si esto funciona.

—Yumi...

—¡No!, —gritó ella, arrancándole el brazo y retrocediendo dos pasos, para quedar fuera de su alcance. Las palabras que estaban a punto de caer de su

boca eran groseras, pero estaba demasiado angustiada emocionalmente como para preocuparse en ese momento. —Muchas gracias por venir. No soy tan prepotente para admitir que sin ustedes tres... probablemente habría muerto hoy. Dicho esto, quiero estar sola, y me estáis poniendo de los nervios. Así que, si no os importa, volved a vuestra prisión amurallada y dejadme con el bosque.

No le dirigieron la palabra hasta que se marcharon, pero ella no respondió a sus intentos de hacerla cambiar de opinión, por mucho que los tres se lo rogaran.

En ese momento, estaba demasiado ocupada intentando verter cuidadosamente el oro en el cráneo de Faunus sin estropearlo. No podía escuchar una conversación que carecía de importancia en comparación con la tarea que estaba completando.

Las cosas pueden romperse, Mayumi, resonó el recuerdo de su padre*. No puedes pedir disculpas a una taza y que se arregle sola, pero puedes trabajar duro y verter valor en ella, hacerla mejor, más fuerte. Depende del valor que tenga para ti lo que has roto.*

Sobre la mesa de herrería descansaba la taza de té que su abuelo había rehecho después de que su padre la rompiera cuando era un niño. Esa misma lección se la había inculcado a Mayumi para enseñarle el valor de encontrar la belleza en los propios defectos. A celebrar los errores en lugar de disfrazarlos.

El arte del kintsugi procedía de la tierra natal de su familia, y nunca se había sentido tan agradecida por su linaje como en aquel momento.

No habría sabido qué más hacer.

Sin embargo... no tenía la resina de árbol especializada que se necesitaba. Lo que su familia tenía no era más que una mezcla de resina obtenida de la savia de los árboles que compraban en sus viajes. Tampoco tenía polvo dorado; al menos, si lo tuviera, no sabría dónde encontrarlo en el desorden de su almacén.

Estos dos ingredientes combinados eran kintsugi, o carpintería dorada.

Ahora estaba convirtiendo este arte en un intento desesperado por recuperar algo que se había perdido. Un intento que podría ver todo lo que le quedaba desintegrarse en carbón negro.

El hueso humano sólo podía sobrevivir a ciertos calores antes de oxidarse y convertirse en polvo carbonizado. Sin embargo, el hueso con el que trabajaba era de una criatura mágica más fuerte que cualquier otra, que no debería existir pero existía. Que había sobrevivido a golpes de espadas y garras en la cara.

Eso era todo lo que necesitaba para tener esperanza.

Cuando se hubo enfriado y amenazaba con endurecerse, Mayumi untó una pequeña gota de oro fundido contra la parte superior de la grieta, por un lado, sólo para asegurarse de que no la dañaba. Mientras esperaba, volvió a introducir el oro restante en el horno.

Cuando el hueso no se astilló ni empezó a cambiar de forma o color, su corazón se hinchó de esperanza.

Volvió a pegar el cráneo de Faunus con oro fundido, untándolo en el borde de la pieza más pequeña que tenía. Luego lo ató con cuero. Cuando terminó, observó cómo el mineral caliente se enfriaba contra el hueso.

Sentía que el calor le quemaba la carne. El sudor le chorreaba por los brazos, el cuello y la cara mientras el resplandor la enrojecía.

Parecía lleno de baches y feo, no era la mejor en bellas artes, y había estado temblando todo el tiempo, pero si esto funcionaba, besaría cada centímetro de ese metal en agradecimiento.

Por favor... por favor vuelve.

CAPITULO 41

Mayumi pasó una de las noches más largas y agotadoras de su vida sosteniendo el cráneo de Faunus en sus brazos. Escondida tras las paredes de su casa y todos los botes de incienso que tenía a mano, había escuchado los sonidos de los Demonios que entraban en el patio que la rodeaba.

Estaban demasiado distraídos por el abrumador olor a sangre y cuerpos humanos como para pensar que ella estaba viva en su casa.

Permaneció callada y apenas se movió mientras esperaba a que saliera el sol y los ahuyentara.

Muchos se quedarían en el bosque, no tan cerca, ya que su familia había talado los árboles para que diera el sol en algunas partes, pero estaba segura de que podrían observarla desde lejos.

Cuando colocó el cráneo de Faunus en la nieve de su claro, su cuerpo estaba alerta y sentía un cosquilleo en la nuca al ser consciente de que al menos un par de ojos rojos la observaban.

Mayumi estaba preparada de pies a cabeza con todo lo necesario, desde su arco hasta un látigo y un rollo de cuerda. No iba a correr ningún riesgo con las

alimañas del exterior, pero no podía permitir que Faunus volviera a la vida en su casa.

No sabía qué iba a pasar, pero el mediodía había llegado igual que el día anterior, y ahora estaba cayendo rápidamente la tarde. *Ya casi es la hora.*

Se quedó mirando, esperando.

—Vamos, —susurró, rebotando sobre sus piernas con ansiedad. —Vamos. Empieza a trabajar.

El sol era cálido en su espalda, el invierno finalmente comenzaba a cambiar a medida que los días más cortos del año se hacían más largos. Las ciudades humanas pronto empezarían a celebrar esa luz.

A Mayumi le importaba poco. Siempre había preferido la noche. Era donde vivía su enemigo, y era cuando sentía que prosperaba. ¿Cambiaría eso ahora?

Por fin había encontrado una criatura que se escondía y luchaba con ella en la oscuridad. No quería que eso acabara cuando acababa de empezar.

Las yemas de sus dedos se crisparon cuando creyó ver algo que brillaba bajo la base del cráneo. Al principio fue lento, pero empezó a formarse un remolino de arena negra y viscosa.

Siempre que había visto a Faunus curarse, había sido en cuestión de segundos. Esto llevó mucho más tiempo.

Su cráneo empezó a levantarse mientras un cuerpo se alzaba bajo él, y sus labios se entreabrieron mientras se curvaban.

—Ha funcionado, —jadeó, con una sonrisa creciente. Incluso se rió mientras rebotaba sobre sus pies con los puños cerrados. —¡Ha funcionado, joder! No me lo puedo creer.

Con el tiempo, se elevó sobre ella y empezó a crecerle ese pelaje suave y brillante que le era tan familiar. Sus manos, de aspecto humano, y sus pies, de uñas de felino, se inclinaban hacia ella mientras su cola se movía hacia un lado.

Faunus bajó la cabeza hacia ella cuando las arenas empezaron a desvanecerse, mostrándole que el proceso estaba a punto de terminar. Su corazón casi tartamudeaba en su pecho.

Mayumi se adelantó con la mano extendida hacia arriba, esperando a que se formara el último trozo de él. Siguió sonriendo a sus cuencas oculares vacías y ensombrecidas.

—Enséñame esos bonitos orbes amarillos y brillantes que tienes.

Él ladeó la cabeza, escuchándola, antes de inclinarse hacia delante mientras olfateaba a escasos centímetros de las yemas de sus dedos. Podía sentir su cálido aliento bailando sobre ellas, podía oler su alucinante aroma a citronela y lima.

Me pregunto si podré tocarle la cara libremente a partir de ahora.

El rugido que siguió a la separación de sus colmillos fue bestial, inhumano, y su maldad le heló la sangre.

Sus orbes nunca se formaron, ni siquiera cuando se puso a cuatro patas y corrió hacia ella. Con los ojos muy abiertos, lanzó un grito ahogado y se echó a un lado justo a tiempo para evitar que le clavara las garras.

Rodó antes de ponerse en pie, agachada y con una mano en el suelo. Faunus se giró con un gruñido constante. Tenía el cuerpo tenso y el pelaje y las púas se le erizaban más de lo que jamás había visto.

Algo va mal.

Volvió a lanzarse a por ella, y Mayumi se zambulló entre sus brazos para esquivarlo y resbaló contra la nieve, sin tener otro sitio adonde ir. Cuando volvió a su posición agachada, se soltó y se llevó el látigo a la mano libre.

Empezó a retroceder, levantando la mano del suelo. —Faunus, soy yo.

Sus colmillos tintinearon y repiquetearon al abrirlos y cerrarlos, su cabeza sin orbes sacudiéndose de un lado a otro. Cuando rugió una vez más y corrió en su dirección, Mayumi echó a correr.

Fuera lo que fuese lo que había vuelto a traer, ya no era su dulce y divertido Duskwalker. Y la estaba alcanzando.

Cuando estuvo justo detrás de ella, se giró, lanzó su látigo hacia delante y lo atrapó alrededor de su hocico para cerrarlo. Los cuernos de su cabeza chocaron contra ella cuando saltó, y Mayumi se encontró dando volteretas en el aire hasta quedar detrás de él.

Se le escapó un resoplido cuando cayó al suelo.

Luego se vio arrastrada mientras él corría esporádicamente, intentando quitarle el látigo de la cara. Con gruñidos que salían de ella, trepó por la cuerda hasta que pudo agarrar un puñado de pelo de su trasero.

Faunus se agitó para quitársela.

Ella se mantuvo fuerte, incluso cuando él comenzó a golpear el costado de su cuerpo contra los troncos de los árboles. Él giró la cabeza, de modo que quedó mirando hacia su espalda, y ella se mantuvo fuera del alcance de sus rápidas garras.

Sólo podía hacer una cosa si no quería morir. Se soltó en el último segundo, cuando él estaba cerca de uno de los árboles más gruesos que rodeaban su casa, y se lanzó hacia el otro lado.

Resbaló cuando él siguió avanzando, pero consiguió enrollar el látigo sobre sí misma y atarlo al árbol.

Éste gimió y crujió contra la fuerza de aquel Duskwalker enloquecido y sin sentido. Soltó el látigo con las manos preparadas para agarrarlo, evaluando si aguantaría lo suficiente para hacer lo que necesitaba a continuación.

El corazón se le aceleraba y amenazaba con subírsele por la garganta. Sus pulmones entraban y salían de ella como si se hubiera tragado una sierra de arco y estuviera siendo seccionada por la propia hoja.

Esperó con las manos extendidas, y aguantó.

Mayumi desenrolló su cuerda encantada, desafió al bosque, posiblemente lleno de Demonios, y enhebró la cuerda alrededor de un apretado grupo de tres árboles, haciendo un bucle con la cuerda para que fuera más fuerte. Ató el otro extremo en forma de lazo y esperó a que se presentara la oportunidad de rodearle la garganta.

Falló las tres primeras veces, ya que Faunus se movía tan salvaje y erráticamente que era casi imposible predecir hacia dónde iría.

Al cuarto intento, trepó por la rama de uno de los tres árboles. Sólo consiguió rodearle el cuello porque saltó a su espalda desde una rama baja y se lo enroscó por detrás. Se encabritó sobre sus patas.

Al verse desequilibrada, de pie sobre una criatura viviente que se agitaba por nada más que sus pies, sintió el impacto en todo el costado. El codo le aplastó las costillas y ahogó un grito.

Un gruñido la obligó a levantar la vista. Sus ojos se abrieron de par en par cuando unas grandes manos con garras estuvieron a punto de caer sobre ella. *¡Mierda!*

Rodó rápidamente y se libró por poco de ser empalada.

Faunus saltó hacia adelante, sólo para ser tirado hacia atrás por la cuerda alrededor de su cuello. Las piernas de Faunus salieron disparadas hacia delante, al tiempo que se estrangulaba. Lo intentó varias veces y soltó un gruñido cada vez que tiraban de él.

Como un animal salvaje e inquieto, se paseaba por el extremo de la cuerda, volviendo a menudo la cabeza hacia ella para gruñir y rugir.

Estaba atrapado tanto por la cuerda encantada como por el látigo que ella tenía, manteniéndolo allí. ¿Pero por cuánto tiempo? Había visto a Faunus levantar un árbol. No sabía si tres profundamente arraigados al suelo serían suficientes para retenerlo para siempre.

De culo y apoyada en las palmas de las manos, lo miró resoplando.

¿Qué le pasa? ¿Por qué le faltan los orbes? Sólo la parte física de él parecía haber regresado, su mente ausente.

No podía creer que casi hubiera muerto porque él la había atacado. Si hubiera sido cualquier otro humano, no habría pasado del primer salto.

Un ruido metálico a lo lejos le hizo girar la cabeza hacia un lado.

Un Demonio estaba cerca.

Tanto ella como Faunus estaban al sol, pero sólo faltaban unas horas para que se hiciera de noche.

No puedo dejarlo así. No atrapado con sus colmillos cerrados. ¡Sería un blanco fácil!

Tiene... tiene que estar ahí en alguna parte... ¿no? Sus labios se apretaron en una línea apretada. *¿Tal vez sólo tenga que esperar un día más?*

Si ese fuera el caso, entonces pasaría toda la noche protegiendo a este caparazón de Faunus. Su mente estaba dispersa, lanzándole pensamientos e ideas hasta que le dio un fuerte dolor de cabeza. No pensaba con claridad, no lo había hecho desde que él se había convertido en polvo.

Lo único que sabía era que tenía que preparar la zona todo lo posible para mantenerlo a salvo.

Alejándose de él, sin dejar de mirarlo por si apartar la vista demasiado tiempo podía significar su desaparición, subió por el lateral de su casa. Finalmente le quitó la mirada de encima para poder entrar en el cobertizo poco profundo.

Las trampas de caza estaban apiladas en un rincón, y ella sacó tres a la vez por sus cadenas. Las llevó hasta donde él estaba atado y empezó a colocarlas fuera de su alcance, no quería que se hiciera daño.

Las abrazaderas que utilizó tenían un pasador en forma de sacacorchos en la parte superior, y la ayudaron a colocar los muelles en su sitio. Faunus gruñía cada vez que se acercaba demasiado e intentaba atacarla, pero ella no le hacía caso, sobre todo porque un pequeño error podía aplastarle el brazo.

Una vez colocadas las siete trampas, las evaluó desde lejos. No era mucho, pero era mejor que nada.

Aparte de quitarle el látigo del hocico y tumbarse en el tejado con el arco y las flechas, poco más podía hacer. Nada que no le costara la vida a Mayumi, por supuesto.

No sé por qué estoy tan preocupada. Puede luchar por sí mismo.

Ella sólo se aseguraría de que viera salir el sol... o más bien de que lo sintiera, ya que carecía de orbes.

El torbellino emocional que estaba experimentando, que había estado experimentando durante días, durante semanas incluso, estaba empezando a hacer mella en ella. Al final, este horrible sube y baja terminaría, pero le preocupaba lo que quedaría de ella después.

No creo que mi corazón pueda soportar mucho más de esto.

CAPITULO 42

Acurrucado en un ovillo en su forma monstruosa, Faunus levantó la cabeza al día siguiente cuando oyó los pasos de Mayumi que se acercaban. Por lo que ella supuso, lo más probable es que hubiera estado durmiendo.

Era imposible saberlo con su falta de ojos.

Era más de mediodía y ella estaba ante él, esperando como había hecho el día anterior.

Había aprendido que estar lejos de él solía dejarlo tranquilo pero alerta. La percibía, ya fuera por el olor o el sonido, pero era la proximidad lo que le ponía frenético.

No confiaba en ella, no la conocía, no la recordaba.

Él no podía ver la forma en que sus ojos se transformaban en suplicantes con los extremos arrugados. No pudo ver cómo sus labios se apretaban antes de aflojarse y temblar, ni cómo sus dientes mordían el inferior.

Y cuando el tiempo pasó, sin revelar cambios en él, no vio cómo ella contenía sus emociones.

Estaba cubierto de marcas de garras que ella sabía que se desvanecerían veinticuatro horas después de haberlas obtenido, pero no sabía si le dolían o no. Había rugido y aullado durante toda la noche mientras lo atacaban, y escuchar esos sonidos había sido desgarrador.

Había tres Demonios muertos a su alrededor. Dos que finalmente se habían desangrado y muerto por sus propias garras o colmillos. La muerte del otro no había sido tan lenta, ya que había empezado a arrastrarse con las patas aplastadas en una trampa de caza hasta que se metió de cabeza en una segunda.

Mayumi había hecho lo que había podido para protegerle desde la azotea con su arco, y sólo una vez se había echado al suelo cuando se encontró con un Demonio especialmente veloz al que no pudo clavarle las garras.

Había salido ilesa de la noche, por suerte, pero no podía imaginarse haciendo esto el resto de su vida.

La realidad se estaba asentando, y era fría y solitaria.

No va a volver, pensó mientras contemplaba su rostro etéreo y bañado en oro. Aquellas cuencas negras de los ojos parecían estanques de vacío, un vacío que ella sabía que estaba dentro de su mente. *Se ha ido.*

Le temblaron las manos cuando las cerró en puños apretados, sintiendo cómo las uñas se le clavaban en la carne turgente de las palmas.

Justo cuando el líquido empezaba a llenar la línea de flotación de sus ojos, Mayumi se agachó y cogió un gran puñado de nieve. Se lo lanzó a Faunus, que

torció la cabeza cuando le golpeó en el hombro. Éste emitió un sonido pensativo mientras se levantaba.

—¡Esto no es lo que quería!, —gritó cuando una segunda bola de nieve salpicó su hombro. —¡No quería que te convirtieras en un maldito Duskwalker zombi!

El chillido entre dientes que estalló de ella cuando empezó a lanzar bola de nieve tras bola de nieve a este caparazón zombi fue acompañado por una pesada gota que salía de su ojo izquierdo. No tardó en empezar a llorar por ambos ojos, y ella apenas lo notó.

Su pérdida y dolor finalmente se desbordaron cuando se dio cuenta de que había fracasado. Que Faunus no iba a volver, y que se iba a quedar sola.

Y ahora... ahora Mayumi iba a tener que enfrentarse a las consecuencias de lo que su desesperada ilusión había traído.

—¡No quiero cuidar de un Duskwalker salvaje como si no fuera más que un perro con una cadena!, —gritó.

Quería recuperar a Faunus. El Duskwalker grande, esponjoso y arrogante al que le gustaba molestarla tanto como a ella. El que quería protegerla, no hacerla pedazos. El que se reía de ella y sólo se quejaba o gruñía cuando se sentía juguetón, y de vez en cuando cuando ella lo irritaba juguetonamente.

¡Quiero recuperar a mi maldito amigo!

Su tristeza cabalgaba sobre las olas de su furia cuando por fin se desahogó después de días aferrándose a la esperanza y negando que aquello fuera el fin. Había pasado toda su vida conteniendo sus emociones porque las

emociones eran para los tontos, para la gente que pensaba que el mundo estaba lleno de sol, arco iris y hadas encantadas.

Todo lo que había conocido era la dureza del acero, la sangre de Demonio y humano en su piel y el olor de la muerte. Todo lo que había visto era lo terrible de la gente y del mundo.

Odiaba la vida, pero siempre había estado decidida a vivirla, sola, con la frialdad de la miseria como compañía o el ardor del alcohol para adormecerla.

No podía contener la ira. No pudo contener las lágrimas que le corrían por la cara y le mojaban los labios para que bebiera su amarga salinidad. El temblor que sentía no tenía nada que ver con el aire invernal y sí con el dolor que sentía en su interior.

Estaba cansada. Cansada de haber estado despierta dos noches seguidas por él. Cansada de aguantarlo todo, no sólo estos últimos días sin él, o las semanas anteriores, sino durante años.

Mayumi estaba agotada.

—¡Cómo te atreves a hacerme esto!, —gritó con cada fibra de su ser. —¡Cómo te atreves a venir aquí y dejar que me enamore de ti sólo para morir, joder! ¿Cómo te atreves a salvarme cuando era una niña y empezar mi enamoramiento de ti? ¡Probablemente te comiste a mi puto gato, imbécil carnívoro! —Mayumi no sabía cuántas bolas de nieve hizo y lanzó o qué número fue el que hizo que él empezara a encabritarse.

Ella no se detuvo.

—¿Por qué no podías haberte quedado como un monstruo espeluznante en las sombras y dejarme vivir sola? —Sabía que sus lágrimas caían más rápido, desprendiéndose de su carne mientras gritaba y se agitaba. —¿Por qué no podías ser como los Demonios e intentar matarme en lugar de protegerme? Nunca te pedí que vinieras aquí y fueras tan increíble, que cambiaras mi vida y me dieras la esperanza de que podría ser feliz de verdad por una vez. ¿Por qué?

Odiaba cuando él le rugía, sabiendo que ella misma tendría que cortar ese sonido permanentemente del mundo. No podía dejarlo así para que sirviera de cebo a los Demonios, ni podía dejarlo libre para que aterrorizara al mundo.

Esta no era la imagen que quería dejar de Faunus.

Tendría que matarlo, cortarle la cabeza y volver a romperle el cráneo. Ella no lo quería, pero había muchas cosas que había hecho en su vida que nunca había querido hacer.

El cansancio acabó por hundirla, y las rodillas de Mayumi acabaron por doblarse. Su última bola de nieve cayó a un palmo de sus manos al estrellarse contra el suelo.

Vio cómo sus lágrimas caían sobre la nieve y se cristalizaban mientras ella se arrodillaba sobre sus manos y rodillas.

—¿Por qué tenías que ser tan malditamente divertido y cariñoso y tan malditamente perfecto para mí, Faunus? Todos los días fingías estar bien cuando me daba cuenta de que estabas tan roto por dentro como tu estúpida cara, y no podía evitar enamorarme de esa parte de ti... porque era igual que yo. Te odio. Te odio tanto por dejarme aquí así. Odio tu estúpida cara bonita,

tu estúpido cuerpo cálido y tu estúpida personalidad. Intenté tanto salvarte. Intenté todo lo que se me ocurrió para no causarte dolor.

Levantó la cabeza para poder mirarle y se puso a cuatro patas. Por el orificio de la nariz le salían fuertes bocanadas de aliento blanco como la niebla.

No la entendía, no reconocía lo que decía ni el sonido de su voz.

—Nunca había perdido a alguien que me hiciera sentir tan completa. ¿Cómo se supone que voy a encontrar mi lugar en un mundo en el que sé con certeza que tú no estás? —La nieve, como suaves y ligeras bocanadas de diente de león, empezó a caer alrededor de ambos. —¿Cómo voy a encontrar a alguien que me haga sentir como si fuera la otra mitad de mí cuando sé que eras tú... en toda tu grande y esponjosa gloria? Te odio tanto por hacerme esto. —Luego susurró: —Y te amo tanto que siento que mi corazón arde.

Mayumi apretó la nieve con los puños mientras moqueaba.

—Estaba bien estando entumecida, —sollozó, con la saliva tan espesa en la garganta que se le pegaba. —Estaba bien estando... sola.

No quería levantarse, sabiendo que lo siguiente que haría sería sacar lamentablemente su espada.

No quiero hacerlo, pensó mientras cerraba los ojos cuando le costaba demasiado mirarle. *Si lo hago, entonces sabré con certeza que no hay forma alguna de salvarte.*

Su pecho se agitaba con respiraciones estremecedoras; la nariz le goteaba por las lágrimas. El frío se apoderó de su cuerpo dolorido y tembloroso mientras estaba de rodillas a pocos metros de él.

Cuando fue demasiado para sus dedos, cuyas puntas ardían por la escarcha, los ahuecó contra su pecho mientras se tumbaba sobre sus rodillas dobladas.

La única persona por cuya pérdida Mayumi había llorado tanto era su madre. Su padre le había enviado un mensaje y le habían concedido una pequeña excedencia en el gremio para que pudiera estar con ella en los últimos días.

Cogiendo la frágil mano de su madre, con el rostro pálido y enfermizo, Mayumi la había visto morir en paz.

No había derramado ni una sola lágrima, como tampoco lo había hecho su padre, que no permitió a ninguno de los dos el consuelo de un abrazo.

En lugar de eso, Mayumi se limitó a ayudarle a cavar un hoyo en el cementerio familiar, en el bosque, a una hora de camino de su casa, para que pudieran darle el respetuoso entierro que se merecía con una lápida. Cuando terminaron, Mayumi hizo las maletas y se marchó, pero a medio día de viaje rompió a llorar.

Tampoco había vuelto a ver a su padre desde que desapareció cuando ella estaba de servicio, y había dejado de recibir sus cartas. Lo más probable es que se lo hubieran comido. Entonces no lloró, sino que se entregó a su trabajo con más tenacidad en su honor.

Pensó que ninguna otra muerte podría ser tan dolorosa como la suya y, sin embargo, aquí estaba... sobre sus manos y rodillas, incapaz de mantenerse en pie, incapaz de respirar. Estaba a punto de ahogarse con el dolor que casi la destrozaba.

¿Por qué me abandonan todos los que quiero?

Sacudió la cabeza, incapaz de soportarlo.

—Así que aquí es donde estabas, —oyó que decía en voz baja una voz masculina e imposiblemente grave.

No había oído pasos ni el sonido de alguien resoplando al caminar por la nieve mientras se acercaban. Lo repentino de aquello la sorprendió tan profundamente que abrió los ojos llenos de lágrimas para mirar hacia arriba.

Al principio, pensó que no era más que una nube negra más alta que ancha. Entonces, de repente, se formó un rostro negro casi de carboncillo, que se dispersó segundos después. Una mano negra y calcárea se alzó para tocar el rostro de Faunus, que se había vuelto hacia la voz que le había hablado. La mano desapareció antes de hacer contacto y una pequeña nube negra se cernió sobre su hocico.

Apareció una pierna calcárea, una cadera, la parte de un hombro, todo lo cual se desvaneció casi tan rápido como llegó - sin embargo, la nube en sí nunca se desvaneció.

—¿Q-Quiénes es usted?, —preguntó con voz tartamuda y tosca, cuando en realidad... debería haber preguntado qué era.

Aquel rostro apareció de la nada, sin cuello, cabeza ni cuerpo, para mirar en su dirección. Se inclinó antes de desvanecerse.

Sin embargo, oyó esa voz hablar una vez más.

—No esperaba ver a un humano con él, —dijo la nube antes de moverse al otro lado de Faunus. La cara apareció en la parte superior, cerca del cráneo de Faunus. —¿Eres tú el que intentó pegarle la cara?

—Sí, —respondió mientras se arrastraba para ponerse en posición de defensa.

A un humano normal podría haberle extrañado el monstruo de las nubes, pero Mayumi pensaba que ya había visto suficientes cosas extrañas como para no sorprenderse.

Además, estaba demasiado agotada como para seguir preocupándose.

El rostro desapareció, para volver a unirse y mirar fijamente en su dirección. —¿Por qué intentaste salvarle?

—Porque me importaba, —respondió con un hipo. —Era mi amigo.

—Y, sin embargo, le has maldecido a media vida, —afirmó mientras el rostro desaparecía. Su mano se agitó de lado en su lugar. —Has mantenido su cuerpo con vida y, al hacerlo, has fracturado su alma en dos.

Lo sabía. Sabía que algo iba mal.

—¿Por qué estás aquí? —Mayumi apoyó la mano en el pomo de su espada. —No creas que no me he dado cuenta de que nunca has respondido a mi pregunta original. Si... si planeas hacerle daño, lucharé contra ti.

Su plan era matarlo de la forma menos dolorosa posible. Aunque fuera un zombi, le preocupaba que su parte sensible siguiera ahí y que lo sintiera si lo torturaban.

Sólo en el silencio que la recibió se dio cuenta de que la nube negra no estaba vacía. En su centro había una llama blanca que permaneció oculta hasta que el lento remolino de la esencia de la criatura se separó ligeramente.

Mayumi se acercó sigilosamente para poder intervenir, pero no tenía ni idea de cómo se suponía que iba a luchar contra un ser hecho de una nube.

—Hmm. —La mano grisácea de la criatura apareció sólo ante la parte inferior de su rostro, de modo que pudo ahuecarse la mandíbula. —Vine porque sentí morir a este pequeño, y sin embargo su alma no vino a mí como debía. He venido a recogerla y a averiguar por qué. —La nube dejó de arremolinarse y en su lugar palpitó por un momento, casi como si los hombros de una persona se levantaran y cayeran en un suspiro. —Pero como dije, no esperaba ver a un humano con él, ni a uno que obviamente ha estado llorando. ¿Estás triste porque se ha ido? Tu alma parece estar marchita en tu interior. Sólo veo esto en humanos que experimentan intensos niveles de pena y dolor.

Podría haber mentido, y tal vez si un humano se lo hubiera preguntado, lo habría hecho, pero Mayumi no le vio sentido a mentir.

—Sí. Intenté salvarle porque quería que se quedara.

Apareció el rostro calcáreo, y a ella no le gustó cómo sonreía. No con el hecho de que tuviera unos colmillos grandes y afilados como los del Rey Demonio, casi curvados hacia dentro y parecidos a los de un tiburón.

La nube se movió tan deprisa que ella ni siquiera tuvo la oportunidad de retroceder cuando lo tuvo delante. No olía a nada, y la nube que pasó por su mejilla durante un segundo no la sintió. Sólo la vio pasar sobre su ojo antes de que se posara hacia atrás.

—No he respondido a tu pregunta. Soy Weldir, *semidei Custos Tenebris*. —Una mano se agitó hacia abajo con un silbido antes de convertirse en nube. —O, para un humano, Weldir, Guardián de la Oscuridad.

—¿Weldir? ¿Por qué me suena ese nombre?, —susurró con los ojos entrecerrados, pensativa. Entonces cayó en la cuenta. —¿Weldir? ¿Como el padre de Faunus, el espíritu del vacío?

La risita que salió de él fue cálida. —Llamarme el espíritu del vacío equivale a que yo te llame el humano de este claro. No tiene sentido. No es más que una descripción.

Bueno... ¿cómo diablos iba a saber eso? En realidad, era todo lo que Faunus le había dicho.

—Pero sí, en resumen, soy el padre de este Mavka. Lindiwe y yo hemos estado esperando su regreso.

—Lindiwe... ¿quién? —preguntó Mayumi.

—Su madre. La llaman la Lechuza Hechicera, que es un título apropiado para ella, aunque yo la llamo mi compañera.

Dos manos se formaron a su alrededor, y luego tiraron hacia atrás como si él quisiera tirar de ella hacia delante. No ocurrió nada, y Mayumi no sintió nada. Sin embargo, cuando la nube revoloteó hacia atrás, sintió el deseo de seguirla y lo hizo vacilante.

Cuando él flotó demasiado cerca de Faunus, que empezó a gruñir por su cercanía, ella se detuvo.

—Como dije, su alma está fracturada. —Apareció una mano, que parecía atrapar algo en el aire antes de que una llama amarilla cobrara vida. Era el cráneo y los cuernos de Faunus y nada más. —Esto debería aparecer como todo él, igual que tu alma aparece como tú. Sin embargo, la mitad de su cuerpo está atrapada dentro de la forma física que le has concedido al maldecirle.

—No era mi intención, —suspiró ella, frotándose la cara con confusión. Todo lo que había aprendido, todo el dolor que había sentido en las últimas semanas y especialmente días... todo esto era demasiado abrumador para una sola persona.

Fue entonces cuando se dio cuenta del líquido que cubría sus mejillas y empezó a limpiarse la cara de lágrimas y mocos.

—Está bien, —afirmó él. —Lo único que tengo que hacer es arrancar su alma de su forma física.

El corazón de Mayumi se apretó con fuerza mientras volvía los ojos hacia un lado para apartar la mirada de Weldir y, sobre todo, de Faunus.

—Tu alma se ha oscurecido aún más. ¿No quieres esto? ¿Quieres dejarlo como está?

—En absoluto. Odio haberle hecho esto. —Sus labios se apretaron cuando un pensamiento cruzó su mente. —Hay algo que no entiendo. Si puedes hacer esto, joder con su alma, significa que debes tener poder, ¿no? —Mayumi volvió sus ojos entrecerrados hacia la esencia turbia de Weldir. —Faunus dijo que eres una especie de semidiós o algo así. Si es así, ¿por qué no le ayudaste? Es tu hijo.

El cráneo ardiente de Faunus se evaporó.

Dio un salto hacia atrás cuando una mano se materializó y se clavó directamente en su frente.

—Porque mi poder es limitado. Ni siquiera puedo crear una forma física en este mundo, y he robado un poder que no debería tener sólo para estar aquí. Se supone que no debo intervenir, y me espera un castigo si se descubre que lo hago.

La nube se separó para mostrar a Mayumi su centro, y ella se dio cuenta de que el resplandor blanco que había visto antes era un alma de llamas blancas.

—He utilizado el alma de este humano sólo para poder dejar la niebla que he creado en el Velo. Se me permite recoger las almas de mis hijos, pero su vida es suya. El único lugar donde tengo fuerza real es Tenebris, e incluso entonces, no soy capaz de permanecer físicamente durante mucho tiempo, aunque lo desee. Las partes fantasmales que ves de mí ahora son el mismo control que tengo físicamente en mi propio reino, y cuanto más tiempo esté separada de él, antes me desvaneceré.

—¿De verdad no podrías haber evitado que el Rey Demonio le partiera el cráneo? —Sus ojos se arrugaron por la tristeza y la lástima que la invadían. —¿Por qué está detrás de ellos, de todos modos? La mera existencia de los Duskwalkers no me parece razón suficiente.

—Cualquier excusa es suficiente para un tirano, —afirmó Weldir. —Pero lo que has preguntado es válido. La causa de la ira de Jabez sólo tiene que ver conmigo.

Sus cejas se fruncieron con fuerza. —¿Qué quieres decir?

Su rostro apareció, y se volvió en dirección a Faunus para mirarle. Se desvaneció, pero ella tuvo la extraña sensación de que su mirada estaba clavada en el Duskwalker.

—Busca debilitarme, y por eso ha escogido a mis hijos para hacerlo, ya que yo mismo no puedo ser dañado, y todos los intentos contra Lindiwe han resultado ineficaces debido a que ella es un Fantasma y regresa a mí tras sus muchas muertes. No se me permite intervenir más allá de cómo he manipulado su portal al reino de los elfos. —El rostro calcáreo se materializó frente a ella y luego su mano se alzó como si se encogiera de hombros con ella. Ambos desaparecieron al mismo tiempo. —Tengo tres tareas en este mundo. Una es hacer que el portal de Jabez sea un viaje de una sola dirección, lo que significa que cualquier Demonio de pura raza que cruce del reino de los Elfos a éste se queda atrapado aquí. Soy lo que impide que su ejército ataque. Soy la línea de defensa del pueblo élfico aquí.

—Y al hacerlo, nos has maldecido a los humanos, —afirmó ella, con los dientes rechinando de irritación.

—Lo cual es desafortunado pero necesario. Este reino es más grande, tiene más gente, y os reproducís tan rápido que la esperanza era que vuestra especie no estuviera erradicada para cuando el pueblo élfico encontrara una solución para eliminar a los Demonios de vuestro mundo, así como del suyo propio.

Mayumi se cruzó de brazos, apretándolos sobre el pecho con una rabia que sabía que no podía desatar. Sin embargo, su mordacidad era un arma que manejaba con soltura.

—¿Cuáles son tus otras tareas entonces, oh gran semidiós de la oscuridad?

—Me recuerdas a Lindiwe. Rápida para la ira, y sin embargo fría. ¿Estás segura de que tu alma no fue cortada de la misma llama que la suya? —Mayumi se apartó un mechón de pelo de la frente, pero antes de que pudiera responder con una réplica, él dijo: —Desde que los Demonios se han visto obligados a venir aquí, se me ha encomendado la tarea de purificar las almas corrompidas que proceden de los Demonios. Ya sea un animal o un humano, lo que come un Demonio corrompe la llama de su alma, y debo usar el poco poder que tengo para curarlos. Luego, mi tarea final es dar a esas almas un lugar donde vivir, de lo contrario, tu mundo sería invadido por Fantasmas. Aunque sean humanos, no pasan a los Dioses que albergan a las almas muertas de aquí. Yo les doy un hogar y, al hacerlo, gano poder. Por eso, usar uno como el de hoy para darme un impulso temporal de habilidad también me debilita profundamente.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que toda la nube de Weldir parecía... más pequeña que cuando había aparecido.

Se volvió hacia Faunus cuando vio en su periferia que se estaba rascando la cuerda que tenía alrededor del cuello. Él emitió un gemido de angustia, y sus ojos se inclinaron al verlo hacerlo.

Estaba atrapado. Aquello no era vida para él, aunque fuera media vida.

—¿Vas a llevarlo allí entonces? A Tenebris, o como quiera que lo llamaras. ¿Será capaz de caminar allí, o sería una llama, no realmente consciente?

—Puede que no tenga que hacerlo, —dijo Weldir, justo cuando su nube se movía para estar delante de su línea de visión.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Hasta qué punto te importa este Mavka? —Una pierna se formó mientras él se acercaba a ella. —¿Eres consciente de que buscan una novia con el fin de llegar a ser parte de este mundo?

—¿Parte de este mundo?

—Buscan comer carne porque son devoradores de almas, y al igual que una novia se transforma en Fantasma al convertirse el Mavka en su ancla viviente, esa alma a cambio los ancla al mundo físico, lo que los fortalece. Por eso ya no tienen hambre una vez formado el vínculo. —Su rostro se formó antes de desvanecerse y mostrarse de nuevo vuelto hacia Faunus. —Le has dado un nombre, supongo. Has dicho que es tu amigo. Pero, ¿es algo más? Intentaste salvarle, pero ¿estarías dispuesta a arriesgar tu vida si yo pudiera traerle de vuelta?

Su puño derecho se cerró, deseando desesperadamente aferrarse a ese hilo de esperanza pero temiendo hacerlo. —Dijiste que no podías interferir.

—No puedo interferir con los Demonios, ni puedo salvar a un Mavka una vez que su cráneo ha sido dañado. —Su rostro apareció frente a ella, y una vez más tenía una gran sonrisa llena de colmillos. —Pero actualmente está dentro de los límites de mi control. Ha muerto, lo que significa que su alma es mía y

puedo hacer con ella lo que quiera. Tampoco puedo manipular a un ser humano vivo sin su permiso. ¿Cómo crees que conseguí una compañera? Mi interferencia con ella quedó anulada una vez que se convirtió en mía, como te ocurriría a ti si te convirtieras en la suya.

Eso despertó su interés, y levantó una ceja singular.

—¿Qué harías tú?

—Debo advertirte. Esto podría no funcionar. Podría traer vuestras almas de vuelta a Tenebris. Dado que no puedo traer a nadie de entre los muertos, ni siquiera a mis hijos, no veo otra opción. Pero, al mantener tú parte de su alma viva y en este reino arreglando su cráneo antes de que pasara un día, significa que no es una resurrección completa sino a medias, en la que puedo saltarme las reglas, por así decirlo.

—¡Oh, sólo escúpelo!, —gritó, espantando a Faunus, que se lanzó hacia ella sólo para ser tirado hacia atrás por la cuerda. —Si hay una manera de salvarlo, ¡por supuesto que quiero hacerlo! No me importa lo que me cueste.

—Se te ha iluminado el alma, —se rió Weldir. —Seguro que le resultará más agradable comerla caliente.

—¿Planeas dársela de comer? ¿No me convertiría eso en su novia?

—Pareces confundida y vacilante, —dijo Weldir, con el ceño fruncido como ella. —¿Por qué?

—Bueno, —refunfuñó Mayumi mientras se frotaba uno de los codos. —Ya le ofrecí mi alma, y dijo que no porque no quería condenarme.

—Si le importas, como a ti, todo irá bien. —Su mano se formó, flotando a escasos centímetros del esternón de ella. —Debes hacer tu elección, o tendré que llevármelo en su lugar. Como dije, mi tiempo aquí es corto.

Cuando su mirada se posó en Faunus, ella ya había tomado su decisión.

—Bien. —Sus mejillas se calentaron, casi como un rubor tímido; lo que resultaba extraño para alguien que rara vez lo hacía. —Sólo tómala.

Sin previo aviso, la mano se disparó hacia adelante en su pecho, hundiéndose bajo su carne como alguien que se introduce en el agua. No sintió nada más que el calor que brotó de ella en el momento en que su alma fue expulsada de su cuerpo por su mano negra y calcárea.

Entonces, la nube de Weldir se detuvo frente a Faunus, que olfateó el aire. Weldir no tenía olor, así que Mayumi supuso que estaba oliendo su alma.

Weldir la dirigió hacia un lado, como quien lanza una pelota a un perro, y el cráneo de Faunus la siguió. Fue hacia el otro lado, Faunus la siguió antes de que Welder se la lanzara.

Sus colmillos se abrieron y luego se cerraron en torno a ella. Levantó la cabeza y tragó saliva.

—Ya que estoy aquí, también podría curarle las heridas, para que no tenga que soportarlas si esto funciona, —dijo Weldir, justo cuando arena negra y brillante salió de dentro de su nube para envolver a Faunus.

—Si es como me cura Faunus, ¿no te hará daño? —preguntó Mayumi mientras ladeaba ligeramente la cabeza.

Le sorprendía que Weldir se preocupara tanto cuando Faunus probablemente se curaría solo.

¿Tal vez porque es su padre? Faunus le había dado la impresión de que rara vez se había reunido con él, si es que lo había hecho, lo que significaba que había estado ausente la mayor parte de su vida. Entonces no esperaba que le importara tanto.

La forma en que Weldir sonrió cuando su rostro se formó momentáneamente, sus ojos arrugados con profundo humor, mostraban un trasfondo de algo más.

—No se puede hacer daño a algo que no siente nada.

Así que eso era. No había sacrificio en tomar sus heridas para sí mismo.

Independientemente del motivo, observó cómo la arena brillante llenaba sus heridas hasta no dejar ni una cicatriz. También lo limpió, dejando su pelaje esponjoso y brillante a la luz del sol.

Al ver cómo sucedía todo, no pudo evitar reírse en silencio de lo poco romántico que resultaba verse unida a un Faunus de esta forma y no con un gran gesto. Era lógico que fuera así para ella.

Ya es demasiado tarde para cambiar de opinión.

No es que lo hubiera planeado.

CAPITULO 43

Mayumi sabía, por la forma en que la cara calcárea de Weldir se formaba y dispersaba mientras apuntaba en dirección a Faunus, que estaba esperando a ver si funcionaba.

La espera fue larga, y su corazón se aceleró por la expectación.

Vamos... suplicó mentalmente mientras rebotaba impaciente sobre sus pies. Una suave ráfaga de aire lanzó al aire copos de nieve sueltos para que bailaran. *Vamooooooos*.

—Si esto falla, ¿tendrás que llevarme a mí también?, —preguntó a Weldir, llenando el angustioso silencio.

—Tu alma ha sido devorada y ya no te pertenece. Sin un ancla viva, tu cuerpo se volverá incorpóreo y permanecerá así. Sólo te dejaría aquí para que sufrieras como un Fantasma y, con el tiempo, olvidarías quién eres o cómo llegaste a morir.

Su labio inferior se encogió hacia un lado antes de levantar el brazo y frotarse la nuca. —Murió para salvarme. No creo que se alegrara si supiera que morí dándole mi alma.

—No le hará daño si no lo sabe, —respondió con tono indiferente.

—¿Qué pasa con las almas que purificas y conservas? ¿Cómo es Tenebris?

Él guardó silencio un momento, pero ella vio cómo sus labios se entreabrían en un pensamiento. Era difícil saber cómo era, ya que sólo conseguía vislumbrarlo. Ella pensó que podría ser atractivo, y sus orejas eran puntiagudas y asomaban a través de un pelo largo.

—Tenebris es... hermoso, —respondió finalmente en voz baja, pero con una profundidad en su voz que revelaba su cuidado. —Lo hice así para que las almas estuvieran contentas. Es oscura excepto donde un alma se queda, y entonces es brillante para ellas. Las guío para que no tengan que vagar por la nada y encuentren la paz en el mundo que he creado para ellas. Mantenerlo es agotador, pero es mejor que verse obligado a oírles llorar de miedo y confusión. Les resulta más fácil aceptar que han muerto, y a veces ni siquiera se dan cuenta de que han muerto: algunos olvidan lo que era haber vivido.

—Si es tan hermoso, espero no verlo nunca entonces.

—Parece que no lo harás, por ahora. —Volvió la cara hacia ella con los labios curvados hacia arriba. —Ha aceptado tu alma, y ha permitido que la parte de él que está aquí se fortalezca a través del vínculo para que yo pudiera volver a unir el fragmento perdido en ese poderoso momento.

Sus cejas se fruncieron. —Pero sus ojos siguen desaparecidos.

—Estoy seguro de que aparecerán, dale tiempo, —dijo mientras su forma se cernía hacia atrás, con una pierna formándose una sola vez. —Puesto que ya no me necesitan aquí, me marcharé mientras aún tenga el poder del alma que he consumido. Espantar a mi pareja en este reino me hace bastante cosquillas, sobre todo porque no puedo hacerlo muy a menudo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que volverá a la normalidad?

Al no recibir respuesta, miró hacia atrás para ver que no se había alejado para dar espacio a Faunus y a ella, sino para marcharse.

Da igual. Mayumi se encogió de hombros mientras encaraba a Faunus una vez más e incluso se acercó un poco más, aunque con cautela.

Tras unos minutos de silencio, aparte del susurro de las hojas y el graznido de un pájaro a lo lejos, por fin notó un cambio.

Dos puntitos de luz amarilla se formaron justo cuando su alma atravesaba el centro de su huesuda frente. Pero no fueron los únicos cambios que se produjeron.

El oro que había utilizado para pegarlo empezó a derretirse, derramándose por su mejilla y por el agujero de su nariz. Se aplanaba y se bifurcaba por todo el hueso como si se filtrara por pequeñas fisuras que ella no había podido ver.

El exceso goteaba de él como si su alma fuera una fuente de calor que lo uniera correctamente.

Cuando su alma emergió por completo, extendió ambos brazos. Hilos negros, como tinta pegajosa, salieron disparados del extremo superior de sus cuernos de carnero y se enroscaron alrededor de sus manos y antebrazos. Luego, su alma tiró, y tiró, como si intentara volver a unir su cráneo hasta que sus brazos quedaron cruzados sobre su pecho.

Por último, acurrucó y dobló las piernas debajo de sí misma y apoyó la cabeza en medio de los brazos.

Una vez hecho esto, sus orbes destellaron en grandes remolinos ardientes que giraban con rapidez antes de reducir su velocidad.

El cuerpo del él se movió hacia delante como si estuviera respirando por primera vez en mucho tiempo. Miró a un lado y a otro antes de apoyarse en las patas traseras para levantar las garras y mirarlas, como si no pudiera creer que fueran reales o que estuviera vivo.

Mayumi dio un paso al frente e inclinó el cuerpo hacia un lado mientras lo evaluaba. —¿Faunus?

Él bajó las manos y giró la cabeza hacia ella.

—*¿Mayumi?* —Él pasó las yemas de sus dedos por la grieta de su cráneo antes de atreverse a tocarla por completo. —*No siento dolor. ¿Cómo es posible? Sé que he muerto.*

—Es una larga historia, —soltó una leve risita, el alivio que sintió la obligó a reír.

Ella le dio un momento para recomponerse cuando su cuerpo cambió de monstruoso a la forma que ella no había visto en días. La forma humana con la que podía mantenerse en pie con facilidad.

—Estás unida a mí. Puedo sentirlo.

Él levantó aún más su mano y la envolvió alrededor de su alma. Tiró de ella hasta que los hilos se estiraron y acabaron rompiéndose para poder sostenerla y luego mirarla. Cuando la soltó, volvió a flotar hasta situarse entre sus cuernos y retomó su posición anterior con nuevas cuerdas que se unían como si nunca la hubiera tocado.

Ha vuelto... ha vuelto de verdad.

Justo cuando estaba a punto de abalanzarse sobre él y abrazarlo, acariciar su suave pelaje y sentir su delicioso aroma a citronela y lima que ya echaba de menos, él hizo algo que la hizo palidecer.

Agarró el cuerno del lado malo de su cara y tiró de él como un idiota.

—¡¿Qué estás haciendo?! —Gritó Mayumi mientras corría hacia delante y le tiraba del brazo para detenerle.

Él la empujó hasta el punto de que casi se cae y continuó tirando tan fuerte como pudo de su cuerno. El cuerpo de él se dobló repetidamente bajo la fuerza.

—No se rompe, —pronunció con asombro en la voz. Luego se volvió hacia el mismo árbol que tenía detrás, puso las manos sobre él y estampó la cara contra él. Soltó una carcajada de alegría. —¡No se rompe!

Lo hizo una vez más y luego se volvió rápidamente hacia ella.

Sus orbes amarillos eran más brillantes que de costumbre, el regocijo en ellos obvio antes de que se volvieran de color rosa brillante.

Ella tardó una fracción de segundo en darse cuenta de que él se había movido antes de encontrarse a sí misma chillando. Él la lanzó por los aires, con los brazos y las piernas dando volteretas dejando que bajara, antes de atraparla.

—No siento dolor, Mayumi. Ya no siento que me esté desvaneciendo. Mi cara es tan fuerte como antes. —Él le acarició todo el maldito cuerpo como si hubiera estado esperando una eternidad para hacerlo. —No sé cómo lo has

hecho, pero te estaré eternamente agradecido el resto de mi vida, sobre todo contigo a mi lado.

Ella comenzó a deslizarse hacia atrás y cayó sobre su antebrazo. Estaba sentada en él como si fuera una percha o un columpio, y él le rodeó el centro con el otro brazo para mantenerla firme. Sus piernas se balanceaban bajo su antebrazo, su pecho se hundía justo encima del de él mientras sus rodillas se doblaban y presionaban contra el plano duro y cálido de su abdomen.

Le acarició la punta del hocico por debajo de la barbilla, hasta que se inclinó hacia delante para frotarle el surco dorado que tenía debajo.

El intenso y vibrante ronroneo que siguió provocó un cosquilleo de afecto a los sentidos de ella. —¿Sabes cuánto tiempo he deseado simplemente frotar mi maldita cara contra ti? Era casi insoportable negarme el deseo.

Mayumi no pudo contener la carcajada que se le escapó.

—¿Sueles ser así de alegre, o sólo te alegras de verme?, —se burló ella, necesitando burlarse de él para saber que podía hacerlo de nuevo.

—Las dos cosas, —respondió él con su propia risita. —Una vez creí que mis ojos eran amarillos porque me alegro rápidamente, pero también soy muy curioso. —Le lamió el cuello y añadió: —Como tú has descubierto.

Ella le rodeó toda la cabeza con los brazos y la acurrucó, agradecida por no tener que preocuparse por hacerle daño. El pecho le palpitaba con una ternura tan dichosa que sabía que nunca había experimentado nada parecido. Incluso se le llenaron los ojos de lágrimas, pero por un motivo completamente distinto.

Ha vuelto. Está vivo.

Cuando él echó la cabeza hacia atrás para mirarla con sus orbes de un rosa brillante, la sonrisa que curvó sus labios fue suave pero llena de adoración.

—Te he dicho que no puedes llorar este tipo de lágrimas por mí, —retumbó mientras pasaba la punta de la lengua por una de sus mejillas húmedas. —Las únicas lágrimas que quiero ver son las que me regalas cuando te pierdes en el abandono, gimiendo ese segundo nombre que tienes para mí.

Mayumi, confiando en que él no la dejaría caer, levantó las manos para poder ahuecar las comisuras de su mandíbula. —Son lágrimas de alivio, Faunus. No creí que volvería a verte, y me alegro mucho de que estés vivo.

—No me importa, mi novia feroz. —Chocó la punta de su hocico contra sus labios para robarle un beso. —No cuando veo que llevas un rato llorando. Tienes la cara hinchada y roja.

—Oh, cállate y llévame dentro.

Como él quería un beso, ella le dio pequeños picotazos contra la mancha dorada de su cara cuando él empezó a caminar hacia los escalones de su porche.

Él dio unos dos pasos antes de soltar un ahogo y lanzarse hacia atrás. Entonces hizo esa cosa espeluznante en la que torcía el cuello para mirar por encima del hombro, descubriendo que estaba atado al árbol.

—¿Por qué estoy atado como una mascota?

—Lo siento, —rió ella mientras le desataba el lazo del cuello. —Déjame liberarte.

Adelantó la cabeza. —Tendrás que explicar lo que ha pasado.

—Lo haré, pero más tarde, —susurró con los labios rozándole el hocico una vez liberado y caminando. —Por ahora, sólo quiero sentirte. Quiero sentir que realmente estás aquí y que ahora estás conmigo.

Ella se sentía rebotar en su antebrazo con cada paso que él daba, con las piernas balanceándose bajo su brazo. No tenía por qué sorprenderse de que pudiera sostenerla así; era su Duskwalker, fuerte y magnífico.

—Eso suena premonitorio— dijo él con la cálida risita que ella había echado tanto de menos. —Iba a prometerte la eternidad, pero si me exprimes hasta la extenuación, quizá ambos perezcamos a causa de tu insaciable deseo.

Sus labios se curvaron en una mueca mientras intentaba pensar en una réplica ingeniosa.

Por suerte, había sido lo bastante sabia como para retirar sus amuletos, para que no le hicieran daño en caso de que volviera a ella. Eso les dio libertad para subir por el porche y cruzar la puerta de su casa.

—¿Faunus?, —preguntó ella una vez que estuvieron dentro, y Faunus no hizo más que abrazarla.

Faunus tenía una mano alrededor de su muslo y la otra alrededor de su cintura, con los pechos apretados el uno contra el otro. La calidez de ella le aliviaba el costado del cráneo mientras lo acurrucaba contra su cuello, envuelto por su barbilla sobre él, su yugular suavemente palpitante a un lado y su hombro debajo.

—No quiero bajarte, —admitió apretándola más fuerte como si su existencia en este mundo dependiera de ello.

—No tienes que hacerlo, —replicó ella suavemente, bajando la cara para apretarla contra la de él.

Sus ojos se oscurecieron ante la felicidad de que ella no sólo aceptara su abrazo, sino que lo intensificara.

Su casita estaba caldeada por la chimenea moribunda y olía a calabaza y a sueño. Absorbió estas sensaciones, al igual que a ella, y le invadió una abrumadora sensación de gratitud.

No sabía nada de lo que le esperaba al otro lado, pero siempre le había preocupado que fuera solitario.

Cuando sacrificó su vida para salvar la de ella, pensó que no volvería. También había temido que no hubiera sido suficiente y que la hubiera encontrado de algún modo en el más allá, vagando perdida y sola.

Esta alternativa era mucho mejor de lo que jamás podría haber esperado.

Ella estaba viva. Y él estaba con ella. Era su novia, algo que había deseado hasta la fibra de todo su ser.

Su llama estaba caliente en su pecho. Podía sentirla allí mientras sabía que también estaba encima de su cráneo.

Mayumi le daba besitos dulces y suaves en la cara, siguiendo una línea que él notaba diferente. No tenía ni idea de lo que era, pero ya lo descubriría más tarde. Lo único que sabía era que no le producía dolor.

Ella bajó mientras presionaba con la punta de los dedos la parte inferior de su barbilla para levantarla. Besó la parte delantera de sus colmillos y él abrió la vista para descubrir que sus ojos estaban fijos en él.

Parecía un poco más pálida de lo que él recordaba, y la parte inferior de sus ojos estaba hinchada y rosada, pero cuando ella sonrió con un toque malvado en su expresión, su corazón se aceleró de repente. También había una calidez tierna, que nunca había visto en ella.

Mayumi siempre había sido sensual con él, pero esto parecía puro afecto. ¿Podría algún Duskwalker, o incluso un humano, no sentirse cautivado por ella siendo así?

No creo que pueda soportar que sea más dulce conmigo. El mero hecho de que ella le besara la cara mientras lo miraba hizo que su vista se volviera de un color rosado brillante. El hecho de que él se sintiera lo suficientemente cómodo como para permitir que ella lo viera lo hacía aún mejor.

Me gusta que sea fría. Hace que sea más fácil no caer presa de ella, lo cual era un pensamiento extraño viniendo de una bestia como él.

Entonces ella hizo algo que hizo que sus mandíbulas se separaran ligeramente de una profunda expiración.

Mayumi *lamió* sus colmillos.

A la tercera vez, le exigió: —Abre, Faunus.

Él separó bien los colmillos y recibió su lengua lamiéndola con la suya. Ella intensificó el contacto deslizando la suya por la suya con fuerza y rapidez. Él conoció personalmente cada una de sus deliciosas papilas gustativas con una emoción que le recorría en cada pasada. Cuando ella giró la cabeza hacia el otro lado, él hizo lo mismo hasta que ella le mordió la punta de la lengua.

Su cabeza se echó hacia atrás, sin esperar que ella lo hiciera, pero ella se mantuvo firme y su lengua se extendió entre ellos.

Él leyó la expresión de 'te tengo' en su cara.

Faunus soltó un pequeño gruñido, acalorado. Empujó la cabeza hacia delante y sus colmillos se separaron alrededor de su cara mientras le metía la lengua entre los dientes hasta el fondo de la boca.

No pudo evitar gemir al sentir su sabor y su textura, mientras ella emitía un suave gemido en respuesta mientras lo lamía.

Cuando sintió sus manos jugueteando entre ellos, agarró la capucha de la chaqueta de ella y se la quitó cuando terminó de desabrochar los botones. Ella se quitó la camisa y la dejó caer también. Necesitaba su hermoso cuerpo desnudo contra el suyo. Necesitaba sentir que era real, que estaba con ella en el mundo físico.

Su mano la acarició desde entre las caderas hasta la columna vertebral, hasta que le cortó el lazo del pelo con la garra e introdujo los dedos en los maravillosos mechones. Admiraba cada centímetro de ella, desde la piel suave y las vértebras duras hasta el pelo sedoso.

Cada parte de ella le producía un hormigueo en la palma de la mano.

Un ruido sordo fue seguido por un segundo, una de sus botas cayó al suelo de madera, mientras que la otra cayó encima de su pie cuando ella se las quitó de una patada.

—Creí que nunca volvería a tocarte, —susurró ella, pasando los dedos por el pelaje de su pecho hasta que se deslizaron por sus hombros y la parte superior de su espalda. —Ni olerte, —murmuró después de plantar la cara contra su cuello e inspirarle profundamente. —O sentir tu calor o escuchar tu respiración.

Una llamarada lo atravesó, erizando todas sus partes inhumanas, desde el pelaje hasta las púas que lo cubrían. Incluso la punta de su cola se enroscó ante sus declaraciones.

Su aroma estaba madurando de tranquilizador a acalorado, su excitación crecía hasta envolver su mente como un dolor. Jadeó contra ella y le apretó el pelo y el muslo con más fuerza por la rápida tensión que le provocaba.

Ella estaba siendo tan voraz y apasionada que él se estaba descontrolando. Con tal de que no se detuviera, dejaría que se lo comiera vivo, adorando ser mimado por sus manos y su boca en continuo movimiento.

No pudo contener el ronroneo que retumbó mientras frotaba el lateral de su cráneo contra ella. Apretó con más fuerza su pecho desnudo para poder llegar a la raíz de su pelaje y tocar contra su misma carne.

—Echaba de menos ese ronroneo y la forma en que me hace cosquillas en mis malditos pezones. No me importa cómo lo hagas, pero quítame los pantalones y tómame, Faunus. Dios, te he echado de menos dentro de mí.

La risa de ella era burlona cuando un gruñido se mezcló con su ronroneo. Le quitó la mano del pelo para poder sujetarle el torso, manteniéndola en pie mientras dejaba caer el brazo por debajo de su trasero. Sus piernas se balancearon contra él cuando le agarró la parte trasera de los pantalones y sus garras atravesaron el material antes de arrancárselos del cuerpo. La tira de tela que tenía entre las piernas, una barrera escasa e inútil, se fue con ellos.

Luego se adelantó para colocar su culo perfecto, firme y redondo en el borde de la mesa. No estaba dispuesto a tumbarla del todo, no de una forma que pudiera escapársele.

Era casi una mejor posición, ya que la acercaba a su entrepierna con sus muslos bien formados abiertos alrededor de los suyos. Faunus se inclinó sobre ella con un brazo estirado para enjaularla aún más.

Mayumi se apoyó en ambas manos sin dejar de mirar sus orbes. Al abrazarla los había mantenido rosados, pero al contemplar su hermoso cuerpo desnudo ante él, su vista se transformó en morada.

¿Cómo no iba a hacerlo cuando la vio pasar la lengua por la comisura de sus labios antes de morder el interior del inferior con evidente interés? O cuando su vista se desvió hacia abajo para ver que sus bonitos pezones marrones

estaban rígidos, como si estuvieran suplicando su atención, y empezó a mover el dorso de una de sus garras arriba y abajo contra ellos.

Sus orbes se iluminaron aún más cuando el plano delgado y musculoso de su vientre se hundió y ella inclinó las caderas hacia delante para mostrarle más de sí misma.

Todos los demás sonidos se interrumpieron cuando gimió al ver sus pliegues marrones y su raja rosada, tan húmeda y resbaladiza que era fácil verla brillar en la tenue luz que se filtraba en su casa. Y, ahora que tenía las piernas abiertas, el tentador olor que desprendía se apoderó aún más de su mente.

Juraba que el aire se burlaba de él regalándole pequeños bocados cada vez que respiraba.

Su cabeza se echó hacia atrás, sin esperar que ella lo hiciera, pero ella se mantuvo firme y su lengua se extendió entre ellos.

Él leyó la expresión de ‘te tengo’ en su cara.

Faunus soltó un pequeño gruñido, acalorado. Empujó la cabeza hacia delante y sus colmillos se separaron alrededor de su cara mientras le metía la lengua entre los dientes hasta el fondo de la boca.

No pudo evitar gemir al sentir su sabor y su textura, mientras ella emitía un suave gemido en respuesta mientras lo lamía.

Cuando sintió sus manos jugueteando entre ellos, agarró la capucha de la chaqueta de ella y se la quitó cuando terminó de desabrochar los botones. Ella se quitó la camisa y la dejó caer también. Necesitaba su hermoso cuerpo

desnudo contra el suyo. Necesitaba sentir que era real, que estaba con ella en el mundo físico.

Su mano la acarició desde entre las caderas hasta la columna vertebral, hasta que le cortó el lazo del pelo con la garra e introdujo los dedos en los maravillosos mechones. Admiraba cada centímetro de ella, desde la piel suave y las vértebras duras hasta el pelo sedoso.

Cada parte de ella le producía un hormigueo en la palma de la mano.

Un ruido sordo fue seguido por un segundo, una de sus botas cayó al suelo de madera, mientras que la otra cayó encima de su pie cuando ella se las quitó de una patada.

—Creí que nunca volvería a tocarte, —susurró ella, pasando los dedos por el pelaje de su pecho hasta que se deslizaron por sus hombros y la parte superior de su espalda. —Ni olerte, —murmuró después de plantar la cara contra su cuello e inspirarle profundamente. —O sentir tu calor o escuchar tu respiración.

Una llamarada lo atravesó, erizando todas sus partes inhumanas, desde el pelaje hasta las púas que lo cubrían. Incluso la punta de su cola se enroscó ante sus declaraciones.

Su aroma estaba madurando de tranquilizador a acalorado, su excitación crecía hasta envolver su mente como un dolor. Jadeó contra ella y le apretó el pelo y el muslo con más fuerza por la rápida tensión que le provocaba.

Ella estaba siendo tan voraz y apasionada que él se estaba descontrolando. Con tal de que no se detuviera, dejaría que se lo comiera vivo, adorando ser mimado por sus manos y su boca en continuo movimiento.

No pudo contener el ronroneo que retumbó mientras frotaba el lateral de su cráneo contra ella. Apretó con más fuerza su pecho desnudo para poder llegar a la raíz de su pelaje y tocar contra su misma carne.

—Echaba de menos ese ronroneo y la forma en que me hace cosquillas en mis malditos pezones. No me importa cómo lo hagas, pero quítame los pantalones y tómame, Faunus. Dios, te he echado de menos dentro de mí.

La risa de ella era burlona cuando un gruñido se mezcló con su ronroneo. Le quitó la mano del pelo para poder sujetarle el torso, manteniéndola en pie mientras dejaba caer el brazo por debajo de su trasero. Sus piernas se balancearon contra él cuando le agarró la parte trasera de los pantalones y sus garras atravesaron el material antes de arrancárselos del cuerpo. La tira de tela que tenía entre las piernas, una barrera escasa e inútil, se fue con ellos.

Luego se adelantó para colocar su culo perfecto, firme y redondo en el borde de la mesa. No estaba dispuesto a tumbarla del todo, no de una forma que pudiera escapársele.

Era casi una mejor posición, ya que la acercaba a su entrepierna con sus muslos bien formados abiertos alrededor de los suyos. Faunus se inclinó sobre ella con un brazo estirado para enjaularla aún más.

Mayumi se apoyó en ambas manos sin dejar de mirar sus orbes. Al abrazarla los había mantenido rosados, pero al contemplar su hermoso cuerpo desnudo ante él, su vista se transformó en morada.

¿Cómo no iba a hacerlo cuando la vio pasar la lengua por la comisura de sus labios antes de morder el interior del inferior con evidente interés? O cuando su vista se desvió hacia abajo para ver que sus bonitos pezones marrones estaban rígidos, como si estuvieran suplicando su atención, y empezó a mover el dorso de una de sus garras arriba y abajo contra ellos.

Sus orbes se iluminaron aún más cuando el plano delgado y musculoso de su vientre se hundió y ella inclinó las caderas hacia delante para mostrarle más de sí misma.

Todos los demás sonidos se interrumpieron cuando gimió al ver sus pliegues marrones y su raja rosada, tan húmeda y resbaladiza que era fácil verla brillar en la tenue luz que se filtraba en su casa. Y, ahora que tenía las piernas abiertas, el tentador olor que desprendía se apoderó aún más de su mente.

Juraba que el aire se burlaba de él regalándole pequeños bocados cada vez que respiraba.

—Mira lo pequeña que eres ahora por dentro, —ronroneó mientras deslizaba su garra índice por el costado de los músculos de su abdomen, viéndolos bailar entre apretones. Enfundó las garras mientras hundía la punta del pulgar en la entrada y la abría como una cortina. —Así no cabré dentro de ti.

—Te dije que no quería que deshicieras el hechizo.

Sólo por su tono sarcástico, Faunus le metió el pulgar hasta los nudillos. Ella respiró entrecortadamente, pero él no esperaba que se le pusieran los pelos de gallina. Luego lo retiró y, mientras estaba húmedo, lo utilizó para frotar su clítoris endurecido y necesitado, al tiempo que deslizaba el dedo corazón en su interior. Estaba tensa y caliente.

—Tus dedos no, —gimió ella, bajando la mano derecha para agarrarle la muñeca. —Ya estoy lista, Faunus. Necesito tu polla dentro de mí. Necesito sentirte como antes de que me volvieras a cambiar.

Mayumi no solía estar tan impaciente por su polla. Mientras sintiera placer, no le importaba que Faunus se tomara su tiempo con ella, tocándola, probándola, sintiéndola, empujándola a cotas cada vez más altas.

Quizá porque se sentía apegada... ¿también quería estar apegada a su polla?

En cualquier caso, Faunus le clavó un segundo dedo mientras se inclinaba hacia delante para rozarle la mejilla con el hocico. No se había dado cuenta de que Faunus estaba igual de desesperado por unirse a ella, que necesitaba estar dentro de ella tanto como ella lo necesitaba a él. Tomarse su tiempo con ella era casi insoportable.

Desde el momento en que ella le mordió la lengua, su polla se había sacudido frenéticamente por la excitación y la anticipación, hasta que se puso dura y apenas pudo contenerla detrás de su costura. Quería convertirse en uno con ella, reclamar a su nueva novia en un frenesí y devorar cada parte de ella, su corazón, su alma, su cuerpo, todo a la vez.

—Debo montarte, aunque sea un poco, para hacer el hechizo. —Retiró los dedos hasta casi perderla, antes de volver a meterlos hasta el fondo. —No me interesa destruir este maravilloso lugar, pero con gusto se lo arruinaré para cualquier otra persona.

Cuando ella echó ligeramente la cabeza hacia atrás para gemir por el movimiento de sus dedos, dejó al descubierto la columna de su cuello. Él la lamió, haciendo que ella se estremeciera y se aflojara para él.

La separó con los dedos para poder hacer sitio para añadir un tercero, encontrando, como antes, que era con gran dificultad.

El control que tenían sus tentáculos se debilitó cuando esta mujer deseosa empezó a mover las caderas ante sus dedos.

Espero que sea posible una segunda vez... No estaba seguro de poder repetir el hechizo, puesto que ya se lo había hecho una vez. La inmensa presión de su polla estaba a punto de hacerla salir de su costura cuando pensó: *Pero no creo que pueda sobrevivir a esta hembra si no puedo follármela hasta dejarla sin sentido.*

Porque la conocía lo suficientemente bien como para saber que se burlaría de él, y lo provocaría, y lo tentaría hasta el punto de clavarse la polla y partirla.

—Oh, Dios, date prisa. Te juro que sólo quieres castigarme. —Ella gimió, con la cabeza inclinada hacia un lado mientras él seguía lamiéndole el cuello. —Sácalos o me voy a correr.

Para alguien que no sonaba como si quisiera eso, ella seguía tratando de moverse sobre sus tres dedos y su pulgar acariciando el duro nódulo de su clítoris. Cuanto más movía él los tres dedos, más profundo llegaba, estirándola lentamente para que al menos pudiera sentir la punta de su gran polla.

—Pero creía que sólo querías mi polla, —ronroneó contra ella. —¿O este precioso coñito va a aceptar todo lo que le dé y se va a correr?

Se le erizó la piel de placer por poder provocarla de nuevo, jugar con ella, tocarla sabiendo que planeaba montarla. Hace una semana, no creía que esto

fuera a ser posible nunca más, y sin embargo, aquí estaba... con esta pequeña hembra debajo de él y contoneándose deliberadamente.

Sólo por esa razón, quería jugar con ella. La razón, y la principal, era porque ella estaba siendo exigente, y a él no siempre le gustaba darle lo que quería.

—Faunus..., —empezó antes de que sus labios se entreabrieran cuando él rozó deliberadamente aquel punto sensible de su interior. La acarició con el dedo corazón, los otros dos detrás de ella ayudaron a encontrarlo más fácilmente y a que se hinchara cuando él empujó.

Se apartó para crear espacio entre ellos. —Agárrame los cuernos.

El mero hecho de que pudiera decirle que le agarrara los cuernos hizo que su polla se deslizara hacia los extremos de sus tentáculos, amenazando con soltarse. Tuvo que apretar la ingle para mantenerlos agarrados.

Levantó una mano y le agarró el derecho, mientras con la otra sólo le aferraba el pelaje del hombro. Ella evitaba lo que antes era el lado malo de su cara.

Su espalda se arqueó profundamente cuando él sintió la primera ondulación de su coño.

—Me voy a correr. Voy a correrme, —susurró en voz baja.

Un largo gemido siguió, y él sintió los dedos de los pies de ella enroscarse contra la parte exterior de sus muslos. Justo cuando su coño se estrechaba, Faunus sacó sus dedos de ella justo antes de que su orgasmo terminara de liberarse para robárselo.

Ella jadeó y miró hacia abajo, incrédula.

Sus facciones se suavizaron cuando sus tentáculos se liberaron, y ella abrió los muslos en señal de bienvenida. Apoyó la punta de su polla palpitante y dura en la entrada de ella.

—Quiero que me sujetes los dos cuernos, Mayumi, —graznó ante el cálido roce que se extendía sobre la cabeza ligeramente puntiaguda, y no pudo evitar intentar penetrarla más profundamente. Era tan suave, tan caliente, tan perfecta. —Sujétalos bien fuerte.

Con los ojos clavados en donde apenas estaban unidos, ella levantó la mano y le agarró los cuernos con ambas manos.

No puedo esperar más.

Le clavó las garras en el abdomen y sintió cómo se tensaba alrededor. La sangre brotó y, por primera vez en su vida, no sintió hambre de ella.

Faunus se estremeció al empujarla, sintiendo cómo su cuerpo empujaba hacia delante mientras él intentaba montarla. El hechizo tardó en activarse, y al principio pensó que no iba a hacerlo.

Contuvo la respiración hasta que, finalmente, el coño de ella se abrió paso hacia él, lenta pero constantemente. Supo que lo había hecho con más fuerza cuando su pene se hinchó y soltó una gota de semen directamente en el interior tembloroso y apretado de ella.

La última vez que lo había hecho, estaba enfadado, celoso y posesivo. Estaba desesperado por penetrarla por dentro, así que la había reclamado para sí.

Esta vez era diferente. Ya era suya. Sólo la estaba recuperando, y se sentía fenomenal al hacerlo, sabiendo que era su novia, que estaría unida a él para siempre.

Sus colmillos se separaron, y él aulló ante la fuerte presión y el delicioso sonido de la cabeza sensible empujando a través.

—Oh, joder, —ronroneó ella.

—Mírate, —gimió él mientras se veía a sí mismo penetrando más y más profundamente, con los muslos de ella agitándose todo el tiempo. —Mira tu pequeño coño tomándome tan bien, abriéndome paso otra vez. —El gruñido posesivo que salió de él fue de triunfo. —Tan apretado. Tan bonito mientras te extiendo.

No necesitó apartarse para mojarla con su lubricante. El lubricante rezumaba de él y le facilitaba la entrada, pero lo hizo sólo para sentir la sensación.

Lo que no sabía era que Mayumi había estado intentando aguantar mientras él la cambiaba. Sus movimientos hacia atrás y hacia adelante, hasta que llegó al punto en que ya la había estirado, la pusieron al borde del abismo, como la última vez.

En el momento en que empezó a apretarlo, las garras de Faunus se clavaron en la madera de la mesa y la estropearon. Empujó lo que tenía dentro de ella, clavándose en ella con golpes hambrientos.

Provocó un crescendo de gritos en ella.

Ella no había terminado cuando él la penetró tan profundamente como le fue posible, así que retiró sus garras de su carne y empezó a follarla tan rápido

como podía contra la mesa. La mesa se tambaleaba bajo ellos, amenazando con romperse al golpear contra la pared. Cada golpe era fuerte, lo que demostraba lo salvajemente que se la estaba follando.

Estaba listo para correrse, pero no iba a detenerse hasta que su hembra terminara de destrozarse. *Mía. Ella es mía. Mía para cogerla, para follarla, para tocarla.*

Oleadas de calor se extendieron por todo su cuerpo, empezando por la ingle, e hicieron que su pelaje y sus púas se levantaran en ondulaciones sucesivas mientras su piel se tensaba.

Antes, cada vez que estaba así de duro, sentía una ligera palpitación en el cráneo, que se intensificaba cada vez que empezaba a sentir el placer.

Ahora, todo lo que sentía era euforia mientras esta mujer cachonda le cogía la polla como la buena chica que necesitaba que fuera. Mientras ella agarraba ambos cuernos e incluso se levantaba agarrada a ellos en su éxtasis. Mientras su cuerpo se hundía y se inclinaba en olas mientras gritaba. Mientras ella mojaba su pene, con un aroma tan delicioso que sus vaivenes se ahogaban aún más, y su lengua se desesperaba por probarlo.

Debería haberla lamido primero. Gimió cuando ella empezó a relajarse. *Debería haber dejado que se corriera alrededor de mi lengua. Siempre sabe tan maravillosamente bien.*

Su vista se posó en la mano que rodeaba el muslo de ella, manchando su carne con sangre y su fluido. Sus embestidas se detuvieron sólo para que pudiera levantar la mano y lamer la palma y los dedos, absorbiendo ambas esencias.

Los ojos aturdidos de ella lo miraban, y él sólo veía lujuria en ellos mientras se untaba la lengua.

—Todo de ti sabe bien, —retumbó. —Tu coño, tu sangre, tu sudor. Siempre he querido morderte, pero antes no podía. Creo que hoy le pondré remedio.

Los labios entreabiertos de ella, resoplando con respiraciones superficiales, se curvaron hacia arriba en una sonrisa inquietante. —Muerdo. Atrás.

—Apuesto a que sí, —dijo él mientras retrocedía con sus tentáculos sujetando las caderas de ella. —No hemos terminado aquí. Agárrate fuerte a mí.

Faunus deseaba poder sujetar su bonito culo y la parte posterior de sus muslos mientras estaba de pie, pero en lugar de eso se vio obligado a arrodillarse una vez que se alejaron de la mesa.

Ella estaba sentada encima de él, con las piernas alrededor de sus muslos y las manos agarradas a sus cuernos para mantenerse erguida. Su pecho le rozaba el torso cuando él la mantuvo quieta y empezó a introducir la polla en su estrecho canal.

Como siempre, su cuerpo era demasiado pequeño para contener algo tan grande y alto como él. Podía ver los primeros centímetros abultando su carne desde el interior, empujándola hacia arriba.

—Sí, Fauno, —gimió ella, colgándose de los brazos y echando las rodillas hacia atrás, de modo que quedó aún más abierta para él. —Así. No pares.

Tenía los pies en punta para apoyar la parte superior de ellos y las espinillas contra las caderas en movimiento de él. Ella los utilizó, y sus brazos, para

ayudarse a rebotar, forzándolos a ir más rápido, para que sus impactos fueran más profundos, más duros.

—Te he echado de menos, —gimió él mientras se hinchaba momentáneamente dentro de ella, con el calor y la firmeza acurrucando su dolorida polla. —Echaba de menos esto. Estos últimos días han sido muy duros para mí, Mayumi. Querer tocarte y no poder. Te deseaba, como siempre te he deseado.

—Oh, Fauno, —susurró ella, sus ojos se entrecerraron en lo que él pensó que podía ser compasión por él, así que se puso a embestir su polla más rápido para que esa expresión desapareciera.

De repente, sus gritos se hicieron más fuertes, más desgarrados y perdidos. Mayumi echó la cabeza hacia atrás, con el pecho inclinado hacia él, y empezó a mover las caderas hacia delante y hacia atrás mientras él metía y sacaba la polla.

La mezcla de sus movimientos hizo que se le humedecieran los ojos, al tiempo que su nariz y sus mejillas se sonrosaban por la profunda excitación. Su mirada se desenfocó por completo y se quedó mirando la nada del techo.

Y Faunus supo, por los espasmos que ondulaban alrededor de su polla, que ella estaba a punto de romperse de nuevo. Mayumi fue completamente engullida por la oscura entidad que era su lujuria.

—Eres tan condenadamente hermosa así, —gruñó, agarrándole con más fuerza los muslos y las caderas y utilizándolos para hacerla rebotar. —Es el único momento en que te ablandas. Cuando tu boca sarcástica y sucia no puede hacer otra cosa que gemir y lloriquear. Ni siquiera puedes ver bien lo

que te follan, ¿verdad? —Frenó sólo unos empujones mientras decía: —Pero apuesto a que puedes sentirlo, puedes sentir mi polla dentro de ti.

Antes de que ella pudiera ordenar sus pensamientos, él volvió a acelerar el ritmo.

Sus ojos llorosos empezaron a arrugarse, haciendo que sus lágrimas llenas de lujuria resbalaran por sus mejillas en rápidos golpes. Faunus no tenía ni idea de por qué verla llorar de éxtasis le excitaba tanto, pero siempre le daban ganas de hacer cualquier cosa para ver esos patéticos regueros por su cara.

Soltando una nalga, le metió los dedos en el pelo, los apretó con fuerza y le empujó la cabeza hacia delante, obligándola a ver cómo su polla entraba y salía de ella. Separó los tentáculos para asegurarse de que ella pudiera ver cómo se estiraban los labios de su coño alrededor de la gruesa circunferencia de su polla.

A Faunus le gustaba follársela en el espejo siempre que podía. De vez en cuando se asomaba detrás de ella, viéndole penetrarla desde atrás y pudiendo mirar también hacia abajo, entre los dos.

También adoraba la forma en que sus entrañas se agitaban cada vez que ella los miraba, apretándose, dando espasmos, ondulándose con tentadores apretones.

—*Mía,* —gruñó, deseando enterrar su hocico contra ella. Cuando ella intentó levantar la cabeza, él no se lo permitió. —Míranos. Mírame coger el coño de mi pequeña novia. Querías mi polla, así que puedes ver cómo te hace correrte.

Lo único que pudo hacer fue corear ese adorable apodo que le puso, el que estaba reservado sólo para esto, justo antes de gritar abandonada.

Sus sacos se alzaron en la base de su polla mientras se apretaba por los apretados espasmos de las paredes de ella intentando ordeñarlo. Faunus gimió profundamente, con los pulmones temblorosos.

—Te dije lo que pasaría si me dabas tu alma, Mayumi. —Faunus se estremeció durante su orgasmo, y las embestidas de su polla se volvieron más fluidas a medida que el líquido de ella se acumulaba en su costura y alrededor de la base de sus tentáculos. —Que haría lo que quisiera con ese vientre tuyo, y lo llenaría, lo reproduciría, lo haría mío.

Le soltó el pelo cuando ella se relajó de nuevo y la dejó volver la mirada hacia él. Ella se encontró cara a cara con su cráneo jadeante, sus orbes de un color morado tan oscuro.

Él no sabía cuál era la expresión de su cara, pero se quedó en silencio. Su polla seguía moviéndose. No iba a darle un respiro, no cuando estaba a punto de acabar justo donde quería.

—No conozco el hechizo para evitarlo. Nunca pensé que lo necesitaría, pero creo que una parte de mí no quería saberlo.

Los tentáculos de Faunus apretaron su agarre sobre ella, tratando de forzarla hacia abajo para que no pudiera escapar de él.

—Tengo tantas ganas de acabar dentro de ti, Mayumi. Así, como estamos ahora, contigo como mi preciosa novia... con tu cuerpo listo y esperándome. Me duele por ello.

Él no sabía si ella entendía que estaba esperando una respuesta de ella, pero más le valía darla pronto, o él tomaría la decisión por ella. Ella emitió un pequeño maullido cuando su pene se hinchó al tiempo que sus sacos volvían a levantarse, advirtiéndole de la inminente inundación que él no sería capaz de contener.

—Mayumi..., —gimió él cuando ella tardó demasiado.

—Hazlo ya, —susurró ella. —Quiero sentir tu caliente semen dentro de mí más que nada. No me importa lo que pase; sólo necesito sentirlo.

Con un gruñido de victoria, él le soltó el pelo para poder agarrarse a sus hombros y sostenerla a ella y a sí mismo mientras curvaba la columna y empujaba la cabeza hacia delante. Sin previo aviso, Faunus hizo lo que había prometido y le clavó los colmillos en el cuello.

La mordió, lo bastante fuerte como para sacarle sangre, pero no lo suficiente como para desgarrarla, y la empujó hacia él. Mayumi jadeó y sus manos soltaron los cuernos para poder agarrar con fuerza la piel de sus hombros y tirar de ella.

Sus tentáculos se cerraron en torno a ella al mismo tiempo que las púas de su polla se endurecían y se aferraban a ella. Su rugido fue amortiguado por la carne, sus respiraciones a través del orificio nasal resoplaron, cuando el primer estallido de su semilla salpicó dentro de ella.

—*Nhn,* —maulló ella, la tensión de su mordisco aliviándose de ella mientras él llenaba su coño perfecto con cada gota que tenía para dar.

La vista de Faunus se ennegreció mientras se deleitaba en ella, sintiéndola empezar a desbordarse mientras la dulzura de su sangre goteaba lentamente en su boca. El calor de su cuerpo a su alrededor era como el paraíso, igual que se sentía como en casa entre sus brazos.

Además, el aroma a calabaza y sueño de ella le dejó la mente en blanco y se sintió invadido por la ternura y el placer. Su rugido se convirtió en un gemido agitado y alterado por la mente.

Su polla dejaba muy poco espacio dentro de ella para guardar su semilla, excepto en lo más profundo de su vientre, y el resto era forzado a salir a través de su estrechez. En la tranquilidad de su hogar, se oían fuertes salpicaduras mientras el resto caía al suelo entre las rodillas abiertas de él.

Su cola permaneció curvada en tensión todo el tiempo, mientras su cuerpo daba salvajes sacudidas y espasmos: su incapacidad para empujar a través de esto era una agonía.

Suavemente, Faunus retiró sus colmillos de ella ensanchando su mandíbula y tiró hacia atrás. Unas gotas carmesí cayeron sobre su hombro cuando ella se dejó caer hacia delante con los brazos caídos. Su pulso latía frenéticamente, y él no sólo podía oírlo, sino sentirlo contra él, igual que oía y sentía los pulmones de ella trabajando a toda velocidad.

Su propio corazón y su respiración eran aún más rápidos.

Mayumi se acurrucó contra su piel y él empezó a mover las yemas de los dedos por su columna vertebral.

—¿Estás bien? ¿Te duele mi mordisco? ¿Deseas que te cure? —La curaría si ella lo deseaba, pero le gustaba tenerla encima un rato más: el primero de muchos mordiscos que esperaba darle...

Le gustaba especialmente la idea de morderle los muslos y el culo si ella se lo permitía. Mordisquearía cada trozo de carne con total placer.

—Qué bien me he sentido, —dijo ella, sin preocuparse por su herida. Luego soltó una suave carcajada. —Pero tengo malas noticias para ti, Duskwalker.

—¿Malas noticias?, —preguntó mientras se lamía el hocico, tratando de beber cada pedacito de ella que había robado. Era dulce y casi ácido como su olor, pero metálico y salado como toda la sangre.

—Ya no estoy en la parte fértil de mi ciclo. —Ladeó la cabeza al no entender qué significaba eso, teniendo en cuenta que pensaba que las hembras eran fértiles todo el tiempo. Luego, con voz suave, susurró: —Más suerte el mes que viene... si te dejo.

—No lo entiendo, —respondió él.

Eso sólo la hizo resoplar con humor.

—Claro que no. —Pasaron unos largos pero hermosos segundos. Él la peinó antes de pasar las manos por su cuerpo, abrazando feliz a su nueva novia, la única a la que había amado. —¿Me has oído?

—¿Oír qué, Mayumi?

—Antes de que volvieras, te grité. ¿Oíste lo que dije?

Faunus ladeó la cabeza. —No, no lo oí.

No sabía cuánto tiempo había estado fuera. Lo último que recordaba era haber luchado contra los Cazadores de Demonios.

—Bien, —murmuró contra él. —Quiero decírtelo como es debido.

—¿Qué es lo que...? —Antes de que él pudiera terminar de interrogarla, queriendo saber las cosas secretas que ella le había dicho, suaves ronquidos salieron de ella.

Como tenía toda la parte delantera del cuerpo pegada a él, incluida la cara, le giró suavemente la cabeza y descubrió que se había quedado dormida. Y no cualquier tipo de sueño... sino aquel en el que la persona estaba lánguida y mortalmente pálida por el agotamiento. Como sus lágrimas más recientes provenían de la tensión física más que de la angustia emocional, pudo ver la oscuridad hinchada bajo sus ojos.

Ella no ha dormido.

Nunca la había visto tan cansada.

Faunus los movió con cuidado hasta que pudo colocar su espalda contra la pared para que pudieran descansar juntos mientras seguían unidos. Le gustaba que ella se sintiera tan cómoda como para dormir así encima de él, con la polla aún metida dentro de ella para poder oír y sentir los latidos de su frágil pero fuerte corazón a su alrededor.

Se sentaría así para siempre si era lo que ella necesitaba.

Apretando el lateral de su huesudo hocico contra su pelo, la acarició con él mientras su mano seguía jugando a lo largo de su piel por todas partes que podía tocar.

Ella no durmió mientras yo no estaba.

No necesitó preguntarle por qué había elegido acostarse con él si estaba tan agotada.

Ella habla con su cuerpo. Él sabía esto de ella.

Era la forma que tenía Mayumi de hacerle saber que le echaba de menos, que se preocupaba por él, que le amaba, igual que él a ella. También era su forma de demostrarle que le necesitaba, no sólo en cuerpo, sino en vida. Que había estado profundamente dolida antes de que él volviera a ella.

Le rozó la mejilla con el dorso de los dedos e incluso el suave borde de la nariz.

Nunca volveré a dejarte. Esta vez le pasó el nudillo por la nariz y luego por los pelos cortos de sus extravagantes y siempre expresivas cejas. *Te seguiré adonde quieras ir y te ayudaré a conseguir lo que te propongas.*

Si ella quería ir de nuevo al sur, al mar, él la llevaría allí. Si ella quería poner cebos y luchar contra Demonios, él estaría más que feliz de ayudarla - especialmente porque él sería mucho mejor manteniéndose cuerdo mientras lo hacía.

Y si lo único que quería era follárselo hasta casi matarlo, él estaría encantado.

Había empezado su vida solo. Ahora sabía que estaría llena de recuerdos traviesos, alegres y burlones. Todos ellos de esta mujer mandona,

descaradamente irritante, que había atesorado desde el momento en que la conoció.

Su vista encontró el espejo para mirarse correctamente la cara, viendo el destello de oro que se reflejaba en ella, así como su hermosa alma. Sus orbes se volvieron del rosa más brillante que jamás había visto.

Mi rostro está hecho de su voluntad de mantenerme a su lado.

3 meses después

Mayumi se balanceaba suavemente de un lado a otro mientras estaba sentada a la espalda de Faunus en su forma monstruosa, sintiendo cómo el cálido viento le acariciaba suavemente la cara. El sol brillaba suavemente a través del dosel de hojas mientras atravesaban el bosque.

Los pájaros cantaban alegremente y las flores silvestres se asomaban a través de la fina capa de nieve para saludar por primera vez en meses.

Había aromas en el aire, agradables para la mayoría, pero para Mayumi...

Su fuerte y profundo estornudo hizo que los pájaros se dispersaran asustados. Se frotó la nariz, que le picaba y moqueaba. *Odio la primavera, joder.*

—Ése sí que era grande, —se rió Faunus, teniendo cuidado de dónde pisaba para asegurarse de no alterar el ambiente y provocar que una columna de polen se elevara en el aire a su alrededor.

—Alergias... Lo juro. —Continuó picándose la cara. —Ojalá pudiera arrancarme la nariz.

Normalmente no eran tan malas, pero nunca había viajado relativamente rápido a lomos de un Duskwalker. Levantó su bufanda sobre su cara, que había sido una barrera decente hasta hace unos cinco minutos.

—Dijiste que no había flores en el Velo, ¿verdad?, —preguntó ella con un jadeo dolorido.

Él levantó la cabeza en una dirección al azar, escuchando algo que ella no podía. —No hay flores. Sólo niebla y árboles.

—Bien. Date prisa y aléjame del mundo superficial infestado de polen antes de que se me dispare el cerebro a través de los senos nasales.

Torció el cuello de esa maldita forma espeluznante para mirarla de espaldas. Mayumi se apoyó en un brazo estirado detrás de ella y enarcó una ceja.

—¿Sueles ser así de...? —Hizo una pausa mientras intentaba encontrar la palabra adecuada.

—¿Cabrona?, —respondió ella por él. —Es como rencorosa e irritada.

Chasqueó la lengua mientras asimilaba la palabra. —¿Sueles ser así de cabrona en primavera?

De repente, Mayumi deseó no haberle ayudado. Hizo un mohín.

—No, pero mis alergias no suelen ser tan malas. —Sus ojos se entrecerraron en una mirada profunda y rencorosa. —Apuesto a que todo esto es culpa tuya. Me pica toda la cara, Faunus.

Le miró el cuerpo y luego giró la cabeza hacia delante. Casi podía imaginárselo poniendo los ojos en blanco, ¡si es que los tenía! Sacudió la cabeza mientras sus hombros rebotaban como si se estuviera riendo de ella.

—Te advertí que saldría victorioso, que no serías capaz de detenerme.

Puso la mano sobre su abdomen hinchado. —Si no estuvieras cargando con toda mi mierda, te tiraría algo a esa cabeza grande, gorda y dura que tienes.

En ese momento, estaban trasladando un gran número de objetos desde su casa hasta las profundidades del Velo. Iban por el camino más largo, evitándolo en la medida de lo posible, para poder entrar en él por el suroeste. Todavía estaban más bien al norte y así había sido durante la mayor parte de la semana.

A Mayumi no le costó mucho darse cuenta de que estaba embarazada, no es que fuera una sorpresa teniendo en cuenta que él había sido sincero con sus intenciones. Ella había dejado que sucediera, sabiendo que no podía hacer nada para evitarlo.

Su maniobra de marcha atras resultó deficiente, teniendo en cuenta no sólo sus tentáculos, sino también sus púas. Intentó calcular su ciclo, intentó evitarlo, lo que había fracasado terriblemente.

Durante dos días enteros evitaron el sexo en mitad de su ciclo, y sin embargo aquí estaba, embarazada de este Duskwalker cachondo.

Una vez que se dio cuenta, después de vomitar lo que él llamaba oscuridad de su estómago -que apestaba terriblemente- ambos discutieron sus opciones.

Mayumi ya había estado dándole vueltas a la idea de ir al Velo desde que Faunus había expresado que estaba decepcionado por no poder ver a sus

hermanos y a sus propias novias. Ella también sabía, sin lugar a dudas, que él odiaba su hogar.

Él no encaja en él.

No era justo obligarle a vivir en él cuando ni siquiera podía mantenerse en pie.

Lo que la hizo acelerar su decisión fue esto. Por primera vez en su vida, Mayumi estaba un poco... ¿asustada? Bueno, realmente asustada. ¿Qué diablos se suponía que iba a hacer ella con un niño o lo que fuera? Y cuidar de uno de su especie parecía difícil, y apenas tenía respuestas.

Magnar y Delora tenían uno y ella había planeado estrangularlos para obtener respuestas si no se las daban de buena gana. Faunus le dijo que no haría falta, pero su ansiedad le estaba dando ganas de ser violenta; quizá también las hormonas del embarazo.

Faunus y Mayumi iban a buscar una zona del bosque cercana a sus casas y construir la suya propia. Faunus planeaba establecer su propio escudo de protección para mantenerla a salvo y esperaba poder convencer a Magnar y Orpheus para que le ayudaran a construir una casa adecuada para ellos. Por muchos que fueran.

Ahora que su cráneo es fuerte, ya no teme a Jabez. Faunus le había dicho que le encantaría estrellar su cráneo parcialmente dorado contra el suyo.

Mayumi dejó escapar un pequeño suspiro.

Realmente espero poder volver y recoger todas las cosas de mi familia. En la espalda de Faunus, atadas desde el cuello hasta la espalda, había bolsas y bolsas con sus cosas.

Había dejado atrás lo que podía resistir, con toda la intención de volver para llevárselo a su nuevo hogar. Lo que tenía era su ropa, sus juegos de mesa, sus utensilios de cocina y armas y más armas.

También había una tienda de campaña militar de estilo antiguo que había conseguido que Klaus, Henry y Yoshida robaran de los viejos barracones del Puesto Avanzado de Colt. Pensaban utilizarla como hogar temporal. No era muy ancha, pero era lo bastante alta como para que incluso Faunus pudiera estar de pie en ella, eso esperaba.

Esos chicos me molestan a veces, pero me alegro de haber podido despedirme de ellos.

Les había dicho que Faunus estaba vivo, y se sorprendió cuando Yoshida pareció ser el más aliviado con la noticia. También les informó de que se marchaba y que no sabía cuándo volvería.

Después de un rato de viaje, sus ataques de estornudos se calmaron ya que no estaban viajando a través de una sección particularmente dañada de árboles, y ella comenzó a mirar a su alrededor el cálido mundo.

Estaba buscando algo, esperando.

No había mucho que hacer a lomos de un Duskwalker más que molestarlo, y ella en ese momento tenía un juego con el que disfrutaba. Ella tendría que decir que es uno de sus favoritos de todos los tiempos ahora.

—Gira un poco a la derecha, —le pidió ella en voz baja.

Cuando él lo hizo, los llevó lentamente más allá de un tronco de árbol caído que le llegaba aproximadamente a la altura de la rodilla. Ella negó con la cabeza y finalmente le dijo que fuera a la izquierda cuando vio algo más.

Una piedra. Una muy grande.

—Esto parece perfecto, —le dijo ella ronroneando, frotando la parte inferior de su bota contra la parte posterior de su cuerno. —Está a la altura de tu cadera. Perfecto para tumbarme.

El cuerpo de Faunus tembló *violentamente* entre sus muslos mientras se estremecía, cruzando una de sus manos delante de la otra antes de casi tropezar. Incluso dejó escapar un gemido tembloroso.

Echó la cabeza hacia atrás por encima del hombro, con los orbes morados. —No lo hagas, —gimoteó él. —Debo recorrer una buena distancia hoy.

Con la mano libre, pasó las yemas de los dedos desde sus caderas, sobre su vientre y entre sus pechos. —Pero quiero hacerlo. Es perfecto, Faunus, y el suelo está demasiado nevado aún para que me recuestes contra él.

—Mayumi, —gimoteó patéticamente antes de que otro estremecimiento le recorriera todo el cuerpo.

Desde que supo que esperaba un hijo suyo, el maldito Duskwalker cachondo se calentaba a la mínima. Cuanto más se le notaba la barriga, lo cual no era difícil ya que era delgada, peor resultaba.

Mayumi se lo había tomado como un reto.

Ella echó la cabeza hacia atrás y se rió, profunda y ruidosamente, para el mundo. Ella sabía que él sólo quería llegar al Velo, donde era más seguro, y ella estaba bajo su protección. También le preocupaba que el viaje pudiera durar más que su extraño y veloz embarazo.

Estaba casi segura de que estar embarazada estaba agravando su maldita fiebre del heno. Por supuesto, ella iba a meterse con él en represalia.

—Vamos, Faunus. ¿No quieres embestirme mientras vuelves a tener tu gran mano sobre mi barriga?

Él soltó un gemido estrangulado, y la risa de ella se volvió infinitamente más maliciosa cuando él trató de sujetar una rama, y ésta le golpeó en la cara porque no estaba prestando atención. Él resopló de fastidio.

¡*Dios mío! Me encanta tanto meterme con él.*

Su risa se suavizó en carcajadas que finalmente se convirtieron en una sonrisa de adoración hacia la parte posterior de su cráneo blanco.

Me alegro tanto de que sea mío.

NOTA AUTORA

Muchas gracias por leer A Soul to Touch, el tercer libro de la serie Duskwalker Brides.

Cuando os digo que me ha encantado escribir este libro, lo digo de verdad. Me he sentido muy identificada con Mayumi y Faunus y creo que he volcado gran parte de mi personalidad en ambos personajes. La fuerza extravagante de Mayumi, su independencia y su forma de ver el mundo son muy parecidas a las mías. Sin embargo, también puedo ser reflexiva en mi forma de ver el mundo a través de una mirada abstracta, aunque dolorida, como Faunus.

Por supuesto, me encantaron sus escenas picantes y ya me estoy sonrojando ante la idea de que todo el mundo las lea.

Esta es prácticamente mi historia favorita de las que he escrito. La angustia, el dolor, la obscenidad, la historia y el mundo. Ha sido maravilloso escribirlo. Siento las lágrimas que hayáis podido derramar, pero si os ayuda saberlo, lloré muchas veces mientras escribía este libro. La muerte de Faunus fue excepcionalmente dura para mí después de la pérdida de mi padre, al igual que las lágrimas de Mayumi cuando por fin aceptó que se había ido, algo con lo que he tenido que lidiar.

La representación siempre ha sido importante para mí, y me pareció que Mayumi era la que mejor encajaba con este personaje. Como se ve en mis agradecimientos al principio del libro, tuve muchos lectores con sensibilidad asiática para asegurarme de que Mayumi estaba bien escrita y de que estaba bien representada.

Espero que mis esfuerzos y los suyos no hayan sido en vano y que este libro os haya gustado tanto como a ellos.

Para el próximo libro, A Soul to Guide, no voy a desvelar nada sobre los personajes, salvo que en él aparecerá Merikh. Sin embargo, será un libro muy complejo y lleno de giros, así que esperen una lectura muy larga. Estamos a punto de sumergirnos en algunos aspectos profundos del mundo, el pueblo élfico, los propios Demonios y la historia de Jabez.

A partir de ahora, probablemente no habrá embarazos en la serie, salvo en el último libro. Psst, ¡la serie puede pasar de 7 libros a 9! Pronto habrá más títulos.